

CAMILO JOSÉ CELA

LA COLMENA

EDICIÓN CONMEMORATIVA
I CENTENARIO DEL AUTOR



Lectulandia

Considerada una de las mejores novelas españolas del siglo XX, *La colmena* se publicó inicialmente en Argentina por problemas con la censura franquista en España.

Se trata de una obra coral ambientada en el Madrid de posguerra, durante unos pocos días de 1943. Con ella el autor quiso mostrar la realidad social de esos difíciles años de la historia de España. Los protagonistas pertenecen a la clase media y llevan una vida que parece estar paralizada, sin un futuro real y esperanzador, por la situación del país.

Las pequeñas escenas que se narran en esta obra ocurren simultáneamente. Las vidas de los personajes se entrecruzan formando un mosaico que, a modo de red, parece construir las celdas de una colmena.

Para sortear la censura, Camilo José Cela se vio obligado a eliminar algunas escenas en las que se trataban temas de contenido sexual. Una vez acabado el franquismo, estas escenas nunca fueron restituidas en ninguna de las numerosas ediciones que se llevaron a cabo. Esta edición incluye esas escenas: con ellas, *La colmena* se presenta ante el lector, por primera vez, de manera íntegra, tal y como el autor la concibió.

Esta edición presenta estudios complementarios escritos por algunos de los principales críticos, escritores y académicos españoles, además de un glosario, un índice de nombres propios y una bibliografía selecta sobre la obra de Cela.

Lectulandia

Camilo José Cela

La colmena

(Edición Conmemorativa I Centenario del autor)

ePub r1.0

Titivillus 14.10.16

Título original: *La colmena* (Edición Conmemorativa I Centenario del autor)
Camilo José Cela, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



El año del centenario luctuoso de Rubén Darío ha coincidido con el del natalicio del escritor español Camilo José Cela y con el VII Congreso Internacional de la Lengua Española (CILE) organizado por Puerto Rico en la ciudad de San Juan a partir del 15 de marzo de 2016. Con anterioridad, la reunión plenaria de directores y presidentes de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE) que tuvo lugar en Guadalajara de México el 1 de diciembre de 2014 aprobó el proyecto de una edición conmemorativa de ambos autores, y en una nueva asamblea de la misma índole, en Santiago de Chile el 15 de octubre de 2015, ASALE aprobó los proyectos finalmente desarrollados por Nicaragua y por España, respectivamente, de una obra selecta de Rubén y *La colmena* de Cela, conforme a las pautas de la colección de ediciones conmemorativas iniciada en 2004 con el *Quijote*, y luego continuada con títulos señeros como *Cien años de soledad*, *La región más transparente*, *En verso y prosa*. *Antología* de Gabriela Mistral, *Antología general* de Pablo Neruda y *La ciudad y los perros*.

En este caso, bajo la coordinación general del presidente de ASALE, y la supervisión textual y la elaboración del glosario por parte del encargado de publicaciones de la Academia Española, Carlos Domínguez Cintas, se han reunido cinco estudios preliminares, debidos al propio Darío Villanueva, al académico correspondiente de la Academia chilena Eduardo Godoy Gallardo, al académico español don Pedro Álvarez de Miranda que estudia la importante contribución de Cela al léxico de nuestra lengua, al catedrático Jorge Urrutia y al hijo del escritor, Camilo José Cela Conde, con su visión personal del Madrid de *La colmena*.

En cuanto al texto propiamente dicho de la novela, se han tenido muy en cuenta, como no podría ser de otro modo, las indicaciones expuestas por el autor en el prólogo general a sus *Obra completa*, que data de 1962, titulado «Cauteloso tiento por lo que pudiera tronar», donde se dan como «definitivas las versiones que hoy ofrezco y ruego a mis editores y traductores que en lo sucesivo, a ellas se remitan».

Finalmente, el volumen se completa, amén del glosario y el «censo de personajes», con el apartado encabezado por el rubro «Texto y discursos de *La colmena*», con sendas aportaciones del profesor Dru Dougherty y de la doctora Amalia Barboza, de la Universidad de Saarlandes (Alemania). Mención aparte

merece el trabajo de transcripción e interpretación de los nuevos testimonios de la génesis textual de *La colmena* aparecidos en el legado del hispanista Noël Salomon depositado en la Biblioteca Nacional de España, minuciosa tarea que ha correspondido al catedrático de la Universidad de Barcelona don Adolfo Sotelo.

Además de a todos los colaboradores mencionados, ASALE desea expresar en este punto su más rendido agradecimiento a la Biblioteca Nacional de España y a su directora, doña Ana Santos, por todas las facilidades que nos han dado para enriquecer esta edición conmemorativa de *La colmena* con materiales textuales inéditos que marcan un hito en la transmisión de una de las más importantes novelas de la literatura en español del siglo xx.

Camilo José Cela, nacido en Iria Flavia (Padrón, A Coruña), el 11 de mayo de 1916, es el primer novelista español que consigue, en 1989, el Premio Nobel de Literatura, luego de que, por sus indiscutibles méritos en el mismo género literario, lo hubiesen obtenido el guatemalteco Miguel Ángel Asturias (1967) y el colombiano Gabriel García Márquez (1982), y posteriormente el peruano Mario Vargas Llosa (2010).

Fueron decisivos para su formación como escritor sus experiencias y contactos en el Madrid de la época inmediatamente anterior a la Guerra Civil. En la Facultad de Filosofía y Letras se hace amigo del poeta chileno Luis Enrique Délano, secretario del consulado de su país, a través del cual conoce a Pablo Neruda y Gabriela Mistral. El autodidactismo nutre, sin embargo, su incipiente inquietud literaria, que se manifiesta por vez primera con la publicación de varios poemas suyos en periódicos y revistas de La Plata, en la República Argentina, entre 1935 y 1938.

Terminada la Guerra Civil, en la que Camilo José Cela forma en el ejército franquista, es cuando se consolida su vocación, desarrollada mediante colaboraciones ocasionales en libros y revistas entre 1940 y 1942.

Su primera novela, *La familia de Pascual Duarte*, fue escrita entre 1940 y enero de 1942. Editada en los últimos días de diciembre de este mismo año, el éxito es inmediato y rotundo. Y se mantiene invariable, como para hacer de ella, hasta el presente, una de las obras más traducidas del español a las diversas lenguas después del *Quijote*.

Los veranos de 1947 a 1950 los pasa Cela en el pueblo abulense de Cebreros. Allí remata la primera versión de *La colmena*, la novela que ahora edita ASALE. Cinco años más tarde, en 1951 la publicación de la obra en Buenos Aires, tras un infructuoso forcejeo con la censura española, tuvo amplio eco a ambos lados del Atlántico, a pesar de su prohibición en España.

En 1952, Cela viaja a Chile y Argentina, adonde pensó incluso trasladarse, y en 1954 de nuevo visita varios países hispanoamericanos. En Caracas es declarado huésped de honor de la República y recibe el encargo de escribir una novela de ambientación venezolana, que aparece en 1955 con el título de *La catira* y obtiene el Premio de la Crítica en España. Desde ese año de 1954 Camilo José Cela fija su

residencia en Palma de Mallorca. Allí comienza a publicar, en 1956, la revista mensual *Papeles de Son Armadans*, que desaparecerá, por dificultades económicas, en 1979. Se trata de una de las publicaciones más determinantes de la vida cultural española durante el franquismo, y en ella Cela abre sus páginas a los escritores españoles en el exilio, preferentemente en Latinoamérica, así como a autores procedentes de aquellas latitudes. Y el 26 de mayo de 1957 se produce el ingreso de Cela en la Real Academia Española para ocupar el sillón Q.

A principios de 1965, forma parte en La Habana del jurado del Premio Casa de las Américas. Y funda la editorial Alfaguara, en la que aparecerá, en 1966, ilustrada por Eduardo Vicente, la octava edición de *La colmena*, primera con el texto completo, sin las supresiones impuestas en su día por la censura argentina. Con motivo de un nuevo viaje a Hispanoamérica, Cela visita a su viejo amigo Pablo Neruda en su casa de la Isla Negra. Años más tarde, a raíz de la muerte del poeta y los dramáticos sucesos de Chile, Cela renuncia al doctorado que le había otorgado la Universidad de Santiago.

En febrero de 1985 Cela es elegido en París presidente de la Asociación Cultura Latina, puesto en el que sucede a Julio Cortázar. Y en 1986 constituye en su aldea natal la fundación que lleva su nombre, cuyo objetivo es, según reza el primer artículo de sus estatutos, «promover el estudio de la obra de Camilo José Cela y conservar su patrimonio cultural, humano y aun anecdótico».

En 1987, el escritor obtiene el Premio Príncipe de Asturias y viaja a Estados Unidos, pues está escribiendo su novela *Cristo versus Arizona* que se publicará al año siguiente. Y el jueves 19 de octubre de 1989, Camilo José Cela se convierte en el quinto Nobel de Literatura español, tras Echegaray, Benavente, Juan Ramón Jiménez y Vicente Aleixandre, premio que recibe de manos del rey de Suecia en Estocolmo el 10 de diciembre.

En diciembre de 1995, Cela inscribe, asimismo, su nombre en la lista de los galardonados con el Premio Miguel de Cervantes, el más importante de los concedidos a escritores hispanos. La muerte le sobreviene, finalmente, el 17 de enero de 2002 en Madrid, en donde había fijado su residencia poco antes.

La nueva aportación ya mencionada con la que contamos —el legado de Noël Salomon— enriquece la presente edición de *La colmena* y, como hemos apuntado, es objeto de un estudio particular por parte de Adolfo Sotelo.

Todo parece indicar que se trata de borradores complementarios a las distintas versiones de *La colmena* existentes en la Fundación Camilo José Cela, así como de otras páginas totalmente desconocidas hasta ahora que, probablemente por su intenso contenido sexual, el propio Cela descartó como parte del primer original que sometió infructuosamente a la censura en el año 1946.

La colmena, obra que estaba en el telar de Camilo José Cela desde fecha tan temprana como 1945, es arquetipo de una novela sin héroe, de protagonista colectivo o «novela de ciudad»; con un tiempo reducido de la historia narrada, no más de tres

días; texto concebido como una red de microtextos, a modo de una novela «estructural» en la que cada elemento condiciona a y depende de todos los demás; y una novela conductista o «behaviorista», todo ello conforme a un modelo que desde *Berlín Alexanderplatz* de Döblin o el *Ulises* de Joyce nos lleva hasta *Manhattan Transfer* de John Don Passos o *Mrs. Dalloway* de Virginia Woolf.





© Efe / Lafototeca.com

Camilo José Cela.



DARÍO VILLANUEVA *LA COLMENA*: PRINCIPIOS Y FINAL

Cuando, fallecido ya su autor, se han cumplido los sesenta y cinco años de *La colmena* en su primera andadura, la personalidad literaria de Camilo José Cela se nos muestra con nitidez como la de un escritor de casta, un poeta que ha mantenido unas peculiares y fructíferas relaciones con el género novelístico.

Cela no dejó nunca de afirmar una y otra vez lo que defendía Pío Baroja, uno de sus maestros indiscutibles, al que el escritor de Iria Flavia debe también la articulación marcadamente episódica y fragmentaria de sus discursos narrativos, la proliferación de personajes en ellos y el tratamiento de los mismos con la «técnica del impropio» de que hablaba Ortega y Gasset a propósito de Baroja, rasgos todos bien presentes en *La colmena*. Pero me interesa destacar especialmente ahora la tesis barojiana de que la novela es un «oficio sin metro», el reino literario de la libertad absoluta en la forma y en el contenido. Las declaraciones de Camilo José Cela en idéntico sentido se repiten a lo largo de su amplio recorrido artístico, pero acaso el texto que mejor refleje su pensamiento al respecto sea el titulado «Algunas palabras al que leyere», que precedió en 1953 a la primera edición de *Mrs. Caldwell habla con su hijo*:

He coleccionado definiciones de novela, he leído todo lo que sobre esta cuestión ha caído en mis manos, he escrito algunos artículos, he pronunciado varias conferencias y he pensado constantemente y con todo el rigor de que pueda ser capaz sobre el tema y, al final, me encuentro con que no sé, ni creo que sepa nadie, lo que, de verdad, es la novela. Es posible que la única definición sensata que sobre este género pudiera darse, fuera de decir que «novela es todo aquello que, editado en forma de libro, admite debajo del título, y entre paréntesis, la palabra *novela*» [Cela, 1953: 9].

EL ESCRITOR HACIA *LA COLMENA*

Por eso Cela, en los párrafos siguientes de dicho prólogo, puede jactarse de haber

ensayado hasta 1953 cinco variedades distintas y haber utilizado cinco técnicas diferentes de novela, y en la misma convicción escribirá en 1955 *La catira* según las pautas tradicionales y ortodoxas de la narración con argumento, propondrá en 1962 que *Tobogán de hambrientos* es, mejor que una sarta de cuentos, una «novela inusual», y romperá de nuevo los moldes gastados de su obrador en *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid*, publicada en 1969.

En 1973, en el acto de presentación de su desconcertante novela poética, que alcanza las últimas fronteras de la experimentación formal, *Oficio de tinieblas 5*, Camilo José Cela afirmaba:

Les ofrezco a ustedes el acta de defunción de mi maestría, de la que abduco. Me niego a convertirme en mi propia caricatura y también en mi propia mascarilla mortuoria. Tuve todo y renuncio a todo; quiero seguir creciendo y, para ello, me niego a construir.

Todas estas declaraciones del escritor, y tantas más que podríamos aducir, definen con justeza uno de los rasgos determinantes de su personalidad: su carácter de novelista experimental y en constante renovación que le reconocen los especialistas más acreditados, desde Gonzalo Sobejano hasta Ignacio Soldevila.

El abandono por parte de Cela de cualquier *a priori* en la elaboración de sus novelas, en un constante afán de investigación de nuevas fórmulas, le granjeó, sin embargo, entre algunos críticos menos perspicaces (y escritores como Francisco Umbral) la injusta fama de que era un excelente artífice de la prosa, pero un mediocre novelista, ya que casi todas sus obras sacrificaban ante el humorismo «tremendista», los *tipos* y los primores del estilo elementos fundamentales de la narrativa como la estructura, la acción o el desarrollo de los caracteres.

Si efectivamente admitiésemos que Cela *no* es un novelista, debería sin embargo causarnos no poca desazón el hecho evidente de que haya estado en la brecha en los cuatro momentos decisivos de nuestra novelística de la posguerra, rompiendo con lo estereotipado y abriendo caminos que otros seguirían después, pero también que haya sido él quien mejor supo conectar con la tradición narrativa precedente —siempre discontinua, y gravemente perjudicada por la escisión resultante de la Guerra Civil y el exilio—, actualizándola a la luz de los intentos renovadores del género producidos en Europa y América desde principios del siglo xx.

Esos cuatro momentos a los que nos referíamos fueron la reanudación del tracto de nuestra novelística después de la Guerra Civil, función que cumple en 1942 *La familia de Pascual Duarte*; la incursión en un realismo de denuncia social, para lo que sirvió de acicate y modelo *La colmena* en 1951; la superación de los excesos más indeseables de esta tendencia, sobre todo la ramplonería de sus presupuestos y la pobreza estilística y formal, que Cela suscribe en 1969 con *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid*; y, finalmente, la oleada de la posmodernidad que en él se encarnó no solo en su última novela, *Madera de boj*, sino también en *Cristo versus Arizona*.

En el verano de 2005, la revista literaria *Leer* publicó, con motivo de su vigésimo aniversario, una encuesta de SigmaDos realizada con el objeto de identificar, en relación a varios criterios, las novelas españolas más destacadas del siglo xx. La muestra comprendía 201 entrevistas telefónicas o personales con profesores de literatura, críticos, escritores e intelectuales, y sus resultados son muy significativos para acreditar el lugar de Camilo José Cela en la narrativa contemporánea.

A la pregunta primera y fundamental, referida a las tres mejores novelas españolas del siglo xx, los encuestados responden situando en primer lugar *La colmena* y, después de *Tiempo de silencio* de Luis Martín-Santos, *La familia de Pascual Duarte* como tercera obra señalada. Pero la pregunta de qué obras tienen y tendrán más proyección de futuro y serán más leídas en siglos venideros destaca las dos novelas mencionadas de Camilo José Cela en primero y segundo lugar, y *Mazurca para dos muertos* en el vigésimo.

Oficio de tinieblas 5 es considerada, por su parte, la decimosexta novela más innovadora, escala en la que *Madera de boj* ocupa la vigesimosegunda posición. Huelga decir que *La colmena* y *La familia de Pascual Duarte* aparecen siempre entre las primeras de las seis clasificaciones que avala la encuesta de SigmaDos para *Leer*.

Me parece especialmente significativo que entre los títulos de Camilo José Cela seleccionados en esta oportunidad figuren la primera novela que escribió en 1942, *La familia de Pascual Duarte*, y la última por él publicada en 1999, tan solo tres años antes de su muerte: *Madera de boj*.

En este sentido, téngase en cuenta un dato que viene a confirmar la concepción global de toda su obra que nuestro Nobel tuvo y parece haber alcanzado ya al comienzo mismo de su carrera literaria. En 1947, con motivo de una visita a su Galicia natal, Cela declaraba al diario compostelano *La Noche* lo siguiente: «Pienso escribir una trilogía de novelas gallegas: la heroica novela del mar, la epicúrea novela del valle, la dura novela de la montaña. El sitio elegido para la segunda es el Ullán y, naturalmente, su corazón, Iria Flavia».

Este último libro —ya que no *novela* propiamente dicha— está escrito desde 1959: es *La rosa*, el primer tomo de las memorias celianas. La «dura novela de la montaña» tendría que esperar los treinta y seis años que van desde aquel 1947 de la entrevista compostelana hasta 1983, cuando aparece *Mazurca para dos muertos*. Y la primera de las obras prometidas, la novela del Finisterre —otro de los escenarios gallegos preferidos por Cela—, tenía ya título y una primera página escrita, al menos, cuando el escritor obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1989. *Madera de boj* hubo de esperar, no obstante, diez años antes de publicarse como última novela de su autor, que cumplía así aquel temprano compromiso narrativo con Galicia, finalmente redondeado con otro título, *La cruz de San Andrés* (1994), de ambientación urbana en este caso, pues la acción transcurre en la ciudad coruñesa representada también aquí, a su modo, como una colmena donde se trenza una historia de fanatismo, sexo y muerte fragmentariamente narrada.

Ese fragmentarismo, que tanto tiene que ver con la impronta lírica de toda la novelística de Cela, conforma igualmente el texto de *Madera de boj*, y no deja de ser sino la radicalización del procedimiento narrativo secuencial que aparecía en *Pabellón de reposo* y *La colmena*, se reiteraba ya con mayor intensidad en *San Camilo, 1936*, y alcanzaba su culminación en las «mónadas» de *Oficio de tinieblas 5*, uno de los textos fundamentales de su autor.

Gonzalo Sobejano ha identificado con buen tino el impulso renovador de Cela novelista con tres modelos, la *confesión*, la *crónica* y la *letanía* [Sobejano, 1977: 139-162]. Esta última variante vale tanto para *Cristo versus Arizona* (1988), *El asesinato del perdedor* (1994) y *La cruz de San Andrés* como para *Madera de boj* (1999), la decimotercera novela del escritor. Pero hay en esta un sincretismo de temas y formas integradoras del complejo sistema novelístico de Camilo José Cela que la erigen como broche final de una cumplida trayectoria que se había iniciado en 1942 con *La familia de Pascual Duarte*.

Cela aborda en *Madera de boj*, como había prometido ya en 1947, la «heroica novela de la mar», pues la letanía que la compone es la de la sucesión implacable de los naufragios que jalonan de tragedia y de mito la llamada «Costa da Morte», en torno a un Finisterre que para él es «la última sonrisa del caos del hombre asomándose al infinito».

Pero las microhistorias de *Madera de boj*, esos centenares de accidentes verídicos que en ella se recuerdan, son narradas desde la tierra por un escritor que ha sido vagabundo de todos los vericuetos de las Españas, para quien «la mar no perdona pero la tierra tampoco, son dos animales carniceros, dos bestias sanguinarias». Galicia es un país legendario, como Irlanda, Cornualles y Bretaña, que actúa como un imán: por tierra atrae a los peregrinos del camino jacobeo y desde la mar a los marineros que naufragan en sus costas. En *Madera de boj*, donde se lee que «el ruido de la mar va y viene como el latido del corazón o el péndulo de los relojes», el énfasis litúrgico de la letanía se compadece a la perfección con la temática, la intencionalidad expresiva, la reiteración rítmica y lírica de un texto que queda ya consagrado definitivamente como el colofón novelístico de Camilo José Cela.

Con todo ello, el escritor consigue realizar una ambición suya alimentada a lo largo de su vida y ya apuntada por Eugenio de Nora: la identificación de la novela, sin que esta reniegue de su libérrima esencia, con el poema. En 1963 manifestaba Cela: «Una página se escribe en verso o en prosa y en ella puede esconderse, o no, la poesía [...]. Prosa es un concepto puramente formal, como lo es verso; poesía, en cambio, es un quehacer del espíritu, inaprensible por esencia y, a lo que hasta hoy se va viendo, indefinible. Poesía, etimológicamente, significa ‘creación’ (y poeta, creador). Prosa y verso, en cambio, tienen un origen puramente adjetivo, administrativo, procesal». Toda la trayectoria narrativa de Camilo José Cela, desde *La familia de Pascual Duarte* hasta *La cruz de San Andrés*, y con especial énfasis en *La colmena*, *Mazurca para dos muertos* y *Madera de boj*, tiene su norte en la novela

lítica, desiderátum al que se accede por la fragmentación y poematización del capítulo, el acendramiento de la prosa, la subjetividad de la estructura moralizadora (la visión y la voz narrativas), y una especial tensión en la anécdota, las situaciones y los personajes. Por ello, Cela proyecta en continuidad la cadena de los Azorín, Gabriel Miró, Ramón Pérez de Ayala y Benjamín Jarnés, entre otros novelistas líricos que pudieron servirle de ejemplo.

Cambiando de tercio, existen unas páginas del propio Cela que pueden orientar significativamente a la hora de reproducir el esquema de su trayectoria vital. Se trata del breve ensayo titulado «Sobre la soledad del escritor» aparecido en su revista *Papeles de Son Armadans* en 1956, en donde establece los hitos fundamentales en el desarrollo y feliz logro de una carrera literaria que es fácil reconocer inmediatamente como la suya propia. Cela viene a decir allí que el escritor germina en la infancia y la adolescencia, necesita de la ciudad para su consagración iniciática, pero siempre se nutre de materia prima en los pueblos, pues allí la vida campa, desnuda, por sus respetos. Luego perfecciona y contrasta sus valores allende las fronteras de su país e, incluso, de su lengua, mas solo alcanza su sazón si atina a romper con el medio natural de la fama que ha obtenido y, escritor provinciano, encuentra en la soledad la paz de espíritu y el ámbito de trabajo que le permita continuar fiel a su vocación.

Esos cuatro o cinco momentos que Cela señala en el camino del escritor tienen en su caso particular, que es del que se trata, una clara correspondencia espacial, pues no en vano es un artista singularmente encarnado en un solar preciso, España, donde encuentra no solo una lengua para su proyecto, sino también los personajes, los temas, la estética y la ideología que lo configurarían.

El momento germinativo tiene su escenario en la Galicia natal de Cela, y luego en el Madrid de la República tal y como él mismo cuenta en los dos tomos de sus memorias: *La rosa* (1959) y *Memorias, entendimientos y voluntades* (1993). El éxito capitalino se produce, una vez acabada la Guerra Civil, en el Madrid de la década de 1940, ciudad que él convertirá en el auténtico protagonista colectivo de *La colmena*. El regreso a las raíces coincide desde aquel momento con la faceta del Cela viajero por casi todo el país, pero con especial atención a lo que él gusta llamar «la España árida». El descubrimiento de nuevos horizontes lo lleva primero a Iberoamérica, pero también, desde muy pronto, al resto de Europa y a Estados Unidos. Y finalmente, el laborioso retiro que permite trabajar al escritor ya consagrado tiene a Palma de Mallorca como escenario entre 1954 y el año del Nobel, 1989. Desde entonces, Camilo José Cela vuelve a la Guadalajara de su *Viaje a la Alcarria* y a su gallega aldea natal, en donde en la primavera de 1991 los Reyes de España inauguran la sede de la fundación que lleva su nombre y fue constituida en 1986.

En Iria Flavia, en las proximidades de la villa coruñesa de Padrón, había nacido el 11 de mayo de 1916 el primogénito del matrimonio formado por Camilo Cela Fernández y Camila Emmanuela Trulock y Bertorini. Tres sangres, como proclama el propio Camilo José Cela y Trulock, confluyen en la suya: la española y gallega de su

padre y la inglesa e italiana de los antepasados maternos. Pietro Bertorini, tatarabuelo del novelista, fue gobernador de Parma; su hijo Camilo, nacido en Barcelona, se educó y casó en Inglaterra, para establecerse finalmente en Galicia como constructor del *West Railway* que unía Santiago con Carril. Su hija se casó con uno de los gerentes ingleses de dicho ferrocarril, John Trulock, y de su unión nació la madre del escritor.

A causa de la profesión de su padre, funcionario de Aduanas, Camilo José vivió su primera infancia en diferentes lugares: Almería, Villagarcía de Arosa, Iria Flavia, Tuy, Barcelona y Cangas de Morrazo, con viajes a Londres, La Coruña y Madrid, donde la familia se estableció definitivamente en 1925. Comenzó sus estudios en el Instituto Cardenal Cisneros y los continuó con los Hermanos Maristas, para escoger luego la carrera de Medicina, que abandonó en el primer año. Por mandato paterno, preparó su ingreso en el Cuerpo de Aduanas; prueba también, según sus propias declaraciones, con Ciencias Físicas y Peritaje Agrícola. Pero lo más importante de cara a la formación del escritor en esta época inmediatamente anterior a la Guerra Civil es su asistencia a las clases de Pedro Salinas en la nueva Facultad de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria madrileña. Allí se hace amigo del filólogo Alonso Zamora Vicente, así como del poeta chileno Luis Enrique Délano, secretario del consulado de su país, a través del cual conoce a Pablo Neruda y Gabriela Mistral. También frecuenta a Miguel Hernández y a María Zambrano, en cuya casa coincide en tertulia con Max Aub y otros escritores e intelectuales. Introducido por Salinas, Cela se presenta con sus poemas ante Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos. Un libérrimo autodidactismo nutre, sin embargo, su incipiente inquietud literaria, que se manifiesta por vez primera con la publicación de varios poemas suyos en periódicos y revistas de La Plata, en la República Argentina, entre 1935 y 1938. El día 18 de julio de 1936, Cela celebra su onomástica en Madrid, como recuerda su novela *San Camilo, 1936*, publicada en 1969, y cuando la ciudad es bombardeada a principios de noviembre, continúa escribiendo un poemario de título gongorino, *Pisando la dudosa luz del día*, que no será libro sino en 1945.

El año de la instauración de la Segunda República, Cela había sido internado en el sanatorio antituberculoso del Guadarrama, lo que determina que sea declarado ahora inútil para la milicia. Sin embargo, tras permanecer catorce meses en la capital, abandona la zona republicana por Valencia, formando parte de una expedición de la embajada inglesa y amparado por un salvoconducto del ministro de Defensa Nacional, Indalecio Prieto. Se incorpora al ejército nacional en el Regimiento de Infantería Bailén n.º 24, es herido en el frente de los Monegros y se recupera en el hospital militar provisional de la Escuela de Artes y Oficios de Logroño. Acogido ya por sus familiares cuando recibe el alta médica, completa su recuperación primero en La Vecilla y luego en Galicia. Allí en La Coruña, presenta en marzo de 1938 una solicitud de ingreso en el Cuerpo de Investigación y Vigilancia que es desestimada por ser menor de edad, de acuerdo con la legislación vigente. Pese a haber sido

declarado de nuevo inútil total por tuberculoso, se enrola a finales de 1938 en el Regimiento de Artillería Ligera n.º 16, en el que actúa como cabo habilitado en el frente de Extremadura y en la zona de Castellón hasta el final de la guerra.

Terminada esta, Camilo José Cela se desplaza a Santiago de Compostela con el propósito de preparar de nuevo el examen de ingreso en la universidad, pues su expediente académico se hallaba perdido entre los escombros de la Ciudad Universitaria. Mas una disposición entonces promulgada sobre el acceso de los excombatientes a los estudios superiores le permite matricularse directamente en la Facultad de Derecho madrileña, en la que hace tres cursos completos y asignaturas sueltas de los otros dos. Es por estos años cuando, sin embargo, se consolida su vocación de escritor, desarrollada mediante colaboraciones ocasionales en libros y revistas entre 1940 y 1942.

Su primera novela, *La familia de Pascual Duarte*, fue escrita entre 1940 y enero de 1942 en la oficina del Sindicato Nacional Textil, en donde Cela trabajaba como administrativo, y en el nuevo sanatorio antituberculoso de Hoyo de Manzanares en el que convalece mientras lee exhaustivamente a Ortega y a los clásicos en la colección completa de Rivadeneyra. Editada su novela por Aldecoa en Burgos, los primeros ejemplares son puestos en circulación en los últimos días de diciembre de ese mismo 1942. El éxito es inmediato y rotundo. Recibe Cela un primer homenaje el 2 de enero de 1943 en el café Nacional y pasa a ser uno de los nombres habituales en las más importantes publicaciones del momento, en especial *El Español*, *La Estafeta Literaria* y *Fantasía*, concebidas por el delegado nacional de Prensa, Juan Aparicio, como instrumento de soporte, acicate y control de la vida literaria española. Para obtener el carné de periodista, Cela realiza también las pruebas preceptivas en la sede de la agencia Efe y se relaciona con Gregorio Marañón, el pintor Solana y con el Grupo Juventud Creadora formado, entre otros, por Azcoaga, Ruiz Iriarte, García Nieto y Jesús Juan Garcés, que se reúne habitualmente en el café Gijón. Cuando conmemoramos el primer centenario de su autor, se cumplen setenta y cuatro años de vida en letra impresa de esta novela que como pocas adquirió desde el mismo instante de su primera publicación en 1942 el rango de hito histórico-literario alcanzado por contados textos narrativos, poéticos o teatrales. Pero lo más admirable del caso es que se resiste con éxito a verse convertida en mero monumento inerte, que ostenta desdeñoso su esencia intemporal fosilizada (por así decirlo), y sigue viva no solo para los lectores españoles sino para los de muchas otras lenguas. Cuando en 1994 Fernando Huarte Morton elaboró y publicó su último recuento de ediciones y traducciones de *La familia de Pascual Duarte*, fueron 203 las papeletas que pergeñó con la precisión y elegancia que caracterizaron su trabajo como bibliógrafo. Puestos ahora de nuevo manos a la obra, un nuevo recuento confirmaría con la terquedad de los datos bibliográficos una evidencia que está en el ambiente: que la novela de aquel joven poeta prácticamente inédito que era Camilo José Cela en 1942, virgen, por lo demás, en narrativa, ya ha sentado sus reales en ese territorio privilegiado de la

literatura, en el único ámbito humano que, como quería T. S. Eliot, vence las limitaciones del espacio y el tiempo.

Esta obra significó, pues, el do de pecho precoz de un escritor que probablemente había cambiado el rumbo de su creación a consecuencia de la Guerra Civil, y que desde entonces situaría en el meollo de toda su literatura el desgarrado carpetovetonismo de su obra primera, enseguida calificado como «tremendismo» no sin cierto deje despectivo, el mismo que se vierte al atribuir a una persona, una costumbre o una actitud el primitivismo atribuible a aquellos primeros pobladores de la piel de toro que fueron los carpetos y los vetones.

En uno de sus prólogos más enjundiosos, escrito para *El gallego y su cuadrilla* que se titula precisamente «Relativa teoría del carpetovetonismo», el escritor da la siguiente definición de esta modalidad literaria definitivamente acuñada por él: «El apunte carpetovetónico pudiera ser algo así como un agridulce bosquejo, entre caricatura y aguafuerte, narrado, dibujado o pintado, de un tipo o de un trozo de vida peculiares de un determinado mundo: lo que los geógrafos llaman, casi poéticamente, la España árida» [Cela, 1965: 778]. Ese escenario fue ya el ámbito escogido tanto para sus primeros libros de viaje cuanto para *La familia de Pascual Duarte* y *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*. En este sentido, y como el propio Cela nos desvela más adelante en aquel prólogo, «el carpetovetonismo como actitud estética o literaria (y aun humana) viene de antes y sigue hasta después»: tiene unos precedentes inconfundibles que el escritor, espontáneo reconocedor de sus deudas, asume totalmente, y acaba por erigirse en el rasgo más característico de su pluma, «el alcaloide —son sus palabras— de todo, o casi todo, lo que haya podido escribir».

En este sentido, *La colmena* no se puede considerar al margen de esta estética habida cuenta, además, del propio carácter fragmentario de su texto, compuesto por más de dos centenares de viñetas, alguna de las cuales fue publicada, por otra parte, como cuento o verdadero apunte carpetovetónico, no en la línea rural predominante en el conjunto de la obra de Cela, sino, en este caso, urbana.

No cabe duda, asimismo, que el carpetovetonismo celiano está ya en germen en esa primera novela de Extremadura que es *La familia de Pascual Duarte*, sin que falte en ella, cumplidamente, la tremenda crueldad y la paradójica ternura. Lo que sí está ausente será un rasgo que finalmente caracterizará a los apuntes: el humorismo. La primera obra de Camilo José Cela es ante todo, como hemos visto ya, una novela trágica, configurada según la acertada síntesis de Adolfo Sotelo «como una autobiografía escrita desde la cumbre de la fatalidad que ha acechado fieramente la vida de este carpetovetónico campesino extremeño» [Sotelo, 1995: LXX] que es su protagonista.

En definitiva, esa visión que Cela convirtió en un género literario con sus cuentos «entre desgarrados y humorísticos» a los que dio en llamar *apuntes carpetovetónicos*, representa una búsqueda de la autenticidad. Cela, que alguna vez prometiera desarrollar la tesis de que un hombre sano no tiene ideas, para hallar lo esencial de las

personas y ponerlo en el centro de su literatura prescinde de todos los perifollos y disfraces culturales o sociales que pueden ocultarlo, y al término de su poda se encuentra con lo escatológico, lo cruel, lo ruin, lo elemental, pero también con el sorprendente e inagotable filón de los valores descarnadamente humanos, la ternura, la generosidad, la gallardía.

Todo esto figura entre los pilares constitutivos de *La colmena*, y define su singularidad como novela en el conjunto de la producción española del momento.

En el origen de esta actitud, que en su pluma adquiere desde *La familia de Pascual Duarte* matices estéticos singulares e irrepetibles, está el perspectivismo de Ortega y Gasset, que el mozo Camilo José, tísico convaleciente, leyó desde el alfa hasta el omega, junto a una cumplida colección de clásicos castellanos, con especial parada en la picaresca de los siglos XVI y XVII. El filósofo había escrito en las páginas preliminares de *El espectador* algo que el futuro premio Nobel siempre tendrá en cuenta: «Situado en el Escorial, claro que toma para mí el mundo un semblante carpetovetónico». Mas Cela no es un pensador, sino antes que otra cosa, y desde su primera juventud anterior a la guerra, todo un artista de la palabra, un poeta. Así, aquel desvelamiento de la esencia humana coincide, por su afán de ignorar lo superfluo, con la búsqueda de la pureza del instrumento verbal que él siempre intenta, e invariablemente consigue desde, precisamente, *La familia de Pascual Duarte* —la historia de un criminal «inocente» contada por él mismo con las palabras justas, las más verosímiles y convincentes, las más emocionadoras también—, hasta su novela de la ciudad, *La colmena*, en la que los personajes por separado tienen poca mayor entidad que las abejas.

Por eso se ha dicho de Camilo José Cela que era un lírico disfrazado de humorista. Para el poeta los temas posibles son pocos, continuamente reiterados. Y cuando a Cela se le preguntó sobre la fórmula del humorista respondió así: «Escepticismo, siempre. Y crueldad y caridad a teclas alternas». Fórmula que está en este párrafo de la dedicatoria de su libro de 1962 *Tobogán de hambrientos*: «Bienaventurados los Juan Lanas, los cabestros, los que lloran como Magdalenas, los incomprendidos, los miserables, los tontos del pueblo, los cagones, los presos: en el Evangelio de San Mateo se les consuela a todos».

Pascual Duarte, Pascualillo como le llamó su última víctima, el conde de Torremegía, en el trance de su asesinato, fue el primero de estos bienaventurados, y sin duda seguirá siendo el más famoso de todos ellos. Y *La colmena* incluye en su cumplida nómina de personajes muchos que lo son de esa misma estirpe.

Cela abandona por aquellos primeros años cuarenta su modesto empleo como oficinista y se incorpora a la Delegación Nacional de Prensa, sección de Información y Censura, en la que se ocupará de las revistas hasta su destitución a fines de 1945. Ello no impedirá que la censura retire la segunda edición de *La familia de Pascual Duarte* en 1943, año en que aparece una nueva novela fundamentada en las experiencias sanatoriales del autor, *Pabellón de reposo*. En 1944 Cela contrae

matrimonio con María del Rosario Conde Picavea y publica *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*. En 1946 nace su único hijo, Camilo José, y el escritor hace a pie una larga excursión veraniega en compañía del fotógrafo Kart Wlasak y Conchita Stichaner, experiencia de la que saldrá su *Viaje a la Alcarria*, aparecido en 1948. Posteriores viajes suyos darán el fruto de libros como, entre otros, *Del Miño al Bidasoa*, *Notas de un vagabundaje* (1952) o *Judíos, moros y cristianos* (1956), obra que finalmente, según el propio Cela, le abrirá las puertas de la Real Academia Española.

Los veranos de 1947 a 1950 los pasa Cela en el pueblo abulense de Cebreros, etapa que él mismo calificó como muy dura pero extraordinariamente aleccionadora. Allí frecuenta los encierros y ruedos taurinos y acaba de concebir la forma literaria peculiar a la que responde *El gallego y su cuadrilla y otros apuntes carpetovetónicos* (1949); allí, también, remata la primera versión de *La colmena*. Cinco años más tarde, en 1951, la publicación de esta novela en Buenos Aires, tras un infructuoso forcejeo con la censura española, tuvo amplio eco a ambos lados del Atlántico, a pesar de su prohibición en España, lo que representa para el autor la salida forzosa de la Asociación de la Prensa de Madrid y la supresión de la mayoría de sus colaboraciones en diferentes medios.

En 1952, Cela viaja a Chile y Argentina, adonde pensó incluso trasladarse, y en 1954 de nuevo visita varios países hispanoamericanos. En Caracas es declarado huésped de honor de la República y recibe el encargo de escribir una novela de ambientación venezolana, que aparece en 1955 con el título de *La catira* y obtiene el Premio de la Crítica en España. Dos años atrás había sido editada su novela anterior, *Mrs. Caldwell habla con su hijo*. Al tiempo, en el prólogo de la primera traducción inglesa de *La colmena* (*The Hive*, Nueva York, 1953), el novelista exiliado Arturo Barea destaca, por encima de toda diferencia política, los elevados valores literarios y testimoniales de la obra.

CELA, HOMBRE-PLUMA

No conocí, entre los escritores españoles que frecuenté, un caso de tan exhaustiva conservación de todo lo relacionado con su trayectoria creadora como el de Camilo José Cela.

En este sentido resulta del máximo interés la semblanza con que Cela despedía desde las páginas de *Papeles de Son Armadans* [Cela, 1972: 117] a uno de sus colegas, muerto en el exilio mexicano: «En mi juventud, Max Aub (quizá con Ramón Gómez de la Serna, por un lado, y con Juan Ramón Jiménez, por el otro) y tan dispar y casi artesano fue para mí el arquetipo del escritor arquetípicamente puro, del hombre que amaba, en este duro oficio, desde la palabra que se dice hasta el tipo y cuerpo de letra con que se dice a los demás». El escritor de Iria probablemente no

conocía entonces aquella carta a Louise Colet del 2 de enero de 1852 en la que Flaubert confiesa: «Je suis un homme-plume», pues de otra forma podría haberla traído a cuento para remachar su visión y recuerdo del amigo desaparecido. Pero lo que me importa destacar es que ese carácter de «hombre-pluma», y los rasgos que le corresponden tanto en el caso de Flaubert como en el de Aub, son los mismos que caracterizan la personalidad literaria de Camilo José Cela.

Él fue ante todo un artista comprometido con la palabra. Sus obras son el resultado de laboriosos procesos que él mismo resumió en esta frase, tan flaubertiana, con que presentó su novela, a la que hemos hecho referencia ya, *Oficio de tinieblas* 5 el 14 de noviembre de 1973 en los salones del hotel Colón de Barcelona: «La literatura no es más que una mantenida pelea contra la literatura». Pero una vez que las palabras ya están ahí, y constituyen el texto, no se desentendía de ellas, sino que cuida la materialidad de la impresión, y así sus libros, ya editados por él mismo ya por otros, añaden a sus valores específicamente literarios los de una elegante tipografía, a menudo enriquecida por ilustraciones de excelentes artistas, para ser por último fijados en la *Obra completa* tanto en su texto definitivo como en el lugar que el autor les ha destinado en un conjunto donde hasta la página más breve y aparentemente ocasional tiene un papel orgánico que cumplir.

Precisamente al principio de estas obras completas que Cela comenzó a publicar en 1962 y no llegaron a ultimarse, nuestro «hombre-pluma» (y en el sentido más literal de la expresión, en esta época en la que los ordenadores han convertido a la máquina de escribir en una antigualla) confiesa su decidida inclinación a redactar prólogos y notas previas a sus propios libros, y en todos estos escritos suyos encontramos no solo información autobiográfica y sobre la génesis de cada obra en concreto, sino también sus concepciones acerca de la estética, el arte literario en general y la naturaleza, sobre todo, del género novelesco. Y en ese mismo prólogo general titulado «Cauteloso tiento por lo que pudiera tronar», declara: «Me dispongo a fijar los textos y a fecharlos, cuando me resulte posible hacerlo, me preparo a anotar las variantes, de forma, claro es, que no entorpezca el hilo de la lectura... y me lío la manta a la cabeza, en fin, para corregir personalmente las pruebas y no poder culpar a nadie de cualquier desaguizado...». En consecuencia, proclama como «definitivas las versiones que hoy ofrezco y ruego a mis editores y traductores que en lo sucesivo, a ellas se remitan» [Cela, 1962: 23-24].

Por todo ello, si mucho se ha estudiado ya la obra del último Nobel español, otro tanto queda por hacer, sobre todo cuando todos estos elementos de información ya accesibles estén debidamente ordenados e interpretados, junto a los que el autor fue guardando con esmero y constituyen el patrimonio de la fundación que lleva su nombre, radicada en su aldea natal de Iria Flavia, Padrón, La Coruña.

La reciente entrega a la Biblioteca Nacional de parte del legado del gran hispanista francés Noël Salomon viene a enriquecer este ya prolijo archivo textual celiano, especialmente, además, en lo que se refiere a la génesis de *La colmena*.

La parte más valiosa del mismo depositada en la fundación de Iria Flavia está constituida, ciertamente, por el conjunto de los manuscritos de sus obras, prácticamente completo una vez recuperado el de *La familia de Pascual Duarte*. Mas la minuciosidad celiana trascendió lo que sería el mero encuadernado de sus inconfundibles páginas, escritas a pluma, con la versión final de cada texto, y así junto a ella se encuentran, en volúmenes similares, versiones previas, borradores, anotaciones, esquemas, recortes, comentarios, ideas súbitas, todo lo que, en fin, los flaubertianos pudieron conocer con cien años de retraso gracias a la edición completa de los «*carnets* de trabajo». Esta tarea, brillantemente realizada por Pierre-Marc de Biasi en el caso de Flaubert, se han sumado otros investigadores que han encontrado auténticos filones entre los papeles de Hugo, Proust, Valéry, Gide, André du Bouchet, Georges Perec, Nabokov o Euclides da Cunha. Una última muestra de ello nos la ofrece Bénédicte Vauthier con su «estudio de crítica genética» de *Paisajes después de la batalla* de Juan Goytisolo.

LOS PRINCIPIOS DE LA COLMENA

Resulta obligado, así, iniciar el estudio de *La colmena* en la perspectiva de esta corriente metodológica de la «genética literaria», caracterizada por el aprovechamiento de la técnica filológica y ecdótica del análisis de los manuscritos con un objetivo preciso: la elucidación del proceso creativo de la obra. Su punto de partida resulta, pues, muy simple: el texto definitivo que llega a los lectores es el resultado —salvo en raras excepciones— de un laborioso proceso que se inicia con la búsqueda por el autor de documentos, referencias, informaciones, fuentes —en fin— de muy diverso tipo, y pasa luego frecuentemente por sucesivas fases de redacción y de corrección.

La nueva aportación con la que contamos —el legado de Noël Salomon— enriquece la presente edición de *La colmena* incluida en la serie conmemorativa de la Asociación de Academias de la Lengua Española, y es objeto de un estudio particular, con incorporación de nuevos fragmentos, incluido en ella con el estudio del distinguido especialista en Camilo José Cela Adolfo Sotelo.

De acuerdo con las noticias que nos han llegado de él, y algunas anotaciones personales que pude hacer revisando el legado Salomon gracias a la cortesía de la directora de la Biblioteca Nacional doña Ana Santos, todo parece indicar que se trata de materiales complementarios a las distintas versiones de *La colmena* existentes en la Fundación Camilo José Cela, así como otras páginas totalmente desconocidas hasta ahora que, probablemente por su intenso contenido sexual, el propio Cela descartó como parte del primer original que sometió infructuosamente a la censura en el año 1946, cuando pensaba en publicar una primera edición de la novela en Ediciones del Zodíaco de Carlos F. Maristany.

Mas la génesis de *La colmena* y su transmisión editorial fueron sumamente complejas, como el propio Cela relata en el escrito «Historia incompleta de unas páginas zarandeadas» (pp. 3-11), aparecido en *Papeles de Son Armadans* en 1966 e incorporado como único prólogo, de los múltiples que el autor escribió para esta obra, en la edición definitiva del tomo VII de la *Obra completa*.

Leemos allí cómo comenzó a escribir *La colmena* en 1945, y trabajó, a partir de esta fecha, en cinco versiones sucesivas. En el verano de 1948 concluía en Cebreros una de las más cercanas a la definitiva, y en el invierno de 1950 daba a este texto una revisión completa en profundidad.

Ya en enero de 1946, como hemos adelantado ya, Cela presentó a censura «una primera versión ni dulcificada ni agriada pero sí incompleta», y en abril de ese año el diario *Arriba* publicaba como relato —titulado «Unas gafas de color» y con otros nombres para los personajes— las secuencias 14, 12, 25 y 18, por este orden, del capítulo V de *La colmena*. Este texto está incluido, como narración independiente, en *El bonito crimen del carabinero y otras invenciones* desde su primera edición de 1947 (Barcelona, José Janés).

La respuesta de la Administración fue negativa, incluso para una tirada reducida de lujo denegada el 9 de marzo. José María Martínez Cachero, en su documentada *Historia de la novela española entre 1936 y 1975*, transcribe los dictámenes de los censores del manuscrito celiano. El poeta Leopoldo Panero era favorable a su impresión, dado su «considerable valor literario», si se suprimían algunos párrafos y se aconsejaba al autor que atenuase «algunas de las escenas que reitera». Pero la opinión que prevalece es la del padre Andrés de Lucas Casla, para quién *La colmena* ataca el dogma y la moral, tiene valor literario o documental escaso, un estilo horro de mérito y, en definitiva, es obra «francamente inmoral y a veces resulta pornográfica y en ocasiones irreverente».

Al tomar la decisión de publicar su novela en la Argentina (Buenos Aires, Emecé, febrero de 1951) Cela topa de nuevo con la censura peronista, y debe hacer algunas supresiones en el manuscrito, generalmente para suavizar expresiones de matiz sexual. Solo en la octava edición (Madrid, Alfaguara, 1966), enriquecida con 36 litografías de Eduardo Vicente, se puede, por fin, leer el texto completo y original. A la vuelta de la portadilla de la edición vigesimonovena (Barcelona, Noguer, 1977) se inserta la nota «*La colmena* y su confusa bibliografía», que ordena, definitivamente, todas las apariciones de la novela en la lengua en que fue escrita hasta aquella fecha.

En la Fundación Camilo José Cela existe una documentación de primer orden para reconstruir la génesis textual de *La colmena*. Me refiero a la contenida en cuatro tomos tamaño folio, encuadernados, que forman parte de la colección particular de Camilo José Cela.

El primer tomo de la serie nos revela el título inicial que la obra tuvo, pues está encabezado así:

Y sigue, en lápiz, «Café La Delicia», antes de la primera frase de la Parte primera, capítulo primero, con mínimas variantes por *detractatio* sobre la que lo será definitivamente: «—No perdamos la perspectiva, es lo único importante».

Se inicia con ella una serie de cuartillas, escritas con pluma las correspondientes a los capítulos I y II, y a máquina en el caso de los dos siguientes, con insertos que desaparecerán del texto publicado. Este primer bloque nos lleva hasta el episodio de Martín Marco y Purita cuando él le recita versos del soneto de Juan Ramón que comienza con «Imagen alta y tierna del consuelo» y se titula «Sueño».

Sin solución de continuidad aparece una nueva versión en folios mecanografiados, precedida por el nombre del escritor y en la línea siguiente, tachado, el epígrafe «Vagando por los caminos inciertos». De este procede, como es bien sabido, el antetítulo de *La colmena* en todas sus ediciones menos la novena (edición escolar norteamericana a cargo de José Ortega), que dio pábulo a la expectativa de que el autor iniciaba una trilogía, alimentada por lo que el propio Cela escribió en una «Nota a la primera edición» de su novela en la editorial Noguer (Barcelona-México, octubre de 1955): «Mi novela *La colmena*, primer libro de la serie *Caminos inciertos...*».

En esta nueva versión, cuyos 45 folios se inician con las mismas palabras que la anterior y llegan al mismo punto argumental que ella, abundan las correcciones a mano, hay párrafos enteros tachados y la separación entre secuencias se indica en el texto mediante líneas trazadas a pluma. El tomo concluye con cerca de noventa cuartillas más, llenas de variantes en relación a la primera edición y a la definitiva.

El segundo tomo de la Fundación Camilo José Cela presenta suma complejidad, por lo variado de los elementos que lo integran y la dificultad en ordenarlos e interpretarlos desde la perspectiva genética del texto sin el estudio demorado cuya exposición requeriría el espacio del que no disponemos ahora.

Aporta inicialmente otra versión parcial de *La colmena* en folios grandes, mecanografiados, con anotaciones manuscritas, que no lleva título ni división en partes o capítulos, pero sí blancos entre secuencias, y mantiene la misma frase de partida que en los casos precedentes.

Aunque se trata de un texto mucho más limpio y elaborado, no está todavía completo, sino que sigue siendo una redacción de trabajo. Así, por ejemplo, en el folio 35 aparece en lápiz rojo y rodeada por un círculo la indicación «primer día/madrugada». Concluye veinte folios más adelante con un relato, titulado «Historia de una fotografía», que yo sepa nunca publicado exento como tal. Se aprovecha en él la materia argumental de la foto de don Obdulio que en la alcoba de la casa de citas de doña Celia, su viuda, preside impertérrito los encuentros eróticos de don Roque Moisés con su amante Lola y los de su hija Julita Moisés con su novio Ventura Aguado.

El tranco siguiente aporta, sin embargo, otra redacción menos limpia que la anterior, con más anotaciones y correcciones a máquina. El encabezamiento es significativo: «Libro primero / LA COLMENA / CAMINOS INCIERTOS [palabras rodeadas por un círculo] / Capítulo primero». Concluye en el folio trigésimo cuarto, con el encuentro entre Martín Marco y Nati Robles, correspondiente al capítulo tercero de la novela editada.

Nos encontramos asimismo aquí con un «Prólogo a la primera edición» interrumpido abruptamente a la altura del tercer folio —muy diferente a la «Nota a la primera edición» que ya mencionamos—, con citas de Proust, Savonarola y San Agustín. Hay un apunte para concluirlo: «2 razones / justificar su crudeza / Explicar el plan general de la obra». Siguen dos cuartillas manuscritas con la «Breve historia de una fotografía» y otros textos dispersos en folios u hojas de agenda escritos a lápiz.

Sorprendentemente, el orden en que van dispuestas las versiones en este tomo segundo que comentamos parece ser inverso al natural, pues las cuartillas que siguen regresan al título primero, «CAFÉ EUROPEO / (Novela)», para dar luego lo que podría ser acaso el primer esbozo sobre el que Cela trabajó, una simple enumeración de características —«1 000 personajes / 3 000 cuartillas / 100 capítulos de 30 cuartillas / 4 partes de 25 capítulos»—, esquemas de la red tendida entre los personajes a modo de árbol genealógico, borradores de las anécdotas y episodios por capítulos numerados y unas «Notas para un prólogo» que concluyen con una cita de Stendhal.

Sin embargo, el sector siguiente ofrece un texto mecanografiado más extenso que los anteriores, con escasas correcciones a mano, bajo el título definitivo seguido del antetítulo, y llega hasta la frase final del texto impreso, salvo las dos últimas exclamaciones: «—¡Ja, ja! ¡Los pueblos del cinturón! ¡Qué chistoso! ¡Los pueblos del cinturón!】».

El escritor pone, además, fecha y colofón a lo escrito: *Madrid, diciembre 1945* [subrayado] / Fin de «LA COLMENA» / LIBRO PRIMERO DE / CAMINOS INCIERTOS.

La variedad informativa de este tomo alcanza incluso al episodio de rechazo censorial inmediatamente posterior, al que hemos aludido ya. Con notas manuscritas de Cela figura el expediente 61-46 por el que la editorial Zodíaco de Barcelona solicita permiso de edición de *La colmena* con fecha de 18 de enero de 1946. Además de los informes de Panero y Andrés de Lucas, figuran aquí el acuerdo de denegación de 6 de marzo de ese año y el oficio que lo comunica tres días después.

La última página de este tomo es una tarjeta con este texto: CAMILO JOSÉ CELA / LA TAREA INFINITA / (NOVELA). Se añade una cita de Kant: «La totalidad de las condiciones no es dada nunca al pensamiento, sino que le es propuesta como una tarea o problema infinito».

Todo ello parece sugerir el desánimo experimentado por el escritor a raíz del rechazo de su original por parte de los censores. Sin embargo, su proyecto de editar *La colmena* sigue en pie, tal como indica un lema de Marcial, «Hominem nostra

pagina sapit», que va acompañado del título genérico «Caminos inciertos».

Así, el tomo tercero del manuscrito y *carpet* de trabajo de Cela se abre con un esquema de impresión explícitamente preparado «Para Ediciones del Zodíaco», con dibujos de la maqueta incluso. El resto de los materiales aquí reunidos son muy heterogéneos. Hay folios mecanografiados, originales o en fotocopia, numerados desde el 31 al 97, donde se sitúa el «Fin de *La Colmena*» y, tachado, «Madrid diciembre de 1945». Asimismo, esquemas de personajes por capítulos, y otras hojas, algunas de papel cuadriculado y con pegados, sin duda procedentes de estadios muy primitivos en la génesis de la obra.

El tomo cuarto de la Fundación Camilo José Cela contiene, finalmente, la versión de *La colmena* que fue a la imprenta bonaerense. Aparecen por ello indicaciones marginales del tipo «Bodoni redondo» y otras de la misma índole, así como la de que entre secuencia y secuencia de las que articulan el texto irán «3 líneas blanco (igual en los sucesivos)».

Son 139 folios mecanografiados, con correcciones a mano y párrafos tachados con lápiz rojo que sin embargo aparecerán luego impresos. De sumo interés es la primera lista de «modificaciones y supresiones sugeridas» a Emecé Editores, veinticuatro en un principio, a las que se añaden a mano nueve más. Siguen otros folios de supresiones en papel con el membrete de la revista *Clavileño*, y luego una hoja con «Dos notas» (sic) que no aparecieron en la primera edición, carente de preliminares.

El tomo se completa con materiales diversos: las viñetas de Lorenzo Goñi que ilustrarán la segunda y otras ediciones de Noguer, el original del prólogo a la traducción francesa de *La colmena* debido a J. M. Castellet y unas «Instrucciones y normas generales para la edición de *La Colmena*», referidas a la quinta de Noguer (febrero de 1965). Se trata de correcciones o breves añadidos manuscritos, pues — cito — «los más largos [...] se indican en hoja aparte, a máquina y con expresión de la página y de las líneas anterior y posterior». Son en total once, algunas de las cuales no fueron finalmente insertadas.

El resto son recortes, todos ellos relacionables con aspectos concretos de la génesis de *La colmena* y susceptibles de demorado comentario. Por ejemplo, noticias de la prensa madrileña del 4-12-1943 y 11-12-1943 referentes a la guerra mundial en su frente europeo y a la conferencia de Malta, que permiten ratificar que Cela se equivocó posteriormente al situar la acción de su obra en 1942, como analizaremos más adelante. Es interesante una noticia y comentario deportivo de Lorenzo López Sancho titulado «Derrota discutida y desquite el día 27», donde se afirma que «Hay demasiadas irregularidades en torno al campeón Young Martin». Cela subraya y rodea en rojo el nombre de Martín Marco que llevará su personaje más destacado, acaso sugerido por el del boxeador. Las tres hojas de la obra de F. Nietzsche *Aurora*, editada por F. Sempere y Cía. en Valencia, con traducción de Pedro González Blanco, tienen que ver con el personaje del anarquista Celestino Ortiz, dueño precisamente

del bar Aurora – Vinos y Comidas, al que se le dedica una secuencia muy explícita a este respecto en el capítulo segundo de *La colmena*. Las cuartillas a máquina sobre la usucapión nos remiten directamente a don Ibrahim de Ostolaza y Bofarull que ensaya un discurso académico sobre este tema jurídico en el mismo capítulo. Páginas, en fin, de revistas religiosas como *El Mensajero del Corazón de Jesús*, publicada en Bilbao, que en su número 10, de julio de 1945, da una relación de favores concedidos a sus devotos por el hermano Gárate, muerto en olor de santidad. En una de las viñetas del capítulo tercero de la novela, don Roque Moisés, el padre de Julita, después de echar una ojeada a una revista que su esposa, la beata doña Visi, guarda celosamente exclama:

—Ya está aquí este.
Este era el cura bilbaíno de los milagros.

FINAL DE LA COLMENA Y SU SENTIDO

La misma variedad que se puede percibir en la distribución en 217 viñetas de los capítulos que componen la novela se da también en su significado, sin que por esto *La colmena* sea una obra inconexa. Estoy plenamente de acuerdo con la definición temática que de cada uno de ellos ha hecho Gonzalo Sobejano [Sobejano, 1978: 113-126] en 1978.

En el capítulo I —también lo destaca Carenas [Carenas, 1971: 229-255]— brilla como tema principal la *humillación*, y se apuntan como subtemas la *indecisión* y el *aburrimiento*. La *pobreza* domina en el capítulo II, junto a la *indecisión*, la *opresión* y la *violencia*. En el III, el *aburrimiento*, que implica al *sexo*, y este a la *pobreza*. El *sexo*, precisamente, es el rey del capítulo IV. Una de sus servidumbres es el *encubrimiento*, que se nos presenta en el V, en donde también se oculta la *pobreza*. En el VI es la *repetición*, realizada en la secuencia novena y final: «La mañana, esa mañana eternamente repetida, juega un poco, sin embargo, a cambiar la faz de la ciudad, ese sepulcro, esa cucaña, esa colmena...». En el capítulo titulado «Final» el significado predominante, según Sobejano, es la *amenaza*. Aunque su presencia sea indiscutible, para mí esta coda consagra un tema que por su posición sobresaliente afecta al significado de toda la novela en su conjunto: la *solidaridad*. Pero aclaremos antes una cuestión previa.

En este capítulo final, de mañana Roberto y Filo, Pablo Alonso y Laurita, Paco y Celestino Ortiz, doña Jesusa y Purita, Ventura Aguado y su novia, Rómulo e incluso don Ramón, el panadero, enterados por el periódico de que algo amenaza a Martín, comienzan a actuar febrilmente para protegerlo. Mientras tanto, el poeta visita la tumba de su madre, hace planes de futuro y experimenta una euforia que resulta patética, pues lo sabemos en peligro.

¿Cuál es ese peligro? El relato se mantiene aquí, como en otros momentos, en una ambigüedad que potencia expresivamente su significado. Preguntado al respecto por José María Martínez Cachero en uno de los coloquios recogidos en el libro *Novela española actual*, Cela respondió evasivamente: «En cuanto a lo que le pasó a Martín Marco yo no lo sé porque yo no era ni deudo ni allegado de Martín Marco, yo no era más que su biógrafo. Es posible que si lo hubiera sabido, lo hubiera dicho». Hay, sin embargo, suficientes elementos en la novela para aclarar esta interrogante.

En la última secuencia de *La colmena* Martín, al que ha regalado el periódico del día un empleado del cementerio, sueña con encontrar en él una oferta de trabajo. Pero «por un vago presentimiento» no quiere precipitarse: «En el bolsillo lleva el periódico, del que no ha leído, todavía, la sección de anuncios ni los edictos. Ni el racionamiento de los pueblos del cinturón».

Evidentemente, la amenaza que se cierne sobre él está entre los edictos. No, por cierto, como afirma D. W. McPheeters en su libro sobre Cela, por algo tan irrelevante, incluso en 1943, como que sus papeles no estén en orden. Los deudos de Martín Marco leen algo como lo que el diario *Arriba* publica el martes 7 de diciembre de 1943 en su segunda página:

JUZGADOS MILITARES

EDICTO

Amadeo Rodríguez Sánchez, de treinta años de edad, de estado soltero, natural de Medina del Campo, de profesión camarero, y que tuvo su domicilio últimamente en Madrid, calle del Amparo, 21, desconociéndose en la actualidad su paradero, comparecerá en el término de ocho días, a contar de la fecha de publicación del presente edicto en la Prensa, para prestar declaración en diligencias previas que se instruyen en el Juzgado Militar Eventual Número 24, Piamonte, 2, segundo; apercibiéndosele de que en caso de no efectuar dicha comparecencia le pasará el perjuicio a que haya lugar.

A Martín le amenaza la Ley de Responsabilidades Políticas decretada por el Generalísimo Franco en febrero de 1939, pues el juzgado militar ha reparado en él para evaluar su «actuación y conducta durante el glorioso Movimiento Nacional», o para que preste, acaso, «declaración en procedimiento que se le sigue por su actuación durante el período rojo», como leemos en otros edictos de la misma época. Este personaje, que duerme de prestado en un cuarto de la casa de su acomodado amigo Pablo Alonso (es decir, con domicilio desconocido), ha sido miembro del sindicato universitario de izquierdas FUE (III, viñeta 111), piensa que no deberían existir clases sociales (II, 52), es amigo de otro intelectual, Paco, que acaba de salir de la cárcel (II, 55), y se reúne con él en el bar de Celestino Ortiz que había sido comandante con el caudillo anarquista Cipriano Mera (II, 71). Cuando Martín discute con Celestino por lo que le debe, sus palabras son harto significativas: «Parece mentira que usted y yo andemos a vueltas siempre con lo mismo, como si no tuviéramos tantas cosas que nos unan» (II, 73).

Algo relacionado con la guerra —Martín Marco tiene, ya lo sabemos, «un tatuaje en el brazo izquierdo y una cicatriz en la ingle» (I, 20)— pesa sobre él y explica este

continuo recelo suyo. Cuando Nati Robles le llama por su nombre en la Red de San Luis, «Martín la miró temeroso. Martín mira con cierto miedo a todas las caras que le resultan algo conocidas, pero que no llega a identificar. El hombre siempre piensa que se le van a echar encima y que le van a empezar a decir cosas desagradables» (III, 111).

Ahí está también la clave del miedo rayano con la histeria que nuestro personaje experimenta al ser abordado por un inspector de policía que le cachea y le pide la documentación una noche (IV, 150). Se defiende con argumentos tales como que colabora en la prensa falangista y su último artículo ha sido «Razones de la permanencia espiritual de Isabel la Católica», lo que viene a coincidir con las directrices más tópicas de la propaganda oficial. Y en su convulsivo monólogo interior de IV, 152, se repite a sí mismo una y otra vez: «—¿De qué tengo yo miedo? [...] ¡Yo no me meto en nada! ¡En nada! ¿Qué me pueden hacer a mí si yo no me meto en nada?». Sobre lo mismo vuelve Filo en el «Final»: «Mi hermano no hizo nada, yo se lo aseguro a usted; eso debe ser una equivocación, nadie es infalible, él tiene sus cosas en orden...». Y es que Martín Marco está realmente «en libertad vigilada», como, sin segundas intenciones pero con gran sobresalto por parte del pobre escritor, le dice el ciclista que está a punto de atropellarlo en II, 52.

Porque es indudable que sobre el significado de *La colmena* se proyecta una situación histórica, política y social muy concreta y determinada: los años más duros de la inmediata posguerra española, época de aislamiento, de rencor, de pobreza física y espiritual. *La colmena* la refleja más explícita y poéticamente, a la vez, que ninguna otra obra literaria. Sí, Cela nos muestra «la España asustada por el peso de la paz que se le había venido encima», en brillante expresión de Alonso Zamora Vicente [Amorós, 1977: 240], y este valor testimonial fue quizá lo que más impresionó en el momento de su publicación, como demuestran los escritos de algunos españoles exiliados, Arturo Barea y Emilio González López entre otros. El primero de ellos, en el prólogo a la traducción inglesa que ya hemos citado, la aplaude como la mejor obra de arte y documento social de la posguerra española, a pesar de ser él un represaliado político y el autor un excombatiente del bando vencedor. En este sentido, *La colmena* merece el lugar destacado que Santos Sanz Villanueva le concede en su monumental *Historia de la novela social española (1942-1975)*.

Novela social porque refleja —parcialmente, por supuesto— el estado material y espiritual de la sociedad urbana en la España de los años cuarenta, pero también, como exigen definiciones más estrictas de esta modalidad novelística, porque a través de la técnica más apropiada para ello —el simultaneísmo, el protagonismo colectivo y la reducción temporal que he estudiado en mi libro de 1977 reeditado en 1994— nos ofrece la contrastación dialéctica entre clases, fundamentalmente entre la burguesía ociosa (Pablo Alonso), de empresarios (don Mario Vega, doña Rosa) o propietarios (don Trinidad García Sobrino), y una amplia base de los que luchan por sobrevivir, ya pertenezcan a una mesocracia empobrecida de empleados o

funcionarios (Roberto González), ya al proletariado (obreros, camareros, criadas) o al mundo de la marginalidad (prostitutas, bohemios como Martín...). Y siempre, aparte de las diferencias económicas, el estigma de la derrota popular en la Guerra Civil. En I, 7, don José Rodríguez de Madrid, funcionario de Justicia y persona acomodada, resuelve un altercado con el violinista del café, que llevaba toda la razón, diciéndole a la dueña: «... o echa usted a puntapiés a ese rojo irrespetuoso y sinvergüenza, o yo no vuelvo a pisar el local. Doña Rosa, entonces, puso al violinista en la calle y ya no se volvió a saber más de él».

Mas creo que esta sustancia testimonial de un trance de España se va diluyendo —aunque nunca llegue a borrarse, a no ser que perdamos nuestra memoria histórica— con el paso del tiempo, y *La colmena* cobra un significado más universal, más humanístico, que acaso estuvo desde un principio en la mente de su autor. El mismo desorden temporal de sus capítulos, cuya explicación hemos dejado pendiente hasta ahora, demuestra una voluntad poética más que rigurosamente histórica.

La colmena recoge una historia de escasa amplitud temporal, dos jornadas consecutivas, incompletas, y el comienzo matutino de una tercera «tres o cuatro días» más tarde, según informa la primera frase del «Final». Hay, pues, una elipsis temporal entre el bloque formado por los seis capítulos y la coda epilodal, lo que significa que el discurso omite un tranco en la continuidad cronológica del tiempo de la historia. De todo ello hay que deducir que la novela posee un ritmo narrativo demorado, pues en el mismo número de páginas en que tantas novelas cuentan toda una vida del protagonista desarrolla —y no exhaustiva, sino selectivamente— tres jornadas incompletas.

El momento de la historia fue puntualizado por Cela en la «Nota a la primera edición» de *La colmena* («Su acción discurre en Madrid —en 1942...»), fecha que es ratificada exactamente en el prólogo de *Mrs. Caldwell habla con su hijo* (1953) titulado «Algunas palabras al que leyere» («*La colmena* es la novela de la ciudad, de una ciudad concreta y determinada, Madrid, en una época cierta y no imprecisa, 1942») y de forma menos tajante en el prólogo a la traducción rumana de la obra en 1967 («... producto de una lengua y una historia todavía muy cercanas a nosotros: el español popular y la ciudad de Madrid en torno a los años 1940 o 42»).

La crítica ha venido repitiendo este año de 1942 al ubicar cronológicamente la hora de *La colmena*, a pesar de que, como ha demostrado David Henn en un breve artículo [Henn, 1971-1972: 142-149], se trata evidentemente de un error de Cela. En el «Final», que está dominado por el motivo de la lectura mañanera de los periódicos, uno de los personajes, Rómulo, librero de lance, se fija en las siguientes tres noticias: «Londres. Radio Moscú anuncia que la conferencia entre Churchill, Roosevelt y Stalin se ha celebrado en Teherán hace unos días [...]. Cuartel general del Führer. En la región de Gomel, del sector central del frente del este, nuestras fuerzas han evacuado los puntos de... [...] Londres. El presidente Roosevelt llegó a la isla de Malta a bordo de su avión gigante Douglas».

Pues bien, el diario madrileño *Arriba* que hemos consultado titulaba en primera y a tres columnas el sábado 4 de diciembre de 1943: «La conferencia Churchill, Roosevelt, Stalin / se celebró hace unos días en Teherán / Así lo anuncia Radio Moscú». En cuanto a la ciudad de Gomel, fue recuperada por el ejército soviético el 26 de noviembre, y el 10 de diciembre la agencia Associated Press difundió la noticia de la llegada del presidente norteamericano a Malta «en un gran cuatrimotor C-54».

Lo curioso del caso, además del despiste de la crítica tanto menos comprensible cuanto que la conferencia de Teherán es punto de referencia de gran entidad, es que el autor llegó incluso a alterar el texto de la novela para ajustarlo en un pasaje a la fecha falsa de 1942. En la secuencia siguiente a la de Rómulo, la decimoquinta del «Final» (211 en el cómputo global), Martín Marco lee en el cementerio, adonde acude por razón del aniversario de su madre, muerta el 20 de diciembre de 1934, la siguiente lápida sepulcral: «La niña Josefina de la Peña Ruiz subió al cielo el día 3 de mayo de 1943, a los once años de edad». Esa es la lectura de la primera edición, corregida a partir de la segunda y en todas las siguientes, incluso la de *Obra completa*, para hacerla concordar con la declaración del prólogo: «... subió al cielo el día 3 de mayo de 1941...».

Todo esto tiene en realidad una importancia muy relativa, pues afecta solo al tiempo externo, que no al textual, que hemos de caracterizar también por su *anacronía*. Anacronía que se manifiesta de dos maneras diferentes.

Primeramente, los capítulos, que tienen unidad temporal bastante acusada salvo el V, no siguen un orden cronológico estricto. La primera jornada aparece reflejada en I (la tarde) II (el anochecer) y IV (noche). La mañana de la segunda está en el capítulo VI, y viene precedida por su tarde (III) y noche (V). El «Final» corresponde a parte de la mañana de la última jornada, tres o cuatro días después de la última anterior. Por eso, según apunta David Henn en su monografía sobre *La colmena*, si quisiéramos leer la novela en la trayectoria cronológica de la historia tendríamos que alterar el discurso reordenando sus capítulos según este esquema: I, II, IV, VI III, V, «Final».

Es evidente, pues, en esta novela una deliberada destrucción de la cronología, que se ve incrementada por los desajustes en el orden de las secuencias y el encabalgamiento temporal entre capítulos notado por Henn en la página 18 de su citada monografía. Pero no creo que con ello Cela pretendiese urdir un rompecabezas para poner a prueba la perspicacia y la meticulosidad del lector. Muy al contrario, el efecto buscado es el de la desorientación como forma de ruptura con las tramas claramente diseñadas, vehículo de una intriga que se plantea, se anuda y finalmente se resuelve. *La colmena* con su fragmentarismo persigue un efecto impresionista, casi cinematográfico, que responde a exigencias temáticas y de intencionalidad, significativas en suma.

Paul Ilie, en su valioso libro sobre Cela, observa que las manipulaciones temporales de *La colmena* tienden a desplazar «las usuales percepciones por el lector del tiempo como un fluir, preparándole para aceptarlo como un constante o eterno

ahora». Ese efecto de *ahoridad* tiende a potenciar el complejo temático de la obra: el estancamiento y monotonía de unas vidas humanas sin esperanza, como quiere Henn, pero también —cito del artículo de Sobejano— de «un modo de existencia, social e históricamente condicionado, que se caracteriza por su motilidad confusa, obstruida e intrascendente». Un comentario del autor implícito en II, 57, apunta en esta dirección: «Detrás de los días vienen las noches, detrás de las noches vienen los días. El año tiene cuatro estaciones: primavera, verano, otoño, invierno. Hay verdades que se sienten dentro del cuerpo, como el hambre o las ganas de orinar».

Que Cela buscaba deliberadamente este efecto no es de dudar. En el ya varias veces comentado escrito «Algunas palabras al que leyere» alude a su elección, decisiva para la *ahoridad*, de «lo que los gramáticos llaman presente histórico». Tal presentación del tiempo novelístico es propia de algunas novelas renovadoras de nuestro siglo como *La montaña mágica* de Thomas Mann, y es conocida por la teoría literaria anglosajona como *timelessness* o ucronía. Sin embargo, no deja de ser una ilusión, pues la propia progresión textual de la novela contradice ese estatismo que es inherente a artes espaciales como la pintura o la escultura. Por ello me parece muy digna de ser tenida en cuenta la sutil interpretación de Robert C. Spires en el sentido de que solidaria con la «paradoja tonal» que ya hemos discutido, existe en *La colmena* una paradoja temporal. El lector experimenta esa *ahoridad* proclamada por Ilie, pero también el dinamismo temporal de cada persona, cuyo pasado nos da el narrador sabelotodo, y que en algún caso, como el de Martín precisamente en la secuencia final, sueña con un inmediato futuro. Hay una esencia humana intemporal presente en cada hombre concreto, sometido a existencia efímera inexcusable, y prisionero del orden temporal de la naturaleza. La frialdad y el despego tonal tendrían que ver con lo primero, el calor y la comprensión de tantas y tantas páginas, con lo segundo.

En definitiva, volvemos a encontrarnos con ese equilibrio sorprendente que Cela alcanza en esta obra entre lo particular y lo general, lo individual y lo colectivo, el documento y la abstracción. Creo, sin embargo, que *La colmena* ofrece cada vez con mayor rotundidad propuestas significativas antes panorámicas que puntuales. Al no estar atada a una anécdota o historia con principio y final, ni a un personaje cuyo trayecto vital habría que seguir, se acerca a las potencialidades semánticas de la poesía.

Los temas sucesivos que sus capítulos ofrecen eran *humillación, pobreza, aburrimiento, sexo, encubrimiento* (o hipocresía), *repetición* y *amenaza*. Todos matizan el momento español a la altura de 1943. Pero el tema global de la obra trasciende, asumiéndolos, estos temas parciales. Bien podría ser el que Sobejano le atribuye en su *Novela española de nuestro tiempo*: la incertidumbre de los destinos humanos. El autor implícito define (en VI, 196) la ciudad como colmena, pero también como cucaña —por cierto, título genérico de las inconclusas memorias de Cela—, azaroso juego que pone al descubierto constantemente la radical debilidad, el

profundo desamparo de sus habitantes.

Su felicidad y su desgracia se trenzan ante nosotros por caprichosas casualidades. Cuando Martín Marco decide ordenar su vida le acecha una cruel amenaza; don Roque cuenta con que el café de su odiosa cuñada pase pronto a ser propiedad de sus hijas, pero unas secuencias más adelante doña Rosa recibe de buen grado una propuesta de compra por parte de la antigua novia del encargado al que acaba de abroncar; los cinco duros que Martín pierde en los servicios del café es el dinero que el nuevo violinista necesita para comprar unas gafas a su mujer (V, 177); doña Visi se acuesta feliz pensando en que su hija se va a casar con un notario y le dará un nieto sacerdote el mismo día en que la joven se ha cruzado con su padre en la escalera de una casa de citas (V, 187); don Leoncio Maestre, que está interesado por la señorita Elvira, sale de su casa en II, 84, con intención de «darse una vueltecita por el café de doña Rosa» para verla de nuevo la noche en que doña Margot, su vecina, es asesinada, y acabará «preso por orden del juez» en III, 103, por causas inexplicadas. Todas estas casualidades y tantas otras que podríamos aducir refuerzan esa visión de la incertidumbre humana. Incluso doña Rosa «piensa en lo inseguro de los tiempos». *La colmena* lleva como antetítulo «Caminos inciertos» y otra obra de Cela, que en ciertos aspectos es una reescritura de esta, *San Camilo, 1936*, exhibe como lema una frase truncada, deliberadamente amputada de su contexto, de la *Fortunata y Jacinta* galdosiana (III, I, 1): «... la inseguridad, única cosa que es constante en nosotros».

Pero para mí que el tema principal no es exactamente este, negativo y pesimista, sino la apertura esperanzada hacia la única solución posible: la solidaridad humana (el propio Sobejano apunta hacia ella en la última página de su magnífico artículo de 1978). Es una propuesta tímida, nada mesiánica, pero inconfundible. Y las razones para postular su preeminencia las encuentro en la forma narrativa, sobre todo en las intervenciones del autor implícito, en la ordenación unánimista del relato y en la intensificación y el realce de todos los elementos que favorecen esta lectura en los capítulos VI y «Final».

Repárese en la breve secuencia digresiva que abre este último capítulo: «Las gentes se cruzan, presurosas. Nadie piensa en el de al lado, en ese hombre que a lo mejor va mirando para el suelo; con el estómago deshecho o un quiste en un pulmón o la cabeza destornillada...». Pero lo que sigue después contradice el negativismo del principio (es decir, Cela enuncia el error y dramatiza la actitud que lo paliaría, al revés de lo que hace la narrativa didáctica tradicional, con el colofón de la moraleja).

En torno al problema de Martín Marco se forma un *unánime* perfecto, a la manera de Jules Romains, quien en *Les Hommes de Bonne Volonté* utiliza frecuentemente el mismo recurso que Cela, la unificación de los instantes de varios personajes gracias a la lectura simultánea de los periódicos matutinos, y el novelista francés entiende por *unánime* (creación léxica a partir de *unité* y *âme*) aquel conjunto humano que unifica la diversidad de sus individuos bajo un impulso positivo común. En el final de *La colmena*, efectivamente, todos quieren ayudar a Martín. Celestino, aunque ha tenido

un altercado con él y el poeta le adeuda una cierta cantidad; su cuñado Roberto, a pesar de que no se pueden ni ver; también don Ramón, que no lo conoce, está dispuesto a esconderlo en su tahona durante unos días...

La expresión de este tema central, la *solidaridad*, no es unívoca. Junto al positivo unánime final, que tanto potencia la primacía del tema *solidaridad* en la novela, existe otro en el capítulo III, secuencia 103, con un llamativo tono burlesco. Los vecinos de doña Margot están reunidos en casa de don Ibrahim, que preside la junta con verbo engolado y ridícula ceremoniosidad, pero de hecho se preocupan (en ausencia del hijo de la difunta, que ha caído en una redada de homosexuales) de organizar sus exequias fúnebres, en una especie de versión grotesca de la primera novela unanimita de Jules Romains, *Mort de Quelqu'un* (1911), cuya trama se reduce al fallecimiento de un oscuro jubilado y las reacciones simultáneas que, a raíz de su muerte, acusan los vecinos de su casa parisina y sus familiares que viven en el campo. En otra oportunidad (I, 37) pone en boca no fidedigna, la de doña Rosa, que ya ha dado suficientes pruebas de su egoísmo y brutalidad, ese mensaje. Simplemente por ordenar que le traigan al violinista el bicarbonato que necesita, la odiada mujer se permite sentenciar: «Aquí estamos para ayudarnos unos a otros; lo que pasa es que no se puede porque no queremos. Esa es la vida».

Frente a su actitud, a lo largo de la novela brillan sucesivas muestras de humana caridad. El camarero, que echa a Martín del café porque no puede pagar, miente ante la dueña que le ha dado dos patadas; el limpiabotas y el cerillero fían a don Leonardo y Elvira; don Ramón, aun a riesgo de enfrentarse con su intransigente esposa, adelanta parte de la paga a su contable Roberto González; este y Filo están dispuestos a tener otro hijo, el sexto, y «¡Si no estamos un poco más anchos, estamos un poco más estrechos y en paz!» (IV, 153); Nati le da, con el pretexto de que Martín la invite, sobrado dinero para que su amigo se socorra con el sobrante; doña Jesusa lo acoge en su prostíbulo y lo confía a una de sus pupilas, Purita, que le trata con inocente afecto y le invita a desayunar.

La colmena está en el extremo opuesto del idealismo moralista, pero ello no impide que, incluso por vías paradójicas, transmita vívidamente un mensaje de solidaridad contra la pequeñez del hombre solitario: Victorita está dispuesta a prostituirse para que su novio recobre la salud, y Petrita, la criada de los González, por amor no confesado ni correspondido a Martín Marco salda con su entrega ocasional la deuda que el joven tiene en el bar de Celestino.

Pero, en último término, esta lectura del significado de la novela está explícita en algunas manifestaciones del autor. En las «Notas para un prólogo» que Cela escribe en 1947 para *El bonito crimen del carabnero y otras invenciones* —cuando está trabajando intensamente en *La colmena*—, leemos: «Uno se resiste a creer que en el mundo, al lado de tanta maldad, no haya cierta clemencia, cierta dulzura entre los humildes. Estoy convencido de que la vida es, de cuando en cuando, heroica» [Cela, 1947: 545]. Y en otra nota, fechada en 1960, «La experiencia personal en *Pabellón de*

reposo» (novela de 1943), Cela escribe una frase que bien podría servir a la vez como lema y resumen de la obra que hemos estudiado: «No me arrepiento de haber sido clemente porque pienso que la vida, al lado de la abyección, siempre sabe dar cabida a la misericordia» [Cela, 1943: 207].

La novela del premio Nobel de Literatura en 1989 Camilo José Cela que ahora reedita la Asociación de Academias de la Lengua Española con motivo del centenario del nacimiento del autor, tiene un título que remite metafóricamente a quien la protagoniza, la ciudad de Madrid a la altura del año 1943. Pero esa metáfora y ese título permean en todo su texto, que se nos presenta articulado en 217 celdillas o viñetas por las que pululan docenas de personajes. El cómputo de los ficticios elaborado por José Manuel Caballero Bonald se cifra en 296.

La gran mayoría de ellos tienen una sola aparición. Cuarenta y cuatro disfrutan de una segunda, y solo veintisiete de cinco o más de cinco presencias. Son todos homúnculos, incluso los de aspecto y actuación más prepotentes. Son como abejas de la colmena, y las viñetas en las que anidan, se nos figuran las celdillas que aíslan, pero a la vez constituyen una estructura reticular sólida y visible.

Metafóricamente, el aislamiento y la soledad del individuo nos inspiran los temas más desabridos de la obra, a los que nos hemos referido ya: desde la humillación y el aburrimiento a la opresión y la violencia. Pero el significado final de *La colmena* no es tan demoledor como podría serlo gracias a un hilo intersticial que se teje entre sus celdillas o viñetas y que se hace especialmente patente en el «Final» de la novela. Me refiero, claro es, a esa *solidaridad* humana que Camilo José Cela lleva al clímax de su novela en cumplimiento de una de sus máximas, ética y estética: la de alentar con escepticismo siempre, y crueldad y caridad en teclas alternas.





CAMILO JOSÉ CELA CONDE HABLANDO DE MI MELLIZA

La primera versión de *La colmena* la presentó Camilo José Cela a la censura el 7 de enero de 1946, diez días antes de mi nacimiento. Una hora después de que llegase yo al mundo, mi padre estaba dando una conferencia sobre el manuscrito en ciernes, que no podía alejarse mucho del que los censores al cabo le prohibieron. La lectura fue en la librería Buchholz de Madrid.

Sin necesidad de forzar las cosas puede decirse, pues, que la novela y yo fuimos mellizos creciendo de la mano. Teníamos cinco años los dos cuando *La colmena* pudo editarse aunque tuviera que ser al otro lado del charco, en la casa Emecé de Buenos Aires. A esa edad tan tierna ni siquiera pude darme cuenta de lo que significaba el exilio de mi hermana gemela.

¿Por qué esperó cinco años Camilo José Cela para tomar la determinación de publicar una de sus obras fundamentales lejos de España? No lo sé. Cinco años en el Madrid de la posguerra no suponían tiempo suficiente para que las cosas cambiaran lo bastante. Al menos no en asuntos cotidianos como los cupones de la cartilla de racionamiento o el recurso del estraperlo. Pero ¿qué digo? Eso mismo, el reflejo de un mundo detenido, viene a ser el alma de *La colmena*; sería pretencioso e inútil añadir nada más. Sus páginas se han convertido en el mejor testimonio notarial de aquellos tiempos terribles.

Cambiamos de tercio. Olvidemos la crónica histórica y tiremos del recuerdo. Del que resulta más íntimo, de ese que es imposible de rastrear en página alguna. Para un niño de cinco años que no se entera de los problemas por los que pasa el escritor al que han expulsado de la Asociación de la Prensa y tiene prohibidas dos de sus novelas, nada menos que *La familia de Pascual Duarte* y *La colmena*, el Madrid de 1951 es un paraíso. Resulta difícil que alguien pueda hacerse idea de la ciudad de entonces; en especial será incapaz de lograrlo quien haya de padecer hoy los atascos, ruidos, malhumores e histerias de cada día. En el Madrid aquel un niño podía jugar con la tierra, el barro y, en ocasiones, la nieve en los alrededores de la Castellana, allí

donde estaban levantando los Nuevos Ministerios, mientras los chicos mayores patinaban por la calzada y las aceras llevándose de vez en cuando por delante a algún que otro caballero de sombrero flexible y bigotillo recortado. Ese niño podía cambiar a los amigos la viena de pan blanco y la barrita de chocolate terroso y dulzón por una lasca de pan moreno teñido apenas de aceite casi negro. Podía trepar la colina del otro lado de la avenida, yendo hacia el Museo de Ciencias Naturales, para asomarse a la jaula del león mustio que entretenía su aburrimiento bostezando. Los sábados, de la mano del novelista que resultaba ser su padre, al niño se le dejaba entrar en el edificio para acariciar las estrías de los fósiles sepultados en el mármol y acercarse después —no mucho, que daba miedo— al elefante disecado en pose majestuosa de desafío, con los colmillos brillantes y la trompa al aire. Durante los días soleados de la primavera el niño podía acercarse hasta las terrazas del bulevar mendigando por las mesas de los quioscos unas patatas fritas o un trago de zumo de limón.

Qué poco tiene que ver ese mundo de recuerdos con las certezas que se narran en *La colmena*.

¿O yerro de nuevo?

Lo cierto es que la novela cuenta un mundo similar a ese, uno construido a fuerza de fábulas marchitas y esperanzas ilusorias. Con la diferencia de que *La colmena* tiene la clave dramática de la posguerra como telón de fondo o, mejor dicho, como niebla irrespirable que rodea a sus gentes. El fantasma de la Guerra Civil y el verdugo de la opresión están ahí esbozados, a toque de pincel y quiebro sinuoso, formando el escenario en el que aparecen los personajes como figuras forzadas de un belén en el que, ¡ay!, no se encuentran por lugar alguno los Reyes Magos. Se trata del paisaje de una guerra en la que solo hay vencidos. Los protagonistas corales de la novela asumen así la dimensión de los héroes propios de una tragedia clásica: están enfrentados a un destino que les impone algo a la vez necesario e imposible de alcanzar.

Pero *La colmena* no es, de acuerdo con la preceptiva literaria, una novela a la manera clásica. Los prólogos que Camilo José Cela fue añadiendo a las distintas ediciones —y hubo muchas— se dedicaron en ocasiones a plantear algo así como una teoría de la novela destinada a defender el procedimiento narrativo de *La colmena*. A la postre esos prólogos se han convertido en innecesarios: pocas de las grandes obras del siglo xx, desde el *Ulises* de Joyce a las crónicas urbanas de la generación perdida estadounidense, cumplen con los cánones de la novela tradicional. *La colmena* comparte con esos libros bastantes claves, desde la técnica coral al propósito —o despropósito— del texto. De tal suerte, hace gala de su condición de no-novela para convertirse en la novela por excelencia de los tiempos más amargos que siguieron a la Guerra Civil española.

Pero ¿no estaremos renunciando a un recurso imprescindible? *La colmena* carece de un personaje universal: un Otelo, un Sancho Panza o una Margarita Gautier. Tampoco narra ninguna gran historia de pasiones desatadas en la que una libra de

carne es el precio de la venganza y el suicidio se vuelve el recurso propio del desamor. No es en modo alguno una sinfonía wagneriana con despliegue de efectos y compases majestuosos. *La colmena* enseña de una forma que se finge vacía de pasiones el conjunto de las pequeñas miserias y de los pulsos cotidianos de quienes solo pueden aspirar a vivir durante un día más.

Ese andamiaje nos mete sin darnos cuenta en un mundo en el que el planteamiento, el nudo y el desenlace van de la mano. Se vuelven una mezcla absurda y confusa porque el mundo, en especial el mundo del Madrid de los años cuarenta, era el paradigma del absurdo y de la confusión. Fue Paco García Marquina quien me apuntó que Martín Marco, uno de los hilos principales de la madeja de *La colmena*, podría corresponder al huésped que Charo y Camilo José albergaron en su casa de Alcalá 185 y del que Marquina no recordaba el nombre. Se trataba de Rafael Pérez Delgado, un intelectual al que su fama de antifascista le traía problemas muy serios en la España de entonces. Estar catalogado de rojo era un riesgo cierto y Pérez Delgado dormía en casa de mis padres en busca de una relativa seguridad. Lo he contado en algún libro: noche tras noche Pérez Delgado insistía ante mi (futura) madre que era mejor seguir su camino para no poner en peligro a los recién casados pero, al final, acababa por aceptar un plato de sopa y el sofá del recibidor «solo por esta vez». Por la mañana, cuando Pérez Delgado se iba de casa, Charo encontraba unas migas extrañas encima del sofá. Mi padre le llevó unas cuantas a un entendido en materias raras y resultó ser papel machacado. El amigo erudito de Camilo José Cela tenía que protegerse del invierno madrileño con periódicos viejos como ropa interior.

Creo conocer lo bastante a mi padre para estar seguro de que la fórmula narrativa de *La colmena* no viene de un propósito establecido de antemano. La novela cuenta con un objetivo, por supuesto, pero este tiene poco que ver con la técnica en sí: se trata de que hay que montar las esperanzas ilusorias de unos personajes que coinciden en el tiempo y en el lugar. Esas esperanzas se van difuminando hasta volverse angustia. Y dicha angustia termina por devorar a los actores volviéndose la protagonista principal. Toda colmena necesita de las abejas pero estas se saben prescindibles, una a una. ¿No es verdad?

Dentro de la ternura inmensa con la que Camilo José Cela nos dibuja los personajes de *La colmena*, la novela se nos vuelve cruel. Hace un uso extensivo de la mayor de las crueldades narrativas, que es la de dejar en libertad a cada mujer y a cada hombre ante su propio destino; es este, y no el autor, el encargado de guiar sus pasos. Ningún personaje de la obra escapa a la maldición de una libertad que se vuelve losa de sepulcro. Las motivaciones de todos ellos son las más antiguas de la literatura y las más comunes de la humanidad: hambre, sueño, miedo, envidia, lujuria... El conjunto marca la frontera sutil que hay entre la tranquilidad y la confianza cotidianas y el pánico y el desespero de los momentos terribles. En *La colmena* la situación límite se vuelve habitual de la mano de esos triunfos diminutos

que hay que lograr cada día para mantenerse vivo. Lo que es común, casi trivial, alcanza así dimensiones heroicas. Cuando los personajes consiguen hacerse con un hueco en el que conservar un poco de calor, colman sus ilusiones. Y el premio espantoso es la amenaza del día de mañana.

Camilo José Cela completó una trilogía sobre la Guerra Civil añadiendo a *La colmena San Camilo, 1936* y *Mazurca para dos muertos*. Pero en las dos novelas posteriores los personajes son, hasta cierto punto, dueños de su destino. Con *La colmena* eso no sucede y quizá quede ahí la clave de por qué es también, frente a las otras dos, una novela de gozos y alegrías para el lector que acierte a escapar de la maraña de lo miserable. Carecer de esperanzas sitúa en el ámbito de lo minúsculo aquello que cabría llamar un triunfo. Le sucede lo mismo al niño del Madrid de 1951 que, jugando en la calle, encuentra el tesoro de Alí Babá al toparse con una piedra pulida y brillante. Quizá por eso me guste tanto esa novela. Aunque, como decía al principio, *La colmena* y yo nacimos en la práctica a la vez. ¿Cómo podría no querer de corazón a quien resulta ser mi hermana y cómplice?





PEDRO ÁLVAREZ DE MIRANDA CELA Y EL LÉXICO ESPAÑOL

El magisterio de Gonzalo Sobejano ya nos ha hecho ver que en el terreno lingüístico el principal valor de *La colmena* reside en la portentosa captación del habla ordinaria [Sobejano, 2002: 53]. Y el léxico, desde luego, forma parte de esa habla apresada en la novela. Ahora bien, en estas páginas no nos proponemos tratar del léxico de Cela, sino más bien de Cela y el léxico, que es distinta materia. La riqueza y variedad de aquel han sido señaladas en varias ocasiones, y es asunto que abordó Sara Suárez Solís en un libro que publicó la Alfaguara del propio escritor en 1969 [Suárez Solís, 1969].

En el VI Curso de Verano sobre la obra de Camilo José Cela, celebrado en Iria Flavia en julio de 2001, Darío Villanueva disertó sobre «El otro C. J. C.». ¿Quién era ese *otro* Camilo José Cela? Quiso subrayar el conferenciante la figura no del Cela escritor de creación, novelista y narrador fundamentalmente, sino la del Cela «erudito e intelectual», atendiendo a dos constantes en la trayectoria del escritor: la vertiente más académica de su labor, en la que «lo filológico es determinante», y «el inexcusable enraizamiento geográfico de todo cuanto hace» [Villanueva, 2002: 30].

Sobre este mismo aspecto queremos volver aquí, abordando una vertiente de las aficiones filológicas de Cela que se traduce en la importante contribución que el escritor hizo al conocimiento del léxico español. Nuestro Premio Nobel fue autor, como bien se sabe, de hasta tres diccionarios, dos de ellos inacabados. Como se trata de obras que tienen características peculiares, no propongo para estas páginas el título de «Cela lexicógrafo», pero en verdad no habría sido muy descabellado hacerlo. Cela tuvo indudable afición a la lexicografía, como lector de diccionarios y como promotor de ellos.

Hay una curiosa y significativa anécdota que puede servirnos también como ilustrador punto de partida. Entre las dependencias de la casa de Cela en Palma había al parecer una habitación en la que se guardaban los diccionarios y los libros sobre lengua, y allí se puso una placa en la que podía leerse: «Department of Philology,

University of La Bonanova» [García de la Concha, 2003: 167]. Algo tenía aquella broma de premonición del nombramiento que años más tarde, en 1980, recaería sobre él por real decreto como catedrático de Literatura y Geografía Populares de la universidad de las islas. Cela tenía muchos amigos filólogos y catedráticos a los que admiraba, y tuvo que complacerle que a la postre se le reconociera como integrante del gremio.

Como es bien sabido, fundó y dirigió una revista hecha con muy buen gusto tipográfico, *Papeles de Son Armadans*, en la que predominaban los contenidos literarios, pero que pudo codearse y se codeó con las grandes revistas de investigación filológica. Además, la publicación generó en torno suyo libros y ediciones, por ejemplo la versión en metro castellano moderno del *Cantar de Mio Cid* o la edición del *Libro de guisados, manjares y potajes* compuesto por Ruperto de Nola (1529), «sacado nuevamente a la luz por un barrigón consciente de su deber» que es evidentemente el propio Cela, y que no solo lleva notas léxicas intercaladas, sino también, al final, una «Breve nominilla de algunas palabras de no muy claro entendimiento» [véase también, Cela, 1968: 219-222]. Es obra fundamental para el conocimiento histórico del léxico culinario. El tomito, no venal, no está impreso en Palma, sino en Valencia, en las Artes Gráficas Soler, siguiendo los pasos de las exquisiteces que allí había hecho imprimir un muy buen amigo de Cela, Antonio Rodríguez-Moñino.

Cela gustaba, indudablemente, de las maneras filológicas. Basta ver cómo procuró que en los sucesivos tomos de su *Obra completa* se indicaran con todo detalle las ediciones previas de cada título, se subsanaran erratas y se consignaran variantes textuales, fijando en suma un texto definitivo, añadiendo nuevos prólogos, índices, tablas, mapas. No quiso dejar en manos de los filólogos del futuro un trabajo que quería controlar él. Para esa tarea contó siempre con la escrupulosa laboriosidad de Fernando Huarte Morton.

Consagrado en cuerpo y alma a la profesión literaria, entendiéndola como oficio que exige una dedicación absoluta, es natural que dentro de ella reservara un principalísimo lugar al conocimiento de la lengua, herramienta del escritor. Ya en un artículo temprano (¿1944?), «Hacia una revalorización del idioma», escribe que «el idioma no se sabe “de memoria”, como muchos creen, sino que hay que estar constantemente sobre él para mantenerlo, para enriquecerlo y, en todo caso, para vivificarlo». Máxime, decía, cuando «manejamos uno de los idiomas más ricos del mundo».

Seducido por esa riqueza, no es de extrañar que también sintiera predilección por los libros que son su cifra y depósito: los diccionarios. En otro artículo de la misma fecha dice que le es útil al escritor hojear y repasar diccionarios. Quien llegó a reunir una gran colección de ellos sin duda lo hacía.

Pero desde luego combinó esa vía de enriquecimiento léxico con otras: la lectura de los clásicos —como se sabe, dijo haberse echado al colete en una de sus

convalecencias la entera *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneira— y la escucha de la lengua viva en boca de las gentes.

Desde temprana fecha dio Cela muestras de su interés por lo que más adelante denominará *dictadología tópica*: la recolección de la rica panoplia de gentilicios, seudogentilicios, modismos, refranes y coplas ligados a la toponimia, a los nombres de lugar; la plasmación lingüística popular de la geografía de España. En 1947 imprime un lindo folleto, en tirada de solo cien ejemplares, que se titula *El coleccionista de apodos* (había salido antes en tres entregas en el diario *Arriba*). «En este librito —declara— se contienen algunos apodos, refranes, cantares o decires relativos a los setenta y un pueblos siguientes: Torrelodones, Toledo, Covarrubias, Valladolid, Barajas de Melo, Belinchón, Tarancón, Collado Mediano, Cercedilla...», y así hasta setenta y una localidades serranas y de las dos Castillas. «El coleccionista de apodos —comienza— [...] ha caminado este verano por tierras de Ávila, de Toledo y de Madrid. En un cuaderno ha ido apuntando, cuando ha podido, los apodos de los pueblos, los mote de los que viven en un mismo pueblo, el sucedáneo habitual de los gentilicios».

En los magníficos libros de viajes de su primera época, tan imbuidos de un espíritu excursionista que deriva del 98 y en última instancia del institucionismo, Cela desarrolla un trabajo de campo que se asemeja mucho al de las expediciones dialectológicas y folclóricas tan caras a Menéndez Pidal y sus discípulos. Siempre con el cuaderno de notas en la mochila, no nos extrañará, por todo ello, que publique ocasionalmente en las revistas del ramo. En la de *Dialectología y Tradiciones Populares* sale en 1951 un trabajito suyo que contiene los «Nombres que dan los ciegos de Cartagena a los números de su lotería». En *Clavileño*, revista de hispanismo en la que Cela hará reseñas de obras sobre léxico —un *Índice de oficios artesanos* o los *Estudios sobre los gitanismos del español* de Clavería—, había publicado el año anterior «Sesenta y siete seudogentilicios santanderinos», un material que aprovechará además para un capítulo del libro *Del Miño al Bidasoa*. Los *Papeles de Son Armadans* ofrecen en 1957 «Algunas notas a los “Refranes Geográficos (Pueblos)” de Martínez Kleiser». «A fuerza de andar por los caminos —leemos ahí—, al vagabundo se le ha pegado la geografía a la oreja».

En esas entregas que dan fe del temprano interés de Cela por los dictados geográficos populares quedan recogidos muchos seudogentilicios. Si el gentilicio se deriva del nombre propio, actual o pasado, de un lugar, el seudogentilicio es un apodo colectivo que concurre sinonímicamente con aquel y es de motivación más o menos explicable o arbitraria. Así, si los gentilicios de Madrid son *madrileño* y *matritense*, el seudogentilicio es *gato*. Del mismo modo, leyendo a Cela nos enteramos de que a los de Collado Mediano les dicen *collarejos*; a los de Cercedilla, *parraos*; a los de Becerril de la Sierra, *churros*; a los de Guadarrama, *enredapueblos*; a los de Robledondo, *albarcasas*; a los de Navacerrada, *cerrudos*; a los del Escorial de Abajo, *caciques*, a los del Escorial de Arriba, *gurriatos*, etcétera, etcétera. Cruzada la raya de

Ávila, el coleccionista de apodos oye una copla que dice:

En Navalperal, coritos;
en El Hoyo, piñoneros,
y un poquito más abajo,
los babosos de Cebreros.

Que muchos de estos apodos colectivos sean denigrantes o poco amables se debe, claro está, a que a menudo han sido puestos por los habitantes de un pueblo cercano, tantas veces enemistados. O, más sencillamente, si a los de Torreldones los llaman *ladrones* es por exigencias de la rima: «Torreldones: veinte vecinos, cuarenta ladrones».

El coleccionista reconoce que este asunto de los apodos le gusta, «pero no tanto como para hacer de ellos una ciencia, ni mucho menos». Mas el caso es que llegaría a proponerla formalmente. Sea como sea, de lo que no queda duda es de la atracción que el escritor siente por el acervo popular y folclórico, por el lenguaje del terruño con muy limitado radio de acción. Igual que los especialistas hablan de microtoponimia, Cela estaba descubriendo el encanto de lo que podríamos llamar una lexicología de las denominaciones geográficas a escala microscópica.

Al ofrecer los sesenta y siete pseudogentilicios santanderinos, dice que son «producto de nuestra directa investigación y del amable concurso que hemos encontrado en los alcaldes y maestros a quienes nos hemos dirigido en pos de la constatación de un dato, de la confirmación de una copla o de la rectificación o aclaración de un apodo». Como se sabe, para estos menesteres también se sirvió Cela con provecho de la colaboración de los carteros de toda España.

De la afición bibliográfica y bibliofílica de Cela por los diccionarios hay alguna curiosa muestra en *Papeles de Son Armadans*. Para la consulta de las diferentes ediciones del repertorio académico que hoy tan cómodamente hacemos en Internet, él tenía que servirse de los ejemplares de su propia colección. También compraba gramáticas y ortografías, y así, tras la consulta del catálogo de Cotarelo, descubrió que en el siglo XIX hubo una floreciente industria de ediciones pirateadas o fraudulentas de las obras de la Academia, y publicó en *Papeles* un muy erudito trabajo dando a conocer las curiosidades que atesoraba [Cela, 1969 y 1973]. También descubrió una rarísima edición de 1764, no descrita por Cotarelo, de las *Reglas... para la corrección y aumento del Diccionario de la Lengua Castellana*, opúsculo para el que solo tengo noticia de dos ejemplares, el de Cela y otro de la British Library. Es una rareza absoluta que no tenemos ni siquiera en la Biblioteca de la Academia, ni está en la Nacional. Cela había tenido la fortuna de encontrarla [Cela, 1970].

También saldría en *Papeles* un par de eruditas monografías léxicas, sobre *correo* [Cela, 1967] o sobre *mayonesa / mahonesa* [Cela, 1972b], y un artículo más bien jocoso a propósito de *clergyman* [Cela, 1966].

Nuestro autor se interesó asimismo por algunas jergas profesionales, como la *gacería* de los trilleros de Cantalejo o el *barallete* de los afiladores de Orense.

Apreció Sara Suárez Solís un cierto giro estilístico hacia una línea de mayor recargamiento expresivo, acompañado de alardes en la exhibición de léxico, que se daría en Cela a partir del inicio de la serie de los *Apuntes carpetovetónicos*. Creo que hay que ponerlo en relación con las aficiones lexicográficas del autor, y creo poder mostrar que la frecuentación de diccionarios, en particular el de la Academia, le llevó a saciar en ellos su sed de palabras poco o nada frecuentadas y su afición al coleccionismo léxico. La misma Suárez Solís afirma que lo que más encandila a Cela es «recopilar en su obra cuantos vocablos y giros conoce o encuentra en sus andanzas y en sus diccionarios» [Suárez Solís, 1969: 29].

Así puede colegirse de la consulta del *Diccionario histórico de la lengua española* de la Academia. Tomemos como ejemplo la palabra *alarifazgo*, que significa el ‘oficio del alarife’ (es decir, del ‘maestro constructor de edificios’), y que está en las sucesivas ediciones del diccionario común porque la incluyó ya el *Diccionario de autoridades*. En el *Histórico* vemos que es una voz que tuvo un uso escasísimo: aparece tan solo en una obra de mediados del siglo xv y en las *Ordenanzas de Sevilla* de 1527, precisamente el texto que citó *Autoridades*. Después, nada de nada, hasta llegar al siglo xx. En este, un autor muy aficionado a trasladar palabras del diccionario a sus textos, Gabriel Miro, emplea *alarifazgo* en el *Libro de Sigüenza*. Pues bien, en 1956 también la emplea Cela, en *Judíos, moros y cristianos*. Desde luego, no la había leído en aquellos muy antiguos, muy raros y escasos escritos. ¿Tal vez la leyó en Gabriel Miró? Me parece más probable que la tomara del diccionario.

Veamos otro ejemplo aún más terminante. En una de sus novelas cortas, *El molino de viento*, escribe Cela: «Los jóvenes del pueblo [...] traían al pregonero por la calle de la amargura y le gastaban gazafatones crueles, acibaradas badomías que lo dejaban llorando». La palabra *gazafatón* es de suyo bastante rara, pero la que quiero examinar, porque está hecho el artículo correspondiente del *Diccionario histórico*, es *badomía*, que, más que rara, puede decirse que, prácticamente, no existe en español. Cela, sin duda, vio la palabra en el diccionario de la Academia, donde estaba, y está, con la marca de «poco usada» y la definición ‘despropósito, disparate’. Remontándonos aguas atrás encontramos que fue la edición de 1803 la primera en recogerla. Y gracias al *Diccionario histórico* sabemos que esa inclusión obedeció a la existencia de una cédula guardada en los ficheros de la Academia en la que se habían copiado un par de textos de cierto libro de principios del xvi extremadamente raro. Tanto, que cuando se redactó ese artículo del *Diccionario histórico* no se pudieron cotejar las citas, pues no existía ningún ejemplar en las bibliotecas españolas. Los textos, en consecuencia, se citaron basándose en aquella antigua papeleta. Y decían así:

Porque en el Alcorán se fallan tantas contralidades, y tantas hystorias trastocadas, y tantas falsías, y tantas badomías.

¿Pues qué te parece, moro, desta badomía tant grande?

Pues bien, disponemos hoy de una cuidada edición moderna del libro en cuestión, titulado *Confusión o confutación de la secta mahomética y del Alcorán*, obra de cierto Juan Andrés nacido en Játiva que pasó de ser alfaquí a convertirse al cristianismo y hacerse sacerdote. Esta refutación de su antigua fe vio la luz en Valencia en 1515 y se conservan de ella, en efecto, tres ejemplares, uno en la British Library, otro en la Biblioteca del Congreso de Washington y otro más en la Biblioteca Civica de Brescia. En la edición moderna he podido cotejar, por fin, las dos citas, que eran perfectamente correctas, y hasta encontrar otras dos en la misma obra.

Estamos ante un catalanismo muy ocasional; de hecho, más bien, ante una palabra catalano-valenciana, *badomia*, inserta en un contexto castellano. Recuérdese que el autor de ese rarísimo libro, que Cela de ningún modo pudo conocer, era de Játiva. Para la palabra catalana *badomia* remito al *Diccionari català-valencià-balear* de Alcover y Moll, que la trae, y a la información que ofrece Corominas. Pero donde Cela la vio fue sin duda en el diccionario de la Academia, en el que la voz nunca debería haber entrado, pues, insisto, no es castellana. Hubiera sido preferible que los académicos de 1803, desestimando aquellos pasajes, no registraran la palabra, pues las consecuencias de su celo vinieron a ser perturbadoras, al recogerla como si fuera corriente en español. Así, hasta que Cela tropezó con ella en el diccionario. Algo parecido les ha ocurrido más de una vez con diversos vocablos a autores del siglo pasado como Azorín o Miró —nos hemos asomado a ello en el caso de *alarifazgo*—, o a otros un tanto dispares entre sí como Concha Espina, Juan José Domenchina, Max Aub, Zunzunegui o Bartolomé Soler —y, en México, Artemio de Valle-Arizpe o Fernando del Paso—, todos ellos proclives a utilizar el diccionario como fuente de inspiración [Álvarez de Miranda, 2012; y los detalles sobre el caso de *badomía*, Álvarez de Miranda, 2008].

En el caso de Cela la afición se extendía a repertorios particulares de regionalismos. En el *Primer viaje andaluz. Notas de un vagabundaje por Jaén, Córdoba, Sevilla, Huelva y sus tierras*, de 1959, inserta al final un repertorio de «Algunos andalucismos usados en este libro de viajes», en el que, dice Cela, «no figuran las voces que aparecen en el Diccionario de la Lengua, de la Real Academia Española, 18.^a edición, Madrid, 1956, salvo que se trate de ensayar una nueva definición o de fijar un matiz». Se trata de un listado de cuatro páginas para cuya elaboración se serviría Cela del muy copioso *Vocabulario andaluz* de Antonio Alcalá Venceslada, publicado en 1951.

En las primeras páginas de *Judíos, moros y cristianos* nuestro autor va introduciendo en el texto una serie de vocablos propios de las tierras segovianas que recorre. En un determinado momento interrumpe el relato del viaje para decirnos que

«el vagabundo» se ha dado cuenta de que «algunas de las palabras que quedan escritas a lo mejor nadie las encuentra si las busca donde su sentido común le dicta que las ha de hallar, y arbitra el copiarlas antes de pasar más adelante». Inserta, pues, un pequeño glosario de una docena y media de vocablos con sus definiciones. ¿Oídos por Cela de labios de los lugareños? Probablemente sí, pero también compulsados en los repertorios que con anterioridad había publicado un olvidado erudito con el que luego volveremos a encontrarnos, don Gabriel María Vergara y Martín. Sabiendo de las aficiones de Cela, es casi seguro que conocía, de este Vergara, sus *Materiales para la formación de un vocabulario de palabras usadas en Segovia y su tierra*, de 1921, y sus «Voces segovianas», de 1946. La práctica totalidad de los términos de ese pequeño vocabulario que introduce Cela en *Judíos, moros y cristianos* habían sido recogidos ya por Vergara en esos repertorios. Hay que decir, sin embargo, que, si Cela los manejó, no fue servil con ellos, pues ofrece para las palabras inventariadas definiciones propias. Y es interesante añadir que, concluida la relación, el autor introduce este más que elocuente comentario:

El vagabundo, después de leer y releer su lista, piensa que, si la hubiera puesto por el orden del abecé, a estas horas podría andar por la calle mirando de costadillo como un filólogo. En fin, ¡otra vez será!

El «vagabundo», el viajero, no disimula sus pujos de filólogo, y más en concreto de lexicógrafo.

Pero hay una obra donde la utilización de fuentes lexicográficas alcanzó cotas nunca igualadas, ni por Cela ni acaso por escritor alguno. Me refiero, naturalmente, a *La catira*. Es sencillamente imposible que durante su estancia de unos meses de 1953 en Venezuela, en la que recibió del gobierno del dictador Marcos Pérez Jiménez el encargo de escribir una novela ambientada en el país, Cela entrara en contacto vital con los 896 venezolanismos que al final de la obra se nos dan alfabéticamente ordenados en un glosario. Algunas entradas de él tienen desarrollos lexicográficos extensos, y Cela demuestra haber tenido a la vista muchas fuentes de consulta.

El proceso de elaboración de *La catira*, ya instalado el escritor en Mallorca, puede seguirse con detalle, junto con todos los pormenores del *affaire*, en un libro de Gustavo Guerrero [Guerrero, 2008]. El 28 de marzo le escribe Cela al ministro Vallenilla Lanz: «La novela que traigo entre manos [...] la título *La catira* y su acción transcurre en el Llano. A mis apuntes personales he procurado sumar los más solventes vocabularios y estudios que he podido encontrar, y creo que la documentación es seria y no me ha de fallar» [Guerrero, 2008: 165]. El manuscrito de la obra permite conocer el procedimiento que siguió el novelista. Hizo primero una redacción en español digamos estándar, y después lo modificó introduciendo por todo él rasgos fonéticos y morfológicos pretendidamente venezolanos —en realidad comunes a diversas modalidades del habla popular— y, sobre todo, lo espolvoreó a conciencia con los venezolanismos acopiados y que el glosario final recoge.

El experimento —Guerrero habla con acierto de «ventriloquia»— era demasiado

audaz como para salir bien, y hay que considerar *La catira* —a nosotros, desde luego, desde el punto de vista lingüístico, nos lo parece— como una novela fallida. Aunque en España se acogió en general con plácemes, al menos en un primer momento, sobre todo por su virtuosismo lingüístico, en Venezuela la recepción fue pésima, y el reproche más generalizado el de que la obra, por su forzada artificiosidad, era un pastiche que no reflejaba ni la realidad ni el habla del Llano de Venezuela. La Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Española, llegó a hacer pública una demoledora declaración formal «sobre el mal uso de los venezolanismos» en *La catira*, obra que —leemos en el *Boletín* de la corporación— «adolece del defecto de presentar como habla típica popular de la región llanera venezolana algo que es mera combinación según el gusto personal del citado autor, quien ha reunido y usado a capricho y en acumulación exagerada voces y locuciones tanto de diversas regiones de Venezuela como de alguna otra república americana y aun de España»; el resultado es una «jerigonza» que «nada tiene que ver con la realidad de nuestra habla popular» [Academia Venezolana, 1955: 88]. Miguel Otero Silva reconoció con ironía que Cela debía de haber trabajado como un titán, «tanto como el inventor del esperanto» [Guerrero, 2008: 240]. La opinión más autorizada en el país, la del gran filólogo Ángel Rosenblat, será coincidente:

Mi opinión sobre el léxico de *La catira* es que Cela utiliza indiscriminadamente todo lo que ha podido conseguir sobre el léxico venezolano. Junto a expresiones llaneras, hay expresiones larenses de Maracaibo, de los Andes, etc. [...] No es difícil documentar cada palabra utilizada por Cela en un lexicógrafo distinto. Desde luego, ningún venezolano entonces habla tan «venezolanamente» como los personajes de Cela. Tanto que, según mi experiencia, a muchos venezolanos les resulta difícil la lectura de *La catira*, y casi incomprensibles muchas de las expresiones que usa. Mi impresión es que son efectivamente auténticas de Venezuela, aunque no generales, y a veces ya envejecidas muchas de ellas [García Barrios, 1978: 136; las palabras de Rosenblat pertenecen a una entrevista que le hizo la autora].

Ante la avalancha de críticas, nuestro autor se defendió diciendo que había bebido en fuentes rigurosamente venezolanas: Lisandro Alvarado (autor del *Glosario del bajo español de Venezuela*), Silva Uzcátegui (autor de la *Enciclopedia larense*), Julio Calcaño (autor de *El castellano de Venezuela*), el mismo Rosenblat (a quien había consultado por carta sobre algún vocablo, por ejemplo *catire, ra* ‘rubio’)... Así había podido confeccionar, declaró orgulloso a la prensa, el glosario de los 896 vocablos. «Esa es —declaró— mi contribución a la filología venezolana, y me considero muy satisfecho de ser corregido y discutido» [Guerrero, 2008: 242]. Pero nótese que lo que se cuestionaba no eran las fuentes, sino el resultado, y que la inclusión de ese «Vocabulario de venezolanismos usados en esta novela» no hacía sino cerrar la circularidad del proceso: el novelista, doblado en lexicógrafo, comparte con el lector su propia herramienta de trabajo. Es más, como si solo recurriendo a la filología pudiera responder al aluvión de críticas, aún se proponía, en el verano de 1955, dar a luz todo un estudio que recogiera sus indagaciones lingüísticas sobre la materia, y en carta al ministro Vallenilla todavía le hablaba de redactar un nuevo contrato para

acometer una segunda novela dedicada a la región de los Andes. Afortunadamente, nada de esto ocurrió, y nuestro novelista optó por pasar página.

En España, al menos, los alardes lingüísticos de Cela iban a dar pronto el fruto que más podía apetecer el escritor, su elección para la Real Academia Española. En más de una ocasión declaró que el libro que lo llevó a ella fue *Judíos, moros y cristianos*, lo que se debe a que, coincidiendo su aparición con la campaña para la docta casa, el candidato lo envió como regalo a los académicos. Es curioso leer, en la documentación que hoy conocemos sobre todo el proceso, que Dámaso Alonso, aliado del novelista gallego, le informa por carta de que don Julio Casares —siempre crítico puntilloso en materia de lenguaje— «tiene algunos recelos por *La catira*, pero creo que se le ganaría si conociera mejor tu obra», y por eso lo apremia para que envíe cuanto antes al lexicógrafo un ejemplar de *Judíos, moros y cristianos* [Cela, 2005: 51].

Pero pasemos ya del Cela escrutador de diccionarios al Cela promotor, organizador y redactor de diccionarios. En ellos reside verdaderamente la aportación del escritor gallego al conocimiento del léxico español. Los tres diccionarios a que antes aludí —dos de ellos inacabados—, y de los que ahora hemos de ocuparnos, son el *Diccionario secreto*, la *Enciclopedia del erotismo* (junto con su versión reducida, el *Diccionario del erotismo*) y el *Diccionario geográfico popular*.

Cela aborda ya la cuestión de las palabras *non sanctas* en un artículo de 1963 titulado «¿Palabras válidas e inválidas?» [Cela, 1963]. ¿Por qué hay palabras admisibles y palabras inadmisibles en lo que Cela llama «lenguaje afinado o distinguido»? Sin emplear el término, Cela se plantea ahí el problema del *tabú* lingüístico: protesta por el absurdo y la hipocresía de prescindir de una determinada palabra —digamos mejor nosotros: un significante— sin prescindir del concepto que designa —en otros términos: del referente o cosa designada—. «Los paladines del lenguaje afinado o distinguido [...] se regodean en el concepto aunque se desgarran las vestiduras ante las palabras», llamando *cocottes* a las putas y *pompis* al culo.

«El diccionario ignora, por ejemplo —seguía diciendo Cela en ese artículo—, la voz “coño”, y no registra ningún cultismo que designe el concepto a que se refiere la palabra proscrita, con lo que se da el despropósito de que el sexo de la mujer no tiene nombre oficial castellano, como tampoco tiene estado la muletilla más frecuente en nuestra conversación popular». Ahora bien, la voz vetada tiene una ilustre etimología (el latín *cunnus*), aparece en español hacia la primera mitad del siglo XIII, en la *Disputa entre un cristiano y un judío*, texto publicado por Américo Castro en la *Revista de Filología Española* en 1914, y la registra Nebrija en su diccionario español-latino. «¿Qué rara suerte de maldición pesa sobre ella?», se pregunta Cela antes de especificar las cinco acepciones que él descubre en la palabra *coño*.

Muy sencillo: la maldición lexicográfica que pesaba sobre esa y otras palabras se remontaba al *Diccionario de autoridades*, y seguía gravitando sobre las sucesivas ediciones del diccionario común, descendiente de aquel. Los fundadores de la

Academia acometieron una empresa colosal que, como se sabe, llevaron a cabo de forma admirable y en un tiempo récord: compilar un diccionario de la lengua española «el más copioso que pudiese hacerse». Solo pusieron una restricción: no recogerían «las palabras que significan desnudamente objeto indecente», con lo que quedaba excluido de la obra el léxico sexual tabuizado. (No obstante, bastante dados a decir una cosa y hacer otra, hubo sus excepciones; por ejemplo, en el *Diccionario de autoridades* sí está el sustantivo *cojón*, «lo mismo que testículo o compañero». ¿Y por qué está? Si seguimos leyendo, lo entendemos. Dicen los académicos: «Trahen esta voz Covarr[ubias] en su Thesoro y Nebrixa en su Vocabulario». Con esos dos venerables precedentes, ¿cómo iban ellos a excluirla? Era una coartada potente para saltarse su propia regla).

Ya que casualmente hemos tropezado con el nombre de Américo Castro, el editor del primer texto español en que aparece la palabra *coño*, permítaseme señalar, a modo de inciso digresivo no del todo impropio, que el gran historiador, amigo y corresponsal de Cela desde 1956, veía con malos ojos la afición creciente de este por las palabras malsonantes, lo sexual y lo escatológico.

Desde luego, Cela podría replicarle con hábil dialéctica. ¿Qué es eso de que una palabra sea, en sentido literal, mal-sonante? Lo hará en otra ocasión, con este argumento, tan ingenuo como inapelable: «El fonema o grupo de fonemas que componen una palabra no tienen la culpa de lo que designan» [citado en Requeni, 2002: 104].

Más, vistas las cosas con perspectiva, algo de razón tenía don Américo. Sin asomo de gazmoñería religiosa, pero sí imbuido de la severa moral laica del institucionismo, le dice a Cela en sus cartas que en su sentir algunas obras del escritor, al que admira, «van deslizándose por una pendiente menos estimable», la de la «complacencia por la expresión sucia». Se atreve a advertirle:

No nos estropee a *nuestro* Camilo José, no se deje llevar por la risotada de quienes, acabada la risa, no retienen nada de Ud., ni un paisaje, ni una emoción, ni una inquietud, ni una figura.

Y con admirable ojo crítico:

Su *fuerte* de Ud. (digan lo que digan quienes no le quieren más que yo) son *La colmena*, *Pascual Duarte*, los *Viajes*, el prólogo —formidable— al del Pirineo, etc. En esas obras la *visión*, el disparo por elevación, pone en su lugar el detalle, la anécdota [Cela, 2009: 377 y 379].

Pero volvamos a las tareas lexicográficas, porque, al margen de las risotadas que nuestro autor pudiera suscitar y de la complacencia que ello le produjera, hay que decir de una vez que el *Diccionario secreto* es una contribución de notable importancia al conocimiento histórico del léxico español. Y que aún mayor podría haberlo sido si Cela no hubiera abandonado la empresa tras el segundo tomo.

Pues, en efecto, la solapa del primero, publicado en 1968, anunciaba que los volúmenes de la obra «irán apareciendo al ritmo de uno por año». Desgraciadamente

no fue así. Si el tomo primero, con el subtítulo «Series *colěo* y afines», estaba dedicado a toda la constelación léxica de las diversas denominaciones de los testículos, el segundo, que se retrasó hasta 1971 y se tituló «Series *piš* y afines», se consagró a las denominaciones del miembro viril. Y ya no salieron más. No sé cuántos volúmenes habría calculado Cela que tendría la obra, pero, como ha ocurrido en tantas empresas lexicográficas, la tozuda realidad —el enorme trabajo al que el equipo redactor se enfrenta— se impuso sobre el optimismo de los planes iniciales.

Cela se acoge ya desde el exergo del diccionario a la autoridad de Dámaso Alonso, que en una ponencia de 1963 había insistido en la necesidad de tratar «abiertamente» y «sin remilgos de pudibundez» la cuestión de las palabras malsonantes u obscenas. «Imaginad —había dicho don Dámaso— qué pasaría en medicina si los médicos negaran su atención a muchas de las inmundicias (físicas y morales) que tienen que considerar. No he conseguido vencer el criterio de abstención *pudoris causa*. Creo necesario que alguien haga un estudio serio y documentado, que sería tanto más fértil cuanto más ampliamente se planteara el problema». Cela decidió que él sería ese alguien.

Quienes esperaran de Cela una colección de chocarrerías salaces debieron de quedarse un tanto perplejos al dar con una obra de rigurosa erudición filológica, concebida al modo de los más sesudos diccionarios románicos que se organizan a partir de los étimos: latinos (*colěo*, *testis*), griegos (*fallós*), onomatopéyicos (*piš*), de origen incierto (como lo es el de *carajo*), prerromanos, precolombinos...; con creaciones léxicas, dialectalismos, provincialismos, jergalismos; y con los derivados y la fraseología que dimanan de las voces primarias. La bibliografía y la tabla cronológica de fuentes son, en los dos tomos, apabullantes, e implican un trabajo de recopilación meritísimo. Pues cada palabra va acompañada de una documentación textual y lexicográfica de primera mano, y del máximo interés para el historiador, teniendo en cuenta que a las palabras en cuestión no solo las afectaba una tabuización y una proscripción lexicográfica, sino también en buena medida en lo que se refiere a su mera plasmación por escrito. Cela y sus colaboradores hubieron de zambullirse no solo en obras bien o relativamente conocidas de la historia literaria, sino también en la subterránea corriente de una literatura erótica, licenciosa o directamente pornográfica que solo en las bibliotecas de algunos perseverantes bibliófilos —por ejemplo Moñino, gran amigo de Cela— se hallaba reunida. Se dio así la paradoja de que palabras hasta entonces excluidas del diccionario académico se situaron de la noche a la mañana entre las de trayectoria histórica mejor conocida y documentada, junto con las que incluían los no muchos fascículos hasta entonces publicados del *Diccionario histórico* de la Academia.

«Cuando publiqué mi *Diccionario secreto*, que es un diccionario de autoridades —declarará Cela años después en una entrevista—, me limité a ordenar y a estudiar estas voces, sin pronunciarme sobre si su uso es preconizable o no, que probablemente en muchos ámbitos no lo sea y en otros muchos dé exactamente

igual» [Cueto-Abad, 1995: 90b].

Abandonado el *Diccionario secreto*, Cela pudo conformarse con explotar algunos de los materiales reunidos, en libros que ocupan un lugar claramente menor dentro de su inmensa obra. Ya lo había hecho en el titulado *Izas, rabizas y colipoterras* (1964), donde hay un capítulo que está dedicado a las denominaciones de la prostituta, y que se titula, significativamente, «Habla el filólogo». *Rol de cornudos* (1976) se abre con una auténtica monografía léxico-histórica sobre la palabra *cornudo*, documentada ya en el *Fuero de Zorita de los Canes*, de 1180.

También, claro, intentó que algunas de las voces hasta entonces vetadas en el diccionario usual de la Academia fueran admitidas en él. Hay un impreso de Cela extraordinariamente raro, una de esas exquisiteces de bibliófilo que tanto le gustaban: es un pliego de 8 páginas, del que hizo una tirada de solo treinta ejemplares destinados nominalmente a sus compañeros de la Academia. Lo tituló así: *Algunas voces usadas por Quevedo en sus versos y no incluidas en la XIX edición del Diccionario que, a efectos de su estudio y acuerdo sobre la procedencia o improcedencia de su admisión, presenta a la Real Academia Española su individuo de número Camilo José Cela*. Madrid, 13 de febrero de 1975. Cela confiaba en que al menos la autoridad de Quevedo abriría las puertas a esas palabras (nueve en total, todas *non sanctas*, desde luego), y así fue [veáse también Cela, 1976a].

Pero la exultante desinhibición erótica que, paralelamente a la transición política, se desencadenó en la sociedad española en la segunda mitad de los setenta —los años del llamado *destape*— iba a propiciar una iniciativa, seguramente editorial, que permitiría a Cela reciclar los materiales presentados en el *Diccionario secreto*, aprovechar los muchos no utilizados entonces y completarlos con nuevos elementos en una obra de carácter enciclopédico y ordenación alfabética —recuérdese que el *Diccionario secreto* no seguía el orden del abecé, aunque cada uno de los dos tomos sí incluía al final un listado de las voces, locuciones y refranes tratados—. Entre mayo de 1976 y julio de 1977 Sedmay Ediciones publicó los 60 fascículos de la *Enciclopedia del erotismo*, llamada así —*Enciclopedia*— porque junto a las entradas léxicas se ofrecían ahora las correspondientes a nombres propios de persona, y se recogía tanto un vocabulario sexual de muy amplio espectro como multitud de términos médicos, psiquiátricos, sexológicos, etc. La bibliografía de esta nueva obra, en la edición en cuatro tomos de la *Obra completa*, ocupa ahora 68 páginas, y se ha prescindido en ella de las fuentes literarias. Pero esas fuentes, la base documental del previo *Diccionario secreto*, se siguen ofreciendo en muchos artículos, y siguen siendo, sin duda, lo más valioso.

Pondré un ejemplo, un mínimo botón de muestra, de su utilidad para el filólogo. Cuando, hace unos años, hube de anotar el texto de un epistolario bastante confianzudo entre dos personajes de fines del XVIII, me tropecé con la locución verbal *írsele* a uno *las cabras*. Por el contexto podía sospechar lo que significaba ('eyacular'), pero necesitaba una confirmación. El diccionario de Seco me la dio, con

un texto, precisamente, de Cela, perteneciente a *San Camilo*, 1936. Ahora bien, ¿por qué conocía el novelista ese modismo? Sin duda porque lo tenía registrado en su riquísimo archivo de léxico y fraseología sexual. En el *Diccionario secreto* no había llegado a darse la posibilidad de que figurara, pero la *Enciclopedia del erotismo* me proporcionó (bajo la voz *ir*) un muy valioso texto de mediados del XIX, de un poema pornográfico de Bretón de los Herreros, en el que se empleaba, con el significado dicho, la locución *írsele a uno las cabras*. Este y el que yo tenía que anotar, de fines del XVIII, eran como dos cerros testigos que, esclareciéndose mutuamente, confirmaban el uso continuado de tal expresión en el habla obscena popular [Álvarez de Miranda, 1999: 200].

En 1988 aún vio la luz otro producto editorial que fue resultado de una abreviación de la *Enciclopedia del erotismo*: el *Diccionario del erotismo*, en dos tomos. Cela no debió apenas de intervenir en él, más allá de una breve presentación en la que explica que la editorial Grijalbo «prueba a recomponer en este Diccionario las múltiples teselas del mosaico» de la precedente *Enciclopedia*.

Anotemos, en fin, que ambos repertorios también incluyen unas cuantas propuestas neológicas cultistas del propio Cela. Sirvan de ejemplo, entre otros, los términos *coitolalia* ‘tendencia a hablar durante el coito’ o *autopungofilia*, «término que me permito proponer —explica— en designación de la forma de *automasoquismo* consistente en clavarse agujas o cualquier otro objeto punzante en las partes sensibles». Y así otros cultismos grecolatinos de su invención, relacionados por lo general con prácticas sexuales más bien extravagantes.

Y hay una aportación estupenda de Cela a la metalengua lexicológica, con la que quien consulte la *Enciclopedia* y el *Diccionario del erotismo* tropezará a menudo: el término *ñoñismo*, puesto en circulación por nuestro autor para designar el eufemismo ñoño.

En suma, estoy completamente de acuerdo con estas palabras de José-Carlos Mainer: «Libros como el *Diccionario secreto* o la *Enciclopedia del erotismo* deben ser leídos como algo más que desahogos mercantiles. Muchos temas que vertebran la obra de Cela y una erudición nada liviana están presentes en sus caudalosas páginas» [Mainer, 1992: 247].

A un último —o penúltimo— proyecto lexicográfico celiano he de referirme, proyecto en el que, cuando en 1998 apareció su primer y único fruto impreso, llevaba el autor trabajando nada menos que treinta años. Ese fruto es el libro titulado *Diccionario geográfico popular de España. I. Introducción a la dictadología tópica. España*.

Ya hemos dicho algo arriba de la *dictadología tópica*. Esta denominación la acuñó Cela, pero el sintagma *dictado tópico* procede de Moñino (y, aguas arriba, de Leite de Vasconcelos, 1882). En 1933 el gran amigo de Cela había ultimado un libro titulado *Dictados tópicos de Extremadura*, y antes de hacerlo había consultado el título con Menéndez Pidal, que se inclinó por esa formulación^[1]. Por eso Cela dirá en

alguna ocasión, pero ocultando la fuente precisa, que el marbete venía respaldado por la preferencia de don Ramón.

La dictadología tópica se dedica a recoger toda la constelación de datos lingüísticos y folclóricos relacionados con los nombres de lugar. El libro publicado por Cela en 1998 ofrece tras la introducción^[2], y como muestra inicial, los que corresponden al nombre *España*. El nombre mismo y sus antecedentes (*Iberia, Hispania, Al-Ándalus, Sefarad...*); las formas suplidoras: *la Madre Patria, la piel de toro, este país...*; los refranes, frases proverbiales y coplas en que se menciona a España; los gentilicios (*español*), los seudogentilicios (*gachupín, gallego, godo, etc.*), las formas complejas (*era española, pasta española, párrafo español*), los derivados de *español* (*españolada, españollear, españolía...*) así como de *ibero-* e *hispano-*; y nuevos refranes en torno al gentilicio: «Al español fino, después de comer le entra frío»; «Cuando el español canta, o rabia o no tiene blanca»; «Ni tejado sin gorrión, ni español sin don»; «Tres españoles, cuatro opiniones»; etcétera.

Una preciosa cita de Azorín encabeza el repertorio: «La base del patriotismo es la geografía». Don Camilo no partía de cero, se situaba en la estela de otros lexicógrafos, paremiólogos y folcloristas que habían recogido este tipo de materiales, señaladamente de uno hoy muy olvidado: don Gabriel María Vergara y Martín, autor, entre otras obras, de un *Diccionario geográfico popular* publicado en 1923.

Sería de muy subido interés disponer hoy de una obra completa en que, a partir de todos nuestros topónimos, se nos diera una información tan rica como la que Cela nos dejó para el nombre *España* en esa única muestra publicada.

Pero no hubo más, y de los diecinueve volúmenes previstos solo salió el primero. A estos asuntos de la dictadología tópica había dedicado al parecer Cela, entre 1980 y 1986, sus tareas en la universidad balear. Codirigió también un par de tesis doctorales: la de María del Pilar Cruz Herrera *La formación de gentilicios, seudogentilicios y otros dictados tópicos en las comunidades de Madrid y Castilla-La Mancha*, leída en 1997 en la Universidad Autónoma de Madrid, y la de Gaspar Sánchez Salas de igual título pero referido a la provincia de Jaén, leída en 2001 en la Universidad de Alcalá de Henares. Ambas han dado algunos frutos impresos [Cruz, 2000-2001 y 2004; Sánchez Salas, 2002 y 2011], y el segundo de los mencionados ha publicado un *Diccionario geográfico popular de Madrid* [Sánchez Salas, 2010; véase también Sánchez Salas, 2001]. El Instituto da Lingua Galega de la Universidad de Santiago de Compostela ha facilitado electrónicamente, en el «Portal de ditados tópicos galegos», las 1212 fichas reunidas con datos relativos al territorio de Galicia.

Gracias a una persona que trabajó con Cela en Mallorca en 1968-69, doña Pilar Daniel, he podido tener alguna noticia, en fin, de otro proyecto lexicográfico muy ambicioso que nuestro escritor concibió por entonces, y que no pasó de los primeros estadios. Nada menos que un *Diccionario total del español hablado y escrito*, en el que colaboraron, con Cela, la propia Pilar Daniel y Víctor León. Algunos materiales de él se conservan en Iria Flavia.

La lexicografía, dice Cela en el preámbulo del *Diccionario secreto*, es la demografía de las palabras. A él, lexicógrafo también más o menos secreto, le hubiera gustado poder censarlas todas, pero no ya con el afán contabilizador del demógrafo, sino con la curiosidad particularista del biógrafo, de quien quisiera conocer la vida y milagros de la totalidad de ellas. Es una tarea que España y la comunidad hispanohablante, huérfanas aún de un *diccionario histórico* o un *diccionario total* — llámeselo como se prefiera, vienen a ser lo mismo—, aún tienen pendiente. Cela acopió para la colosal tarea colectiva valiosos materiales, que cuando nos decidamos a darle cima habrá que tener en cuenta.





EDUARDO GODOY GALLARDO
PRESENCIA DE LA INFANCIA EN LA NOVELA
ESPAÑOLA DE POSGUERRA: EL CASO DE LA
COLMENA [Godoy, 1979]

A un lector habitual de las novelas españolas contemporáneas —la que se publica a partir de 1939— no puede dejar de sorprender la abundantísima cantidad de niños que adquieren papel protagónico en el mundo novelesco. En efecto, es fácil encontrar en este período novelas centradas en torno al primer conocimiento del mundo de los personajes novelescos. Trátase de narraciones que poseen un sentido trascendente, puesto que presentan un mundo problematizado y alegórico. Si a estas narraciones se agregan aquellas en que parcialmente se encuentra el motivo, dicho número aumenta considerablemente.

Ese mismo lector experimenta una segunda sorpresa, si revisa la producción novelesca anterior, puesto que muestra de manera palpable una ausencia del motivo de la infancia. Ello resulta contradictorio si se recuerda que una de las primeras manifestaciones narrativas hispanas —la picaresca— refiere en una de las vertientes centrales la experiencia vital de niños. Claro que en las narraciones picarescas no está presente el sentido de totalidad —en sentido general— en cuanto a descripción de mundos infantiles que muestran las novelas que nos interesan.

¿Cómo explicar esta omnipresencia de la infancia en el plano temático de la novela española de posguerra? Para nosotros, existe una razón clara y precisa: la guerra que tiñó en sangre a España entre 1936 y 1939. Dicho motivo —la Guerra Civil— funciona como correlato histórico y todas las novelas que tienen en su centro el motivo de la infancia se encuentran enmarcadas por la guerra fratricida. El asunto —en el sentido keyseriano— es factor central y determinante en la visión del mundo que se dio en la novela española en un extenso período después de la Guerra Civil.

Novelas como *Crónica del alba* (1942) de Ramón J. Sender, *El camino* (1950) de Miguel Delibes, *El otro árbol de Guernica* (1967) de Luis de Castresana, *Los inocentes* (1959) de Manuel Lamana, *La resaca* (1958) de Juan Goytisolo, *La*

catedral y el niño (1948) de Eduardo Blanco Amor, *Perdimos el paraíso* (1955) de Ricardo Fernández de la Reguera, *Fiesta al Noroeste* (1953) de Ana María Matute, *Los niños que perdimos la guerra* (1971) de Luis Garrido, *Cabeza rapada* (1965) de Jesús Fernández Santos (1967), *El niño asombrado* (1967) de Antonio Rabinad y un largo etcétera.

Entre los innumerables testimonios encontrados en los creadores que vivieron la Guerra Civil, creo útil y ejemplificador citar algunos: «narradores mutilados» los llamó Miguel Delibes [Ríos, 1971]. Para Ana María Matute: «Estalló un mundo nuevo. Conocí los bombardeos, la violencia, el terror, el odio y la muerte. El pequeño mundo de mi infancia burguesa cambió de la noche a la mañana [...]. Fuimos unos niños fundamentalmente asombrados» [Matute, 1966]; Para Fernando Morán: «Se quedaron huérfanos de niñez. Metidos en la vida hasta el cuello, sin ejemplos, sin recetas que aplicar en cada nueva situación tan novedosa para ellos como para sus mayores...» [Morán, 1958]; para Alfonso Albalá: «Maduran entre hombres, entre muertos urgentes, crecen con la amenaza de un bosque de manos crispadas sobre ti, sin que nadie te dé razón de todo, es un trago, de no haberlo pasado, difícil de entender. Yo creo que soy un mártir de todo aquello...» [Albalá, 1969]; para José Asenjo: «Llegar a lo alto de la vida es empezar a ver el final. Yo no sé por qué los de mi edad, sin motivos, nos dimos cuenta de que, aun siendo niños, habíamos envejecido de repente...» [Asenjo, 1978].

De igual manera que en el párrafo anterior, podemos agregar un largo etcétera a la lista.

Camilo José Cela pertenece a la generación de la guerra, a aquella que estaba en condiciones de participar en ella: ¿de qué modo este clima está presente en su obra más importante? A revisar la presencia y el sentido que tiene la infancia en *La colmena* nos ocuparemos en las próximas páginas.

La colmena, después de varios problemas editoriales, se publicó, finalmente, en Buenos Aires, 1951. Había sido presentada en otras editoriales españolas, pero rechazada, ya estaba escrita en 1946. Desde entonces, se ha transformado en una de las obras claves en el narrar español contemporáneo. Libros y ensayos han estudiado su estructura y temática; valiosas ediciones siguen apareciendo a cargo de especialistas que entregan nuevas luces como las de los profesores Darío Villanueva, Raquel Asún y Jorge Urrutia. Sin embargo, una cuidadosa revisión de ellas siempre nos deja la sensación de que algo más puede haber en sus incontables caminos.

Lo primero que llama la atención es la cantidad de veces que se hace referencia a la infancia. En efecto, en no menos de cincuenta unidades narrativas se hace presente, ya ocupando un primer lugar, ya en referencias esenciales, tanto a nivel de personajes como a visión del mundo.

En la unidad narrativa 3, se menciona, por primera vez, a un pequeño. La conversación gira en torno a las preocupaciones de las gentes que visitan el café. Ahí se habla, entre otras cosas: «... sobre aquel niño muerto que [...] tenía el pelito rubio, era muy mono y más bien delgadito, llevaba siempre un jersey de punto color *beige* y debía andar por los cinco años».

Esta cita va incrustada en medio de dos referencias que son altamente significativas: la primera «Hay tardes en que la conversación muere de mesa en mesa, una conversación sobre gatas paridas, o sobre el suministro...»; la segunda: «En estas tardes, el corazón del café late como el de un enfermo, sin compás, y al aire se hace como más espeso, más gris, aunque de cuando en cuando lo cruce, como un relámpago, un aliento tibio que no se sabe de dónde viene, un aliento lleno de esperanzas que abre, por unos segundos, un agujerito en cada espíritu».

La primera proyecta una imagen de desolación y una muerte sobre el mundo narrativo que comienza a caracterizarse; la segunda abre un espacio de esperanza, uno de los poquísimos momentos que tiene tal connotación que se encuentra concretado por un *aliento esperanzador* y por los términos *relámpago* y *agujerito* que, como veremos más adelante, se engarzan directamente con la situación de cierre de la novela.

Por otra parte, es necesario establecer, antes de entrar de lleno en la determinación de los distintos momentos en que la presencia infantil se concreta, que este es uno de los casos en que el personaje ocupa por única vez una unidad narrativa, puesto que luego desaparece, y que carece, además, de nombre identificador. Ambos hechos proyectan una determinada visión del mundo que, como un abanico, se extenderá hasta el último momento novelesco.

Buscando una mayor claridad, se ha agrupado en los siguientes apartados la presencia infantil: visión general y colectiva, como factor de comparación, como recuerdo permanente, paraíso perdido y recuperado, violencia y crueldad, factor de contraste, el caso del gitanito.

LO GENERAL Y COLECTIVO

En este apartado, sobresalen nítidamente tres momentos: los niños que juegan al tren en el café de doña Rosa, los chinitos que son objeto de la caridad ejercida por algunas señoras y los hijos de las prostitutas.

Respecto al primero, el narrador logra transmitir el aburrimiento que predomina en *La colmena*. Todo se trivializa y nadie repara en ellos: «Dos niños de cuatro o cinco años juegan aburridamente, sin ningún entusiasmo, al tren por entre las mesas. Cuando van hacia el fondo, va uno haciendo de máquina y otro de vagón. Cuando vuelven hacia la puerta, cambian. Nadie les hace caso, pero ellos siguen impasibles, desganados, andando para arriba y para abajo con una seriedad tremenda. Son dos

niños ordenancistas, consecuentes, dos niños que juegan al tren, aunque se aburren como ostras, porque se han propuesto divertirse y, para divertirse, se han propuesto, pase lo que pase, jugar al tren durante toda la tarde. Si ellos no lo consiguen, ¿qué culpa tienen? Ellos hacen todo lo posible». En su próxima aparición se les identifica como Bernabé y Paquito y se les relaciona con un par de situaciones que conocen caracterizadas por su mal olor y suciedad.

Los chinitos que son bautizados por damas españolas y que aportan un determinado número de pesetas por ello, son usados irónicamente y destacan la falsedad de la práctica de la caridad. La revista *El Querubín Misionero*, en donde se registran todas las buenas acciones, es ejemplo de hipocresía y de sustentación de valores por sus contrarios.

La tercera situación nos traslada a una revisión que hace Martín Marco a un pecador barrio madrileño. Bajo sus ojos y apreciación se clasifica a las prostitutas según su actitud hacia los hijos: «... Hay algunas chicas muy simpáticas, las de tres duros; no son muy guapas, esa es la verdad, pero son muy buenas y amables, y tienen un hijo en los agustinos o en los jesuitas, un hijo por el que hacen unos esfuerzos sin límites para que no salga un hijo de puta, un hijo al que van a ver, de vez en cuando, algún domingo por la tarde, con un velito a la cabeza y sin pintar. Las otras, las de postín, son insoportables con sus pretensiones y con su empaque de duquesas; son guapas, bien es cierto, pero también son atravesadas y despóticas, y no tienen ningún hijo en ningún lado. Las putas de lujo abortan y, si no pueden, ahogan a la criatura en cuanto nace, tapándole la cabeza con una almohada y sentándose encima».

De igual manera, se encuentra otra serie de situaciones en relación con el punto que nos interesa, pero que no se desarrolla más allá. Por ejemplo, existen personas a las que les agrada ver «... a los niños anémicos y panzudos que tienen los huesos blandos, a las niñas que son madres a los once años...», lo que revela la complacencia ante la miseria y destino incierto de los pequeños.

INFANCIA Y MADUREZ

La infancia es vista, también, en un sentido igualitario con otras etapas vitales, en especial con la madurez, la que, en general, es desencantada, abatida, sin perspectivas, dolorosamente. Dos momentos nos parecen claves al respecto.

En el primero, un hombre instalado en el café de doña Rosa medita y habla con el camarero: «Uno de los hombres que, de codos sobre el velador, ya sabéis, se sujeta la pálida frente con la mano —triste y amarga la mirada, preocupada y como sobrecogida la expresión—, habla con el camarero. Trata de sonreír con dulzura, parece un niño abandonado que pide agua en una casa del camino».

En el segundo, Martín Marco ilustra la relación entre el hombre derrotado y la mirada de un niño: «Martín Marco, el hombre que no ha pagado el café y que mira la

ciudad como un niño enfermo y acosado, mete las manos en los bolsillos del pantalón».

Pensamos que en los dos casos citados, la relación es muy clara en el sentido que la infancia es una especie de anticipación del futuro, y la madurez, a su vez, es una proyección de la primera etapa vital. Son los tatuajes de que habla Pascual Duarte.

En este sentido, clarificador es lo establecido por el narrador sobre los solares de la plaza de toros en que se igualan niñez, madurez y vejez. El espacio se integra en una concepción vital tremendista: «El solar mañanero de los niños alborotadores, camorristas, que andan a pedrada limpia todo el santo día, es, desde la hora de cerrar los portales, un edén algo sucio donde no se puede bailar, con suavidad, a los acordes de algún recóndito, casi ignorado aparatito de radio; donde no se puede fumar el aromático, deleitoso cigarrillo del prelude; donde no se pueden decir, al oído, fáciles ingeniosidades seguras, absolutamente seguras. El solar de los viejos y las viejas de después de comer, que vienen a alimentarse de sol, como los lagartos, es, desde la hora en que los niños y los matrimonios cincuentones se acuestan y se ponen a soñar, un paraíso directo donde no caben evasiones ni subterfugios, donde todo el mundo sabe a lo que va, donde se ama noblemente, casi con dureza, sobre el suelo tierno en el que quedan, ¡todavía!, las rayitas que dibujó la niña que se pasó la mañana saltando a la pata coja, los redondos, los perfectos agujeros que cavó el niño que gastó avaramente sus horas muertas jugando a las bolas».

Es el tiempo demoledor, imprevisible, cargado de un fatalismo que destruye y aniquila. Nadie y nada escapa a su mano. La unidad narrativa que cierra el capítulo IV es uno de los muchos momentos en que se patentiza lo dicho: «Miles de hombres se duermen abrazados a sus mujeres sin pensar en el duro, en el cruel día que quizás les espere, agazapado como un gato montés, dentro de tan pocas horas».

RECUERDO PERMANENTE

La infancia se convierte en un verdadero eje que determina la vida de los adultos, los que directamente —o por medio del narrador— van dejando constancia de su presencia. La connotación es siempre negativa.

De la señorita Elvira se dice que «... En su casa, de niña, no vio más que desprecio y calamidades [...] se quedó huérfana, tenía once o doce años [...] se largó del pueblo con un asturiano que vino a vender peladillas por la función...». Más adelante se dice que los recuerdos infantiles la acosan y la persiguen: «La señorita Elvira da vueltas en la cama, está desazonada; cualquiera diría que se había echado al papo una cena tremenda. Se acuerda de su niñez y de la picota de Villalón; es un recuerdo que la asalta a veces. Para desecharlo, la señorita Elvira se pone a rezar el credo hasta que se duerme; hay noches —en las que el recuerdo es más pertinaz— que llega a rezar hasta ciento cincuenta o doscientos credos seguidos».

De don Ramón, el panadero, con quien trabaja don Roberto González, recuerda que su actual fortuna la formó moneda a moneda: «Su biografía es una biografía de cinco líneas. Llegó a la capital a los ocho o diez años, se colocó en una tahona y estuvo ahorrando hasta los veintiuno, que fue al servicio...».

Un misterio rodea la existencia de doña Rosa, la dueña del café, que se hunde en su infancia: «Enlutada, nadie sabe por qué, desde que casi era una niña...».

Como se deduce de los casos mencionados, la infancia es elemento caracterizador de los personajes que pueblan el colmenar. Aunque no se mencione directamente, detrás de ellos se adivina la huella lejana que la infancia ha dejado.

PARAÍSO PERDIDO Y RECUPERADO [GODOY, 1982]

La infancia es vista en una doble perspectiva vital: como *paraíso perdido* y como *paraíso recuperado*.

En el primer sentido, todo lo que rodea a los pequeños son factores contrarios a los que usualmente deben rodear a esos momentos. Pequeñas que se prostituyen a muy temprana edad, por ejemplo. Es el caso de las dos planchadoras de la casa de doña Jesusa: «... Están delicadas de salud y tempranamente envejecidas. Las dos se echaron, casi niñas, a la vida, y ninguna de las dos supo ahorrar. Ahora les toca pagar las consecuencias...» y una de ellas, Dorita, ilustra el destino de sus hijos: tiene un hijo de seminarista, Cojoncio Alba, es echada de casa y «... La criatura fue a morir, una noche, en unas cuevas que hay sobre el río Burejo, en la provincia de Palencia. La madre no dijo nada a nadie; le colgó unas piedras al cuello y lo tiró al río, a que se lo comieran las truchas...». Se casa y el destino de sus hijos es no alcanzar a nacer: «Dorita dio tres hijos a su marido, pero los tres nacieron muertos. La pobre paría al revés: echaba los hijos de pie y, claro, se le ahogaban al salir».

De igual manera, Amparo Robles ilustra el caso de los niños no nacidos: «... no tiene hijos ni podrá ya tenerlos, anda siempre mal de salud, siempre a vueltas con sus arrechuchos y sus goteras; tuvo primero un aborto, después una larga serie de trastornos, y hubo que acabar al final por extirparle los ovarios y sacarle fuera todo lo que le estorbaba, que debía ser bastante».

Los niños que viven en casa de doña Celia, regenta de una casa de citas, están incrustados en un espacio que se caracteriza por el erotismo. Se mezcla aquí lo que señalaba José María Castellet, en fecha temprana, en cuanto a establecer que el mundo de *La colmena* se caracteriza por la presencia de dos grandes motivos que se dan estrictamente unidos: el sexo y el dinero [Castellet, 1957]. Aquí se encarnan en los dos pequeños: «Los niños, cuando llega alguna pareja, gritan jubilosos por el pasillo: ¡viva, viva, que ha venido otro señor! Los angelitos saben que el que entre un señor con una señorita del brazo significa comer caliente al otro día».

Alfonsito, el niño de los recados, está incrustado también en un ambiente que

contribuye a la deformación de su infancia. En el café de doña Rosa se lo ve en el momento que «... está recibiendo instrucciones de un señor que dejó un automóvil a la puerta»), y al tenor de las indicaciones se trata de una cita de carácter erótico.

El caso extremo lo representa Merceditas: «Tiene trece años y el pecho le apunta un poco, como una rosa pequeñita que vaya a abrir». Huérfana, su familia desapareció con la guerra, unos murieron y otros se fueron al exilio. Es una víctima de las circunstancias. Vive con su abuela, doña Carmen, la que por cien duros la vende a don Francisco, el del consultorio: «—¡Las primicias, don Francisco, las primicias! ¡Un clavelito!».

En contraste con la concepción de *paraíso perdido* que se expresa en los casos citados, nos encontramos con la segunda perspectiva, la de *paraíso recuperado*. Sobresale aquí lo que sucede con los hijos del matrimonio formado por Roberto González y Filomena Marco. Este es un matrimonio que, a pesar de los años, no ha perdido el cariño y el entusiasmo por la relación amorosa. Los niños, que nunca son vistos directamente, viven rodeados del cariño de sus padres, lo que configura un espacio tierno y afectivo. Don Ramón, el panadero, da un anticipo de dinero a don Roberto para que le compre algo a su mujer —es la fecha de su cumpleaños— y le regala, además, unas monedas para los niños: «Con esos dos duros de mas, les compra usted unas porquerías a los niños», lo que hace pensar al padre que «... Lo que más les gustará será una pelota... Con seis pesetas hay ya una pelota bastante buena...». Son cinco hijos pequeños con los que Filo tiene que batallar día a día, sin embargo: «... recorre las camas de los hijos, dándoles la bendición [...] es una precaución que no deja de tomarse todas las noches». La relación amorosa, incluso, es interrumpida, porque: «—Me parecía que lloraba un niño». Petrita la ayuda en la atención y cuidado de los pequeños. La condición materna se proyecta en ella: «Está con los dos peques, que tienen miedo; no los deja hasta que se duermen».

Juega, también, un rol importante la proyección que se hace de la infancia hacia el futuro. Aquí se encuentran presentes las dos concepciones anotadas. La conversación que se realiza entre Julia Moisés y su madre es decisiva, versa sobre el posible matrimonio con Ventura Aguado. El lector sabe que las relaciones de los amantes se basan en el placer del momento y que solo las circunstancias permiten la confesión de la hija. El narrador deja expresa constancia de la verdad de dichas relaciones al crear la madre todo un mundo ilusorio posible: «La madre, velozmente, temerosa de que todo sea un sueño que se vaya de pronto a romper en mil pedazos como una bombilla, se apresura a echar las falsas cuentas de la lechera». Y esas cuentas de la lechera se concretan en los hijos que vendrán, en sus nombres y en la posibilidad que uno de ellos profese como sacerdote.

La infancia muestra, también, elementos de violencia y crueldad. Es, por un lado, la perspectiva humana normal y, por otro, el influjo de las circunstancias, de las cuales brota el tremendismo. El motivo es rastreable en toda la narrativa celiana. Queremos destacar, ahora, dos momentos. El primero dice relación con una matanza de ranas: «... Unos niños juegan tirando piedras contra los charcos que la lluvia dejó. Por el verano, cuando todavía no se secó del todo el Abroñigal, pescan ranas a palos y se mojan los pies en las aguas sucias y malolientes del regato...». El segundo, con la muerte de un perro: «En la calle de Torrijos, un perro agoniza en el alcorque de un árbol. Lo atropelló un taxi por mitad de la barriga. Tiene los ojos suplicantes y la lengua fuera. Unos niños lo hostigan con el pie. Asisten al espectáculo dos o tres docenas de personas». Los basureros lo recogen y moribundo lo tiran al carro. El perro gime en el aire y la gente se dispersa. El narrador acota: «... Entre las gentes hay, quizás, algún niño pálido que goza —mientras sonrío siniestramente, casi imperceptiblemente— en ver cómo el perro no acaba de morir...». Ese pequeño que mira, gozosamente, la agonía del pobre animal concreta las connotaciones señaladas líneas atrás y recuerda la mirada de los pequeños que miran a los presos en *La familia de Pascual Duarte*.

FACTOR DE CONTRASTE

En este sentido, resaltan las unidades narrativas que están centradas en torno a la preparación oratoria de don Ibrahim de Ostolaza y Bofarull que bosqueja un discurso oratorio. Engolado, estridente, exagerado son algunos de los calificativos que caracterizan este discurso. El mismo don Ibrahim sobrevalora sus dotes. En todo caso hay una doble consideración de dicho discurso: por una parte, lo que piensa su propio creador, y, por otra, lo que sucede con el destinatario. Ese contraste produce una ironía que salta a primera vista.

La ironía que hemos destacado se refuerza al transmitirnos el narrador lo que sucede en la morada de al lado. Los padres de una pequeña se preocupan de su estreñimiento. La preocupación se da mediante dos preguntas: «—¿Ha hecho su caquita la nena?» y «—¿Tuviste que meterle al perejilito?» y por las virtudes que el aceite de las latas de sardina tienen, según la abuela, en estas enfermedades.

Se entiende que la preocupación por una necesidad básica contraste violentamente con la preparación académica de don Ibrahim.

EL CASO DEL GITANITO

Hemos dejado para el último la revisión del gitanito que canta flamenco, y que recorre permanentemente las calles de Madrid. En él se concentran todos los aspectos

que se han señalado separadamente. Es la imagen absoluta de una infancia abandonada. Tiene seis años y no se proporciona su nombre. Cinco unidades narrativas se centran en él.

La primera vez es visto cerca de la tahona donde trabaja Roberto González. Entona, frente a una taberna, una canción en que se habla de quienes dependen de los demás. Se dice que su voz es inclasificable: no se sabe si es de hombre o mujer. Y se proporciona la primera revisión: «De la taberna le tiran un par de perras y tres o cuatro aceitunas que el niño recoge del suelo, muy de prisa. El niño es vivaracho como un insecto, morenillo, canijo. Va descalzo y con el pecho al aire, y representa tener unos seis años. Canta solo, animándose con sus propias palmas y moviendo el culito al compás».

La segunda es golpeado por una golfa y canta un par de estrofas de claro contenido erótico desviado. Se agregan otros datos: «El niño no tiene cara de persona, tiene cara de animal doméstico, de sucia bestia, de pervertida bestia de corral. Son muy pocos sus años para que el dolor haya marcado aún el navajazo del cinismo —o de la resignación— en su cara, y su cara tiene una bella e ingenua expresión estúpida, una expresión de no entender nada de lo que pasa. Todo lo que pasa es un milagro para el gitanito, que nació de milagro, que come de milagro, que vive de milagro y que tiene fuerzas para cantar de puro milagro».

Lo encontramos por tercera vez al dar el narrador una serie de notas en torno a lo que obtiene y a lo que come. Y concluye el día de trabajo: «Después de cenar sigue cantando, hasta las dos, por la calle de Echegaray, y después procura coger el tope del último tranvía...».

Se lo vuelve a encontrar en medio de la aglomeración a que ha lugar el asesinato de doña Margot: «... un gitanillo de unos seis años cantaba flamenco, acompañándose con sus propias palmas». Entona, de nuevo, las estrofas de claro contenido homosexual.

La quinta aparición subraya el carácter general del gitanito. Vive con un grupo que *parece* una familia gitana, camino del cementerio. Es un niño indefenso, no tiene protección alguna contra la naturaleza: «El niño que canta flamenco se moja cuando llueve, se hiela si hace frío, se achicharra en el mes de agosto, mal guarecido a la escasa sombra del puente: es la vieja ley del Dios de Sinaí...».

CONCLUSIÓN

La revisión de la presencia y del sentido que tiene el motivo de la infancia en el plano del contenido de *La colmena*, permite establecer que se encuentra en momentos claves que configuran la concepción tremendista, reiteradamente aludida al estudiar la obra de Cela. La connotación negativa y pesimista es permanente, solo en determinados momentos se hace excepción a ella: el caso de la familia González es

uno de ellos.

Sin embargo, algo más merece ser destacado. La primera mención —como se anotó al comienzo— pertenece a ese pequeño innominado de la tercera unidad narrativa. Hay ahí un escape a esa concepción negativa señalada por el *aliento tibio esperanzador* y por los términos *relámpago* y *agujerito*.

En el último momento narrativo, el denominado «Final» y que está dedicado a la suerte de Martín Marco, existen dos situaciones relacionadas con la infancia y que tienen esa nota que nos pareció extraña y discordante en la unidad narrativa número 3. La primera: «... Una niña pasa en bicicleta por el sendero; va cantando, con su tierna voz, una ligera canción de moda. Todo lo demás es suave silencio, grato silencio. Martín siente un bienestar inefable»; la segunda sitúa a Martín frente al nicho de su madre: «Martín se descubre. Una leve sensación de sosiego, siente que le da placidez al cuerpo [...] con el sombrero en la mano, nota en la frente una ligera caricia ya casi olvidada, una vieja caricia del tiempo de la niñez...».

Frente a la abundancia de lo negativo, estas dos notas, precisamente al momento de cierre del mundo novelesco y engarzadas con la expresión y términos del comienzo, abren un mundo de perspectivas distintas: es el recuerdo y deseo de una infancia plena y feliz. De igual manera, creemos que estas dos situaciones finales y la señalada en la unidad narrativa número 3 es una muestra más de la minuciosa organización interna de la novela. Es el concepto de *novela reloj* establecido por el propio Cela: «... es una novela reloj, una novela hecha de múltiples ruedas y piecitas, que se precisan las unas a las otras para que aquello marche» [Cela, 1953]. La infancia es una de esas piecitas.





JORGE URRUTIA
LA CONSTRUCCIÓN SIMBÓLICA DE *LA COLMENA*

Hay novelas que caracterizan una época. No ocurre necesariamente así con todas las obras que consideramos clásicas. Estas tienen la virtud de resultar siempre actuales, permiten que el lector se proyecte en ellas, cualquiera que sea la época, y encuentre respuestas a su propia experiencia. Las primeras, en cambio, más allá de que alcancen o no la categoría de clásicas, sirven de documentación y testimonio, siempre de referencia estética, para un período histórico. Solo el perezoso tribunal del tiempo otorga la *clasicidad*, pero pronto, en cambio, puede una obra elevarse a signo y revelación de un lapso determinado. De qué forma, por una razón o por otra, por clásica o por significativa, una obra se integra en el canon no es fácil de entender pero, como dijera Frank Kermode, citado por Harold Bloom, sin él «resulta difícil imaginar cómo las instituciones académicas podrían llevar a cabo sus actividades normales» [Bloom, 1995: 13-14]. Sabemos que el canon se instaure por motivos muy diversos, ya estéticos, ya políticos, ya de representatividad o de oportunidad. Curiosamente, se consideran en él con mayor frecuencia las obras caracterizadoras que las clásicas.

No discutamos, pues, si *La colmena*, la novela publicada en 1951 por Camilo José Cela, es o no una obra clásica, pero aceptemos que sí es canónica, por característica y referencial, una idea que fija Santos Sanz Villanueva cuando afirma, precisamente, que «es uno de los libros más significativos de toda la posguerra y con él su autor queda definitivamente asentado [...] como el primer gran descubridor de la realidad cotidiana», y, además, nos entrega «una imagen panorámica del Madrid de la posguerra» [Sanz Villanueva, 1980: 266 y 270]. Esta apreciación, claro es, ancla la novela en una época precisa, en una ciudad concreta y en un año determinado, 1942 dijo en alguna ocasión su autor (aunque algún dato histórico impropio se le pueda haber deslizado al novelista, lo que resulta explicable por el largo proceso de elaboración y de lucha con la censura que, según es sabido, sufrió [Huarte, 2000: 130 nota 4, y Urrutia, 2002: 87-108]. Ahora bien, debe reflexionarse lo que significa

referir siempre el argumento de la obra a un período y a una circunstancia tan determinados.

Decía Jean-Paul Sartre, en *¿Qué es la literatura?* (un libro de 1947 que viene a resumir y plantear las inquietudes ideológico-literarias de la posguerra europea), que todo escritor habla a sus contemporáneos, y explica: «Las gentes de una misma época y una misma colectividad, que han vivido los mismos acontecimientos, que se plantean o eluden los mismos problemas, tienen el mismo sabor de boca, son cómplices los unos de los otros y ven entre ellos los mismos cadáveres. Tal es la razón de que no haya que escribir tanto». Es lo que Faulkner, y con él Darío Villanueva, denominaba «polen de ideas» [Villanueva, 1991: 7-9].

Resulta evidente que muchos detalles y numerosas explicaciones resultan innecesarios si el autor y el lector son más o menos coetáneos y se ven inmersos en un ambiente de época, en un concepto de mundo y de sociedad que aporta coincidencias en los significados y en los valores. En un artículo sobre Scott Fitzgerald, John Dos Passos se lamentaba de que los escritores norteamericanos ya no compartían coartadas culturales con los lectores pues, perdido el conocimiento de la Biblia, que proporcionaba a las gentes modestas una cultura básica, una serie de temas e ilusiones comunes y, sobre todo, numerosos modelos narrativos, equivalente, para lo que importa al literato, a la formación clásica de las clases acomodadas, el equipaje cultural de los lectores se ha hecho exclusivamente visual [Dos Passos, 1941]. Ignoro si Sartre conocía el artículo de Dos Passos con motivo de la muerte de Fitzgerald, pero respira una preocupación similar, en cuanto a la construcción cultural del posible lector que se enfrenta con una obra literaria.

Jean-Paul Sartre pone un ejemplo que acota aún más los conocimientos compartidos. Si Dos Passos se inquieta por la dificultad de que el receptor carezca de los conocimientos de construcción literaria, Sartre pone los pies en un terreno más próximo. En el caso en que él mismo quisiera relatar a un lector extranjero la ocupación alemana, necesitaría incorporar multitud de datos a su prosa. Pero, hablando a un francés, bastaría con referirse, por ejemplo, a un concierto de música militar alemana en el quiosco de un parque público. En esa visión estaría todo: «una primavera agria, un parque provinciano, hombres de cabezas rapadas soplando en los metales, unos cuantos transeúntes ciegos y sordos que apresuran el paso, dos o tres oyentes ocultos bajo los árboles, esa alborada inútil a Francia que se pierde en el aire, nuestra vergüenza y nuestra angustia, nuestra cólera, también nuestro orgullo» [Sartre, 2009: 76-77]. Y es que, concluye Sartre, el lector a quien debe dirigirse el autor no posee «la ignorancia del buen salvaje, a quien todo debería explicar desde el principio, no es un espíritu ni una tabla rasa».

¿Puede, de hecho, existir un lector de absoluta ignorancia? Aun suponiendo que nuestro lector no hubiera leído antes libro alguno, sí tendrá al menos experiencias vitales y, gracias a ellas, reconocerá gran parte de lo que se describa en el libro, aunque pudiera, al carecer de la competencia necesaria, no descubrir el significado

segundo de los objetos simbólicos de tradición literaria. Tampoco Jean-Paul Sartre — quien, en el fondo, nunca pensó que pudieran existir lectores fuera de la cultura francesa— entra a considerar cuál debiera ser la actitud del autor ante un lector que no poseyera «la ignorancia del buen salvaje», sino unos conocimientos vitales y literarios distintos de los que el sujeto implícito del enunciado reclamase. Pero es que el filósofo francés no olfateaba siquiera las brisas de la problemática de la recepción que, por ejemplo, ya sentiría, tres años más tarde, Dámaso Alonso en *Poesía española* [Alonso, 1950].

En cualquier caso, sea el lector virgen o experimentado, el ejemplo sartriano obliga inmediatamente a plantear unas preguntas. Cuando autor y lector están sumergidos en la misma experiencia histórica, que ellos han contribuido de algún modo a hacer, se establece una clara complicidad a través del libro. Ahora bien, si no hay una historia compartida, temporal, espacial, ideológica..., por las razones que sean, ¿cuál es el efecto de la lectura y en qué se apoya? Además, ¿cómo puede el autor seleccionar el lector o debe suponerse que este se autoexcluirá automáticamente en cuanto descubra la distancia cultural? ¿Dónde radica la posibilidad literaria de establecer la significación?

Jean-Paul Sartre no puede responder porque entiende que la gloria literaria, es decir, obtener ser leído a través del tiempo, «es una lucha contra la historia», imposible de superar si el autor y el lector no gozan de un no ser histórico, si, por haberse alcanzado la sociedad sin clases, no están ambos ante el fin de la historia; en esa situación teórica, el autor ya no debería tratar de «cernirse sobre su tiempo y testimoniar ante la realidad» [Sartre, 2009: 158, 160, 161]. A las preguntas sobre el tema de la escritura, su razón y su destinatario, Sartre en su famoso libro solo puede responder con la contemporaneidad. De ahí que, para él, la literatura esté condenada a la muerte [Lévy, 2000: 83-95].

Esa curiosa caída de Sartre en una suerte de metafísica deja sin respuesta la cuestión más fascinante del fenómeno literario: el modo en que el texto tiene la capacidad de cruzar el calendario y construir un espacio teórico donde, a su través, se encuentran, conviven y se entienden el autor y los sujetos que el enunciado construye con el lector instituido como tal. Llevado al caso específico que nos ocupa, la cuestión es cómo un lector que no comparte experiencia mayor con Camilo José Cela, puede proyectar su personalidad y su competencia lectora sobre una novela titulada *La colmena*, extraer significación y construir sentido o, si se prefiere, gozar con ella. La cuestión, referida a esta novela y en España, es especialmente importante y espinosa, debido a que, por un lado, la mayoría de los críticos y estudiosos que se han ocupado hasta ahora de ella vivieron la época a la que se refiere la obra, o la sienten muy viva en el pasado colectivo nacional y, por otro, la inclusión de la novela en los planes de estudio ha permitido transmitir una lectura estable referencial e historicista.

Dicho de otra forma, importaría saber cómo un texto consigue la complicidad con

el lector si este carece de cualquier coincidencia vital con el autor, cuando no poseen ambos ninguna experiencia mayor compartida que se manifieste s gnica o simbólicamente en el enunciado. Claro que esta última frase encierra una trampa, pues da por supuesto que las experiencias mayores son las colectivas y no las individuales, como el amor, el odio, el olvido o la soledad. Asimismo, supone que la complicidad se establece sobre el argumento de una obra e ignora el razonamiento discursivo o el sentimiento que la construcción ling estica desvela. Al leer, podemos apreciar, por ejemplo, la ironía del sujeto narrador, su amor por los personajes o su dolor. Y podemos gozar est ticamente con ello, sin tener que compartir, sin embargo, los juicios o las acciones descritas. Así sucede en la lectura de Cervantes o de Honoré de Balzac^[3].

Al fin y al cabo, lo que hace de una obra literaria un producto logrado es que permita que el lector pueda comprender y hacer suyos sentimientos, creencias, proyectos o reacciones, fuera de los condicionamientos de época o de cultura en los que se integren argumentalmente o en los que el autor se viese subsumido. Esa tremenda fosa que la distancia temporal y cultural puede crear entre uno y otro polo de la operación lectora se salva por la construcción de lo único que los une: el enunciado literario.

Se ha repetido de una u otra forma que *La colmena* no es una novela de personaje, sino de personajes. Presenta una serie de pequeñas anécdotas sucedidas en una ciudad a numerosos individuos apenas descritos, y de los que casi no sabemos nada más allá de unas cuantas palabras o hechos. Se ha repetido que responde al modo de las novelas colectivas o corales, atravesadas por un gran número de personajes, sin que ninguno de ellos ocupe un primer plano por delante de los demás, de tal modo que se adquiera la idea de que es la ciudad quien protagoniza la obra. Por eso Manuel Durán la consideró «una novela *unanimista, panorámica o colectiva*» [Durán, 1960: 19-24].

Que buscaba ser una novela de la ciudad lo declaró en varias ocasiones Camilo José Cela. Darío Villanueva recuerda cómo el propio autor se refirió a ello en el prólogo a *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, donde insiste: «no presto atención sino a tres días de la vida de la ciudad, o de un estrato determinado de la ciudad, que es un poco la suma de todas las vidas que bullen en sus páginas, unas vidas grises, vulgares y cotidianas, sin demasiada grandeza [...]. Es una novela sin héroe». Hace suya también Villanueva la idea de Durán de que pudiera relacionarse la obra con el *unanimismo* de Jules Romain, cuyas novelas buscan en ocasiones y, desde luego, teóricamente, no centrarse en el individuo [Villanueva, 1983: 33-35]. La serie de veintisiete novelas que constituyen *Los hombres de buena voluntad*, de Romain, busca en efecto trazar peripecias independientes que nunca se encuentran, aunque se entrecrucen débilmente. Pero, a la vez, tiende a centrarse en dos personajes, Jallez y Jerphanion. Algo similar sucede en *Manhattan Transfer* (1925), de John Dos Passos, novela fragmentaria frente al panorama unanimista, que se cita siempre al comentar *La colmena*, tal vez porque se sospecha que hablaba de ella Pedro Salinas en sus

clases de la Universidad Central a las que asistiera Cela justo antes de la Guerra Civil española. Tanto *Manhattan Transfer*, de Dos Passos, como la temprana *Puissances de Paris* (1911), de Jules Romains, son novelas en las que la ciudad es protagonista. Pero la relación de la obra de Dos Passos con *La colmena* posiblemente sea mayor en el caso de la trilogía *U.S.A.*, publicada entre 1930 y 1936, aunque no es probable que el escritor español la hubiese leído, como luego veremos. Estas obras norteamericanas buscan situar temporalmente la acción, compuestas (sobre todo el volumen final de la trilogía, *El gran dinero*) de fragmentos que hubieran podido pertenecer a otra novela, interrumpidos por abundantes noticias, anuncios y otros textos de época.

Conviene recordar que *La colmena* iba a formar parte también de una trilogía novelesca denominada *Caminos inciertos*. La trilogía *Los caminos de la libertad*, de Jean-Paul Sartre, se publica cuando la novela de Cela está ya muy avanzada, si no terminada. Pero tanto en una como en otra, y en distintas obras narrativas de la modernidad, asistimos a historias que responden a hombres comunes, individuos abúlicos o vulgares que viven en una situación social que los sobrepasa, muchas veces plena de crueldades, ingraticudes y desdén por los otros, al igual que en tantas novelas de Pío Baroja, el novelista más admirado por Camilo José Cela, aunque con una construcción que se pretende menos compacta que en el autor de *La busca*.

Otras novelas coetáneas españolas se centran en los habitantes, más o menos vulgares y neutros, de los medios urbanos. Es el caso de, además de *La colmena* (1951), *Nada* (1945), de Carmen Laforet, *Calle de Echegaray* (1950), de Marcial Suárez, o *La noria* (1952), de Luis Romero. En todas ellas los personajes son numerosos, aunque más localizados en *Nada* y en *Calle de Echegaray*, y el tiempo de la acción se presenta limitado: un curso académico para las novelas de Laforet y Suárez, tres días en el caso de la obra de Cela, y una jornada le resulta suficiente a Romero para mostrar la vida de Barcelona. James Joyce en *Ulises* (1922), una novela a la que parece que también se refería en clase Pedro Salinas, buscaba describir un día de la vida de Dublín^[4]. Muchos de los personajes de estas novelas, españolas o extranjeras, como en *La colmena*, aparecen en un momento de la narración para no volver más a presentarse ante el lector. Otros parecen quedar más tiempo y uno, en el libro de Camilo José Cela, el que se llama Martín Marco, llega a concentrar el interés de varios de ellos.

Existen diversas nóminas de personajes de *La colmena*, desde los ciento sesenta a los que se refiere el propio autor hasta el censo que estableciera, para la primera edición española de la novela, en 1957, el entonces secretario del novelista, José Manuel Caballero Bonald. Si esta lista llegaba a los 346, Louis Arquier cree más productivo limitarse a los que están realmente presentes en los fragmentos narrativos: «Sucesivamente vemos aparecer, en cada capítulo, 28, 17, 21, 10, 13, 3 y 1 personajes. Es decir, un total de 93 que, con progresión oscilante, van haciéndose cada vez menos numerosos» [Arquier, 1977: 103] y, repitamos, centrándose al final

en el personaje de Martín Marco que puede así adquirir cierto carácter de protagonista. De hecho, la versión cinematográfica de la novela que hiciera Mario Camus en 1982, suaviza la estructura de novela plural para organizarse en torno a su figura. Como concluye Arquier, «parece muy significativo desde el punto de vista novelesco [...] que todos los personajes de primer y segundo plano aparecen en el capítulo conclusivo, excepto uno: la señorita Elvira. Dicho capítulo se sustenta sobre el personaje de Martín Marco, en parte porque relata lo que hace, pero más todavía porque constituye el centro de las preocupaciones de casi todos los demás personajes del capítulo, que intentan apartarlo de una amenaza tanto más impresionante cuanto que el novelista cuida muchísimo de no concretar en qué consiste» [Arquier, 1977: 104].

Si el número de personajes es tan elevado en *La colmena* y uno solo de ellos, Martín Marco (aunque opino que debe añadirse otro, la dueña del café principal de la narración, doña Rosa), alcanza cierta densidad, resulta lícito pensar que el novelista buscó construir un entorno humano de perfiles indeterminados, borrosos o escasos del que destacasen únicamente un par de personajes con categoría de símbolo. La técnica novelesca elegida, la de la novela colectiva y urbana, se justifica precisamente por esa voluntad autorial. Y no debe dejarse a un lado que, si uno de esos dos personajes destacados centra el inicio de la narración, en torno del otro se organiza el final.

Por otra parte, los escasos espacios descritos responden a una intencionalidad similar. El café La Delicia es el más insistentemente visitado en la novela. En ese espacio semipúblico reina doña Rosa y, por ello, en él reside el poder, se significa y se simboliza. En un momento se llega a decir que el establecimiento es una república como la de Platón. De ahí que la dueña concite deseos, temores y odios. Incluso el poder parece instalarse sobre los muertos, porque las mesas del café se hicieron con lápidas que provenían de las lápidas de los cementerios. La propietaria del local controla la economía y todo el gasto, presume de justa, y tiene comportamientos paternalistas, pero trata con desprecio e injusticia a sus trabajadores, quienes, naturalmente, hablan mal de ella a escondidas. En algún momento se dice que es riquísima, «va llena de brillantes», es accionista de un banco, se comenta que guarda baúles de oro, la casa donde está el café es suya y posee otros inmuebles en diferentes calles. Ideológicamente no esconde, sino al contrario, su admiración por Hitler y el novelista no deja de decir que «relaciona, por una serie de vagos presentimientos que no se atreve a intentar ver claros, el destino de la Wehrmacht con el destino de su café», lo que no puede sino hacer recordar al lector lo que se pensaba del propio régimen del general Franco en 1942. Ese poder, que consideraremos por lo tanto simbólicamente franquista, localizado en el café, se aprecia en ciertos detalles, como la posible alusión al exilio del hijo mayor de una señora silenciosa o, sobre todo, el miedo de algunas de las personas que lo frecuentan, especialmente los camareros y los músicos, a uno de los cuales se le tilda de «rojo». Los clientes del establecimiento

son pequeños burgueses, muchos de ellos venidos a menos, a veces con ínfulas de grandeza, con algún tramposo entre ellos y, generalmente, todos hambrientos, cobardes, cobistas, pobres de espíritu o acomplejados.

Si el interior del café responde a la organización totalitaria, el exterior —la intemperie, la calle, la desprotección, los demás lugares de encuentro— es el espacio donde transcurre la vida de Martín Marco, expulsado del establecimiento de doña Rosa por no poseer riqueza alguna, esa riqueza que, aunque fuera mínimamente, el poder que la dueña de La Delicia representa no le facilita alcanzar. Por eso, el capítulo segundo repite en su inicio, con narración distinta, una escena ya conocida.

El exterior está habitado por gente común, que en ocasiones consume en el café, personajes en su mayoría destinados al fracaso, perdedores de la vida que, en el mejor de los casos, lograrán poco más que sobrevivir. Pero también están los explotadores, los pequeños corruptos, los cínicos, los aprovechados, personas de doble rostro o individuos a los que el novelista solo se refiere, casi sin presentarlos, sufriendo hasta que no pueden soportarlo más. Los títulos de los apartados del capítulo del libro que Alonso Zamora Vicente dedica a Camilo José Cela resumen por sí mismos el ambiente y el tono de la novela: «Gente, mucha gente», «Vulgaridad, ramplonería», «Pronunciaron, quién más quién menos, su frase lapidaria», «Amor, siniestra cucaña», «La sombra de la guerra», «Ternura, ese milagro» [Zamora Vicente, 1962: 51-65]. Porque eso es lo que se aprecia en la novela: numerosos personajes vulgares y ramplones, algunos de ellos presuntuosos, que viven en la pesada y temerosa inquietud de la posguerra civil, sometidos a relaciones forzadas y primitivas, pero contemplados, pese a todo, por el novelista con ternura y simpatía.

Aquellas descripciones más o menos fragmentarias de la realidad con afán totalizador que desarrollan tantas novelas modernas, como las que se han citado ya aquí —o las de Alfred Döblin, Hans Fallada u otros—, se inician prácticamente en la literatura española con el primer capítulo de *La colmena*; esas descripciones crecen según avanza la obra para mostrar cómo es la vida diaria, hasta dónde llegan la pobreza económica o la miseria moral, el sufrimiento o la tontería, el sometimiento o la crueldad, cómo apenas si deja salida alguna la construcción social en la que se vive. No se trata tanto de casos aislados sino de muestras que se convierten en representativas, sujetos de una encuesta elegidos aleatoriamente.

Los comportamientos irrespetuosos o claramente injustos se anunciaban en el café de doña Rosa. Ya en el exterior, en las calles de la ciudad, se manifiestan frente a las entregas generosas u obligadas y su aceptación por parte de individuos crueles y aprovechados, como en el caso de las jóvenes que ofrecen su cuerpo para ayudar a otros a quienes aman, o en la actuación de las damas de buenos deseos que confunden cruelmente la caridad elemental con la justicia porque «los obreros [...] también tienen que comer, aunque muchos son tan rojos que no se merecerían tanto desvelo».

La prostitución venía apuntada por el personaje de Elvirita, comprendida y aconsejada por doña Rosa. La ciudad muestra de qué modo las prostitutas pueden ser

de lo más amable y generoso de la sociedad retratada. No faltan tampoco los odios apenas si justificados, las envidias apenas razonadas, las personas que apenas manifiestan sus creencias, los cobardes apenas escondidos por miedo a represalias que no resulta necesario explicitar en la novela. Y si el poder, la intemperancia y el despotismo se simbolizan en el café y su dueña, la persecución, la injusticia, la mala suerte, la pobreza y la amenaza represiva se cargan en el exterior sobre el personaje de Martín Marco, el intelectual de la novela, el único ser verdaderamente reflexivo e, incluso, el más valiente aunque hundido en su miedo.

Tal vez ninguno de estos personajes pidiera tener algún día un golpe de suerte que le permitiese de verdad salir del atolladero, como el Jesús Vargas protagonista de una novela un poco posterior, *Los Dueñas*, fechada por Manuel Halcón en 1952 (aunque publicada en 1956). Sin embargo, a alguno de ellos, por su miserable insolidaridad, le cuadraría una frase de Juvenal que el marqués de Dueñas saca a colación: «Nadie recuerda cómo te has hecho rico; lo que es preciso es que lo seas».

Por todo eso *La colmena* deviene el retrato de una época sin esperanza moral alguna y se ha convertido en la obra característica y representativa de la primera posguerra. La desesperanza, incluso por encima de la crudeza sexual, es lo que más le dolió al régimen de la dictadura, el hecho de que no mostrase la novela salida alguna, que un objeto de valor o un éxito nunca se obtendrían por el esfuerzo del trabajo, sino por el robo más o menos disimulado o por la sumisión extrema. Quedaba oculta, y sin embargo evidente, que la única forma de progresar en el país era la trampa, el engaño, la corrupción, la miseria moral.

Algunos lectores pueden pensar que la temática de la novela responde exclusivamente a una época concreta de la historia de España. El clima de pobreza real y mental que refleja la literatura no es sino el que reinaba en el Madrid de los años cuarenta del siglo xx, caído el país en una dictadura militar producto de una trágica Guerra Civil y padeciendo las repercusiones de la Segunda Guerra Mundial. Pero conviene advertir que las referencias históricas son escasas, no aparecen frecuentemente y, desde luego, están muy lejos de abrumar. En las novelas de John Dos Passos, cuya influencia en la novelística europea de los años treinta y cuarenta son muy evidentes, los hechos políticos, los recortes periodísticos, las biografías de distintas personalidades, las referencias al cine o a la publicidad son abundantísimas y sirven para situar las peripecias de sus personajes en unos años precisos y en Estados Unidos. En *La colmena*, las directas alusiones al período histórico son escasas y breves.

Camilo José Cela debía conocer sin duda la novela de John Dos Passos sobre Nueva York, *Manhattan Transfer*, de 1925. Pero en un artículo publicado el 15 de mayo de 1947 en la revista *Ínsula*, bajo el título «A vueltas con la novela» [Cela, 1947: 101-106], no la cita, sí lo hace en cambio con *The Sun Also Rises*, de Ernest Hemingway, que fue traducida al español como *Fiesta*. Comenta también que Jules Romains pretendía llevar a la literatura novelesca «un estremecido rumor del

tiempo», mas no comenta ningún título en concreto. Se refiere luego al segundo volumen de *Los caminos de la libertad*, de 1945, *Le sursis* (El aplazamiento), y afirma que, con esa novela, Jean-Paul Sartre llega «a extremos que muy probablemente hundirán viejos moldes, delimitarán nuevos ámbitos hoy inexplorados o casi inexplorados», un juicio bastante vacío que no permite asegurar que Cela conociese algo más que algún comentario de prensa y, desde luego, permite suponer que ignoraba la trilogía *U.S.A.* de Dos Passos (*Paralelo 42*, 1919 y *El gran dinero*), que influyó en el filósofo, dramaturgo y novelista francés.

En ese artículo de 1947, Camilo José Cela se refiere a un número de la revista francesa *Confluences* dedicado a la novela, en el que habrían escrito sin llegar a «conclusión clara alguna» los más destacados escritores franceses contemporáneos. Se trata sin duda del número 21 de esa revista, publicada en Lyon, bajo censura del gobierno de Vichy (por eso habría llegado a España fácilmente), correspondiente al año 1943. Fue un volumen especial dirigido por Jean Prévost bajo el título *Problèmes du roman*, en el que efectivamente aparecieron artículos de autores importantes, como Elsa Triolet, Albert Camus, Paul Valéry o Louis Aragon bajo el seudónimo de Paul Wattelet, entre otros. Resulta curioso que Cela no citara «*Métaphysique du roman*», artículo firmado por José Bergamín. ¿No había visto realmente la revista o entendió peligroso citar a Bergamín en 1947?

En el prólogo al número de *Confluences*, el director de la revista, René Tavernier, comenta que la novela francesa supo encontrar una fuente de enriquecimiento en la nueva técnica poética y en la obra de Dostoievski, Kafka, Joyce o Dos Passos y que la influencia de la literatura anglosajona resulta evidente. «Hemingway, par exemple, cherche à faire surgir d'une simplicité tâtonnante, et quasi-balbutiante, cetin compréhensible éclair qui nous révèle à nous-mêmes le caractère extraordinaire du quotidien». Estimo que el teóricamente simple descubrimiento del carácter extraordinario de lo cotidiano es lo que la novela de la modernidad, desde Jules Romains al Camilo José Cela de *La colmena*, pasando por los novelistas anglosajones y germánicos, tiene de común, de compartido. Para conseguirlo, eligen el paisaje de la gran ciudad y sus ciudadanos anónimos, no olvidan la fuerza y la emoción de la prosa lírica y tienden al fragmentarismo, ante la imposibilidad de encontrar otro modo de hacer al lector partícipe del enorme y muchas veces trágico caleidoscopio urbano.

Pero en Camilo José Cela no encontramos la mirada imparcial desde fuera de la acción, que pretenden muchas veces los novelistas de la llamada «generación perdida» norteamericana (de manera destacada un autor como Dashiell Hammett), no hallamos objetividad^[5]. La narración en tercera persona se interrumpe con frecuencia para introducir fragmentos en primera. Las observaciones sobre la vida política son escasas y breves. No hay documentos incorporados; ni siquiera se introduce el edicto judicial que se supone reclama a Martín Marco y aúna a sus amigos al final de la narración, creando una situación solidaria ante la tragedia que se avecina y que el

lector solo podrá suponer. La vida y los deseos de los personajes están limitados por el ambiente sociopolítico, pero tienen su propio existir. Si la máxima de la narración conductista es que debe mostrarse la realidad, pero ni mejorarla ni juzgarla, Cela no se conforma con ello y continuamente introduce junto a la voz narradora principal opiniones, bromas o, sobre todo, frases de cariño para sus personajes. La ternura de la que hablaba Alonso Zamora Vicente.

Ahí radica la perennidad de la novela, el hecho de que pueda superar los períodos de reconocimiento directo o indirecto de una situación política concreta, su posibilidad de «integrarse activamente en un sistema literario más allá de su cultura original», que diría David Damrosch [Damrosch, 2003: 173]. Un lector ajeno al país y a la época, desprovisto de los conocimientos históricos de los que los críticos hacen gala, puede comprenderse a sí mismo leyendo sus páginas, porque llega a percibir que los momentos elegidos de un transcurrir unitario, que viene a conformar un coro polifónico, aunque respondan a situaciones durísimas protagonizadas muchas veces por gentes vulgares, ofrecen una salida solidaria que comienza en la propia voz del novelista. La construcción solo aparentemente descomprometida, pero que no deja a un lado la mirada amorosa y cómplice, puede más que la ubicación histórica, trascendentaliza la novela y la hace superar el tiempo. Si la escritura cerca espacios simbólicos y en ellos introduce como levemente sustentadores a personajes simbólicos, la propia construcción de la novela promueve la simbolización de una esperanza dentro de las situaciones sociales más adversas que parecería cerrar todas las puertas. No deja de resultar, si no simbólico, sí sintomático que, a principio de los años cuarenta del siglo xx, muy poco antes de cuando se sitúa la acción novelesca, el poeta Miguel Hernández terminaba en la cárcel su poema «Eterna sombra» con una estrofa de esperanza: «Soy una abierta ventana que escucha / por donde ver tenebrosa la vida. / Pero hay un rayo de sol en la lucha / que siempre deja la sombra vencida».

El autor escribió en la primera versión manuscrita de la «Historia incompleta de unas páginas zarandeadas»: «Yo no amo al pueblo español, lo compadezco; el pueblo español no es amable, es insensato y veleidoso y digno de compasión». Es el pueblo presente en *La colmena*, vulgar, insolidario, aunque contemplado con ternura. Y sigue Camilo José Cela: «Si el pueblo español se organizase, otro gallo le cantarían. Pero no sabe». Sin embargo, al final de la obra, ese pueblo comienza a organizarse para acudir en ayuda de Martín Marco. Existe, pues, una esperanza. Su demostración es obra de la misma construcción de la obra. También lo dice el autor: «En esta novela están puestas las cosas con el suficiente desorden para que puedan entenderse».





NOTA AL TEXTO

La primera edición de *La colmena* se publicó en Buenos Aires, Emecé, 1951 con algunas supresiones impuestas por la censura peronista. En las tres ediciones siguientes de la novela (1955, 1957 y 1962) figuraba pie de imprenta mexicano aunque ya habían sido editadas en Barcelona, en la editorial Noguer. Un año más tarde, 1963, aparece la primera edición oficialmente editada en España.

Para fijar el texto de esta edición de *La colmena*, tal y como se adelantó ya en la PRESENTACIÓN, seguimos puntualmente la voluntad del autor, manifestada a este respecto en el prólogo general a su *Obra completa* (tomo I, Barcelona, Destino, 1962) con una declaración extensible al resto de los tomos de esta compilación del conjunto de sus creaciones que entonces iniciaba. Allí afirma el novelista: «Considero definitivas las versiones que hoy ofrezco y ruego a mis editores y traductores que en lo sucesivo, a ellas se remitan».

En consecuencia, aunque hemos hecho una cumplida tarea de cotejo con las ediciones académicas más importantes de *La colmena*, tan solo se han eliminado erratas evidentes y se ha procedido a una actualización ortográfica básica, manteniendo escrupulosamente el texto de la novela impreso en su duodécima edición desde 1951, primera en *Obra completa* (tomo VII, Barcelona, Destino, 1969, pp. 35-359).

Esta edición reproduce el «Censo de personajes» elaborado por José Manuel Caballero Bonald y que desde la segunda edición acompaña al texto de la novela en casi todas sus ediciones. Solo se ha añadido el nombre de Segundo Segura, personaje que, como sabemos, no aparecerá más que a partir de la cuarta edición española de la novela. El texto incluye la «Historia de unas páginas zarandeadas» que apareciera como prólogo en la edición mencionada de *Obra completa* (1962) al que se añaden las notas preliminares que Cela escribió para las cinco primeras ediciones, así como el prólogo para la traducción rumana.



*grandes
novelistas*

CAMILO JOSÉ CELA

LA

COLMENA

EMECÉ EDITORES S.A. / BUENOS AIRES

«En 1951 la publicación de esta novela en Buenos Aires, tras un infructuoso forcejeo con la censura española, tuvo amplio eco a ambos lados del Atlántico, a pesar de su prohibición en España. [...] Al tomar la decisión de publicar su novela en la Argentina (Buenos Aires, Emecé, febrero de 1951) Cela topa de nuevo con la censura peronista, y debe hacer algunas supresiones en el manuscrito, generalmente para suavizar expresiones de matiz sexual. Solo en la octava edición (Madrid, Alfaguara, 1966), enriquecida con 36 litografías de Eduardo Vicente, se puede, por fin, leer el texto completo y original».

LA COLMENA

*Paciència, en lo començament
plora, e riu en la fi.*

RAIMUNDO LULIO

HISTORIA INCOMPLETA DE UNAS PÁGINAS ZARANDEADAS

Este libro tuvo una primera juventud no poco azarosa. Hay criaturas de las que pudiera sospecharse, al verlas bullir, que nacen con el inquieto corazón tejido de rabos de lagartija y a las que por las venas, en vez de sangre, parece como correrles una huidiza lágrima de mercurio; lo mejor es dejarlas y esperar a que se paren solas, rendidas por el cansancio y el paso del tiempo.

En este instante, a los años pasados y al recapitular sobre sus extrañas iniciales conductas, me doy cuenta de que este libro va sentando cabeza. La verdad es que ya iba siendo hora de que esto aconteciese porque, en su mocedad, no hizo más que darle disgustos a su padre, que soy yo. Cuando los hijos salen atravesados o tarambanas, los padres tendemos —quizás por instinto de defensa— a echarle la culpa a las malas compañías. Mi hijo es bueno —argumentamos a quienes nos hacen la caridad de oírnos—; es cierto que mató a patadas y después descuartizó y tiró a un pozo a un par de viejas que estaban calcetando al sol, pero en el fondo es bueno. Quienes lo perdieron fueron las malas compañías: los jóvenes desocupados que consumen bebidas espirituosas, asisten a ejecuciones y saraos, frecuentan la ramería y juegan al billar por banda. Antes de juntarse con malas compañías, vamos, cuando andaba por los tres o cuatro años, mi hijo era incapaz de matar una mosca, se lo aseguro.

A *La colmena*, de no haber sido por las malas compañías, le hubiera lucido el pelo con mayor lustre aunque también es probable que no pudiera presentar una historia tan pintoresca y divertida, tan atrabiliaria y emocionante. El que no se consuela es porque prefiere el deleitoso y vicioso acíbar del desconsuelo.

Este libro lo empecé en Madrid, en el año 1945, y lo medio rematé en Cebreros, en el verano del 48; es evidente que después volví sobre él (de ahí su fecha 1945-1950), corrigiendo y puliendo y sobando, quitando aquí, poniendo allá y sufriendo siempre, pero la novela bien hubiera podido quedar redonda en el trance a que ahora me refiero. Antes, en el 1946, empezó mi lucha con la censura, guerra en la que perdí todas las batallas menos la última.

En *Relativa teoría del carpetovetonismo* hablo un poco de mis casas de Cebreros —la de la calle de los Mesones, la del Azoguejo, la de la Teodorita— y también de esta redacción de *La colmena* y de la mesa en la que la escribí. Para no repetir lo ya dicho, voy a limitarme a precisar algunos detalles que entonces dejé en el aire y a apuntar una noticia, importante para mi sentimiento, que no se produjo hasta hace cosa de seis u ocho días: la recuperación, que no fue nada fácil, de aquella humilde y desportillada mesa de café de pueblo.

Permítaseme una breve digresión. Entre las enfermedades profesionales —la silicosis de los mineros, el cólico saturnino de los pintores, la gota del holgazán— no suele considerarse la que pudiéramos llamar cachitis o inflamación de las cachas, enojosa dolencia que ataca a jinetes, ciclistas y escritores. El sieso del *Homo sapiens*,

contra lo que pudiera pensarse al escucharlo nombrar de posaderas, no fue inventado para servir de permanente soporte a sus miserias sino, antes al contrario, para posarlas a veces y con intermitencias cautelosamente medidas y sabiamente calculadas: a la hora de comer, por ejemplo, en los toros y en el teatro, en parte de la misa, en un alto en el paseo, etc. Pues bien: los mortales que abusamos del sedentarismo (sedentario, etimológicamente, quiere decir el que está sentado: en una silla de estar, en una silla de montar o en un sillín de bicicleta, que a estos efectos tanto vale) acabamos con hinchazón de las asentaderas, que en recta ley e higiene no son —repito— sino asentaderas para de vez en cuando y no para siempre. Los médicos hacen terminar en *itis* —colitis, cistitis, hepatitis, laringitis— los nombres de las enfermedades inflamatorias, y de ahí la cachitis que propongo para bautizar el túmido nalgatorio de quienes, por razón de oficio, abusamos de sus resistencias.

Queda dicho cuanto antecede porque, a estas alturas ya de las ocho o nueve intervenciones quirúrgicas que hube de padecer en el rulé, me volví higiénico y aseado (¡a la fuerza ahorcan!) y recuerdo estremecidamente aquellas dos casas que tuve en Cebreros y en las que el noble menester de la evacuación venía condicionado por factores externos que hacían ingrato lo que, en buen orden, fuera deleite del bandujo y sosiego de todo el organismo.

Ni en la casa de la calle de los Mesones ni en la del Azoguejo —según aclaro en el texto que más arriba cito— había retrete. En la primera, quizá para compensar, teníamos un desván muy lucido (techado no a dos aguas sino a todas las aguas, mayores y menores, que hubiéramos menester) en el que, con algunos conocimientos de geometría, se podían dibujar dodecaedros (en proyección plana) y polígonos en general, a golpe de vientre, durante todo el verano y sin cortarse. En la segunda no había ni desván pero, aguzando las entendederas, arbitré un ingenio bastante aparente en el que uno podía zurrarse con relativa lógica y sin salpicar al mundo. A lo mejor, si llego a patentarlo a tiempo a estas horas soy rico.

Pues bien, en esta casa del Azoguejo fue donde —como intento explicar— puse relativo punto final a *La colmena*; quiero decir que la escribí o la reescribí de nuevo y desde la primera palabra, porque este es libro que tuvo cinco redacciones sucesivas y esta fue, quizá, la más aplicada y concienzuda. Sí, sin duda alguna este empujón del Azoguejo fue el más cumplido y puntual de todos; es cierto que sobre el libro volví en Madrid y en Cebreros, durante los años 1949 y 1950, pero no lo es menos que la cosa no tuvo ya mayores cambios, ni podas notorias, ni añadidos ostensibles desde aquel momento.

También en *Relativa teoría del carpetovetonismo* hablo de las dos mínimas plantas de aquella casa ruin, desvencijada y amorosa, y de la cocina del piso de arriba, que era donde yo escribía pasándome las noches de claro en claro. La casa, aunque pobre, era curiosa y se podía habitar; por lo menos no llovía dentro y tampoco olía peor que las otras casas que la rodeaban. En el piso de abajo teníamos un zaguano que nos servía de comedor, la cocina donde respiraba el puchero y la

alcoba en la que dormían la criada —una solterita de la provincia de Toledo a la que decían Tipogamba— y el niño. El piso de arriba era casi igual, con otro rellano, la alcoba de matrimonio y la cocina del fogón condenado. En esa alcoba me atacó un día un fiebrón de pronóstico; mi mujer llamó al médico, don Mariano Moreno, y este me diagnosticó anginas y me recetó unos supositorios muy buenos, que eran la última palabra de la ciencia. Tenía que ponerme uno por la noche y otro a la mañana siguiente. Pues bien: después de cenar y cuando ya nos disponíamos a dormir, mi mujer me dio el primer supositorio pero cuando, lleno de resignación, iba a ponérmelo, se fue la luz sin esperar a que la apagásemos sino porque quiso, y la deprimente escena tuvo que ser rematada a oscuras y al tacto. A la mañana siguiente, mi mujer, que tiene cierta condicionada paciencia con los enfermos, me ofreció un nuevo supositorio incluso con su mejor sonrisa.

—Toma, Camilo José, ponte el otro supositorio.

Yo sentí que la sangre se me agolpaba en la cabeza, que de repente se vio invadida de las más negras ideaciones. La voz se me puso ronca y solemne y me cerré a la banda.

—No, hermosa, ese otro supositorio se lo va a poner tu madre. ¡Con lo que rasca!

—¿Cómo que rasca?

—¡Pues claro que rasca! ¡Rasca un horror! ¿Te enteras? ¡Un horror!

—Pero, hombre, ¿cómo va a rascar un supositorio?

—¡Yo qué sé cómo! ¡Lo que yo sé es que rasca! ¡Vaya si rasca! Prefiero las anginas a los supositorios; antes, cuando no había supositorios, las anginas se quitaban solas, soplando bicarbonato y dándose toques con glicerina yodada. A mí, déjame en paz.

Mi mujer, que no entendía nada, me peló un supositorio y me lo pasó por el dorso de la mano.

—¿Cómo es posible que digas que esto rasca?

Guardé silencio; en mi obnubilada mente acababa de nacer un rayito de claridad. Cuando entendí lo que pasaba, volví a hablar.

—Perdona.

—¿Por qué?

—No, por nada... Anda, dame el supositorio.

—¿Te lo vas a poner?

—Sí. La culpa fue de la compañía de la luz..., no tienen conciencia... Anoche, cuando se fue la luz, me puse el supositorio con el papel de plata..., no se lo digas a nadie...

Volvamos al hilo del cuento, tras la amarga experiencia de mi iniciación en la terapéutica por vía anal. Mi escritorio de la casa del Azoguejo y su parvedad vinieron a demostrarme que, para escribir, hace falta bien poca cosa. Los escritores suelen ser más bien necios y pedantes y aseguran (salvo excepciones) que para esto de escribir se precisa un ambiente determinado y propicio: para algunos, tumultuario y

anestésico (Bernanos, por ejemplo, que escribía en los cafés); para otros, recoleto y tupido de precauciones (Juan Ramón Jiménez, pongamos por caso, y otras flores de histeria). Este presuntuoso supuesto dista mucho de ser verdad: para escribir libros, lo único que se necesita es tener algo que decir y un fajo de cuartillas y una pluma con que decirlo; todo lo demás sobra y no son más que ganas de echarle teatro al oficio. Con un fajo de cuartillas y una pluma se puede escribir el *Quijote* y, por detrás, *La divina comedia*. Lo que hay que hacer es ponerse a ello y esperar a ver lo que sale, si sale. El *Quijote* y *La divina comedia*, desde luego, salen pocas veces.

La mesa de entonces, como atrás dejé dicho, la recuperé hace poco. Mi amigo Eugenio Fernández, alias Cartujo, que fue quien me la había prestado, la vendió cuando cerró su café Madrid, pero pudo seguirle el rastro, topársela y regalármela. Quiero dejar aquí constancia de mi gratitud.

En carta de 27 de junio de este año, Cartujo me dice:

... después de recorrer varios pueblos del valle del Tiétar, en Escarabajosa encontré a quien se la vendí en Escalona (Toledo), a donde fue a parar, y por fin en Torrijos di con ella. La he encontrado con una nueva hendidura, pues ha pasado sus buenos inviernos al aire libre en una verbena. Desde luego la tenemos segura pues dejé una señal, para que me la guardaran.

La mesa, tras no pocas laboriosas gestiones, volvió a manos de Cartujo, quien se la envió a Madrid a mi hermano Jorge y este me la reexpidió a Mallorca. Su último propietario fue don Maximiliano Blasco, de Santa María de Tiétar. Ahora la tengo en la bodega de mi casa y, a veces, la acaricio como a una vieja reliquia.

En el invierno del año 1950, quizás en enero y, sin duda, ya en Madrid, probé a dar a *La colmena* una lectura completa, de arriba abajo, y con los cinco sentidos. Estaba muy intoxicado de mi libro, que llegué a saberme de memoria o casi de memoria, y mi reacción ante lo que iba leyendo no era, ciertamente, producto de la ecuanimidad. A veces me parecía haber escrito una obra maestra y otras, en cambio, pensaba que todo aquello era una mierda que no tenía el menor mérito ni sentido. Lo pasé muy mal, por entonces, y la actitud de la censura, que no admitía ni el diálogo, ayudó no poco a mi desmoralización, de la que salí a pulso y pensando dos cosas: que en España, el que resiste gana, y que no me quedaba otra solución que sacar fuerzas de flaqueza para seguir resistiendo.

Un día (se conoce que estaba aún más decepcionado y deprimido que de costumbre) cogí tal cabreo con mis páginas y conmigo mismo que, sin encomendarme ni a Dios ni al diablo, arrojé al fuego de la chimenea el grueso fajo de cuartillas del original. Mi mujer, que estaba cosiendo en una butaca frente a la mía, desbarató la lumbre y rescató los papeles de aquel auto de fe que no llegó a consumarse gracias a su intervención. A veces le guardo gratitud. Mi mujer no es, como si dijésemos, muy heroína, pero tiene en cada momento el justo valor que se necesita; a mí esto me parece bastante meritorio.

La novela, en una primera versión ni dulcificada ni agriada pero sí incompleta, la

presenté a la censura el 7 de enero de 1946. Los informes, como cabe suponer, fueron malos y mi novela, en recta lógica, prohibida.

El 27 de febrero solicitó el editor el oportuno permiso para una tirada con características especiales, de lujo y reducida; fue también denegado, en oficio de 9 de marzo.

Andando el tiempo —y cuando en España empezó a prevalecer un cierto tímido sentido de la realidad, al menos en esto— *La colmena* apareció no solo en España, sino en trece o catorce países más. La inercia de la historia es incontenible y, al final, las aguas vuelven siempre a sus cauces. ¿Quién se acuerda hoy de los censores que tan sañudamente persiguieron y hasta encerraron a fray Luis?

La censura argentina (recuérdese que el libro se publicó en tiempos del general Perón) también me mareó bastante pero, al menos, el libro pudo publicarse en una versión bastante correcta. En todas partes cuecen habas; lo que pasa es que hay habas que, mejor o peor, se pueden digerir, y habas duras como chinarras a las que no hay quien les meta el diente. Con las tachaduras argentinas hice tres grupos: las que podía aceptar sin detrimento del libro e incluso limpiándolo de innecesarios excesos verbales o argumentales; las que no podía aceptar de ninguna manera, y las que podía aceptar condicionalmente. Procuré ser objetivo y ver las cosas con cierta frialdad y, de la serena consideración de los hechos, nació la versión que doy por buena y que es la que aquí ofrezco. Para aviso de listos quiero dejar paladina constancia de que esta versión de hoy no tiene ni una sola palabra menos —y sí algunas más— que la primera de Buenos Aires. Han pasado ya demasiados años para cometer errores de perspectiva.

La colmena me dio algún dinero (Signet Book, de Nueva York, tiró setecientos mil ejemplares en su edición popular, a 35 centavos), el suficiente para poder seguir viviendo cuando, a raíz de su publicación, me expulsaron de la Asociación de la Prensa de Madrid y prohibieron mi nombre en los periódicos españoles. ¡Qué lejano parece ya todo esto! La verdad es que las situaciones artificiales envejecen más bien de prisa.

Palma de Mallorca, Día de Difuntos de 1965

NOTA A LA PRIMERA EDICIÓN

Mi novela *La colmena*, primer libro de la serie «Caminos inciertos», no es otra cosa que un pálido reflejo, que una humilde sombra de la cotidiana, áspera, entrañable y dolorosa realidad. Mienten quienes quieren disfrazar la vida con la máscara loca de la literatura. Ese mal que corroe las almas; ese mal que tiene tantos nombres como queramos darle, no puede ser combatido con los paños calientes del conformismo, con la cataplasma de la retórica y de la poética.

Esta novela mía no aspira a ser más —ni menos, ciertamente— que un trozo de vida narrado paso a paso, sin reticencias, sin extrañas tragedias, sin caridad, como la vida discurre, exactamente como la vida discurre. Queramos o no queramos. La vida es lo que vive —en nosotros o de nosotros—; nosotros no somos más que su vehículo, su excipiente como dicen los boticarios. Pienso que hoy no se puede novelar más —mejor o peor— que como yo lo hago. Si pensase lo contrario, cambiaría de oficio.

Mi novela —por razones particulares— sale en la República Argentina; los aires nuevos —nuevos para mí— creo que hacen bien a la letra impresa. Su arquitectura es compleja, a mí me costó mucho trabajo hacerla. Es claro que esta dificultad mía tanto pudo estribar en su complejidad como en mi torpeza. Su acción discurre en Madrid —en 1942— y entre un torrente, o una colmena, de gentes que a veces son felices, y a veces, no. Los ciento sesenta personajes que bullen —no corren— por sus páginas me han traído durante cinco largos años por el camino de la amargura. Si acerté con ellos o con ellos me equivoqué, es cosa que deberá decir el que leyere.

La novela no sé si es realista, o idealista, o naturalista, o costumbrista, o lo que sea. Tampoco me preocupa demasiado. Que cada cual le ponga la etiqueta que quiera; uno ya está hecho a todo.

C. J. C.

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Pienso lo mismo que hace cuatro años. También siento y preconizo lo mismo. En el mundo han sucedido extrañas cosas —tampoco demasiado extrañas—, pero el hombre acorralado, el niño viviendo como un conejo, la mujer a quien se le presenta su pobre y amargo pan de cada día colgado del sexo —siniestra cucaña— del tendero

ordenancista y cauto, la muchachita en desamor, el viejo sin esperanza, el enfermo crónico, el suplicante y ridículo enfermo crónico, ahí están. Nadie los ha movido. Nadie los ha barrido. Casi nadie ha mirado para ellos. Sé bien que *La colmena* es un grito en el desierto; es posible que incluso un grito no demasiado estridente o desgarrador. En este punto jamás me hice vanas ilusiones. Pero, en todo caso, mi conciencia bien tranquila está.

Sobre *La colmena*, en estos cuatro años transcurridos, se ha dicho de todo, bueno y malo, y poco, ciertamente, con sentido común. Escuece darse cuenta de que las gentes siguen pensando que la literatura, como el violín, por ejemplo, es un entretenimiento que, bien mirado, no hace daño a nadie. Y esta es una de las quiebras de la literatura.

Pero no merece la pena que nos dejemos invadir por la tristeza. Nada tiene arreglo: evidencia que hay que llevar con asco y con resignación. Y, como los más elegantes gladiadores del circo romano, con una vaga sonrisa en los labios.

C. J. C.

NOTA A LA TERCERA EDICIÓN

Quisiera desarrollar la idea de que el hombre sano no tiene ideas. A veces pienso que las ideas religiosas, morales, sociales, políticas, no son sino manifestaciones de un desequilibrio del sistema nervioso. Está todavía lejano el tiempo en que se sepa que el apóstol y el iluminado son carne de manicomio, insomne y temblorosa flor de debilidad. La historia, la indefectible historia, va a contrapelo de las ideas. O al margen de ellas. Para hacer la historia se precisa no tener ideas, como para hacer dinero es necesario no tener escrúpulos. Las ideas y los escrúpulos —para el hombre acosado: aquel que llega a sonreír con el amargo rictus del triunfador— son una rémora. La historia es como la circulación de la sangre o como la digestión de los alimentos. Las arterias y el estómago, por donde corre y en el que se cuece la sustancia histórica, son de duro y frío pedernal. Las ideas son un atavismo —algún día se reconocerá—, jamás una cultura y menos aún una tradición. La cultura y la tradición del hombre, como la cultura y la tradición de la hiena o de la hormiga, pudieran orientarse sobre una rosa de tres solos vientos: comer, reproducirse y destruirse. La cultura y la tradición no son jamás ideológicas y sí, siempre, instintivas. La ley de la herencia —que es la más pasmosa ley de la biología— no

está ajena a esto que aquí vengo diciendo. En este sentido, quizás admitiese que hay una cultura y una tradición de la sangre. Los biólogos, sagazmente, le llaman instinto. Quienes niegan o, al menos, relegan al instinto —los ideólogos—, construyen su artilugio sobre la problemática existencia de lo que llaman el «hombre interior», olvidando la luminosa adivinación de Goethe: está fuera todo lo que está dentro. Algún día volveré sobre la idea de que las ideas son una enfermedad. Pienso lo mismo que dos años atrás. Desde mi casa se ven, anclados en la bahía, los grises, poderosos, siniestros buques de la escuadra americana. Un gallo cacarea, en cualquier corral, y una niña de dulcecita voz canta —¡oh, el instinto!— los viejos versos de la viudita del conde de Oré.

No merece la pena que nos dejemos invadir por la tristeza. La tristeza también es un atavismo.

C. J. C.

Palma de Mallorca, 18 de junio de 1957

NOTA A LA CUARTA EDICIÓN

Seguimos en las mismas inútiles resignaciones: los mismos dulces paisajes que tanto sirven para un roto como para un descosido. Es grave confundir la anestesia con la esperanza; también lo es tomar el noble rábano de la paciencia por las ruines hojas —lacias, ajadas, trémulas— de la renunciación. Desde la última salida de estas páginas han pasado cinco años más: el tiempo, en nuestros corazones, lleva cinco años más parado, igual que una ave zancuda muerta —y enhiesta e ignorante— sobre la muerta roca del cantil. ¡Qué ridícula, la carne que envejece sin escuchar el zarpazo —o el lento roído— del tiempo, ese alacrán!

Sobre los zurrados cueros de mis títeres (Juan Lorenzo, natural de Astorga, hubiera dicho «ca eran fornezinos e de rafez afer»^[6]) han caído no cinco, sino veinte lentos, degollados, monótonos años. Para los míos —que el tiempo late en los de todos y de su marca no se libra ni la badana de los tres estamentos barbarrapados: curas, cómicos y toreros— también sonaron los veinte agrios (o no tan agrios) avisos de veinte sansilvestres.

Sí. Han pasado los años, tan dolorosos que casi ni se sienten, pero la colmena sigue bullendo, pese a todo, en adoración y pasmo de lo que ni entiende ni le va. Unas insignias (el collar del perro que no cambia) han sido arrumbadas por las otras y

los usos de mis pobres conejos domésticos (que son unos pobres conejos domésticos que, a lo que se ve, solo aspiran a ir tirandillo) se fueron acoplando, dóciles y casi suplicantes, al último chinchín que les sopló (¡qué ilusión mandar a la plaza todos los días!) en las orejas.

A la historia —y este es un libro de historia, no una novela— le acontece que, de cuando en cuando, deja de entenderse. Pero la vida continúa, aun a su pesar, y la historia, como la vida, también sigue cociéndose en el inclemente puchero de la sordidez. A lo mejor la sordidez, como la tristeza de la que hablaba hace cinco años, también es un atavismo.

La política —se dijo— es el arte de encauzar la inercia de la historia. La literatura, probablemente, no es más cosa que el arte (y, a lo mejor, ni aun eso) de reseñar la marejadilla de aquella inercia. Todo lo que no sea humildad, una inmensa y descarada humildad, sobra en el equipaje del escritor: ese macuto que ganaría en eficacia si acertara a tirar por la borda, uno tras otro, todos los atavismos que lo lastran. Aunque entonces, quizás, la literatura muriese: cosa que tampoco debería preocuparnos demasiado.

C. J. C.

Palma de Mallorca, 7 de mayo de 1962

NOTA A LA QUINTA EDICIÓN

Hay reglas generales: las aguas siempre vuelven a sus cauces, las aguas siempre vuelven a salirse de sus cauces, etc. Pero al fantasma, aun tenue, de la realidad, no ha nacido quien lo apunte, quien le dé el certero cachetazo que le haga estirar la pata de una puñetera vez y para siempre. El mundo gira, y las ideas (?) de los gobernantes del mundo, las histerias, las soberbias, los enfermizos atavismos de los gobernantes del mundo, giran también y a compás y según convenga. En este valle de lágrimas faltan dos cosas: salud para rebelarse y decencia para mantener la rebelión; honestamente y sin reticencias, con naturalidad y sin fingir extrañas tragedias, sin caridad, sin escrúpulos, sin insomnios (tal como los astros marchan o los escarabajos se hacen el amor). Todo lo demás es pacto y música de flauta.

En uno de estos giros, sonámbulos giros, del inmediato mundo, *La colmena* se ha quedado dentro. Lo mismo hubiera podido —a iguales méritos e intención— acontecer lo contrario. Lo mismo, también, hubiera podido no haberse escrito por

quien la escribió: otro lo hubiera hecho. O nadie (seamos humildes, inmensa y descaradamente humildes, etc.). El escritor puede llegar hasta el asesinato para redondear su libro; tan solo se le exige que —en su asesinato y en su libro— sea auténtico y no se deje arrastrar por las afables y doradas rémoras que la sociedad, como una ajada amante ya sin encantos, le brinda a cambio de que enmascare el latido de aquello que a su alrededor sucede.

El escritor también puede ahogarse en la vida misma: en la violencia, en el vicio, en la acción. Lo único que al escritor no le está permitido es sonreír, presentarse a los concursos literarios, pedir dinero a las fundaciones y quedarse entre Pinto y Valdemoro, a mitad de camino. Si el escritor no se siente capaz de dejarse morir de hambre, debe cambiar de oficio. La verdad del escritor no coincide con la verdad de quienes reparten el oro. No quiere decirse que el oro sea menos verdad que la palabra, y sí, tan solo, que la palabra de la verdad no se escribe con oro, sino con sangre (o con mierda de moribundo, o con leche de mujer, o con lágrimas).

La ley del escritor no tiene más que dos mandamientos: escribir y esperar. El cómplice del escritor es el tiempo. Y el tiempo es el implacable gorgojo que corroe y hunde la sociedad que atenaza al escritor. Nada importa nada, fuera de la verdad de cada cual.

Y todavía menos que nada debe importar la máscara de la verdad (aun la máscara de la verdad de cada cual). El escritor es bestia de aguantes insospechados, animal de resistencias sin fin, capaz de dejarse la vida —y la reputación, y los amigos, y la familia, y demás confortables zarandajas— a cambio de un fajo de cuartillas en el que pueda adivinarse su minúscula verdad (que, a veces, coincide con la minúscula y absoluta libertad exigible al hombre). Al escritor nada, ni siquiera la literatura, le importa. El escritor obediente, el escritor uncido al carro del político, del poderoso o del paladín, brinda a quienes ven los toros desde la barrera (los hombres clasificados en castas, clases o colegios) un espectáculo demasiado triste. No hay más escritor comprometido que aquel que se jura fidelidad a sí mismo, que aquel que se compromete consigo mismo. La fidelidad a los demás, si no coincide, como una moneda con otra moneda, con la violenta y propia fidelidad al dictado de nuestra conciencia, no es maña de mayor respeto que la disciplina —o los reflejos condicionados— del caballo del circo.

El escritor nada pide porque nada —ni aun voz ni pluma— necesita, y le basta con la memoria. Amordazado y maniatado, el escritor sigue siendo escritor. Y muerto, también: que su voz resuena por el último confín del desierto, y que el recuerdo de sus criaturas ahí queda. Mal que pese a los pobres títeres que quieren arreglar el mundo con el derecho administrativo.

A la sociedad, para ser feliz en su anestesia (las hojas del rábano de la esperanza), le sobran los escritores. Lo malo para la sociedad es que no ha encontrado la fórmula de raerlos de sí o de hacerlos callar. Tampoco está en el camino de conseguirlo.

En los tiempos modernos, el escritor ha adoptado cuatro sucesivas actitudes ante

los políticos obstinados en conducir al hombre por derroteros artificiales (todos los derroteros por donde los políticos han querido conducir al hombre son artificiales, y todos los políticos se obstinaron en no permitir al hombre caminar por su natural senda de íntima libertad). Al escritor que se hubiera cambiado por el político sucedió el escritor que se conformaba con marchar a remolque del político. Al escritor que se siente lazarillo del político, ¡qué ingenua soberbia!, seguirá el escritor que lo despreciará. La historia tiene ya el número de páginas suficientes para enseñarnos dos cosas: que jamás los poderosos coincidieron con los mejores, y que jamás la política (contra todas las apariencias) fue tejida por los políticos (meros canalizadores de la inercia histórica). El fiscal de esta inercia y de los zurriagazos de quienes quieren, vanamente, llevarla por aquí o por allá, es el escritor. El resultado nada ha de importarle. La literatura no es una charada: es una actitud.

C. J. C.

Palma de Mallorca, 2 de junio de 1963

PRÓLOGO A LA EDICIÓN RUMANA DE *LA COLMENA* (NOTAS EN TORNO A UNA SUPUESTA IMPRUDENCIA)

Mi amigo el profesor Jorgu Jordán me pide unas palabras para encabezar esta nueva edición de mi libro. Voy a tratar de complacerle en no demasiado espacio, que es mala la lentitud en el saludo.

Según parece, *La colmena*, en efecto, va a aparecer en rumano. Confío en que el lector habrá de agradecerme el que le ahorre los consabidos párrafos sobre las lenguas romances y su avanzada oriental, el rumano, resistiendo heroicamente entre grupos lingüísticos eslavos y magiares; tampoco he de hablarle sobre el emperador Trajano —que hubiera sido español de haber existido España por entonces— y sus remotas y triunfantes legiones. Uno no es, mayormente, ni lingüista ni historiador y, de otra parte, de lo que aquí se trata es más bien producto de una lengua y una historia todavía muy cercanas a nosotros: el español popular y la ciudad de Madrid en torno a los años 1940 o 1942, hace ahora ya un cuarto de siglo.

Ignoro si *La colmena* es una novela que se ciñe a los cánones del género o un montón de páginas por las que discurre, desordenadamente, la vida de una desordenada ciudad. Más bien me inclino a suponer que lo cierto sea esta segunda sospecha, aunque esto poco pueda importar a nuestros efectos de hoy.

Los libros son siempre más bien misteriosos, tanto antes como después de su nacimiento. En cierto sentido, quizás no fuera despropósito recitar —y no escribir— los libros para que sus palabras fueran barridas o, al menos, moldeadas por el viento. La tradición oral no es de entidad menor que la tradición escrita que, en cierto modo, no es sino una tradición oral con traspunte y recordatorios.

Yo no me imagino *La colmena* en lengua rumana; tampoco encuentro demasiado lógico que pueda leerse en francés o en inglés, en italiano o en sueco, en alemán o en portugués o en polaco. La misma situación, igual estado de ánimo, idéntica aventura, no se expresan del mismo modo en una u otra lengua; quiero decir que lo que se cuenta no es lo mismo, exactamente, porque las palabras, por elementales que fueren, tampoco valen lo mismo en una lengua que en otra. La palabra española *silla*, por ejemplo, la traducen los franceses por *chaise* y los ingleses por *chair*; sin embargo, pensándolo bien, *silla*, *chaise* y *chair* no son la misma cosa, el mismo objeto, nombrado en tres lenguas diferentes, sino tres cosas diferentes denominadas, cada una de ellas, como precisamente deben serlo. Piénsese que este ejemplo que cito, un tanto extremo y paradójico, puede bien no ser óptimamente cierto, pero pruébese a trasladar su intención a las nociones abstractas (no es preciso que, además, sean sublimes) y se verá que no ando demasiado descaminado en mi sospecha.

Estoy muy lejos de encastillarme en suerte alguna de cantonalismo pero ya no lo estoy tanto —y por razones muy diferentes y complejas— de llegar a la conclusión de que lo prudente fuera evitar el hecho de que mis libros o los de cualquier otro autor, pudieran leerse en otra lengua distinta a la de su nacimiento. El problema de las

traducciones me preocupa más por el engaño que acarrea lo intraducible (el espíritu siempre y, a veces, hasta la palabra) que por el fraude que supone lo que se puede, siempre de muy relativo modo, traducir (la palabra, una a una, aunque no siempre). Sé bien que mi actitud está lejos de poder ser entendida en los justos límites en que quisiera expresarla, pero tampoco ignoro que por algún lado habría de comenzarse.

Los escritores, por lo común, son aves orgullosas a las que ilusionan los plumajes vanos y raros. En el pecado de esta ilusión suelen llevar, los escritores, la penitencia de los más vanos espejismos. Si en el mundo imperase el buen sentido, los escritores seríamos los primeros y más cerriles denostadores de las traducciones propias, esto es, del disfraz de aquel lo que más cerca está de nuestro corazón. Sin embargo, los escritores, esos animales paradójicos con el alma llena de aire, suelen propugnar lo contrario y dedican sus energías a leerse (aunque casi nunca pueden hacerlo) en otras lenguas. Ignoro las razones de este masoquismo.

Pero no vayamos, no obstante, demasiado lejos. Se trata ahora de saludar a una nueva edición de *La colmena* y nada debe desviarnos de nuestro propósito. Quizás cuando madure en mí mismo la idea de la imprudencia de las traducciones pueda articular, con mejor orden, cuanto aquí apunto.

Sí; *La colmena* va a aparecer en lengua rumana. Partiendo del supuesto de que la traducción sea absolutamente fiel, ¿qué ganará y qué perderá mi libro con su nuevo pasaporte? En *La colmena* como en cualquier otra novela moderna, se procede —y aun se parte— de una serie de supuestos previos que pueden hacerla confusa, si no hermética, para quienes no estén en su secreto, en su íntima tradición histórica (por inmediata, aún menos diáfana e inteligible). *La colmena* no termina en las palabras de su autor, que soy yo, sino que se prolonga, al igual que les sucede a innumerables novelas de nuestro tiempo, en su penúltimo destinatario. Al lector de novelas, desde la primera guerra europea, más menos, se le exige, a veces a cambio de muy poco, un esfuerzo determinado y con frecuencia no pequeño para que pueda entrar en el mundo peculiar a cada narración: un mundo huidizo y en el que la brújula, no pocas veces, no marca el norte sino un punto cardinal recién inventado y todavía sin nombre.

Y aquí mi duda y mi pregunta: ¿es natural y preconizable el traslado, de una a otra lengua, de aquello que se expresó —y no por razones casuales sino profundas— en una lengua determinada y no en ninguna otra? Empiezo a pensar que no. El poeta Ezra Pound, en sus versos con voces inglesas, italianas, sánscritas y chinas, viene a resultar el adelantado de lo que aquí intuyo e intento decir. Quizás la fórmula (bien me doy cuenta que de no fácil acceso) fuera la de crear una conciencia supranacional que se expresase con los fonemas o plurifonemas —ingleses, italianos, sánscritos, chinos...— en cada momento oportunos. Si la teoría de los sinónimos ha sido desplazada por artificiosa, caduca e inservible, pudiera llegar el momento en que también se entendieran como sinónimos —y por ende, desplazables y artificiosos, caducos e inservibles— los nombres que, en cada lengua, intentaran el solo

señalamiento de los conceptos no más que aparentemente iguales: *ventana*, *fenêtre*, *window*. Las culturas no tienen un paisaje común ni un vehículo intercambiable, pero los escritores no somos culpables de esta evidencia.

Palma de Mallorca, 2 de octubre de 1965

A mi hermano Juan Carlos, guardia marina de la Armada española

CAPÍTULO PRIMERO

—No perdamos la perspectiva, yo ya estoy harta de decirlo, es lo único importante.

Doña Rosa va y viene por entre las mesas del café, tropezando a los clientes con su tremendo trasero. Doña Rosa dice con frecuencia «leñe» y «nos ha merengao». Para doña Rosa, el mundo es su café, y alrededor de su café, todo lo demás. Hay quien dice que a doña Rosa le brillan los ojillos cuando viene la primavera y las muchachas empiezan a andar de manga corta. Yo creo que todo eso son habladerías: doña Rosa no hubiera soltado jamás un buen amadeo de plata por nada de este mundo. Ni con primavera ni sin ella. A doña Rosa lo que le gusta es arrastrar sus arrobos, sin más ni más, por entre las mesas. Fuma tabaco de noventa, cuando está a solas, y bebe ojén, buenas copas de ojén, desde que se levanta hasta que se acuesta. Después tose y sonrío. Cuando está de buenas, se sienta en la cocina, en una banqueta baja, y lee novelas y folletines, cuanto más sangrientos, mejor: todo alimenta. Entonces le gasta bromas a la gente y les cuenta el crimen de la calle de Bordadores o el del expreso de Andalucía.

—El padre de Navarrete, que era amigo del general don Miguel Primo de Rivera, lo fue a ver, se plantó de rodillas y le dijo: mi general, indulte usted a mi hijo, por amor de Dios; y don Miguel, aunque tenía un corazón de oro, le respondió: me es imposible, amigo Navarrete; su hijo tiene que expiar sus culpas en el garrote.

¡Qué tíos! —piensa—, ¡hay que tener riñones! Doña Rosa tiene la cara llena de manchas, parece que está siempre mudando la piel como un lagarto. Cuando está pensativa, se distrae y se saca virutas de la cara, largas a veces como tiras de serpentinas. Después vuelve a la realidad y se pasea otra vez, para arriba y para abajo, sonriendo a los clientes, a los que odia en el fondo, con sus dienteillos renegridos, llenos de basura.

Don Leonardo Meléndez debe seis mil duros a Segundo Segura, el limpia. El limpia, que es un grullo, que es igual que un grullo raquítrico y entumecido, estuvo ahorrando durante un montón de años para después prestárselo todo a don Leonardo. Le está bien empleado lo que le pasa. Don Leonardo es un punto que vive del sable y de planear negocios que después nunca salen. No es que salgan mal, no; es que, simplemente, no salen, ni bien ni mal. Don Leonardo lleva unas corbatas muy lucidas y se da fijador en el pelo, un fijador muy perfumado que huele desde lejos. Tiene aires de gran señor y un aplomo inmenso, un aplomo de hombre muy corrido. A mí no me parece que la haya corrido demasiado, pero la verdad es que sus ademanes son los de un hombre a quien nunca faltaron cinco duros en la cartera. A los acreedores los trata a patadas y los acreedores le sonrío y le miran con aprecio, por lo menos por fuera. No faltó quien pensara en meterlo en el juzgado y empapelarlo, pero el caso es que hasta ahora nadie había roto el fuego. A don Leonardo, lo que más le gusta decir son dos cosas: palabritas del francés, como por ejemplo, *madame* y *rue* y

cravate, y también, «nosotros los Meléndez». Don Leonardo es un hombre culto, un hombre que denota saber muchas cosas. Juega siempre un par de partiditas de damas y no bebe nunca más que café con leche. A los de las mesas próximas que ve fumando tabaco rubio les dice, muy fino: ¿me da usted un papel de fumar? Quisiera liar un pitillo de picadura, pero me encuentro sin papel. Entonces el otro se confía: no, no gasto. Si quiere usted un pitillo hecho... Don Leonardo pone un gesto ambiguo y tarda unos segundos en responder: bueno, fumaremos rubio por variar. A mí la hebra no me gusta mucho, créame usted. A veces el de al lado le dice no más que: no, papel no tengo, siento no poder complacerle..., y entonces don Leonardo se queda sin fumar.

Acodados sobre el viejo, sobre el costroso mármol de los veladores, los clientes ven pasar a la dueña, casi sin mirarla ya, mientras piensan, vagamente, en ese mundo que, ¡ay!, no fue lo que pudo haber sido, en ese mundo en el que todo ha ido fallando poco a poco, sin que nadie se lo explicase, a lo mejor por una minucia insignificante. Muchos de los mármoles de los veladores han sido antes lápidas en las sacramentales; en algunos, que todavía guardan las letras, un ciego podría leer, pasando las yemas de los dedos por debajo de la mesa: «Aquí yacen los restos mortales de la señorita Esperanza Redondo, muerta en la flor de la juventud»; o bien: «R. I. P. el Excmo. Sr. D. Ramiro López Puente. Subsecretario de Fomento».

Los clientes de los cafés son gentes que creen que las cosas pasan porque sí, que no merece la pena poner remedio a nada. En el de doña Rosa, todos fuman y los más meditan, a solas, sobre las pobres, amables, entrañables cosas que les llenan o les vacían la vida entera. Hay quien pone al silencio un ademán soñador, de imprecisa recordación, y hay también quien hace memoria con la cara absorta y en la cara pintado el gesto de la bestia ruin, de la amorosa, suplicante bestia cansada: la mano sujetando la frente y el mirar lleno de amargura como un mar encalmado.

Hay tardes en que la conversación muere de mesa en mesa, una conversación sobre gatas paridas, o sobre el suministro, o sobre aquel niño muerto que alguien no recuerda, sobre aquel niño muerto que, ¿no se acuerda usted?, tenía el pelito rubio, era muy mono y más bien delgadito, llevaba siempre un jersey de punto color *beige* y debía andar por los cinco años. En estas tardes, el corazón del café late como el de un enfermo, sin compás, y el aire se hace como más espeso, más gris, aunque de cuando en cuando lo cruce, como un relámpago, un aliento más tibio que no se sabe de dónde viene, un aliento lleno de esperanza que abre, por unos segundos, un agujerito en cada espíritu.

A don Jaime Arce, que tiene un gran aire a pesar de todo, no hacen más que protestarle letras. En el café, parece que no, todo se sabe. Don Jaime pidió un crédito a un banco, se lo dieron y firmó unas letras. Después vino lo que vino. Se metió en un negocio donde lo engañaron, se quedó sin un real, le presentaron las letras al cobro y

dijo que no podía pagarlas. Don Jaime Arce es, lo más seguro, un hombre honrado y de mala suerte, de mala pata en esto del dinero. Muy trabajador no es, esa es la verdad, pero tampoco tuvo nada de suerte. Otros tan vagos o más que él, con un par de golpes afortunados, se hicieron con unos miles de duros, pagaron las letras y andan ahora por ahí fumando buen tabaco y todo el día en taxi. A don Jaime Arce no le pasó esto, le pasó todo lo contrario. Ahora anda buscando un destino pero no lo encuentra. Él se hubiera puesto a trabajar en cualquier cosa, en lo primero que saliese, pero no salía nada que mereciese la pena y se pasaba el día en el café, con la cabeza apoyada en el respaldo de peluche, mirando para los dorados del techo. A veces cantaba por lo bajo algún que otro trozo de zarzuela mientras llevaba el compás con el pie. Don Jaime no solía pensar en su desdicha; en realidad, no solía pensar nunca en nada. Miraba para los espejos y se decía: ¿quién habrá inventado los espejos? Después miraba para una persona cualquiera, fijamente, casi con impertinencia: ¿tendrá hijos esa mujer? A lo mejor, es una vieja pudibunda. ¿Cuántos tuberculosos habrá ahora en este café? Don Jaime se hacía un cigarrillo finito, una pajita, y lo encendía. Hay quien es un artista afilando lápices, les saca una punta que clavaría como una aguja y no la estropean jamás. Don Jaime cambia de postura, se le estaba durmiendo una pierna. ¡Qué misterioso es esto! Tas, tas; tas, tas; y así toda la vida, día y noche, invierno y verano: el corazón.

A una señora silenciosa, que suele sentarse al fondo, conforme se sube a los billares, se le murió un hijo, aún no hace un mes. El joven se llamaba Paco, y estaba preparándose para Correos. Al principio dijeron que le había dado un parálisis, pero después se vio que no, que lo que le dio fue la meningitis. Duró poco y además perdió el sentido en seguida. Se sabía ya todos los pueblos de León, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva y parte de Valencia (Castellón y la mitad, sobre poco más o menos, de Alicante); fue una pena grande que se muriese. Paco había andado siempre medio malo desde una mojadura que se dio un invierno, siendo niño. Su madre se había quedado sola, porque su otro hijo, el mayor, andaba por el mundo, no se sabía bien dónde. Por las tardes se iba al café de doña Rosa, se sentaba al pie de la escalera y allí se estaba las horas muertas, cogiendo calor. Desde la muerte del hijo, doña Rosa estaba muy cariñosa con ella. Hay personas a quienes les gusta estar atentas con los que van de luto. Aprovechan para dar consejos o pedir resignación o presencia de ánimo y lo pasan muy bien. Doña Rosa, para consolar a la madre de Paco, le suele decir que, para haberse quedado tonto, más valió que Dios se lo llevara. La madre la miraba con una sonrisa de conformidad y le decía que claro que, bien mirado, tenía razón. La madre de Paco se llama Isabel, doña Isabel Montes, viuda de Sanz. Es una señora aún de cierto buen ver, que lleva una capita algo raída. Tiene aire de ser de buena familia. En el café suelen respetar su silencio y solo muy de tarde en tarde alguna persona conocida, generalmente una mujer, de vuelta de los lavabos, se apoya en su mesa para preguntarle: ¿qué?, ¿ya se va levantando ese espíritu? Doña Isabel

sonríe y no contesta casi nunca; cuando está algo más animada, levanta la cabeza, mira para la amiga y dice: ¡qué guapetona está usted, Fulanita! Lo más frecuente, sin embargo, es que no diga nunca nada: un gesto con la mano, al despedirse, y en paz. Doña Isabel sabe que ella es de otra clase, de otra manera de ser distinta, por lo menos.

Una señorita casi vieja llama al cerillero.

—¡Padilla!

—¡Voy, señorita Elvira!

—Un tritón.

La mujer rebusca en su bolso, lleno de tiernas, deshonestas cartas antiguas, y pone treinta y cinco céntimos sobre la mesa.

—Gracias.

—A usted.

Enciende el cigarro y echa una larga bocanada de humo con el mirar perdido. Al poco rato, la señorita vuelve a llamar.

—¡Padilla!

—¡Voy, señorita Elvira!

—¿Le has dado la carta a ese?

—Sí, señorita.

—¿Qué te dijo?

—Nada, no estaba en casa. Me dijo la criada que descuidase, que se la daría sin falta a la hora de la cena.

La señorita Elvira se calla y sigue fumando. Hoy está como algo destemplada, siente escalofríos y nota que le baila un poco todo lo que ve. La señorita Elvira lleva una vida perra, una vida que, bien mirado, ni merecería la pena vivirla. No hace nada, eso es cierto, pero por no hacer nada, ni come siquiera. Lee novelas, va al café, se fuma algún que otro tritón y está a lo que caiga. Lo malo es que lo que cae suele ser de Pascuas a Ramos, y para eso, casi siempre de desecho de tienda y defectuoso.

A don José Rodríguez de Madrid le tocó un premio de la pedrea, en el último sorteo. Los amigos le dicen:

—Ha habido suertecilla, ¿eh?

Don José responde siempre lo mismo, parece que se lo tiene aprendido:

—¡Bah! Ocho cochinos durejos.

—No, hombre, no explique, que no le vamos a pedir a usted nada.

Don José es escribiente de un juzgado y parece ser que tiene algunos ahorrillos. También dicen que se casó con una mujer rica, una moza manchega que se murió pronto, dejándole todo a don José, y que él se dio buena prisa en vender los cuatro viñedos y los dos olivares que había, porque aseguraba que los aires del campo le hacían mal a las vías respiratorias, y que lo primero de todo era cuidarse.

Don José, en el café de doña Rosa, pide siempre copita; él no es un cursi ni un pobretón de esos de café con leche. La dueña lo mira casi con simpatía por eso de la común afición al ojén. El ojén es lo mejor del mundo; es estomacal, diurético y reconstituyente; cría sangre y aleja el espectro de la impotencia. Don José habla siempre con mucha propiedad. Una vez, hace ya un par de años, poco después de terminarse la Guerra Civil, tuvo un altercado con el violinista. La gente, casi toda, aseguraba que la razón la tenía el violinista, pero don José llamó a la dueña y le dijo: o echa usted a puntapiés a ese rojo irrespetuoso y sinvergüenza, o yo no vuelvo a pisar el local. Doña Rosa, entonces, puso al violinista en la calle y ya no se volvió a saber más de él. Los clientes, que antes daban la razón al violinista, empezaron a cambiar de opinión, y al final ya decían que doña Rosa había hecho muy bien, que era necesario sentar mano dura y hacer un escarmiento. Con estos desplantes, ¡cualquiera sabe a dónde iríamos a parar! Los clientes, para decir esto, adoptaban un aire serio, ecuánime, un poco vergonzante. Si no hay disciplina, no hay manera de hacer nada bueno, nada que merezca la pena —se oía decir por las mesas—.

Algún hombre ya metido en años cuenta a gritos la broma que le gastó, va ya para el medio siglo, a *madame* Pimentón.

—La muy imbécil se creía que me la iba a dar. Sí, sí... ¡Estaba lista! La invité a unos blancos y al salir se rompió la cara contra la puerta. ¡Ja, ja! Echaba sangre como un becerro. Decía: *oh, la, la; oh, la, la*, y se marchó escupiendo las tripas. ¡Pobre desgraciada, anda siempre bebida! ¡Bien mirado, hasta daba risa!

Algunas caras, desde las próximas mesas, lo miran casi con envidia. Son las caras de las gentes que sonrían en paz con beatitud, en esos instantes en que, casi sin darse cuenta, llegan a no pensar en nada. La gente es cobista por estupidez y, a veces, sonrían aunque en el fondo de su alma sientan una repugnancia inmensa, una repugnancia que casi no pueden contener. Por coba se puede llegar hasta al asesinato; seguramente que ha habido más de un crimen que se haya hecho por quedar bien, por dar coba a alguien.

—A todos estos mangantes hay que tratarlos así; las personas decentes no podemos dejar que se nos suban a las barbas. ¡Ya lo decía mi padre! ¿Quieres uvas? Pues entra por uvas. ¡Ja, ja! ¡La muy zorrupia no volvió a arrimar por allí!

Corre por entre las mesas un gato gordo, reluciente; un gato lleno de salud y de bienestar; un gato orondo y presuntuoso. Se mete entre las piernas de una señora, y la señora se sobresalta.

—¡Gato del diablo! ¡Largo de aquí!

El hombre de la historia le sonrío con dulzura.

—Pero, señora, ¡pobre gato! ¿Qué mal le hacía a usted?

Un jovencito melenudo hace versos entre la barahúnda. Está evadido, no se da cuenta de nada; es la única manera de poder hacer versos hermosos. Si mirase para los lados

se le escaparía la inspiración. Eso de la inspiración debe ser como una mariposita ciega y sorda, pero muy luminosa; si no, no se explicarían muchas cosas.

El joven poeta está componiendo un poema largo, que se llama «Destino». Tuvo sus dudas sobre si debía poner «El destino», pero al final, y después de consultar con algunos poetas ya más hechos, pensó que no, que sería mejor titularlo «Destino», simplemente. Era más sencillo, más evocador, más misterioso. Además, así, llamándole «Destino», quedaba más sugeridor, más... ¿cómo diríamos?, más impreciso, más poético. Así no se sabía si se quería aludir al destino, o a un destino, a destino incierto, a destino fatal o destino feliz o destino azul o destino violado. «El destino» ataba más, dejaba menos campo para que la imaginación volase en libertad, desligada de toda traba.

El joven poeta llevaba ya varios meses trabajando en su poema. Tenía ya trescientos y pico de versos, una maqueta cuidadosamente dibujada de la futura edición y una lista de posibles suscriptores, a quienes, en su hora, se les enviaría un boletín, por si querían cubrirlo. Había ya elegido también el tipo de imprenta (un tipo sencillo, claro, clásico; un tipo que se leyese con sosiego; vamos, queremos decir un *bodoni*), y tenía ya redactada la justificación de la tirada. Dos dudas, sin embargo, atormentaban aún al joven poeta: el poner o no poner el *Laus Deo* rematando el colofón, y el redactar por sí mismo, o no redactar por sí mismo, la nota biográfica para la solapa de la sobrecubierta.

Doña Rosa no era, ciertamente, lo que se suele decir una sensitiva.

—Y lo que le digo, ya lo sabe. Para golfos ya tengo bastante con mi cuñado. ¡Menudo pendón! Usted está todavía muy verdecito, ¿me entiende?, muy verdecito. ¡Pues estaría bueno! ¿Dónde ha visto usted que un hombre sin cultura y sin principios ande por ahí, tosiendo y pisando fuerte como un señorito? ¡No seré yo quien lo vea, se lo juro!

Doña Rosa sudaba por el bigote y por la frente.

—Y tú, pasmado, ya estás yendo por el periódico. ¡Aquí no hay respeto ni hay decencia, eso es lo que pasa! ¡Ya os daría yo para el pelo, ya, si algún día me cabreara! ¡Habrase visto!

Doña Rosa clava sus ojitos de ratón sobre Pepe, el viejo camarero llegado, cuarenta o cuarenta y cinco años atrás, de Mondoñedo. Detrás de los gruesos cristales, los ojitos de doña Rosa parecen los atónitos ojos de un pájaro disecado.

—¡Qué miras! ¡Qué miras! ¡Bobo! ¡Estás igual que el día que llegaste! ¡A vosotros no hay Dios que os quite el pelo de la dehesa! ¡Anda, espabila y tengamos la fiesta en paz, que si fueras más hombre ya te había puesto de patas en la calle! ¿Me entiendes? ¡Pues nos ha merengao!

Doña Rosa se palpa el vientre y vuelve de nuevo a tratarlo de usted.

—Ande, ande... Cada cual a lo suyo. Ya sabe, no perdamos ninguno la perspectiva, ¡qué leñe!, ni el respeto, ¿me entiende?, ni el respeto.

Doña Rosa levantó la cabeza y respiró con profundidad. Los pelitos de su bigote se estremecieron con un gesto retador, con un gesto airoso, solemne, como el de los negros cuernecitos de un grillo enamorado y orgulloso.

Flota en el aire como un pesar que se va clavando en los corazones. Los corazones no duelen y pueden sufrir, hora tras hora, hasta toda una vida, sin que nadie sepamos nunca, demasiado a ciencia cierta, qué es lo que pasa.

Un señor de barbita blanca le da trocitos de bollo suizo, mojado en café con leche, a un niño morenucho que tiene sentado sobre las rodillas. El señor se llama don Trinidad García Sobrino y es prestamista. Don Trinidad tuvo una primera juventud turbulenta, llena de complicaciones y de veleidades, pero en cuanto murió su padre, se dijo: de ahora en adelante hay que tener cautela; si no, la pringas, Trinidad. Se dedicó a los negocios y al buen orden y acabó rico. La ilusión de toda su vida hubiera sido llegar a diputado; él pensaba que ser uno de quinientos entre veinticinco millones no estaba nada mal. Don Trinidad anduvo coqueteando varios años con algunos personajes de tercera fila del partido de Gil Robles, a ver si conseguía que lo sacasen diputado; a él el sitio le era igual; no tenía ninguna demarcación preferida. Se gastó algunos cuartos en convites, dio su dinero para propaganda, oyó buenas palabras, pero al final no presentaron su candidatura por lado alguno y ni siquiera lo llevaron a la tertulia del jefe. Don Trinidad pasó por momentos duros, de graves crisis de ánimo, y al final acabó haciéndose lerrouxista. En el Partido Radical parece que le iba bastante bien, pero en esto vino la guerra y con ella el fin de su poco brillante, y no muy dilatada, carrera política. Ahora don Trinidad vivía apartado de la cosa pública, como aquel día memorable dijera don Alejandro, y se conformaba con que lo dejaran vivir tranquilo, sin recordarle tiempos pasados, mientras seguía dedicándose al lucrativo menester del préstamo a interés.

Por las tardes se iba con el nieto al café de doña Rosa, le daba de merendar y se estaba callado, oyendo la música o leyendo el periódico, sin meterse con nadie.

Doña Rosa se apoya en una mesa y sonrío.

—¿Qué me dice, Elvirita?

—Pues ya ve usted, señora, poca cosa.

La señorita Elvira chupa del cigarro y ladea un poco la cabeza. Tiene las mejillas ajadas y los párpados rojos, como de tenerlos delicados.

—¿Se le arregló aquello?

—¿Cuál?

—Lo de...

—No, salió mal. Anduvo conmigo tres días y después me regaló un frasco de fijador.

La señorita Elvira sonrío. Doña Rosa entorna la mirada, llena de pesar.

—¡Es que hay gente sin conciencia, hija!

—¡Psche! ¿Qué más da?

Doña Rosa se le acerca, le habla casi al oído.

—¿Por qué no se arregla con don Pablo?

—Porque no quiero. Una también tiene su orgullo, doña Rosa.

—¡Nos ha merengao! ¡Todas tenemos nuestras cosas! Pero lo que yo le digo a usted, Elvirita, y ya sabe que yo siempre quiero para usted lo mejor, es que con don Pablo bien le iba.

—No tanto. Es un tío muy exigente. Y además un baboso. Al final ya lo aborrecía, ¡qué quiere usted!, ya me daba hasta repugnancia.

Doña Rosa pone la dulce voz, la persuasiva voz de los consejos.

—¡Hay que tener más paciencia, Elvirita! ¡Usted es aún muy niña!

—¿Usted cree?

La señorita Elvirita escupe debajo de la mesa y se seca la boca con la vuelta de un guante.

Un impresor enriquecido que se llama Vega, don Mario de la Vega, se fuma un puro descomunal, un puro que parece de anuncio. El de la mesa de al lado le trata de resultar simpático.

—¡Buen puro se está usted fumando, amigo!

Vega le contesta sin mirarle, con solemnidad:

—Sí, no es malo, mi duro me costó.

Al de la mesa de al lado, que es un hombre raquítrico y sonriente, le hubiera gustado decir algo así como: ¡quién como usted!, pero no se atrevió; por fortuna le dio la vergüenza a tiempo. Miró para el impresor, volvió a sonreír con humildad, y le dijo:

—¿Un duro nada más? Parece lo menos de siete pesetas.

—Pues no: un duro y treinta de propina. Yo con esto ya me conformo.

—¡Ya puede!

—¡Hombre! No creo yo que haga falta ser un Romanones para fumar estos puros.

—Un Romanones, no, pero ya ve usted, yo no me lo podría fumar, y como yo muchos de los que estamos aquí.

—¿Quiere usted fumarse uno?

—¡Hombre...!

Vega sonrió, casi arrepintiéndose de lo que iba a decir.

—Pues trabaje usted como trabajo yo.

El impresor soltó una carcajada violenta, descomunal. El hombre raquítrico y sonriente de la mesa de al lado dejó de sonreír. Se puso colorado, notó un calor quemándole las orejas y los ojos empezaron a escocerle. Agachó la vista para no enterarse de que todo el café le estaba mirando; él, por lo menos, se imaginaba que todo el café le estaba mirando.

Mientras don Pablo, que es un miserable que ve las cosas al revés, sonrío contando lo de *madame* Pimentón, la señorita Elvira deja caer la colilla y la pisa. La señorita Elvira, de cuando en cuando, tiene gestos de verdadera princesa.

—¿Qué daño le hacía a usted el gatito? ¡Michino, michino, toma, toma...!

Don Pablo mira a la señora.

—¡Hay que ver qué inteligentes son los gatos! Discurren mejor que algunas personas. Son unos animalitos que lo entienden todo. ¡Michino, michino, toma, toma...!

El gato se aleja sin volver la cabeza y se mete en la cocina.

—Yo tengo un amigo, hombre adinerado y de gran influencia, no se vaya usted a creer que es ningún pelado, que tiene un gato persa que atiende por Sultán, que es un prodigio.

—¿Sí?

—¡Ya lo creo! Le dice: Sultán, ven, y el gato viene moviendo su rabo hermoso, que parece un plumero. Le dice: Sultán, vete, y allá se va Sultán como un caballero muy digno. Tiene unos andares muy vistosos y un pelo que parece seda. No creo yo que haya muchos gatos como ese; ese, entre los gatos, es algo así como el duque de Alba entre las personas. Mi amigo lo quiere como a un hijo. Claro que también es verdad que es un gato que se hace querer.

Don Pablo pasea su mirada por el café. Hay un momento que tropieza con la de la señorita Elvira. Don Pablo pestañea y vuelve la cabeza.

—Y lo cariñosos que son los gatos. ¿Usted se ha fijado en lo cariñosos que son? Cuando cogen cariño a una persona ya no se lo pierden en toda la vida.

Don Pablo carraspea un poco y pone la voz grave, importante.

—¡Ejemplo deberían tomar muchos seres humanos!

—Verdaderamente.

Don Pablo respira con profundidad. Está satisfecho. La verdad es que eso de «ejemplo deberían tomar», etc., es algo que le ha salido bordado.

Pepe, el camarero, se vuelve a su rincón sin decir ni palabra. Al llegar a sus dominios, apoya una mano sobre el respaldo de una silla y se mira, como si mirase algo muy raro, muy extraño, en los espejos. Se ve de frente, en el de más cerca; de espalda, en el del fondo; de perfil, en los de las esquinas.

—A esta tía bruja lo que le vendría de primera es que la abrieran en canal un buen día. ¡Cerde! ¡Tía zorra!

Pepe es un hombre a quien las cosas se le pasan pronto; le basta con decir por lo bajo una frasecita que no se hubiera atrevido jamás a decir en voz alta.

—¡Usurera! ¡Guarra! ¡Que te comes el pan de los pobres!

A Pepe le gusta mucho decir frases lapidarias en los momentos de mal humor. Después se va distraendo poco a poco y acaba por olvidarse de todo.

Dos niños de cuatro o cinco años juegan aburridamente, sin ningún entusiasmo, al tren por entre las mesas. Cuando van hacia el fondo, va uno haciendo de máquina y otro de vagón. Cuando vuelven hacia la puerta, cambian. Nadie les hace caso, pero ellos siguen impasibles, desganados, andando para arriba y para abajo con una seriedad tremenda. Son dos niños ordenancistas, consecuentes, dos niños que juegan al tren, aunque se aburren como ostras, porque se han propuesto divertirse y, para divertirse, se han propuesto, pase lo que pase, jugar al tren durante toda la tarde. Si ellos no lo consiguen, ¿qué culpa tienen? Ellos hacen todo lo posible.

Pepe los mira y les dice:

—Que os vais a ir a caer...

Pepe habla el castellano, aunque lleva ya casi medio siglo en Castilla, traduciendo directamente del gallego. Los niños le contestan «no, señor», y siguen jugando al tren sin fe, sin esperanza, incluso sin caridad, como cumpliendo un penoso deber.

Doña Rosa se mete en la cocina.

—¿Cuántas onzas echaste, Gabriel?

—Dos, señorita.

—¿Lo ves? ¡Lo ves! ¡Así no hay quien pueda! ¡Y después, que si bases de trabajo, y que si la Virgen! ¿No te dije bien claro que no echases más que onza y media? Con vosotros no vale hablar en español, no os da la gana de entender.

Doña Rosa respira y vuelve a la carga. Respira como una máquina, jadeante, precipitada: todo el cuerpo en sobresalto y un silbido roncándole por el pecho.

—Y si a don Pablo le parece que está muy claro, que se vaya con su señora a donde se lo den mejor. ¡Pues estaría bueno! ¡Habrased visto! Lo que no sabe ese piernas desgraciado es que lo que aquí sobran, gracias a Dios, son clientes. ¿Te enteras? Si no le gusta, que se vaya; eso saldremos ganando. ¡Pues ni que fueran reyes! Su señora es una víbora que me tiene muy harta. ¡Muy harta es lo que estoy yo de la doña Pura!

Gabriel la previene, como todos los días.

—¡Que la van a oír, señorita!

—¡Que me oigan si quieren, para eso lo digo! ¡Yo no tengo pelos en la lengua! ¡Lo que yo no sé es cómo ese mastuerzo se atrevió a despedir a la Elvirita, que es igual que un ángel y que no vivía pensando más que en darle gusto, y aguanta como un cordero a la liosa de la doña Pura, que es un culebrón siempre riéndose por lo bajo! En fin, como decía mi madre, que en paz descansa: ¡vivir para ver!

Gabriel trata de arreglar el desaguisado.

—¿Quiere que quite un poco?

—Tú sabrás lo que tiene que hacer un hombre honrado, un hombre que esté en sus cabales y no sea un ladrón. ¡Tú, cuando quieres, muy bien sabes lo que te conviene!

Padilla, el cerillero, habla con un cliente nuevo que le compró un paquete entero de tabaco.

—¿Y está siempre así?

—Siempre, pero no es mala. Tiene el genio algo fuerte, pero después no es mala.

—¡Pero a aquel camarero le llamó bobo!

—¡Anda, eso no importa! A veces también nos llama maricas y rojos.

El cliente nuevo no puede creer lo que está viendo.

—Y ustedes, ¿tan tranquilos?

—Sí, señor; nosotros tan tranquilos.

El cliente nuevo se encoge de hombros.

—Bueno, bueno...

El cerillero se va a dar otro recorrido al salón.

El cliente se queda pensativo.

—Yo no sé quién será más miserable, si esa foca sucia y enlutada o esta partida de gahnápiros. Si la agarrasen un día y le dieran una somanta entre todos, a lo mejor entraba en razón. Pero, ¡ca!, no se atreven. Por dentro estarán todo el día mentándole al padre, pero por fuera, ¡ya lo vemos! ¡Bobo, lárgate! ¡Ladrón, desgraciado! Ellos, encantados. Sí, señor; nosotros tan tranquilos. ¡Ya lo creo! Caray con esta gente, ¡así da gusto!

El cliente sigue fumando. Se llama Mauricio Segovia y está empleado en la Telefónica. Digo todo esto porque, a lo mejor, después vuelve a salir. Tiene unos treinta y ocho o cuarenta años y el pelo rojo y la cara llena de pecas. Vive lejos, por Atocha; vino a este barrio por casualidad, vino detrás de una chica que, de repente, antes de que Mauricio se decidiese a decirle nada, dobló una esquina y se metió por el primer portal.

Segundo, el limpia, va voceando:

—¡Señor Suárez! ¡Señor Suárez!

El señor Suárez, que tampoco es un habitual, se levanta de donde está y va al teléfono. Anda cojeando, cojeando de arriba, no del pie. Lleva un traje a la moda, de un color clarito, y usa lentes de pinza. Representa tener unos cincuenta años y parece dentista o peluquero. También parece, fijándose bien, un viajante de productos químicos. El señor Suárez tiene todo el aire de ser un hombre muy atareado, de esos que dicen al mismo tiempo: un exprés solo; el limpia; chico, búscame un taxi. Estos señores tan ocupados, cuando van a la peluquería, se afeitan, se cortan el pelo, se hacen las manos, se limpian los zapatos y leen el periódico. A veces, cuando se despiden de algún amigo, le advierten: de tal a tal hora, estaré en el café; después me daré una vuelta por el despacho, y a la caída de la tarde me pasaré por casa de mi cuñado; los teléfonos vienen en la guía; ahora, me voy porque tengo todavía multitud de pequeños asuntos que resolver. De estos hombres se ve en seguida que son los

triunfadores, los señalados, los acostumbrados a mandar.

Por teléfono, el señor Suárez habla en voz baja, atiplada, una voz de lila, un poco redicha. La chaqueta le está algo corta y el pantalón le queda ceñido, como el de un torero.

—¿Eres tú?

—...

—¡Descarado, más que descarado! ¡Eres un carota!

—...

—Sí... Sí... Bueno, como tú quieras.

—...

—Entendido. Bien; descuida, que no faltaré.

—...

—Adiós, chato.

—...

—¡Je, je! ¡Tú siempre con tus cosas! Adiós, pichón; ahora te recojo.

El señor Suárez vuelve a su mesa. Va sonriendo y ahora lleva la cojera algo temblona, como estremecida: ahora lleva una cojera casi cachonda, una cojera coqueta, casquivana. Paga su café, pide un taxi y, cuando se lo traen, se levanta y se va. Mira con la frente alta, como un gladiador romano; va rebosante de satisfacción, radiante de gozo.

Alguien lo sigue con la mirada hasta que se lo traga la puerta giratoria. Sin duda alguna, hay personas que llaman más la atención que otras. Se les conoce porque tienen como una estrellita en la frente.

La dueña da media vuelta y va hacia el mostrador. La cafetera niquelada borbotea pariendo sin cesar tazas de café exprés, mientras la registradora de cobriza antigüedad suena constantemente.

Algunos camareros de caras flácidas, tristonas, amarillas, esperan, embutidos en sus trasnochados *smokings*, con el borde de la bandeja apoyado sobre el mármol, a que el encargado les dé las consumiciones y las doradas y plateadas chapitas de las vueltas.

El encargado cuelga el teléfono y reparte lo que le piden.

—¿Conque otra vez hablando por ahí, como si no hubiera nada que hacer?

—Es que estaba pidiendo más leche, señorita.

—¡Sí, más leche! ¿Cuánta han traído esta mañana?

—Como siempre, señorita: sesenta.

—¿Y no ha habido bastante?

—No, parece que no va a llegar.

—Pues, hijo, ¡ni que estuviésemos en la maternidad! ¿Cuánta has pedido?

—Veinte más.

—¿Y no sobraré?

—No creo.

—¿Cómo no creo? ¡Nos ha merengao! ¿Y si sobra, di?

—No, no sobraré. ¡Vamos, digo yo!

—Sí, digo yo, como siempre, digo yo, eso es muy cómodo.

—No, ya verá como no ha de sobrar. Mire usted cómo está el salón.

—Sí, claro, cómo está el salón, cómo está el salón. Eso se dice muy pronto. ¡Porque soy honrada y doy bien, que si no ya verías adonde se iban todos! ¡Pues menudos son!

Los camareros, mirando para el suelo, procuran pasar inadvertidos.

—Y vosotros, a ver si os alegráis. ¡Hay muchos cafés solos en esas bandejas! ¿Es que no sabe la gente que hay suizos, y mojicones, y torteles? No, ¡si ya lo sé! ¡Si sois capaces de no decir nada! Lo que quisierais es que me viera en la miseria, vendiendo los cuarenta iguales. ¡Pero os reventáis! Ya sé yo con quiénes me juego la tela. ¡Estáis buenos! Anda, vamos, mover las piernas y pedir a cualquier santo que no se me suba la sangre a la cabeza.

Los camareros, como quien oye llover, se van marchando del mostrador con los servicios. Ni uno solo mira para doña Rosa. Ninguno piensa, tampoco, en doña Rosa.

Uno de los hombres que, de codos sobre el velador, ya sabéis, se sujeta la pálida frente con la mano —triste y amarga la mirada, preocupada y como sobrecogida la expresión—, habla con el camarero. Trata de sonreír con dulzura, parece un niño abandonado que pide agua en una casa del camino.

El camarero hace gestos con la cabeza y llama al echador.

Luis, el echador, se acerca hasta la dueña.

—Señorita, dice Pepe que aquel señor no quiere pagar.

—Pues que se las arregle como pueda para sacarle los cuartos; eso es cosa suya; si no se los saca, dile que se le pegan al bolsillo y en paz. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

La dueña se ajusta los lentes y mira.

—¿Cuál es?

—Aquel de allí, aquel que lleva gafitas de hierro.

—¡Anda, qué tío, pues esto sí que tiene gracia! ¡Con esa cara! Oye, ¿y por qué regla de tres no quiere pagar?

—Ya ve... Dice que se ha venido sin dinero.

—¡Pues sí, lo que faltaba para el duro! Lo que sobran en este país son pícaros.

El echador, sin mirar para los ojos de doña Rosa, habla con un hilo de voz:

—Dice que cuando tenga ya vendrá a pagar.

Las palabras, al salir de la garganta de doña Rosa, suenan como el latón.

—Eso dicen todos y después, para uno que vuelve, cien se largan, y si te he visto no me acuerdo. ¡Ni hablar! ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! Dile a Pepe que ya sabe: a la calle con suavidad, y en la acera, dos patadas bien dadas donde se tercié. ¡Pues nos ha merengao!

El echador se marchaba cuando doña Rosa volvió a hablarle:

—¡Oye! ¡Dile a Pepe que se fije en la cara!

—Sí, señorita.

Doña Rosa se quedó mirando para la escena. Luis llega, siempre con sus lecheras, hasta Pepe y le habla al oído.

—Eso es todo lo que dice. Por mí, ¡bien lo sabe Dios!

Pepe se acerca al cliente y este se levanta con lentitud. Es un hombrecillo desmedrado, paliducho, enclenque, con lentes de pobre alambre sobre la mirada. Lleva la americana raída y el pantalón desflecado. Se cubre con un flexible gris oscuro, con la cinta llena de grasa, y lleva un libro forrado de papel de periódico debajo del brazo.

—Si quiere, le dejo el libro.

—No. Ande, a la calle, no me alborote.

El hombre va hacia la puerta con Pepe detrás. Los dos salen afuera. Hace frío y las gentes pasan presurosas. Los vendedores vocean los diarios de la tarde. Un tranvía tristemente, trágicamente, casi lúgubrementemente bullanguero, baja por la calle de Fuencarral.

El hombre no es un cualquiera, no es uno de tantos, no es un hombre vulgar, un hombre del montón, un ser corriente y moliente; tiene un tatuaje en el brazo izquierdo y una cicatriz en la ingle. Ha hecho sus estudios y traduce algo el francés. Ha seguido con atención el ir y venir del movimiento intelectual y literario, y hay algunos folletos de *El Sol* que todavía podría repetirlos casi de memoria. De mozo tuvo una novia suiza y compuso poesías ultraístas.

El limpia habla con don Leonardo. Don Leonardo le está diciendo:

—Nosotros los Meléndez, añoso tronco emparentado con las más rancias familias castellanas, hemos sido otrora dueños de vidas y haciendas. Hoy, ya lo ve usted, ¡casi en medio de la rúe!

Segundo Segura siente admiración por don Leonardo. El que don Leonardo le haya robado sus ahorros es, por lo visto, algo que le llena de pasmo y de lealtad. Hoy don Leonardo está locuaz con él, y él se aprovecha y retoza a su alrededor como un perrillo faldero. Hay días, sin embargo, en que tiene peor suerte y don Leonardo lo trata a patadas. En esos días desdichados, el limpia se le acerca sumiso y le habla humildemente, quedamente.

—¿Qué dice usted?

Don Leonardo ni le contesta. El limpia no se preocupa y vuelve a insistir.

—¡Buen día de frío!

—Sí.

El limpia entonces sonrío. Es feliz y, por ser correspondido, hubiera dado gustoso otros seis mil duros.

—¿Le saco un poco de brillo?

El limpia se arrodilla, y don Leonardo, que casi nunca suele ni mirarle, pone el pie con displicencia en la plantilla de hierro de la caja.

Pero hoy, no. Hoy don Leonardo está contento. Seguramente está redondeando el anteproyecto para la creación de una importante sociedad anónima.

—En tiempos, *oh, mon Dieu!*, cualquiera de nosotros se asomaba a la bolsa y allí nadie compraba ni vendía hasta ver lo que hacíamos.

—¡Hay que ver! ¿Eh?

Don Leonardo hace un gesto ambiguo con la boca, mientras con la mano dibuja jeribeques en el aire.

—¿Tiene usted un papel de fumar? —dice al de la mesa de al lado—; quisiera fumar un poco de picadura y me encuentro sin papel en este momento.

El limpia calla y disimula; sabe que es su deber.

Doña Rosa se acerca a la mesa de Elvirita, que había estado mirando para la escena del camarero y el hombre que no pagó el café.

—¿Ha visto usted, Elvirita?

La señorita Elvira tarda unos instantes en responder.

—¡Pobre chico! A lo mejor no ha comido en todo el día, doña Rosa.

—¿Usted también me sale romántica? ¡Pues vamos servidos! Le juro a usted que a corazón tierno no hay quien me gane, pero, ¡con estos abusos!

Elvirita no sabe qué contestar. La pobre es una sentimental que se echó a la vida para no morir de hambre, por lo menos, demasiado de prisa. Nunca supo hacer nada y, además, tampoco es guapa ni de modales finos. En su casa, de niña, no vio más que desprecio y calamidades. Elvirita era de Burgos, hija de un punto de mucho cuidado, que se llamó, en vida, Fidel Hernández. A Fidel Hernández, que mató a la Eudosa, su mujer, con una lezna de zapatero, lo condenaron a muerte y lo agarrotó Gregorio Mayoral en el año 1909. Lo que él decía: si la mato a sopas con sulfato, no se entera ni Dios. Elvirita, cuando se quedó huérfana, tenía once o doce años y se fue a Villalón, a vivir con una abuela, que era la que pasaba el cepillo del pan de San Antonio en la parroquia. La pobre vieja vivía mal, y cuando le agarrotaron al hijo empezó a desinflarse y al poco tiempo se murió. A Elvirita la embromaban las otras mozas del pueblo enseñándole la picota y diciéndole: ¡en otra igual colgaron a tu padre, tía asquerosa! Elvirita, un día que ya no pudo aguantar más, se largó del pueblo con un asturiano que vino a vender peladillas por la función. Anduvo con él dos años largos, pero como le daba unas tundas tremendas que la deslomaba, un día, en Orense, lo mandó al cuerno y se metió de pupila en casa de la Pelona, en la calle del Villar, donde conoció a una hija de la Marraca, la leñadora de la pradera de Francelos, en Ribadavia, que tuvo doce hijas, todas busconas. Desde entonces, para Elvirita todo fue rodar y coser y cantar, digámoslo así.

La pobre estaba algo amargada, pero no mucho. Además, era de buenas intenciones y, aunque tímida, todavía un poco orgullosa.

Don Jaime Arce, aburrido de estar sin hacer nada, mirando para el techo y pensando en vaciedades, levanta la cabeza del respaldo y explica a la señora silenciosa del hijo muerto, a la señora que ve pasar la vida desde debajo de la escalera de caracol que sube a los billares:

—Infundios... Mala organización... También errores, no lo niego. Créame que no hay más. Los bancos funcionan defectuosamente, y los notarios, con sus oficiosidades, con sus precipitaciones, echan los pies por alto antes de tiempo y organizan semejante desbarajuste que después no hay quien se entienda.

Don Jaime pone un mundano gesto de resignación.

—Luego viene lo que viene: los protestos, los líos y la monda.

Don Jaime Arce habla despacio, con parsimonia, incluso con cierta solemnidad. Cuida el ademán y se preocupa por dejar caer las palabras lentamente, como para ir viendo, y midiendo y pesando, el efecto que hacen. En el fondo, no carece también de cierta sinceridad. La señora del hijo muerto, en cambio, es como una tonta que no dice nada; escucha y abre los ojos de una manera rara, de una manera que parece más para no dormirse que para atender.

—Eso es todo, señora, y lo demás, ¿sabe lo que le digo?, lo demás son macanas.

Don Jaime Arce es hombre que habla muy bien, aunque dice, en medio de una frase bien cortada, palabras poco finas, como «la monda», o «el despiporrio», y otras por el estilo.

La señora lo mira y no dice nada. Se limita a mover la cabeza, para adelante y para atrás, con un gesto que tampoco significa nada.

—Y ahora, ¡ya ve usted!, en labios de la gente. ¡Si mi pobre madre levantara la cabeza!

La señora, la viuda de Sanz, doña Isabel Montes, cuando don Jaime andaba por lo de ¿sabe lo que le digo?, empezó a pensar en su difunto, en cuando lo conoció, de veintitrés años, apuesto, elegante, muy derecho, con el bigote engomado. Un vaho de dicha recorrió, un poco confusamente, su cabeza, y doña Isabel sonrió, de una manera muy discreta, durante medio segundo. Después se acordó del pobre Paquito, de la cara de bobo que se le puso con la meningitis, y se entristeció de repente, incluso con violencia.

Don Jaime Arce, cuando abrió los ojos que había entornado para dar mayor fuerza a lo de ¡si mi pobre madre levantara la cabeza!, se fijó en doña Isabel y le dijo, obsequioso:

—¿Se siente usted mal, señora? Está usted un poco pálida.

—No, nada, muchas gracias. ¡Ideas que se le ocurren a una!

Don Pablo, como sin querer, mira siempre un poco de reajo para la señorita Elvira. Aunque ya todo terminó, él no puede olvidar el tiempo que pasaron juntos. Ella, bien mirado, era buena, dócil, complaciente. Por fuera, don Pablo fingía como despreciarla y la llamaba tía guarra y meretriz, pero por dentro la cosa variaba. Don Pablo,

cuando, en voz baja, se ponía tierno, pensaba: no son cosas del sexo, no; son cosas del corazón. Después se le olvidaba y la hubiera dejado morir de hambre y de lepra con toda tranquilidad; don Pablo era así.

—Oye, Luis, ¿qué pasa con ese joven?

—Nada, don Pablo, que no le daba la gana de pagar el café que se había tomado.

—Habérmelo dicho, hombre; parecía buen muchacho.

—No se fíe; hay mucho mangante, mucho desaprensivo.

Doña Pura, la mujer de don Pablo, dice:

—Claro que hay mucho mangante y mucho desaprensivo, esa es la verdad. ¡Si se pudiera distinguir! Lo que tendría que hacer todo el mundo es trabajar como Dios manda, ¿verdad, Luis?

—Puede; sí, señora.

—Pues eso. Así no habría dudas. El que trabaje que se tome su café y hasta un bollo suizo si le da la gana; pero el que no trabaje... ¡pues mira! El que no trabaja no es digno de compasión, los demás no vivimos del aire.

Doña Pura está muy satisfecha de su discurso; realmente le ha salido muy bien.

Don Pablo vuelve otra vez la cabeza hacia la señora que se asustó del gato.

—Con estos tipos que no pagan el café hay que andarse con ojo, con mucho ojo. No sabe uno nunca con quién tropieza. Ese que acaban de echar a la calle, lo mismo es un ser genial, lo que se dice un verdadero genio como Cervantes o como Isaac Peral, que un fresco redomado. Yo le hubiera pagado el café. ¿A mí qué más me da un café de más que de menos?

—Claro.

Don Pablo sonrió como quien, de repente, encuentra que tiene toda la razón.

—Pero eso no lo encuentra usted entre los seres irracionales. Los seres irracionales son más gallardos y no engañan nunca. Un gatito noble como ese, ¡je, je!, que tanto miedo le daba, es una criatura de Dios, que lo que quiere es jugar, nada más que jugar.

A don Pablo le sube a la cara una sonrisa de beatitud. Si se le pudiese abrir el pecho, se le encontraría un corazón negro y pegajoso como la pez.

Pepe vuelve a entrar a los pocos momentos. La dueña, que tiene las manos en los bolsillos del mandil, los hombros echados para atrás y las piernas separadas, lo llama con una voz seca, cascada; con una voz que parece el chasquido de un timbre con la campanilla partida.

—Ven acá.

Pepe casi no se atreve a mirarla.

—¿Qué quiere?

—¿Le has arreado?

—Sí, señorita.

—¿Cuántas?

—Dos.

La dueña entorna los ojitos tras los cristales, saca las manos de los bolsillos y se las pasa por la cara, donde apuntan los cañotes de la barba, mal tapados por los polvos de arroz.

—¿Dónde se las has dado?

—Donde pude; en las piernas.

—Bien hecho. ¡Para que aprenda! ¡Así otra vez no querrá robarle el dinero a las gentes honradas!

Doña Rosa, con sus manos gordezuelas apoyadas sobre el vientre, hinchado como un pellejo de aceite, es la imagen misma de la venganza del bien nutrido contra el hambriento. ¡Sinvergüenzas! ¡Perros! De sus dedos como morcillas se reflejan hermosos, casi lujuriosos, los destellos de las lámparas.

Pepe, con la mirada humilde, se aparta de la dueña. En el fondo, aunque no lo sepa demasiado, tiene la conciencia tranquila.

Don José Rodríguez de Madrid está hablando con dos amigos que juegan a las damas.

—Ya ven ustedes, ocho duros, ocho cochinos duros. Después la gente, habla que te habla.

Uno de los jugadores le sonrío.

—¡Menos da una piedra, don José!

—¡Psche! Poco menos. ¿Adónde va uno con ocho duros?

—Hombre, verdaderamente, con ocho duros poco se puede hacer, esa es la verdad; pero, ¡en fin!, lo que yo digo, para casa todo, menos una bofetada.

—Sí, eso también es verdad; después de todo, los he ganado bastante cómodamente...

Al violinista a quien echaron a la calle por contestar a don José, ocho duros le duraban ocho días. Comía poco y mal, cierto es, y no fumaba más que de prestado, pero conseguía alargar los ocho duros durante una semana entera; seguramente, habría otros que aún se defendían con menos.

La señorita Elvira llama al cerillero.

—¡Padilla!

—¡Voy, señorita Elvira!

—Dame dos tritones; mañana te los pago.

—Bueno.

Padilla sacó los dos tritones y se los puso a la señorita Elvira sobre la mesa.

—Uno es para luego, ¿sabes?, para después de la cena.

—Bueno, ya sabe usted, aquí hay crédito.

El cerillero sonrío con un gesto de galantería. La señorita Elvira sonrío también.

—Oye, ¿quieres darle un recado a Macario?

—Sí.

—Dile que toque *Luisa Fernanda*, que haga el favor.

El cerillero se marchó arrastrando los pies, camino de la tarima de los músicos. Un señor que llevaba ya un rato timándose con Elvirita, se decidió por fin a romper el hielo.

—Son bonitas las zarzuelas, ¿verdad, señorita?

La señorita Elvira asintió con un mohín. El señor no se desanimó; aquel visaje lo interpretó como un gesto de simpatía.

—Y muy sentimentales, ¿verdad?

La señorita Elvira entornó los ojos. El señor tomó nuevas fuerzas.

—¿A usted le gusta el teatro?

—Si es bueno...

El señor se rio como festejando una ocurrencia muy chistosa. Carraspeó un poco, ofreció fuego a la señorita Elvira, y continuó:

—Claro, claro. ¿Y el cine? ¿También le agrada el cine?

—A veces...

El señor hizo un esfuerzo tremendo, un esfuerzo que le puso colorado hasta las cejas.

—Esos cines oscuritos, ¿eh?, ¿qué tal?

La señorita Elvira se mostró digna y suspicaz.

—Yo al cine voy siempre a ver la película.

El señor reaccionó.

—Claro, naturalmente, yo también... Yo lo decía por los jóvenes, claro, por las parejitas, ¡todos hemos sido jóvenes...! Oiga, señorita, he observado que es usted fumadora; a mí esto de que las mujeres fumen me parece muy bien, claro que muy bien; después de todo, ¿qué tiene de malo? Lo mejor es que cada cual viva su vida, ¿no le parece a usted? Lo digo porque, si usted me lo permite (yo ahora me tengo que marchar, tengo mucha prisa, ya nos encontraremos otro día para seguir charlando), si usted me lo permite, yo tendría mucho gusto en... vamos, en proporcionarle una cajetilla de tritones.

El señor habla precipitadamente, azoradamente. La señorita Elvira le respondió con cierto desprecio, con el gesto de quien tiene la sartén por el mango.

—Bueno, ¿por qué no? ¡Si es capricho!

El señor llamó al cerillero, le compró la cajetilla, se la entregó con su mejor sonrisa a la señorita Elvira, se puso el abrigo, cogió el sombrero y se marchó. Antes le dijo a la señorita Elvira:

—Bueno, señorita, tanto gusto. Leoncio Maestre, para servirla. Como le digo, ya nos veremos otro día. A lo mejor somos buenos amiguitos.

La dueña llama al encargado. El encargado se llama López, Consorcio López, y es natural de Tomelloso, en la provincia de Ciudad Real, un pueblo grande y hermoso y de mucha riqueza. López es un hombre joven, guapo, incluso atildado, que tiene las

manos grandes y la frente estrecha. Es un poco haragán y los malos humores de doña Rosa se los pasa por la entrepierna. A esta tía —suele decir— lo mejor es dejarla hablar; ella sola se para. Consorcio López es un filósofo práctico; la verdad es que su filosofía le da buen resultado. Una vez, en Tomelloso, poco antes de venirse para Madrid, diez o doce años atrás, el hermano de una novia que tuvo, con la que no quiso casar después de hacerle dos gemelos, le dijo: o te casas con la Marujita o te los corto donde te encuentre. Consorcio, como no quería casarse ni tampoco quedar capón, cogió el tren y se metió en Madrid; la cosa debió irse poco a poco olvidando porque la verdad es que no volvieron a meterse con él. Consorcio llevaba siempre en la cartera dos fotos de los gemelitos: una, de meses aún, desnuditos encima de un cojín, y otra de cuando hicieron la primera comunión, que le había mandado su antigua novia, Marujita Ranero, entonces ya señora de Gutiérrez.

Doña Rosa, como decimos, llamó al encargado.

—¡López!

—Voy, señorita.

—¿Cómo andamos de vermú?

—Bien, por ahora bien.

—¿Y de anís?

—Así, así. Hay algunos que ya van faltando.

—¡Pues que beban de otro! Ahora no estoy para meterme en gastos, no me da la gana. ¡Pues anda con las exigencias! Oye, ¿has comprado eso?

—¿El azúcar?

—Sí.

—Sí; mañana lo van a traer.

—¿A catorce cincuenta, por fin?

—Sí; querían a quince, pero quedamos en que, por junto, bajarían esos dos reales.

—Bueno, ya sabes: bolsita y no repite ni Dios. ¿Estamos?

—Sí, señorita.

El jovencito de los versos está con el lápiz entre los labios, mirando para el techo. Es un poeta que hace versos con idea. Esta tarde la idea ya la tiene. Ahora le faltan consonantes. En el papel tiene apuntados ya algunos. Ahora busca algo que rime bien con «río» y que no sea «tío», ni «tronío»; «albedrío», le anda ya rondando. «Estío», también.

—Me guarda una caparazón estúpida, una concha de hombre vulgar. La niña de ojos azules... Quisiera, sin embargo, ser fuerte, fortísimo. De ojos azules y bellos... O la obra mata al hombre o el hombre mata a la obra. La de los rubios cabellos... ¡Morir! ¡Morir, siempre! Y dejar un breve libro de poemas. ¡Qué bella, qué bella está...!

El joven poeta está blanco, muy blanco, y tiene dos rosetones en los pómulos, dos rosetones pequeños.

—La niña de ojos azules... Río, río, río. De ojos azules y bellos... Tronío, tío, tronío, tío. La de los rubios cabellos... Albedrío. Recuperar de pronto su albedrío. La niña de ojos azules... Estremecer de gozo su albedrío. De ojos azules y bellos... Derramando de golpe su albedrío. La niña de ojos azules... Y ahora ya tengo, intacto, mi albedrío. La niña de ojos azules... O volviendo la cara al manso estío. La niña de ojos azules... La niña de ojos... ¿Cómo tiene la niña los ojos...? Cosechando las mieses del estío. La niña... ¿Tiene ojos la niña...? Larán, larán, larán, larán, la, estío...

El jovencito, de pronto, nota que se le borra el café.

—Besando el universo en el estío. Es gracioso...

Se tambalea un poco, como un niño mareado, y siente que un calor intenso le sube hasta las sienas.

—Me encuentro algo... Quizás mi madre... Sí; estío, estío... Un hombre vuela sobre una mujer desnuda... ¡Qué tío...! No, tío, no... Y entonces yo le diré: ¡jamás...! El mundo, el mundo... Sí, gracioso, muy gracioso...

En una mesa del fondo, dos pensionistas, pintadas como monas, hablan de los músicos.

—Es un verdadero artista; para mí es un placer escucharle. Ya me lo decía mi difunto Ramón, que en paz descansa: fíjate, Matilde, solo en la manera que tiene de echarse el violín a la cara. Hay que ver lo que es la vida: si ese chico tuviera padrinos llegaría muy lejos.

Doña Matilde pone los ojos en blanco. Es gorda, sucia y pretenciosa. Huele mal y tiene una barriga tremenda, toda llena de agua.

—Es un verdadero artista, un artistazo.

—Sí, verdaderamente: yo estoy todo el día pensando en esta hora. Yo también creo que es un verdadero artista. Cuando toca, como él sabe hacerlo, el vals de *La viuda alegre*, me siento otra mujer.

Doña Asunción tiene un condescendiente aire de oveja.

—¿Verdad que aquella era otra música? Era más fina, ¿verdad?, más sentimental.

Doña Matilde tiene un hijo imitador de estrellas, que vive en Valencia.

Doña Asunción tiene dos hijas: una casada con un subalterno del Ministerio de Obras Públicas, que se llama Miguel Contreras y es algo borracho, y otra, soltera, que salió de armas tomar y vive en Bilbao, con un catedrático.

El prestamista limpia la boca del niño con un pañuelo. Tiene los ojos brillantes y simpáticos y, aunque no va muy aseado, aparenta cierta prestancia. El niño se ha tomado un doble de café con leche y dos bollos suizos, y se ha quedado tan fresco.

Don Trinidad García Sobrino no piensa ni se mueve. Es un hombre pacífico, un hombre de orden, un hombre que quiere vivir en paz. Su nieto parece un gitanillo flaco y barrigón. Lleva un gorro de punto y unas polainas, también de punto; es un

niño que va muy abrigado.

—¿Le pasa a usted algo, joven? ¿Se siente usted mal?

El joven poeta no contesta. Tiene los ojos abiertos y pasmados y parece que se ha quedado mudo. Sobre la frente le cae una crencha de pelo.

Don Trinidad sentó al niño en el diván y cogió por los hombros al poeta.

—¿Está usted enfermo?

Algunas cabezas se volvieron. El poeta sonreía con un gesto estúpido, pesado.

—Oiga, ayúdeme a incorporarlo. Se conoce que se ha puesto malo.

Los pies del poeta se escurrieron y su cuerpo fue a dar debajo de la mesa.

—Échenme una mano; yo no puedo con él.

La gente se levantó. Doña Rosa miraba desde el mostrador.

—También es ganas de alborotar.

El muchacho se dio un golpe en la frente al rodar debajo de la mesa.

—Vamos a llevarlo al *water*, debe de ser un mareo.

Mientras don Trinidad y tres o cuatro clientes dejaron al poeta en el retrete, a que se repusiese un poco, su nieto se entretuvo en comer las migas del bollo suizo que habían quedado sobre la mesa.

—El olor del desinfectante lo espabilará; debe de ser un mareo.

El poeta, sentado en la taza del retrete y con la cabeza apoyada en la pared, sonreía con un aire beatífico. Aun sin darse cuenta, en el fondo era feliz.

Don Trinidad se volvió a su mesa.

—¿Le ha pasado ya?

—Sí, no era nada, un mareo.

La señorita Elvira devolvió los dos tritones al cerillero.

—Y este otro para ti.

—Gracias. ¿Ha habido suerte, eh?

—¡Psche! Menos da una piedra...

Padilla, un día, llamó cabrito a un galanteador de la señorita Elvira y la señorita Elvira se incomodó. Desde entonces el cerillero es más respetuoso.

A don Leoncio Maestre por poco lo mata un tranvía.

—¡Burro!

—¡Burro lo será usted, desgraciado! ¿En qué va usted pensando?

Don Leoncio Maestre iba pensando en Elvirita.

—Es mona, sí, muy mona. ¡Ya lo creo! Y parece chica fina... No, una golfa no es. ¡Cualquiera sabe! Cada vida es una novela. Parece así como una chica de buena familia que haya reñido en su casa. Ahora estará trabajando en alguna oficina, seguramente en un sindicato. Tiene las facciones tristes y delicadas; probablemente lo que necesita es cariño y que la mimen mucho, que estén todo el día contemplándola.

A don Leoncio Maestre le saltaba el corazón debajo de la camisa.

—Mañana vuelvo. Sí, sin duda. Si está, buena señal. Y si no está... ¡A buscarla!

Don Leoncio Maestre se subió el cuello del abrigo y dio dos saltitos.

—Elvira, señorita Elvira. Es un bonito nombre. Yo creo que la cajetilla de tritones le habrá agradado. Cada vez que fume uno se acordará de mí... Mañana le repetiré el nombre. Leoncio, Leoncio, Leoncio. Ella, a lo mejor, me pone un nombre más cariñoso, algo que salga de Leoncio. Leo. Oncio. Oncete... Me tomo una caña porque me da la gana.

Don Leoncio Maestre se metió en un bar y se tomó una caña en el mostrador. A su lado, sentada en una banqueta, una muchacha le sonreía. Don Leoncio se volvió de espaldas. Aguantar aquella sonrisa le hubiera parecido una traición, la primera traición que hacía a Elvirita.

—No; Elvirita, no, Elvira. Es un nombre sencillo, un nombre muy bonito.

La muchacha del taburete le habló por encima del hombro.

—¿Me da usted fuego, tío serio?

Don Leoncio le dio fuego, casi temblando. Pagó la caña y salió a la calle apresuradamente.

—Elvira..., Elvira...

Doña Rosa, antes de separarse del encargado, le pregunta:

—¿Has dado el café a los músicos?

—No.

—Pues anda, dáselo ya; parece que están desmayados. ¡Menudos bribones!

Los músicos, sobre su tarima, arrastran los últimos compases de un trozo de *Luisa Fernanda*, aquel tan hermoso que empieza diciendo:

Por los encinares
de mi Extremadura,
tengo una casita
tranquila y segura.

Antes habían tocado *Momento musical* y antes aún, *La del manojo de rosas*, por la parte de «madrileña bonita, flor de verbena».

Doña Rosa se les acercó.

—He mandado que le traigan el café, Macario.

—Gracias, doña Rosa.

—No hay de qué. Ya sabe, lo dicho vale para siempre; yo no tengo más que una palabra.

—Ya lo sé, doña Rosa.

—Pues por eso.

El violinista, que tiene los ojos grandes y saltones como un buey aburrido, la mira mientras lía un pitillo. Frunce la boca, casi con desprecio, y tiene el pulso tembloroso.

—Y a usted también se lo traerán, Seoane.

—Bien.

—¡Pues anda, hijo, que no es usted poco seco!

Macario interviene para templar gaitas.

—Es que anda a vueltas con el estómago, doña Rosa.

—Pero no es para estar tan soso, digo yo. ¡Caray con la educación de esta gente! Cuando una les tiene que decir algo, sueltan una patada, y cuando tienen que estar satisfechos porque una les hace un favor, van y dicen ¡bien!, como si fueran marqueses. ¡Pues sí!

Seoane calla mientras su compañero pone buena cara a doña Rosa. Después pregunta al señor de una mesa contigua:

—¿Y el mozo?

—Reponiéndose en el *water*, no era nada.

Vega, el impresor, le alargaba la petaca al cobista de la mesa de al lado.

—Ande, líe un pitillo y no las píe. Yo anduve peor que está usted y, ¿sabe lo que hice?, pues me puse a trabajar.

El de al lado sonríe como un alumno ante el profesor: con la conciencia turbia y, lo que es peor, sin saberlo.

—¡Pues ya es mérito!

—Claro, hombre, claro, trabajar y no pensar en nada más. Ahora, ya lo ve, nunca me falta mi cigarro ni mi copa de todas las tardes.

El otro hace un gesto con la cabeza, un gesto que no significa nada.

—¿Y si le dijera que yo quiero trabajar y no tengo en qué?

—¡Vamos, ande! Para trabajar lo único que hacen falta son ganas. ¿Usted está seguro que tiene ganas de trabajar?

—¡Hombre, sí!

—¿Y por qué no sube maletas de la estación?

—No podría; a los tres días habría reventado... Yo soy bachiller...

—¿Y de qué le sirve?

—Pues, la verdad, de poco.

—A usted lo que le pasa, amigo mío, es lo que les pasa a muchos, que están muy bien en el café, mano sobre mano, sin dar golpe. Al final se caen un día desmayados, como ese niño litri que se han llevado para adentro.

El bachiller le devuelve la petaca y no le lleva la contraria.

—Gracias.

—No hay que darlas. ¿Usted es bachiller de verdad?

—Sí, señor, del plan del 3.

—Bueno, pues le voy a dar una ocasión para que no acabe en un asilo o en la cola de los cuarteles. ¿Quiere trabajar?

—Sí, señor. Ya se lo dije.

—Vaya mañana a verme. Tome una tarjeta. Vaya por la mañana, antes de las doce, a eso de las once y media. Si quiere y sabe, se queda conmigo de corrector; esta

mañana tuve que echar a la calle al que tenía, por golfo. Era un desaprensivo.

La señorita Elvira mira de reojo a don Pablo. Don Pablo le explica a un pollito que hay en la mesa de al lado:

—El bicarbonato es bueno, no hace daño alguno. Lo que pasa es que los médicos no lo pueden recetar porque para que le den bicarbonato nadie va al médico.

El joven asiente, sin hacer mucho caso, y mira para las rodillas de la señorita Elvira, que se ven un poco por debajo de la mesa.

—No mire para ahí, no haga el canelo; ya le contaré, no la vaya a pringar.

Doña Pura, la señora de don Pablo, habla con una amiga gruesa, cargada de bisutería, que se rasca los dientes de oro con un palillo.

—Yo ya estoy cansada de repetirlo. Mientras haya hombres y haya mujeres, habrá siempre líos, el hombre es fuego y la mujer estopa y luego, ¡pues pasan las cosas! Eso que le digo a usted de la plataforma del 49, es la pura verdad. ¡Yo no sé adónde vamos a parar!

La señora gruesa rompe, distraídamente, el palillo entre los dedos.

—Sí, a mí también me parece que hay poca decencia. Eso viene de las piscinas; no lo dude, antes no éramos así... Ahora le presentan a usted cualquier chica joven, le da la mano y ya se queda una con aprensión todo el santo día. ¡A lo mejor coge una lo que no tiene! ¿Verdad, usted? ¡A saber dónde habrá estado metida esa mano!

—Verdaderamente.

—Y los cines yo creo que también tienen mucha culpa. Eso de estar todo el mundo tan mezclado y a oscuras por completo no puede traer nada bueno.

—Eso pienso yo, doña María. Tiene que haber más moral; si no, estamos perdiditas.

Doña Rosa vuelve a pegar la hebra.

—Y además, si le duele el estómago, ¿por qué no me pide un poco de bicarbonato? ¿Cuándo le he negado a usted un poco de bicarbonato? ¡Cualquiera diría que no sabe usted hablar!

Doña Rosa se vuelve y domina con su voz chillona y desagradable todas las conversaciones del café.

—¡López! ¡López! ¡Manda bicarbonato para el violín!

El echador deja las cacharras sobre una mesa y trae un plato con un vaso mediado de agua, una cucharilla y el azucarero de alpaca que guarda el bicarbonato.

—¿Ya habéis acabado con las bandejas?

—Así me lo dio el señor López, señorita.

—Anda, anda; ponlo ahí y lárgate.

El echador coloca todo sobre el piano y se marcha. Seoane llena la cuchara de polvitos, echa la cabeza atrás, abre la boca... y adentro. Los mastica como si fueran nueces y después bebe un sorbito de agua.

—Gracias, doña Rosa.

—¿Lo ve usted, hombre, lo ve usted qué poco trabajo cuesta tener educación? A usted le duele el estómago, yo le mando traer bicarbonato y todos tan amigos. Aquí estamos para ayudarnos unos a otros; lo que pasa es que no se puede porque no queremos. Esa es la vida.

Los niños que juegan al tren se han parado de repente. Un señor les está diciendo que hay que tener más educación y más compostura, y ellos, sin saber qué hacer con las manos, lo miran con curiosidad. Uno, el mayor, que se llama Bernabé, está pensando en un vecino suyo, de su edad poco más o menos, que se llama Chus. El otro, el pequeño, que se llama Paquito, está pensando en que al señor le huele mal la boca.

—Le huele como a goma podrida.

A Bernabé le da la risa al pensar aquello tan gracioso que le pasó a Chus con su tía.

—Chus, eres un cochino, que no te cambias el calzoncillo hasta que tiene palomino; ¿no te da vergüenza?

Bernabé contiene la risa; el señor se hubiera puesto furioso.

—No, tía, no me da vergüenza; papá también deja palomino.

¡Era para morirse de risa!

Paquito estuvo cavilando un rato.

—No, a ese señor no le huele la boca a goma podrida. Le huele a lombarda y a pies. Si yo fuese de ese señor me pondría una vela derretida en la nariz. Entonces hablaría como la prima Emilita —gua, gua—, que la tienen que operar de la garganta. Mamá dice que cuando la operen de la garganta se le quitará esa cara de boba que tiene y ya no dormiré con la boca abierta. A lo mejor, cuando la operen se muere. Entonces la meterán en una caja blanca, porque aún no tiene tetas ni lleva tacón.

Las dos pensionistas, recostadas sobre el diván, miran para doña Pura.

Aún flotan en el aire, como globitos vagabundos, las ideas de los dos loros sobre el violinista.

—Yo no sé cómo hay mujeres así; esa es igual que un sapo. Se pasa el día sacándole el pellejo a tiras a todo el mundo y no se da cuenta de que si su marido la aguanta es porque todavía le quedan algunos duros. El tal don Pablo es un punto filipino, un tío de mucho cuidado. Cuando mira para una parece como si la desnudara.

—Ya, ya.

—Y aquella otra, la Elvira de marras, también tiene sus conchas. Porque lo que yo digo: no es lo mismo lo de su niña, la Paquita, que después de todo vive decentemente, aunque sin los papeles en orden, que lo de esta, que anda por ahí rodando como una peonza y sacándole los cuartos a cualquiera para malcomer.

—Y además no compare usted, doña Matilde, a ese pelao del don Pablo con el

novio de mi hija, que es catedrático de psicología, lógica y ética, y todo un caballero.

—Naturalmente que no. El novio de la Paquita la respeta y la hace feliz y ella, que tiene un buen parecer y es simpática, pues se deja querer, que para eso está. Pero estas pelanduscas ni tienen conciencia ni saben otra cosa que abrir la boca para pedir algo. ¡Vergüenza les había de dar!

Doña Rosa sigue su conversación con los músicos. Gorda, abundante, su cuerpecillo hinchado se estremece de gozo al discursar; parece un gobernador civil.

—¿Que tiene usted un apuro? Pues me lo dice y yo, si puedo, se lo arreglo. ¿Que usted trabaja bien y está ahí subido, rascando como Dios manda? Pues yo voy y, cuando toca cerrar, le doy su durito y en paz. ¡Si lo mejor es llevarse bien! ¿Por qué cree usted que yo estoy a matar con mi cuñado? Pues porque es un golfante, que anda por ahí de flete las veinticuatro horas del día y luego se viene hasta casa para comerse la sopa boba. Mi hermana, que es tonta y se lo aguanta, la pobre fue siempre así. ¡Anda que si da conmigo! ¡Por su cara bonita le iba a pasar yo que anduviese todo el día por ahí calentándose con las marmotas, para después venirse a verter con la señora! ¡Sería bueno! Si mi cuñado trabajara, como trabajo yo, y arrimara el hombro y trajera algo para casa, otra cosa sería; pero el hombre prefiere camelar a la simple de la Visi y pegarse la gran vida sin dar golpe.

—Claro, claro.

—Pues eso. El andova es un zángano malcriado que nació para chulo. Y no crea usted que esto lo digo a sus espaldas, que lo mismo se lo casqué el otro día en sus propias narices.

—Ha hecho usted bien.

—Y tan bien. ¿Por quién nos ha tomado ese muerto de hambre?

—¿Va bien ese reló, Padilla?

—Sí, señorita Elvira.

—¿Me da usted fuego? Todavía es temprano.

El cerillero le dio fuego a la señorita Elvira.

—Está usted contenta, señorita.

—¿Usted cree?

—Vamos, me parece a mí. La encuentro a usted más animada que otras tardes.

—¡Psche! A veces la mala uva pone buena cara.

La señorita Elvira tiene un aire débil, enfermizo, casi vicioso. La pobre no come lo bastante para ser ni viciosa ni virtuosa.

La del hijo muerto que se estaba preparando para Correos dice:

—Bueno, me voy.

Don Jaime Arce, reverenciosamente, se levanta al tiempo de hablar, sonriendo.

—A sus pies, señora; hasta mañana si Dios quiere.

La señora aparta una silla.

—Adiós, siga usted bien.

—Lo mismo digo, señora; usted me manda.

Doña Isabel Montes, viuda de Sanz, anda como una reina. Con su raída capita de quieros y no puedo, doña Isabel parece una gastada hetaira de lujo que vivió como las cigarras y no guardó para la vejez. Cruza el salón en silencio y se cuela por la puerta. La gente la sigue con una mirada donde puede haber de todo menos indiferencia; donde puede haber admiración, o envidia, o simpatía, o desconfianza, o cariño, vaya usted a saber.

Don Jaime Arce ya no piensa ni en los espejos, ni en las viejas pudibundas, ni en los tuberculosos que albergará el café (un diez por ciento aproximadamente), ni en los afiladores de lápices, ni en la circulación de la sangre. A don Jaime Arce, a última hora de la tarde, le invade un sopor que le atonta.

—¿Cuántas son siete por cuatro? Veintiocho. ¿Y seis por nueve? Cincuenta y cuatro. ¿Y el cuadrado de nueve? Ochenta y uno. ¿Dónde nace el Ebro? En Reinosa, provincia de Santander. Bien.

Don Jaime Arce sonríe; está satisfecho de su repaso, y mientras deslía unas colillas, repite por lo bajo:

—Ataúlfo, Sigerico, Walia, Teodoro, Turismundo... ¿A que esto no lo sabe ese imbécil?

Ese imbécil es el joven poeta que sale, blanco como la cal, de su cura de reposo en el retrete.

—Deshilvanando, en aguas, el estío...

Enlutada, nadie sabe por qué, desde que casi era una niña, hace ya muchos años, y sucia y llena de brillantes que valen un dineral, doña Rosa engorda y engorda todos los años un poco, casi tan de prisa como amontona los cuartos.

La mujer es riquísima; la casa donde está el café es suya, y en las calles de Apodaca, de Churruca, de Campoamor, de Fuencarral, docenas de vecinos tiemblan como muchachos de la escuela todos los primeros de mes.

—En cuanto una se confía —suele decir—, ya están abusando. Son unos golfos, unos verdaderos golfos. ¡Si no hubiera jueces honrados, no sé lo que sería de una!

Doña Rosa tiene sus ideas propias sobre la honradez.

—Las cuentas claras, hijito, las cuentas claras, que son una cosa muy seria.

Jamás perdonó un real a nadie y jamás permitió que le pagaran a plazos.

—¿Para qué están los desahucios —decía—, para que no se cumpla la ley? Lo que a mí se me ocurre es que si hay una ley es para que la respete todo el mundo; yo la primera. Lo otro es la revolución.

Doña Rosa es accionista de un banco donde trae de cabeza a todo el consejo y, según dicen por el barrio, guarda baúles enteros de oro tan bien escondidos que no se lo encontraron ni durante la Guerra Civil.

El limpia acabó de limpiarle los zapatos a don Leonardo.

—Servidor.

Don Leonardo mira para los zapatos y le da un pitillo de noventa.

—Muchas gracias.

Don Leonardo no paga el servicio, no lo paga nunca. Se deja limpiar los zapatos a cambio de un gesto. Don Leonardo es lo bastante ruin para levantar oleadas de admiración entre los imbéciles.

El limpia, cada vez que da brillo a los zapatos de don Leonardo, se acuerda de sus seis mil duros. En el fondo está encantado de haber podido sacar de un apuro a don Leonardo; por fuera le escuece un poco, casi nada.

—Los señores son los señores, está más claro que el agua. Ahora anda todo un poco revuelto, pero al que es señor desde la cuna se le nota en seguida.

Si Segundo Segura, el limpia, fuese culto, sería, sin duda, lector de Vázquez Mella.

Alfonsito, el niño de los recados, vuelve de la calle con el periódico.

—Oye, rico, ¿dónde has ido por el papel?

Alfonsito es un niño canijo, de doce o trece años, que tiene el pelo rubio y tose constantemente. Su padre, que era periodista, murió dos años atrás en el hospital del Rey. Su madre, que de soltera fue una señorita llena de remilgos, fregaba unos despachos de la Gran Vía y comía en Auxilio Social.

—Es que había cola, señorita.

—Sí, cola; lo que pasa es que ahora la gente se pone a hacer cola para las noticias, como si no hubiera otra cosa más importante que hacer. Anda, ¡trae acá!

—*Informaciones* se acabó, señorita, le traigo *Madrid*.

—Es igual. ¡Para lo que se saca en limpio! ¿Usted entiende algo de eso de tanto gobierno como anda suelto por el mundo, Seoane?

—¡Psche!

—No, hombre, no; no hace falta que disimule; no hable si no quiere. ¡Caray con tanto misterio!

Seoane sonrío, con su cara amarga de enfermo del estómago, y calla. ¿Para qué hablar?

—Lo que pasa aquí, con tanto silencio y tanto sonreír, ya lo sé yo, pero que muy bien. ¿No se quieren convencer? ¡Allá ustedes! Lo que les digo es que los hechos cantan, ¡vaya si cantan!

Alfonsito reparte *Madrid* por algunas mesas.

Don Pablo saca las perras.

—¿Hay algo?

—No sé, ahí verá.

Don Pablo extiende el periódico sobre la mesa y lee los titulares. Por encima de

su hombro, Pepe procura enterarse.

La señorita Elvira hace una seña al chico.

—Déjame el de la casa, cuando acabe doña Rosa.

Doña Matilde, que charla con el cerillero mientras su amiga doña Asunción está en el lavabo, comenta despreciativa:

—Yo no sé para qué querrán enterarse tanto de todo lo que pasa. ¡Mientras aquí estemos tranquilos! ¿No le parece?

—Eso digo yo.

Doña Rosa lee las noticias de la guerra.

—Mucho recular me parece ese... Pero, en fin, ¡si al final lo arreglan! ¿Usted cree que al final lo arreglarán, Macario?

El pianista pone cara de duda.

—No sé, puede ser que sí. ¡Si inventan algo que resulte bien!

Doña Rosa mira fijamente para el teclado del piano. Tiene el aire triste y distraído y habla como consigo misma, igual que si pensara en alto.

—Lo que hay es que los alemanes, que son unos caballeros como Dios manda, se fiaron demasiado de los italianos, que tienen más miedo que ovejas. ¡No es más!

Suena la voz opaca, y los ojos, detrás de los lentes, parecen velados y casi soñadores.

—Si yo hubiera visto a Hitler, le hubiera dicho: ¡no se fíe, no sea usted bobo, que esos tienen un miedo que ni ven!

Doña Rosa suspiró ligeramente.

—¡Qué tonta soy! Delante de Hitler, no me hubiera atrevido ni a levantar la voz...

A doña Rosa le preocupa la suerte de las armas alemanas. Lee con toda atención, día a día, el parte del cuartel general del Führer, y relaciona, por una serie de vagos presentimientos que no se atreve a intentar ver claros, el destino de la Wehrmacht con el destino de su café.

Vega compra el periódico. Su vecino le pregunta:

—¿Buenas noticias?

Vega es un ecléctico.

—Según para quién.

El echador sigue diciendo ¡voy! y arrastrando los pies por el suelo del café.

—Delante de Hitler me quedaría más azarada que una mona; debe ser un hombre que azare mucho; tiene una mirada como un tigre.

Doña Rosa vuelve a suspirar. El pecho tremendo le tapa el cuello durante unos instantes.

—Ese y el Papa, yo creo que son los dos que azaran más.

Doña Rosa dio un golpecito con los dedos sobre la tapa del piano.

—Y después de todo, él sabrá lo que se hace; para eso tiene a los generales.

Doña Rosa está un momento en silencio y cambia la voz:

—¡Bueno!

Levanta la cabeza y mira para Seoane:

—¿Cómo sigue su señora de sus cosas?

—Va tirando; hoy parece que está un poco mejor.

—Pobre Sonsoles; ¡con lo buena que es!

—Sí, la verdad es que está pasando una mala temporada.

—¿Le dio usted las gotas que le dijo don Francisco?

—Sí, ya las ha tomado. Lo malo es que nada le queda dentro del cuerpo; todo lo devuelve.

—¡Vaya por Dios!

Macario teclea suave y Seoane coge el violín.

—¿Qué va?

—*La verbena*, ¿le parece?

—Venga.

Doña Rosa se separa de la tarima de los músicos mientras el violinista y el pianista, con resignado gesto de colegiales, rompen el tumulto del café con los viejos compases, tantas veces —¡ay, Dios!— repetidos y repetidos.

¿Dónde vas con mantón de Manila,
dónde vas con vestido chiné?

Tocan sin papel. No hace falta.

Macario, como un autómatas, piensa:

Y entonces le diré: —Mira, hija, no hay nada que hacer; con un durito por las tardes y otro por las noches, y dos cafés, tú dirás. Ella, seguramente, me contestará: —No seas tonto, ya verás; con tus dos duros y alguna clase que me salga... Matilde, bien mirado, es un ángel; es igual que un ángel.

Macario, por dentro, sonrío; por fuera, casi, casi. Macario es un sentimental mal alimentado que acaba, por aquellos días, de cumplir los cuarenta y tres años.

Seoane mira vagamente para los clientes del café, y no piensa en nada. Seoane es un hombre que prefiere no pensar; lo que quiere es que el día pase corriendo, lo más de prisa posible, y a otra cosa.

Suenan las nueve y media en el viejo reló de breves numeritos que brillan como si fueran de oro. El reló es un mueble casi suntuoso que se había traído de la exposición de París un marquesito tarambana y sin blanca que anduvo cortejando a doña Rosa, allá por el 905. El marquesito, que se llamaba Santiago y era grande de España, murió tísico en el Escorial, muy joven todavía, y el reló quedó posado sobre el mostrador del café, como para servir de recuerdo de unas horas que pasaron sin traer el hombre para doña Rosa y el comer caliente todos los días, para el muerto. ¡La vida!

Al otro extremo del local, doña Rosa riñe con grandes aspavientos a un camarero.

Por los espejos, como a traición, los otros camareros miran la escena, casi despreocupados.

El café, antes de media hora, quedará vacío. Igual que un hombre al que se le hubiera borrado de repente la memoria.

CAPÍTULO SEGUNDO

—Ande, largo.

—Adiós, muchas gracias; es usted muy amable.

—Nada. Váyase por ahí. Aquí no lo queremos ver más.

El camarero procura poner voz seria, voz de respeto. Tiene un marcado deje gallego que quita violencia, autoridad, a sus palabras, que tiñe de dulzor su seriedad. A los hombres blandos, cuando desde fuera se les empuja a la acritud, les tiembla un poquito el labio de arriba; parece como si se lo rozara una mosca invisible.

—Si quiere, le dejo el libro.

—No; lléveselo.

Martín Marco, paliducho, desmedrado, con el pantalón desflecado y la americana raída, se despide del camarero llevándose la mano al ala de su triste y mugriento sombrero gris.

—Adiós, muchas gracias; es usted muy amable.

—Nada. Váyase por ahí. Aquí no vuelva a arrimar.

Martín Marco mira para el camarero; quisiera decir algo hermoso.

—En mí tiene usted un amigo.

—Bueno.

—Yo sabré corresponder.

Martín Marco se sujeta sus gafas de cerquillo de alambre y rompe a andar. A su lado pasa una muchacha que le resulta una cara conocida.

—Adiós.

La chica lo mira durante un segundo y sigue su camino. Es jovencita y muy mona. No va bien vestida. Debe de ser una sombrerera; las sombrereras tienen todas un aire casi distinguido; así como las buenas amas de cría son pasiegas y las buenas cocineras, vizcaínas, las buenas queridas, las que se pueden vestir bien y llevarlas a cualquier lado, suelen ser sombrereras.

Martín Marco tira lentamente por el bulevar abajo, camino de Santa Bárbara.

El camarero se para un instante en la acera, antes de empujar la puerta.

—¡Va sin un real!

Las gentes pasan apresuradas, bien envueltas en sus gabanes, huyendo del frío.

Martín Marco, el hombre que no ha pagado el café y que mira la ciudad como un niño enfermo y acosado, mete las manos en los bolsillos del pantalón.

Las luces de la plaza brillan con un resplandor hiriente, casi ofensivo.

Don Roberto González, levantando la cabeza del grueso libro de contabilidad, habla con el patrón.

—¿Le sería a usted igual darme tres duros a cuenta? Mañana es el cumpleaños de mi mujer.

El patrón es un hombre de buena sangre, un hombre honrado que hace sus

estraperlos, como cada hijo de vecino, pero que no tiene hiel en el cuerpo.

—Sí, hombre. A mí, ¿qué más me da?

—Muchas gracias, señor Ramón.

El panadero saca del bolsillo una gruesa cartera de piel de becerro y le da cinco duros a don Roberto.

—Estoy muy contento con usted, González; las cuentas de la tahona marchan muy bien. Con esos dos duros de más, les compra usted unas porquerías a los niños.

El señor Ramón se queda un momento callado. Se rasca la cabeza y baja la voz.

—No le diga nada a la Paulina.

—Descuide.

El señor Ramón se mira la puntera de las botas.

—No es por nada, ¿sabe? Yo sé que es usted un hombre discreto que no se va de la lengua, pero a lo mejor, por un casual, se le escapaba a usted algo y ya teníamos monserga para quince días. Aquí mando yo, como usted sabe, pero las mujeres ya las conoce usted...

—Descuide, y muchas gracias. No hablaré, por la cuenta que me trae.

Don Roberto baja la voz.

—Muchas gracias...

—No hay que darlas; lo que yo quiero es que usted trabaje a gusto.

A don Roberto, las palabras del panadero le llegan al alma. Si el panadero prodigase sus frases amables, don Roberto le llevaría las cuentas gratis.

El señor Ramón anda por los cincuenta o cincuenta y dos años y es un hombre fornido, bigotudo, colorado, un hombre sano, por fuera y por dentro, que lleva una vida honesta de viejo menestral, levantándose al alba, bebiendo vino tinto y tirando pellizcos en el lomo a las criadas de servir. Cuando llegó a Madrid, a principios de siglo, traía las botas al hombro para no estropearlas.

Su biografía es una biografía de cinco líneas. Llegó a la capital a los ocho o diez años, se colocó en una tahona y estuvo ahorrando hasta los veintiuno, que fue al servicio. Desde que llegó a la ciudad hasta que se fue quinto no gastó ni un céntimo, lo guardó todo. Comió pan y bebió agua, durmió debajo del mostrador y no conoció mujer. Cuando se fue a servir al rey dejó sus cuartos en la Caja Postal y, cuando lo licenciaron, retiró su dinero y se compró una panadería; en doce años había ahorrado veinticuatro mil reales, todo lo que ganó: algo más que una peseta diaria, unos tiempos con otros. En el servicio aprendió a leer, a escribir y a sumar, y perdió la inocencia. Abrió la tahona, se casó, tuvo doce hijos, compró un calendario y se sentó a ver pasar el tiempo. Los patriarcas antiguos debieron ser bastante parecidos al señor Ramón.

El camarero entra en el café. Se siente, de golpe, calor en la cara; dan ganas de toser, más bien bajo, como para arrancar esa flema que posó en la garganta el frío de la calle. Después parece hasta que se habla mejor. Al entrar notó que le dolían un poco

las sienes; notó también, o se lo figuró, que a doña Rosa le temblaba un destellito de lascivia en el bigote.

—Oye, ven acá.

El camarero se le acercó.

—¿Le has arreado?

—Sí, señorita.

—¿Cuántas?

—Dos.

—¿Dónde?

—Donde pude, en las piernas.

—¡Bien hecho! ¡Por mangante!

Al camarero le da un repelucó por el espinazo. Si fuese un hombre decidido, hubiera ahogado a la dueña; afortunadamente no lo es. La dueña se ríe por lo bajo con una risita cruel. Hay gentes a las que divierte ver pasar calamidades a los demás; para verlas bien de cerca se dedican a visitar los barrios miserables, a hacer regalos viejos a los moribundos, a los tísicos arrumbados en una manta astrosa, a los niños anémicos y panzudos que tienen los huesos blandos, a las niñas que son madres a los once años, a las golfas cuarentonas comidas de bubas: las golfas que parecen caciques indios con sarna. Doña Rosa no llega ni a esa categoría. Doña Rosa prefiere la emoción a domicilio, ese temblor...

Don Roberto sonrío satisfecho; al hombre ya le preocupaba que le cogiera el cumpleaños de su mujer sin un real en el bolsillo. ¡También hubiese sido fatalidad!

—Mañana le llevaré a la Filo unos bombones —piensa—. La Filo es como una criatura, es igual que un niño pequeño, que un niño de seis años... Con las diez pesetas les compraré alguna coseja a los chicos y me tomaré un vermú... Lo que más les gustará será una pelota... Con seis pesetas hay ya una pelota bastante buena...

Don Roberto había pensado despacio, incluso con regodeo. Su cabeza estaba llena de buenas intenciones y de puntos suspensivos.

Por el ventanillo de la tahona entraron, a través de los cristales y de las maderas, unas agrias, agudas, desabridas notas de flamenco callejero. Al principio no se hubiera sabido si quien cantaba era una mujer o un niño. A don Roberto le cogió el concierto rascándose los labios con el mango de la pluma.

En la acera de enfrente, un niño se desgañitaba a la puerta de una taberna:

Esgraciaíto aquel que come
el pan por manita ajena;
siempre mirando a la cara
si la ponen mala o buena.

De la taberna le tiran un par de perras y tres o cuatro aceitunas que el niño recoge del suelo, muy de prisa. El niño es vivaracho como un insecto, morenillo, canijo. Va descalzo y con el pecho al aire, y representa tener unos seis años. Canta solo,

animándose con sus propias palmas y moviendo el culito a compás.

Don Roberto cierra el tragaluz y se queda de pie en medio de la habitación. Estuvo pensando en llamar al niño y darle un real.

—No...

A don Roberto, al imponerse el buen sentido, le volvió el optimismo.

—Sí, unos bombones... La Filo es como una criatura, es igual que un...

Don Roberto, a pesar de tener cinco duros en el bolsillo, no tenía la conciencia tranquila del todo.

—También esto es gana de ver mal las cosas, ¿verdad, Roberto? —le decía desde dentro del pecho una vocecita tímida y saltarina.

—Bueno.

Martín Marco se para ante los escaparates de una tienda de lavabos que hay en la calle de Sagasta. La tienda luce como una joyería o como la peluquería de un gran hotel, y los lavabos parecen lavabos del otro mundo, lavabos del paraíso, con sus grifos relucientes, sus lozas tersas y sus nítidos, purísimos espejos. Hay lavabos blancos, lavabos verdes, rosa, amarillos, violeta, negros; lavabos de todos los colores. ¡También es ocurrencia! Hay baños que lucen hermosos como pulseras de brillantes, *bidets* con un cuadro de mandos como el de un automóvil, lujosos retretes de dos tapas y de ventrudas, elegantes cisternas bajas donde seguramente se puede apoyar el codo, se pueden incluso colocar algunos libros bien seleccionados, encuadernados con belleza: Hölderlin, Keats, Valéry, para los casos en que el estreñimiento precisa de compañía; Rubén, Mallarmé, sobre todo Mallarmé, para las descomposiciones de vientre. ¡Qué porquería!

Martín Marco sonríe, como perdonándose, y se aparta del escaparate.

—La vida —piensa— es esto. Con lo que unos se gastan para hacer sus necesidades a gusto, otros tendríamos para comer un año. ¡Está bueno! Las guerras deberían hacerse para que haya menos gentes que hagan sus necesidades a gusto y pueda comer el resto un poco mejor. Lo malo es que cualquiera sabe por qué, los intelectuales seguimos comiendo mal y haciendo nuestras cosas en los cafés. ¡Vaya por Dios!

A Martín Marco le preocupa el problema social. No tiene ideas muy claras sobre nada, pero le preocupa el problema social.

—Eso de que haya pobres y ricos —dice a veces— está mal; es mejor que seamos todos iguales, ni muy pobres ni muy ricos, todos un término medio. A la humanidad hay que reformarla. Debería nombrarse una comisión de sabios que se encargase de modificar la humanidad. Al principio se ocuparían de pequeñas cosas, enseñar el sistema métrico decimal a la gente, por ejemplo, y después, cuando se fuesen calentando, empezarían con las cosas más importantes y podrían hasta ordenar que se tirasen abajo las ciudades para hacerlas otra vez, todas iguales, con las calles bien rectas y calefacción en todas las casas. Resultaría un poco caro, pero en los bancos

tiene que haber cuartos de sobra.

Una bocanada de frío cae por la calle de Manuel Silvela y a Martín le asalta la duda de que va pensando tonterías.

—¡Caray con los lavabitos!

Al cruzar la calzada un ciclista lo tiene que apartar de un empujón.

—¡Pasmado, que parece que estás en libertad vigilada!

A Martín le subió la sangre a la cabeza.

—¡Oiga, oiga!

El ciclista volvió la cabeza y le dijo adiós con la mano.

Un hombre baja por Goya leyendo el periódico; cuando lo cogemos pasa por delante de una pequeña librería de lance que se llama «Alimente usted su espíritu». Una criadita se cruza con él.

—¡Adiós, señorito Paco!

El hombre vuelve la cabeza.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Adónde vas?

—Voy a casa, señorito; vengo de ver a mi hermana, la casada.

—Muy bien.

El hombre la mira a los ojos.

—Qué, ¿tienes novio ya? Una mujer como tú no puede estar sin novio...

La muchacha ríe a carcajadas.

—Bueno, me voy; llevo la mar de prisa.

—Pues, adiós, hija, y que no te pierdas. Oye, dile al señorito Martín, si le ves, que a las doce me pasaré por el bar de Narváez.

—Bueno.

La muchacha se va y Paco la sigue con la mirada hasta que se pierde entre la gente.

—Anda como una corza...

Paco, el señorito Paco, encuentra guapas a todas las mujeres, no se sabe si es un cachondo o un sentimental. La muchacha que acaba de saludarle, lo es, realmente, pero aunque no lo fuese hubiera sido lo mismo: para Paco, todas son *miss* España.

—Igual que una corza...

El hombre se vuelve y piensa, vagamente, en su madre, muerta hace ya años. Su madre llevaba una cinta de seda negra al cuello, para sujetar la papada, y tenía muy buen aire, en seguida se veía que era de una gran familia. El abuelo de Paco había sido general y marqués, y murió en un duelo de pistola en Burgos; lo mató un diputado progresista que se llamaba don Edmundo Páez Pacheco, hombre masón y de ideas disolventes.

A la muchachita le apuntaban sus cosas debajo del abrigo de algodón. Los zapatos los llevaba un poco deformados ya. Tenía los ojos claritos, verdicastaños y algo achinados. Vengo de casa de mi hermana la casada. Je, je... Su hermana la

casada, ¿te acuerdas, Paco?

Don Edmundo Páez Pacheco murió de unas viruelas, en Almería, el año del desastre.

La chica, mientras hablaba con Paco, le había sostenido la mirada.

Una mujer pide limosna con un niño en el brazo, envuelto en trapos, y una gitana gorda vende lotería. Algunas parejas de novios se aman en medio del frío, contra viento y marea, muy cogiditos del brazo, calentándose mano sobre mano.

Celestino, rodeado de cascos vacíos en la trastienda de su bar, habla solo. Celestino habla solo, algunas veces. De mozo su madre le decía:

—¿Qué?

—Nada, estaba hablando solo.

—¡Ay, hijo, por Dios, que te vas a volver loco!

La madre de Celestino no era tan señora como la de Paco.

—Pues no los doy, los rompo en pedazos, pero no los doy. O me pagan lo que valen o no se los llevan, no quiero que me tomen el pelo, no me da la gana, ¡a mí no me roba nadie! ¡Esta, esta es la explotación del comerciante! O se tiene voluntad o no se tiene. ¡Naturalmente! O se es hombre o no se es. ¡A robar a Sierra Morena!

Celestino se encaja la dentadura y escupe rabioso contra el suelo.

—¡Pues estaría bueno!

Martín Marco sigue caminando, lo de la bicicleta lo olvida pronto.

—Si esto de la miseria de los intelectuales se le hubiera ocurrido a Paco, ¡menuda! Pero no, Paco es un pelma, ya no se le ocurre nada. Desde que lo soltaron anda por ahí como un palomino sin hacer nada a derechas. Antes, aún componía de cuando en cuando algún verso, ¡pero lo que es ahora! Yo ya estoy harto de decírselo, ya no se lo digo más. ¡Allá él! Si piensa que haciendo el vago va a quedar, está listo.

El hombre siente un escalofrío y compra veinte de castañas —cuatro castañas— en la boca del metro que hay esquina a Hermanos Álvarez Quintero, esa boca abierta de par en par, como la del que está sentado en el sillón del dentista, y que parece hecha para que se cuelen por ella los automóviles y los camiones.

Se apoya en la barandilla a comer sus castañas y, a la luz de los faroles de gas, lee distraídamente la placa de la calle.

—Estos sí que han tenido suerte. Ahí están. Con una calle en el centro y una estatua en el Retiro. ¡Para que nos riamos!

Martín tiene ciertos imprecisos raptos de respeto y de conservadurismo.

—¡Qué cuernos! Algo habrán hecho cuando tienen tanta fama, pero, ¡sí, sí!, ¿quién es el flamenco que lo dice?

Por su cabeza vuelan, como palomitas de la polilla, las briznas de la conciencia que se le resisten.

—Sí; una etapa del teatro español, un ciclo que se propusieron cubrir y lo

lograron, un teatro fiel reflejo de las sanas costumbres andaluzas... Un poco caritativo me parece todo esto, bastante emparentado con los suburbios y la Fiesta de la Banderita. ¡Qué le vamos a hacer! Pero no hay quien los mueva, ¡ahí están! ¡No los mueve ni Dios!

A Martín le trastorna que no haya un rigor en la clasificación de los valores intelectuales, una ordenada lista de cerebros.

—Está todo igual, todo mangas por hombro.

Dos castañas estaban frías y dos ardiendo.

Pablo Alonso es un muchacho joven, con cierto aire deportivo de moderno hombre de negocios, que tiene desde hace quince días una querida que se llama Laurita.

Laurita es guapa. Es hija de una portera de la calle de Lagasca. Tiene diecinueve años. Antes no tenía nunca un duro para divertirse y mucho menos cincuenta duros para un bolso. Con su novio, que era cartero, no se iba a ninguna parte. Laurita ya estaba harta de coger frío en Rosales, se le estaban llenando los dedos y las orejas de sabañones. A su amiga Estrella le puso un piso en Menéndez Pelayo un señor que se dedica a traer aceite.

Pablo Alonso levanta la cabeza.

—Manhattan.

—No hay *whisky* americano, señor.

—Di en el mostrador que es para mí.

—Bien.

Pablo vuelve a coger la mano de la chica.

—Como te decía, Laurita. Es un gran muchacho, no puede ser más bueno de lo que es. Lo que pasa es que lo ves pobre y desastrado, a lo mejor con la camisa sucia de un mes y los pies fuera de los zapatos.

—¡Pobre chico! ¿Y no hace nada?

—Nada. Él anda con sus cosas a vueltas en la cabeza, pero, a fin de cuentas, no hace nada. Es una pena porque no tiene pelo de tonto.

—¿Y tiene donde dormir?

—Sí, en mi casa.

—¿En tu casa?

—Sí, mandé que le pusieran una cama en un cuarto ropero y allí se mete. Por lo menos, no le llueve encima y está caliente.

La chica, que ha conocido la miseria de cerca, mira a Pablo a los ojos. En el fondo está emocionadilla.

—¡Qué bueno eres, Pablo!

—No, bobita; es un amigo viejo, un amigo de antes de la guerra. Ahora está pasando una mala temporada, la verdad es que nunca lo pasó muy bien.

—¿Y es bachiller?

Pablo se ríe.

—Sí, hija, es bachiller. Anda, hablemos de otra cosa.

Laurita, para variar, volvió a la cantilena que empezara quince días atrás.

—¿Me quieres mucho?

—Mucho.

—¿Más que a nadie?

—Más que a nadie.

—¿Me querrás siempre?

—Siempre.

—¿No me dejarás nunca?

—Nunca.

—¿Aunque vaya tan sucia como tu amigo?

—No digas tonterías.

El camarero, al inclinarse para dejar el servicio sobre la mesa, sonrió.

—Quedaba un fondo en la botella, señor.

—¿Lo ves?

Al niño que cantaba flamenco le arreó una coza una golfa borracha. El único comentario fue un comentario puritano.

—¡Caray, con las horas de estar bebida! ¿Qué dejará para luego?

El niño no se cayó al suelo, se fue de narices contra la pared. Desde lejos dijo tres o cuatro verdades a la mujer, se palpó un poco la cara y siguió andando. A la puerta de otra taberna volvió a cantar:

Estando un maestro sastre
cortando unos pantalones,
pasó un chava gitano
que vendía camarones.
Óigame usted, señor sastre,
hágame los estrechitos
pa que cuando vaya a misa
me miren los señoritos.

El niño no tiene cara de persona, tiene cara de animal doméstico, de sucia bestia, de pervertida bestia de corral. Son muy pocos sus años para que el dolor haya marcado aún el navajazo del cinismo —o de la resignación— en su cara, y su cara tiene una bella e ingenua expresión estúpida, una expresión de no entender nada de lo que pasa. Todo lo que pasa es un milagro para el gitanito, que nació de milagro, que come de milagro, que vive de milagro y que tiene fuerzas para cantar de puro milagro.

Detrás de los días vienen las noches, detrás de las noches vienen los días. El año tiene cuatro estaciones: primavera, verano, otoño, invierno. Hay verdades que se sienten dentro del cuerpo, como el hambre o las ganas de orinar.

Las cuatro castañas se acabaron pronto y Martín, con el real que le quedaba, se fue hasta Goya.

—Nosotros vamos corriendo por debajo de todos los que están sentados en el retrete. Colón: muy bien; duques, notarios y algún carabinero de la Casa de la Moneda. ¡Qué ajenos están, leyendo el periódico o mirándose para los pliegues de la barriga! Serrano: señoritos y señoritas. Las señoritas no salen de noche. Este es un barrio donde vale todo hasta las diez. Ahora estarán cenando. Velázquez: más señoritas, da gusto. Este es un metro muy fino. ¿Vamos a la ópera? Bueno. ¿Has estado el domingo en los caballos? No. Goya: se acabó lo que se daba.

Martín, por el andén, se finge cojo; algunas veces lo hace.

—Puede que cene en casa de la Filo (¡sin empujar, señora, que no hay prisa!) y si no, pues mira, ¡de tal día en un año!

La Filo es su hermana, la mujer de don Roberto González —la bestia de González, como le llamaba su cuñado—, empleado de la diputación y republicano de Alcalá Zamora.

El matrimonio González vive al final de la calle de Ibiza, en un pisito de los de la ley Salmón, y lleva un apañado pasar, aunque bien sudado. Ella trabaja hasta caer rendida, con cinco niños pequeños y una criadita de dieciocho años para mirar por ellos, y él hace todas las horas extraordinarias que puede y donde se tercie; esta temporada tiene suerte y lleva los libros en una perfumería, donde va dos veces al mes para que le den cinco duros por las dos, y en una tahona de ciertos perendengues que hay en la calle de San Bernardo y donde le pagan treinta pesetas. Otras veces, cuando la suerte se le vuelve de espaldas y no encuentra un tajo para las horas de más, don Roberto se vuelve triste y ensimismado y le da el mal humor.

Los cuñados, por esas cosas que pasan, no se pueden ni ver. Martín dice de don Roberto que es un cerdo ansioso y don Roberto dice de Martín que es un cerdo huraño y sin compostura. ¡Cualquiera sabe quién tiene la razón! Lo único cierto es que la pobre Filo, entre la espada y la pared, se pasa la vida ingeniándose las para capear el temporal de la mejor manera posible.

Cuando el marido no está en casa le fríe un huevo o le calienta un poco de café con leche al hermano, y cuando no puede, porque don Roberto, con sus zapatillas y su chaqueta vieja, hubiera armado un escándalo espantoso llamándole vago y parásito, la Filo le guarda las sobras de la comida en una vieja lata de galletas que baja la muchacha hasta la calle.

—¿Es esto justo, Petrita?

—No, señorito, no lo es.

—¡Ay, hija! ¡Si no fuera porque tú me endulzas un poco esta bazofia!

Petrita se pone colorada.

—Ande, deme la lata, que hace frío.

—¡Hace frío para todos, desgraciada!

—Usted perdone...

Martín reacciona en seguida.

—No me hagas caso. ¿Sabes que estás ya hecha una mujer?

—Ande, cálese.

—¡Ay, hija, ya me callo! ¿Sabes lo que yo te daría, si tuviese menos conciencia?

—Calle.

—¡Un buen susto!

—¡Calle!

Aquel día tocó que el marido de Filo no estuviese en casa y Martín se comió su huevo y se bebió su taza de café.

—Pan no hay. Hasta tenemos que comprar un poco de estraperlo para los niños.

—Está bien así, gracias; Filo, eres muy buena, eres una verdadera santa.

—No seas bobo.

A Martín se le nubló la vista.

—Sí, una santa, pero una santa que se ha casado con un miserable. Tu marido es un miserable, Filo.

—Calla, bien honrado es.

—Allá tú. Después de todo, ya le has dado cinco becerros.

Hay unos momentos de silencio. Al otro lado de la casa se oye la vocecita de un niño que reza.

La Filo sonrío.

—Es Javierín. Oye, ¿tienes dinero?

—No.

—Coge esas dos pesetas.

—No. ¿Para qué? ¿Adónde voy yo con dos pesetas?

—También es verdad. Pero ya sabes, quien da lo que tiene...

—Ya sé.

—¿Te has encargado la ropa que te dije, Laurita?

—Sí, Pablo. El abrigo me queda muy bien, ya verás como te gusto.

Pablo Alonso sonrío con la sonrisa de buey benévolo del hombre que tiene las mujeres no por la cara, sino por la cartera.

—No lo dudo... En esta época, Laurita, tienes que abrigarte; las mujeres podéis ir elegantes y, al mismo tiempo, abrigadas.

—Claro.

—No está reñido. A mí me parece que vais demasiado desnudas. ¡Mira que si te fueras a poner mala ahora!

—No, Pablo, ahora no. Ahora me tengo que cuidar mucho para que podamos ser muy felices...

Pablo se deja querer.

—Quisiera ser la chica más guapa de Madrid para gustarte siempre... ¡Tengo unos celos!

La castañera habla con una señorita. La señorita tiene las mejillas ajadas y los

párpados enrojecidos, como de tenerlos enfermos.

—¡Qué frío hace!

—Sí, hace una noche de perros. El mejor día me quedo pasmadita igual que un gorrión.

La señorita guarda en el bolso una peseta de castañas, la cena.

—Hasta mañana, señora Leocadia.

—Adiós, señorita Elvira, descansar.

La mujer se va por la acera, camino de la plaza de Alonso Martínez. En una ventana del café que hace esquina al bulevar, dos hombres hablan. Son dos hombres jóvenes, uno de veintitantos y otro de treinta y tantos años; el más viejo tiene aspecto de jurado en un concurso literario; el más joven tiene aire de ser novelista. Se nota en seguida que lo que están hablando es algo muy parecido a lo siguiente:

—La novela la he presentado bajo el lema Teresa de Cepeda y en ella abordo algunas facetas inéditas de ese eterno problema que...

—Bien, bien. ¿Me da un poco de agua, por favor?

—Sin favor. La he repasado varias veces y creo poder decir con orgullo que en toda ella no hay una sola cacofonía.

—Muy interesante.

—Eso creo. Ignoro la calidad de las obras presentadas por mis compañeros. En todo caso, confío en que el buen sentido y la rectitud...

—Descuide; hacemos todo con una seriedad ejemplar.

—No lo dudo. Ser derrotado nada importa si la obra premiada tiene una calidad indudable; lo que descorazona...

La señorita Elvira, al pasar, sonrió: la costumbre.

Entre los hermanos hay otro silencio.

—¿Llevas camiseta?

—Pues claro que llevo camiseta. ¡Cualquiera anda por la calle sin camiseta!

—¿Una camiseta marcada P. A.?

—Una camiseta marcada como me da la gana.

—Perdona.

Martín acabó de liar un pitillo con tabaco de don Roberto.

—Estás perdonada, Filo. No hables de tanta ternera. Me revienta la compasión.

La Filo se creció de repente.

—¿Ya estás tú?

—No. Oye, ¿no ha venido Paco por aquí? Tenía que haberme traído un paquete.

—No, no ha venido. Lo vio la Petrita en la calle de Goya y le dijo que a las once te esperaba en el bar de Narváez.

—¿Qué hora es?

—No sé; deben de ser ya más de las diez.

—¿Y Roberto?

—Tardará aún. Hoy le tocaba ir a la panadería y no vendrá hasta pasadas las diez y media.

Sobre los dos hermanos se cuelgan unos instantes de silencio, insospechadamente llenos de suavidad. La Filo pone la voz cariñosa y mira a los ojos a Martín.

—¿Te acuerdas que mañana cumpla treinta y cuatro años?

—¡Es verdad!

—¿No te acordabas?

—No, para qué te voy a mentir. Has hecho bien en decírmelo, quiero hacerte un regalo.

—No seas tonto, ¡pues sí que estás tú para regalos!

—Una cosita pequeña, algo que te sirva de recuerdo.

La mujer pone las manos sobre las rodillas del hombre.

—Lo que yo quiero es que me hagas un verso, como hace años. ¿Te acuerdas?

—Sí...

La Filo posa su mirada, tristemente, sobre la mesa.

—El año pasado no me felicistais ni tú ni Roberto, os olvidasteis los dos.

Filo pone la voz mimosa: una buena actriz la hubiera puesto opaca.

—Estuve toda la noche llorando...

Martín la besa.

—No seas boba, parece que vas a cumplir catorce años.

—¿Qué vieja soy ya, verdad? Mira cómo tengo la cara de arrugas. Ahora, esperar que los hijos crezcan, seguir envejeciendo y después morir. Como mamá, la pobre.

Don Roberto, en la panadería, seca con cuidado el asiento de la última partida de su libro. Después lo cierra y rompe unos papeles con los borradores de las cuentas.

En la calle se oye lo de los pantalones estrechitos y lo de los señoritos de la misa.

—Adiós, señor Ramón, hasta el próximo día.

—A seguir bien, González, hasta más ver. Que cumpla muchos la señora y todos con salud.

—Gracias, señor Ramón, y usted que lo vea.

Por los solares de la plaza de toros, dos hombres van de retirada.

—Estoy helado. Hace un frío como para destetar hijos de puta.

—Ya, ya.

Los hermanos hablan en la diminuta cocina. Sobre la apagada chapa del carbón, arde un hornillo de gas.

—Aquí no sube nada a estas horas, abajo hay un hornillo ladrón.

En el gas cuece un puchero no muy grande. Encima de la mesa, media docena de chicharros espera la hora de la sartén.

—A Roberto le gustan mucho los chicharros fritos.

—Pues también es un gusto...

—Déjalo, ¿a ti qué daño te hace? Martín, hijo, ¿por qué le tienes esa manía?

—¡Por mí! Yo no le tengo manía, es él quien me la tiene a mí. Yo lo noto y me defiendo. Yo sé que somos de dos maneras distintas.

Martín toma un ligero aire retórico, parece un profesor.

—A él le es todo igual y piensa que lo mejor es ir tirando como se pueda. A mí, no; a mí no me es todo igual ni mucho menos. Yo sé que hay cosas buenas y cosas malas, cosas que se deben hacer y cosas que se deben evitar.

—¡Anda, no eches discursos!

—Verdaderamente. ¡Así me va!

La luz tiembla un instante en la bombilla, hace una finta, y se marcha. La tímida, azulencita llama del gas lame, pausadamente, los bordes del puchero.

—¡Pues sí!

—Pasa algunas noches, ahora hay una luz muy mala.

—Ahora tenía que haber la misma luz de siempre. ¡La compañía, que querrá subirla! Hasta que suban la luz no la darán buena, ya verás. ¿Cuánto pagas ahora de luz?

—Catorce o dieciséis pesetas, según.

—Después pagarás veinte o veinticinco.

—¡Qué le vamos a hacer!

—¿Así queréis que se arreglen las cosas? ¡Vais buenos!

La Filo se calla y Martín entrevé en su cabeza una de esas soluciones que nunca cuajan. A la incierta lucecilla del gas, Martín tiene un impreciso y vago aire de zahorí.

A Celestino le coge el apagón en la trastienda.

—¡Pues la hemos liado! Esos desalmados son capaces de desvalijarme.

Los desalmados son los clientes.

Celestino trata de salir a tientas y tira un cajón de gaseosas. Las botellas hacen un ruido infernal al chocar contra los baldosines.

—¡Me cago hasta en la luz eléctrica!

Suena una voz desde la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—¡Nada! ¡Rompiendo lo que es mío!

Doña Visitación piensa que una de las formas más eficaces para alcanzar el mejoramiento de la clase obrera, es que las señoras de la Junta de Damas organicen concursos de pinacle.

—Los obreros —piensa— también tienen que comer, aunque muchos son tan rojos que no se merecerían tanto desvelo.

Doña Visitación es bondadosa y no cree que a los obreros se les deba matar de hambre, poco a poco.

Al poco tiempo, la luz vuelve, enrojeciendo primero el filamento, que durante unos segundos parece hecho como de venitas de sangre, y un resplandor intenso se extiende, de repente, por la cocina. La luz es más fuerte y más blanca que nunca y los paquetillos, las tazas, los platos que hay sobre el vasar, se ven con mayor precisión, como si hubieran engordado, como si estuvieran recién hechos.

—Está todo muy bonito, Filo.

—Limpio...

—¡Ya lo creo!

Martín pasea su vista con curiosidad por la cocina, como si no la conociera. Después se levanta y coge su sombrero. La colilla la apagó en la pila de fregar y la tiró después, con mucho cuidado, en la lata de la basura.

—Bueno, Filo; muchas gracias, me voy ya.

—Adiós, hijo, de nada; yo bien quisiera darte algo más... Ese huevo lo tenía para mí, me dijo el médico que tomara dos huevos al día.

—¡Vaya!

—Déjalo, no te preocupes. A ti te hace tanta falta como a mí.

—Verdaderamente.

—Qué tiempos, ¿verdad, Martín?

—Sí, Filo, ¡qué tiempos! Pero ya se arreglarán las cosas, tarde o temprano.

—¿Tú crees?

—No lo dudes. Es algo fatal, algo incontenible, algo que tiene la fuerza de las mareas.

Martín va hacia la puerta y cambia de voz.

—En fin... ¿Y Petrita?

—¿Ya estás?

—No, mujer, era para decirle adiós.

—Déjala. Está con los dos peques, que tienen miedo; no los deja hasta que se duermen.

La Filo sonrío, para añadir:

—Yo, a veces, también tengo miedo, me imagino que me voy a quedar muerta de repente...

Al bajar la escalera, Martín se cruza con su cuñado que sube en el ascensor. Don Roberto va leyendo el periódico. A Martín le dan ganas de abrirle una puerta y dejarlo entre dos pisos.

Laurita y Pablo están sentados frente a frente; entre los dos hay un florero esbelto con tres rosas pequeñas dentro.

—¿Te gusta el sitio?

—Mucho.

El camarero se acerca. Es un camarero joven, bien vestido, con el negro pelo

rizado y el ademán apuesto. Laurita procura no mirarle; Laurita tiene un directo, un inmediato concepto del amor y de la fidelidad.

—La señorita, consomé; lenguado al horno y pechuga *villeroy*. Yo voy a tomar consomé y lubina hervida, con aceite y vinagre.

—¿No vas a comer más?

—No, nena, no tengo ganas.

Pablo se vuelve al camarero.

—Media de sauternes y otra media de borgoña. Está bien.

Laurita, por debajo de la mesa, acaricia una rodilla de Pablo.

—¿Estás malo?

—No, malo, no; he estado toda la tarde a vueltas con la comida, pero ya me pasó. Lo que no quiero es que repita.

La pareja se miró a los ojos y, con los codos apoyados sobre la mesa, se cogieron las dos manos apartando un poco el florerito.

En un rincón, una pareja que ya no se coge las manos, mira sin demasiado disimulo.

—¿Quién es esa conquista de Pablo?

—No sé, parece una criada, ¿te gusta?

—Psche, no está mal...

—Pues vete con ella, si te gusta, no creo que te sea demasiado difícil.

—¿Ya estás?

—Quien ya está eres tú. Anda, rico, déjame tranquila que no tengo ganas de bronca; esta temporada estoy muy poco folklórica.

El hombre enciende un pitillo.

—Mira, Mari Tere, ¿sabes lo que te digo?, que así no vamos a ningún lado.

—¡Muy flamenco estás tú! Déjame si quieres, ¿no es eso lo que buscas? Todavía tengo quien me mire a la cara.

—Habla más bajo, no tenemos por qué dar tres cuartos al pregonero.

La señorita Elvira deja la novela sobre la mesa de noche y apaga la luz. *Los misterios de París* se quedan a oscuras al lado de un vaso mediado de agua, de unas medias usadas y de una barra de *rouge* ya en las últimas.

Antes de dormirse, la señorita Elvira siempre piensa un poco.

—Puede que tenga razón doña Rosa. Quizá sea mejor volver con el viejo, así no puedo seguir. Es un baboso, pero, ¡después de todo! Yo ya no tengo mucho donde escoger.

La señorita Elvira se conforma con poco, pero ese poco casi nunca lo consigue. Tardó mucho tiempo en enterarse de cosas que, cuando las aprendió, le cogieron ya con los ojos llenos de patas de gallo y los dientes picados y ennegrecidos. Ahora se conforma con no ir al hospital, con poder seguir en su miserable fonducha; a lo mejor, dentro de unos años, su sueño dorado es una cama en el hospital, al lado del

radiador de la calefacción.

El gitanito, a la luz de un farol, cuenta un montón de calderilla. El día no se le dio mal: ha reunido, cantando desde la una de la tarde hasta las once de la noche, un duro y sesenta céntimos. Por el duro de calderilla le dan cinco cincuenta en cualquier bar; los bares andan siempre mal de cambios.

El gitanito cena, siempre que puede, en una taberna que hay por detrás de la calle de Preciados, bajando por la costanilla de los Ángeles; un plato de alubias, pan y un plátano le cuestan tres veinte.

El gitanito se sienta, llama al mozo, le da las tres veinte y espera a que le sirvan.

Después de cenar sigue cantando, hasta las dos, por la calle de Echegaray, y después procura coger el tope del último tranvía. El gitanito, creo que ya lo dijimos, debe andar por los seis años.

Al final de Narváez está el bar donde, como casi todas las noches, Paco se encuentra con Martín. Es un bar pequeño, que hay a la derecha, conforme se sube, cerca del garaje de la Policía armada. El dueño, que se llama Celestino Ortiz, había sido comandante con Cipriano Mera durante la guerra, y es un hombre más bien alto, delgado, cejijunto y con algunas marcas de viruela; en la mano derecha lleva una gruesa sortija de hierro, con un esmalte en colores que representa a León Tolstoi y que se había mandado hacer en la calle de la Colegiata, y usa dentadura postiza que, cuando le molesta mucho, deja sobre el mostrador. Celestino Ortiz guarda cuidadosamente, desde hace muchos años ya, un sucio y desbaratado ejemplar de la *Aurora* de Nietzsche, que es su libro de cabecera, su catecismo. Lo lee a cada paso y en él encuentra siempre solución a los problemas de su espíritu.

—*Aurora* —dice—. *Meditación sobre los prejuicios morales*. ¡Qué hermoso título!

La portada lleva un óvalo con la foto del autor, su nombre, el título, el precio —cuatro reales— y el pie editorial: F. Sempere y Compañía, editores, calle del Palomar, 10, Valencia; Olmo, 4 (sucursal), Madrid. La traducción es de Pedro González Blanco. En la portada de dentro aparece la marca de los editores: un busto de señorita con gorro frigio y rodeado, por abajo, de una corona de laurel y, por arriba, de un lema que dice: «Arte y Libertad».

Hay párrafos enteros que Celestino se los sabe de memoria. Cuando entran en el bar los guardias del garaje, Celestino Ortiz esconde el libro debajo del mostrador, sobre el cajón de los botellines de vermú.

—Son hijos del pueblo como yo —se dice—, ¡pero por si acaso!

Celestino piensa, con los curas de pueblo, que Nietzsche es realmente algo muy peligroso.

Lo que suele hacer, cuando se enfrenta con los guardias, es recitarles parrafitos, como en broma, sin decirles nunca de dónde los ha sacado.

—«La compasión viene a ser el antídoto del suicidio, por ser un sentimiento que proporciona placer y que nos suministra, en pequeñas dosis, el goce de la superioridad».

Los guardias se ríen.

—Oye, Celestino, ¿tú no has sido nunca cura?

—¡Nunca! «La dicha —continúa—, sea lo que fuere, nos da aire, luz y libertad de movimientos».

Los guardias ríen a carcajadas.

—Y agua corriente.

—Y calefacción central.

Celestino se indigna y les escupe con desprecio:

—¡Sois unos pobres incultos!

Entre todos los que vienen hay un guardia, gallego y reservón, con el que Celestino hace muy buenas migas. Se tratan siempre de usted.

—Diga usted, patrón, ¿y eso lo dice siempre igual?

—Siempre, García, y no me equivoco ni una sola vez.

—¡Pues ya es mérito!

La señora Leocadia, arrebujaada en su toquilla, saca una mano.

—Tome, van ocho y bien gordas.

—Adiós.

—¿Tiene usted hora, señorito?

El señorito se desabrocha y mira la hora en su grueso reloj de plata.

—Sí, van a dar las once.

A las once viene a buscarla su hijo, que quedó cojo en la guerra y está de listero en las obras de los Nuevos Ministerios. El hijo, que es muy bueno, le ayuda a recoger los bártulos y después se van, muy cogiditos del brazo, a dormir. La pareja sube por Covarrubias y tuerce por Nicasio Gallego. Si queda alguna castaña se la comen; si no, se meten en cualquier chigre y se toman un café con leche bien caliente. La lata de las brasas la coloca la vieja al lado de su cama, siempre hay algún rescoldo que dura, encendido, hasta la mañana.

Martín Marco entra en el bar cuando salen los guardias. Celestino se le acerca.

—Paco no ha venido aún. Estuvo aquí esta tarde y me dijo que lo esperara usted.

Martín Marco adopta un displicente aire de gran señor.

—Bueno.

—¿Va a ser?

—Solo.

Ortiz trajina un poco con la cafetera, prepara la sacarina, el vaso, el plato y la cucharilla, y sale del mostrador. Coloca todo sobre la mesa, y habla. Se le nota en los ojos, que le brillan un poco, que ha hecho un gran esfuerzo para arrancar.

—¿Ha cobrado usted?

Martín lo mira como si mirase a un ser muy extraño.

—No, no he cobrado. Ya le dije a usted que cobro los días cinco y veinte de cada mes.

Celestino se rasca el cuello.

—Es que...

—¡Qué!

—Pues que con este servicio ya tiene usted veintidós pesetas.

—¿Veintidós pesetas? Ya se las daré. Creo que le he pagado a usted siempre, en cuanto he tenido dinero.

—Ya sé.

—¿Entonces?

Martín arruga un poco la frente y ahueca la voz.

—Parece mentira que usted y yo andemos a vueltas siempre con lo mismo, como si no tuviéramos tantas cosas que nos unan.

—¡Verdaderamente! En fin, perdone, no he querido molestarle, es que, ¿sabe usted?, hoy han venido a cobrar la contribución.

Martín levanta la cabeza con un profundo gesto de orgullo y de desprecio, y clava sus ojos sobre un grano que tiene Celestino en la barbilla.

Martín da dulzura a su voz, solo un instante.

—¿Qué tiene usted ahí?

Celestino se desconcierta.

—Nada, un grano.

Martín vuelve a fruncir el entrecejo y a hacer dura y reticente la voz.

—¿Quiere usted culparme a mí de que haya contribuciones?

—¡Hombre, yo no decía eso!

—Decía usted algo muy parecido, amigo mío. ¿No hemos hablado ya suficientemente de los problemas de la distribución económica y del régimen contributivo?

Celestino se acuerda de su maestro y se engalla.

—Pero con sermones yo no pago el impuesto.

—¿Y eso le preocupa, grandísimo fariseo?

Martín lo mira fijamente, en los labios una sonrisa mitad de asco, mitad de compasión.

—¿Y usted lee a Nietzsche? Bien poco se le ha pegado. ¡Usted es un mísero pequeño burgués!

—¡Marco!

Martín ruge como un león.

—¡Sí, grite usted, llame a sus amigos los guardias!

—¡Los guardias no son amigos míos!

—¡Pégume si quiere, no me importa! No tengo dinero, ¿se entera? ¡No tengo

dinero! ¡No es ninguna deshonra!

Martín se levanta y sale a la calle con paso de triunfador. Desde la puerta se vuelve.

—Y no llore usted, honrado comerciante. Cuando tenga esos cuatro duros y pico, se los traeré para que pague la contribución y se quede tranquilo. ¡Allá usted con su conciencia! Y ese café me lo apunta y se lo guarda donde le quepa, ¡no lo quiero!

Celestino se queda perplejo, sin saber qué hacer. Piensa romperle un sifón en la cabeza, por fresco, pero se acuerda: entregarse a la ira ciega es señal de que se está cerca de la animalidad. Quitó su libro de encima de los botellines y lo guarda en el cajón. Hay días en que se le vuelve a uno el santo de espaldas, en que hasta Nietzsche parece como pasarse a la acera contraria.

Pablo había pedido un taxi.

—Es temprano para ir a ningún lado. Si te parece nos meteremos en cualquier cine, a hacer tiempo.

—Como tú quieras, Pablo, el caso es que podamos estar muy juntitos.

El botones llegó. Después de la guerra casi ningún botones lleva gorra.

—El taxi, señor.

—Gracias. ¿Nos vamos, nena?

Pablo ayudó a Laurita a ponerse el abrigo. Ya en el coche, Laurita le advirtió:

—¡Qué ladrones! Fíjate cuando pasemos por un farol: va ya marcando seis pesetas.

Martín, al llegar a la esquina de O'Donnell, se tropieza con Paco.

En el momento en que oye ¡hola!, va pensando:

—Sí, tenía razón Byron: si tengo un hijo haré de él algo prosaico: abogado o pirata.

Paco le pone una mano sobre el hombro.

—Estás sofocado. ¿Por qué no me esperaste?

Martín parece un sonámbulo, un delirante.

—¡Por poco lo mato! ¡Es un puerco!

—¿Quién?

—El del bar.

—¿El del bar? ¡Pobre desgraciado! ¿Qué te hizo?

—Recordarme los cuartos. ¡Él sabe de sobra que, en cuanto tengo, pago!

—Pero, hombre, ¡le harían falta!

—Sí, para pagar la contribución. Son todos iguales.

Martín miró para el suelo y bajó la voz.

—Hoy me echaron a patadas de otro café.

—¿Te pegaron?

—No, no me pegaron, pero la intención era bien clara. ¡Estoy ya muy harto,

Paco!

—Anda, no te excites, no merece la pena. ¿Adónde vas?

—A dormir.

—Es lo mejor. ¿Quieres que nos veamos mañana?

—Como tú quieras. Déjame recado en casa de Filo, yo me pasaré por allí.

—Bueno.

—Toma el libro que querías. ¿Me has traído las cuartillas?

—No, no pude. Mañana veré si las puedo coger.

La señorita Elvira da vueltas en la cama, está desazonada; cualquiera diría que se había echado al papo una cena tremenda. Se acuerda de su niñez y de la picota de Villalón; es un recuerdo que la asalta a veces. Para desecharlo, la señorita Elvira se pone a rezar el credo hasta que se duerme; hay noches —en las que el recuerdo es más pertinaz— que llega a rezar hasta ciento cincuenta o doscientos credos seguidos.

Martín pasa las noches en casa de su amigo Pablo Alonso, en una cama turca puesta en el ropero. Tiene una llave del piso y no ha de cumplir, a cambio de la hospitalidad, sino tres cláusulas: no pedir jamás una peseta, no meter a nadie en la habitación y marcharse a las nueve y media de la mañana para no volver hasta pasadas las once de la noche. El caso de enfermedad no estaba previsto.

Por las mañanas, al salir de casa de Alonso, Martín se mete en Comunicaciones o en el Banco de España, donde se está caliente y se pueden escribir versos por detrás de los impresos de los telegramas y de las imposiciones de las cuentas corrientes.

Cuando Alonso le da alguna chaqueta, que deja casi nuevas, Martín Marco se atreve a asomar los hocicos, después de la hora de la comida, por el *hall* del Palace. No siente gran atracción por el lujo, esa es la verdad, pero procura conocer todos los ambientes.

—Siempre son experiencias —piensa.

Don Leoncio Maestre se sentó en su baúl y encendió un pitillo. Era feliz como nunca y por dentro cantaba *La donna è mobile*, en un arreglo especial. Don Leoncio Maestre, en su juventud, se había llevado la flor natural en unos juegos florales que se celebraron en la isla de Menorca, su patria chica.

La letra de la canción que cantaba don Leoncio era, como es natural, en loa y homenaje de la señorita Elvira. Lo que le preocupaba era que, indefectiblemente, el primer verso tenía que llevar los acentos fuera de su sitio. Había tres soluciones:

1. ¡Oh, bella Elvírita!
2. ¡Oh, bellá Elvírita!
3. ¡Oh, bellá Elvirííta!

Ninguna era buena, esa es la verdad, pero sin duda la mejor era la primera; por lo menos llevaba los acentos en el mismo sitio que *La donna è mobile*.

Don Leoncio, con los ojos entornados, no dejaba ni un instante de pensar en la señorita Elvira.

—¡Pobrecita mía! Tenía ganas de fumar. Yo creo, Leoncio, que has quedado como las propias rosas regalándole la cajetilla...

Don Leoncio estaba tan embebido en su amoroso recuerdo que no notaba el frío de la lata de su baúl debajo de sus posaderas.

El señor Suárez dejó el taxi a la puerta. Su cojera era ya jacarandosa. Se sujetó los lentes de pinza y se metió en el ascensor. El señor Suárez vivía con su madre, ya vieja, y se llevaban tan bien que, por las noches, antes de irse a la cama, la señora iba a taparlo y a darle su bendición.

—¿Estás bien, hijito?

—Muy bien, mami querida.

—Pues hasta mañana, si Dios quiere. Tápate, no te vayas a enfriar. Que descanses.

—Gracias, mamita, igualmente; dame un beso.

—Tómalo, hijo; no te olvides de rezar tus oraciones.

—No, mami. Adiós.

El señor Suárez tiene unos cincuenta años; su madre, veinte o veintidós más.

El señor Suárez llegó al tercero, letra C, sacó su llavín y abrió la puerta. Pensaba cambiarse la corbata, peinarse bien, echarse un poco de colonia, inventar una disculpa caritativa y marcharse a toda prisa, otra vez en el taxi.

—¡Mami!

La voz del señor Suárez al llamar a su madre desde la puerta, cada vez que entraba en casa, era una voz que imitaba un poco la de los alpinistas del Tirol que salen en las películas.

—¡Mami!

Desde el cuarto de delante, que tenía la luz encendida, nadie contestó.

—¡Mami! ¡Mami!

El señor Suárez empezó a ponerse nervioso.

—¡Mami! ¡Mami! ¡Ay, santo Dios! ¡Ay, que yo no entro! ¡Mami!

El señor Suárez, empujado por una fuerza un poco rara, tiró por el pasillo. Esa fuerza un poco rara era, probablemente, curiosidad.

—¡Mami!

Ya casi con la mano en el picaporte, el señor Suárez dio marcha atrás y salió huyendo. Desde la puerta volvió a repetir:

—¡Mami! ¡Mami!

Después notó que el corazón le palpitaba muy de prisa y bajó las escaleras, de dos en dos.

—Lléveme a la carrera de San Jerónimo, enfrente del Congreso.

El taxi lo llevó a la carrera de San Jerónimo, enfrente del Congreso.

Mauricio Segovia, cuando se aburrió de ver y de oír cómo doña Rosa insultaba a sus camareros, se levantó y se marchó del café.

—Yo no sé quién será más miserable, si esa foca sucia y enlutada o toda esta caterva de gaznápiros. ¡Si un día le dieran entre todos una buena tunda!

Mauricio Segovia es bondadoso, como todos los pelirrojos, y no puede aguantar las injusticias. Si él preconiza que lo mejor que podían hacer los camareros era darle una somanta a doña Rosa, es porque ha visto que doña Rosa los trataba mal; así, al menos, quedarían empatados —uno a uno— y se podría empezar a contar de nuevo.

—Todo es cuestión de cuajos: los hay que lo deben tener grande y blanducho, como una babosa, y los hay también que lo tienen pequeñito y duro, como una piedra de mechero.

Don Ibrahim de Ostolaza y Bofarull se encaró con el espejo, levantó la cabeza, se acarició la barba y exclamó:

—Señores académicos: no quisiera distraer vuestra atención más tiempo, etc., etc. (Sí, esto sale bordado... La cabeza en arrogante ademán... Hay que tener cuidado con los puños, a veces asoman demasiado, parece como si fueran a salir volando).

Don Ibrahim encendió la pipa y se puso a pasear por la habitación, para arriba y para abajo. Con una mano sobre el respaldo de la silla y con la otra con la pipa en alto, como el rollito que suelen tener los señores de las estatuas, continuó:

—¿Cómo admitir, como quiere el señor Clemente de Diego, que la usucapión sea el modo de adquirir derechos por el ejercicio de los mismos? Salta a la vista la escasa consistencia del argumento, señores académicos. Perdóneseme la insistencia y permítaseme que vuelva, una vez más, a mi ya vieja invocación a la lógica; nada, sin ella, es posible en el mundo de las ideas. (Aquí, seguramente, habrá murmullos de aprobación). ¿No es evidente, ilustre senado, que para usar algo hay que poseerlo? En vuestros ojos adivino que pensáis que sí. (A lo mejor, uno del público dice en voz baja: evidente, evidente). Luego si para usar algo hay que poseerlo, podremos, volviendo la oración por pasiva, asegurar que nada puede ser usado sin una previa posesión.

Don Ibrahim adelantó un pie hacia las candilejas y acarició, con un gesto elegante, las solapas de su batín. Bien: de su frac. Después sonrió.

—Pues bien, señores académicos: así como para usar algo hay que poseerlo, para poseer algo hay que adquirirlo. Nada importa a título de qué; yo he dicho, tan solo, que hay que adquirirlo, ya que nada, absolutamente nada, puede ser poseído sin una previa adquisición. (Quizás me interrumpen los aplausos. Conviene estar preparado).

La voz de don Ibrahim sonaba solemne como la de un fagot. Al otro lado del tabique de panderete, un marido, de vuelta de su trabajo, preguntaba a su mujer:

—¿Ha hecho su caquita la nena?

Don Ibrahim sintió algo de frío y se arregló un poco la bufanda. En el espejo se veía un lacito negro, el que se lleva en el frac por las tardes.

Don Mario de la Vega, el impresor del puro, se había ido a cenar con el bachiller del plan del 3.

—Mire, ¿sabe lo que le digo? Pues que no vaya mañana a verme; mañana vaya a trabajar. A mí me gusta hacer las cosas así, sobre la marcha.

El otro, al principio, se quedó un poco perplejo. Le hubiera gustado decir que quizás fuera mejor ir al cabo de un par de días, para tener tiempo de dejar en orden algunas cosillas, pero pensó que estaba expuesto a que le dijeran que no.

—Pues nada, muchas gracias, procuraré hacerlo lo mejor que sepa.

—Eso saldrá usted ganando.

Don Mario de la Vega sonrió.

—Pues trato hecho. Y ahora, para empezar con buen pie, le invito a usted a cenar. Al bachiller se le nubló la vista.

—Hombre...

El impresor le salió al paso.

—Vamos, se entiende que si no tiene usted ningún compromiso, yo no quisiera ser inoportuno.

—No, no, descuide usted, no es usted inoportuno, todo lo contrario. Yo no tengo ningún compromiso.

El bachiller se armó de valor y añadió:

—Esta noche no tengo ningún compromiso, estoy a su disposición.

Ya en la taberna, don Mario se puso un poco pesado y le explicó que a él le gustaba tratar bien a sus subordinados, que sus subordinados estuvieran a gusto, que sus subordinados prosperasen, que sus subordinados viesan en él a un padre, y que sus subordinados llegasen a cogerle cariño a la imprenta.

—Sin una colaboración entre el jefe y los subordinados, no hay manera de que el negocio prospere. Y si el negocio prospera, mejor para todos: para el amo y para los subordinados. Espere un instante, que voy a telefonear, tengo que dar un recado.

El bachiller, tras la perorata de su nuevo patrón, se dio cuenta perfectamente de que su papel era el de subordinado. Por si no lo había entendido del todo, don Mario, a media comida, le soltó:

—Usted entrará cobrando dieciséis pesetas; pero de contrato de trabajo, ni hablar. ¿Entendido?

—Sí, señor; entendido.

El señor Suárez se apeó de su taxi enfrente del Congreso y se metió por la calle del Prado, en busca del café donde lo esperaban. El señor Suárez, para que no se le notase demasiado que llevaba la boquita hecha agua, había optado por no llegar con el taxi hasta la puerta del café.

—¡Ay, chico! Estoy pasado. En mi casa debe suceder algo horrible, mi mamita no contesta.

La voz del señor Suárez, al entrar en el café, se hizo aún más casquivana que de

costumbre, era ya casi una voz de golfa de bar de camareras.

—¡Déjala y no te apures! Se habrá dormido.

—¡Ay! ¿Tú crees?

—Lo más seguro. Las viejas se quedan dormidas en seguida.

Su amigo era un barbián con aire achulado, corbata verde, zapatos color corinto y calcetines a rayas. Se llama José Giménez Figueras y aunque tiene un aspecto sobrecogedor, con su barba dura y su mirar de moro, le llaman, por mal nombre, Pepito el Astilla.

El señor Suárez sonrió, casi con rubor.

—¡Qué guapetón estás, Pepe!

—¡Cállate, bestia, que te van a oír!

—¡Ay, bestia, tú siempre tan cariñoso!

El señor Suárez hizo un mohín. Después se quedó pensativo.

—¿Qué le habrá pasado a mi mamita?

—¿Te quieres callar?

El señor Giménez Figueras, alias el Astilla, le retorció una muñeca al señor Suárez, alias la Fotógrafa.

—Oye, chata, ¿hemos venido para ser felices o para que me coloques el rollo de tu mamá querida?

—¡Ay, Pepe, tienes razón, no me riñas! ¡Es que estoy que no me llega la camisa al cuerpo!

Don Leoncio Maestre tomó dos decisiones fundamentales. Primero: es evidente que la señorita Elvira no es una cualquiera, se le ve en la cara. La señorita Elvira es una chica fina, de buena familia, que ha tenido algún disgusto con los suyos, se ha largado y ha hecho bien, ¡qué caramba! ¡A ver si va a haber derecho, como se creen muchos padres, a tener a los hijos toda la vida debajo de la bota! La señorita Elvira, seguramente, se fue de su casa porque su familia llevaba ya muchos años dedicada a hacerle la vida imposible. ¡Pobre muchacha! ¡En fin! Cada vida es un misterio, pero la cara sigue siendo el espejo del alma.

—¿En qué cabeza cabe pensar que Elvira pueda ser una furcia? Hombre, ¡por amor de Dios!

Don Leoncio Maestre estaba un poco incomodado consigo mismo.

La segunda decisión de don Leoncio fue la de acercarse de nuevo, después de cenar, al café de doña Rosa, a ver si la señorita Elvira había vuelto por allí.

—¡Quién sabe! Estas chicas tristes y desgraciadas que han tenido algún disgustillo en sus casas, son muy partidarias de los cafés donde se toca la música.

Don Leoncio Maestre cenó a toda prisa, se cepilló un poco, se puso otra vez el abrigo y el sombrero, y se marchó al café de doña Rosa. Vamos: él salió con intención de darse una vueltecita por el café de doña Rosa.

Mauricio Segovia fue a cenar con su hermano Hermenegildo, que había venido a Madrid a ver si conseguía que lo hiciesen secretario de la CNS de su pueblo.

—¿Cómo van tus cosas?

—Pues, chico, van... Yo creo que van bien...

—¿Tienes alguna noticia nueva?

—Sí. Esta tarde estuve con don José María, el que está en la secretaría particular de don Rosendo, y me dijo que él apoyaría la propuesta con todo interés. Ya veremos lo que hacen entre todos. ¿Tú crees que me nombrarán?

—Hombre, yo creo que sí. ¿Por qué no?

—Chico, no sé. A veces me parece que ya lo tengo en la mano, y a veces me parece que lo que me van a dar, al final, es un punterazo en el culo. Esto de estar así, sin saber a qué carta quedarse, es lo peor.

—No te desanimes, de lo mismo nos hizo Dios a todos. Y además, ya sabes, el que algo quiere, algo le cuesta.

—Sí, eso pienso yo.

Los dos hermanos, después, cenaron casi todo el tiempo en silencio.

—Oye, esto de los alemanes va de cabeza.

—Sí, a mí ya me empieza a oler a cuerno quemado.

Don Ibrahim de Ostolaza y Bofarull hizo como que no oía lo de la caquita de la nena del vecino, se volvió a arreglar un poco la bufanda, volvió a poner la mano sobre el respaldo de la silla, y continuó:

—Sí, señores académicos, quien tiene el honor de informar ante ustedes cree que sus argumentos no tienen vuelta de hoja. (¿No resultará demasiado popular, un poco chabacano, esto de la vuelta de hoja?). Aplicando al concepto jurídico que nos ocupa, las conclusiones del silogismo precedente (aplicando al concepto jurídico que nos ocupa, las conclusiones del silogismo precedente, quizás quede algo largo) podemos asegurar que, así como para usar algo hay que poseerlo, paralelamente, para ejercer un derecho, cualquiera que fuere, habrá que poseerlo también. (Pausa).

El vecino de al lado preguntaba por el color. Su mujer le decía que de color normal.

—Y un derecho no puede poseerse, corporación insigne, sin haber sido previamente adquirido. Creo que mis palabras son claras como las fluyentes aguas de un arroyo cristalino. (Voces: sí, sí). Luego si para ejercer un derecho hay que adquirirlo, porque no puede ejercerse algo que no se tiene (¡Claro, claro!), ¿cómo cabe pensar, en rigor científico, que exista un modo de adquisición por el ejercicio, como quiere el profesor señor De Diego, ilustre por tantos conceptos, si esto sería tanto como afirmar que se ejerce algo que aún no se ha adquirido, un derecho que todavía no se posee? (Insistentes rumores de aprobación).

El vecino de al lado preguntaba:

—¿Tuviste que meterle el perejilito?

—No, ya lo tenía preparado, pero después lo hizo ella solita. Mira, he tenido que comprar una lata de sardinas; me dijo tu madre que el aceite de las latas de sardinas es mejor para estas cosas.

—Bueno, no te preocupes, nos las comemos a la cena y en paz. Eso del aceite de las sardinas son cosas de mi madre.

El marido y la mujer se sonrieron con ternura, se dieron un abrazo y se besaron. Hay días en que todo sale bien. El estreñimiento de la nena venía siendo ya una preocupación.

Don Ibrahim pensó que, ante los insistentes rumores de aprobación, debía hacer una breve pausa, con la frente baja y la vista mirando, como distraídamente, para la carpeta y el vaso de agua.

—No creo preciso aclarar, señores académicos, que es necesario tener presente que el uso de la cosa —no el uso o ejercicio del derecho a usar la cosa, puesto que todavía no existe— que conduce, por prescripción, a su posesión, a título de propietario, por parte del ocupante, es una situación de hecho, pero jamás un derecho. (Muy bien).

Don Ibrahim sonrió como un triunfador y se estuvo unos instantes sin pensar en nada. En el fondo —y en la superficie también— don Ibrahim era un hombre muy feliz. ¿Que no le hacían caso? ¡Qué más da! ¿Para qué estaba la historia?

—Ella a todos, al fin y a la postre, hace justicia. Y si en este bajo mundo al genio no se le toma en consideración, ¿para qué preocuparnos si dentro de cien años, todos calvos?

A don Ibrahim vinieron a sacarlo de su dulce sopor unos timbrazos violentos, atronadores, descompuestos.

—¡Qué barbaridad, qué manera de alborotar! ¡Vaya con la educación de algunas gentes! ¡Lo que faltaba es que se hubieran confundido!

La señora de don Ibrahim, que hacía calceta, sentada al brasero, mientras su marido peroraba, se levantó y fue a abrir la puerta.

Don Ibrahim puso el oído atento. Quien llamó a la puerta había sido el vecino del cuarto.

—¿Está su esposo?

—Sí, señor, está ensayando su discurso.

—¿Me puede recibir?

—Sí, no faltaría más.

La señora levantó la voz:

—Ibrahim, es el vecino de arriba.

Don Ibrahim respondió:

—Que pase, mujer, que pase; no lo tengas ahí.

Don Leoncio Maestre estaba pálido.

—Veamos, convecino, ¿qué le trae por mi modesto hogar?

A don Leoncio le temblaba la voz.

—¡Está muerta!

—¿Eh?

—¡Que está muerta!

—¿Qué?

—Que sí, señor, que está muerta; yo le toqué la frente y está fría como el hielo.

La señora de don Ibrahim abrió unos ojos de palmo.

—¿Quién?

—La de al lado.

—¿La de al lado?

—Sí.

—¿Doña Margot?

—Sí.

Don Ibrahim intervino:

—¿La mamá del maricón?

Al mismo tiempo que don Leoncio le decía que sí, su mujer le reprendió:

—¡Por Dios, Ibrahim, no hables así!

—¿Y está muerta, definitivamente?

—Sí, don Ibrahim, muerta del todo. Está ahorcada con una toalla.

—¿Con una toalla?

—Sí, señor, con una toalla de felpa.

—¡Qué horror!

Don Ibrahim empezó a cursar órdenes, a dar vueltas de un lado para otro y a recomendar calma.

—Genoveva, cuélgate del teléfono y llama a la policía.

—¿Qué número tiene?

—¡Yo qué sé, hija mía; míralo en la lista! Y usted, amigo Maestre, póngase de guardia en la escalera, que nadie suba ni baje. En el perchero tiene usted un bastón. Yo voy a avisar al médico.

Don Ibrahim, cuando le abrieron la puerta de casa del médico, preguntó con un aire de gran serenidad:

—¿Está el doctor?

—Sí, señor; espere usted un momento.

Don Ibrahim ya sabía que el médico estaba en casa. Cuando salió a ver lo que quería, don Ibrahim, como no acertando por dónde empezar, le sonrió:

—¿Qué tal la nena, se le arregla ya su tripita?

Don Mario de la Vega, después de cenar, invitó a café a Eloy Rubio Antofagasta, que era el bachiller del plan del 3. Se veía que quería abusar.

—¿Le apetece un purito?

—Sí, señor; muchas gracias.

—¡Caramba, amigo, no pasa usted a nada!
Eloy Rubio Antofagasta sonrió humildemente.

—No, señor.

Después añadió:

—Es que estoy muy contento de haber encontrado trabajo, ¿sabe usted?

—¿Y de haber cenado?

—Sí, señor; de haber cenado también.

El señor Suárez se estaba fumando un purito que le regaló Pepe, el Astilla.

—¡Ay, qué rico me sabe! Tiene tu aroma.

El señor Suárez miró a los ojos de su amigo.

—¿Vamos a tomarnos unos chatos? Yo no tengo ganas de cenar; estando contigo se me quita el apetito.

—Bueno, vámonos.

—¿Me dejas que te invite?

La Fotógrafa y el Astilla se fueron, muy cogiditos del brazo, por la calle del Prado arriba, por la acera de la izquierda, según se sube, donde hay unos billares. Algunas personas, al verlos, volvían un poco la cabeza.

—¿Nos metemos aquí un rato, a ver posturas?

—No, déjalo; el otro día por poco me meten un taco por la boca.

—¡Qué bestias! Es que hay hombres sin cultura, ¡hay que ver! ¡Qué barbaridad! Te habrás llevado un susto inmenso, ¿verdad, Astillita?

Pepe, el Astilla, se puso de mal humor.

—Oye, le vas a llamar Astillita a tu madre.

Al señor Suárez le dio la histeria.

—¡Ay, mi mamita! ¡Ay, qué le habrá pasado! ¡Ay, Dios mío!

—¿Te quieres callar?

—Perdóname, Pepe, ya no te hablaré más de mi mamá. ¡Ay, pobrecita! Oye, Pepe, ¿me compras una flor? Quiero que me compres una camelia roja; yendo contigo conviene llevar el cartelito de prohibido...

Pepe, el Astilla, sonrió, muy ufano, y le compró al señor Suárez una camelia roja.

—Póntela en la solapa.

—Donde tú quieras.

El doctor, después de comprobar que la señora estaba muerta y bien muerta, atendió a don Leoncio Maestre, que el pobre estaba con un ataque de nervios, casi sin sentido y tirando patadas a todos lados.

—¡Ay, doctor! ¿Mire que si ahora se nos muere este?

Doña Genoveva Cuadrado de Ostalaza estaba muy apurada.

—No se preocupe, señora, este no tiene nada importante, un susto de órdago y nada más.

Don Leoncio, sentado en una butaca, tenía los ojos en blanco y echaba espuma por la boca. Don Ibrahim, mientras tanto, había organizado al vecindario.

—Calma, sobre todo una gran calma. Que cada cabeza de familia registre concienzudamente su domicilio. Sirvamos la causa de la justicia, prestándole el apoyo y la colaboración que esté a nuestros alcances.

—Sí, señor, muy bien hablado. En estos momentos, lo mejor es que uno mande y los demás obedezcamos.

Los vecinos de la casa del crimen, que eran todos españoles, pronunciaron, quién más, quién menos, su frase lapidaria.

—A este, prepárenle una taza de tila.

—Sí, doctor.

Don Mario y el bachiller Eloy acordaron acostarse temprano.

—Bueno, amigo mío, mañana, ¡a chutar! ¿Eh?

—Sí, señor, ya verá usted como queda contento de mi trabajo.

—Eso espero. Mañana a las nueve tendrá usted ocasión de empezar a demostrármelo. ¿Hacia dónde va usted?

—Pues a casa, ¿adónde voy a ir? Iré a acostarme. ¿Usted también se acuesta temprano?

—Toda la vida. Yo soy un hombre de costumbres ordenadas.

Eloy Rubio Antofagasta se sintió cobista; el ser cobista era, probablemente, su estado natural.

—Pues si usted no tiene inconveniente, señor Vega, yo le acompaño primero.

—Como usted guste, amigo Eloy, y muy agradecido. ¡Cómo se ve que está usted seguro de que aún ha de caer algún que otro pitillo!

—No es por eso, señor Vega, créame usted.

—¡Ande y no sea usted tonto, hombre de Dios, que todos hemos sido cocineros antes que frailes!

Don Mario y su nuevo corrector de pruebas, aunque la noche estaba más bien fría, se fueron dando un paseíto, con el cuello de los gabanes subido. A don Mario, cuando le dejaban hablar de lo que le gustaba, no le hacían mella ni el frío, ni el calor, ni el hambre.

Después de bastante andar, don Mario y Eloy Rubio Antofagasta se encontraron con un grupo de gente estacionada en una bocacalle, y con dos guardias que no dejaban pasar a nadie.

—¿Ha ocurrido algo?

Una mujer se volvió.

—No sé, dicen que han hecho un crimen, que han matado a puñaladas a dos señoras ya mayores.

—¡Caray!

Un hombre intervino en la conversación.

—No exagere usted, señora; no han sido dos señoras, ha sido una sola.

—¿Y le parece poco?

—No, señora; me parece demasiado. Pero más me parecería si hubieran sido dos. Un muchacho joven se acercó al grupo.

—¿Qué pasa?

Otra mujer le sacó de dudas.

—Dicen que ha habido un crimen, que han ahogado a una chica con una toalla de felpa. Dicen que era una artista.

Los dos hermanos, Mauricio y Hermenegildo, acordaron echar una canita al aire.

—Mira, ¿sabes lo que te digo?, pues que hoy es una noche muy buena para irnos de bureo. Si te dan eso, lo celebramos por anticipado, y si no, ¡pues mira!, nos vamos a consolar y de tal día en un año. Si no nos vamos por ahí, vas a andar toda la noche dándole vueltas a la cabeza. Tú ya has hecho todo lo que tenías que hacer; ahora ya solo falta esperar a lo que hagan los demás.

Hermenegildo estaba preocupado.

—Sí, yo creo que tienes razón; así, todo el día pensando en lo mismo, no consigo más que ponerme nervioso. Vamos a donde tú quieras, tú conoces mejor Madrid.

—¿Te hace que nos vayamos a tomar unas copas?

—Bueno, vamos; pero, ¿así, a palo seco?

—Ya encontraremos algo. A estas horas lo que sobran son chavalas.

Mauricio Segovia y su hermano Hermenegildo se fueron de copeo por los bares de la calle de Echegaray. Mauricio dirigía y Hermenegildo obedecía y pagaba.

—Vamos a pensar que lo que celebramos es que me dan eso; yo pago.

—Bueno; si no te queda para volver al pueblo, ya avisarás para que te eche una mano.

Hermenegildo, en una tasca de la calle de Fernández y González, le dio con el codo a Mauricio.

—Mira esos dos, qué verde se están dando.

Mauricio volvió la cabeza.

—Ya, ya. Y eso que Margarita Gautier está mala la pobre, fíjate qué camelia roja lleva en la solapa. Bien mirado, hermano, aquí el que no corre, vuela.

Desde el otro extremo del local, rugió un vozarrón:

—¡No te propases, Fotógrafa, deja algo para luego!

Pepe, el Astilla, se levantó.

—¡A ver si aquí va a salir alguno a la calle!

Don Ibrahim le decía al señor juez:

—Mire usted, señor juez, nosotros nada hemos podido esclarecer. Cada vecino registró su propio domicilio y nada hemos encontrado que nos llamase la atención.

Un vecino del principal, don Fernando Cazuela, procurador de los tribunales,

miró para el suelo; él sí había encontrado algo.

El juez interrogó a don Ibrahim.

—Vayamos por partes. ¿La finada tenía familia?

—Sí, señor juez, un hijo.

—¿Dónde está?

—¡Uf, cualquiera lo sabe, señor juez! Es un chico de malas costumbres.

—¿Mujeriego?

—Pues no, señor juez, mujeriego no.

—¿Quizás jugador?

—Pues no, que yo sepa, no.

El juez miró para don Ibrahim.

—¿Bebedor?

—No, no, tampoco bebedor.

El juez ensayó una sonrisita un poco molesta.

—Oiga usted, ¿a qué llama usted malas costumbres? ¿A coleccionar sellos?

Don Ibrahim se picó.

—No, señor, yo llamo malas costumbres a muchas cosas; por ejemplo, a ser marica.

—¡Ah, vamos! El hijo de la finada es marica.

—Sí, señor juez, un marica como una catedral.

—¡Ya! Bien, señores, muchas gracias a todos. Retírense a sus cuartos, por favor; si los necesito ya les requeriré.

Los vecinos, obedientemente, se fueron volviendo a sus cuartos. Don Fernando Cazuela, al llegar al principal derecha, se encontró con que su mujer estaba hecha un mar de llanto.

—¡Ay, Fernando! ¡Mátame si quieres! Pero que nuestro hijito no se entere de nada.

—No, hija, ¡cómo te voy a matar con el juzgado en casa! Anda, vete a la cama. ¡Lo único que nos faltaba ahora es que tu querido resultase el asesino de doña Margot!

Para distraer al grupo de la calle, que era ya de varios cientos de personas, un gitanito de unos seis años cantaba flamenco, acompañándose con sus propias palmas. Era un gitanito simpático, pero ya muy visto...

Estando un maestro sastre
cortando unos pantalones
pasó un chavea
gitano que vendía camarones.

Cuando sacaron a doña Margot, camino del depósito, el niño se calló, respetuoso.

CAPÍTULO TERCERO

Don Pablo, después de la comida, se va a un tranquilo café de la calle de San Bernardo, a jugar una partida de ajedrez con don Francisco Robles y López-Patón, y a eso de las cinco o cinco y media sale en busca de doña Pura para dar una vuelta y recalar por el café de doña Rosa, a merendar su chocolatito, que siempre le parece que está un poco aguado.

En una mesa próxima, al lado de una ventana, cuatro hombres juegan al dominó: don Roque, don Emilio Rodríguez Ronda, don Tesifonte Ovejero y el señor Ramón.

Don Francisco Robles y López-Patón, médico de enfermedades secretas, tiene una chica, la Amparo, que está casada con don Emilio Rodríguez Ronda, médico también. Don Roque es marido de doña Visi, la hermana de doña Rosa; don Roque Moisés Vázquez, según su cuñada, es una de las peores personas del mundo. Don Tesifonte Ovejero y Solana, capitán veterinario, es un buen señorito de pueblo, un poco apocado, que lleva una sortija con una esmeralda. El señor Ramón, por último, es un panadero que tiene una tahona bastante importante cerca de por allí.

Estos seis amigos de todas las tardes son gente tranquila, formal, con algún devaneo sin importancia, que se llevan bien, que no discuten, y que hablan de mesa a mesa, por encima de las conversaciones del juego, al que no siempre prestan gran interés.

Don Francisco acaba de perder un alfil.

—¡Mal se pone la cosa!

—¡Mal! Yo, en su lugar, abandonaba.

—Yo no.

Don Francisco mira para su yerno, que va de pareja con el veterinario.

—Oye, Emilio, ¿cómo está la niña?

La niña es la Amparo.

—Bien, ya está bien, mañana la levanto.

—¡Vaya, me alegro! Esta tarde va a ir la madre por vuestra casa.

—Muy bien. ¿Usted va a venir?

—No sé, ya veremos si puedo.

La suegra de don Emilio se llama doña Soledad, doña Soledad Castro de Robles.

El señor Ramón ha dado salida al cinco doble, que se le había atragantado. Don Tesifonte le gasta la broma de siempre:

—Afortunado en el juego...

—Y al revés, mi capitán, usted ya me entiende.

Don Tesifonte pone mala cara mientras los amigos se ríen. Don Tesifonte, esa es la verdad, no es afortunado ni con las mujeres ni con las fichas. Se pasa el día encerrado, no sale más que para jugar su partidita.

Don Pablo, que tiene la partida ganada, está distraído, no hace caso del ajedrez.

—Oye, Roque, ayer tu cuñada estaba de mala uva.

Don Roque hace un gesto de suficiencia, como de estar ya de vuelta de todo.

—Lo está siempre, yo creo que nació ya de mala uva. ¡Mi cuñada es una bestia parda! ¡Si no fuera por las niñas, ya le había puesto yo las peras a cuarto hace una temporada! Pero, en fin, ¡paciencia y barajar! Estas tías gordas y medio bebidas no suelen durar mucho.

Don Roque piensa que, sentándose y esperando, el café La Delicia, entre otro montón de cosas, será algún día de sus hijas. Bien mirado, a don Roque no le faltaba razón, y además la cosa merecía, sin duda alguna, la pena de aguantar, aunque fuesen cincuenta años. París bien vale una misa.

Doña Matilde y doña Asunción se reúnen todas las tardes, nada más comer, en una lechería de la calle de Fuencarral, donde son amigas de la dueña, doña Ramona Bragado, una vieja teñida pero muy chistosa, que había sido artista allá en los tiempos del general Prim. Doña Ramona, que recibió, en medio de un escándalo mayúsculo, una manda de diez mil duros del testamento del marqués de Casa Peña Zurana —el que fue senador y dos veces subsecretario de Hacienda—, que había sido querido suyo lo menos veinte años, tuvo cierto sentido común y en vez de gastarse los cuartos, tomó el traspaso de la lechería, que marchaba bastante bien y que tenía una clientela muy segura. Además, doña Ramona, que no se perdía, se dedicaba a todo lo que apareciese y era capaz de sacar pesetas de debajo de los adoquines; uno de los comercios que mejor se le daba era el andar siempre de trapichera y de correveidile, detrás del telón de la lechería, soplando dorados y bien adobados embustes en los oídos de alguna mocita que quería comprarse un bolso, y poniendo después la mano cerca del arca de algún señorito haragán, de esos que prefieren no molestarse y que se lo den todo hecho. Hay algunas personas que lo mismo sirven para un roto que para un descosido.

Aquella tarde estaba alegre la tertulia de la lechería.

—Traiga usted unos bollitos, doña Ramona, que yo pago.

—¡Pero, hija! ¿Le ha caído a usted la lotería?

—¡Hay muchas loterías, doña Ramona! He tenido carta de la Paquita, desde Bilbao. Mire usted lo que dice aquí.

—¿A ver? ¿A ver?

—Lea usted, yo cada vez tengo menos vista; lea usted aquí abajo.

Doña Ramona se caló los lentes y leyó:

—«La esposa de mi novio ha fallecido de unas anemias perniciosas». ¡Caray, doña Asunción, así ya se puede!

—Siga, siga.

—«Y mi novio dice que ya no usemos nada y que si quedo en estado, pues él se casa». ¡Pero, hija, si es usted la mujer de la suerte!

—Sí, gracias a Dios, tengo bastante suerte con esta hija.

—¿Y el novio es el catedrático?

—Sí, don José María de Samas, catedrático de psicología, lógica y ética.

—¡Pues, hija, mi enhorabuena! ¡Bien la ha colocado!

—¡Sí, no va mal!

Doña Matilde también tenía su buena noticia que contar; no era una noticia definitiva, como podía serlo la de la Paquita, pero era, sin duda, una buena noticia. A su niño, el Florentino del Mare Nostrum, le había salido un contrato muy ventajoso para Barcelona, para trabajar en un salón del Paralelo, en un espectáculo de postín que se llamaba *Melodías de la raza* y que, como tenía un fondo patriótico, esperaban que fuese patrocinado por las autoridades.

—A mí me da mucho sosiego que trabaje en una gran capital; en los pueblos hay mucha incultura y, a veces, a esta clase de artistas les tiran piedras. ¡Como si no fueran como los demás! Una vez, en Jadraque, tuvo que intervenir hasta la Guardia Civil; si no llega a tiempo, al pobrecito mío lo despellejan aquellos seres desalmados y sin cultura que lo único que les gusta es la bronca y decir ordinariieces a las estrellas. ¡Angelito, qué susto más grande le hicieron pasar!

Doña Ramona asentía.

—Sí, sí, en una gran capital como Barcelona está mucho mejor; se aprecia más su arte, lo respetan más, ¡todo!

—¡Ay, sí! A mí, cuando me dice que se va de *tournee* por los pueblos, es que me da un vuelco el corazón. ¡Pobre Florentinín, con lo sensible que él es, teniendo que trabajar para un público tan atrasado y, como él dice, lleno de prejuicios! ¡Qué horror!

—Sí, verdaderamente. Pero, ¡en fin!, ahora va bien...

—Sí, ¡si le durase!

Laurita y Pablo suelen ir a tomar café a un bar de lujo, donde uno que pase por la calle casi no se atreve ni a entrar, que hay detrás de la Gran Vía. Para llegar hasta las mesas —media docenita, no más, todas con tapetillo y un florero en el medio— hay que pasar por la barra, casi desierta, con un par de señoritas soplando coñac y cuatro o cinco pollitos tarambanas jugándose los cuartos de casa a los dados.

—Adiós, Pablo, ya no te hablas con nadie. Claro, desde que estás enamorado...

—Adiós, Mari Tere. ¿Y Alfonso?

—Con la familia, hijo; está muy regenerado esta temporada.

Laurita frunció el morro; cuando se sentaron en el sofá, no cogió las manos a Pablo, como de costumbre. Pablo, en el fondo, sintió cierta sensación de alivio.

—Oye, ¿quién es esa chica?

—Una amiga.

Laurita se puso triste y capciosa.

—¿Una amiga como soy yo ahora?

—No, hija.

—¡Como dices una amiga!

—Bueno, una conocida.

—Sí, una conocida... Oye, Pablo.

Laurita, de repente, apareció con los ojos llenos de lágrimas.

—Qué.

—Tengo un disgusto enorme.

—¿Por qué?

—Por esa mujer.

—¡Mira, niña, estate callada y no marees!

Laurita suspiró.

—¡Claro! Y tú, encima, me riñes.

—No, hija, ni encima ni debajo. No des la lata más de lo necesario.

—¿Lo ves?

—¿Veo, qué?

—¿Lo ves cómo me riñes?

Pablo cambió de táctica.

—No, nenita, no te estoy riñendo; es que me molestan estas escenitas de celos, ¡qué le vamos a hacer! Toda la vida me pasó lo mismo.

—¿Con todas tus novias igual?

—No, Laurita, con unas más y con otras menos...

—¿Y conmigo?

—Contigo mucho más que con nadie.

—¡Claro! ¡Porque no me quieres! Los celos no se tienen más que cuando se quiere mucho, muchísimo, como yo a ti.

Pablo miró para Laurita con el gesto con que se puede mirar a un bicho muy raro. Laurita se puso cariñosa.

—Óyeme, Pablito.

—No me llames Pablito. ¿Qué quieres?

—¡Ay, hijo, eres un cardo!

—Sí, pero no me lo repitas, varía un poco; es algo que me lo dijo ya demasiada gente.

Laurita sonrió.

—Pero a mí no me importa nada que seas un cardo. A mí me gustas así, como eres. ¡Pero tengo unos celos! Oye, Pablo, si algún día dejas de quererme, ¿me lo dirás?

—Sí.

—¡Cualquiera os puede creer! ¡Sois todos tan mentirosos!

Pablo Alonso, mientras se bebía el café, se empezó a dar cuenta de que se aburría al lado de Laurita. Muy mona, muy atractiva, muy cariñosa, incluso muy fiel, pero muy poco variada.

En el café de doña Rosa, como en todos, el público de la hora del café no es el mismo

que el público de la hora de merendar. Todos son habituales, bien es cierto, todos se sientan en los mismos divanes, todos beben en los mismos vasos, toman el mismo bicarbonato, pagan en iguales pesetas, aguantan idénticas impertinencias a la dueña, pero, sin embargo, quizás alguien sepa por qué, la gente de las tres de la tarde no tiene nada que ver con la que llega dada ya las siete y media; es posible que lo único que pudiera unirlos fuese la idea, que todos guardan en el fondo de sus corazones, de que ellos son, realmente, la vieja guardia del café. Los otros, los de después de almorzar para los de la merienda y los de la merienda para los de después de almorzar, no son más que unos intrusos a los que se tolera, pero en los que ni se piensa. ¡Estaría bueno! Los dos grupos, individualmente o como organismo, son incompatibles, y si a uno de la hora del café se le ocurre esperar un poco y retrasar la marcha, los que van llegando, los de la merienda, lo miran con malos ojos, con tan malos ojos, ni más ni menos, como con los que miran los de la hora del café a los de la merienda que llegan antes de tiempo. En un café bien organizado, en un café que fuese algo así como la república de Platón, existiría sin duda una tregua de un cuarto de hora para que los que vienen y los que se van no se cruzasen ni en la puerta giratoria.

En el café de doña Rosa, después de almorzar, el único conocido que hay, aparte de la dueña y el servicio, es la señorita Elvira, que en realidad es ya casi como un mueble más.

—¿Qué tal, Elvirita? ¿Se ha descansado?

—Sí, doña Rosa, ¿y usted?

—Pues yo, regular, hija, nada más que regular. Yo me pasé la noche yendo y viniendo al *water*; se conoce que cené algo que me sentó mal y el vientre se me echó a perder.

—¡Vaya por Dios! ¿Y está usted mejor?

—Sí, parece que sí, pero me quedó muy mal cuerpo.

—No me extraña, la diarrea es algo que rinde.

—¡Y que lo diga! Yo ya lo tengo pensado; si de aquí a mañana no me pongo mejor, aviso que venga el médico. Así no puedo trabajar ni puedo hacer nada, y estas cosas, ya sabe usted, como una no esté encima...

—Claro.

Padilla, el cerillero, trata de convencer a un señor de que unos emboquillados que vende no son de colillas.

—Mire usted, el tabaco de colillas siempre se nota; por más que lo laven siempre le queda un gusto un poco raro. Además, el tabaco de colillas huele a vinagre a cien leguas y aquí ya puede usted meter la nariz, no notará nada raro. Yo no le voy a jurar que estos pitillos lleven tabaco de Gener, yo no quiero engañar a mis clientes; estos llevan tabaco de cuarterón, pero bien cernido y sin palos. Y la manera de estar hechos, ya la ve usted; aquí no hay máquina, aquí está todo hecho a mano; pálpelos si quiere.

Alfonsito, el niño de los recados, está recibiendo instrucciones de un señor que dejó un automóvil a la puerta.

—A ver si lo entiendes bien, no vayamos a meter la pata entre todos. Tú subes al piso, tocas el timbre y esperas. Si te sale a abrir esta señorita, fíjate bien en la foto, que es alta y tiene el pelo rubio, tú le dices: Napoleón Bonaparte, apréndetelo bien, y si ella te contesta: sucumbió en Waterloo, tú vas y le das la carta. ¿Te enteras bien?

—Sí, señor.

—Bueno. Apunta eso de Napoleón y lo que te tiene que contestar y te lo vas aprendiendo por el camino. Ella entonces, después de leer la carta, te dirá una hora, las siete, las seis, o la que sea, tú la recuerdas bien y vienes corriendo a decírmelo. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—Bueno, pues vete ya. Si haces bien el recado te doy un duro.

—Sí, señor. Oiga, ¿y si me sale a abrir la puerta alguien que no sea la señorita?

—¡Ah, es verdad! Si te sale a abrir otra persona, pues nada, dices que te has equivocado; le preguntas: ¿vive aquí el señor Pérez?, y como te dirán que no, te largas y en paz. ¿Está claro?

A Consorcio López, el encargado, le llamó por teléfono nada menos que Marujita Ranero, su antigua novia, la mamá de los dos gemelines.

—¿Pero qué haces tú en Madrid?

—Pues que se ha venido a operar mi marido.

López estaba un poco cortado; era hombre de recursos, pero aquella llamada, la verdad, le había cogido algo desprevenido.

—¿Y los nenes?

—Hechos unos hombrecetes. Este año van a hacer el ingreso.

—¡Cómo pasa el tiempo!

—Ya, ya.

Marujita tenía la voz casi temblorosa.

—Oye.

—¿Qué?

—¿No quieres verme?

—Pero...

—¡Claro! Pensarás que estoy hecha una ruina.

—No, mujer, qué boba; es que ahora...

—No, ahora no; esta noche cuando salgas de ahí. Mi marido se queda en el sanatorio y yo estoy en una pensión.

—¿En cuál?

—En La Colladense, en la calle de la Magdalena.

A López, las sienes le sonaban como disparos.

—Oye, ¿y cómo entro?

—Pues por la puerta, ya te he tomado una habitación, la número 3.

—Oye, ¿y cómo te encuentro?

—¡Anda y no seas bobo! Ya te buscaré.

Cuando López colgó el teléfono y se dio la vuelta otra vez hacia el mostrador, tiró con el codo toda una estantería, la de los licores: *cointreau*, *calisay*, *benedictine*, *curaçao*, crema de café y *peppermint*. ¡La que se armó!

Petrita, la criada de Filo, se acercó al bar de Celestino Ortiz a buscar un sifón porque Javierín estaba con flato. Al pobre niño le da el flato algunas veces y no se le quita más que con sifón.

—Oye, Petrita, ¿sabes que el hermano de tu señorita se ha vuelto muy flamenco?

—Déjelo usted, señor Celestino, que el pobre lo que está es pasando las de Caín. ¿Le dejó algo a deber?

—Pues sí, veintidós pesetas.

Petrita se acercó a la trastienda.

—Voy a coger un sifón, enciéndame la luz.

—Ya sabes dónde está.

—No, enciéndamela usted, a veces da calambre.

Cuando Celestino Ortiz se metió en la trastienda, a encender la luz, Petrita lo abordó:

—Oiga, ¿yo valgo veintidós pesetas?

Celestino Ortiz no entendió la pregunta.

—¿Eh?

—Que si yo valgo veintidós pesetas.

A Celestino Ortiz se le subió la sangre a la cabeza.

—¡Tú vales un imperio!

—¿Y veintidós pesetas?

Celestino Ortiz se abalanzó sobre la muchacha.

—Cóbrese usted los cafés del señorito Martín.

Por la trastienda del bar de Celestino Ortiz, pasó como un ángel que levantase un huracán con las alas.

—¿Y tú por qué haces esto por el señorito Martín?

—Pues porque me da la gana y porque lo quiero más que a nada en el mundo; a todo el que lo quiera saber se lo digo, a mi novio el primero.

Petrita, con las mejillas arrojadas, el pecho palpitante, la voz ronca, el pelo en desorden y los ojos llenos de brillo, tenía una belleza extraña, como de leona recién casada.

—¿Y él te corresponde?

—No le deajo.

A las cinco, la tertulia del café de la calle de San Bernardo se disuelve, y a eso de las

cinco y media, o aun antes, ya está cada mochuelo en su olivo. Don Pablo y don Roque, cada uno en su casa; don Francisco y su yerno, en la consulta; don Tesifonte, estudiando, y el señor Ramón viendo cómo levantan los cierres de su panadería, su mina de oro.

En el café, en una mesa algo apartada, quedan dos hombres, fumando casi en silencio; uno se llama Ventura Aguado y es estudiante de notarías.

—Dame un pitillo.

—Cógelo.

Martín Marco enciende el pitillo.

—Se llama Purita y es un encanto de mujer, es suave como una niña, delicada como una princesa. ¡Qué vida asquerosa!

Pura Bartolomé, a aquellas horas, está merendando con un chamarilero rico, en un figón de Cuchilleros. Martín se acuerda de sus últimas palabras:

—Adiós, Martín; ya sabes, yo suelo estar en la pensión todas las tardes, no tienes más que llamarme por teléfono. Esta tarde no me llames; estoy ya comprometida con un amigo.

—Bueno.

—Adiós, dame un beso.

—Pero, ¿aquí?

—Sí, bobo; la gente se creará que somos marido y mujer.

Martín Marco chupó del pitillo casi con majestad. Después respiró fuerte.

—En fin... Oye, Ventura, déjame dos duros, hoy no he comido.

—¡Pero, hombre, así no se puede vivir!

—¡Bien lo sé yo!

—¿Y no encuentras nada por ahí?

—Nada, los dos artículos de colaboración, doscientas pesetas con el nueve por ciento de descuento.

—¡Pues estás listo! Bueno, toma, ¡mientras yo tenga! Ahora mi padre ha tirado de la cuerda. Toma cinco, ¿qué vas a hacer con dos?

—Muchas gracias; déjame que te invite con tu dinero.

Martín Marco llamó al mozo.

—¿Dos cafés corrientes?

—Tres pesetas.

—Cóbrese, por favor.

El camarero se echó mano al bolsillo y le dio las vueltas: veintidós pesetas.

Martín Marco y Ventura Aguado son amigos desde hace tiempo, buenos amigos; fueron compañeros de carrera, en la Facultad de Derecho, antes de la guerra.

—¿Nos vamos?

—Bueno, como quieras. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

—Hombre, la verdad es que yo tampoco tengo nada que hacer en ningún otro lado. ¿Tú adónde vas?

—Pues no sé, me iré a dar una vuelta por ahí para hacer tiempo.

Martín Marco sonrió.

—Espera que me tome un poco de bicarbonato. Contra las digestiones difíciles no hay nada mejor que el bicarbonato.

Julián Suárez Sobrón, alias la Fotógrafa, de cincuenta y tres años de edad, natural de Vegadeo, provincia de Oviedo, y José Giménez Figueras, alias el Astilla, de cuarenta y seis años de edad, y natural del Puerto de Santa María, provincia de Cádiz, están mano sobre mano, en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, esperando a que los lleven a la cárcel.

—¡Ay, Pepe, qué bien vendría a estas horas un cafetito!

—Sí, y una copita de triple; pídelo a ver si te lo dan.

El señor Suárez está más preocupado que Pepe, el Astilla; el Giménez Figueras se ve que está más habituado a estos lances.

—Oye, ¿por qué nos tendrán aquí?

—Pues no sé. ¿Tú no habrás abandonado a alguna virtuosa señorita después de hacerla un hijo?

—¡Ay, Pepe, qué presencia de ánimo tienes!

—Es que, chico, lo mismo nos van a dar.

—Sí, eso es verdad también. A mí lo que más me duele es no haber podido avisar a mi mamita.

—¿Ya vuelves?

—No, no.

A los dos amigos los detuvieron la noche anterior, en un bar de la calle de Ventura de la Vega. Los policías que fueron por ellos, entraron en el bar, miraron un poquito alrededor y, ¡zas!, se fueron derechos como una bala. ¡Qué tíos, qué acostumbrados debían estar!

—Acompañennos.

—¡Ay! ¿A mí por qué se me detiene? Yo soy un ciudadano honrado que no se mete con nadie, yo tengo la documentación en regla.

—Muy bien. Todo eso lo explica usted cuando se lo pregunten. Quítese esa flor.

—¡Ay! ¿Por qué? Yo no tengo por qué acompañarles, yo no estoy haciendo nada malo.

—No escandalice, por favor. Mire usted para aquí.

El señor Suárez miró. Del bolsillo del policía asomaban los plateados flejes de las esposas.

Pepe, el Astilla, ya se había levantado.

—Vamos con estos señores, Julián; ya se pondrá todo en claro.

—Vamos, vamos. ¡Caray, qué modales!

En la Dirección de Seguridad no fue preciso ficharlos, ya lo estaban; bastó con añadir una fecha y tres o cuatro palabritas que no pudieron leer...

—¿Por qué se nos detiene?

—¿No lo sabe?

—No, yo no sé nada, ¿qué voy a saber?

—Ya se lo dirán a usted.

—Oiga, ¿y no puedo avisar que estoy detenido?

—Mañana, mañana.

—Es que mi mamá es muy viejecita; la pobre va a estar muy intranquila.

—¿Su madre?

—Sí, tiene ya setenta y seis años.

—Bueno, yo no puedo hacer nada. Ni decir nada, tampoco. Ya mañana se aclararán las cosas.

En la celda donde los encerraron, una habitación inmensa, cuadrada, de techo bajo, mal alumbrada por una bombilla de quince bujías metida en una jaula de alambre, al principio no se veía nada. Después, al cabo de un rato, cuando ya la vista empezó a acostumbrarse, el señor Suárez y Pepe, el Astilla, fueron viendo algunas caras conocidas, maricas pobres, descuideros, tomadores del dos, sablistas de oficio, gente que siempre andaba dando tumbos como una peonza, sin levantar jamás cabeza.

—¡Ay, Pepe, qué bien vendría a estas horas un cafetito!

Olía muy mal allí dentro, a un olorcillo rancio, penetrante, que hacía cosquillas en la nariz.

—Hola, qué temprano vienes hoy. ¿Dónde has estado?

—Donde siempre, tomando café con los amigos.

Doña Visi besa en la calva a su marido.

—¡Si vieses qué contenta me pongo cuando vienes tan pronto!

—¡Vaya! A la vejez, viruelas.

Doña Visi sonrío; doña Visi, la pobre, sonrío siempre.

—¿Sabes quién va a venir esta tarde?

—Algún loro, como si lo viera.

Doña Visi no se incomoda jamás.

—No, mi amiga Montserrat.

—¡Buen elemento!

—¡Bien buena es!

—¿No te ha contado ningún milagro más de ese cura de Bilbao?

—¡Cállate, no seas hereje! ¿Por qué te empeñas en decir siempre esas cosas, si no las sientes?

—Ya ves.

Don Roque está cada día que pasa más convencido de que su mujer es tonta.

—¿Estarás con nosotras?

—No.

—¡Ay, hijo!

Suena el timbre de la calle y la amiga de doña Visi entró en la casa al tiempo que el loro del segundo decía pecados.

—Mira, Roque, esto ya no se puede aguantar. Si ese loro no se corrige, yo lo denuncio.

—Pero, hija, ¿tú te das cuenta del choteo que se iba a organizar en la comisaría cuando te vieses llegar para denunciar a un loro?

La criada pasa a doña Montserrat a la sala.

—Voy a avisar a la señorita, siéntese usted.

Doña Visi voló a saludar a su amiga, y don Roque, después de mirar un poco por detrás de los visillos, se sentó al brasero y sacó la baraja.

—Si sale la sota de bastos antes de cinco, buena señal. Si sale el as, es demasiado; yo ya no soy ningún mozo.

Don Roque tiene sus reglas particulares de cartomancia.

La sota de bastos salió en tercer lugar.

—¡Pobre Lola, la que te espera! ¡Te compadezco, chica! En fin...

Lola es hermana de Josefa López, una antigua criada de los señores de Robles con quien don Roque tuvo algo que ver, y que ahora, ya metida en carnes y en inviernos, ha sido desbancada por su hermana menor. Lola está para todo en casa de doña Matilde, la pensionista del niño imitador de estrellas.

Doña Visi y doña Montserrat charlan por los codos. Doña Visi está encantada; en la última página de *El Querubín Misionero*, revista quincenal, aparece su nombre y el de sus tres hijas.

—Lo va usted a ver por sus propios ojos cómo no son cosas mías, cómo es una gran verdad. ¡Roque!

Desde el otro extremo de la casa, don Roque grita:

—¿Qué quieres?

—¡Dale a la chica el papel donde viene lo de los chinos!

—¿Eh?

Doña Visi comenta con su amiga:

—¡Ay, santo Dios! Estos hombres nunca oyen nada.

Levantando la voz volvió a dirigirse a su marido.

—¡Que le des a la chica...! ¿Me entiendes?

—¡Sí!

—¡Pues que le des a la chica el papel donde viene lo de los chinos!

—¿Qué papel?

—¡El de los chinos, hombre, el de los chinitos de las misiones!

—¿Eh? No te entiendo. ¿Qué dices de chinos?

Doña Visi sonríe a doña Montserrat.

—Este marido mío es muy bueno, pero nunca se entera de nada. Voy yo a buscar el papel, no tardo ni medio minuto. Usted me perdonará un instante.

Doña Visi, al llegar al cuarto donde don Roque, sentado a la mesa de camilla, hacía solitarios, le preguntó:

—Pero, hombre, ¿no me habías oído?

Don Roque no levantó la vista de la baraja.

—¡Estás tú fresca si piensas que me iba a levantar por los chinos!

Doña Visi revolvió en la cesta de la costura, encontró el número de *El Querubín Misionero* que buscaba y, rezongando en voz baja, se volvió a la fría sala de las visitas, donde casi no se podía estar.

El costurero, después del trajín de doña Visi, quedó abierto y, entre el algodón de zurcir y la caja de los botones —una caja de pastillas de la tos del año de la polca—, asomaba tímidamente otra de las revistas de doña Visi.

Don Roque se echó atrás en la silla y la cogió.

—Ya está aquí este.

Este era el cura bilbaíno de los milagros.

Don Roque se puso a leer la revista:

Rosario Quesada (Jaén), la curación de una hermana suya de una fuerte colitis, 5 pesetas.

Ramón Hermida (Lugo), por varios favores obtenidos en sus actividades comerciales, 10 pesetas.

María Luisa del Valle (Madrid), la desaparición de un bultito que tenía en un ojo sin necesidad de acudir al oculista, 5 pesetas.

Guadalupe Gutiérrez (Ciudad Real), la curación de un niño de diecinueve meses de una herida producida al caerse del balcón de un entresuelo, 25 pesetas.

Marina López Ortega (Madrid), el que se amansase un animal doméstico, 5 pesetas.

Una viuda gran devota (Bilbao), el haber hallado un pliego de valores que había perdido un empleado de casa, 25 pesetas.

Don Roque se queda preocupado.

—A mí que no me digan; esto no es serio.

Doña Visi se siente un poco en la obligación de disculparse ante su amiga.

—¿No tiene usted frío, Montserrat? ¡Esta casa está algunos días heladora!

—No, por Dios, Visitación; aquí se está muy bien. Tienen ustedes una casa muy grata, con mucho confort, como dicen los ingleses.

—Gracias, Montserrat. Usted siempre tan amable.

Doña Visi sonrió y empezó a buscar su nombre en la lista. Doña Montserrat, alta, hombruna, huesuda, desgarbada, bigotuda, algo premiosa en el hablar y miope, se caló los impertinentes.

Efectivamente, como aseguraba doña Visi, en la última página de *El Querubín Misionero*, aparecía su nombre y el de sus tres hijas.

Doña Visitación Leclerc de Moisés, por bautizar dos chinitos con los nombres de Ignacio y Francisco Javier, 10 pesetas. La señorita Julita Moisés Leclerc, por bautizar un chinito con el nombre de Ventura, 5 pesetas. La señorita Visitación Moisés Leclerc, por bautizar un chinito con el nombre de Manuel, 5 pesetas. La señorita Esperanza Moisés Leclerc, por bautizar un chinito con el nombre de Agustín, 5 pesetas.

—¿Eh? ¿Qué le parece?

Doña Montserrat asiente, obsequiosa.

—Pues que muy bien me parece a mí todo esto, pero que muy bien. ¡Hay que hacer tanta labor! Asusta pensar los millones de infieles que hay todavía que convertir. Los países de los infieles deben estar llenos como hormigueros.

—¡Ya lo creo! ¡Con lo monos que son los chinitos chiquitines! Si nosotras no nos privásemos de alguna cosilla, se iban todos al limbo de cabeza. A pesar de nuestros pobres esfuerzos, el limbo tiene que estar abarrotado de chinos, ¿no cree usted?

—¡Ya, ya!

—Da grima solo pensarlo. ¡Mire usted que es maldición la que pesa sobre los chinos! Todos paseando por allí, encerrados sin saber qué hacer...

—¡Es espantoso!

—¿Y los pequeñitos, mujer, los que no saben andar, que estarán siempre parados como gusanines en el mismo sitio?

—Verdaderamente.

—Muchas gracias tenemos que dar a Dios por haber nacido españolas. Si hubiéramos nacido en China, a lo mejor nuestros hijos se iban al limbo sin remisión. ¡Tener hijos para eso! ¡Con lo que una sufre para tenerlos y con la guerra que dan de chicos!

Doña Visi suspira con ternura.

—¡Pobres hijas, qué ajenas están al peligro que corrieron! Menos mal que nacieron en España, ¡pero mire usted que si llegan a nacer en China! Igual les pudo pasar, ¿verdad, usted?

Los vecinos de la difunta doña Margot están reunidos en casa de don Ibrahim. Solo faltan don Leoncio Maestre, que está preso por orden del juez; el vecino del entresuelo D, don Antonio Jareño, empleado de Wagons-Lits, que está de viaje; el del 2.º B, don Ignacio Galdácano, que el pobre está loco, y el hijo de la finada, don Julián Suárez, que nadie sabe dónde pueda estar. En el principal A hay una academia donde no vive nadie. De los demás no falta ni uno solo; están todos muy impresionados con lo ocurrido, y atendieron en el acto el requerimiento de don Ibrahim para tener un cambio de impresiones.

En la casa de don Ibrahim, que no era grande, casi no cabían los convocados, y la mayor parte se tuvo que quedar de pie, apoyados en la pared y en los muebles, como en los velatorios.

—Señores —empezó don Ibrahim—, me he permitido rogarles su asistencia a esta reunión, porque en la casa en que habitamos ha sucedido algo que se sale de los límites de lo normal.

—Gracias a Dios —interrumpió doña Teresa Corrales, la pensionista del 4.º B.

—A Él sean dadas —replicó don Ibrahim con solemnidad.

—Amén —añadieron algunos en voz baja.

—Cuando anoche —siguió don Ibrahim de Ostolaza—, nuestro convecino don Leoncio Maestre, cuya inocencia todos deseamos que pronto brille intensa y cegadora como la luz solar...

—¡No debemos entorpecer la acción de la justicia! —clamó don Antonio Pérez Palenzuela, un señor que estaba empleado en Sindicatos y que vivía en el 1.º C—. ¡Debemos abstenernos de opinar antes de tiempo! ¡Soy el jefe de casa y tengo el deber de evitar toda posible coacción al poder judicial!

—Cállese usted, hombre —le dijo don Camilo Pérez, callista, vecino del principal D—, deje usted seguir a don Ibrahim.

—Bien, don Ibrahim, continúe usted, no quiero interrumpir la reunión, tan solo quiero respeto para las dignas autoridades judiciales y consideración a su labor en pro de un orden...

—¡Chist...! ¡Chist...! ¡Deje seguir!

Don Antonio Pérez Palenzuela se calló.

—Como decía, cuando anoche don Leoncio Maestre me comunicó la mala nueva del accidente acaecido en la persona de doña Margot Sobrón de Suárez, que en gloria esté, me faltó tiempo para solicitar de nuestro buen y particular amigo el doctor don Manuel Jorquera, aquí presente, que diese un exacto y preciso diagnóstico del estado de nuestra convecina. El doctor Jorquera, con una presteza que dice mucho y muy alto de su pundonor profesional, se puso a mi disposición y juntos entramos en el domicilio de la víctima.

Don Ibrahim quintaesenció su actitud tribunicia.

—Me tomo la libertad de solicitar de ustedes un voto de gracias para el ilustre doctor Jorquera, quien, en unión del también ilustre doctor don Rafael Masasana, cuya modestia, en estos momentos, le hace semiesconderse tras la cortina, a todos nos honran con su vecindad.

—Muy bien —dijeron al tiempo don Exuperio Estremera, el sacerdote del 4.º C, y el propietario, don Lorenzo Sogueiro, del bar El Fonsagrado, que estaba en uno de los bajos.

Las miradas de aplauso de todos los reunidos iban de un médico al otro; aquello se parecía bastante a una corrida de toros, cuando el matador que quedó bien y es llamado a los medios, se lleva consigo al compañero que tuvo menos suerte con el ganado y no quedó tan bien.

—Pues bien, señores —exclamó don Ibrahim—; cuando pude ver que los auxilios de la ciencia eran ineficaces ya ante el monstruoso crimen perpetrado, tan solo tuve dos preocupaciones que, como buen creyente, a Dios encomendé: que ninguno de nosotros (y ruego a mi querido señor Pérez Palenzuela que no vea en mis palabras la más ligera sombra de conato de coacción sobre nadie), que ninguno de nosotros, decía, se viese encartado en este feo y deshonoroso asunto, y que a doña Margot no le faltasen las honras fúnebres que todos, llegado el momento, quisiéramos para nosotros y para nuestros deudos y allegados.

Don Fidel Utrera, el practicante del entresuelo A, que era muy flamenco, por poco dice ¡bravo!; ya lo tenía en la punta de la lengua, pero, por fortuna, pudo dar marcha atrás.

—Propongo, por tanto, amables convecinos, que con vuestra presencia dais lustre y prestancia a mis humildes muros...

Doña Juana Entrena, viuda de Sisemón, la pensionista del 1.º B, miró para don Ibrahim. ¡Qué manera de expresarse! ¡Qué belleza! ¡Qué precisión! ¡Parece un libro abierto! Doña Juana, al tropezar con la mirada del señor Ostolaza, volvió la vista hacia Francisco López, el dueño de la peluquería de señoras Cristi and Quico, instalada en el entresuelo C, que tantas veces había sido su confidente y su paño de lágrimas.

Las dos miradas, al cruzarse, tuvieron un breve, un instantáneo diálogo.

—¿Eh? ¿Qué tal?

—¡Sublime, señora!

Don Ibrahim continuaba impasible.

—... que nos encarguemos, individualmente, de encomendar a doña Margot en nuestras oraciones, y colectivamente, de costear los funerales por su alma.

—Estoy de acuerdo —dijo don José Leciñena, el propietario del 2.º D.

—Completamente de acuerdo —corroboró don José María Olvera, un capitán de intendencia que vivía en el 1.º A.

—¿Piensan todos ustedes igual?

Don Arturo Ricote, empleado del Banco Hispano Americano y vecino del 4.º D, dijo con su vocecilla cascada:

—Sí, señor.

—Sí, sí —votaron don Julio Maluenda, el marino mercante retirado del 2.º C, que tenía la casa que parecía una chamarilería, llena de mapas y de grabados y de maquetas de barcos, y don Rafael Sáez, el joven aparejador del 3.º D.

—Sin duda alguna tiene razón el señor Ostolaza; debemos atender los sufragios de nuestra desaparecida convecina —opinó don Carlos Luque, del comercio, inquilino del 1.º D.

—Yo, lo que digan todos, a mí todo me parece bien.

Don Pedro Pablo Tauste, el dueño del taller de reparación de calzado La Clínica del Chapín, no quería marchar contra la corriente.

—Es una idea oportuna y plausible. Secundémosla —habló don Fernando Cazuela, el procurador de los tribunales del principal B, que la noche anterior, cuando todos los vecinos buscaban al criminal por orden de don Ibrahim, se encontró con el amigo de su mujer, que estaba escondido, muy acurrucado, en la cesta de la ropa sucia.

—Igual digo —cerró don Luis Noalejo, representante en Madrid de las Hilaturas Viuda e Hijos de Casimiro Pons, y habitante del principal C.

—Muchas gracias, señores, ya veo que todos estamos de acuerdo; todos nosotros

hemos hablado y expresado nuestros coincidentes puntos de vista. Recojo vuestra amable adhesión y la pongo en manos del pío presbítero don Exuperio Estremera, nuestro vecino, para que él organice todos los actos con arreglo a sus sólidos conocimientos de canonista.

Don Exuperio puso un gesto mirífico.

—Acepto vuestro mandato.

La cosa había llegado a su fin y la reunión comenzó a disolverse poco a poco. Algunos vecinos tenían cosas que hacer; otros, los menos, pensaban que quien tendría cosas que hacer era, probablemente, don Ibrahim, y otros, que de todo hay siempre, se marcharon porque ya estaban cansados de llevar una hora larga de pie. Don Gumersindo López, empleado de la Campsa y vecino del entresuelo C, que era el único asistente que no había hablado, se iba preguntando, a medida que bajaba, pensativamente, las escaleras:

—¿Y para esto pedí yo permiso en la oficina?

Doña Matilde, de vuelta de la lechería de doña Ramona, habla con la criada.

—Mañana traiga usted hígado para el mediodía, Lola. Don Tesifonte dice que es muy saludable.

Don Tesifonte es el oráculo de doña Matilde. Es también su huésped.

—Un hígado que esté tiernecito para poder hacerlo con el guiso de los riñones, con un poco de vino y cebollita picada.

Lola dice a todo que sí; después, del mercado, trae lo primero que encuentra o lo que le da la gana.

Seoane sale de su casa. Todas las tardes, a las seis y media, empieza a tocar el violín en el café de doña Rosa. Su mujer se queda zurciendo calcetines y camisetas en la cocina. El matrimonio vive en un sótano de la calle de Ruiz, húmedo y malsano, por el que pagan quince duros; menos mal que está a un paso del café y Seoane no tiene que gastarse jamás ni un real en tranvías.

—Adiós, Sonsoles, hasta luego.

La mujer ni levanta la vista de la costura.

—Adiós, Alfonso, dame un beso.

Sonsoles tiene debilidad en la vista, tiene los párpados rojos; parece siempre que acaba de estar llorando. A la pobre, Madrid no le prueba. De recién casada estaba hermosa, gorda, reluciente, daba gusto verla, pero ahora, a pesar de no ser vieja aún, está ya hecha una ruina. A la mujer le salieron mal sus cálculos, creyó que en Madrid se ataban los perros con longanizas, se casó con un madrileño, y ahora que ya las cosas no tenían arreglo, se dio cuenta de que se había equivocado. En su pueblo, en Navarredondilla, provincia de Ávila, era una señorita y comía hasta hartarse; en Madrid era una desdichada que se iba a la cama sin cenar la mayor parte de los días.

Macario y su novia, muy cogiditos de la mano, están sentados en un banco, en el

cuchitril de la señora Fructuosa, tía de Matildita y portera en la calle de Fernando VI.

—Hasta siempre...

Matildita y Macario hablan en un susurro.

—Adiós, pajarito mío, me voy a trabajar.

—Adiós, amor, hasta mañana. Yo estaré todo el tiempo pensando en ti.

Macario aprieta largamente la mano de la novia y se levanta; por el espinazo le corre un temblor.

—Adiós, señora Fructuosa, muchas gracias.

—Adiós, hijo, de nada.

Macario es un chico muy fino que todos los días da las gracias a la señora Fructuosa. Matildita tiene el pelo como la panocha y es algo corta de vista. Es pequeñita y graciosa, aunque feuchina, y da, cuando puede, alguna clase de piano. A las niñas les enseña tangos de memoria, que es de mucho efecto.

En su casa siempre echa una mano a su madre y a su hermana Juanita, que bordan para fuera.

Matildita tiene treinta y nueve años.

Las hijas de doña Visi y de don Roque, como ya saben los lectores de *El Querubín Misionero*, son tres: las tres jóvenes, las tres bien parecidas, las tres un poco frescas, un poco ligeras de cascos.

La mayor se llama Julita, tiene veintidós años y lleva el pelo pintado de rubio. Con la melena suelta y ondulada, parece Jean Harlow.

La del medio se llama Visitación, como la madre, tiene veinte años y es castaña, con los ojos profundos y soñadores.

La pequeña se llama Esperanza. Tiene novio formal, que entra en casa y habla de política con el padre. Esperanza está preparando su equipo y acaba de cumplir los diecinueve años.

Julita, la mayor, anda por aquellas fechas muy enamoriscada de un opositor a notarías que le tiene sorbida la sesera. El novio se llama Ventura Aguado Sans, y lleva ya siete años, sin contar los de la guerra, presentándose a notarías sin éxito alguno.

—Pero, hombre, preséntate de paso a registros —le suele decir su padre, un cosechero de almendra de Riudecols, en el campo de Tarragona.

—No, papá, no hay color.

—Pero, hijo, en notarías, ya lo ves, no sacas plaza ni de milagro.

—¿Que no saco plaza? ¡El día que quiera! Lo que pasa es que para no sacar Madrid o Barcelona, no merece la pena. Prefiero retirarme, siempre se queda mejor. En notarías, el prestigio es una cosa muy importante, papá.

—Sí, pero, vamos... ¿Y Valencia? ¿Y Sevilla? ¿Y Zaragoza? También deben estar bastante bien, creo yo.

—No, papá, sufres un error de enfoque. Yo tengo hecha mi composición de lugar.

Si quieres, lo dejo...

—No, hombre, no, no saques las cosas de quicio. Sigue. En fin, ¡ya que has empezado! Tú de eso sabes más que yo.

—Gracias, papá, eres un hombre inteligente. Ha sido una gran suerte para mí ser hijo tuyo.

—Es posible. Otro padre cualquiera te hubiera mandado al cuerno hace ya una temporada. Pero bueno, lo que yo me digo, ¡si algún día llegas a notario!

—No se tomó Zamora en una hora, papá.

—No, hijo, pero mira, en siete años y pico ya hubo tiempo de levantar otra Zamora al lado, ¿eh?

Ventura sonrío.

—Llegaré a notario de Madrid, papá, no lo dudes. ¿Un lucky?

—¿Eh?

—¿Un pitillo rubio?

—¡Huy, huy! No, deja, prefiero del mío.

Don Ventura Aguado Despujols piensa que su hijo, fumando pitillos rubios como una señorita, no llegará nunca a notario. Todos los notarios que él conoce, gente seria, grave, circunspecta y de fundamento, fuman tabaco de cuarterón.

—¿Te sabes ya el Castán de memoria?

—No, de memoria, no; es de mal efecto.

—¿Y el código?

—Sí, pregúntame lo que quieras y por donde quieras.

—No, era solo por curiosidad.

Ventura Aguado Sans hace lo que quiere de su padre, lo abrumba con eso de la composición de lugar y del error de enfoque.

La segunda de las hijas de doña Visi, Visitación, acaba de reñir con su novio, llevaban ya un año de relaciones. Su antiguo novio se llama Manuel Cordel Esteban y es estudiante de medicina. Ahora, desde hace una semana, la chica sale con otro muchacho, también estudiante de medicina. A rey muerto, rey puesto.

Visi tiene una intuición profunda para el amor. El primer día permitió que su nuevo acompañante le estrechase la mano, con cierta calma, ya durante la despedida, a la puerta de su casa; habían estado merendando té con pastas en Garibay. El segundo, se dejó coger del brazo para cruzar las calles; estuvieron bailando y tomándose una media combinación en Casablanca. El tercero, abandonó la mano, que él llevó cogida toda la tarde; fueron a oír música y a mirarse, silenciosos, al café María Cristina.

—Lo clásico, cuando un hombre y una mujer empiezan a amarse —se atrevió a decir él, después de mucho pensarlo.

El cuarto, la chica no opuso resistencia a dejarse coger del brazo, hacía como que no se daba cuenta.

—No, al cine, no. Mañana.

El quinto, en el cine, él la besó furtivamente, en una mano. El sexto, en el Retiro, con un frío espantoso, ella dio la disculpa que no lo es, la disculpa de la mujer que tiende su puente levadizo.

—No, no, por favor, déjame, te lo suplico, no he traído la barra de los labios, nos pueden ver...

Estaba sofocada y las aletas de la nariz le temblaban al respirar. Le costó un trabajo inmenso negarse, pero pensó que la cosa quedaba mejor así, más elegante.

El séptimo, en un palco del cine Bilbao, él, cogiéndole de la cintura, le suspiró al oído:

—Estamos solos, Visi..., querida Visi..., vida mía.

Ella, dejando caer la cabeza sobre su hombro, habló con un hilo de voz, con un hilito de voz delgado, quebrado, lleno de emoción.

—Sí, Alfredo, ¡qué feliz soy!

A Alfredo Angulo Echevarría le temblaron las sienas vertiginosamente, como si tuviese calentura, y el corazón le empezó a latir a una velocidad desusada.

—Las suprarrenales. Ya están ahí las suprarrenales soltando su descarga de adrenalina.

La tercera de las niñas, Esperanza, es ligera como una golondrina, tímida como una paloma. Tiene sus conchas, como cada quisque, pero sabe que le va bien su papel de futura esposa, y habla poco y con voz suave y dice a todo el mundo:

—Lo que tú quieras, yo hago lo que tú quieras.

Su novio, Agustín Rodríguez Silva, le lleva quince años y es dueño de una droguería de la calle Mayor.

El padre de la chica está encantado, su futuro yerno le parece un hombre de provecho. La madre también lo está.

—Jabón Lagarto, del de antes de la guerra, de ese que nadie tiene, y todo, todito lo que le pida, le falta tiempo para traérmelo.

Sus amigas la miran con cierta envidia. ¡Qué mujer de suerte! ¡Jabón Lagarto!

Doña Celia está planchando unas sábanas cuando suena el teléfono.

—¿Diga?

—Doña Celia, ¿es usted? Soy don Francisco.

—¡Hola, don Francisco! ¿Qué dice usted de bueno?

—Pues ya ve, poca cosa. ¿Va a estar usted en casa?

—Sí, sí, yo de aquí no me muevo, ya sabe usted.

—Bien, yo iré a eso de las nueve.

—Cuando usted guste, ya sabe que usted me manda. ¿Llamo a...?

—No, no llame a nadie.

—Bien, bien.

Doña Celia colgó el teléfono, chascó los dedos, y se metió en la cocina, a echarse al cuerpo una copita de anís. Había días en que todo se ponía bien. Lo malo es que

también se presentaban otros en los que las cosas se torcían y, al final, no se vendía una escoba.

Doña Ramona Bragado, cuando doña Matilde y doña Asunción se marcharon de la lechería, se puso el abrigo y se fue a la calle de la Madera, donde trataba de catequizar a una chica que estaba empleada de empaquetadora en una imprenta.

—¿Está Victorita?

—Sí, ahí la tiene usted.

Victorita, detrás de una larga mesa, se dedicaba a preparar unos paquetes de libros.

—¡Hola, Victorita, hija! ¿Te quieres pasar después por la lechería? Van a venir mis sobrinas a jugar a la brisca; yo creo que lo pasaremos bien y que nos divertiremos.

Victorita se puso colorada.

—Bueno; sí, señora, como usted quiera.

A Victorita no le faltó nada para echarse a llorar; ella sabía muy bien dónde se metía. Victorita andaba por los dieciocho años, pero estaba muy desarrollada y parecía una mujer de veinte o veintidós. La chica tenía un novio, a quien habían devuelto del cuartel porque estaba tuberculoso; el pobre no podía trabajar y se pasaba todo el día en la cama, sin fuerzas para nada, esperando a que Victorita fuese a verlo, al salir del trabajo.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

Victorita, en cuanto la madre de su novio salía de la alcoba, se acercaba a la cama y lo besaba.

—No me beses, te voy a pegar esto.

—Nada me importa, Paco. ¿A ti no te gusta besarme?

—¡Mujer, sí!

—Pues lo demás no importa; yo por ti sería capaz de cualquier cosa.

Un día que Victorita estaba pálida y demacrada, Paco le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada, que he estado pensando.

—¿El qué pensaste?

—Pues pensé que eso se te quitaba a ti con medicinas y comiendo hasta hartarte.

—Puede ser, pero, ¡ya ves!

—Yo puedo buscar dinero.

—¿Tú?

A Victorita se le puso la voz gangosa, como si estuviera bebida.

—Yo, sí. Una mujer joven, por fea que sea, siempre vale dinero.

—¿Qué dices?

Victorita estaba muy tranquila.

—Pues lo que oyes. Si te fueses a curar me liaba con el primer tío rico que me sacase de querida.

A Paco le subió un poco el color y le temblaron ligeramente los párpados. Victorita se quedó algo extrañada cuando Paco le dijo:

—Bueno.

Pero en el fondo, Victorita lo quiso todavía un poco más.

En el café, doña Rosa estaba que echaba las muelas. La que le había armado a López por lo de las botellas de licor había sido épica; broncas como aquella no entraban muchas en quintal.

—Cálmese, señora; yo pagaré las botellas.

—¡Anda, pues naturalmente! ¡Eso sí que estaría bueno, que encima se me pegasen a mí al bolsillo! Pero no es eso solo. ¿Y el escándalo que se armó? ¿Y el susto que se llevaron los clientes? ¿Y el mal efecto de que ande todo rodando por el suelo? ¿Eh? ¿Eso cómo se paga? ¿Eso quién me lo paga a mí? ¡Bestia! ¡Que lo que eres es un bestia, y un rojo indecente, y un chulo! ¡La culpa la tengo yo por no denunciaros a todos! ¡Di que una es buena! ¿Dónde tienes los ojos? ¿En qué furcia estabas pensando? ¡Sois igual que bueyes! ¡Tú y todos! ¡No sabéis dónde pisáis!

Consortio López, blanco como el papel, procuraba tranquilizarla.

—Fue una desgracia, señora; fue sin querer.

—¡Hombre, claro! ¡Lo que faltaba es que hubiera sido aposta! ¡Sería lo último! ¡Que en mi café y en mis propias narices, un mierda de encargado que es lo que eres tú, me rompiese las cosas porque sí, porque le daba la gana! ¡No, si a todo llegaremos! ¡Eso ya lo sé yo! ¡Pero vosotros no lo vais a ver! ¡El día que me harte vais todos a la cárcel, uno detrás de otro! ¡Tú el primero, que no eres más que un golfo! ¡Di que una no quiere, que si tuviera mala sangre como la tenéis vosotros...!

En plena bronca, con todo el café en silencio y atento a los gritos de la dueña, entró en el local una señora alta y algo gruesa, no muy joven pero bien conservada, guapetona, un poco ostentosa, que se sentó a una mesa enfrente del mostrador. López, al verla, perdió la poca sangre que le quedaba: Marujita, con diez años más, se había convertido en una mujer espléndida, pletórica, rebotante, llena de salud y de poderío. En la calle, cualquiera que la viese la hubiera diagnosticado de lo que era, una rica de pueblo, bien casada, bien vestida y bien comida, y acostumbrada a mandar en jefe y a hacer siempre su santa voluntad.

Marujita llamó a un camarero.

—Tráigame usted café.

—¿Con leche?

—No, solo. ¿Quién es esa señora que grita?

—Pues, la señora de aquí; vamos, el ama.

—Dígale usted que venga, que haga el favor.

Al pobre camarero le temblaba la bandeja.

—Pero, ¿ahora mismo tiene que ser?

—Sí. Dígale que venga, que yo la llamo.

El camarero, con el gesto del reo que camina hacia el garrote, se acercó al mostrador.

—López, marche uno solo. Oiga, señora, con permiso.

Doña Rosa se volvió.

—¿Qué quieres!

—No, yo nada, es que aquella señora la llama a usted.

—¿Cuál?

—Aquella de la sortija; aquella que mira para aquí.

—¿Me llama a mí?

—Sí, a la dueña, me dijo; yo no sé qué querrá; parece una señora importante, una señora de posibles. Me dijo, dice, diga usted a la dueña que haga el favor de venir.

Doña Rosa, con el ceño fruncido, se acercó a la mesa de Marujita. López se pasó la mano por los ojos.

—Buenas tardes. ¿Me buscaba usted?

—¿Es usted la dueña?

—Servidora.

—Pues sí, a usted buscaba. Déjeme que me presente: soy la señora de Gutiérrez, doña María Ranero de Gutiérrez; tome usted una tarjeta, ahí va la dirección. Mi esposo y yo vivimos en Tomelloso, en la provincia de Ciudad Real, donde tenemos la hacienda, unas finquitas de las que vivimos.

—Ya, ya.

—Sí. Pero ahora ya nos hemos hartado de pueblo, ahora queremos liquidar todo aquello y venimos a vivir a Madrid. Aquello, desde la guerra, se puso muy mal, siempre hay envidias, malos quereres, ya sabe usted.

—Sí, sí.

—Pues claro. Y además los chicos ya son mayorcitos y, lo que pasa, que si los estudios, que si después las carreras, lo de siempre: que si no nos venimos con ellos, pues los perdemos ya para toda la vida.

—Claro, claro. ¿Tienen ustedes muchos chicos?

La señora de Gutiérrez era algo mentirosa.

—Pues sí, tenemos cinco ya. Los dos mayorcitos van a cumplir los diez años, están ya hechos unos hombres. Estos gemelos son de mi otro matrimonio; yo quedé viuda muy joven. Mírelos usted.

A doña Rosa le sonaban, ella no podía recordar de qué, las caras de aquellos dos chiquillos de primera comunión.

—Y natural, pues al venimos a Madrid, queremos, poco más o menos, ver lo que hay.

—Ya, ya.

Doña Rosa se fue calmando, ya no parecía la misma de unos minutos antes. A

doña Rosa, como a todos los que gritan mucho, la dejaban como una malva en cuanto que la ganaban por la mano.

—Mi marido había pensado que, a lo mejor, no sería malo esto de un café; trabajando, parece que se le debe sacar provecho.

—¿Eh?

—Pues, sí, bien claro, que andamos pensando en comprar un café, si el amo se pone en razón.

—Yo no vendo.

—Señora, nadie le había dicho a usted nada. Además, eso no se puede nunca decir. Todo es según cómo. Lo que yo le digo es que lo piense. Mi esposo está ahora malo, lo van a operar de una fístula en el ano, pero nosotros queremos estar algún tiempo en Madrid. Cuando se ponga bueno ya vendrá a hablar con usted; los cuartos son de los dos, pero vamos, el que lo lleva todo es él. Usted, mientras tanto, lo piensa si quiere. Aquí no hay compromiso ninguno, nadie ha firmado ningún papel.

La voz de que aquella señora quería comprar el café corrió, como una siembra de pólvora, por todas las mesas.

—¿Cuál?

—Aquella.

—Parece mujer rica.

—Hombre, para comprar un café no va a estar viviendo de una pensión.

Cuando la noticia llegó al mostrador, López, que estaba ya agonizante, tiró otra botella. Doña Rosa se volvió, con silla y todo. Su voz retumbó como un cañonazo.

—¡Animal, que eres un animal!

Marujita aprovechó la ocasión para sonreír un poco a López. Lo hizo de una manera tan discreta, que nadie se enteró; López, probablemente, tampoco.

—¡Ande, que como se queden con un café, ya pueden usted y su esposo tener vista con este ganado!

—¿Destrozan mucho?

—Todo lo que usted les eche. Para mí que lo hacen aposta. La cochina envidia, que se los come vivitos...

Martín habla con Nati Robles, compañera suya de los tiempos de la FUE. Se la encontró en la Red de San Luis. Martín estaba mirando para el escaparate de una joyería y Nati estaba dentro; había ido a que le arreglasen el broche de una pulsera. Nati está desconocida, parece otra mujer. Aquella muchacha delgaducha, desaliñada, un poco con aire de sufragista, con zapato bajo y sin pintar, de la época de la facultad, era ahora una señorita esbelta, elegante, bien vestida y bien calzada, compuesta con coquetería e incluso con arte. Fue ella quien lo reconoció.

—¡Marco!

Martín la miró temeroso. Martín mira con cierto miedo a todas las caras que le resultan algo conocidas, pero que no llega a identificar. El hombre siempre piensa que

se le van a echar encima y que le van a empezar a decir cosas desagradables; si comiese mejor, probablemente no le pasaría eso.

—Soy Robles, ¿no te acuerdas?, Nati Robles.

Martín se quedó pegado, estupefacto.

—¿Tú?

—Sí, hijo, yo.

A Martín le invadió una alegría muy grande.

—¡Qué bárbara, Nati! ¡Cómo estás! ¡Pareces una duquesa!

Nati se rio.

—Chico, pues no lo soy; no creas que por falta de ganas, pero ya ves, soltera y sin compromiso, ¡como siempre! ¿Llevas prisa?

Martín titubeó un momento.

—Pues no, la verdad; ya sabes que soy un hombre que no merece la pena que ande de prisa.

Nati lo cogió del brazo.

—¡Tan bobo como siempre!

Martín se azaró un poco y trató de escurrirse.

—Nos van a ver.

Nati soltó la carcajada, una carcajada que hizo volver la cabeza a la gente. Nati tenía una voz bellísima, alta, musical, jolgoriosa, llena de alegría, una voz que parecía una campana finita.

—Perdona, chico, no sabía que estuvieses comprometido.

Nati empujó con un hombro a Martín y no se soltó; al contrario, lo cogió más fuerte.

—Sigues lo mismo que siempre.

—No, Nati; yo creo que peor.

La muchacha echó a andar.

—¡Venga, no seas pelma! Me parece que a ti lo que te vendría de primera es que te espabilasen. ¿Sigues haciendo versos?

A Martín le dio un poco de vergüenza seguir haciendo versos.

—Pues sí; yo creo que esto ya tiene mal arreglo.

—¡Y tan malo!

Nati volvió a reír.

—Tú eres una mezcla de fresco, de vago, de tímido y de trabajador.

—No te entiendo.

—Yo tampoco. Anda, vamos a meternos en cualquier lado, tenemos que celebrar nuestro encuentro.

—Bueno, como quieras.

Nati y Martín se metieron en el café Gran Vía, que está lleno de espejos. Nati, con tacón alto, era incluso un poco más alta que él.

—¿Nos sentamos aquí?

—Sí, muy bien, donde tú quieras.

Nati le miró a los ojos.

—Chico, ¡qué galante! Parece que soy tu última conquista.

Nati olía maravillosamente bien...

En la calle de Santa Engracia, a la izquierda, cerca ya de la plaza de Chamberí, tiene su casa doña Celia Vecino, viuda de Cortés.

Su marido, don Obdulio Cortés López, del comercio, había muerto después de la guerra, a consecuencia, según decía la esquila del *ABC*, de los padecimientos sufridos durante el dominio rojo.

Don Obdulio había sido toda su vida un hombre ejemplar, recto, honrado, de intachable conducta, lo que se llama un modelo de caballeros. Fue siempre muy aficionado a las palomas mensajeras, y cuando murió, en una revista dedicada a estas cosas, le tributaron un sentido y cariñoso recuerdo: una foto suya, de joven todavía, con un pie donde podía leerse: «Don Obdulio Cortés López, ilustre prócer de la colombofilia hispana, autor de la letra del himno “Vuela sin cortapisas, paloma de la paz”, expresidente de la Real Sociedad Colombófila de Almería, y fundador y director de la que fue gran revista *Palomas y Palomares* (boletín mensual con información del mundo entero), a quien rendimos, con motivo de su óbito, el más ferviente tributo de admiración con nuestro dolor». La foto aparecía rodeada, toda ella, de una gruesa orla de luto. El pie lo redactó don Leonardo Cascajo, maestro nacional.

Su señora, la pobre, se ayuda a malvivir alquilando a algunos amigos de confianza unos gabinetitos muy cursis, de estilo cubista y pintados de color naranja y azul, donde el no muy abundante confort es suplido, hasta donde pueda serlo, con buena voluntad, con discreción y con mucho deseo de agradar y de servir.

En la habitación de delante, que es un poco la de respeto, la reservada para los mejores clientes, don Obdulio, desde un dorado marco de purpurina, con el bigote enhiesto y la mirada dulce, protege, como un malévolo y picardeado diosillo del amor, la clandestinidad que permite comer a su viuda.

La casa de doña Celia es una casa que rezuma ternura por todos los poros; una ternura, a veces, un poco agraz; en ocasiones, es posible que un poco venenosilla. Doña Celia tiene recogidos dos niños pequeños, hijos de una sobrinita que murió medio de sinsabores y disgustos, medio de avitaminosis, cuatro o cinco meses atrás. Los niños, cuando llega alguna pareja, gritan jubilosos por el pasillo: ¡viva, viva, que ha venido otro señor! Los angelitos saben que el que entre un señor con una señorita del brazo significa comer caliente al otro día.

Doña Celia, el primer día que Ventura asomó con la novia por su casa, le dijo:

—Mire usted, lo único que le pido es decencia, mucha decencia, que hay criaturas. Por amor de Dios, no me alborote.

—Descuide, usted, señora, no pase cuidado, uno es un caballero.

Ventura y Julita solían meterse en la habitación a las tres y media o cuatro y no se marchaban hasta dadas las ocho. No se les oía ni hablar; así daba gusto.

El primer día, Julita estuvo mucho menos azarada de lo corriente; en todo se fijaba y todo lo tenía que comentar.

—Qué horrorosa es esa lámpara; fíjate, parece un irrigador.

Ventura no encontraba una semejanza muy precisa.

—No, mujer, qué va a parecer un irrigador. Anda, no seas gansa, siéntate aquí a mi lado.

—Voy.

Don Obdulio, desde su retrato, miraba a la pareja casi con severidad.

—Oye, ¿quién será ese?

—¿Yo qué sé? Tiene cara de muerto, ese debe estar ya muerto.

Julita seguía paseando por el cuarto. A lo mejor los nervios la hacían andar dando vueltas de un lado para otro; en otra cosa, desde luego, no se le notaban.

—¡A nadie se le ocurre poner flores de cretona! Las clavan en serrín porque seguramente piensan que eso hace muy bonito, ¿verdad?

—Sí, puede ser.

Julita no se paraba ni de milagro.

—¡Mira, mira, ese corderito es tuerto! ¡Pobre!

Efectivamente, al corderito bordado sobre uno de los almohadones del diván le faltaba un ojo.

Ventura se puso serio, aquello empezaba a ser el cuento de nunca acabar.

—¿Quieres estarte quieta?

—¡Ay, hijo, qué brusco eres!

Por dentro, Julita estaba pensando:

—¡Con el encanto que tiene llegar de puntillas al amor!

Julita era muy artista, mucho más artista, sin duda, que su novio.

Marujita Ranero, cuando salió del café, se metió en una panadería a llamar por teléfono al padre de sus dos gemelitos.

—¿Te gusté?

—Sí. Oye, Maruja, ¡pero tú estás loca!

—No, ¡qué voy a estarlo! Fui a que me vieses, no quería que esta noche te cogiera la cosa de sorpresa y te llevaras una desilusión.

—Sí, sí...

—Oye, ¿de verdad que te gusto todavía?

—Más que antes, te lo juro, y antes me gustabas más que el pan frito.

—Oye, y si yo pudiese, ¿te casarías conmigo?

—Mujer...

—Oye, con este no he tenido hijos.

—¿Pero él?

—Él tiene un cáncer como una casa; el médico me dijo que no puede salir adelante.

—Ya, ya. Oye.

—Qué.

—¿De verdad que piensas comprar el café?

—Si tú quieres, sí. En cuanto que se muera y nos podamos casar. ¿Lo quieres de regalo de boda?

—¡Pero, mujer!

—Sí, chico, yo he aprendido mucho. Y además soy rica y hago lo que me da la gana. Él me lo deja todo; me enseñó el testamento. Dentro de unos meses no me dejo ahorcar por cinco millones.

—¿Eh?

—Pues que dentro de unos meses, ¿me oyes?, no me dejo ahorcar por cinco millones.

—Sí, sí...

—¿Llevas en la cartera las fotos de los nenes?

—Sí.

—¿Y las mías?

—No; las tuyas, no. Cuando te casaste, las quemé; me pareció mejor.

—Allá tú. Esta noche te daré unas cuantas. ¿A qué hora irás, poco más o menos?

—Cuando cerremos, a la una y media o dos menos cuarto.

—No tardes, ¿eh?, vete derecho.

—Sí.

—¿Te acuerdas del sitio?

—Sí. La Colladense, en la calle de la Magdalena.

—Eso es, habitación número tres.

—Sí. Oye, cuelgo, que arrima para aquí la bestia.

—Adiós, hasta luego. ¿Te echo un beso?

—Sí.

—Tómalo, tómalos todos; no uno, sino mil millones...

La pobre panadera estaba asustadita. Cuando Marujita Ranero se despidió y le dio las gracias, la mujer no pudo ni contestarle.

Doña Montserrat dio por terminada su visita.

—Adiós, amiga Visitación; por mí estaría aquí todo el santo día, escuchando su agradable charla.

—Muchas gracias.

—No es coba, es la pura verdad. Lo que pasa, ya le digo, es que hoy no quiero perderme la Reserva.

—¡Si es por eso!

—Sí, ya he faltado ayer.

—Yo estoy hecha una laica. En fin, ¡que Dios no me castigue!

Ya en la puerta, doña Visitación piensa decirle a doña Montserrat:

—¿Quiere que nos tuteemos? Yo creo que ya debemos tutearnos, ¿no te parece?

Doña Montserrat es muy simpática, hubiera dicho encantada que sí.

Doña Visitación piensa decirle, además:

—Y si nos tuteamos, lo mejor será que yo te llame Montse y tú me llames Visi, ¿verdad?

Doña Montserrat también hubiera aceptado. Es muy complaciente y, bien mirado, las dos son amigas ya casi veteranas. Pero, ¡lo que son las cosas!, con la puerta abierta, doña Visitación no se atrevió más que a decir:

—Adiós, amiga Montserrat, no se nos venda usted tan cara.

—No, no; ahora voy a ver si vengo por aquí con más frecuencia.

—¡Ojalá sea cierto!

—Sí. Óigame, Visitación, no se me olvide usted de que me prometió dos pastillas de jabón Lagarto a buen precio.

—No, no; descuide.

Doña Montserrat, que entró en casa de doña Visi bajo el mismo signo, se marchó al tiempo que el loro del segundo barbarizaba.

—¡Qué horror! ¿Qué es eso?

—No me hable usted, hija, un loro que es el mismo diablo.

—¡Qué vergüenza! ¡A eso no debía haber derecho!

—Verdaderamente. Yo ya no sé lo que hacer.

Rabelais es un loro de mucho cuidado, un loro procaz y sin principios, un loro descastado y del que no hay quien haga carrera. A lo mejor está una temporada algo más tranquilo, diciendo «chocolate» y «Portugal» y otras palabras propias de un loro fino, pero como es un inconsciente, cuando menos se piensa y a lo mejor su dueña está con una visita de cumplido, se descuelga declamando ordinarièces y pecados con su voz cascada de solterona vieja. Angelito, que es un chico muy piadoso de la vecindad, estuvo tratando de llevar a Rabelais al buen camino, pero no consiguió nada; sus esfuerzos fueron en vano y su labor cayó en el vacío. Después se desanimó y lo fue dejando poco a poco, y Rabelais, ya sin preceptor, pasó unos quince días en que sonrojaba oírle hablar. Cómo sería la cosa, que hasta llamó la atención a su dueña un señor del principal, don Pío Navas Pérez, interventor de los ferrocarriles.

—Mire, usted, señora, lo de su lorito ya pasa de castaño oscuro. Yo no pensaba decirle nada, pero la verdad es que ya no hay derecho. Piense usted que tengo ya una pollita en estado de merecer y que no está bien que oiga estas cosas. ¡Vamos, digo yo!

—Sí, don Pío, tiene usted más razón que un santo. Perdone usted, ya le llamaré la atención. ¡Este Rabelais es incorregible!

Alfredo Angulo Echevarría le dice a su tía doña Lolita Echevarría de Cazuela:

—Visi es un encanto de chica, ya la verás. Es una chica moderna, con muy buen

aire, inteligente, guapa, en fin, todo. Yo creo que la quiero mucho.

Su tía Lolita está como distraída. Alfredo sospecha que no le está haciendo maldito el caso.

—Me parece, tía, que a ti no te importa nada esto que te estoy contando de mis relaciones.

—Sí, sí, ¡qué bobo! ¿Cómo no me va a importar?

Después, la señora de Cazuela empezó a retorcerse las manos y a hacer extraños, y acabó rompiendo en un llanto violento, dramático, aparatoso. Alfredo se asustó.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada, ¡déjame!

Alfredo trató de consolarla.

—Pero mujer, tía, ¿qué tienes? ¿Metí la pata en algo?

—No, no, déjame, déjame llorar.

Alfredo quiso gustarle una bromita a ver si así se animaba.

—Bueno, tía, no seas histérica, que ya no andas por los dieciocho años. Cualquiera que te vea va a pensar que lo que tú tienes son contrariedades amorosas...

Nunca lo hubiera dicho. La señora de Cazuela palideció, puso los ojos en blanco y, ¡pum!, se fue de bruces contra el suelo. El tío Fernando no estaba en casa; estaba reunido con todos los vecinos porque la noche anterior había habido un crimen en la casa y querían tener un cambio de impresiones y tomar algunos acuerdos. Alfredo sentó a tía Lolita en una butaca y le echó un poco de agua por la cara; cuando se repuso, Alfredo les dijo a las criadas que le preparasen una taza de tila.

Cuando doña Lolita pudo hablar, miró para Alfredo y le dijo, con una voz lenta y opaca:

—¿Tú sabes quién me compraría el cestón de la ropa sucia?

Alfredo se quedó un poco extrañado de la pregunta.

—No sé, cualquier trapero.

—Si te encargas de que salga de casa, te lo regalo; yo no quiero ni verlo. Lo que te den, para ti.

—Bueno.

A Alfredo le entró cierta preocupación. Cuando volvió su tío, lo llamó aparte y le dijo:

—Mira, tío Fernando, yo creo que debes llevar a la tía al médico, a mí me parece que tiene una gran debilidad nerviosa. Además, tiene manías; me dijo que me llevara de casa el cestón de la ropa sucia; que ella no quería ni verlo.

Don Fernando Cazuela no se inmutó, se quedó tan fresco como si tal cosa. Alfredo, cuando lo vio tan tranquilo, pensó que allá ellos, que lo mejor sería no meterse en nada.

—Mira —se dijo—, si loquea, que loquee. Yo ya lo dije bien claro, si no me hacen caso, peor para ellos. Después vendrán las lamentaciones y el llevarse las manos a la cabeza.

La carta está sobre la mesa. El papel tiene un membrete que dice: «Agrosil. Perfumería y droguería. Calle Mayor, 20. Madrid». La carta está escrita con una bella letra de pendolista, llena de rabos, de florituras y de jeribeques. La carta, que ya está terminada, dice así:

Querida madre:

Le escribo a usted estas dos líneas para comunicarle una noticia que sé que le va a agradar a usted. Antes de dársela quiero desearle que su salud sea perfecta como la mía lo es por el momento, a Dios gracias sean dadas, y que siga usted disfrutándola muchos años en compañía de la buena hermana Paquita, y de su esposo y nenes.

Pues, madre, lo que la tengo que decir es que ya no estoy solo en el mundo, aparte de ustedes, y que he encontrado la mujer que me puede ayudar a fundar una familia y a erigir un hogar, y que puede acompañarme en el trabajo y que me ha de hacer feliz, si Dios quiere, con sus virtudes de buena cristiana. A ver si para el verano se anima usted a visitar a este hijo que tanto la echa de menos, y así la conoce. Pues, madre, he de decirla que de los gastos del viaje no debe preocuparse y que yo, solo por verla a usted, ya sabe que pagaría eso y mucho más. Ya verá usted como mi novia le parece un ángel. Es buena y hacendosa y tan lucida como honrada. Su mismo nombre de pila, que es Esperanza, ya viene a ser como eso, una esperanza de que todo salga con bien. Pida usted mucho a Dios por nuestra futura felicidad, que será también la antorcha que alumbrará su vejez.

Sin más por hoy, reciba usted, querida madre, el beso de cariño de su hijo que mucho la quiere y no la olvida,

Tinín

El autor de la carta, al terminar de escribirla, se levantó, encendió un pitillo y la leyó en voz alta.

—Yo creo que me ha salido bastante bien. Este final de la antorcha está bastante bien.

Después se acercó a la mesa de noche y besó, galante y rendido como un caballero de la Tabla Redonda, una foto con marquito de piel y con una dedicatoria que decía: «A mi Agustín de mi vida con todos los besos de su Esperanza».

—Bueno; si viene mi madre, la guardo.

Una tarde, a eso de las seis, Ventura abrió la puerta y llamó en voz baja a la señora.

—¡Señora!

Doña Celia dejó el puchero en el que se estaba preparando una taza de café para merendar.

—¡Va en seguida! ¿Desea usted algo?

—Sí, haga el favor.

Doña Celia cortó un poco el gas, para que el café no llegara a cocer, y se presentó presurosa, recogiendo el mandil a la espalda y secándose las manos con la bata.

—¿Llamaba usted, señor Aguado?

—Sí, ¿me presta usted el parchís?

Doña Celia cogió el parchís del trinchero del comedor, se lo pasó a los novios y se puso a cavilar. A doña Celia le da pena, y también cierto temblor al bolsillo, el pensar que el cariño de los tortolitos puede ir cuesta abajo, que las cosas puedan empezar a marchar mal.

—No, a lo mejor no es eso —se decía doña Celia tratando de ver siempre el lado bueno—, también puede ser que la chica esté mala...

Doña Celia, negocio aparte, es una mujer que coge cariño a las gentes en cuanto las conoce; doña Celia es muy sentimental, es una dueña de casa de citas muy sentimental.

Martín y su compañera de facultad llevan ya una hora larga hablando.

—¿Y tú no has pensado nunca en casarte?

—Pues no, chico, por ahora no. Ya me casaré cuando se me presente una buena proporción; como comprenderás, casarse para no salir de pobre, no merece la pena. Ya me casaré, yo creo que hay tiempo para todo.

—¡Feliz tú! Yo creo que no hay tiempo para nada; yo creo que si el tiempo sobra es porque, como es tan poco, no sabemos lo que hacer con él.

Nati frunció graciosamente la nariz.

—¡Ay, Marco, hijo! ¡No empieces a colocarme frases profundas!

Martín se rio.

—No me tomes el pelo, Nati.

La muchacha lo miró con un gesto casi picaresco, abrió el bolso y sacó una pitillera de esmalte.

—¿Un pitillo?

—Gracias, estoy sin tabaco. ¡Qué pitillera tan bonita!

—Sí, no es fea, un regalo.

Martín se busca por los bolsillos.

—Yo tenía una caja de cerillas...

—Toma fuego, también me regalaron el mechero.

—¡Caray!

Nati fuma con un aire muy europeo, jugando las manos con soltura y con elegancia. Martín se le quedó mirando.

—Oye, Nati, yo creo que hacemos una pareja muy extraña, tú de punta en blanco y sin que te falte un detalle, y yo hecho un piernas, lleno de lámparas y con los codos fuera...

La chica se encogió de hombros.

—¡Bah, no hagas caso! ¡Mejor, bobo! Así la gente no sabrá a qué carta quedarse.

Martín se fue poniendo triste poco a poco de una manera casi imperceptible, mientras Nati lo mira con una ternura infinita, con una ternura que por nada del mundo hubiera querido que se la notasen.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Te acuerdas cuando los compañeros te llamábamos Natacha?

—Sí.

—¿Te acuerdas cuando Gascón te echó de clase de administrativo?

Nati también se puso algo triste.

—Sí.

—¿Te acuerdas de aquella tarde que te besé en el parque del Oeste?

—Sabía que me lo ibas a preguntar. Sí, también me acuerdo. He pensado en aquella tarde muchas veces, tú fuiste el primer hombre a quien besé en la boca... ¡Cuánto tiempo ha pasado! Oye, Marco.

—Qué.

—Te juro que no soy una golfa.

Martín sintió unos ligeros deseos de llorar.

—¡Pero, mujer, a qué viene eso!

—Yo sí lo sé, Marco, yo siempre te debo a ti un poquito de fidelidad, por lo menos para contarte las cosas.

Martín, con el pitillo en la boca y las manos enlazadas sobre las piernas, mira cómo una mosca da vueltas por el borde de un vaso. Nati siguió hablando.

—Yo he pensado mucho en aquella tarde. Entonces me figuraba que jamás necesitaría un hombre al lado y que la vida podía llenarse con la política y con la filosofía del derecho. ¡Qué estupidez! Pero aquella tarde yo no aprendí nada; te besé, pero no aprendí nada. Al contrario, creí que las cosas eran así, como fueron entre tú y yo, y después vi que no, que no eran así...

A Nati le tiembla un poco la voz.

—... que eran de otra manera mucho peor...

Martín hizo un esfuerzo.

—Perdona, Nati. Es ya tarde, me tengo que marchar, pero el caso es que no tengo un duro para invitarte. ¿Me dejas un duro para invitarte?

Nati revolvió en su bolso y, por debajo de la mesa, buscó la mano de Martín.

—Toma, van diez, con las vueltas hazme un regalo.

CAPÍTULO CUARTO

El guardia Julio García Morrazo lleva ya una hora paseando por la calle de Ibiza. A la luz de los faroles se le ve pasar, para arriba y para abajo, siempre sin alejarse demasiado. El hombre anda despacio, como si estuviera meditabundo, y parece que va contando los pasos, cuarenta para allí, cuarenta para aquí, y vuelta a empezar. A veces da algunos más y llega hasta la esquina.

El guardia Julio García Morrazo es gallego. Antes de la guerra no hacía nada, se dedicaba a llevar a su padre ciego de romería en romería cantando las alabanzas de San Sibrán y tocando el guitarrillo. A veces, cuando había vino por medio, Julio tocaba un poco la gaita, aunque, por lo común, prefería bailar y que la gaita la tocasen otros.

Cuando vino la guerra y le llamaron a quintas, el guardia Julio García Morrazo era ya un hombre lleno de vida, como un ternero, con ganas de saltar y de brincar como un potro salvaje, y aficionado a las sardinas cabezudas, a las mozas tetonas y al vino del Ribeiro. En el frente de Asturias, un mal día le pegaron un tiro en un costado y desde entonces el Julio García Morrazo empezó a enflaquecer y ya no levantó cabeza; lo peor de todo fue que el golpe no resultó lo bastante grande para que le diesen inútil y el hombre tuvo que volver a la guerra y no pudo reponerse bien.

Cuando la guerra terminó, Julio García Morrazo se buscó una recomendación y se metió a guardia.

—Para el campo no quedaste bien —le dijo su padre— y además a ti tampoco te gusta trabajar. ¡Si te hicieran carabinero!

El padre de Julio García Morrazo se encontraba ya viejo y cansado y no quería volver a las romerías.

—Yo ya me quedo en casa. Con lo que tengo ahorrado puedo ir viviendo, pero para los dos no hay.

Julio estuvo varios días pensativo, dándole vueltas a la cosa, y al final, al ver que el padre le insistía, se decidió.

—No; carabinero es muy difícil, para carabinero echan instancia los cabos y los sargentos; yo ya me conformaba con guardia.

—Bueno, tampoco está mal. Lo que yo te digo es que aquí no hay para los dos, ¡que si hubiera!

—Ya, ya.

Al guardia Julio García Morrazo se le mejoró algo la salud y, poco a poco, fue cogiendo hasta media arrobita más de carne. No volvió, bien es cierto, a lo que había sido, pero tampoco se quejaba; otros, al lado suyo, se habían quedado en el campo, tumbados panza arriba. Su primo Santiaguíño, sin ir más lejos, que le dieron un tiro en el macuto donde llevaba las bombas de mano y del que el pedazo más grande que se encontró no llegaba a los cuatro dedos.

El guardia Julio García Morrazo era feliz en su oficio; subirse de balde a los

tranvías era algo que, al principio, le llamaba mucho la atención.

—Claro —pensaba—, es que uno es autoridad.

En el cuartel lo querían bien todos los jefes porque era obediente y disciplinado y nunca había sacado los pies del plato, como otros guardias que se creían tenientes generales. El hombre hacía lo que le mandaban, no ponía mala cara a nada, y todo lo encontraba bien; él sabía que no le quedaba otra cosa que hacer, y no se le ocurría pensar en nada más.

—Cumpliendo la orden —se decía— nunca tendrán que decirme nada. Y además, el que manda, manda; para eso tienen galones y estrellas y yo no los tengo.

El hombre era de buen conformar y tampoco quería complicaciones.

—Mientras me den de comer caliente todos los días y lo que tenga que hacer no sea más que pasear detrás de las estraperlistas...

Victorita, a la hora de la cena, riñó con la madre.

—¿Cuándo dejas a ese tísico? ¡Anda, que lo que vas a sacar tú de ahí!

—Yo saco lo que me da la gana.

—Sí, microbios y que un día te hinche el vientre.

—Yo ya sé lo que me hago, lo que me pase es cosa mía.

—¿Tú? ¡Tú qué vas a saber! Tú no eres más que una mocosa que no sabe de la misa la media.

—Yo sé lo que necesito.

—Sí, pero no lo olvides; si te deja en estado, aquí no pisas.

Victorita se puso blanca.

—¿Eso es lo que te dijo la abuela?

La madre se levantó y le pegó dos tortas con toda su alma. Victorita ni se movió.

—¡Golfa! ¡Mal educada! ¡Que eres una golfa! ¡Así no se le habla a una madre!

Victorita se secó con el pañuelo un poco de sangre que tenía en los dientes.

—Ni a una hija tampoco. Si mi novio está malo, bastante desgracia tiene para que tú estés todo el día llamándole tísico.

Victorita se levantó de golpe y salió de la cocina. El padre había estado callado todo el tiempo.

—¡Déjala que se vaya a la cama! ¡Tampoco hay derecho a hablarla así! ¿Que quiere a ese chico? Bueno, pues déjala que lo quiera, cuanto más le digas va a ser peor. Además, ¡para lo que va a durar el pobre!

Desde la cocina se oía un poco el llanto entrecortado de la chica, que se había tumbado encima de la cama.

—¡Niña, apaga la luz! Para dormir no hace falta luz.

Victorita buscó a tientas la pera de la luz y la apagó.

Don Roberto llama al timbre de su casa; se había dejado las llaves en el otro pantalón, siempre le pasa lo mismo y eso que no hacía más que decirlo: cambiarme las llaves

del pantalón, cambiarme las llaves del pantalón. Le sale a abrir la puerta su mujer.

—Hola, Roberto.

—Hola.

La mujer procura tratarlo bien y ser amable; el hombre trabaja como un negro para mantenerlos con la cabeza a flote.

—Vendrás con frío, ponte las zapatillas, te las tuve puestas al lado del gas.

Don Roberto se puso las zapatillas y la chaqueta vieja de casa, una americana raída, que fue marrón en sus tiempos, con una rayita blanca que hacía muy fino, muy elegante.

—¿Y los niños?

—Bien, acostaditos ya; el pequeño dio un poco de guerra para dormirse, no sé si estará algo malito.

El matrimonio fue hacia la cocina; la cocina es el único sitio de la casa donde se puede estar durante el invierno.

—¿Arrimó ese botarate por aquí?

La mujer eludió la respuesta, a lo mejor se habían cruzado en el portal y metía la pata. A veces, por querer que las cosas salgan bien y que no haya complicaciones, se mete la pata y se organizan unos líos del diablo.

—Te tengo de cena chicharros fritos.

Don Roberto se puso muy contento, los chicharros fritos es una de las cosas que más le gustan.

—Muy bien.

La mujer le sonrió, mimosa.

—Y con unas perras que fui sisando de la plaza, te he traído media botellita de vino. Trabajas mucho, y un poco de vino, de vez en cuando, siempre te vendrá bien al cuerpo.

La bestia de González, según le llamaba su cuñado, era un pobre hombre, un honesto padre de familia, más infeliz que un cubo, que en seguida se ponía tierno.

—¡Qué buena eres, hija! Muchas veces lo he pensado: hay días en que, si no fuera por ti, yo no sé lo que haría. En fin, un poco de paciencia, lo malo son estos primeros años, hasta que yo me vaya situando, estos diez primeros años. Después ya todo será coser y cantar, ya verás.

Don Roberto besó a su mujer en la mejilla.

—¿Me quieres mucho?

—Mucho, Roberto, ya lo sabes tú.

El matrimonio cenó sopa, chicharros fritos y un plátano. Después del postre, don Roberto miró fijo para su mujer.

—¿Qué quieres que te regale mañana?

La mujer sonrió, llena de felicidad y de agradecimiento.

—¡Ay, Roberto! ¡Qué alegría! Creí que este año tampoco te ibas a acordar.

—¡Calla, boba! ¿Por qué no me iba a acordar? El año pasado fue por lo que fue,

pero este año...

—¡Ya ves! ¡Me encuentro tan poquita cosa!

A la mujer, como hubiese seguido, tan solo un instante, pensando en su pequeñez, se le hubieran arrasado los ojos de lágrimas.

—Di, ¿qué quieres que te regale?

—Pero, hombre, ¡con lo mal que andamos!

Don Roberto, mirando para el plato, bajó un poco la voz.

—En la panadería pedí algo a cuenta.

La mujer lo miró cariñosa, casi entristecida.

—¡Qué tonta soy! Con la conversación me había olvidado de darte tu vaso de leche.

Don Roberto, mientras su mujer fue a la fresquera, continuó:

—Me dieron también diez pesetas para comprarles alguna chuchería a los niños.

—¡Qué bueno eres, Roberto!

—No, hija, son cosas tuyas; como todos, ni mejor ni peor.

Don Roberto se bebió su vaso de leche, su mujer le da siempre un vaso de leche de sobrealimentación.

—A los chicos pensé comprarles una pelota. Si sobra algo, me tomaré un vermú. No pensaba decirte nada, pero, ¡ya ves!, no sé guardar un secreto.

A doña Ramona Bragado le llamó por teléfono don Mario de la Vega, uno que tiene una imprenta. El hombre quería noticias de algo detrás de lo que andaba ya desde hacía varios días.

—Y además, son ustedes del mismo oficio, la chica trabaja en una imprenta, yo creo que no ha pasado de aprendiz.

—¿Ah, sí? ¿En cuál?

—En una que se llama tipografía El Porvenir, que está en la calle de la Madera.

—Ya, ya; bueno, mejor, así todo queda en el gremio. Oiga, ¿y usted cree que...? ¿Eh?

—Sí, descuide usted, eso es cosa mía. Mañana, cuando eche usted el cierre, pásese por la lechería y me saluda con cualquier disculpa.

—Sí, sí.

—Pues eso. Yo se la tendré allí, ya veremos con qué motivo. La cosa me parece que ya está madurita, que ya está al caer. La criatura está muy harta de calamidades y no aguanta más que lo que queramos dejarla tranquila. Además, tiene el novio enfermo y quiere comprarle medicinas; estas enamoradas son las más fáciles, ya verá usted. Esto es pan comido.

—¡Ojalá!

—Usted lo ha de ver. Oiga, don Mario, que de aquello no bajo un real, ¿eh? Bastante en razón me he puesto.

—Bueno, mujer, ya hablaremos.

—No, ya hablaremos, no, ya está todo hablado. ¡Mire usted que doy marcha atrás!

—Bueno, bueno.

Don Mario se rio, como dándose las de hombre muy baqueteado. Doña Ramona quería atar bien todos los cabos.

—¿De acuerdo?

—Sí, mujer, de acuerdo.

Cuando don Mario volvió a la mesa, le dijo al otro:

—Usted entrará cobrando dieciséis pesetas, ¿entendido?

Y el otro le contestó:

—Sí, señor, entendido.

El otro es un pobre chico que había estudiado algo, pero que no acababa de encajar en nada; el hombre no tenía buena suerte ni tampoco buena salud. En su familia había una vena de tísicos; a un hermano suyo que se llamaba Paco lo habían devuelto del cuartel porque ya no podía ni con su alma.

Los portales llevan ya algún tiempo cerrados, pero el mundo de los noctámbulos sigue todavía goteando, cada vez más lentamente, camino del autobús.

La calle, al cerrar de la noche, va tomando un aire entre hambriento y misterioso, mientras un vientecillo que corre como un lobo, silba por entre las casas.

Los hombres y las mujeres que van, a aquellas horas, hacia Madrid, son los noctámbulos puros, los que salen por salir, los que tienen ya la inercia de trasnochar: los clientes con dinero de los *cabarets*, de los cafés de la Gran Vía, llenos de perfumadas, de provocativas mujeres que llevan el pelo teñido y unos impresionantes abrigos de pieles, de color negro, con alguna canita blanca de cuando en cuando; o los noctívagos de bolsillo más ruin, que se meten a charlar en una tertulia o se van de copeo por los tupis. Todo, menos quedarse en casa.

Los otros, los trasnochadores accidentales, los clientes de los cines, que solo salen alguna que otra noche, siempre a tiro hecho y jamás a lo que caiga, han pasado hace ya rato, antes de cerrar los portales. Primero los clientes de los cines del centro, apresurados, mejor vestidos, que tratan de coger un taxi: los clientes del Callao, del Capitol, del Palacio de la Música, que pronuncian casi correctamente los nombres de las actrices, que incluso alguno de ellos es invitado, de vez en cuando, a ver películas en la embajada inglesa, en el local de la calle de Orfila. Saben mucho de cine y en vez de decir, como los habituales de los cines de barrio, es una película estupenda de la Joan Crawford, dicen, como hablando siempre para iniciados, es una grata comedia, muy francesa, de René Clair, o es un gran drama de Frank Capra. Ninguno sabe con exactitud qué es lo muy francés, pero no importa; vivimos un poco el tiempo de la osadía, ese espectáculo que algunos hombres de limpio corazón contemplan atónitos desde la barrera sin entender demasiado lo que sucede, que es bien claro.

Los clientes de los cines de barrio, los hombres que no saben nunca quiénes son los directores, pasan un poco después, ya con los portales cerrados, sin grandes prisas, peor vestidos, menos preocupados también, por lo menos a esas horas. Marchan dando un paseíto hasta el Narváez, el Alcalá, el Tívoli, el Salamanca, donde ven películas ya famosas, con una fama quizá ya un poco marchita por varias semanas de Gran Vía, películas de hermosos, poéticos nombres que plantean tremendos enigmas humanos no siempre descifrados.

Los clientes de los cines de barrio todavía deberán esperar algún tiempo para ver *Sospecha* o *Las aventuras de Marco Polo* o *Si no amaneciera*.

El guardia Julio García Morrazo, en una de las veces en que se llegó hasta la esquina, se acordó de Celestino, el del bar.

—Este Celestino es el mismo diablo, ¡qué cosas se le ocurren! Pero no tiene un pelo de tonto, es hombre que ha leído la mar de libros.

Celestino Ortiz, después de recordar aquello de la ira ciega y de la animalidad, quitó su libro, su único libro, de encima de los botellines de vermú y lo guardó en el cajón. ¡Las cosas que pasan! Martín Marco no salió del bar con la frente rota en pedazos, gracias a Nietzsche. ¡Si Nietzsche levantara la cabeza!

Detrás de los visillos de su entresuelo, doña María Morales de Sierra, hermana de doña Clarita Morales de Pérez, la mujer de don Camilo, el callista que vivía en la misma casa de don Ignacio Galdácano, el señor que no podrá asistir a la reunión en casa de don Ibrahim porque está loco, habla a su marido, don José Sierra, ayudante de obras públicas.

—¿Te has fijado en ese guardia? No hace más que ir de un lado para otro, como si esperase a alguien.

El marido ni le contesta. Leyendo el periódico está totalmente evadido, igual que si viviese en un mundo mudo y extraño, muy lejos de su mujer. Si don José Sierra no hubiera alcanzado un grado tan perfecto de abstracción no podría leer el periódico en su casa.

—Ahora vuelve otra vez para aquí. ¡Lo que daría por saber qué hace! Y eso que este es un barrio tranquilo, de gente de orden. ¡Si fuera por ahí detrás, por los solares de la plaza de toros, que está todo negro como boca de lobo!

Los solares de la antigua plaza de toros están a unas docenas de pasos del entresuelo de doña María.

—Por ahí ya sería otra cosa, por ahí son capaces hasta de atracarla a una, ¡pero por aquí! Por amor de Dios, ¡si esto está como una balsa de aceite! ¡Si por aquí no se mueve ni una rata!

Doña María se volvió, sonriente. Su sonrisa no pudo verla su marido, que seguía leyendo.

Victorita lleva ya mucho rato llorando y en su cabeza los proyectos se atropellan unos

a otros: desde meterse monja hasta echarse a la vida, todo le parece mejor que seguir en su casa. Si su novio pudiera trabajar, le propondría que se escapasen juntos; trabajando los dos, malo sería que no pudiesen reunir lo bastante para comer. Pero su novio, la cosa era bien clara, no estaba para nada más que para estarse en la cama todo el día, sin hacer nada y casi sin hablar. ¡También era fatalidad! Lo del novio, todo el mundo lo dice, a veces se cura con mucha comida y con inyecciones; por lo menos, si no se curan del todo, se ponen bastante bien y pueden durar muchos años, y casarse, y hacer vida normal. Pero Victorita no sabe cómo buscar dinero. Mejor dicho, sí lo sabe, pero no acaba de decidirse; si Paco se enterase, la dejaría en el momento, ¡menudo es! Y si Victorita se decidiese a hacer alguna barbaridad, no sería por nada ni por nadie más que por Paco. Victorita hay algunos momentos en los que piensa que Paco le iba a decir: bueno, haz lo que quieras, a mí no me importa, pero pronto se da cuenta de que no, de que Paco no le iba a decir eso. Victorita en su casa no puede seguir, ya está convencida; su madre le hace la vida imposible, todo el día con el mismo sermón. Pero, también, lanzarse así, a la buena de Dios, sin alguien que le eche una mano, es muy expuesto. Victorita había hecho ya sus cálculos y vio que la cosa tenía sus más y sus menos; yendo todo bien era como un tobogán, pero las cosas, bien del todo, no van casi nunca, y a veces van muy mal. La cuestión estaba en tener suerte y que alguien se acordase de una; pero, ¿quién se iba a acordar de Victorita? Ella no conocía a nadie que tuviera diez duros ahorrados, a nadie que no viviese de un jornal. Victorita está muy cansada, en la imprenta está todo el día de pie, a su novio lo encuentra cada día peor, su madre es un sargento de caballería que no hace más que gritar, su padre es un hombre blandengue y medio bebido con el que no se puede contar para nada. Quien tuvo suerte fue la Pirula, que estaba con Victorita en la imprenta, de empaquetadora también, y que se la llevó un señor que además de tenerla como una reina y de darle todos los caprichos, la quiere y la respeta. Si le pidiese dinero, la Pirula no se lo negaría; pero, claro, la Pirula podría darle veinte duros, pero tampoco tenía por qué darle más. La Pirula, ahora, vivía como una duquesa, la llamaba todo el mundo señorita, iba bien vestida y tenía un piso con radio. Victorita la vio un día por la calle; en un año que llevaba con ese señor, hay que ver el cambio que había hecho, no parecía la misma mujer, hasta parecía que había crecido y todo. Victorita no pedía tanto...

El guardia Julio García Morrazo habla con el sereno, Gumersindo Vega Calvo, paisano suyo.

—¡Mala noche!

—Las hay peores.

El guardia y el sereno tienen, desde hace ya varios meses, una conversación que les gusta mucho a los dos, una conversación sobre la que vuelven y vuelven, noche a noche, con un paciente regodeo.

—Entonces, ¿usted dice que es de la parte de Porriño?

- Eso es, de cerca; yo le vengo a ser de Mos.
—Pues yo tengo una hermana casada en Salvatierra, que se llama Rosalía.
—¿La del Burelo, el de los clavos?
—Esa; sí, señor.
—Esa está muy bien, ¿eh?
—Ya lo creo, esa casó muy bien.

La señora del entresuelo sigue en sus conjeturas, es una señora algo cotilla.

—Ahora se junta con el sereno, seguramente le estará pidiendo informes de algún vecino, ¿no te parece?

Don José Sierra seguía leyendo con un estoicismo y una resignación ejemplares.

—Los serenos están siempre muy al tanto de todo, ¿verdad? Cosas que no sabemos los demás, ellos ya están hartos de saberlas.

Don José Sierra acabó de leer un editorial sobre previsión social y se metió con otro que trataba del funcionamiento y de las prerrogativas de las Cortes tradicionales españolas.

—A lo mejor, en cualquier casa de estas, hay un masón camuflado. ¡Como no se les conoce por fuera!

Don José Sierra hizo un sonido raro con la garganta, un sonido que tanto podía significar que sí, como que no, como que quizá, como que quién sabe. Don José es un hombre que, a fuerza de tener que aguantar a su mujer, había conseguido llegar a vivir horas enteras, a veces hasta días enteros, sin más que decir, de cuando en cuando, ¡hum!, y al cabo de otro rato, ¡hum!, y así siempre. Era una manera muy discreta de darle a entender a su mujer que era una imbécil, pero sin decírselo claro.

El sereno está contento con la boda de su hermana Rosalía; los Burelos son gente muy considerada en toda la comarca.

—Tiene ya nueve rapaces y está ya del décimo.

—¿Casó hace mucho?

—Sí hace ya bastante; casó hace ya diez años.

El guardia tarda en echar la cuenta. El sereno, sin darle tiempo a terminar, vuelve a coger el hilo de la conversación.

—Nosotros somos de más a la parte de la Cañiza, nosotros somos de Covelo. ¿No oyó usted nombrar a los Pelones?

—No, señor.

—Pues esos somos nosotros.

El guardia Julio García Morrazo se vio en la obligación de corresponder.

—A mí y a mi padre nos dicen los Raposos.

—Ya.

—A nosotros no nos da por tomarlo a mal, todo el mundo nos lo llama.

—Ya.

—El que se cabreaba la mar era mi hermano Telmo, uno que se murió de los tifus, que le llamaban Pito tiñoso.

—Ya. Hay algunas personas que tienen muy mal carácter, ¿verdad, usted?

—¡Huy! ¡Le hay algunos que tienen el demonio en la sangre! Mi hermano Telmo no aguantaba que le diesen una patada.

—Esos acaban siempre mal.

—Es lo que yo digo.

El guardia y el sereno hablan siempre en castellano; quieren demostrarse, el uno al otro, que no son ningunos pailanes.

El guardia Julio García Morrazo, a aquellas horas, empieza a ponerse elegíaco.

—¡Aquel sí que es buen país! ¿Eh?

El sereno Gumersindo Vega Calvo es un gallego de los otros, un gallego un poco escéptico y al que da cierto rubor la confesión de la abundancia.

—No es malo.

—¡Qué ha de ser! ¡Allí se vive! ¿Eh?

—¡Ya, ya!

De un bar abierto en la acera de enfrente, salen a la fría calle los compases de un fox lento hecho para ser oído, o bailado, en la intimidad.

Al sereno le llama alguien que llega.

—¡Serenos!

El sereno está como recordando.

—Allí lo que mejor se da son las patatas y el maíz; por la parte de donde somos nosotros también hay vino.

El hombre que llega vuelve a llamarlo, más familiarmente.

—¡Sindo!

—¡Va!

Al llegar a la boca del metro de Narváez, a pocos pasos de la esquina de Alcalá, Martín se encontró con su amiga la Uruguaya, que iba con un señor. Al principio disimuló, hizo como que no la veía.

—Adiós, Martín, pasmado.

Martín volvió la cabeza, ya no había más remedio.

—Adiós, Trinidad, no te había visto.

—Oye, ven, os voy a presentar.

Martín se acercó.

—Aquí, un buen amigo; aquí, Martín, que es escritor.

La Uruguaya es una golfa tirada, sin gracia, sin educación, sin deseos de agradar; es una golfa de lo peor, una golfa que, por no ser nada, no es ni cobista; una mujer repugnante, con el cuerpo lleno de granos y de bubones, igual, probablemente, que el alma; una sota arrastrada que ni tiene conciencia, ni vocación y amor al oficio, ni discreción, ni siquiera —y sería lo menos que se le pudiera pedir— un poco de

hermosura. La Uruguaya es una hembra grande y bigotuda, lo que se dice un caballo, que por seis reales sería capaz de vender a su padre y que está enchulada con el chófer de unos marqueses, que la saca hasta el último céntimo y le arrea cada tunda que la desloma. La Uruguaya tiene una lengua como una víbora y la maledicencia le da por rachas. Una temporada le da por hablar mal de los maricas; otra, por meterse con las compañeras; otra, por sacarle el pellejo a tiras a los clientes con quienes acaba de estar, y así con todo lo demás. Ahora con las que la tiene emprendida es con las lesbianas, las tiernas, las amorosas putitas del espíritu, dulces, entristecidas, soñadoras y silenciosas como varas de nardo.

A la Uruguaya la llaman así porque es de Buenos Aires.

—Este que ves —le dice al amigo—, aquí donde lo tienes, hace versos. ¡Pero venga, hombre, saldaros, que os he presentado!

Los dos hombres obedecieron y se dieron la mano.

—Mucho gusto, ¿cómo está usted?

—Muy bien cenado, muchas gracias.

El hombre que va con la Uruguaya es uno de esos que se las dan de graciosos.

La pareja empezó a reírse a voces. La Uruguaya tenía los dientes de delante picados y ennegrecidos.

—Oye, tómate un café con nosotros.

Martín se quedó indeciso, pensaba que al otro, a lo mejor, le iba a sentar mal.

—En fin... No me parece...

—Sí, hombre, métase usted aquí con nosotros. ¡Pues no faltaría más!

—Bueno, muchas gracias, solo un momento.

—¡No tenga usted prisas, hombre, todo el tiempo que quiera! ¡La noche es larga! Quédese usted, a mí me hacen mucha gracia los poetas.

Se sentaron en un café que hay en el chaflán, y el cabrito pidió café y coñac para todos.

—Dígale al cerillero que venga.

—Sí, señor.

Martín se puso enfrente de la pareja. La Uruguaya estaba un poco bebida, no había más que verla.

—Oye, viejito, ándate con ojo con tu amor.

—¿Con mi amor?

—Sí, ya sabes con quién te digo, con la Marujita.

—¿Sí?

—Sí, me parece que no anda nada bien, para mí que las ha enganchado.

—¿Tú crees?

—¡Vaya si lo creo! ¡Lo sé de sobras!

Martín puso el gesto algo preocupado.

—¡Pobre chica!

—Sí, ¡menuda lagarta! Y no quiere decir nada, ni estarse una semana en casa. ¡Si

doña Jesusa se entera! ¡Pues buena es! La Marujita dice que su madre tiene que comer. ¡Como si los demás viviéramos del aire!

El cerillero se acercó.

—Buenas noches, señor Flores, ya hacía tiempo que no se dejaba usted ver... ¿Va usted a querer algo?

—Sí, danos dos puritos que sean buenos. Oye, Uruguay, ¿tienes tabaco?

—No, ya me queda poco; cómprame un paquete.

—Dale también un paquete de rubio a esta.

El bar de Celestino Ortiz está vacío. El bar de Celestino Ortiz es un bar pequeñito, con la portada de color verde oscuro, que se llama Aurora - Vinos y Comidas. Comidas, por ahora, no hay. Celestino instalará el servicio de comidas cuando se le arreglen un poco las cosas; no se puede hacer todo en un día.

En el mostrador, el último cliente, un guardia, bebe su ruin copeja de anís.

—Pues eso mismo es lo que yo le digo a usted, a mí que no me vengan con cuentos de la China.

Cuando el guardia se largue, Celestino piensa bajar el cierre, sacar su jergón y echarse a dormir; Celestino es hombre a quien no le gusta trasnochar, prefiere acostarse pronto y hacer vida sana, por lo menos todo lo sana que se pueda.

—¡Pues mire usted que lo que me puede importar a mí!

Celestino duerme en su bar por dos razones: porque le sale más barato y porque así evita que lo desvalijen la noche menos pensada.

—El mal donde está es más arriba. Ahí, desde luego, no.

Celestino aprendió pronto a hacerse la gran cama, de la que se viene abajo alguna que otra vez, colocando su colchoneta de crin sobre ocho o diez sillas juntas.

—Eso de prender a las estraperlistas del metro, me parece una injusticia. La gente tiene que comer y si no encuentra trabajo, pues ha de apañárselas como pueda. La vida está por las nubes, eso lo sabe usted tan bien como yo, y lo que dan en el suministro no es nada, no llega ni para empezar. No quiero ofender, pero yo creo que el que unas mujeres vendan pitillos o barras no es para que anden ustedes los guardias detrás.

El guardia del anís no era un dialéctico.

—Yo soy un mandado.

—Ya lo sé. Yo sé distinguir, amigo mío.

Cuando el guardia se marcha, Celestino, después de armar el tinglado sobre el que duerme, se acuesta y se pone a leer un rato; le gusta solazarse un poco con la lectura antes de apagar la luz y echarse a dormir. Celestino, en la cama, lo que suele leer son romances y quintillas, a Nietzsche lo deja para por el día. El hombre tiene un verdadero montón y algunos pliegos se los sabe enteros, de pe a pa. Todos son bonitos, pero los que más le gustan a él son los titulados «La insurrección en Cuba» y «Relación de los crímenes que cometieron los dos fieles amantes don Jacinto del

Castillo y doña Leonor de la Rosa para conseguir sus promesas de amor». Este último es un romance de los clásicos, de los que empiezan como Dios manda:

Sagrada Virgen María,
Antorcha del Cielo Empíreo,
Hija del Eterno Padre,
Madre del Supremo Hijo
y del Espíritu Esposa,
pues con virtud y dominio
en tu vientre virginal
concibió el ser más benigno,
y al cabo de nueve meses,
nació el Autor más divino
para redención del hombre,
de carne humana vestido,
quedando tu intacto Seno
casto, terso, puro y limpio.

Estos romances antiguos eran sus preferidos. A veces, para justificarse un poco, Celestino se ponía a hablar de la sabiduría del pueblo y de otras monsergas por el estilo. A Celestino también le gustaban mucho las palabras del cabo Pérez ante el piquete:

Soldados, ya que mi suerte
me ha puesto en estos apuros,
os regalo cuatro duros
porque me deis buena muerte;
solo Pérez os advierte
para que apuntéis derecho,
aunque delito no ha hecho
para tal carnicería
que toméis la puntería
dos al cráneo, y dos al pecho.

—¡Vaya tío! ¡Antes sí que había hombres! —dice Celestino en voz alta, poco antes de apagar la luz.

Al fondo del semioscuro salón, un violinista melenudo y lleno de literatura toca, apasionadamente, las *czardas* de Monti.

Los clientes beben. Los hombres, *whisky*, las mujeres, champán; las que han sido porteras hasta hace quince días, beben *pippermint*. En el local hay todavía muchas mesas, es aún un poco pronto.

—¡Cómo me gusta esto, Pablo!

—Pues hínchate, Laurita, no tienes otra cosa que hacer.

—Oye, ¿es verdad que esto excita?

El sereno fue a donde lo llamaban.

—Buenas noches, señorito.

—Hola.

El sereno sacó la llave y empujó la puerta. Después, como sin darle mayor importancia, puso la mano.

—Muchas gracias.

El sereno encendió la luz de la escalera, cerró el portal y se vino, dando golpes con el chuzo contra el suelo, a seguir hablando con el guardia.

—Este viene todas las noches a estas horas y no se marcha hasta eso de las cuatro. En el ático tiene una señorita que está la mar de bien, se llama la señorita Pirula.

—Así cualquiera.

La señora del entresuelo no les quita el ojo de encima.

—Y de algo hablarán cuando no se separan. Fíjate, cuando el sereno tiene que abrir algún portal, el guardia lo espera.

El marido dejó el periódico.

—¡También tienes tú ganas de ocuparte de lo que no te importa! Estará esperando a alguna criada.

—Sí, claro, así todo lo arreglas en seguida.

El señor que tiene la querida en el ático, se quitó el abrigo y lo dejó sobre el sofá del *hall*. El *hall* es muy pequeñito, no tiene más mueble que un sofá de dos y enfrente una repisa de madera, debajo de un espejo de marco dorado.

—¿Qué hay, Pirula?

La señorita Pirula había salido a la puerta en cuanto oyó la llave.

—Nada, Javierchu; para mí, todo lo que hay eres tú.

La señorita Pirula es una chica joven y con aire de ser muy fina y muy educadita, que aún no hace mucho más de un año decía denén, y leñe, y cocretas.

De una habitación de dentro, suavemente iluminada por una luz baja, llegaba, discreto, el sonar de la radio: un suave, un lánguido, un comfortable fox lento escrito, sin duda, para ser oído y bailado en la intimidad.

—Señorita, ¿usted baila?

—Muchas gracias, caballero, estoy algo cansada, he estado bailando toda la noche.

La pareja se puso a reír a carcajadas, no unas carcajadas como las de la Uruguaya y el señor Flores, claro es, y después se besó.

—Pirula, eres una chiquilla.

—Y tú un colegial, Javier.

Hasta el cuartito del fondo, la pareja fue abrazada del talle, como si estuvieran paseando por una avenida de acacias en flor.

—¿Un cigarrillo?

El rito es el mismo todas las noches, las palabras que se dicen, poco más o menos, también. La señorita Pirula tiene un instinto conservador muy perspicaz, probablemente hará carrera. Desde luego, por ahora no puede quejarse: Javier la tiene como una reina, la quiere, la respeta...

Victorita no pedía tanto. Victorita no pedía más que comer y seguir queriendo a su novio, si llegaba a curarse alguna vez. Victorita no sentía deseos ningunos de golfeear; pero a la fuerza ahorcan. La muchacha no había golfeado jamás, nunca se había acostado con nadie más que con su novio. Victorita tenía fuerza de voluntad y, aunque era cachonda, procuraba resistirse. Con Paco siempre se había portado bien y no lo engañó ni una sola vez.

—A mí me gustáis todos los hombres —le dijo un día, antes de que él se pusiera malo—, por eso no me acuesto más que contigo. Si empezase, iba a ser el cuento de nunca acabar.

La chica estaba colorada y muerta de risa al hacer su confesión, pero al novio no le gustó nada la broma.

—Si te soy igual yo que otro, haz lo que quieras, puedes hacer lo que te dé la gana.

Una vez, ya durante la enfermedad del novio, la fue siguiendo por la calle un señor muy bien vestido.

—Oiga usted, señorita, ¿adónde va usted tan de prisa?

A la muchacha le gustaron los modales del señor; era un señor fino, con aire elegante, que sabía presentarse.

—Déjeme, que voy a trabajar.

—Pero, mujer, ¿por qué voy a dejarla? Que vaya usted a trabajar me parece muy bien; es señal de que, aunque joven y guapa, es usted decente. Pero, ¿qué mal puede haber en que crucemos unas palabras?

—¡Mientras no sea más que eso!

—¿Y qué más puede ser?

La muchacha sintió que las palabras se le escapaban.

—Podría ser lo que yo quisiese...

El señor bien vestido no se inmutó.

—¡Hombre, claro! Comprenda usted, señorita, que uno tampoco es manco y que hace lo que sabe.

—Y lo que le dejan.

—Bueno, claro, y lo que le dejan.

El señor acompañó a Victorita durante un rato. Poco antes de llegar a la calle de la Madera, Victorita lo despidió.

—Adiós, déjeme ya. Puede vernos cualquiera de la imprenta.

El señor frunció un poquito las cejas.

—¿Trabaja usted en una imprenta de por aquí?

—Sí, ahí en la calle de la Madera. Por eso le decía que me dejase usted, otro día nos veremos.

—Espérate un momento.

El señor, cogiendo la mano de la chica, sonrió.

—¿Tú quieres?

Victorita sonrió también.

—¿Y usted?

El señor la miró fijo a los ojos.

—¿A qué hora sales esta tarde?

Victorita bajó la mirada.

—A las siete. Pero no venga a buscarme, tengo novio.

—¿Y viene a recogerte?

La voz de Victorita se puso un poco triste.

—No, no viene a recogerme. Adiós.

—¿Hasta luego?

—Bueno, como usted quiera, hasta luego.

A las siete, cuando Victorita salió de trabajar en la tipografía El Porvenir, se encontró con el señor, que la estaba esperando en la esquina de la calle del Escorial.

—Es solo un momento, señorita, ya me hago cargo de que tiene que verse con su novio.

A Victorita le extrañó que volviera a tratarla de usted.

—Yo no quisiera ser una sombra en las relaciones entre usted y su novio, comprenda usted que no puedo tener ningún interés.

La pareja fue bajando hasta la calle de San Bernardo. El señor era muy correcto, no la cogía del brazo ni para cruzar las calles.

—Yo me alegro mucho de que usted pueda ser muy feliz con su novio. Si de mí dependiese, usted y su novio se casaban mañana mismo.

Victorita miró de reojo al señor. El señor le hablaba sin mirarla, como si hablase consigo mismo.

—¿Qué más se puede desear, para una persona a la que se aprecia, sino que sea muy feliz?

Victorita iba como en una nube. Era remotamente dichosa, con una dicha vaga, que casi no se sentía, con una dicha que era también un poco triste, un poco lejana e imposible.

—Vamos a meternos aquí, hace frío para andar paseando.

—Bueno.

Victorita y el señor entraron en el café San Bernardo y se sentaron a una mesa del fondo, uno frente al otro.

—¿Qué quiere usted que pidamos?

—Un café calentito.

Cuando el camarero se acercó, el señor le dijo:

—A la señorita tráigale un exprés con leche y un tortel; a mí deme uno solo.

El señor sacó una cajetilla de rubio.

—¿Fuma?

—No, yo no fumo casi nunca.

—¿Qué es casi nunca?

—Bueno, pues que fumo de vez en cuando, en nochebuena...

El señor no insistió, encendió su cigarrillo y guardó la cajetilla.

—Pues sí, señorita, si de mí dependiese, usted y su novio se casaban mañana sin falta.

Victorita lo miró.

—¿Y por qué quiere usted casarnos? ¿Qué saca usted con eso?

—No saco nada, señorita. A mí, como usted comprenderá, ni me va ni me viene con que usted se case o siga soltera. Si se lo decía es porque me figuraba que a usted le agradecería casarse con su novio.

—Pues sí me agradecería. ¿Por qué voy a mentirle?

—Hace usted bien, hablando se entiende la gente. Para lo que yo quiero hablarle a usted, nada importa que sea casada o soltera.

El señor tosió un poquito.

—Estamos en local público, rodeados de gente y separados por esta mesa.

El señor rozó un poco con sus piernas las rodillas de Victorita.

—¿Puedo hablarle a usted con entera libertad?

—Bueno. Mientras no falte...

—Nunca puede haber falta, señorita, cuando se hablan las cosas claras. Lo que voy a decirle es como un negocio, que puede tomarse o dejarse, aquí no hay compromiso ninguno.

La muchacha estaba un poco perpleja.

—¿Puedo hablarla?

—Sí.

El señor cambió de postura.

—Pues mire usted, señorita, vayamos al grano. Por lo menos, usted me reconocerá que no quiero engañarla, que le presento las cosas tal como son.

El café estaba cargado, hacía calor, y Victorita se echó un poco hacia atrás su abrigo de algodón.

—El caso es que no sé cómo empezar... Usted me ha impresionado mucho, señorita.

—Ya me figuraba yo lo que quería decirme.

—Me parece que se equivoca usted. No me interrumpa, ya hablará usted al final.

—Bueno, siga.

—Bien. Usted, señorita, le decía, me ha impresionado mucho: sus andares, su cara, sus piernas, su cintura, sus pechos.

—Sí, ya entiendo, todo.

La muchacha sonrió, solo un momento, con cierto aire de superioridad.

—Exactamente: todo. Pero no sonría usted, le estoy hablando en serio.

El señor volvió a rozarle las rodillas y le cogió una mano que Victorita dejó ir, complaciente, casi con sabiduría.

—Le juro que le estoy hablando completamente en serio. Todo en usted me gusta,

me imagino su cuerpo, duro y tibio, de un color suave...

El señor apretó la mano de Victorita.

—No soy rico y poco puedo ofrecerle...

El señor se extrañó de que Victorita no retirase la mano.

—Pero lo que voy a pedirle tampoco es mucho.

El señor tosió otro poquito.

—Yo quisiera verla desnuda, nada más que verla.

Victorita apretó la mano del señor.

—Me tengo que marchar, se me hace tarde.

—Tiene usted razón. Pero contésteme antes. Yo quisiera verla desnuda, le prometo no tocarla a usted ni un dedo, no rozarla ni un pelo de la ropa. Mañana iré a buscarla. Yo sé que usted es una mujer decente, que no es ninguna *cocotte*... Guárdese usted eso, se lo ruego. Sea cual sea su decisión, acépteme usted esto para comprarse cualquier cosita que le sirva de recuerdo.

Por debajo de la mesa, la muchacha cogió un billete que le dio el señor. No le tembló el pulso al cogerlo.

Victorita se levantó y salió del café. Desde una de las mesas próximas, un hombre la saludó:

—Adiós, Victorita, orgullosa, que desde que te tratas con marqueses, ya no saludas a los pobres.

—Adiós, Pepe.

Pepe era uno de los oficiales de la tipografía El Porvenir.

• • •

Victorita lleva ya mucho rato llorando. En su cabeza, los proyectos se agolpan como la gente a la salida del metro. Desde irse monja hasta hacer la carrera, todo le parece mejor que seguir aguantando a su madre.

Don Roberto levanta la voz.

—¡Petrita! ¡Tráeme el tabaco del bolsillo de la chaqueta!

Su mujer interviene.

—¡Calla, hombre! Vas a despertar a los niños.

—No, ¡qué se van a despertar! Son igual que angelitos, en cuanto cogen el sueño no hay quien los despierte.

—Yo te daré lo que necesites. No llames más a Petrita, la pobre tiene que estar rendida.

—Déjala, estas ni se dan cuenta. Más motivos para estar rendida tienes tú.

—¡Y más años!

Don Roberto sonrío.

—¡Vamos, Filo, no presumas, todavía no te pesan!

La criada llega a la cocina con el tabaco.

—Tráeme el periódico, está en el recibidor.

—Sí, señorito.

—¡Oye! Ponme un vaso de agua en la mesa de noche.

—Sí, señorito.

Filo vuelve a intervenir.

—Yo te pondré todo, hombre, déjala que se acueste.

—¿Que se acueste? Si ahora le dices permiso se largaba para no volver hasta las dos o las tres de la mañana, ya lo verías.

—Eso también es verdad...

La señorita Elvira da vueltas en la cama, está desasosegada, impaciente, y una pesadilla se le va mientras otra le llega. La alcoba de la señorita Elvira huele a ropa usada y a mujer: las mujeres no huelen a perfume, huelen a pescado rancio. La señorita Elvira tiene jadeante y como entrecortado el respirar, y su sueño violento, desapacible, su sueño de cabeza caliente y panza fría, hace crujir, quejumbroso, el vetusto colchón.

Un gato negro y medio calvo que sonrío enigmáticamente, como si fuera una persona, y que tiene en los ojos un brillo que espanta, se tira, desde una distancia tremenda, sobre la señorita Elvira. La mujer se defiende a patadas, a golpes. El gato cae contra los muebles y rebota, como una pelota de goma, para lanzarse de nuevo encima de la cama. El gato tiene el vientre abierto y rojo como una granada y del agujero del culo le sale como una flor venenosa y maloliente de mil colores, una flor que parece un plumero de fuegos artificiales. La señorita Elvira se tapa la cabeza con la sábana. Dentro de la cama, multitud de enanos se masturban enloquecidos, con los ojos en blanco. El gato se cuela, como un fantasma, coge del vientre a la señorita Elvira; le lame la barriga y se ríe a grandes carcajadas, unas carcajadas que sobrecogen el ánimo. La señorita Elvira está espantada y lo tira fuera de la habitación: tiene que hacer grandes esfuerzos, el gato pesa mucho, parece de hierro. La señorita Elvira procura no aplastar a los enanos. Un enano le grita «¡Santa María! ¡Santa María!». El gato pasa por debajo de la puerta, estirando todo el cuerpo como una hoja de bacalao. Mira siniestramente, como un verdugo. Se sube a la mesa de noche y fija sus ojos sobre la señorita Elvira con un gesto sanguinario. La señorita Elvira no se atreve ni a respirar. El gato baja a la almohada y le lame la boca y los párpados con suavidad, como un baboso. Tiene la lengua tibia como las ingles y suave, igual que el terciopelo. Le suelta con los dientes las cintas del camisón. El gato muestra su vientre abierto que late acompasadamente, como una vena. La flor que le sale por detrás está cada vez más lozana, más hermosa. El gato tiene una piel suavísima. Una luz cegadora empieza a inundar la alcoba. El gato crece hasta hacerse como un tigre delgado. Los enanos siguen meneándose desesperadamente. A la señorita Elvira le tiembla todo el cuerpo con violencia. Respira con fuerza mientras

siente la lengua del gato lamiéndole los labios. El gato sigue estirándose cada vez más. La señorita Elvira se va quedando sin respiración, con la boca seca. Sus muslos se entrecierran, un instante cautelosos, descarados después...

La señorita Elvira se despierta de súbito y enciende la luz. Tiene el camisón empapado en sudor. Siente frío, se levanta y se echa el abrigo sobre los pies. Los oídos le zumban un poco y los pezones, como en los buenos tiempos, se le muestran rebeldes, casi altivos.

Se duerme con la luz encendida, la señorita Elvira.

—¡Pues, sí! ¡Qué pasa! Le di tres duros a cuenta, mañana es el cumpleaños de su señora.

El señor Ramón no consigue ponerse lo bastante enérgico; por más esfuerzos que hace, no consigue ponerse lo bastante enérgico.

—¿Que qué pasa? ¡Tú bien lo sabes! ¿No te andas con ojo? ¡Allá tú! Yo siempre te lo tengo dicho, así no salimos de pobres. ¡Mira tú que andar ahorrando para esto!

—Pero, mujer, si se los descuentan después. ¿A mí qué más me da? ¡Si se los hubiera regalado!

—Sí, sí, se los descuentan. ¡Menos cuando te olvidas!

—¡Nunca me he olvidado!

—¿No? ¿Y aquellas siete pesetas de la señora Josefa? ¿Dónde están aquellas siete pesetas?

—Mujer, es que necesitaba una medicina. Aun así, ya ves cómo ha quedado.

—¿Y a nosotros, qué se nos da que los demás anden malos? ¿Me quieres decir?

El señor Ramón apagó la colilla con el pie.

—Mira, Paulina, ¿sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Pues que en mis cuartos mando yo, ¿te das cuenta? Yo bien sé lo que me hago y tengamos la fiesta en paz.

La señora Paulina rezongó en voz baja sus últimas razones.

Victorita no consigue dormirse; le asalta el recuerdo de su madre, que es una bestia.

—¿Cuándo dejas a ese tísico, niña?

—Nunca lo dejaré, los tísicos dan más gusto que los borrachos.

Victorita nunca se hubiera atrevido a decirle a su madre nada semejante. Solo si el novio se pudiera curar... Si el novio se pudiera curar, Victorita hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa, todo lo que le hubieran pedido.

A vueltas en la cama, Victorita sigue llorando. Lo de su novio se arreglaba con unos duros. Ya es sabido: los tísicos pobres pringan; los tísicos ricos, si no se curan del todo, por lo menos se van bandeando, se van defendiendo. El dinero no es fácil de encontrar, Victorita lo sabe muy bien. Hace falta suerte. Todo lo demás lo puede poner uno, pero la suerte no; la suerte viene si le da la gana, y lo cierto es que no le da

la gana casi nunca.

Las treinta mil pesetas que le había ofrecido aquel señor, se perdieron porque el novio de Victorita estaba lleno de escrúpulos.

—No, no, a ese precio no quiero nada, ni treinta mil pesetas, ni treinta mil duros.

—¿Y a nosotros, qué más nos da? —le decía la muchacha—. No deja rastro y no se entera nadie.

—¿Tú te atreverías?

—Por ti, sí. Lo sabes de sobra.

El señor de las treinta mil pesetas era un usurero de quien le habían hablado a Victorita.

—Tres mil pesetas te las presta fácil. Las vas a estar pagando toda la vida, pero te las presta fácil.

Victorita fue a verlo; con tres mil pesetas se hubiera podido casar. El novio aún no estaba malo; cogía sus catarros, tosía, se cansaba, pero aún no estaba malo, aún no había tenido que meterse en la cama.

—¿De modo, hija, que quieres tres mil pesetas?

—Sí, señor.

—¿Y para qué las quieres?

—Pues ya ve usted, para casarme.

—¡Ah, conque enamorada! ¿Eh?

—Pues, sí...

—¿Y quieres mucho a tu novio?

—Sí, señor.

—¿Mucho, mucho?

—Sí, señor, mucho.

—¿Más que a nadie?

—Sí, señor, más que a nadie.

El usurero dio dos vueltas a su gorrito de terciopelo verde. Tenía la cabeza picuda, como una pera, y el pelo descolorido, lacio, pringoso.

—Y tú, hija, ¿estás virgo?

Victorita se puso de mala uva.

—¿Y a usted qué leche le importa?

—Nada, hijita, nada. Ya ves, curiosidad... ¡Caray con las formas! Oye, ¿sabes que eres bastante mal educada?

—¡Hombre, usted dirá!

El usurero sonrió.

—No, hija, no hay por qué ponerse así. Después de todo, si tienes o no tienes el virgo en su sitio, eso es cosa tuya y de tu novio.

—Eso pienso yo.

—Pues por eso.

Al usurero le brillaban los ojitos como a una lechuza.

—Oye.

—¿Qué?

—Y si yo te diera, en vez de tres mil pesetas, treinta mil, ¿tú qué harías?
Victorita se puso sofocada.

—Lo que usted me mandase.

—¿Todo lo que yo te mandase?

—Sí, señor, todo.

—¿Todo?

—Todo, sí, señor.

—¿Y tu novio, qué me haría?

—No sé; si quiere, se lo pregunto.

Al usurero le brotaron, en las pálidas mejillas, unas rosetitas de arbol.

—Y tú, rica, ¿sabes lo que yo quiero?

—No, señor, usted dirá.

El usurero tenía un ligero temblorcillo en la voz.

—Oye, sácate las tetitas.

La muchacha se sacó las tetitas por el escote.

—¿Tú sabes lo que son treinta mil pesetas?

—Sí, señor.

—¿Las has visto alguna vez juntas?

—No, señor, nunca.

—Pues yo te las voy a enseñar. Es cuestión de que tú quieras; tú y tu novio.

• • •

Un aire abyecto voló, torpemente, por la habitación, rebotando de mueble en mueble, como una mariposa moribunda.

—¿Hace?

Victorita sintió que un chorro de desvergüenza le subía a la cara.

—Por mí, sí. Por seis mil duros soy capaz de pasarme toda la vida obedeciéndole a usted. ¡Y más vidas que tuviera!

—¿Y tu novio?

—Ya se lo preguntaré, a ver si quiere.

El portal de doña María se abre y de él sale una muchachita, casi una niña, que cruza la calle.

—¡Oye, oye! ¡Si parece que ha salido de esta casa!

El guardia Julio García se aparta del sereno, Gumersindo Vega.

—¡Suerte!

—Es lo que hace falta.

El sereno, al quedarse solo, se pone a pensar en el guardia. Después se acuerda de

la señorita Pirula. Después, del chuzazo que le arreó en los riñones, el verano pasado, a un lila que andaba propasándose. Al sereno le da la risa.

—¡Cómo galopaba el condenado!

Doña María bajó la persiana.

—¡Ay, qué tiempos! ¡Cómo está todo el mundo!

Después se calló unos instantes.

—¿Qué hora es ya?

—Son ya cerca de las doce. Anda, vámonos a dormir, será lo mejor.

—¿Nos vamos a acostar?

—Sí, será lo mejor.

Filo recorre las camas de los hijos, dándoles la bendición. Es, ¿cómo diríamos?, es una precaución que no deja de tomarse todas las noches.

Don Roberto lava su dentadura postiza y la guarda en un vaso de agua que cubre con un papel de retrete, al que da unas vueltecitas rizadas por el borde, como las de los cartuchos de almendras. Después se fuma el último pitillo. A don Roberto le gusta fumarse todas las noches un pitillo, ya en la cama y sin los dientes puestos.

—No me quemes las sábanas.

—No, mujer.

El guardia se acerca a la chica y la coge de un brazo.

—Pensé que no bajabas.

—¡Ya ves!

—¿Por qué has tardado tanto?

—¡Pues mira! Los niños que no se querían dormir. Y después el señorito: ¡Petrita, tráeme agua!, ¡Petrita, tráeme el tabaco del bolsillo de la chaqueta!, ¡Petrita, tráeme el periódico que está en el recibidor! ¡Creí que iba a estar toda la noche pidiéndome cosas!

Petrita y el guardia desaparecen por una bocacalle, camino de los solares de la plaza de toros.

Un vientecillo frío le sube a la muchacha por las piernas tibias.

Javier y Pirula fuman los dos un solo cigarrillo. Es ya el tercero de la noche.

Están en silencio y se besan, de cuando en cuando, con voluptuosidad, con parsimonia.

Echados sobre el diván, con las caras muy juntas, tienen los ojos entornados mientras se complacen en pensar, vagarosamente, en nada o en casi nada.

Llega el instante en que se dan un beso más largo, más profundo, más desbordado. La muchacha respira hondamente, como quejándose. Javier la coge en el brazo, como a una niña, y la lleva hasta la alcoba.

El lecho tiene la colcha de moaré, sobre la que se refleja la silueta de una araña de porcelana, de color violeta clarito, que cuelga del techo. Al lado de la cama arde una

estufita eléctrica.

Un airecillo templado le sube a la muchacha por las piernas tibias.

—¿Está eso en la mesa de noche?

—Sí... No hables...

Desde los solares de la plaza de toros, incómodo refugio de las parejas pobres y llenas de conformidad, como los feroces, los honestísimos amantes del Antiguo Testamento, se oyen —viejos, renqueantes, desvencijados, con la carrocería destornillada y los frenos ásperos y violentos— los tranvías que pasan, no muy lejanos, camino de las cocheras.

El solar mañanero de los niños alborotadores, camorristas, que andan a pedrada limpia todo el santo día, es, desde la hora de cerrar los portales, un edén algo sucio donde no se puede bailar, con suavidad, a los acordes de algún recóndito, casi ignorado aparatito de radio; donde no se puede fumar el aromático, deleitoso cigarrillo del prelude; donde no se pueden decir, al oído, fáciles ingeniosidades seguras, absolutamente seguras. El solar de los viejos y las viejas de después de comer, que vienen a alimentarse de sol, como los lagartos, es, desde la hora en que los niños y los matrimonios cincuentones se acuestan y se ponen a soñar, un paraíso directo donde no caben evasiones ni subterfugios, donde todo el mundo sabe a lo que va, donde se ama noblemente, casi con dureza, sobre el suelo tierno en el que quedan, ¡todavía!, las rayitas que dibujó la niña que se pasó la mañana saltando a la pata coja, los redondos, los perfectos agujeros que cavó el niño que gastó avaramente sus horas muertas jugando a las bolas.

—¿Tienes frío, Petrita?

—No, Julio, ¡estoy tan bien a tu lado!

—¿Me quieres mucho?

—Mucho, no lo sabes tú bien.

Martín Marco vaga por la ciudad sin querer irse a la cama. No lleva encima ni una perra gorda y prefiere esperar a que acabe el metro, a que se escondan los últimos amarillos y enfermos tranvías de la noche. La ciudad parece más suya, más de los hombres que, como él, marchan sin rumbo fijo con las manos en los vacíos bolsillos —en los bolsillos que, a veces, no están ni calientes—, con la cabeza vacía, con los ojos vacíos, y en el corazón, sin que nadie se lo explique, un vacío profundo e implacable.

Martín Marco sube por Torrijos hasta Diego de León, lentamente, casi olvidadamente, y baja por Príncipe de Vergara, por General Mola, hasta la plaza de Salamanca, con el marqués de Salamanca en medio, vestido de levita y rodeado de un jardincillo verde y cuidado con mimo. A Martín Marco le gustan los paseos solitarios, las largas, cansadas caminatas por las calles anchas de la ciudad, por las mismas calles que de día, como por un milagro, se llenan —rebosantes como las tazas de los

desayunos honestos— con las voces de los vendedores, los ingenuos y descocados cuplés de las criadas de servir, las bocinas de los automóviles, los llantos de los niños pequeños: tiernos, violentos, urbanos lobeznos amaestrados.

Martín Marco se sienta en un banco de madera y enciende una colilla que lleva envuelta, con otras varias, en un sobre que tiene un membrete que dice: Diputación Provincial de Madrid. Negociado de Cédulas Personales.

Los bancos callejeros son como una antología de todos los sinsabores y de casi todas las dichas: el viejo que descansa su asma, el cura que lee su breviario, el mendigo que se despioja, el albañil que almuerza mano a mano con su mujer, el tísico que se fatiga, el loco de enormes ojos soñadores, el músico callejero que apoya su cornetín sobre las rodillas, cada uno con su pequeñito o grande afán, van dejando sobre las tablas del banco ese aroma cansado de las carnes que no llegan a entender del todo el misterio de la circulación de la sangre. Y la muchacha que reposa las consecuencias de aquel hondo quejido, y la señora que lee un largo novelón de amor, y la ciega que espera a que pasen las horas, y la pequeña mecanógrafa que devora su bocadillo de butifarra y pan de tercera, y la cancerosa que aguanta su dolor, y la tonta de boca entreabierta y dulce babita colgando, y la vendedora de baratijas que apoya la bandeja sobre el regazo, y la niña que lo que más le gusta es ver cómo mean los hombres...

El sobre de las colillas de Martín Marco salió de casa de su hermana. El sobre, bien mirado, es un sobre que ya no sirve para nada más que para llevar colillas, o clavos, o bicarbonato. Hace ya varios meses que quitaron las cédulas personales. Ahora hablan de dar unos carnés de identidad, con fotografía y hasta con las huellas dactilares, pero eso lo más probable es que todavía vaya para largo. Las cosas del Estado marchan con lentitud.

Entonces Celestino, volviéndose hacia la fuerza, les dice:

—¡Ánimo, muchachos! ¡Adelante por la victoria! ¡El que tenga miedo que se quede! ¡Conmigo no quiero más que hombres enteros, hombres capaces de dejarse matar por defender una idea!

La fuerza está en silencio, emocionada, pendiente de sus palabras. En los ojos de los soldados se ve el furioso brillo de las ganas de pelear.

—¡Luchamos por una humanidad mejor! ¿Qué importa nuestro sacrificio si sabemos que no ha de ser estéril, si sabemos que nuestros hijos recogerán la cosecha de lo que hoy sembramos?

Sobre las cabezas de la tropa vuela la aviación contraria. Ni uno solo se mueve.

—¡Y a los tanques de nuestros enemigos, opondremos el temple de nuestros corazones!

La fuerza rompe el silencio.

—¡Muy bien!

—¡Y los débiles, y los pusilánimes, y los enfermos, deberán desaparecer!

—¡Muy bien!

—¡Y los explotadores, y los especuladores, y los ricos!

—¡Muy bien!

—¡Y los que juegan con el hambre de la población trabajadora!

—¡Muy bien!

—¡Repartiremos el oro del Banco de España!

—¡Muy bien!

—¡Pero para alcanzar la ansiada meta de la victoria final, es preciso nuestro sacrificio en aras de la libertad!

—¡Muy bien!

Celestino estaba más locuaz que nunca.

—¡Adelante, pues, sin desfallecimientos y sin una sola claudicación!

—¡Adelante!

—¡... Luchamos por el pan y por la libertad!

—¡Muy bien!

—¡Y nada más! ¡Que cada cual cumpla con su deber! ¡Adelante!

Celestino, de repente, sintió ganas de hacer una necesidad.

—¡Un momento!

La fuerza se quedó un poco extrañada. Celestino dio una vuelta, tenía la boca seca. La fuerza empezó a desdibujarse, a hacerse un poco confusa...

Celestino Ortiz se levantó de su jergón, encendió la luz del bar, tomó un traguito de sifón y se metió en el retrete.

Laurita ya se tomó su *pippermint*. Pablo ya se tomó un *whisky*. El violinista melencólico, probablemente, aún sigue rascando, con un gesto dramático, su violín lleno de *czardas* sentimentales y de vales vieneses.

Pablo y Laurita están ya solos.

—¿No me dejarás nunca, Pablo?

—Nunca, Laurita.

La muchacha es feliz, incluso muy feliz. Allá en el fondo de su corazón, sin embargo, se levanta como una inconcreta, como una ligera sombra de duda.

La muchacha se desnuda, lentamente, mientras mira al hombre con los ojos tristes, como una colegiala interna.

—¿Nunca, de verdad?

—Nunca, ya lo verás.

La muchacha lleva una combinación blanca, bordada con florecitas de color de rosa.

—¿Me quieres mucho?

—Un horror.

La pareja se besa de pie, ante el espejo del armario. Los pechos de Laurita se aplastan un poco contra la chaqueta del hombre.

—Me da vergüenza, Pablo.

Pablo se ríe.

—¡Pobrecita!

La muchacha lleva un sostén minúsculo.

—Suéltame aquí.

Pablo le besa la espalda, de arriba abajo.

—¡Ay!

—¿Qué te pasa?

Laurita sonrío, agachando un poco la cabeza.

—¡Qué malo eres!

El hombre la vuelve a besar en la boca.

—Pero, ¿no te gusta?

La muchacha siente hacia Pablo un agradecimiento profundo.

—Sí, Pablo, mucho. Me gusta mucho, muchísimo...

Martín siente frío y piensa ir a darse una vuelta por los hotelitos de la calle de Alcántara, de la calle de Montesa, de la calle de las Naciones, que es una callejuela corta, llena de misterio, con árboles en las rotas aceras y paseantes pobres y pensativos que se divierten viendo entrar y salir a la gente de las casas de citas, imaginándose lo que pasa dentro, detrás de los muros de sombrío ladrillo rojo.

El espectáculo, incluso para Martín, que lo ve desde dentro, no resulta demasiado divertido, pero se mata el tiempo. Además, de casa en casa, siempre se va cogiendo algo de calor.

Y algo de cariño también. Hay algunas chicas muy simpáticas, las de tres duros; no son muy guapas, esa es la verdad, pero son muy buenas y muy amables, y tienen un hijo en los agustinos o en los jesuitas, un hijo por el que hacen unos esfuerzos sin límites para que no salga un hijo de puta, un hijo al que van a ver, de vez en cuando, algún domingo por la tarde, con un velito a la cabeza y sin pintar. Las otras, las de postín, son insoportables con sus pretensiones y con su empaque de duquesas; son guapas, bien es cierto, pero también son atravesadas y despóticas, y no tienen ningún hijo en ningún lado. Las putas de lujo abortan y, si no pueden, ahogan a la criatura en cuanto nace, tapándole la cabeza con una almohada y sentándose encima.

Martín va pensando, a veces habla en voz baja.

—No me explico —dice— cómo sigue habiendo criaditas de veinte años ganando doce duros.

Martín se acuerda de Petrita, con sus carnes prietas y su cara lavada, con sus piernas derechas y sus senos levantándole la blusilla o el jersey.

—Es un encanto de criatura, haría carrera y hasta podría ahorrar algunos duros. En fin, mientras siga decente, mejor hace. Lo malo será cuando la tumbe cualquier pescadero o cualquier guardia de seguridad. Entonces será cuando se dé cuenta de que ha estado perdiendo el tiempo. ¡Allá ella!

Martín sale por Lista y al llegar a la esquina de General Pardiñas le dan el alto, le cachean y le piden la documentación.

Martín iba arrastrando los pies, iba haciendo ¡clas! ¡clas! sobre las losas de la acera. Es una cosa que le entretiene mucho...

Don Mario de la Vega se fue pronto a la cama, el hombre quería estar descansado al día siguiente, por si salía bien la maniobra que le llevaba doña Ramona.

El hombre que iba a entrar cobrando dieciséis pesetas, era cuñado de una muchacha que trabajaba de empaquetadora en la tipografía El Porvenir, de la calle de la Madera, porque a su hermano Paco le había agarrado la tisis con saña.

—Bueno, muchacho, hasta mañana, ¿eh?

—Adiós, siga usted bien. Hasta mañana y que Dios le dé mucha suerte, le estoy a usted muy agradecido.

—De nada, hombre, de nada. El caso es que sepas trabajar.

—Procuraré, sí, señor.

Al aire de la noche, Petrita se queja, gozosa, toda la sangre del cuerpo en la cara.

Petrita quiere mucho al guardia, es su primer novio, el hombre que se llevó las primicias por delante. Allá en el pueblo, poco antes de venirse, la chica tuvo un pretendiente, pero la cosa no pasó a mayores.

—¡Ay, Julio, ay, ay! ¡Ay, qué daño me haces! ¡Bestia! ¡Cachondo! ¡Ay, ay!

El hombre la muerde en la sonrosada garganta, donde se nota el tibio golpecito de la vida.

Los novios están unos momentos en silencio, sin moverse. Petrita parece como pensativa.

—Julio.

—Qué.

—¿Me quieres?

El sereno de la calle de Ibiza se guarece en un portal que deja entornado por si alguien llama.

El sereno de la calle de Ibiza enciende la luz de la escalera; después se da aliento en los dedos, que le dejan al aire los mitones de lana, para desentumecerlos. La luz de la escalera se acaba pronto. El hombre se frota las manos y vuelve a dar la luz. Después saca la petaca y lía un pitillo.

Martín habla suplicante, acobardado, con precipitación. Martín está tembloroso como una vara verde.

—No llevo documentos, me los he dejado en casa. Yo soy escritor, yo me llamo Martín Marco.

A Martín le da la tos. Después se ríe.

—¡Je, je! Usted perdona, es que estoy algo acatarrado, eso es, algo acatarrado, ¡je,

je!

A Martín le extraña que el policía no lo reconozca.

—Colaboro en la prensa del Movimiento, pueden ustedes preguntar en la vicesecretaría, ahí en Génova. Mi último artículo salió hace unos días en varios periódicos de provincias, en *Odiel*, de Huelva; en *Proa*, de León; en *Ofensiva*, de Cuenca. Se llamaba «Razones de la permanencia espiritual de Isabel la Católica».

El policía chupa de su cigarrillo.

—Ande, siga. Váyase a dormir, que hace frío.

—Gracias, gracias.

—No hay de qué. Oiga.

Martín creyó morir.

—Qué.

—Y que no se le quite la inspiración.

—Gracias, gracias. Adiós.

Martín aprieta el paso y no vuelve la cabeza, no se atreve. Lleva dentro del cuerpo un miedo espantoso que no se explica.

Don Roberto, mientras acaba de leer el periódico, acaricia, un poco por cumplido, a su mujer, que apoya la cabeza sobre su hombro. A los pies, en este tiempo, siempre se echan un abrigo viejo.

—Mañana qué es, Roberto, ¿un día muy triste o un día muy feliz?

—¡Un día muy feliz, mujer!

Filo sonrío. En uno de los dientes de delante tiene una caries honda, negruzca, redondita.

—Sí, ¡bien mirado!

La mujer, cuando sonrío honestamente, emocionadamente, se olvida de su caries y enseña la dentadura.

—Sí, Roberto, es verdad. ¡Qué día más feliz mañana!

—¡Pues claro, Filo! Y además, ya sabes lo que yo digo, ¡mientras todos tengamos salud!

—Y la tenemos, Roberto, gracias a Dios.

—Sí, lo cierto es que no podemos quejarnos. ¡Cuántos están peor! Nosotros, mal o bien, vamos saliendo. Yo no pido más.

—Ni yo, Roberto. Verdaderamente, muchas gracias tenemos que dar a Dios, ¿no te parece?

Filo está mimosa con su marido. La mujer es muy agradecida; el que le hagan un poco de caso la llena de alegría.

Filo cambia algo la voz.

—Oye, Roberto.

—Qué.

—Deja el periódico, hombre.

—Si tú quieres...

Filo coge a don Roberto de un brazo.

—Oye.

—Qué.

La mujer habla como una novia.

—¿Me quieres mucho?

—¡Pues claro, hijita, naturalmente que mucho! ¡A quién se le ocurre!

—¿Mucho, mucho?

Don Roberto deja caer las palabras como en un sermón; cuando ahueca la voz, para decir algo solemne, parece un orador sagrado.

—¡Mucho más de lo que te imaginas!

Martín va desbocado, el pecho jadeante, las sienes con fuego, la lengua pegada al paladar, la garganta agarrotada, las piernas flácidas, el vientre como una caja de música con la cuerda rota, los oídos zumbadores, los ojos más miopes que nunca.

Martín trata de pensar, mientras corre. Las ideas se empujan, se golpean, se atropellan, se caen y se levantan dentro de su cabeza, que ahora es grande como un tren, que no se explica por qué no tropieza en las dos filas de casas de la calle.

Martín, en medio del frío, siente en sus carnes un calor sofocante, un calor que casi no le deja respirar, un calor húmedo e incluso quizás amable, un calor unido por mil hilitos invisibles a otros calores llenos de ternura, rebosantes de dulces recuerdos.

—Mi madre, mi madre, son los vahos de eucaliptus, los vahos de eucaliptus, haz más vahos de eucaliptus, no seas así...

A Martín le duele la frente, le da unos latidos rigurosamente acompasados, secos, fatales.

—¡Ay!

Dos pasos.

—¡Ay!

Dos pasos.

—¡Ay!

Dos pasos.

Martín se lleva la mano a la frente. Está sudando como un becerro, como un gladiador en el circo, como un cerdo en la matanza.

—¡Ay!

Dos pasos más.

Martín empieza a pensar muy de prisa.

—¿De qué tengo yo miedo? ¡Je, je! ¿De qué tengo yo miedo? ¿De qué, de qué? Tenía un diente de oro. ¡Je, je! ¿De qué puedo tener yo miedo? ¿De qué, de qué? A mí me haría bien un diente de oro. ¡Qué lucido! ¡Je, je! ¡Yo no me meto en nada! ¡En nada! ¿Qué me pueden hacer a mí si yo no me meto en nada? ¡Je, je! ¡Qué tío! ¡Vaya un diente de oro! ¿Por qué tengo yo miedo? ¡No gana uno para sustos! ¡Je, je! De

repente, ¡zas!, ¡un diente de oro! ¡Alto! ¡Los papeles! Yo no tengo papeles. ¡Je, je! Tampoco tengo un diente de oro. Yo soy Martín Marco. Con diente de oro y sin diente de oro. ¡Je, je! En este país a los escritores no nos conoce ni Dios. Paco, ¡ay, si Paco tuviera un diente de oro! ¡Je, je! Sí, colabora, colabora, no seas bobo, ya darás cuenta, ya... ¡Qué risa! ¡Je, je! ¡Esto es para volverse uno loco! ¡Este es un mundo de locos! ¡De locos de atar! ¡De locos peligrosos! ¡Je, je! A mi hermana le hacía falta un diente de oro. Si tuviera dinero, mañana le regalaba un diente de oro a mi hermana. ¡Je, je! Ni Isabel la Católica, ni la vicesecretaría, ni la permanencia espiritual de nadie. ¿Está claro? ¡Lo que yo quiero es comer! ¡Comer! ¿Es que hablo en latín? ¡Je, je! ¿O en chino? Oiga, póngame aquí un diente de oro. Todo el mundo lo entiende. ¡Je, je! Todo el mundo. ¡Comer! ¿Eh? ¡Comer! ¡Y quiero comprarme una cajetilla entera y no fumarme las colillas del bestia! ¿Eh? ¡Este mundo es una mierda! ¡Aquí todo Dios anda a lo suyo! ¿Eh? ¡Todos! ¡Los que más gritan se callan en cuanto les dan mil pesetas al mes! O un diente de oro. ¡Je, je! ¡Y los que andamos por ahí tirados y malcomidos, a dar la cara y a pringar la marrana! ¡Muy bien! ¡Pero que muy bien! Lo que dan ganas es de mandar todo al cuerno, ¡qué coño!

Martín escupe con fuerza y se para, el cuerpo apoyado contra la gris pared de una casa. Nada ve claro y hay momentos en los que no sabe si está vivo o muerto.

Martín está rendido.

La alcoba del matrimonio González tiene los muebles de chapa, un día agresiva y brilladora, hoy ajada y deslucida: la cama, las dos mesillas de noche, una consolita y el armario. Al armario nunca pudieron ponerle la luna y, en su sitio, la chapa se presenta cruda, desnuda, pálida y delatora.

La lámpara de globos verdes del techo aparece apagada. La lámpara de globos verdes no tiene bombilla, está de adorno. La habitación se alumbra con una lamparita sin tulipa que descansa sobre la mesa de noche de don Roberto.

A la cabecera de la cama, en la pared, un cromo de la Virgen del Perpetuo Socorro, regalo de boda de los compañeros de don Roberto en la diputación, ha presidido ya cinco felices alumbramientos.

Don Roberto deja el periódico.

El matrimonio se besa con cierta pericia. Al cabo de los años, don Roberto y Filo han descubierto un mundo casi ilimitado.

—Oye, Filo, pero, ¿has mirado el calendario?

—¡Qué nos importa a nosotros el calendario, Roberto! ¡Si vieras cómo te quiero! ¡Cada día más!

—Bueno, pero, ¿vamos a hacerlo... así?

—Sí, Roberto, así.

Filo tiene las mejillas sonrosadas, casi arrebatadas.

Don Roberto razona como un filósofo.

—Bueno, después de todo, donde comen cinco cachorros, bien pueden comer

seis, ¿no te parece?

—Pues claro que sí, hijo, pues claro que sí. Que Dios nos dé salud, y lo demás... pues mira. ¡Si no estamos un poco más anchos, estamos un poco más estrechos y en paz!

Don Roberto se quita las gafas, las mete en el estuche y las pone sobre la mesa de noche, al lado del vaso de agua que tiene dentro, como un misterioso pez, la dentadura postiza.

—No te quites el camisón, te puedes enfriar.

—No me importa, lo que quiero es gustarte.

Filo sonríe, casi con picardía.

—Lo que quiero es gustar mucho a mi maridito...

Filo, en cueros, tiene todavía cierta hermosura.

—¿Te gusto aún?

—Mucho, cada día me gustas más.

• • •

—¿Qué te pasa? No pares.

—Me parecía que lloraba un niño.

—No, hija, están dormiditos. Sigue...

Martín saca el pañuelo y se lo pasa por los labios. En una boca de riego, Martín se agacha y bebe. Creyó que iba a estar bebiendo una hora, pero la sed pronto se le acaba. El agua estaba fría, casi helada, con un poco de escarcha por los bordes.

Un sereno se le acerca, toda la cabeza envuelta en una bufanda.

—Conque bebiendo, ¿eh?

—¡Pues, sí! Eso es... Bebiendo un poco...

—¡Vaya nohecita! ¿Eh?

—¡Ya lo creo, una noche de perros!

El sereno se aleja y Martín, a la luz de un farol, busca en su sobre otra colilla en buen uso.

—El policía era un hombre bien amable. Esa es la verdad. Me pidió la documentación debajo de un farol, se conoce que para que no me asustase. Además me dejó marchar en seguida. Seguramente habrá visto que yo no tengo aire de meterme en nada, que yo soy un hombre poco amigo de meterme en donde no me llaman; esta gente está muy acostumbrada a distinguir. Tenía un diente de oro y llevaba un abrigo magnífico. Sí, no hay duda que debía ser un gran muchacho, un hombre bien amable...

Martín siente como un temblor por todo el cuerpo y nota que el corazón le late, otra vez con más fuerza, dentro del pecho.

—Esto se me quitaba a mí con tres duros.

El panadero llama a su mujer.

—¡Paulina!

—¡Qué quieres!

—¡Trae la palangana!

—¿Ya estamos?

—Ya. Anda, estate callada y vente.

—¡Voy, voy! Pues, hijo, ¡ni que tuvieras veinte años!

La alcoba de los panaderos es de recia carpintería de saludable nogal macizo, vigoroso y honesto como los amos. En la pared lucen, en sus tres marcos dorados iguales, una reproducción en alpaca de la Sagrada Cena, una litografía representando una Purísima de Murillo, y un retrato de boda con la Paulina de velo blanco, sonrisa y traje negro, y el señor Ramón de sombrero flexible, enhiesto mostacho y leontina de oro.

Martín baja por Alcántara hasta los chalets, tuerce por Ayala y llama al sereno.

—Buenas noches, señorito.

—Hola. No, esa no.

A la luz de una bombilla se lee Villa Filo. Martín tiene aún vagos, imprecisos, difuminados respetos familiares. Lo que pasó con su hermana... ¡Bien! A lo hecho, pecho, y agua pasada no corre molino. Su hermana no es ningún pendón. El cariño es algo que no se sabe dónde termina. Ni dónde empieza, tampoco. A un perro se le puede querer más que a una madre. Lo de su hermana... ¡Bah! Después de todo, cuando un hombre se calienta no distingue. Ya decía el guardia gallego: «Carallo teso, non cree en Dios». Los hombres en esto seguimos siendo como los animales.

Las letras donde se lee Villa Filo son negras, toscas, frías, demasiado derechas, sin gracia ninguna.

—Usted perdone, voy a dar la vuelta a Montesa.

—Como usted guste, señorito.

Martín piensa:

—Este sereno es un miserable, los serenos son todos muy miserables, ni sonríen ni se enfurecen jamás sin antes calcularlo. Si supiera que voy sin blanca me hubiera echado a patadas, me hubiera deslomado de un palo.

Ya en la cama, doña María, la señora del entresuelo, habla con su marido. Doña María es una mujer de cuarenta o cuarenta y dos años. Su marido representa tener unos seis años más.

—Oye, Pepe.

—Qué.

—Pues que estás un poco despegado conmigo.

—¡No, mujer!

—Sí, a mí me parece que sí.

—¡Qué cosas tienes!

Don José Sierra no trata a su mujer ni bien ni mal, la trata como si fuera un mueble al que a veces, por esas manías que uno tiene, se le hablase como a una persona.

—Oye, Pepe.

—Qué.

—¿Quién ganará la guerra?

—¿A ti qué más te da? Anda, déjate ahora de esas cosas y duérmete.

Doña María se pone a mirar para el techo. Al cabo de un rato, vuelve a hablar a su marido.

—Oye, Pepe.

—Qué.

—¿Quieres que coja el pañito?

—Bueno, coge lo que quieras.

En la calle de Montesa no hay más que empujar la verja del jardín y tocar dentro, con los nudillos, sobre la puerta. Al timbre le falta el botón, y el hierrito que queda suelta, a veces, corriente. Martín ya lo sabía de otras ocasiones.

—¡Hola, doña Jesusa! ¿Cómo está usted?

—Bien, ¿y tú, hijo?

—¡Pues ya ve! Oiga, ¿está la Marujita?

—No, hijo. Esta noche no ha venido, ya me extraña. A lo mejor viene todavía.
¿Quieres esperarla?

—Bueno, la esperaré. ¡Para lo que tengo que hacer!

Doña Jesusa es una mujer gruesa, amable, obsequiosa, con aire de haber sido guapetona, teñida de rubio, muy dispuesta y emprendedora.

—Anda, pasa con nosotras a la cocina, tú eres como de la familia.

—Sí...

Alrededor del hogar donde cuecen varios pucheros de agua, cinco o seis chicas dormitan aburridas y con cara de no estar ni tristes ni contentas.

—¡Qué frío hace!

—Ya, ya. Aquí se está bien, ¿verdad?

—Sí, ¡ya lo creo!, aquí se está muy bien.

Doña Jesusa se acerca a Martín.

—Oye, arrímate al fogón, vienes helado. ¿No tienes abrigo?

—No.

—¡Vaya por Dios!

A Martín no le divierte la caridad. En el fondo, Martín es también un nietzscheano.

—Oiga, doña Jesusa, ¿y la Uruguaya, tampoco está?

—Sí, está ocupada; vino con un señor y con él se encerró, van de dormida.

—¡Vaya!

—Oye, si no es indiscreción, ¿para qué querías a la Marujita, para estar un rato con ella?

—No... Quería darle un recado.

—Anda, no seas bobo. ¿Es que... estás mal de fondos?

Martín Marco sonrió, ya estaba empezando a entrar en calor.

—Mal no, doña Jesusa, ¡peor!

—Tú eres tonto, hijo. ¡A estas alturas no vas a tener confianza conmigo, con lo que yo quería a tu pobre madre, que en gloria esté!

Doña Jesusa dio en el hombro a una de las chicas que se calentaban al fuego, a una muchachita flacucha que estaba leyendo una novela.

—Oye, Pura, vete con este, ¿no andabas medio mala? Anda, acostaros y no bajas ya. No te preocupes de nada, mañana ya te sacaré yo las castañas del fuego.

Pura, la chica que está medio mala, mira para Martín y sonríe. Pura es una mujer joven, muy mona, delgadita, un poco pálida, ojerosa, con cierto porte de virgen viciosilla.

Martín coge una mano de doña Jesusa.

—Doña Jesusa, muchas gracias, usted siempre tan buena conmigo.

—Calla, mimoso, ya sabes que se te trata como a un hijo.

Tres pisos escaleras arriba y una habitación abuhardillada.

Una cama, un aguamanil, un espejito con marco blanco, un perchero y una silla.

Un hombre y una mujer.

Cuando falta el cariño hay que buscar el calor. Pura y Martín echaron sobre la cama toda la ropa, para estar más abrigados. Apagaron la luz y (—No, no. Estate quieta, muy quieta...) se durmieron en un abrazo, como dos recién casados.

Fuera se oía, de vez en vez, el ¡Va! de los serenos.

A través del tabique de panderete se distinguía el crujir de un somier, disparatado y honesto como el canto de la cigarra.

La noche se cierra, al filo de la una y media o de las dos de la madrugada, sobre el extraño corazón de la ciudad.

Miles de hombres se duermen abrazados a sus mujeres sin pensar en el duro, en el cruel día que quizás les espere, agazapado como un gato montés, dentro de tan pocas horas.

Cientos y cientos de bachilleres caen en el íntimo, en el sublime y delicadísimo vicio solitario.

Y algunas docenas de muchachas esperan —¿qué esperan, Dios mío?, ¿por qué las tienes tan engañadas?— con la mente llena de dorados sueños...

CAPÍTULO QUINTO

Hacia las ocho y media de la tarde, o a veces antes, ya suele estar Julita en su casa.

—¡Hola, Julita, hija!

—¡Hola, mamá!

La madre la mira de arriba abajo, boba, orgullosa.

—¿Dónde has estado metida?

La niña deja el sombrero sobre el piano y se esponja la melena ante el espejo. Habla distraídamente, sin mirar a la madre.

—Ya ves, ¡por ahí!

La madre tiene la voz tierna, parece como si quisiese agradar.

—¡Por ahí! ¡Por ahí! Te pasas el día en la calle y después, cuando vienes, no me cuentas nada. A mí, ¡con lo que me gusta saber de tus cosas! A tu madre, que tanto te quiere...

La muchacha se arregla los labios mirándose en el revés de la polvera.

—¿Y papá?

—No sé. ¿Por qué? Se marchó hace ya rato y todavía es pronto para que vuelva. ¿Por qué me lo preguntas?

—No, por nada. Me acordé de él de repente porque lo vi en la calle.

—¡Con lo grande que es Madrid!

Julita sigue hablando.

—¡Ca, es un pañuelo! Lo vi en la calle de Santa Engracia. Yo bajaba de una casa, de hacerme una fotografía.

—No me habías dicho nada.

—Quería sorprenderte... Él iba a la misma casa; por lo visto, tiene un amigo enfermo en la vecindad.

La niña la mira por el espejito. A veces piensa que su madre tiene cara de tonta.

—¡Tampoco me dijo una palabra!

Doña Visi tenía el aire triste.

—A mí nunca me decís nada.

Julita sonrío y se acerca a besar a la madre.

—¡Qué bonita es mi vieja!

Doña Visi la besa, echa la cabeza atrás y enarca las cejas.

—¡Huy! ¡Hueles a tabaco!

Julita frunce la boca.

—Pues no he fumado, ya sabes de sobra que no fumo, me parece poco femenino.

La madre ensaya un gesto severo.

—Entonces... ¿Te habrán besado?

—Por Dios, mamá, ¿por quién me tomas?

La mujer, la pobre mujer, coge a la hija de las dos manos.

—Perdóname, hijita, ¡es verdad! ¡Qué tonterías digo!

Se queda pensativa unos instantes y habla muy quedo, como consigo misma:

—Es que a una todo se le imagina peligro para su hijita mayor...

Julita deja escapar dos lágrimas.

—¡Es que dices unas cosas!

La madre sonrío, un poco a la fuerza, y acaricia el pelo de la muchacha.

—Anda, no seas chiquilla, no me hagas caso. Te lo decía de broma.

Julita está abstraída, parece que no oye.

—Mamá...

—¿Qué?

Don Pablo piensa que los sobrinos de su mujer le han venido a hacer la pascua, le han estropeado la tarde. A estas horas, estaba ya todos los días en el café de doña Rosa, tomándose su chocolate.

Los sobrinos de su mujer se llaman Anita y Fidel. Anita es hija de un hermano de doña Pura, empleado del Ayuntamiento de Zaragoza, que tiene una cruz de beneficencia porque una vez sacó del Ebro a una señora que resultó prima del presidente de la diputación. Fidel es su marido, un chico que tiene una confitería en Huesca. Están pasando unos días en Madrid, en viaje de novios.

Fidel es un muchacho joven que lleva bigotito y una corbata verde claro. De adolescente tuvo algún trastorno en su organismo, más bien unas purgaciones, por andarse de picos pardos sin ser ni listo ni limpio. La verdad es que tampoco tuvo demasiada suerte. Se lo guardó todo bien callado, para que no tomaran aprensión los clientes de la confitería, y se las fue curando poco a poco con sales de mercurio en el retrete del casino. Por aquellas fechas, al ver las tiernas cañas de hojaldre rellenas de untuosa, amarillita crema, sentía unas náuseas que casi no podía contener. En Zaragoza ganó, seis o siete meses atrás, un concurso de tangos, y aquella misma noche le presentaron a la chica que ahora es su mujer.

El padre de Fidel, pastelero también, había sido un tío muy bruto que se purgaba con arena y que no hablaba más que de las joticas y de la Virgen del Pilar. Presumía de culto y emprendedor y usaba dos clases de tarjetas, unas que decían «Joaquín Bustamante — Del comercio», y otras, en letra gótica, donde se leía: «Joaquín Bustamante Valls — Autor del proyecto *Hay que doblar la producción agrícola en España*». A su muerte dejó una cantidad tremenda de papeles de barba llenos de números y de planos; quería duplicar las cosechas con un sistema de su invención: unas tremendas pilas de terrazas rellenas de tierra fértil, que recibirían el agua por unos pozos artesianos y el sol por un juego de espejos.

El padre de Fidel cambió de nombre a la pastelería cuando la heredó de su hermano mayor, muerto el 98 en Filipinas. Antes se llamaba La Endulzadora, pero le pareció el nombre poco significativo y le puso Al Solar de Nuestros Mayores. Estuvo más de medio año buscando título y al final tenía apuntados lo menos trescientos, casi todos por el estilo.

Durante la república y aprovechando que el padre se murió, Fidel volvió a cambiar el nombre de la pastelería y le puso El Sorbete de Oro.

—Las confiterías no tienen por qué tener nombres políticos —decía.

Fidel, con una rara intuición, asociaba la marca Al Solar de Nuestros Mayores con determinadas tendencias del pensamiento.

—Lo que tenemos es que colocar a quien sea los bollos suizos y los petisús. Con las mismas pesetas nos pagan los republicanos que los carlistas.

Los chicos, ya sabéis, han venido a Madrid a pasar la luna de miel y se han creído en la obligación de hacer una larga visita a los tíos. Don Pablo no sabe cómo sacárselos de encima.

—De modo que os gusta Madrid, ¿eh?

—Pues sí...

Don Pablo deja pasar unos instantes para decir:

—¡Bueno!

Doña Pura está pasada. La pareja, sin embargo, no parece entender demasiado.

Victorita se fue a la calle de Fuencarral, a la lechería de doña Ramona Bragado, la antigua querida de aquel señor que fue dos veces subsecretario de Hacienda.

—¡Hola, Victorita! ¡Qué alegría más grande me das!

—Hola, doña Ramona.

Doña Ramona sonrío, meliflua, obsequiosa.

—¡Ya sabía yo que mi niña no había de faltar a la cita!

Victorita intentó sonreír también.

—Sí, se ve que está usted muy acostumbrada.

—¿Qué dices?

—Pues ya ve, ¡nada!

—¡Ay, hija, qué suspicaz!

Victorita se quitó el abrigo, llevaba el escote de la blusa desabrochado y tenía en los ojos una mirada extraña, no se sabría bien si suplicante, humillada o cruel.

—¿Estoy bien así?

—Pero, hija, ¿qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada.

Doña Ramona, mirando para otro lado, intentó sacar a flote sus viejas mañas de componedora.

—¡Anda, anda! No seas chiquilla. Anda, entra ahí a jugar a las cartas con mis sobrinas.

Victorita se plantó.

—No, doña Ramona. No tengo tiempo. Me espera mi novio. A mí, ¿sabe usted?, ya me revienta andar dándole vueltas al asunto, como un borrico de noria. Mire usted, a usted y a mí lo que nos interesa es ir al grano, ¿me entiende?

—No, hija, no te entiendo.

Victorita tenía el pelo algo revuelto.

—Pues se lo voy a decir más claro: ¿dónde está el cabrito?

Doña Ramona se espantó.

—¿Eh?

—¡Que dónde está el cabrito! ¿Me entiende? ¡Que dónde está el tío!

—¡Ay, hija, tú eres una golfa!

—Bueno, yo soy lo que usted quiera, a mí no me importa. Yo tengo que tirarme a un hombre para comprarle unas medicinas a otro. ¡Venga el tío!

—Pero, hija, ¿por qué hablas así?

Victorita levantó la voz.

—¡Pues porque no me da la gana de hablar de otra manera, tía alcahueta! ¿Se entera? ¡Porque no me da la gana!

Las sobrinas de doña Ramona se asomaron al oír las voces. Por detrás de ellas sacó la jeta don Mario.

—¿Qué pasa, tía?

—¡Ay! ¡Esta mala pécora, desagradecida, que quiso pegarme!

Victorita estaba completamente serena. Poco antes de hacer alguna barbaridad, todo el mundo está completamente sereno. O poco antes, también, de decidirse a no hacerla.

—Mire usted, señora, ya volveré otro día, cuando tenga menos clientas.

La muchacha abrió la puerta y salió. Antes de llegar a la esquina la alcanzó don Mario. El hombre se llevó la mano al sombrero.

—Señorita, usted perdone. Me parece, ¡para qué nos vamos a andar con rodeos!, que yo soy un poco el culpable de todo esto. Yo...

Victorita le interrumpió:

—¡Hombre, me alegro de conocerlo! ¡Aquí me tiene! ¿No me andaba buscando? Le juro a usted que jamás me he acostado con nadie más que con mi novio. Hace tres meses, cerca de cuatro, que no sé lo que es un hombre. Yo quiero mucho a mi novio. A usted nunca lo querré, pero en cuanto usted me pague me voy a la cama. Estoy muy harta. Mi novio se salva con unos duros. No me importa ponerle los cuernos. Lo que me importa es sacarlo adelante. Si usted me lo cura, yo me lío con usted hasta que usted se harte.

La voz de la muchacha ya venía temblando. Al final se echó a llorar.

—Usted dispense...

Don Mario, que era un atravesado con algunas venas de sentimental, tenía un nudo pequeño en la garganta.

—¡Cálmese, señorita! Vamos a tomar un café, eso le sentará bien.

En el café, don Mario le dijo a Victorita:

—Yo te daría dinero para que se lo lleves a tu novio, pero, hagamos lo que hagamos, él se va a creer lo que le dé la gana, ¿no te parece?

—Sí, que se crea lo que quiera. Ande, lléveme usted a la cama.

Julita, abstraída, parece no oír, parece como si estuviera en la luna.

—Mamá...

—¿Qué?

—Tengo que hacerte una confesión.

—¿Tú? ¡Ay, hijita, no me hagas reír!

—No, mamá, te lo digo en serio, tengo que hacerte una confesión.

A la madre le tiemblan los labios un poquito, habría que fijarse mucho para verlo.

—Di, hija, di.

—Pues... No sé si me voy a atrever.

—Sí, hija, di, no seas cruel. Piensa en lo que se dice, que una madre es siempre una amiga, una confidente para su hija.

—Bueno, si es así...

—A ver, di.

—Mamá...

—Qué.

Julita tuvo un momento de arranque.

—¿Sabes por qué huelo a tabaco?

—¿Por qué?

La madre está anhelante, se la hubiera ahogado con un pelo.

—Pues porque he estado muy cerca de un hombre y ese hombre estaba fumando un puro.

Doña Visi respiró. Su conciencia, sin embargo, le seguía exigiendo seriedad.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—Pero...

—No, mamá, no temas. Es muy bueno.

La muchacha toma una actitud soñadora, parece una poetisa.

—¡Muy bueno, muy bueno!

—¿Y decente, hija mía, que es lo principal?

—Sí, mamá, también decente.

Ese último gusanito adormecido del deseo que aun en los viejos existe, cambió de postura en el corazón de doña Visi.

—Bueno, hijita, yo no sé qué decirte. Que Dios te bendiga...

A Julita le temblaron un poco los párpados, tan poco que no hubiera habido reló capaz de medirlo.

—Gracias, mamá.

•••

Al día siguiente, doña Visi estaba cosiendo cuando llamaron a la puerta, a eso de la

una de la tarde.

—¡Tica, ve a abrir!

Escolástica, la vieja y sucia criada a quien todos llaman Tica, para acabar antes, fue a abrir la puerta de la calle.

—Señora, un certificado.

—¿Un certificado?

—Sí.

—¡Huy, qué raro!

Doña Visi firmó en el cuadernito del cartero.

—Toma, dale una perra.

El sobre del certificado dice: «Señorita Julia Moisés, calle de Hartzzenbusch, 57, Madrid».

—¿Qué será? Parece cartón.

Doña Visi mira al trasluz, no se ve nada.

—¡Qué curiosidad tengo! Un certificado para la niña, ¡qué cosa más rara!

Doña Visi piensa que Julita ya no puede tardar mucho, que pronto ha de salir de dudas. Doña Visi sigue cosiendo.

—¿Qué podrá ser?

Doña Visi vuelve a coger el sobre, color paja y algo más grande que los corrientes, vuelve a mirarlo por todas partes, vuelve a palparlo.

—¡Qué tonta soy! ¡Una foto! ¡La foto de la chica! ¡También es rapidez!

Doña Visi rasga el sobre y un señor de bigote cae sobre el costurero.

—¡Caray, qué tío!

Por más que lo mira y por más vueltas que le da...

El señor del bigote se llamó en vida don Obdulio. Doña Visi lo ignora, doña Visi ignora casi todo lo que pasa en el mundo.

—¿Quién será este tío?

Cuando Julita llega, la madre le sale al paso.

—Mira, Julita, hija, has tenido una carta. La he abierto porque vi que era una foto, pensé que sería la tuya. ¡Tengo tantas ganas de verla!

Julita torció el gesto. Julita era, a veces, un poco déspota con su madre.

—¿Dónde está?

—Tómala, yo creo que debe ser una broma.

Julita ve la foto y se queda blanca.

—Sí, una broma de muy mal gusto.

La madre, a cada instante que transcurre, entiende menos lo que pasa.

—¿Lo conoces?

—No, ¿de qué lo voy a conocer?

Julita guarda la foto de don Obdulio y un papel que la acompañaba donde, con torpe letra de criada, se leía: «¿Conoces a este, chata?».

• • •

Cuando Julita ve a su novio, le dice:

—Mira lo que he recibido por correo.

—¡El muerto!

—Sí, el muerto.

Ventura está un momento callado, con cara de conspirador.

—Dámela, ya sé yo lo que hacer con ella.

—Tómala.

Ventura aprieta un poco el brazo de Julita.

—Oye, ¿sabes lo que te digo?

—¿Qué?

—Pues que va a ser mejor cambiar de nido, buscar otra covacha, todo esto ya me está dando mala espina.

—Sí, a mí también. Ayer me encontré a mi padre en la escalera.

—¿Te vio?

—¡Pues claro!

—¿Y qué le dijiste?

—Nada, que venía de sacarme una foto.

Ventura está pensativo.

—¿Has notado algo en tu casa?

—No, nada, por ahora no he notado nada.

• • •

Poco antes de verse con Julita, Ventura se encontró a doña Celia en la calle de Luchana.

—¡Adiós, doña Celia!

—¡Adiós, señor Aguado! Hombre, a propósito, ni que me lo hubieran puesto a usted en el camino. Me alegro de haberlo encontrado, tenía algo bastante importante que decirle.

—¿A mí?

—Sí, algo que le interesa. Yo pierdo un buen cliente, pero, ya sabe usted, a la fuerza ahorcan, no hay más remedio. Tengo que decírselo a usted, yo no quiero líos: ándense con ojo usted y su novia, por casa va el padre de la chica.

—¿Sí?

—Como lo oye.

—Pero...

—Nada, se lo digo yo, ¡como lo oye!

—Sí, sí, bueno... ¡Muchas gracias!

La gente ya ha cenado.

Ventura acaba de redactar su breve carta, ahora está poniendo el sobre: «Sr. D. Roque Moisés, calle de Hartzenbusch, 57, Interior».

La carta, escrita a máquina, dice así:

Muy señor mío:

Ahí le mando la foto que en el valle de Josafat podrá hablar contra usted. Ándese con tiento y no juegue, pudiera ser peligroso. Cien ojos le espían y más de una mano no titubearía en apretarle el pescuezo. Guárdese, ya sabemos por quiénes votó usted en el 36.

La carta iba sin firma.

Cuando don Roque la reciba, se quedará sin aliento. A don Obdulio no lo podrá recordar, pero la carta a no dudarle le encogerá el ánimo.

—Esto debe ser obra de los masones —pensará—; tiene todas las características, la foto no es más que para despistar. ¿Quién será este desgraciado con cara de muerto de hace treinta años?

Doña Asunción, la mamá de la Paquita, contaba lo de la suerte que había tenido su niña a doña Juana Entrena, viuda de Sisemón, la pensionista vecina de don Ibrahim y de la pobre doña Margot.

Doña Juana Entrena, para compensar, daba a doña Asunción toda clase de detalles sobre la trágica muerte de la mamá del señor Suárez, por mal nombre la Fotógrafa.

Doña Asunción y doña Juana eran ya casi viejas amigas, se habían conocido cuando las evacuaron a Valencia, durante la Guerra Civil, a las dos en la misma camioneta.

—¡Ay, hija, sí! ¡Estoy encantada! Cuando recibí la noticia de que la señora del novio de mi Paquita la había pringado, creí enloquecer. Que Dios me perdone, yo no he deseado nunca mal a nadie, pero esa mujer era la sombra que oscurecía la felicidad de mi hija.

Doña Juana, con la vista clavada en el suelo, reanudó su tema: el asesinato de doña Margot.

—¡Con una toalla! ¿Usted cree que hay derecho? ¡Con una toalla! ¡Qué falta de consideración para una ancianita! El criminal la ahorcó con una toalla como si fuera un pollo. En la mano le puso una flor. La pobre se quedó con los ojos abiertos, según dicen parecía una lechuga, yo no tuve valor para verla; a mí estas cosas me impresionan mucho. Yo no quisiera equivocarme, pero a mí me da al olfato que su niño debe andar mezclado en todo esto. El hijo de doña Margot, que en paz descansa, era mariquita, ¿sabe usted?, andaba en muy malas compañías. Mi pobre marido siempre lo decía: quien mal anda, mal acaba.

El difunto marido de doña Juana, don Gonzalo Sisemón, había acabado sus días

en un prostíbulo de tercera clase, una tarde que le falló el corazón. Sus amigos lo tuvieron que traer en un taxi, por la noche, para evitar complicaciones. A doña Juana le dijeron que se había muerto en la cola de Jesús de Medinaceli, y doña Juana se lo creyó. El cadáver de don Gonzalo venía sin tirantes, pero doña Juana no cayó en el detalle.

—¡Pobre Gonzalo! —decía—, ¡pobre Gonzalo! ¡Lo único que me reconforta es pensar que se ha ido derechito al cielo, que a estas horas estará mucho mejor que nosotros! ¡Pobre Gonzalo!

Doña Asunción, como quien oye llover, sigue con lo de la Paquita.

—¡Ahora, si Dios quisiera que se quedase embarazada! ¡Eso sí que sería suerte! Su novio es un señor muy considerado por todo el mundo, no es ningún pelagatos, que es todo un catedrático. Yo he ofrecido ir a pie al cerro de los Ángeles si la niña se queda en estado. ¿No cree usted que hago bien? Yo pienso que, por la felicidad de una hija, todo sacrificio es poco, ¿no le parece? ¡Qué alegría se habrá llevado la Paquita al ver que su novio está libre!

A las cinco y cuarto o cinco y media, don Francisco llega a su casa, a pasar la consulta. En la sala de espera hay ya siempre algunos enfermos aguardando, con cara de circunstancias y en silencio. A don Francisco le acompaña su yerno, con quien reparte el trabajo.

Don Francisco tiene abierto un consultorio popular, que le deja sus buenas pesetas todos los meses. Ocupando los cuatro balcones de la calle, el consultorio de don Francisco exhibe un rótulo llamativo que dice: «Instituto Pasteur-Koch. Director-propietario, Dr. Francisco Robles. Tuberculosis, pulmón y corazón. Rayos X. Piel, venéreas, sífilis. Tratamientos de hemorroides por electrocoagulación. Consulta, 5 ptas.». Los enfermos pobres de la glorieta de Quevedo, de Bravo Murillo, de San Bernardo, de Fuencarral, tienen una gran fe en don Francisco.

—Es un sabio —dicen—, un verdadero sabio, un médico con mucho ojo y mucha práctica.

Don Francisco les suele atajar.

—No solo con fe se curará, amigo mío —les dice cariñosamente, poniendo la voz un poco confidencial—, la fe sin obras es fe muerta, una fe que no sirve para nada. Hace falta también que pongan ustedes algo de su parte, hace falta obediencia y asiduidad, ¡mucho asiduidad!, no abandonarse y no dejar de venir por aquí en cuanto se nota una ligera mejoría... ¡Encontrarse bien no es estar curado, ni mucho menos! ¡Desgraciadamente, los virus que producen las enfermedades son tan taimados como traidores y alevosos!

Don Francisco es un poco tramposillo, el hombre tiene a sus espaldas un familión tremendo.

A los enfermos que, llenos de timidez y de distingos, le preguntan por las sulfamidas, don Francisco los disuade casi displicente. Don Francisco asiste, con el

corazón encogido, al progreso de la farmacopea.

—Día llegará —piensa— en que los médicos estaremos de más, en que en las boticas habrá unas listas de píldoras y los enfermos se recetarán solos.

Cuando le hablan, decimos, de las sulfamidas, don Francisco suele responder:

—Haga usted lo que quiera, pero no vuelva por aquí. Yo no me encargo de vigilar la salud de un hombre que voluntariamente se debilita la sangre.

Las palabras de don Francisco suelen hacer un gran efecto.

—No, no, lo que usted mande, yo solo haré lo que usted mande.

En la casa, en una habitación interior, doña Soledad, su señora, repasa calcetines mientras deja vagar la imaginación, una imaginación torpe, corta y maternal como el vuelo de una gallina. Doña Soledad no es feliz, puso toda su vida en los hijos, pero los hijos no han sabido, o no han querido, hacerla feliz. Once le nacieron y once le viven, casi todos lejos, alguno perdido. Las dos mayores, Soledad y Piedad, se fueron monjas hace ya mucho tiempo, cuando cayó Primo de Rivera; aún hace unos meses, desde el convento, tiraron también de María Auxiliadora, una de las pequeñas. El mayor de los dos únicos varones, Francisco, el tercero de los hijos, fue siempre el ojito derecho de la señora; ahora está de médico militar en Carabanchel, algunas noches viene a dormir a casa. Amparo y Asunción son las dos únicas casadas. Amparo con el ayudante del padre, don Emilio Rodríguez Ronda; Asunción con don Fadrique Méndez, que es practicante en Guadalajara, hombre trabajador y mañoso que lo mismo sirve para un roto que para un descosido, que lo mismo pone unas inyecciones a un niño o unas lavativas a una vieja de buena posición, que arregla una radio o pone un parche a una bolsa de goma. La pobre Amparo ni tiene hijos ni podrá ya tenerlos, anda siempre mal de salud, siempre a vueltas con sus arrechuchos y sus goteras; tuvo primero un aborto, después una larga serie de trastornos, y hubo que acabar al final por extirparle los ovarios y sacarle fuera todo lo que le estorbaba, que debía ser bastante. Asunción, en cambio, es más fuerte y tiene tres hijos que son tres soles: Pilarín, Fadrique y Saturnino; la mayorcita ya va al colegio, ya ha cumplido los cinco años.

Después, en la familia de don Francisco y doña Soledad, viene Trini, soltera, feúcha, que buscó unos cuartos y puso una mercería en la calle de Apodaca.

El local es pequeñito, pero está limpio y atendido con esmero. Tiene un escaparate minúsculo, en el que se muestran madejas de lana, confecciones para niños y medias de seda, y un letrero pintado de azul claro, donde con letra picuda se lee «Trini», y debajo y más pequeño, «Mercería». Un chico de la vecindad que es poeta y que mira a la muchacha con una ternura profunda, trata en vano de explicar a su familia, a la hora de la comida:

—Vosotros no os dais cuenta, pero a mí estas tiendas pequeñitas o recoletas que se llaman Trini, ¡me producen una nostalgia!

—Este chico es tonto —asegura el padre—, el día que yo desaparezca no sé lo que va a ser de él.

El poeta de la vecindad es un jovencito melenudo, pálido, que está siempre evadido, sin darse cuenta de nada, para que no se le escape la inspiración, que es algo así como una mariposita ciega y sorda pero llena de luz, una mariposita que vuela al buen tuntún, a veces dándose contra las paredes, a veces más alta que las estrellas. El poeta de la vecindad tiene dos rosetones en las mejillas. El poeta de la vecindad, en algunas ocasiones, cuando está en vena, se desmaya en los cafés y tienen que llevarlo al retrete, a que se despeje un poco con el olor del desinfectante, que duerme en su jaulita de alambre, como un grillo.

Detrás de Trini viene Nati, la compañera de facultad de Martín, una chica que anda muy bien vestida, quizás demasiado bien vestida, y después María Auxiliadora, la que se fue monja con las dos mayores hace poco. Cierran la serie de los hijos tres calamidades: los tres pequeños. Socorrito se escapó con un amigo de su hermano Paco, Bartolomé Anguera, que es pintor; llevan una vida de bohemios en un estudio de la calle de los Caños, donde se tienen que helar de frío, donde el día menos pensado van a amanecer tiesos como sorbetes. La chica asegura a sus amigas que es feliz, que todo lo da por bien empleado con tal de estar al lado de Bartolo, de ayudarle a hacer su Obra. Lo de Obra lo dice con un énfasis tremendo de letra mayúscula, con un énfasis de jurado de las exposiciones nacionales.

—En las nacionales no hay criterio —dice Socorrito—, no saben por dónde se andan. Pero es igual, tarde o temprano no tendrán más remedio que medallar a mi Bartolo.

En la casa hubo un disgusto muy serio con la marcha de Socorrito.

—¡Si por lo menos se hubiera ido de Madrid! —decía su hermano Paco, que tenía un concepto geográfico del honor.

La otra, María Angustias, al poco tiempo empezó con que quería dedicarse al cante y se puso de nombre Carmen del Oro. Pensó también en llamarse Rosario Giralda y Esperanza de Granada, pero un amigo suyo, periodista, le dijo que no, que el nombre más a propósito era Carmen del Oro. En esas andábamos cuando, sin dar tiempo a la madre a reponerse de lo de Socorrito, María Angustias se lio la manta a la cabeza y se largó con un banquero de Murcia que se llamaba don Estanislao Ramírez. La pobre madre se quedó tan seca que ya ni lloraba.

El pequeño, Juan Ramón, salió de la serie B y se pasaba el día mirándose al espejo y dándose cremas en la cara.

A eso de las siete, entre dos enfermos, don Francisco sale al teléfono. Casi no se oye lo que habla.

—¿Va a estar usted en su casa?

—...

—Bien, yo iré por ahí a eso de las nueve.

—...

—No, no llame a nadie.

La muchacha parece estar en trance, el ademán soñador, la mirada perdida, en los labios la sonrisa de la felicidad.

—Es muy bueno, mamá, muy bueno, muy bueno. Me cogió una mano, me miró fijo a los ojos...

—¿Nada más?

—Sí. Se me acercó mucho y me dijo: Julita, mi corazón arde de pasión, yo ya no puedo vivir sin ti, si me desprecias mi vida ya no tendrá objeto, será como un cuerpo que flota, sin rumbo, a merced del destino.

Doña Visi sonrío emocionada.

—Igual que tu padre, hija mía, igual que tu padre.

Doña Visi entorna la mirada y se queda beatíficamente pensativa, dulce y quizás algo tristemente descansada.

—Claro... El tiempo pasa... ¡Me estás haciendo vieja, Julita!

Doña Visi está unos segundos en silencio. Después se lleva el pañuelo a los ojos y se seca dos lágrimas que asomaban tímidas.

—¡Pero, mamá!

—No es nada, hijita; la emoción. ¡Pensar que algún día llegarás a ser de algún hombre! Pidamos a Dios, hijita mía, para que te depare un buen marido, para que haga que llegues a ser la esposa del hombre que te mereces.

—Sí, mamá.

—Y cuídate mucho, Julita, ¡por el amor de Dios! No le des confianza ninguna, te lo suplico. Los hombres son taimados y van a lo suyo, no te fíes jamás de buenas palabras. No olvides que los hombres se divierten con las frescas, pero al final se casan con las decentes.

—Sí, mamá.

—Claro que sí, hijita. Y conserva lo que conservé yo durante veintitrés años para que se lo llevase tu padre. ¡Es lo único que las mujeres honestas y sin fortuna podemos ofrecerle a nuestros maridos!

Doña Visi está hecha un mar de lágrimas. Julita trata de consolarla.

—Descuida, mamá.

En el café, doña Rosa sigue explicándole a la señorita Elvira que tiene el vientre suelto, que se pasó la noche yendo y viniendo del *water* a la alcoba y de la alcoba al *water*.

—Yo creo que algo me habrá sentado mal; los alimentos, a veces, están en malas condiciones; si no, no me lo explico.

—Claro, eso debió ser seguramente.

La señorita Elvira, que es ya como un mueble en el café de doña Rosa, suele decir a todo amén. El tener amiga a doña Rosa es algo que la señorita Elvira considera muy importante.

—¿Y tenía usted retortijones?

—¡Huy, hija! ¡Y qué retortijones! ¡Tenía el vientre como la caja de los truenos! Para mí que cené demasiado. Ya dice la gente, de grandes cenas están las sepulturas llenas.

La señorita Elvira seguía asintiendo.

—Sí, eso dicen, que cenar mucho es malo, que no se hace bien la digestión.

—¿Que se va a hacer bien? ¡Se hace muy mal!

Doña Rosa bajó un poco la voz.

—¿Usted duerme bien?

Doña Rosa trata a la señorita Elvira unas veces de tú y otras de usted, según le da.

—Pues, sí, suelo dormir bien.

Doña Rosa pronto sacó su conclusión.

—¡Será que cena usted poco!

La señorita Elvira se quedó algo perpleja.

—Pues, sí, la verdad es que mucho no ceno. Yo ceno más bien poco.

Doña Rosa se apoya en el respaldo de una silla.

—Anoche, por ejemplo, ¿qué cenó usted?

—¿Anoche? Pues ya ve usted, poca cosa, unas espinacas y dos rajitas de pescadilla.

La señorita Elvira había cenado una peseta de castañas asadas, veinte castañas asadas, y una naranja de postre.

—Claro, ese es el secreto. A mí me parece que esto de hincharse no debe ser saludable.

La señorita Elvira piensa exactamente lo contrario, pero se lo calla.

Don Pedro Pablo Tauste, el vecino de don Ibrahim de Ostolaza y dueño del taller de reparación de calzado La Clínica del Chapín, vio entrar en su tenducho a don Ricardo Sorbedo, que el pobre venía hecho una calamidad.

—Buenas tardes, don Pedro, ¿da usted su permiso?

—Adelante, don Ricardo, ¿qué de bueno le trae por aquí?

Don Ricardo Sorbedo, con su larga melena enmarañada; su bufandilla descolorida y puesta un tanto al desgaire; su traje roto, deformado y lleno de lámparas; su trasnochada chalina de lunares y su seboso sombrero verde de ala ancha, es un extraño tipo, medio mendigo y medio artista, que malvive del sable, y del candor y de la caridad de los demás. Don Pedro Pablo siente por él cierta admiración y le da una peseta de vez en cuando. Don Ricardo Sorbedo es un hombre pequeñito, de andares casi pizpiretos, de ademanes grandilocuentes y respetuosos, de hablar preciso y ponderado, que construye muy bien sus frases, con mucho esmero.

—Poco de bueno, amigo don Pedro, que la bondad escasea en este bajo mundo, y sí bastante de malo es lo que me trae a su presencia.

Don Pedro Pablo ya conocía la manera de empezar, era siempre la misma. Don

Ricardo disparaba, como los artilleros, por elevación.

—¿Quiere usted una peseta?

—Aunque no la necesitase, mi noble amigo, siempre la aceptaría por corresponder a su gesto de prócer.

—¡Vaya!

Don Pedro Pablo Tauste sacó una peseta del cajón y se la dio a don Ricardo Sorbedo.

—Poco es...

—Sí, don Pedro, poco es, realmente, pero su desprendimiento al ofrecérmela es como una gema de muchos quilates.

—Bueno, ¡si es así!

Don Ricardo Sorbedo era algo amigo de Martín Marco y, a veces, cuando se encontraban, se sentaban en el banco de un paseo y se ponían a hablar de arte y literatura.

Don Ricardo Sorbedo había tenido una novia, hasta hace poco tiempo, a la que dejó por cansancio y por aburrimiento. La novia de don Ricardo Sorbedo era una golfita hambrienta, sentimental y un poco repipia, que se llamaba Maribel Pérez. Cuando don Ricardo Sorbedo se quejaba de lo mal que se estaba poniendo todo, la Maribel procuraba consolarlo con filosofías.

—No te apures —le decía la novia—, el alcalde de Cork tardó más de un mes en palmarla.

A la Maribel le gustaban las flores, los niños y los animales; era una chica bastante educada y de modales finos.

—¡Ay, ese niño rubio! ¡Qué monada! —le dijo un día, paseando por la plaza del Progreso, a su novio.

—Como todos —le contestó don Ricardo Sorbedo—. Ese es un niño como todos. Cuando crezca, si no se muere antes, será comerciante, o empleado del Ministerio de Agricultura, o quién sabe si dentista incluso. A lo mejor le da por el arte y sale pintor o torero, y tiene hasta sus complejos sexuales y todo.

La Maribel no entendía demasiado de lo que le contaba su novio.

—Es un tío muy culto mi Ricardo —le decía a sus amigas—, ¡ya lo creo! ¡Sabe de todo!

—¿Y os vais a casar?

—Sí, cuando podamos. Primero dice que quiere retirarme porque esto del matrimonio debe ser a cala y a prueba, como los melones. Yo creo que tiene razón.

—Puede. Oye, ¿y qué hace tu novio?

—Pues, mujer, como hacer, lo que se dice hacer, no hace nada, pero ya encontrará algo, ¿verdad?

—Sí, algo siempre aparece.

El padre de la Maribel había tenido una corsetería modesta en la calle de la Colegiata, hacía ya bastantes años, corsetería que traspasó porque a su mujer, la

Eulogia, se le metió entre ceja y ceja que lo mejor era poner un bar de camareras en la calle de la Aduana. El bar de la Eulogia se llamó El Paraíso Terrenal y marchó bastante bien hasta que el ama perdió el seso y se escapó con un tocaor que andaba siempre bebido.

—¡Qué vergüenza! —decía don Braulio, el papá de la Maribel—. ¡Mi señora liada con ese desgraciado que la va a matar de hambre!

El pobre don Braulio se murió poco después, de una pulmonía, y a su entierro fue, de luto riguroso y muy compungido, Paco el Sardina, que vivía con la Eulogia en Carabanchel Bajo.

—¡Es que no somos nadie! ¿Eh? —le decía en el entierro el Sardina a un hermano de don Braulio que había venido de Astorga para asistir al sepelio.

—¡Ya, ya!

—La vida es lo que tiene, ¿verdad, usted?

—Sí, sí, ya lo creo, eso es lo que tiene —le contestaba don Bruno, el hermano de don Braulio, en el autobús camino del Este.

—Era bueno este hermano de usted, que en paz descanse.

—Hombre, sí. Si fuera malo lo hubiera deslomado a usted.

—¡Pues también es verdad!

—¡Claro que también! Pero lo que yo digo: en esta vida hay que ser tolerantes.

El Sardina no contestó. Por dentro iba pensando que el don Bruno era un tío muy moderno.

—¡Ya lo creo! ¡Este es un tío la mar de moderno! ¡Queramos o no queramos, esto es lo moderno, qué contra!

A don Ricardo Sorbedo, los argumentos de la novia no le convencían mucho.

—Sí, chica, pero a mí las hambres del alcalde de Cork no me alimentan, te lo juro.

—Pero no te apures, hombre, no eches los pies por alto, no merece la pena. Además, ya sabes que no hay mal que cien años dure.

Cuando tuvieron esta conversación, don Ricardo Sorbedo y la Maribel estaban sentados ante dos blancos, en una tasca que hay en la calle Mayor, cerca del Gobierno Civil, en la otra acera. La Maribel tenía una peseta y le había dicho a don Ricardo:

—Vamos a tomarnos un blanco en cualquier lado. Ya está una harta de callejear y de coger frío.

—Bueno, vamos a donde tú quieras.

La pareja estaba esperando a un amigo de don Ricardo, que era poeta y que algunas veces los invitaba a un café con leche e incluso a un bollo suizo. El amigo de don Ricardo era un joven que se llamaba Ramón Maello y que no es que nadase en la abundancia, pero tampoco pasaba lo que se dice hambre. El hombre, que era hijo de familia, siempre se las arreglaba para andar con unas pesetas en el bolsillo. El chico vivía en la calle de Apodaca, encima de la mercería de Trini y, aunque no se llevaba muy bien con su padre, tampoco se había tenido que marchar de casa. Ramón Maello

andaba algo delicado de salud y el haberse marchado de su casa le hubiera costado la vida.

—Oye, ¿tú crees que vendrá?

—Sí, mujer, el Ramón es un chico serio. Está un poco en la luna, pero también es serio y servicial, ya verás como viene.

Don Ricardo Sorbedo bebió un traguito y se quedó pensativo.

—Oye, Maribel, ¿a qué sabe esto?

La Maribel bebió también.

—Chico, no sé. A mí me parece que a vino.

Don Ricardo sintió, durante unos segundos, un asco tremendo por su novia.

—¡Esta tía es como una calandria! —pensó.

La Maribel ni se dio cuenta. La pobre casi nunca se daba cuenta de nada.

—Mira qué gato más hermoso. Ese sí que es un gato feliz, ¿verdad?

El gato —un gato negro, lustroso, bien comido y bien dormido— se paseaba, paciente y sabio como un abad, por el reborde del zócalo, un reborde noble y antiguo que tenía lo menos cuatro dedos de ancho.

—A mí me parece que este vino sabe a té, tiene el mismo sabor que el té.

En el mostrador, unos chóferes de taxi se bebían sus vasos.

—¡Mira, mira! Es pasmoso que no se caiga.

En un rincón otra pareja se adoraba en silencio, mano sobre mano, un mirar fijo en el otro mirar.

—Yo creo que cuando se tiene la barriga vacía todo sabe a té.

Un ciego se paseó por entre las mesas cantando los cuarenta iguales.

—¡Qué pelo negro más bonito! ¡Casi parece azul! ¡Vaya gato!

De la calle se colaba, al abrir la puerta, un vientecillo frío mezclado con el ruido de los tranvías, aún más frío todavía.

—A té sin azúcar, al té que toman los que padecen del estómago.

El teléfono comenzó a sonar estrepitosamente.

—Es un gato equilibrista, un gato que podría trabajar en el circo.

El chico del mostrador se secó las manos con su mandil de rayas verdes y negras y descolgó el teléfono.

—El té sin azúcar, más propio parece para tomar baños de asiento que para ser ingerido.

El chico del mostrador colgó el teléfono y gritó:

—¡Don Ricardo Sorbedo!

Don Ricardo le hizo una seña con la mano.

—¿Eh?

—¿Es usted don Ricardo Sorbedo?

—Sí, ¿tengo algún recado?

—Sí, de parte de Ramón que no puede venir, que se le ha puesto la mamá mala.

En la tahona de la calle de San Bernardo, en la diminuta oficina donde se llevan las cuentas, el señor Ramón habla con su mujer, la Paulina, y con don Roberto González, que ha vuelto al día siguiente, agradecido a los cinco duros del patrón, a ultimar algunas cosas y dejar en orden unos asientos.

El matrimonio y don Roberto charlan alrededor de una estufa de serrín, que da bastante calor. Encima de la estufa hierven, en una lata vacía de atún, unas hojas de laurel.

Don Roberto tiene un día alegre, cuenta chistes a los panaderos.

—Y entonces el delgado va y le dice al gordo: ¡Usted es un cochino!, y el gordo se vuelve y le contesta: Oiga, oiga, ¡a ver si se cree usted que huelo siempre así!

La mujer del señor Ramón está muerta de risa, le ha entrado el hipo y grita, mientras se tapa los ojos con las dos manos:

—¡Calle, calle, por amor de Dios!

Don Roberto quiere remachar su éxito.

—¡Y todo eso, dentro de un ascensor!

La mujer llora, entre grandes carcajadas, y se echa atrás en la silla.

—¡Calle, calle!

Don Roberto también se ríe.

—¡El delgado tenía cara de pocos amigos!

El señor Ramón, con las manos cruzadas sobre el vientre y la colilla en los labios, mira para don Roberto y para la Paulina.

—¡Este don Roberto, tiene unas cosas cuando está de buenas!

Don Roberto está infatigable.

—¡Y aún tengo otro preparado, señora Paulina!

—¡Calle, calle, por amor de Dios!

—Bueno, esperaré a que se reponga un poco, no tengo prisa.

La señora Paulina, golpeándose los recios muslos con las palmas de las manos, aún se acuerda de lo mal que olía el señor gordo.

Estaba enfermo y sin un real, pero se suicidó porque olía a cebolla.

—Huele a cebolla que apesta, huele un horror a cebolla.

—Cállate, hombre, yo no huelo nada, ¿quieres que abra la ventana?

—No, me es igual. El olor no se iría, son las paredes las que huelen a cebolla, las manos me huelen a cebolla.

La mujer era la imagen de la paciencia.

—¿Quieres lavarte las manos?

—No, no quiero, el corazón también me huele a cebolla.

—Tranquilízate.

—No puedo, huele a cebolla.

—Anda, procura dormir un poco.

—No podría, todo me huele a cebolla.

—¿Quieres un vaso de leche?

—No quiero un vaso de leche. Quisiera morirme, nada más que morirme, morirme muy de prisa, cada vez huele más a cebolla.

—No digas tonterías.

—¡Digo lo que me da la gana! ¡Huele a cebolla!

El hombre se echó a llorar.

—¡Huele a cebolla!

—Bueno, hombre, bueno, huele a cebolla.

—¡Claro que huele a cebolla! ¡Una peste!

La mujer abrió la ventana. El hombre, con los ojos llenos de lágrimas, empezó a gritar.

—¡Cierra la ventana! ¡No quiero que se vaya el olor a cebolla!

—Como quieras.

La mujer cerró la ventana.

—Quiero agua en una taza; en un vaso, no.

La mujer fue a la cocina, a prepararle una taza de agua a su marido.

La mujer estaba lavando la taza cuando se oyó un berrido infernal, como si a un hombre se le hubieran roto los dos pulmones de repente.

El golpe del cuerpo contra las losetas del patio, la mujer no lo oyó. En vez sintió un dolor en las sienes, un dolor frío y agudo como el de un pinchazo con una aguja muy larga.

—¡Ay!

El grito de la mujer salió por la ventana abierta; nadie le contestó, la cama estaba vacía.

Algunos vecinos se asomaron a las ventanas del patio.

—¿Qué pasa?

La mujer no podía hablar. De haber podido hacerlo, hubiera dicho:

—Nada, que olía un poco a cebolla.

Seoane, antes de ir a tocar el violín al café de doña Rosa, se pasa por una óptica. El hombre quiere enterarse del precio de las gafas ahumadas, su mujer tiene los ojos cada vez peor.

—Vea usted, fantasía con cristales Zeiss, doscientas cincuenta pesetas.

Seoane sonrío con amabilidad.

—No, no, yo las quiero más económicas.

—Muy bien, señor. Este modelo quizá le agrada, ciento setenta y cinco pesetas.

Seoane no había dejado de sonreír.

—No, no me explico bien, yo quisiera ver unas de tres o cuatro duros.

El dependiente lo mira con un profundo desprecio. Lleva bata blanca y unos ridículos lentes de pinzas, se peina con raya al medio y mueve el culito al andar.

—Eso lo encontrará usted en una droguería. Siento no poder servir al señor.

—Bueno, adiós, usted perdone.

Seoane se va parando en los escaparates de las droguerías.

Algunas un poco más ilustradas, que se dedican también a revelar carretes de fotos, tienen, efectivamente, gafas de color en las vitrinas.

—¿Tienen gafas de tres duros?

La empleada es una chica mona, complaciente.

—Sí, señor, pero no se las recomiendo, son muy frágiles. Por poco más, podemos ofrecerle a usted un modelo que está bastante bien.

La muchacha rebusca en los cajones del mostrador y saca unas bandejas.

—Vea, veinticinco pesetas, veintidós, treinta, cincuenta, dieciocho (estas son un poco peores), veintisiete...

Seoane sabe que en el bolsillo no lleva más que tres duros.

—Estas de dieciocho, ¿dice usted que son malas?

—Sí, no compensa lo que se ahorra. Las de veintidós ya son otra cosa.

Seoane sonrío a la muchacha.

—Bien, señorita, muchas gracias, lo pensaré y volveré por aquí. Siento haberla molestado.

—Por Dios, caballero, para eso estamos.

A Julita, allá en el fondo de su corazón, le remuerde un poco la conciencia. Las tardes en casa de doña Celia se le presentan, de pronto, orladas de todas las maldiciones eternas.

Es solo un momento, un mal momento; pronto vuelve a su ser. La lagrimita que, por poco, se le cae mejilla abajo, puede ser contenida.

La muchacha se mete en su cuarto y saca del cajón de la cómoda un cuaderno forrado de hule negro donde lleva unas extrañas cuentas. Busca un lápiz, anota unos números y sonrío ante el espejo: la boca fruncida, los ojos entornados, las manos en la nuca, sueltos los botones de la blusa.

Está guapa Julita, muy guapa, mientras guiña un ojo al espejo...

—Hoy llegó Ventura al empate.

Julia sonrío, mientras el labio de abajo se le estremece, hasta la barbilla le tiembla un poquito.

Guarda su cuadernito, y sopla un poco las tapas para quitarles el polvo.

—La verdad es que voy a una marcha que ya, ya...

Al tiempo de echar la llave, que lleva adornada con un lacito rosa, piensa casi compungida:

—¡Este Ventura es insaciable!

Sin embargo —¡lo que son las cosas!—, cuando va a salir de la alcoba, un chorro de optimismo le riega el alma.

—¡Es tan cachondo este repajolero catalán!

Martín se despide de Nati Robles y va hacia el café de donde lo echaron el día anterior por no pagar.

—Me quedan ocho duros y pico —piensa—, yo no creo que sea robar comprarme unos pitillos y darle una lección a esa tía asquerosa del café. A Nati le puedo regalar un par de grabaditos que me cuesten cinco o seis duros.

Toma un 17 y se acerca hasta la glorieta de Bilbao. En el espejo de una peluquería, se atusa un poco el pelo y se pone derecho el nudo de la corbata.

—Yo creo que voy bastante bien...

Martín entra en el café por la misma puerta por donde ayer salió, quiere que le toque el mismo camarero, hasta la misma mesa si fuera posible.

En el café hace un calor denso, pegajoso. Los músicos tocan *La cumparsita*, tango que para Martín tiene ciertos vagos, remotos, dulces recuerdos. La dueña, por no perder la costumbre, grita entre la indiferencia de los demás, levantando los brazos al cielo, dejándolos caer pesadamente, estudiadamente, sobre el vientre. Martín se sienta a una mesa contigua a la de la escena. El camarero se le acerca.

—Hoy está rabiosa, si lo ve va a empezar a tirar coces.

—Allá ella. Tome usted un duro y tráigame café. Una veinte de ayer y una veinte de hoy, dos cuarenta, quédese con la vuelta, yo no soy ningún muerto de hambre.

El camarero se quedó cortado, tenía más cara de bobo que de costumbre. Antes de que se aleje demasiado, Martín lo vuelve a llamar.

—Que venga el limpia.

—Bien.

Martín insiste.

—Y el cerillero.

—Bien.

Martín ha tenido que hacer un esfuerzo tremendo, le duele un poco la cabeza, pero no se atreve a pedir una aspirina.

Doña Rosa habla con Pepe, el camarero, y mira, estupefacta, para Martín. Martín hace como que no ve.

Le sirven, bebe un par de sorbos y se levanta, camino del retrete. Después no supo si fue allí donde sacó el pañuelo que llevaba en el mismo bolsillo que el dinero.

De vuelta a su mesa se limpió los zapatos y se gastó un duro en una cajetilla de noventa.

—Esta bazofia, que se la beba la dueña, ¿se entera?, esto es una malta repugnante.

Se levantó airoso, casi solemne, y cogió la puerta con un gesto lleno de parsimonia.

Ya en la calle, Martín nota que todo el cuerpo le tiembla. Todo lo da por bien empleado, verdaderamente se acaba de portar como un hombre.

Ventura Aguado Sans dice a su compañero de pensión don Tesifonte Ovejero, capitán de Veterinaria:

—Desengañese usted, mi capitán, en Madrid lo que sobran son asuntos. Y ahora, después de la guerra, más que nunca. Hoy día, la que más y la que menos hace lo que puede. Lo que hay es que dedicarles algún ratillo al día, ¡qué caramba! ¡No se pueden pescar truchas a bragas enjutas!

—Ya, ya; ya me hago cargo.

—Naturalmente, hombre, naturalmente. ¿Cómo quiere usted divertirse si no pone nada de su parte? Las mujeres, descuide, no van a venir a buscarle a usted. Aquí todavía no es como en otros lados.

—Sí, eso sí.

—¿Entonces? Hay que espabilarse, mi capitán, hay que tener arrestos y cara, mucha cara. Y sobre todo, no decepcionarse con los fracasos. ¿Que una falla? Bueno, ¿y qué? Ya vendrá otra detrás.

Don Roque manda un aviso a Lola, la criada de la pensionista doña Matilde: «Pásate por Santa Engracia a las ocho. Tuyo, R.».

La hermana de Lola, Josefa López, había sido criada durante bastantes años en casa de doña Soledad Castro de Robles. De vez en cuando decía que se iba al pueblo y se metía en la Maternidad a pasar unos días. Llegó a tener cinco hijos que le criaban de caridad unas monjas de Chamartín de la Rosa: tres de don Roque, los tres mayores; uno del hijo mayor de don Francisco, el cuarto, y el último de don Francisco, que fue el que tardó más en descubrir el filón. La paternidad de cada uno no ofrecía dudas.

—Yo seré lo que sea —solía decir la Josefa—, pero a quien me da gusto no le pongo los cuernos. Cuando una se harta, se tarifa y en paz; pero mientras tanto, como las palomas, uno con una.

La Josefa fue una mujer hermosa, un poco grande. Ahora tiene una pensión de estudiantes en la calle de Atocha y vive con los cinco hijos. Malas lenguas de la vecindad dicen que se entiende con el cobrador del gas y que un día puso muy colorado al chico del tendero, que tiene catorce años. Lo que haya de cierto en todo eso es muy difícil de averiguar.

Su hermana Lola es más joven, pero también es grande y pechugona. Don Roque le compra pulseras de bisutería y la convida a pasteles, y ella está encantada. Es menos honesta que la Josefa y parece ser que se entiende con algún pollo que otro. Un día doña Matilde la cogió acostada con Ventura, pero prefirió no decir nada.

La chica recibió el papelito de don Roque, se arregló y se fue para casa de doña Celia.

—¿No ha venido?

—No, todavía no; pasa aquí.

Lola entra en la alcoba, se desnuda y se sienta en la cama. Quiere darle una sorpresa a don Roque, la sorpresa de abrirle la puerta en cueros vivos.

Doña Celia mira por el ojo de la cerradura, le gusta ver cómo se desnudan las

chicas. A veces, cuando nota mucho calor en la cara, llama a un lulú que tiene.

—¡Pierrot! ¡Pierrot! ¡Ven a ver a tu amita!

Ventura abre un poco la puerta del cuarto que ocupa.

—Señora.

—Va.

Ventura mete a doña Celia tres duros en la mano.

—Que salga antes la señorita.

Doña Celia dice a todo amén.

—Usted manda.

Ventura pasa a un cuarto ropero, a hacer tiempo encendiendo un cigarrillo mientras la muchacha se aleja, y la novia sale, mirando para el suelo, escaleras abajo.

—Adiós, hija.

—Adiós.

Doña Celia llama con los nudillos en la habitación donde aguarda Lola.

—¿Quieres pasar a la alcoba grande? Se ha desocupado.

—Bueno.

Julita, al llegar a la altura del entresuelo, se encuentra con don Roque.

—¡Hola, hija! ¿De dónde vienes?

Julita está pasada.

—De... la fotografía. Y tú, ¿adónde vas?

—Pues... a ver a un amigo enfermo, el pobre está muy malo.

A la hija le cuesta trabajo pensar que el padre vaya a casa de doña Celia; al padre le pasa lo mismo.

—No, ¡qué tonto soy! ¡A quién se le ocurre! —piensa don Roque.

—Será cierto lo del amigo —piensa la niña—, papá tendrá sus planes, pero ¡también sería mala uva que se viniera a meter aquí!

Cuando Ventura va a salir, doña Celia lo detiene.

—Espere un momento, han llamado.

Don Roque llega, viene algo pálido.

—¡Hola! ¿Ha venido la Lola?

—Sí, está en la alcoba de delante.

Don Roque da dos ligeros golpes sobre la puerta.

—¿Quién?

—Yo.

—Pasa.

Ventura Aguado sigue hablando, casi elocuentemente, con el capitán.

—Mire usted, yo tengo ahora un asuntillo bastante arregladito con una chica, cuyo nombre no hace al caso, que cuando la vi por primera vez pensé: aquí no hay nada que hacer. Fui hasta ella, por eso de que no me quedase la pena de verla pasar sin trastearla, le dije tres cosas y le pagué dos vermús con gambas, y ya ve usted,

ahora la tengo como una corderita. Hace lo que yo quiero y no se atreve ni a levantar la voz. La conocí en el Barceló el veintitantos de agosto pasado y, a la semana escasa, el día de mi cumpleaños, ¡zas, al catre! Si me hubiera estado como un gilí viendo cómo la camelaban y cómo le metían mano los demás, a estas horas estaba como usted.

—Sí, eso está muy bien, pero a mí me da por pensar que eso no es más que cuestión de suerte.

Ventura saltó en el asiento.

—¿Suerte? ¡Ahí está el error! La suerte no existe, amigo mío, la suerte es como las mujeres, que se entrega a quienes la persiguen y no a quien las ve pasar por la calle sin decirles ni una palabra. Desde luego lo que no se puede es estar aquí metido todo el santo día como está usted, mirando para esa usurera del niño lila y estudiando las enfermedades de las vacas. Lo que yo digo es que así no se va a ninguna parte.

Seoane coloca su violín sobre el piano, acaba de tocar *La cumparsita*. Habla con Macario.

—Voy un momento al *water*.

Seoane marcha por entre las mesas. En su cabeza siguen dando vueltas los precios de las gafas.

—Verdaderamente, vale la pena esperar un poco. Las de veintidós son bastante buenas, a mí me parece.

Empuja con el pie la puerta donde se lee «Caballeros»: dos tazas adosadas a la pared y una débil bombilla de quince bujías defendida con unos alambres. En su jaula, como un grillo, una tableta de desinfectante preside la escena.

Seoane está solo, se acerca a la pared, mira para el suelo.

—¿Eh?

La saliva se le para en la garganta, el corazón le salta, un zumbido larguísimo se le posa en los oídos. Seoane mira para el suelo con mayor fijeza, la puerta está cerrada. Seoane se agacha precipitadamente. Sí, son cinco duros. Están un poco mojados, pero no importa. Seoane seca el billete con un pañuelo.

Al día siguiente volvió a la droguería.

—Las de treinta, señorita, deme las de treinta.

Sentados en el sofá, Lola y don Roque hablan. Don Roque está con el abrigo puesto y el sombrero encima de las rodillas. Lola, desnuda, y con las piernas cruzadas. En la habitación arde un chubesqui, se está bastante caliente. Sobre la luna del armario se reflejan las figuras, hacen realmente una pareja extraña: don Roque de bufanda y con el gesto preocupado, Lola en cueros y de mal humor.

Don Roque está callado.

—Eso es todo.

Lola se rasca el ombligo y después se huele el dedo.

—¿Sabes lo que te digo?

—Qué.

—Pues que tu chica y yo no tenemos nada que echarnos en cara, las dos podemos tratarnos de tú a tú.

Don Roque grita:

—¡Calla, te digo! ¡Que te calles!

—Pues me callo.

Los dos fuman. La Lola, gorda, desnuda y echando humo, parece una foca del circo.

—Eso de la foto de la niña es como lo de tu amigo enfermo, ten cuidado no tengan que revelar la foto de la Julita con permanganato.

—¿Te quieres callar?

—¡Venga ya, hombre, venga ya, con tanto callar y tanta monserga! ¡Si parece que no tenéis ojos en la cara!

Ya dijimos en otro lado lo siguiente:

«Desde su marco dorado con purpurina, don Obdulio, enhiesto el bigote, dulce la mirada, protege, como un malévolo, picardeado diosecillo del amor, la clandestinidad que permite comer a su viuda».

Don Obdulio está a la derecha del armario, detrás de un macetero. A la izquierda, cuelga un retrato de la dueña, de joven, rodeada de perros lulús.

—Anda, vístete, no estoy para nada.

—Bueno.

Lola piensa:

—La niña me la paga, ¡como hay Dios! ¡Vaya si me la paga!

Don Roque le pregunta:

—¿Sales tú antes?

—No, sal tú, yo mientras me iré vistiendo.

Don Roque se va y Lola echa el pestillo a la puerta.

—Ahí donde está, nadie lo va a notar —piensa.

Descuelga a don Obdulio y lo guarda en el bolso. Se arregla el pelo un poco en el lavabo y enciende un tritón. Después llama al timbre.

El capitán Tesifonte parece reaccionar.

—Bueno... Probaremos fortuna...

—No va a ser verdad.

—Sí, hombre, ya lo verá usted. Un día que vaya usted de bureo, me llama y nos vamos juntos. ¿Hace?

—Hace, sí, señor. El primer día que me vaya por ahí, lo aviso.

El chamarilero se llama José Sanz Madrid. Tiene dos prenderías donde compra y vende ropas usadas y «objetos de arte», donde alquila *smokings* a los estudiantes y

chaqués a los novios pobres.

—Métase ahí y pruébese, tiene donde elegir.

Efectivamente, hay donde elegir: colgados de cientos de perchas, cientos de trajes esperan al cliente que los saque a tomar el aire.

Las prenderías están, una en la calle de los Estudios y otra, la más importante, en la calle de la Magdalena, hacia la mitad.

El señor José, después de merendar, lleva a Purita al cine, le gusta darse el lote antes de irse a la cama. Van al cine Ideal, enfrente del Calderón, donde ponen *Su hermano y él*, de Antonio Vico, y *Un enredo de familia*, de Mercedes Vecino, toleradas las dos. El cine Ideal tiene la ventaja de que es de sesión continua y muy grande, siempre hay sitio.

El acomodador los alumbra con la linterna.

—¿Dónde?

—Pues por aquí. Aquí estamos bien.

Purita y el señor José se sientan en la última fila. El señor José pasa una mano por el cuello a la muchacha.

—¿Qué me cuentas?

—Nada, ¡ya ves!

Purita mira para la pantalla. El señor José le coge las manos.

—Estás fría.

—Sí, hace mucho frío.

Están algunos instantes en silencio. El señor José no acaba de sentarse a gusto, se mueve constantemente en la butaca.

—Oye.

—Qué.

—¿En qué piensas?

—Psche...

—No le des más vueltas a eso, lo del Paquito yo te lo arreglo, yo tengo un amigo que manda mucho en Auxilio Social, es primo del gobernador civil de no sé dónde.

El señor José baja la mano hasta el escote de la chica.

—¡Ay, qué fría!

—No te apures, ya la calentaré.

El hombre pone la mano en la axila de Purita, por encima de la blusa.

—¡Qué caliente tienes el sobaco!

—Sí.

Purita tiene mucho calor debajo del brazo, parece como si estuviera mala.

—¿Y tú crees que el Paquito podrá entrar?

—Mujer, yo creo que sí, que a poco que pueda mi amigo, ya entrará.

—¿Y tu amigo querrá hacerlo?

El señor José tiene la otra mano en una liga de Purita. Purita, en el invierno, lleva ligero, las ligas redondas no se le sujetan bien porque está algo delgada. En el

verano va sin medias; parece que no, pero supone un ahorro, ¡ya lo creo!

—Mi amigo hace lo que yo le mando, me debe muchos favores.

—¡Ojalá! ¡Dios te oiga!

—Ya lo verás como sí.

La chica está pensando, tiene la mirada triste, perdida. El señor José le separa un poco los muslos, se los pellizca.

—¡Con el Paquito en la guardería, ya es otra cosa!

El Paquito es el hermano pequeño de la chica. Son cinco hermanos y ella, seis: Ramón, el mayor, tiene veintidós años y está haciendo el servicio en África; Mariana, que la pobre está enferma y no puede moverse de la cama, tiene dieciocho; Julio, que trabaja de aprendiz en una imprenta, anda por los catorce; Rosita tiene once, y Paquito, el más chico, nueve. Purita es la segunda, tiene veinte años, aunque quizás represente alguno más.

Los hermanos viven solos. Al padre lo fusilaron, por esas cosas que pasan, y la madre murió, tísica y desnutrida, el año 41.

A Julio le dan cuatro pesetas en la imprenta. El resto se lo tiene que ganar Purita a pulso, callejeando todo el día, recalando después de la cena por casa de doña Jesusa.

Los chicos viven en un sotabanco de la calle de la Ternera. Purita para en una pensión, así está más libre y puede recibir recados por teléfono. Purita va a verlos todas las mañanas, a eso de las doce o la una. A veces, cuando no tiene compromiso, también almuerza con ellos; en la pensión le guardan la comida para que se la tome a la cena, si quiere.

El señor José tiene ya la mano, desde hace rato, dentro del escote de la muchacha.

—¿Quieres que nos vayamos?

—¡Si tú quieres!

El señor José ayuda a Purita a ponerse el abrigo de algodón.

—Solo un ratito, ¿eh?, la parienta está ya con la mosca en la oreja.

—Lo que tú quieras.

• • •

—Toma, para ti.

El señor José mete cinco duros en el bolso de Purita, un bolso teñido de azul que mancha un poco las manos.

—Que Dios te lo pague.

A la puerta de la habitación, la pareja se despide.

—Oye, ¿cómo te llamas?

—Yo me llamo José Sanz Madrid, ¿y tú?, ¿es verdad que te llamas Purita?

—Sí, ¿por qué te iba a mentir? Yo me llamo Pura Bartolomé Alonso.

Los dos se quedan un rato mirando para el paragüero.

—Bueno, ¡me voy!

—Adiós, Pepe, ¿no me das un beso?
—Sí, mujer.
—Oye, ¿cuando sepas algo de lo del Paquito, me llamarás?
—Sí, descuida, yo te llamaré a ese teléfono.

Doña Matilde llama a voces a sus huéspedes:

—¡Don Tesi! ¡Don Ventura! ¡La cena!

Cuando se encuentra con don Tesifonte, le dice:

—Para mañana he encargado hígado, ya veremos qué cara pone.

El capitán ni la mira, va pensando en otras cosas.

—Sí, puede que tenga razón ese chico. Estándose aquí como un bobalicón, pocas conquistas se pueden hacer, esa es la verdad.

A doña Montserrat le han robado el bolso en la Reserva, ¡qué barbaridad!, ¡ahora hay ladrones hasta en las iglesias! No llevaba más que tres pesetas y unas perras, pero el bolso estaba aún bastante bien, en bastante buen uso.

Se había entonado ya el *Tantum ergo* —que el irreverente de José María, el sobrino de doña Montserrat, cantaba con la música del himno alemán— y en los bancos no quedaban ya sino algunas señoras rezagadas, dedicadas a sus particulares devociones.

Doña Montserrat medita sobre lo que acaba de leer, una hojita suelta que guarda entre las páginas de las *Visitas al Santísimo*, del P. Manjón: «Este jueves, consagrado a San Luis Gonzaga, trae al alma fragancia de azucenas y también dulce sabor de lágrimas de contrición perfecta. En la inocencia fue Luis un ángel, en la penitencia emuló las austeridades de la Tebaida. Santa María Magdalena de Pazzi, durante el éxtasis en que Dios le mostró la gloria de Gonzaga en el paraíso, exclamó...».

Doña Montserrat vuelve un poco la cabeza, y el bolso ya no está.

Al principio no se dio mucha cuenta, todo en su imaginación eran mutaciones, apariciones y desapariciones.

En su casa, Julita guarda otra vez el cuaderno y, como los huéspedes de doña Matilde, va también a cenar.

La madre le da un cariñoso pellizco en la cara.

—¿Has estado llorando? Parece que tienes los ojos encarnados.

Julita contesta con un mohín.

—No, mamá, he estado pensando.

Doña Visi sonrío con cierto aire pícaro.

—¿En él?

—Sí.

Las dos mujeres se cogen del brazo.

—Oye, ¿cómo se llama?

—Ventura.

—¡Ah, lagartona! ¡Por eso pusiste Ventura al chinito!

La muchacha entorna los ojos.

—Sí.

—¿Entonces lo conoces ya desde hace algún tiempo?

—Sí, hace ya mes y medio o dos meses que nos vemos de vez en cuando.

La madre se pone casi seria.

—¿Y cómo no me habías dicho nada?

—¿Para qué iba a decirte nada antes de que se me declarase?

—También es verdad. ¡Parezco tonta! Has hecho muy bien, hija, las cosas no deben decirse nunca hasta que suceden ya de una manera segura. Hay que ser siempre discretas.

A Julita le corre un calambre por las piernas, nota un poco de calor por el pecho.

—Sí, mamá, ¡muy discretas!

Doña Visi vuelve a sonreír y a preguntar.

—Oye, ¿y qué hace?

—Estudia notarías.

—¡Si sacase una plaza!

—Ya veremos si tiene suerte, mamá. Yo he ofrecido dos velas si saca una notaría de primera, y una si no saca más que una de segunda.

—Muy bien hecho, hija mía, a Dios rogando y con el mazo dando, yo ofrezco también lo mismo. Oye... ¿Y cómo se llama de apellido?

—Aguado.

—No está mal, Ventura Aguado.

Doña Visi ríe alborozada.

—¡Ay, hija, qué ilusión! Julita Moisés de Aguado, ¿tú te das cuenta?

La muchacha tiene el mirar perdido.

—Ya, ya.

La madre, velozmente, temerosa de que todo sea un sueño que se vaya de pronto a romper en mil pedazos como una bombilla, se apresura a echar las falsas cuentas de la lechera.

—Y tu primer hijo, Julita, si es niño, se llamará Roque, como el abuelo, Roque Aguado Moisés. ¡Qué felicidad! ¡Ay, cuando lo sepa tu padre! ¡Qué alegría!

Julita ya está del otro lado, ya cruzó la corriente, ya habla de sí misma como de otra persona, ya nada le importa fuera del candor de la madre.

—Si es niña le pondré tu nombre, mamá. También hace muy bien Visitación Aguado Moisés.

—Gracias, hija, muchas gracias, me tienes emocionada. Pero pidamos que sea varón; un hombre hace siempre mucha falta.

A la chica le vuelven a temblar las piernas.

—Sí, mamá, mucha.

La madre habla con las manos enlazadas sobre el vientre.

—¡Mira tú que si Dios hiciera que tuviese vocación!

—¡Quién sabe!

Doña Visi eleva su mirada a las alturas. El cielo raso de la habitación tiene algunas manchas de humedad.

—La ilusión de toda mi vida, ¡un hijo sacerdote!

Doña Visi es en aquellos momentos la mujer más feliz de Madrid. Coge a la hija de la cintura —de una manera muy semejante a como la coge Ventura en casa de doña Celia— y la balancea como a un niño pequeño.

—A lo mejor lo es el nietecito, chatita, ¡a lo mejor!

Las dos mujeres ríen, abrazadas, mimosas.

—¡Ay, ahora cómo deseo vivir!

Julita quiere adornar su obra.

—Sí, mamá, la vida tiene muchos encantos.

Julita baja la voz, que suena velada, cadenciosa.

—Yo creo que conocer a Ventura —los oídos de la muchacha zumban ligeramente— ha sido una gran suerte para mí.

La madre prefiere dar una muestra de sensatez.

—Ya veremos, hija, ya veremos. ¡Dios lo haga! ¡Tengamos fe! Sí, ¿por qué no? Un nietecito sacerdote que nos edifique a todos con su virtud. ¡Un gran orador sagrado! ¡Mira tú que, si ahora que estamos de broma, después resulta que salen anuncios de los ejercicios espirituales dirigidos por el reverendo padre Roque Aguado Moisés! Yo sería ya una viejecita, hija mía, pero no me cabría el corazón en el pecho, de orgullo.

—A mí tampoco, mamá.

Martín se repone pronto, va orgulloso de sí mismo.

—¡Vaya lección! ¡Ja, ja!

Martín acelera el paso, va casi corriendo, a veces da un saltito.

—¡A ver qué se le ocurre decir ahora a ese jabalí!

El jabalí es doña Rosa.

Al llegar a la glorieta de San Bernardo, Martín piensa en el regalo de Nati.

—A lo mejor está todavía Rómulo en la tienda.

Rómulo es un librero de viejo que tiene a veces, en su cuchitril, algún grabado interesante.

Martín se acerca hasta el cubil de Rómulo, bajando, a la derecha, después de la universidad.

En la puerta cuelga un cartelito que dice: «Cerrado. Los recados por el portal». Dentro se ve luz, se conoce que Rómulo está ordenando las fichas o apartando algún encargo.

Martín llama con los nudillos sobre la puertecita que da al patio.

—¡Hola, Rómulo!

—Hola, Martín, ¡dichosos los ojos!

Martín saca tabaco, los dos hombres fuman sentados en torno al brasero que Rómulo sacó de debajo de la mesa.

—Estaba escribiendo a mi hermana, la de Jaén. Yo ahora vivo aquí, no salgo más que para comer; hay veces que no tengo gana y no me muevo de aquí en todo el día; me traen un café de ahí enfrente y en paz.

Martín mira unos libros que hay sobre una silla de enea, con el respaldo en pedazos, que ya no sirve más que de estante.

—Poca cosa.

—Sí, no es mucho. Eso de Romanones, *Notas de una vida*, sí tiene interés, está muy agotado.

—Sí.

Martín deja los libros en el suelo.

—Oye, quería un grabado que estuviera bien.

—¿Cuánto te quieres gastar?

—Cuatro o cinco duros.

—Por cinco duros te puedo dar uno que tiene gracia; no es muy grande, esa es la verdad, pero es auténtico. Además lo tengo con marquito y todo, así lo compré. Si es para un regalo, te viene que ni pintiparado.

—Sí, es para dárselo a una chica.

—¿A una chica? Pues como no sea una ursulina, ni hecho a la medida, ahora lo verás. Vamos a fumarnos el pitillo con calma, nadie nos apura.

—¿Cómo es?

—Ahora lo vas a ver, es una Venus que debajo lleva unas figuritas. Tiene unos versos en toscano o en provenzal, yo no sé.

Rómulo deja el cigarro sobre la mesa y enciende la luz del pasillo. Vuelve al instante con un marco que limpia con la manga del guardapolvo.

—Mira.

El grabado es bonito, está iluminado.

—Los colores son de la época.

—Eso parece.

—Sí, sí, de eso puedes estar seguro.

El grabado representa una Venus rubia, desnuda completamente, coronada de flores. Está de pie, dentro de una orla dorada. La melena le llega, por detrás, hasta las rodillas. Encima del vientre tiene la rosa de los vientos, es todo muy simbólico. En la mano derecha tiene una flor y en la izquierda, un libro. El cuerpo de la Venus se destaca sobre un cielo azul, todo lleno de estrellas. Dentro de la misma orla, hacia abajo, hay dos círculos pequeños, el de debajo del libro con un Tauro y el de debajo de la flor con una Libra. El pie del grabado representa una pradera rodeada de árboles. Dos músicos tocan, uno un laúd y otro un arpa, mientras tres parejas, dos sentadas y una paseando, conversan. En los ángulos de arriba, dos ángeles soplan con

los carrillos hinchados. Debajo hay cuatro versos que no se entienden.

—¿Qué dice aquí?

—Por detrás está, me lo tradujo Rodríguez Entrena, el catedrático de Cardenal Cisneros.

Por detrás, escrito a lápiz, se lee:

Venus, granada en su ardor,
enciende los corazones gentiles donde hay un cantar.
Y con danzas y vagas fiestas por amor,
induce con un suave divagar.

—¿Te gusta?

—Sí, a mí todas estas cosas me gustan mucho. El mayor encanto de todos estos versos es su imprecisión, ¿no crees?

—Sí, eso me parece a mí.

Martín saca otra vez la cajetilla.

—¡Bien andas de tabaco!

—Hoy. Hay días que no tengo ni gota, que ando guardando las colillas de mi cuñado, eso lo sabes tú.

Rómulo no contesta, le parece más prudente, sabe que el tema del cuñado saca de quicio a Martín.

—¿En cuánto me lo dejas?

—Pues mira, en veinte; te había dicho veinticinco, pero si me das veinte te lo llevas. A mí me costó quince y lleva ya en el estante cerca de un año. ¿Te hace en veinte?

—Venga, dame un duro de vuelta.

Martín se lleva la mano al bolsillo. Se queda un instante parado, con las cejas fruncidas, como pensando. Saca el pañuelo que pone sobre las rodillas.

—Juraría que estaba aquí.

Martín se pone de pie.

—No me explico...

Busca en los bolsillos del pantalón, saca los forros fuera.

—¡Pues la he hecho buena! ¡Lo único que me faltaba!

—¿Qué te pasa?

—Nada, prefiero no pensarlo.

Martín mira en los bolsillos de la americana, saca la vieja, deshilachada cartera, llena de tarjetas de amigos, de recortes de periódico.

—¡La he pringado!

—¿Has perdido algo?

—Los cinco duros...

Julita siente una sensación rara. A veces nota como un pesar, mientras que otras veces tiene que hacer esfuerzos para no sonreír.

—La cabeza humana —piensa— es un aparato poco perfecto. ¡Si se pudiera leer como en un libro lo que pasa por dentro de las cabezas! No, no; es mejor que siga todo así, que no podamos leer nada, que nos entendamos los unos con los otros solo con lo que queramos decir, ¡qué carajo!, ¡aunque sea mentira!

A Julita, de cuando en cuando, le gusta decir a solas algún taco.

Por la calle van cogidos de la mano, parecen un tío con una sobrina que saca de paseo.

La niña, al pasar por la portería, vuelve la cabeza para el otro lado. Va pensando y no ve el primer escalón.

—¡A ver si te desgracias!

—No.

Doña Celia les sale a abrir.

—¡Hola, don Francisco!

—¡Hola, amiga mía! Que pase la chica por ahí, quería hablar con usted.

—¡Muy bien! Pasa por aquí, hija, siéntate donde quieras.

La niña se sienta en el borde de una butaca forrada de verde. Tiene trece años y el pecho le apunta un poco, como una rosa pequeñita que vaya a abrir. Se llama Merceditas Olivar Vallejo, sus amigas la llaman Merche. La familia le desapareció con la guerra, unos muertos, otros emigrados. Merche vive con una cuñada de la abuela, una señora vieja llena de puntillas y pintada como una mona, que lleva peluquín y que se llama doña Carmen. En el barrio a doña Carmen la llaman, por mal nombre, Pelo de Muerta. Los chicos de la calle prefieren llamarla Saltaprados.

Doña Carmen vendió a Merceditas por cien duros, se la compró don Francisco, el del consultorio.

Al hombre le dijo:

—¡Las primicias, don Francisco, las primicias! ¡Un clavelito!

Y a la niña:

—Mira, hija, don Francisco lo único que quiere es jugar y además, ¡algún día tenía que ser! ¿No comprendes?

La cena de la familia Moisés fue alegre aquella noche. Doña Visi está radiante y Julita sonrío, casi ruborosa. La procesión va por dentro.

Don Roque y las otras dos hijas están también contagiados todavía sin saber por qué, de la alegría. Don Roque, en algunos momentos, piensa en aquello que le dijo Julita en las escaleras: «Pues... de la fotografía...», y el tenedor le tiembla un poco en la mano; hasta que se le pasa, no se atreve a mirar a la hija.

• • •

Ya en la cama, doña Visi tarda en dormirse, su cabeza no hace más que dar vueltas

alrededor de lo mismo.

—¿Sabes que a la niña le ha salido novio?

—¿A Julita?

—Sí, un estudiante de notarías.

Don Roque da una vuelta entre las sábanas.

—Bueno, no eches las campanas a vuelo, tú eres muy aficionada a dar en seguida tres cuartos al pregonero. Ya veremos en qué queda todo.

—¡Ay, hijo, tú siempre echándome jarros de agua fría!

Doña Visi se duerme llena de sueños felices. La vino a despertar, al cabo de las horas, la esquila de un convento de monjas pobres, tocando el alba.

Doña Visi tenía el ánimo dispuesto para ver en todo felices presagios, dichosos augurios, seguros signos de bienaventuranza y de felicidad.

CAPÍTULO SEXTO

La mañana.

Entre sueños, Martín oye la vida de la ciudad despierta. Se está a gusto escuchando, desde debajo de las sábanas, con una mujer viva al lado, viva y desnuda, los ruidos de la ciudad, su alborotador latido: los carros de los traperos que bajan de Fuencarral y de Chamartín, que suben de las Ventas y de las Injurias, que vienen desde el triste, desolado paisaje del cementerio y que pasaron —caminando desde hace ya varias horas bajo el frío— al lento, entristecido remolque de un flaco caballo, de un burro gris y como preocupado. Y las voces de las vendedoras que madrugan, que van a levantar sus puestecillos de frutas en la calle del General Porlier. Y las lejanas, inciertas primeras bocinas. Y los gritos de los niños que van al colegio, con la cartera al hombro y la tierna, olorosa merienda en el bolsillo...

En la casa, el trajín más próximo suena, amorosamente, dentro de la cabeza de Martín. Doña Jesusa, la madrugadora doña Jesusa, que después de comer duerme la siesta, para compensar, dispone la labor de las asistentas, viejas golfas en declive, las unas; amorosas, dulcísimas, domésticas madres de familia, las más. Doña Jesusa tiene por las mañanas siete asistentas. Sus dos criadas duermen hasta la hora del almuerzo, hasta las dos de la tarde, en la cama que pueden, en el lecho misterioso que más temprano se vació, quién sabe si como una tumba, dejando prisionero entre los hierros de la cabecera todo un hondo mar de desdicha, guardando entre la crin de su colchón el aullido del joven esposo que por primera vez, sin darse cuenta, engañó a su mujer, que era una muchacha encantadora, con cualquier furcia llena de granos y de mataduras como una mula: a su mujer que le esperaba levantada, igual que todas las noches, haciendo calceta al casi muerto fuego del brasero, acunando al niño con el pie, leyendo una larga, interminable novela de amor, pensando difíciles, complejas estrategias económicas que le llevarían, con un poco de suerte, a poder comprarse un par de medias.

Doña Jesusa, que es el orden en persona, reparte el trabajo entre sus asistentas. En casa de doña Jesusa se lava la ropa de cama todos los días; cada cama tiene dos juegos completos que, a veces, cuando algún cliente les hace, incluso a propósito, que de todo hay, algún jirón, se repasan con todo cuidado. Ahora no hay ropa de cama; se encuentran sábanas y tela para almohadas en el Rastro, pero a unos precios imposibles.

Doña Jesusa tiene cinco lavanderas y dos planchadoras desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde. Ganan tres pesetas cada una, pero el trabajo no mata. Las planchadoras tienen las manos más finas y se dan brillantina en el pelo, no se resignan a pasar. Están delicadas de salud y tempranamente envejecidas. Las dos se echaron, casi niñas, a la vida, y ninguna de las dos supo ahorrar. Ahora les toca pagar las consecuencias. Cantan, como la cigarra, mientras trabajan, y beben sin tino, como sargentos de caballería.

Una se llama Margarita. Es hija de un hombre que en vida fue baulero en la estación de las Delicias. A los quince años tuvo un novio que se llamaba José, ella no sabe más. Era un bailón de los merenderos de la Bombilla; la llevó un domingo al monte del Pardo y después la dejó. Margarita empezó a golpear y acabó con un bolso por los bares de Antón Martín. Lo que vino después es ya muy vulgar, aún más vulgar todavía.

La otra se llama Dorita. La perdió un seminarista de su pueblo, en unas vacaciones. El seminarista, que ya murió, se llamaba Cojoncio Alba. El nombre había sido una broma pesada de su padre, que era muy bruto. Se apostó una cena con los amigos a que llamaba Cojoncio al hijo, y ganó la apuesta. El día del bautizo del niño, su padre, don Estanislao Alba, y sus amigos engancharon una borrachera tremenda. Daban mueras al rey y vivas a la república federal. La pobre madre, doña Conchita Ibáñez, que era una santa, lloraba y no hacía más que decir:

—¡Ay, qué desgracia, qué desgracia! ¡Mi marido embriagado en un día tan feliz!

Al cabo de los años, en los aniversarios del bautizo, todavía se lamentaba:

—¡Ay, qué desgracia, qué desgracia! ¡Mi marido embriagado en tal día como hoy!

El seminarista, que llegó a canónigo de la catedral de León, la llevó, enseñándole unas estampitas, de colores chillones, que representaban milagros de San José de Calasanz, hasta las orillas del Curueño y allí, en un prado, pasó todo lo que tenía que pasar. Dorita y el seminarista eran los dos de Valdeteja, por la provincia de León. La chica, cuando lo acompañaba, tenía el presentimiento de que no iba camino de nada bueno, pero se dejaba llevar, iba como medio boba.

Dorita tuvo un hijo, y el seminarista, en otro permiso en que volvió por el pueblo, no quiso ni verla.

—Es una mala mujer —decía—, un engendro del Enemigo, capaz de perder con sus arteras mañas al hombre más templado. ¡Apartemos la vista de ella!

A Dorita la echaron de su casa y anduvo una temporada vagando por los pueblos, con el niño colgado de los pechos. La criatura fue a morir, una noche, en unas cuevas que hay sobre el río Burejo, en la provincia de Palencia. La madre no dijo nada a nadie; le colgó unas piedras al cuello y lo tiró al río, a que se lo comieran las truchas. Después, cuando ya no había remedio, se echó a llorar y estuvo cinco días metida en la cueva, sin ver a nadie y sin comer.

Dorita tenía dieciséis años y un aire triste y soñador de perro sin dueño, de bestia errabunda.

Anduvo algún tiempo tirada —como un mueble desportillado— por los burdeles de Valladolid y de Salamanca, hasta que ahorró para el viaje y se vino a la capital. Aquí estuvo en una casa de la calle de la Madera, bajando, a la izquierda, que le llamaban la «Sociedad de las naciones» porque había muchas extranjeras: francesas, polacas, italianas, una rusa, alguna portuguesa morena y bigotuda, pero sobre todo francesas, muchas francesas: fuertes alsacianas con aire de vaqueras, honestas

normandas que se echaron a la vida para ahorrar para el traje de novia, enfermizas parisinas —algunas con un pasado esplendoroso— que despreciaban profundamente al chófer, al comerciante que sacaba sus buenas siete pesetas del bolsillo. De la casa la sacó don Nicolás de Pablos, un ricachón de Valdepeñas que se casó con ella por lo civil.

—Lo que yo quiero —decía don Nicolás a su sobrino Pedrito, que hacía unos versos muy finos y estudiaba Filosofía y Letras— es una cachonda con arrobos que me haga gozar, ¿me entiendes?, una tía apretada que tenga a donde agarrarse. Todo lo demás son monsergas y juegos florales.

Dorita dio tres hijos a su marido, pero los tres nacieron muertos. La pobre paría al revés: echaba los hijos de pie y, claro, se le ahogaban al salir.

Don Nicolás se marchó de España el año 39, porque decían si era masón, y no se volvió a saber nada más de él. Dorita, que no se atrevía a ir al lado de la familia del marido, en cuanto se le acabaron unos cuartos que había en la casa, se echó otra vez a la busca, pero tuvo poco éxito. Por más que ponía buena voluntad y procuraba ser simpática, no conseguía una clientela fija. Esto era a principios del 40. Ya no era ninguna niña y había, además, mucha competencia, muchas chicas jóvenes que estaban muy bien. Y muchas señoritas que lo hacían de balde, por divertirse, quitándoles a otras el pan.

Dorita anduvo dando tumbos por Madrid hasta que conoció a doña Jesusa.

—Busco otra planchadora de confianza, vente conmigo. No hay más que secar las sábanas y alisarlas un poco. Te doy tres pesetas, pero eso es todos los días. Además tienes las tardes libres. Y las noches también.

Dorita, por las tardes, acompañaba a una señora impedida a dar una vuelta por Recoletos o a oír un poco de música en el María Cristina. La señora le daba dos pesetas y un corriente con leche; ella tomaba chocolate. La señora se llamaba doña Salvadora y había sido partera. Tenía malas pulgas y estaba siempre quejándose y gruñendo. Soltaba tacos constantemente y decía que al mundo había que quemarlo, que no servía para nada bueno. Dorita la aguantaba y le decía a todo amén, tenía que defender sus dos pesetas y su cafetito de las tardes.

Por las noches, a veces, la pobre mujer —con los dedos ateridos, la mente alejada y una ternura infinita en el corazón— prestaba algún servicio, detrás de las tapias del Retiro, a los soldados y a los estudiantes de bachillerato, y reunía hasta tres o cuatro pesetas. Después se iba a dormir, dando una vuelta hasta la calle de Marqués de Zafra, al otro lado del paseo de Ronda, o tomando el metro hasta Manuel Becerra, si hacía mucho frío.

Las dos planchadoras, cada una en una mesa, cantan, mientras trabajan y dan golpes con la plancha, sobre las recosidas sábanas. Algunas veces hablan.

—Ayer he vendido el suministro. Yo no lo quiero. El cuarto de azúcar lo di por cuatro cincuenta. El cuarto de aceite, por tres. Los doscientos gramos de judías, por dos; estaban llenas de gusanos. El café me lo quedo.

—Yo se lo di a mi hija, yo le doy todo a mi hija. Me lleva a comer todas las semanas algún día.

Martín, desde su buhardilla, las oye hacer. No distingue lo que hablan. Oye sus desentonados cuplés, sus golpes sobre la tabla. Lleva ya despierto mucho rato, pero no abre los ojos. Prefiere sentir a Pura, que le besa con cuidado de vez en cuando, fingiendo dormir, para no tener que moverse. Nota el pelo de la muchacha sobre su cara, nota su cuerpo desnudo bajo las sábanas, nota el aliento que, a veces, ronca un poquito, de una manera que casi no se siente.

Así pasa un largo rato más: aquella es su única noche feliz desde hace ya muchos meses. Ahora se encuentra como nuevo, como si tuviera diez años menos, igual que si fuera un muchacho. Sonríe y abre un ojo, poquito a poco.

Pura, de codos sobre la almohada, le mira fijamente. Sonríe también, cuando lo ve despertar.

—¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, Purita, ¿y tú?

—Yo también. Con hombres como tú, da gusto. No molestáis nada.

—Calla. Habla de otra cosa.

—Como quieras.

Se quedaron unos instantes en silencio. Pura le besó de nuevo.

—Eres un romántico.

Martín sonríe, casi con tristeza.

—No. Simplemente un sentimental.

Martín le acaricia la cara.

—Estás pálida, pareces una novia.

—No seas bobo.

—Sí, una recién casada...

Pura se puso seria.

—¡Pues no lo soy!

Martín le besa los ojos delicadamente, igual que un poeta de dieciséis años.

—¡Para mí, sí, Pura! ¡Ya lo creo que sí!

La muchacha, llena de agradecimiento, sonríe con una resignada melancolía.

—¡Si tú lo dices! ¡No sería malo!

Martín se sentó en la cama.

—¿Conoces un soneto de Juan Ramón que empieza «Imagen alta y tierna del consuelo»?

—No. ¿Quién es Juan Ramón?

—Un poeta.

—¿Hacía versos?

—Claro.

Martín mira a Pura, casi con rabia, un instante tan solo.

—Verás.

Imagen alta y tierna del consuelo,
aurora de mis mares de tristeza,
lis de paz con olores de pureza,
¡precio divino de mi largo duelo!

—¡Qué triste es, qué bonito!

—¿Te gusta?

—¡Ya lo creo que me gusta!

—Otro día te diré el resto.

El señor Ramón, con el torso desnudo, se chapuza en un hondo caldero de agua fría.

El señor Ramón es hombre fuerte y duro, hombre que come de recio, que no coge catarros, que bebe sus copas, que juega al dominó, que pellizca en las nalgas a las criadas de servir, que madruga al alba, que trabajó toda su vida.

El señor Ramón ya no es ningún niño. Ahora, como es rico, ya no se asoma al horno aromático y malsano donde se cuece el pan; desde la guerra no sale del despacho, que atiende esmeradamente, procurando complacer a todas las compradoras, estableciendo un turno pintoresco y exacto por edades, por estados, por condiciones, hasta por pareceres.

El señor Ramón tiene nevada la pelambreira del pecho.

—¡Arriba, niña! ¡Qué es eso de estarse metida en la cama a estas horas, como una señorita!

La muchacha se levanta, sin decir ni palabra, y se lava un poco en la cocina.

La muchacha por las mañanas tiene una tosecilla ligera, casi imperceptible. A veces coge algo de frío y entonces la tos se le hace un poco más ronca, como más seca.

—¿Cuándo dejas a ese tísico desgraciado? —le dice, algunas mañanas, la madre.

A la muchacha, que es dulce como una flor y también capaz de dejarse abrir sin dar ni un solo grito, le entran entonces ganas de matar a la madre.

—¡Así reventases, mala víbora! —dice por lo bajo.

Victorita con su abrigo de algodón, va dando una carrera hasta la tipografía El Porvenir, en la calle de la Madera, donde trabaja de empaquetadora, todo el santo día de pie.

Hay veces en que Victorita tiene más frío que de costumbre y ganas de llorar, unas ganas inmensas de llorar.

Doña Rosa madruga bastante, va todos los días a misa de siete.

Doña Rosa duerme, en este tiempo, con camión de abrigo, un camión de franela inventado por ella.

Doña Rosa, de vuelta de la iglesia, se compra unos churros, se mete en su café por la puerta del portal —en su café que semeja un desierto cementerio, con las sillas patas arriba, encima de las mesas, y la cafetera y el piano enfundados—, se sirve una

copeja de ojén, y desayuna.

Doña Rosa, mientras desayuna, piensa en lo inseguro de los tiempos; en la guerra que, ¡Dios no lo haga!, van perdiendo los alemanes; en que los camareros, el encargado, el echador, los músicos, hasta el botones, tienen cada día más exigencias, más pretensiones, más humos.

Doña Rosa, entre sorbo y sorbo de ojén, habla sola, en voz baja, un poco sin sentido, sin ton ni son y a la buena de Dios.

—Pero quien manda aquí soy yo, ¡mal que os pese! Si quiero me echo otra copa y no tengo que dar cuenta a nadie. Y si me da la gana, tiro la botella contra un espejo. No lo hago porque no quiero. Y si quiero, echo el cierre para siempre y aquí no se despacha un café ni a Dios. Todo esto es mío, mi trabajo me costó levantarlo.

Doña Rosa, por la mañana temprano, siente que el café es más suyo que nunca.

—El café es como el gato, solo que más grande. Como el gato es mío, si me da la gana le doy morcilla o lo mato a palos.

Don Roberto González ha de calcular que, desde su casa a la diputación, hay más de media hora andando. Don Roberto González, salvo que esté muy cansado, va siempre a pie a todas partes. Dando un paseíto se estiran las piernas y se ahorra, por lo menos, una veinte a diario, treinta y seis pesetas al mes, casi noventa duros al cabo del año.

Don Roberto González desayuna una taza de malta con leche bien caliente y media barra de pan. La otra media la lleva, con un poco de queso manchego, para tomársela a media mañana.

Don Roberto González no se queja, los hay que están peor. Después de todo, tiene salud, que es lo principal.

El niño que canta flamenco duerme debajo de un puente, en el camino del cementerio. El niño que canta flamenco vive con algo parecido a una familia gitana, con algo en lo que, cada uno de los miembros que la forman, se las agencia como mejor puede, con una libertad y una autonomía absolutas.

El niño que canta flamenco se moja cuando llueve, se hiela si hace frío, se achicharra en el mes de agosto, mal guarecido a la escasa sombra del puente: es la vieja ley del Dios del Sinaí.

El niño que canta flamenco tiene un pie algo torcido; rodó por un desmonte, le dolió mucho, anduvo cojeando algún tiempo...

Purita acarició la frente de Martín.

—Tengo un duro y pico en el bolso, ¿quieres que mande por algo para desayunar? Martín, con la felicidad, había perdido la vergüenza. A todo el mundo le suele pasar lo mismo.

—Bueno.

—¿Qué quieres, café y unos churros?

Martín se rio un poquito, estaba muy nervioso.

—No, café y dos bollos suizos, ¿te parece?

—A mí me parece lo que tú quieras.

Purita besó a Martín. Martín saltó de la cama, dio dos vueltas por la habitación y se volvió a acostar.

—Dame otro beso.

—Todos los que tú quieras.

Martín, con un descaro absoluto, sacó el sobre de las colillas y lio un cigarrillo. Purita no se atrevió a decirle ni palabra. Martín tenía en la mirada casi el brillo del triunfador.

—Anda, pide el desayuno.

Purita se puso el vestido sobre la piel y salió al pasillo. Martín, al quedarse solo, se levantó y se miró al espejo.

Doña Margot, con los ojos abiertos, dormía el sueño de los justos en el depósito, sobre el frío mármol de una de las mesas. Los muertos del depósito no parecen personas muertas, parecen peles asesinadas, máscaras a las que se les acabó la cuerda.

Es más triste un títere degollado que un hombre muerto.

La señorita Elvira se despierta pronto, pero no madruga. A la señorita Elvira le gusta estarse en la cama, muy tapada, pensando en sus cosas, o leyendo *Los misterios de París*, sacando solo un poco la mano para sujetar el grueso, el mugriento, el desportillado volumen.

La mañana sube, poco a poco, trepando como un gusano por los corazones de los hombres y de las mujeres de la ciudad; golpeando, casi con mimo, sobre los mirares recién despiertos, esos mirares que jamás descubren horizontes nuevos, paisajes nuevos, nuevas decoraciones.

La mañana, esa mañana eternamente repetida, juega un poco, sin embargo, a cambiar la faz de la ciudad, ese sepulcro, esa cucaña, esa colmena...

¡Que Dios nos coja confesados!

FINAL

Han pasado tres o cuatro días. El aire va tomando cierto color de Navidad. Sobre Madrid, que es como una vieja planta con tiernos tallitos verdes, se oye, a veces, entre el hervir de la calle, el dulce voltear, el cariñoso voltear de las campanas de alguna capilla. Las gentes se cruzan, presurosas. Nadie piensa en el de al lado, en ese hombre que a lo mejor va mirando para el suelo; con el estómago deshecho o un quiste en un pulmón o la cabeza destornillada...

Don Roberto lee el periódico mientras desayuna. Luego se va a despedir de su mujer, de la Filo, que se quedó en la cama medio mala.

—Ya lo he visto, está bien claro. Hay que hacer algo por ese chico, piensa tú. Merecer no se lo merece, pero, ¡después de todo!

La Filo llora mientras dos de los hijos, al lado de la cama, miran sin comprender: los ojos llenos de lágrimas, la expresión vagamente triste, casi perdida, como la de esas terneras que aún alientan —la humeante sangre sobre las losas del suelo— mientras lamen, con la torpe lengua de los últimos instantes, la roña de la blusa del matarife que las hiere, indiferente como un juez: la colilla en los labios, el pensamiento en cualquier criada y una romanza de zarzuela en la turbia voz.

Nadie se acuerda de los muertos que llevan ya un año bajo tierra.

En las familias se oye decir:

—No olvidaros, mañana es el aniversario de la pobre mamá.

Es siempre una hermana, la más triste, que lleva la cuenta...

Doña Rosa va todos los días a la Corredera, a hacer la compra, con la criada detrás. Doña Rosa va a la plaza después de haber trajinado lo suyo en el café; doña Rosa prefiere caer sobre los puestos cuando ya la gente remite, vencida la mañana.

En la plaza se encuentra, a veces, con su hermana. Doña Rosa pregunta siempre por sus sobrinas. Un día le dijo a doña Visi:

—¿Y Julita?

—Ya ves.

—¡A esa chica le hace falta un novio!

Otro día —hace un par de días— doña Visi, al ver a doña Rosa, se le acercó radiante de alegría.

—¿Sabes que a la niña le ha salido novio?

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—La mar de bien, hija, estoy encantada.

—Bueno, bueno, que así sea, que no se tuerzan las cosas...

—¿Y por qué se van a torcer, mujer?

—¡Qué sé yo! ¡Con el género que hay ahora!

—¡Ay, Rosa, tú siempre viéndolo todo negro!

—No, mujer, lo que pasa es que a mí me gusta ver venir las cosas. Si salen bien, pues mira, ¡tanto mejor!

—Sí.

—Y si no...

—Si no, otro será, digo yo.

—Sí, si este no te la desgracia.

Aún quedan tranvías en los que la gente se sienta cara a cara, en dos largas filas que se contemplan con detenimiento, hasta con curiosidad incluso.

—Ese tiene cara de pobre cornudo, seguramente su señora se le escapó con alguien, a lo mejor con un corredor de bicicleta, quién sabe si con uno de abastos.

Si el trayecto es largo, la gente se llega a encariñar. Parece que no, pero siempre se siente un poco que aquella mujer, que parecía tan desgraciada, se quede en cualquier calle y no la volvamos a ver jamás, ¡cualquiera sabe si en toda la vida!

—Debe arreglarse mal, quizá su marido esté sin trabajo, a lo mejor están llenos de hijos.

Siempre hay una señora joven, gruesa, pintada, vestida con cierta ostentación. Lleva un gran bolso de piel verde, unos zapatos de culebra, un lunar pintado en la mejilla.

—Tiene aire de ser la mujer de un prendero rico. También tiene aire de ser la querida de un médico; los médicos eligen siempre queridas muy llamativas, parece como si quisieran decir a todo el mundo: ¡Hay que ver! ¿Eh? ¿Ustedes se han fijado bien? ¡Ganado del mejor!

Martín viene de Atocha. Al llegar a Ventas se apea y tira a pie por la carretera del Este. Va al cementerio a ver a su madre, doña Filomena López de Marco, que murió hace algún tiempo, un día de poco antes de nochebuena.

Pablo Alonso dobla el periódico y llama al timbre. Laurita se tapa, le da todavía algo de vergüenza que la doncella la vea en la cama. Después de todo, hay que pensar que no lleva viviendo en la casa más que dos días; en la pensión de la calle de Preciados donde se metió al salir de su portería de Lagasca, ¡se estaba tan mal!

—¿Se puede?

—Pase. ¿Está el señor Marco?

—No, señor, se marchó hace ya rato. Me pidió una corbata vieja del señor, que fuese de luto.

—¿Se la dio?

—Sí, señor.

—Bien. Prepáreme el baño.

La criada se va de la habitación.

—Tengo que salir, Laurita. ¡Pobre desgraciado! ¡Lo único que le faltaba!

—¡Pobre chico! ¿Crees que lo encontrarás?

—No sé, miraré en Comunicaciones o en el Banco de España, suele caer por allí a pasar la mañana.

Desde el camino del Este se ven unas casuchas miserables, hechas de latas viejas y de pedazos de tablas. Unos niños juegan tirando piedras contra los charcos que la lluvia dejó. Por el verano, cuando todavía no se secó del todo el Abroñigal, pescan ranas a palos y se mojan los pies en las aguas sucias y malolientes del regato. Unas mujeres buscan en los montones de basura. Algún hombre ya viejo, quizás impedido, se sienta a la puerta de una choza, sobre un cubo boca abajo, y extiende al tibio sol de la mañana un periódico lleno de colillas.

—No se dan cuenta, no se dan cuenta...

Martín, que iba buscando una rima de «laurel», para un soneto a su madre que ya tenía empezado, piensa en eso ya tan dicho de que el problema no es de producción, sino de distribución.

—Verdaderamente, esos están peor que yo. ¡Qué barbaridad! ¡Las cosas que pasan!

Paco llega, sofocado, con la lengua fuera, al bar de la calle de Narváez. El dueño, Celestino Ortiz, sirve una copita de cazalla al guardia García.

—El abuso del alcohol es malo para las moléculas del cuerpo humano, que son, como ya le dije alguna vez, de tres clases: moléculas sanguíneas, moléculas musculares y moléculas nerviosas, porque las quema y las echa a perder, pero una copita de cuando en cuando sirve para calentar el estómago.

—Lo mismo digo.

—... y para alumbrar las misteriosas zonas del cerebro humano.

El guardia Julio García está embobado.

—Cuentan que los filósofos antiguos, los de Grecia y los de Roma y los de Cartago, cuando querían tener algún poder sobrenatural...

La puerta se abrió violentamente y un ramalazo de aire helado corrió sobre el mostrador.

—¡Esa puerta!

—¡Hola, señor Celestino!

El dueño le interrumpió. Ortiz cuidaba mucho los tratamientos, era algo así como un jefe de protocolo en potencia.

—Amigo Celestino.

—Bueno, déjese ahora. ¿Ha venido Martín por aquí?

—No, no ha vuelto desde el otro día, se conoce que se enfadó; a mí esto me tiene algo disgustado, puede creerme.

Paco se volvió de espaldas al guardia.

—Mire. Lea aquí.

Paco le dio un periódico doblado.

—Ahí abajo.

Celestino lee despacio, con el entrecejo fruncido.

—Mal asunto.

—Eso creo.

—¿Qué piensa usted hacer?

—No sé. ¿A usted qué se le ocurre? Yo creo que será mejor hablar con la hermana, ¿no le parece? ¡Si pudiéramos mandarlo a Barcelona, mañana mismo!

En la calle de Torrijos, un perro agoniza en el alcorque de un árbol. Lo atropelló un taxi por mitad de la barriga. Tiene los ojos suplicantes y la lengua fuera. Unos niños le hostigan con el pie. Asisten al espectáculo dos o tres docenas de personas.

Doña Jesusa se encuentra con Purita Bartolomé.

—¿Qué pasa ahí?

—Nada, un chucho deslomado.

—¡Pobre!

Doña Jesusa coge de un brazo a Purita.

—¿Sabes lo de Martín?

—No, ¿qué le pasa?

—Escucha.

Doña Jesusa lee a Purita unas líneas del periódico.

—¿Y ahora?

—Pues no sé, hija, me temo que nada bueno. ¿Lo has visto?

—No, no lo he vuelto a ver.

Unos basureros se acercan al grupo del can moribundo, cogen al perro de las patas de atrás y lo tiran dentro del carrito. El animal da un profundo, un desalentado aullido de dolor, cuando va por el aire. El grupo mira un momento para los basureros y se disuelve después. Cada uno tira para un lado. Entre las gentes hay, quizás, algún niño pálido que goza —mientras sonrío siniestramente, casi imperceptiblemente— en ver cómo el perro no acaba de morir...

Ventura Aguado habla con la novia, con Julita, por teléfono.

—Pero, ¿ahora mismo?

—Sí, hija, ahora mismo. Dentro de media hora estoy en el metro de Bilbao, no faltes.

—No, no, pierde cuidado. Adiós.

—Adiós, échame un beso.

—Tómalo, mimoso.

A la media hora, al llegar a la boca del metro de Bilbao, Ventura se encuentra con Julita, que ya espera. La muchacha tenía una curiosidad enorme, incluso hasta un

poco de preocupación. ¿Qué pasaría?

—¿Hace mucho tiempo que has llegado?

—No, no llega a cinco minutos. ¿Qué ha pasado?

—Ahora te diré, vamos a meternos aquí.

Los novios entran en una cervecería y se sientan al fondo, ante una mesa casi a oscuras.

—Lee.

Ventura enciende una cerilla para que la chica pueda leer.

—¡Pues sí, en buena se ha metido tu amigo!

—Eso es todo lo que hay, por eso te llamaba.

Julita está pensativa.

—¿Y qué va a hacer?

—No sé, no lo he visto.

La muchacha coge la mano del novio y da una chupada de su cigarro.

—¡Vaya por Dios!

—Sí, en perro flaco todas son pulgas... He pensado que vayas a ver a la hermana, vive en la calle de Ibiza.

—¡Pero si no la conozco!

—No importa, le dices que vas de parte mía. Lo mejor era que fueses ahora mismo. ¿Tienes dinero?

—No.

—Toma dos duros. Vete y vuelve en taxi, cuanto más prisa nos demos es mejor. Hay que esconderlo, no hay más remedio.

—Sí, pero... ¿No nos iremos a meter en un lío?

—No sé, pero no hay más remedio. Si Martín se ve solo es capaz de hacer cualquier estupidez.

—Bueno, bueno, ¡tú mandas!

—Anda, vete ya.

—¿Qué número es?

—No sé, es esquina a la segunda bocacalle, a la izquierda, subiendo por Narváez, no sé cómo se llama. Es en la acera de allá, en la de los pares, después de cruzar. Su marido se llama González, Roberto González.

—¿Tú me esperas aquí?

—Sí, yo me voy a ver a un amigo que es hombre de mucha mano, y dentro de media hora estoy aquí otra vez.

El señor Ramón habla con don Roberto, que no ha ido a la oficina, que pidió permiso al jefe por teléfono.

—Es algo muy urgente, don José, se lo aseguro; muy urgente y muy desagradable. Ya sabe usted que a mí no me gusta abandonar el trabajo sin más ni más. Es un asunto de familia.

—Bueno, hombre, bueno, no venga usted, ya le diré a Díaz que eche una ojeada por su negociado.

—Muchas gracias, don José, que Dios se lo pague. Yo sabré corresponder a su benevolencia.

—Nada, hombre, nada, aquí estamos todos para ayudarnos como buenos amigos, el caso es que arregle usted su problema.

—Muchas gracias, don José, a ver si puede ser...

El señor Ramón tiene el aire preocupado.

—Mire usted, González, si usted me lo pide yo lo escondo aquí unos días; pero después que busque otro sitio. No es por nada, porque aquí mando yo, pero la Paulina se va a poner hecha un basilisco en cuanto se entere.

Martín tira por los largos caminos del cementerio. Sentado a la puerta de la capilla, el cura lee una novela de vaqueros del Oeste. Bajo el tibio sol de diciembre los gorriones pían, saltando de cruz a cruz, meciéndose en las ramas desnudas de los árboles. Una niña pasa en bicicleta por el sendero; va cantando, con su tierna voz, una ligera canción de moda. Todo lo demás es suave silencio, grato silencio. Martín siente un bienestar inefable.

Petrita habla con su señorita, con la Filo.

—¿Qué le pasa a usted, señorita?

—Nada, el niño que está malito, ya sabes tú.

Petrita sonrío con cariño.

—No, el niño no tiene nada. A la señorita le pasa algo peor.

Filo se lleva el pañuelo a los ojos.

—Esta vida no trae más que disgustos, hija, ¡tú eres aún muy chiquilla para comprender!

Rómulo, en su librería de lance, lee el periódico.

«Londres. Radio Moscú anuncia que la conferencia entre Churchill, Roosevelt y Stalin se ha celebrado en Teherán hace unos días».

—¡Este Churchill es el mismo diablo! ¡Con la mano de años que tiene y largándose de un lado para otro como si fuese un pollo!

«Cuartel general del Führer. En la región de Gomel, del sector central del frente del este, nuestras fuerzas han evacuado los puntos de...».

—¡Huy, huy! ¡A mí esto me da muy mala espina!

«Londres. El presidente Roosevelt llegó a la isla de Malta a bordo de su avión gigante Douglas».

—¡Qué tío! ¡Pondría una mano en el fuego porque ese aeroplanito tiene hasta retrete!

Rómulo pasa la hoja y recorre las columnas, casi cansadamente, con la mirada.

Se detiene ante unas breves, apretadas líneas. La garganta se le queda seca y los

oídos le empiezan a zumar.

—¡Lo que faltaba para el duro! ¡Los hay gafes!

Martín llega hasta el nicho de la madre. Las letras se conservan bastante bien: «R. I. P. Doña Filomena López Moreno, viuda de D. Sebastián Marco Fernández. Falleció en Madrid el 20 de diciembre de 1934».

Martín no va todos los años a visitar los restos de la madre, en el aniversario. Va cuando se acuerda.

Martín se descubre. Una leve sensación de sosiego, siente que le da placidez al cuerpo. Por encima de las tapias del cementerio, allá a lo lejos, se ve la llanura color pardo en la que el sol se para, como acostado. El aire es frío, pero no helador. Martín, con el sombrero en la mano, nota en la frente una ligera caricia ya casi olvidada, una vieja caricia del tiempo de la niñez...

—Se está muy bien aquí —piensa—, voy a venir con más frecuencia.

No faltó nada para que se pusiera a silbar, se dio cuenta a tiempo.

Martín mira para los lados.

La niña Josefina de la Peña Ruiz subió al cielo el día 3 de mayo de 1941, a los once años de edad.

—Como la niña de la bicicleta. A lo mejor eran amigas; a lo mejor, pocos días antes de morir, le decía, como dicen, a veces, las niñas de once años: «Cuando sea mayor y me case...».

El Ilmo. Señor Don Raúl Soria Bueno. Falleció en Madrid...

—¡Un hombre ilustre pudriéndose metido en un cajón!

Martín se da cuenta de que no hace fundamento.

—No, no. Martín, estate quieto.

Levanta de nuevo la mirada y se le ocupa la memoria con el recuerdo de la madre. No piensa en sus últimos tiempos, la ve con treinta y cinco años...

—«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...». No, esto me parece que no es así.

Martín empieza otra vez y vuelve a equivocarse; en aquel momento hubiera dado diez años de vida por acordarse del padrenuestro.

Cierra los ojos y los aprieta con fuerza. De repente, rompe a hablar a media voz.

—Madre mía que estás en la tumba, yo te llevo dentro de mi corazón y pido a Dios que te tenga en la gloria eterna como te mereces. Amén.

Martín sonrío. Está encantado con la oración que acaba de inventar.

—Madre mía que estás en la tumba, pido a Dios... No, no era así.

Martín frunce el entrecejo.

—¿Cómo era?

Filo sigue llorando.

—Yo no sé lo que hacer, mi marido ha salido a ver a un amigo. Mi hermano no hizo nada, yo se lo aseguro a usted; eso debe ser una equivocación, nadie es infalible, él tiene sus cosas en orden...

Julita no sabe lo que decir.

—Eso creo yo, seguramente es que se han equivocado. De todas maneras, yo creo que convendría hacer algo, ver a alguien... ¡Vamos, digo yo!

—Sí, a ver qué dice Roberto cuando venga.

Filo llora más fuerte, de repente. El niño pequeño que tiene en el brazo, llora también.

—A mí lo único que se me ocurre es rezar a la virgencita del Perpetuo Socorro, que siempre me sacó de apuros.

Roberto y el señor Ramón llegaron a un acuerdo. Como lo de Martín, en todo caso, no debía ser nada grave, lo mejor sería que se presentase sin más ni más. ¿Para qué andar escapando cuando no hay nada importante que ocultar? Esperarían un par de días —que Martín podía pasar muy bien en casa del señor Ramón— y después, ¿por qué no?, se presentaría acompañado del capitán Ovejero, de don Tesifonte, que no es capaz de negarse y que siempre es una garantía.

—Me parece muy bien, señor Ramón, muchas gracias. Usted es hombre muy cabal.

—No, hombre, no, es que a mí me parece que sería lo mejor.

—Sí, eso creo yo. Créame si le aseguro que me ha quitado usted un peso de encima...

Celestino lleva escritas tres cartas, piensa escribir aún otras tres. El caso de Martín le preocupa.

—Si no me paga, que no me pague, pero yo no lo puedo dejar así.

Martín baja las laderitas del cementerio con las manos en los bolsillos.

—Sí, me voy a organizar. Trabajar todos los días un poco es la mejor manera. Si me cogieran en cualquier oficina, aceptaba. Al principio, no, pero después se puede hasta escribir, a ratos perdidos, sobre todo si tiene buena calefacción. Le voy a hablar a Pablo, él seguramente sabrá de algo. En Sindicatos se debe estar bastante bien, dan pagas extraordinarias.

A Martín se le borró la madre, como con una goma de borrar, de la cabeza.

—También se debe estar muy bien en el Instituto Nacional de Previsión; ahí debe ser más difícil entrar. En esos sitios se está mejor que en un banco. En los bancos explotan a la gente, al que llega tarde un día le quitan dinero al darle la paga. En las oficinas particulares hay algunas en las que no debe ser difícil prosperar; a mí lo que me venía bien era que me nombrasen para hacer una campaña en la prensa. ¿Padece usted de insomnio? ¡Allá usted! ¡Usted es un desgraciado porque quiere! ¡Las tabletas equis (Marco, por ejemplo) le harían a usted feliz sin que le atacasen lo más

mínimo al corazón!

Martín va entusiasmado con la idea. Al pasar por la puerta se dirige a un empleado.

—¿Tiene usted un periódico? Si ya lo ha leído, yo se lo pago, es para ver una cosa que me interesa...

—Sí, ya lo he visto, lléveselo usted.

—Muchas gracias.

Martín salió disparado. Se sentó en un banco del jardincillo que hay en la puerta del cementerio y desdobló su periódico.

—A veces, en la prensa, vienen indicaciones muy buenas para los que buscamos empleo.

Martín se dio cuenta de que iba demasiado de prisa y se quiso frenar un poco.

—Voy a leerme las noticias; lo que sea, será; pero ya se sabe, no por mucho madrugar se amanece más temprano.

Martín está encantado consigo mismo.

—¡Hoy sí que estoy fresco y discurro bien! Debe ser el aire del campo.

Martín lía un pitillo y empieza a leer el periódico.

—Esto de la guerra es la gran barbaridad: todos pierden y ninguno hace avanzar ni un paso a la cultura.

Por dentro sonrío, va de éxito en éxito.

De vez en cuando, piensa sobre lo que lee, mirando para el horizonte.

—En fin, ¡sigamos!

Martín lee todo, todo le interesa, las crónicas internacionales, el artículo de fondo, el extracto de unos discursos, la información teatral, los estrenos de los cines, la liga...

Martín nota que la vida, saliendo a las afueras a respirar el aire puro, tiene unos matices más tiernos, más delicados que viviendo constantemente hundido en la ciudad.

Martín dobla el diario, lo guarda en el bolsillo de la americana, y rompe a andar. Hoy sabe más cosas que nunca, hoy podría seguir cualquier conversación sobre la actualidad. El periódico se lo ha leído de arriba abajo, la sección de anuncios la deja para verla con calma, en algún café, por si hay que apuntar alguna dirección o llamar a cualquier teléfono. La sección de anuncios, los edictos y el racionamiento de los pueblos del cinturón, es lo único que Martín no leyó.

Al llegar a la plaza de toros ve un grupo de chicas que le miran.

—Adiós, preciosas.

—Adiós, turista.

A Martín le salta el corazón en el pecho. Es feliz. Sube por Alcalá a paso picado, silbando la *Madelón*.

—Hoy verán los míos que soy otro hombre.

Los suyos pensaban algo por el estilo.

Martín, que lleva ya largo rato andando, se para ante los escaparates de una bisutería.

—Cuando esté trabajando y gane dinero, le compraré unos pendientes a la Filo. Y otros a Purita.

Se palpa el periódico y sonríe.

—¡Aquí puede haber una pista!

Martín, por un vago presentimiento, no quiere precipitarse... En el bolsillo lleva el periódico, del que no ha leído, todavía, la sección de anuncios ni los edictos. Ni el racionamiento de los pueblos del cinturón.

—¡Ja, ja! ¡Los pueblos del cinturón! ¡Qué chistoso! ¡Los pueblos del cinturón!

Madrid, 1945-Cebreros, 1950

LA COLMENA INÉDITA

Transcripción fragmentaria del manuscrito de *La colmena. Caminos inciertos* (BNE, RES/287)

por ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ y NOEMÍ MONTETES

85503
1902

Camilo José Cela

CAMINOS INCIERTOS
(Novela)

Libro Primero

LA COLMENA

Libro Segundo

LA CESTA DE AGUA

Libro Tercero

UN NIÑO VAGA POR LOS CAMINOS INCIERTOS

Libro Cuarto

EL PUENTE

Écrit en langue française, mais non
pas cetera en littérature française.

Est obra escrita y a lápiz de
Hasta ahora y de un libro más.
Se hizo cuando fue a vivir
en los Hornos, Nov. de 16
1902

Hasta la pág. 89 van suprimidas
55 líneas (línea por pag. 38)

1,5 pág.

0,5 " de "Historia de un fotógrafo"

—Lo va a ver usted con sus propios ojos como no son cosas mías, como es una gran verdad. ¡Roque! ¡Roque!

Desde el otro extremo de la casa don Roque grita.

—¿Qué quieres?

—¡Dale a la chica el papel donde viene lo de los chinos!

—¿Eh?

Doña Visi comenta con su amiga.

—¡Ay, por Dios! Estos hombres nunca oyen nada.

Levantando la voz vuelve a dirigirse a su marido.

—¡Que le des a la chica...! ¿Me entiendes?

—¡Sí!

—¡Pues que le des a la chica el papel donde viene lo de los chinos!

—¿Qué papel?

—¡El de los chinos!

Doña Visi sonrío.

—Este marido mío es muy bueno pero nunca se entera de las cosas. Usted me perdonará un momento.

Doña Visi va a donde don Roque, sentado a la mesa de camilla, hace solitarios.

—¿Pero no me habías oído?

—¡Estás tú fresca si piensas que me iba a levantar por los chinos!

Doña Visi revuelve en el costurero, encuentra el número de «El querubín misionero» que busca y, rezongando en voz baja, vuelve a la fría sala de las visitas donde casi no se puede estar.

X

Martín le dice a Ventura,

—Déjame dos duros, hoy no he comido.

—¡Pero hombre, así no se puede vivir!

—¡Bien lo sé yo!

—¿Y no encuentras nada por ahí?

—Nada, los dos artículos de colaboración, doscientas pesetas.

—¡Pues estás listo! Bueno, toma, mientras yo tenga... Ahora mi padre ha tirado un poco de la cuerda.

Martín y Ventura son amigos desde hace tiempo, buenos amigos. Se conocieron en la Facultad de Derecho, antes de la guerra.

Página 44 del manuscrito, foliación original, sin numeración a lápiz; tachón rojo de arriba abajo. Comienza con una palabra a medias.

Ambos fragmentos pertenecen al capítulo III de *La colmena*, con ligeras variantes respecto de la edición

impresa, aunque en esta el segundo fragmento es unas páginas anterior al primero.

nero", revista quincenal, aparece su nombre y el de sus tres hijas.

-Lo va a ver usted con sus propios ojos como no son cosas mías, como es una gran verdad. ¡Roque! ¡Roque!

Desde el otro extremo de la casa don Roque grita.

-¿Qué quieres?

-¡Dale a la chica el papel donde viene lo de los chinos!

-¿Eh?

Doña Visi comenta con su amiga.

-¡Ay, por Dios! Estos hombres nunca oyen nada.

Levantando la voz vuelve a dirigirse a su marido.

-¡Que le des a la chica...! ¿Me entiendes?

-¡Sí!

-¡Pues que le des a la chica el papel donde viene lo de los chinos!

-¿Qué papel?

-¡El de los chinos!

-¿Qué chinos?

Doña Visi sonríe.

-Este marido mío es muy bueno pero nunca se entera de las cosas. Usted me perdonará un momento.

Doña Visi va a donde don Roque, sentado a la mesa de camilla, hace solitarios.

-¿Pero no me habías oído?

-¡Estás tú fresca si piensas que me iba a levantar por los chinos!

Doña Visi revuelve en el costurero, encuentra el número de "El que-rubín misionero" que busca y, rezongando en voz baja, vuelve a la fría sala de las visitas donde casi no se puede estar.

X

Martín le dice a Ventura,

-Déjame los duros, hoy no he comido.

-¡Pero hombre, así no se puede vivir!

-¡Bien lo se yo!

-¿Y no encuentras nada por ahí?

-Nada, los dos artículos de colaboración, doscientas pesetas.

-¡Pues estás listo! Bueno, toma, mientras yo tenga... Ahora mi padre ha tirado un poco de la cuerda.

Martín y Ventura son amigos desde hace tiempo, buenos amigos. Se conocieron en la Facultad de Derecho, antes de la guerra.

X

(viene de punto seguido) Rabelais es un loro de mucho cuidado, un loro procaz y sin principios, un loro descastado y del que no hay quien haga carrera. A lo mejor está una temporada algo más tranquilo diciendo chocolate y Portugal y otras palabras de loro fino, pero, como es un inconsecuente, cuando menos se piensa y su dueña está con una visita de cumplido, se descuelga declamando ordinarieces y pecados con su voz cascada de solterona. Angelito, que es un chico de la vecindad, estuvo tratando de educar a Rabelais pero no consiguió nada. Después lo fue dejando y Rabelais, ya sin preceptor, pasó unos quince días en que sonrojaba oírle hablar. Hasta llamó la atención a su dueña el señor del principal, don Pío Navas Pérez.

—Mire usted, señora, lo de su lorito ya pasa de castaño oscuro. Yo no pensaba decirla [sic] nada pero, la verdad, es que ya no hay derecho. Piense usted que tengo ya una pollita en estado de merecer y que no está bien que oiga esas cosas. ¡Vamos, digo yo!

—Sí, don Pío, tiene usted más razón que un santo. Ya le llamaré la atención. ¡Este Rabelais es incorregible!

X

Página 42 de la foliación original, n.º 6 de la foliación a lápiz. Marcado el número 42 con un tachón en rojo.
Texto manuscrito.

Este fragmento pertenece al capítulo III de *La colmena*, con ligeras variantes respecto de la edición impresa, en la que además el texto es mucho más extenso.

—¿Dónde has estado?

—Tomando café con los amigos.

Doña Visi besa en la calva a su marido.

—¡Si vieses qué contenta me pongo cuando vienes tan pronto!

—¡Vaya! A la vejez viruelas.

Doña Visi sonrío. Doña Visi, la pobre, sonrío siempre^[7].

—¿Sabes quién va a venir esta tarde?

—Algún loro.

Doña Visi no se incomoda jamás.

—No. Mi amiga Montserrat.

—¡Buen elemento!

—¡Bien buena es!

—¿No te ha contado ningún milagro más de ese cura de Bilbao?

—¡Calla, no seas hereje! ¿Por qué dices esas cosas si no las sientes?

—¡Ya ves!

Don Roque está cada día más convencido de que su mujer es tonta.

—¿Estarás con nosotras?

—No.

—¡Ay, hijo!

Suena el timbre de la calle.

La amiga de doña Visi entra en la casa al tiempo que el loro del segundo dice pecador; la señora del segundo tiene un loro Rabelais. En la vecindad hay un chico muy piadoso que se llama Angelito. Angelito está tratando de convertir al loro a las buenas costumbres; se sienta a su lado y se pasa las horas muertas recitándole jaculatorias y silbándole motetes; a veces también le canta, poniendo hueca la voz, algún trozo bonito de la misa. Angelito, en general, tiene poco éxito: del loro no hay quien haga carrera, es un loro descastado, un loro sin principios; cuando más arrepentido parece, cuando lleva ya, a lo mejor, tres o cuatro días seguidos sin decir ninguna barbaridad, entonando las alabanzas del Patriarca San José o tarareando por lo bajo algunos compases del Corazón Santo, se arranca de repente diciendo cualquier pecado o soltando cualquier irreverencia. Angelito se desespera^[8].

—Así no hacemos nada —se dice—, ¿será que tengo poco espíritu misionero?

X

[Aquí viene un párrafo tachado no en rojo, sino en tinta oscura. El siguiente, tachado en rojo]

X

La criada pasa a doña Montserrat a la sala.

—Voy a llamar a la señorita.

Doña Visi vuelve a saludar a su amiga y don Roque, sentándose al brasero, [sacó la baraja.

—Si sale la sota de bastos antes de cinco, buena señal...]

Página 28 (foliación original) y página 10 (foliación en lápiz) del manuscrito. Tachón rojo de arriba abajo. Empieza mecanografiado, cuando se indique, sigue manuscrito. Proseguirá mecanografiado.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo III de *La colmena*, con ligeras variantes respecto de la edición impresa. De ellos, solo los mecanografiados fueron incluidos en la edición impresa, el texto manuscrito fue finalmente desechado y no se recogió en la edición impresa de *La colmena*.

-¿Dónde has estado?
 -Tomando café con los amigos.
 Doña Viesi besa en la calva a su marido.
 -¡Si vieras qué contenta me pongo cuando vienes tan pronto!
 -¡Vaya! A la vejez viruelas.
 Doña Viesi sonríe. *Don Viesi, le pobre, vivió siempre.*
 -¿Sabes quién va a venir esta tarde?
 -Algún loro.
 Doña Viesi no se incomoda jamás.
 -No. Mi amiga Monserrat.
 -¡Buen elemento!
 -¡Bien buena ~~es~~ es!
 -¿No te ha contado ningún milagro más de esos curas de bilbao?
 -¡Calla, no seas hereje! ¿Por qué dices esas cosas si no las sientes?
 -¿En ves!
 Don Roque está cada día más convencido de que su mujer es tunante.
 -¿Estarás con nosotros?
 -No.
 -¡Ay, hije!
 Suena el timbre de la calle.

La hermana cost- her;

*la amiga de doña Viesi está en la casa el tiempo que el loro del segundo dice ~~plaf~~ la tercera del segundo dice un loro ~~blanco~~ Plaflelele. En la realidad hay un chico muy piadoso que se llama Angelito. Angelito está hablando de convertirse al loro ~~blanco~~ se sienta a su lado y se pasa las horas muertas recitándole jaculatorias o silbándole motes; a veces también le canta, poniendo buena la voz, algún canto bonito de la misa. Angelito, en general, tiene poco éxito: del loro en bay quien haga carrera ~~en un loro descañado, un loro sin principios; cuando~~ *cuando se acorseta pasado, cuando él va pa, a la ca- ja, tres o cuatro días seguidos sin decir ninguna barbaridad, entrometido las alabanzas del Patrocinio San José o tarascando por la bajo algunos compases de Corazón Santo, se asanaca de repente diciendo cualquier pecado o soltando cualquier irreverencia. Angelito se desespera.**

- Así no hacemos nada - se dice - ¿cuánto que tengo poco espíritu misionero?

X
 En el Café, Martín rompe el silencio.
 -Dame un pitillo.
 -CÓ, sio.
 Martín enciende el pitillo.
 -Se llama Purita y es un encanto de mujer, es suave como una niña. ¡Qué vida asquerosa!
 Martín calla.
 Para Bartolomé, a aquellas horas, está merendando con un camarillero rico en un figón de Cuchilleros. Martín se acuerda de sus últimas palabras.
 -Adiós Martín, ya sabes, yo suelo estar todas las tardes en la pensión, no tienes más que llamarme por teléfono. Esta tarde, no; esta tarde voy con un amigo.
 -Bueno.
 -Adiós, dame un beso.
 -Pero, ¿qué?
 -Sí, bueno, la gente se creerá que somos marido y mujer.

X
 La criada pasa a doña Monserrat a la sala.
 -Voy a llamar a la señorita.
 Doña Viesi vuelve a saludar a su amiga y don Roque, sentándose al brasero,

Al llegar a Narváez esquina a Alcalá, Martín se encuentra con su amiga la Uruguaya, que va con un señor. Al principio hace como que no la ve.

—Adiós, Martín, pasmado.

Martín vuelve la cabeza.

—Adiós, Trinidad.

—Oye, ven.

Martín se acerca.

—Os voy a presentar. Aquí, Martín, escritor; aquí, un amigo.

La Uruguaya es una golfa tirada^[9], sin gracia, sin educación, sin deseo de agradar. ~~Es una golfa de lo peor, una golfa cobista, una golfa que habla mal de las lesbianas: las amorosas golfas del espíritu, dulces, entristecidas, silenciosas, como varas de nardo.~~

Los hombres se dan la mano.

—Mucho gusto, ¿cómo está usted?

—Muy bien cenado, muchas gracias.

El hombre y su amiga ríen a veces. La Uruguaya tiene los dientes de delante picados y ennegrecidos.

—Oye, tómate un café con nosotros.

—No me parece...

—Sí, hombre, métase usted aquí con nosotros.

—En fin, sólo un momento.

—¡Sin prisas! La noche es larga.

Se sientan y el hombre pide café y coñac para todos.

—Avisé al cerillero.

—Sí.

Martín se pone delante de la pareja. La Uruguaya está un poco bebida.

—~~Oye, ándate con ojo con la Marujita.~~

—~~¿Sí?~~

—~~Sí, me parece que no anda nada bien.~~

—~~¡Pobre chica!~~

—~~Sí, ¡menuda lagarta! Y no quiere decir nada ni estarse una semana metida en su casa. ¡Si doña Jesusa se entera! ¡Pues buena es! La Marujita dice que se tiene que comer, con eso lo arregla todo. ¡Así da gusto!~~

El cerillero se llega hasta la mesa.

Paginado en tinta: 44, en lápiz: 56. La censura tacha dos partes pertenecientes a un fragmento entero. La primera es manuscrita, intercalada a mano por Cela. La segunda forma parte del texto mecanografiado. Se transcribe todo el texto y se subrayan las partes tachadas en rojo por la censura.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo IV de *La colmena*, con ligeras variantes respecto de la edición impresa, excepto el último (desde «Martín se pone delante de la pareja» hasta el final), que no se incluyó en la

edición impresa de *La colmena*.

-¡Qué bueno eres, Roberto!

-No, hija, no seas bobo, como todos. A los chicos pensé comprarles una pelota. Si sobra algo, me tomaré un veranú. No pensaba decirte nada, pero, ¡ya ven!

~~_____~~
~~_____~~

Al llegar a Barvaas esquina a Alealá, Martín se encuentra con su amiga la Uruguaya, que va con un señor. Al principio hace como que no la ve.

-Adios, Martín, paemado.

Martín vuelve la cabeza.

-Adiós, Trinidad.

-Oye, ven.

Martín se acerca.

-Os voy a presentar. Aquí, Martín, escritor; aquí, un amigo.

Los hombres se dan la mano.

-Mucho gusto, ¿cómo está usted?

-Muy bien cenado, muchas gracias.

El hombre y su amiga ríen a voces. La Uruguaya tiene los dientes de delante picados y ennegrecidos.

-Oye, tómame un café con nosotros.

-No me parece...

-Sí, hombre, métase usted aquí con nosotros.

-En fin, sólo un momento.

-¡Sin prisas! La noche es larga.

Se sientan y el hombre pide café y colase para todos.

-Avise al cerillero.

-Sí.

Martín se pone delante de la pareja. La Uruguaya está ~~_____~~ un poco bebida.

-Oye, ándate con ojo con la Marujita.

-¿Sí?

no anda nada bien.

-Sí, me parece que ~~_____~~

-¡Pobre chico!

-Sí, ¡memnda lagerta! Y no quiere decir nada ni estarbe una semana ^{entida en} en casa. ¡Si doña Jesusa se entera! ¡Pues buena es! La Marujita dice que ^{en} tiene que comer, con eso lo arregla todo. ¡Así de gusto!

El cerillero se llega hasta la mesa.

-¿Qué?

Desde los solares de la Plaza de Toros, incómodo refugio de las parejas pobres y llenas de conformidad, ~~como los amantes del Antiguo Testamento,~~ /como los amantes de los tiempos antiguos, se oyen —viejos, renqueantes, desvencijados, con la carrocería destornillada y los frenos ásperos y violentos— los tranvías que pasan, no muy lejanos, camino de las cocheras.

Paginado en tinta: 49, en lápiz: 61. Borriones de color oscuro —no rojo— que tapan algunas palabras de tal manera que no se puede saber qué había debajo. Un párrafo después hay una línea de texto tachada en rojo por la censura que Cela decide sustituir por otra versión de la misma, en anotación manuscrita. Transcribo el párrafo entero y las dos versiones: en primer lugar, y subrayada, la censurada; en segundo lugar, la versión manuscrita que sustituye a la prohibida.

Este fragmento pertenece al capítulo IV de *La colmena*, con ligeras variantes respecto de la edición impresa.

Echados sobre el diván, con las caras muy juntas, tienen los ojos entornados mientras se complacen en pensar, vagorosamente, en nada o en casi nada.

Llega el instante en que se dan un beso más largo, más profundo. La muchacha respira hondamente, como quejándose. Javier la coge en el brazo. ~~Y~~

El lecho tiene una colcha de moaré.

como los amantes de los tiempos antiguos

Desde los solares de la Plaza de Toros, incómodo refugio de las parejas pobres y llenas de conformidad, ~~como los amantes del antiguo Testamento~~, se oyen -viejos, renqueantes, desvencijados, con la carrocería destornillada y los frenos ásperos y violentos- los tranvías que pasan, no muy lejanos, camino de las cocheras.

El solar mañanero de los niños alborotadores, camorristas, que andan a pedrada limpia todo el santo día, se, desde la hora de cerrar los portales, un edén algo sucio donde no se puede bailar, con suavidad, a los acordes de algún recóndito, casi ignorado aparatito de radio, donde no se puede fumar el aromático, delicioso cigarrillo del preludio, donde no se pueden decir, casi al oído, fáciles ingeniosidades seguras, absolutamente seguras.

El solar de los viejos y las viejas de después de comer, se, desde la hora en que los niños y los matrimonios cincuentones se acuestan, un paraíso directo donde no caben evasiones ni subterfugios, donde todo el mundo sabe a lo que va, donde se ama noblemente, casi con dureza, sobre el santo suelo en el que quedar (todavía), las rayitas de la niña que se pasó la mañana saltando a la pata coje los redondos, perfectos agujeros del niño que gastó avarosamente sus horas muertas jugando a las bolas.

-¿Tienes frío, Petrita?

-No, Julio, estoy tan bien a tu lado!

-¿Me quieres mucho?

-Mucho, no lo sabes tú bien.

Martín Marco vaga por la ciudad sin querer irse a la cama. No lleva encima ni una perra gorda y prefiere esperar a que acabe el metro, a que se escondan los últimos amarillos tranvías de la noche. La ciudad parece más suya, más de los hombres que, como él, marchan sin rumbo fijo con las manos en los vacíos bolsillos.

Sube por Torrijos hasta Diego de León, lentamente, casi olvidadamente, y

—¿No me dejarás nunca, Pablo?

—Nunca, Laurita.

La muchacha lo mira con los ojos tristes, como una colegiala interna.

—¿Nunca, de verdad?

—Nunca, ya lo verás.

~~La muchacha lleva una combinación blanca, bordada con florecitas rosa.~~

~~—¿Me quieres mucho?~~

~~—Un horror.~~

~~La pareja se besa de pié (sic), ante el espejo del armario.~~

~~—Me da vergüenza, Pablo.~~

~~Pablo se ríe.~~

~~—¡Pobrecita!~~

~~La muchacha lleva un sostén minúsculo.~~

~~—Suéltame aquí.~~

~~Pablo le besa la espalda, de arriba abajo.~~

~~—¡Ay!~~

~~—¿Qué te pasa?~~

~~Laurita sonrío, agachando un poco la cabeza.~~

~~—¡Qué malo eres!~~

Martín siente frío y piensa ir a darse un [sic] vuelta por los hotelitos de la calle de Alcántara, de la calle de Las Naciones, de la calle de Montesa. El espectáculo no es muy divertido, pero se mata el tiempo. Además, de casa en casa, [siempre se va cogiendo algo de calor.]

Paginado en tinta: 50, en lápiz: 62. Se trata de un diálogo del que se censura casi la totalidad del mismo. Se subrayan las líneas censuradas.

Este fragmento pertenece al capítulo IV de *La colmena*, con ligeras variantes respecto de la edición impresa.

baja por General Mola hasta la Plaza de Salamanca. Le gustan los paseos solitarios, las largas, cansadas caminatas por las calles anchas de la ciudad, por las mismas calles que de día, como por un milagro, se llenan -rebosantes como las tazas de los desayunos honestos- con las voces de los vendedores, las bocinas de los automóviles, los cuplés de las criadas, los llantos de los niños. - ¿queños: tiernos, violentos, urbanos lobeznos amestrados.

Se sienta en un banco y enciende una colilla que lleva envuelta, con otras varias, en un sobre. El sobre tiene un membrete que dice: "Diputación Provincial de Madrid. Negociado de Cédulas Personales". Martín no recuerda de dónde lo ha sacado -quizás sea de casa de la hermana. De todas maneras, el sobre ya no sirve más que para llevar colillas. Hace ya varios meses que no hay cédulas personales. Ahora hablan de dar unos carnets de identidad, con fotografías y hasta con las huellas dactilares, pero eso lo más probable es que todavía vaya para largo. Las cosas del Estado marchan con lentitud.

-¿No me dejarás nunca, Pablo?

-Nunca, Laurita.

La muchacha ~~lo mira con los ojos tristes, como una colegiala interna,~~

-¿Nunca, de verdad?

-Nunca, ya lo verás.

~~La muchacha lleva una combinación blanca, bordada con florecitas rojas.~~

-¿Me quieres mucho?

-Un horror.

La pareja se besa de pié, ante el espejo del armario.

~~-Me da vergüenza, Pablo.~~

~~Pablo se ríe.~~

~~-¡Pobrecita!~~

~~La muchacha lleva un sostén minúsculo.~~

~~-Suítame aquí.~~

~~Pablo le besa la espalda, de arriba abajo.~~

~~-¡Ay!~~

~~-¿Qué te pasa?~~

~~Laurita sonrío, agachando un poco la cabeza.~~

~~-¡Qué malo eres!~~

Martín siente frío y piensa ir a darse un vuelta por los hotelitos de la calle de Alcántara, de la calle de Las Naciones, de la calle de Montesa. El espectáculo no es muy divertido, pero se mata el tiempo. Además, decansa en casa,

[El espectáculo, incluso para Martín, que lo ve desde dentro, no resulta demasiado divertido, pero se mata el tiempo. Además, de casa en casa,] siempre se va cogiendo algo de calor. ~~Hay algunas chicas muy simpáticas, las de tres duros; no son muy guapas, esa es la verdad, pero son muy buenas, muy cariñosas. Las otras, las de postín, son insoportables con sus pretensiones y su empaque de duquesas.~~

—No me explico— piensa— como [sic] sigue habiendo criadas de veinte años ganando doce duros.

Se acuerda de Petrita, con sus carnes apretadas y su cara lavada.

—Es un encanto de criatura, ahorraría dinero. En fin [sic], mientras siga decente, mejor hace. Lo malo será que el día menos pensado la tumba cualquier pescadero o cualquier guardia de seguridad. Entonces será cuando se dé cuenta de que ha estado perdiendo el tiempo. ¡Allá ella!

Martín sale por Lista y al llegar a la esquina de General Pardiñas le dan el alto, le cachean y le piden la documentación.

Al aire de la noche Petrita se queja, gozosa, toda la sangre del cuerpo en la cara.

—XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX [ilegible]

~~El hombre la [sic] muerde la sonrosada garganta donde se nota el tibio golpecito de la vida.~~

—XXXXXXXXXX [ilegible]

—XXXXXXXXXX [ilegible]

—XXXXXXXXXX [ilegible]

—XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX [ilegible]

~~El guardia Julio García se queda boca arriba, echado sobre el suelo, al lado de Petrita que tiene las faldas subidas y el escote de la blusa rasgado.~~

Están unos momentos en silencio.

—Julio.

—Qué.

—¿Me quieres?

Acaba la página 50/62 y da comienzo la 51/63, donde desde casi el principio —solo se salva la mitad de la primera línea del texto— hasta más de la mitad de la página está tachado por la censura, con numerosas palabras y líneas tapadas con borrones oscuros, de manera que resultan ilegibles.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo IV de *La colmena*, con ligeras variantes respecto de la edición impresa. Por lo que respecta al segundo texto —el que protagonizan Petrita y Julio—, de este no pasará a la edición impresa de *La colmena* la siguiente frase: «El guardia Julio García se queda boca arriba, echado sobre el suelo, al lado de Petrita que tiene las faldas subidas y el escote de la blusa rasgado.»

siempre se va cogiendo algo de calor. Hay algunas chicas muy simpáticas, las de tres duros; no son muy guapas, esa es la verdad, pero son muy buenas, muy cariñosas. Las otras, las de postín, son insportables con sus pretensiones y su empaque de duquesas.

-No me explico -piensa- como sigue habiendo criadas de veinte años ganando doce duros.

Se acuerda de Petrita, con sus carnes apretadas y su cara lavada.

-Es un encanto de criatura, ahorraría dinero. En fin, mientras siga decente, mejor hace. Lo malo será que al día menos pensado la tumba cualquier pescadero o cualquier guardia de Seguridad. Entonces será cuando se dé cuenta de que ha estado perdiendo el tiempo. ¡Allá ella!

Martín sale por lista y al llegar a la esquina de General Pardiñas le dan el alto, le cachean y le piden la documentación.

Al aire de la noche Petrita se queja, gozosa, toda la sangre del cuerpo en la cara.

~~El hombre le muerde la sonrosada garganta donde se nota el tímido golpecito de la vida.~~

~~El guardia Julio García se queda boca arriba, echado sobre el suelo, al lado de Petrita que tiene las faldas subidas y el escote de la blusa rasgado.~~

Están unos momentos en silencio.

-Julio.

-Qué.

-¿Me quieres?

Martín habla suplicante, acobardado, con precipitación.

-No llevo documentos, me los he dejado en casa. Yo soy escritor, yo me llamo Martín Marco...

A Martín le extraña que el policía no lo reconozca.

-Colaboro en la prensa del Movimiento, pueden ustedes preguntar en la Vicesecretaría. Mi último artículo salió hace unos días en varios periódicos de provincias, en "Odiel", de Huelva, en "Proa", de León, en "Ofensiva", de Cuenca. Se llamaba "Razón de la permanencia espiritual de Isabel la Católica".

El policía chupa de su cigarillo.

—¿Miedo de qué? ¿De qué puedo tener yo miedo? ¿Qué me pueden hacer a mí si yo no me meto en nada? ¡No gana uno para sustos! Estos de un lado... «¡Alto! ¡Los papeles!». Del otro, Paco... «Sí, colabora, colabor [sic], no seas bobo, ya darás cuentas, ya...» ¡Esto es para volverse uno loco! ¡Este es un mundo de locos! ~~Ni Isabel la Católica, ni la Vicesecretaría, ni la permanencia espiritual de nadie.~~ ¡Lo que yo quiero es comer! ¡Comer! ¡Y comprar una cajetilla como un hombre y no fumarme las colillas de mi cuñado! ~~¡Este mundo es una m...!~~ ~~¡Aquí todo Dios anda a lo suyo!~~ ¡Todos! ¡Los que más gritan se callan en cuanto les dan mil pesetas al mes! ¡Y los que andamos por ahí tirados y mal comidos, a dar la cara y a pringar la marrana! ¡Muy bonito! ¡Muy bin [sic]! ~~Lo que dan ganas es~~ [continúa en la página siguiente]

Paginado en tinta: 52, en lápiz: 64. Se trata del comienzo del famoso monólogo interior de Martín Marco (se reproduce en esta página y la siguiente). No todo está censurado, apenas algunas frases, que serán las que aparezcan subrayadas, ya que la página se transcribe por entero.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo IV de *La colmena*, con variantes —mayores o menores, dependiendo del fragmento— respecto de la edición impresa.

-Ande, siga, váyase a dormir, que hace frío. Que no se le quite la inspiración.

-Adiós, muchas gracias.

Martín aprieta el paso y vuelve la cabeza, no se atreve. Lleva dentro del cuerpo un miedo espantoso que no se explica.

El sereno de la calle de Ibiza, huyendo del frío, se guarece en un portal.

Don Roberto, mientras acaba de leer el periódico, acaricia a su mujer, que apoya la cabeza sobre su hombro. Sobre los pies se echan un abrigo viejo, a la madrugada siempre se nota algo de frío.

-Que día más feliz mañana, ¿verdad Roberto?

-Sí, Filo. Ya sabes lo que yo digo, ¡mientras tengamos salud!

Filo está mimosa con su marido, agradecida.

-Deja el periódico.

-Si tú quieres...

-Oye.

-Dí.

Filo pone voz de novia.

-¿Me quieres mucho?

-¡A quién se le ocurre! ¡Pues claro, hijita, naturalmente que mucho!

-¿Mucho, mucho?

Don Roberto deja caer las palabras como en un sermón.

-¡Mucho más de lo que te imaginas!

Martín va desbocado, el pecho jadeante, las sienes con fuego. Trata de pensar, mientras corre. Las ideas se empujan, se golpean dentro de su cabeza. Le duele la frente.

-¿Miedo de qué? ¿De qué puedo tener yo miedo? ¿Qué me puedan hacer a mí si yo no me meto en nada? ¡No gana uno para sustos! Estos de un lado... "¡Alto! ¡Los papeles!". Del otro, Paco... "Sí, colabora, colabora, no seas bobo, ya darás cuentas, ya..." ¡Este es para volverse uno loco! ¡Este es un mundo de locos! Ni Isabel la Católica, ni la Vicesecretaría, ni la permanencia espiritual da nada. ¡Lo que yo quiero es comer! ¡Comer! ¡Y comprar una cajetilla como un hombre y no fumarne las colillas de mi cuñado! ¡Este mundo es una mierda! ¡Qué todo Dios anda a lo suyo! ¡Todos! ¡Los que más gritan se callan en cuanto les dan mil pesetas al mes! ¡Y los que andamos por ahí tirados y mal comidos, a dar la cara y a pringar la marraza! ¡Muy bonito! ¡Muy bien! ¡Lo que dan ganas es

[sigue de la página anterior] ~~de c... en algo y mandar todo al cuerno, ¡qué c...!~~

Martín escupe con fuerza y se para, el cuerpo apoyado contra las casas.

~~El matrimonio se besa.~~

~~—Oye, Filo, pero, ¿has mirado el calendario?~~

~~—¡Qué importa el calendario, Roberto! Si vieras cómo te quiero... ¡Cada día más!~~

~~Don Roberto razona como un filósofo.~~

~~—Bueno, después de todo, donde comen cinco cachorros, bien pueden comer seis.~~

~~—Claro que sí, hijo, claro que sí. Que Dios nos dé salud y lo demás... pues mira. ¡Si no estamos un poco más anchos, estamos un poco más estrechos!~~

~~Don Roberto mete las gafas en el estuche que deja sobre la silla que tiene al lado de la cabecera.~~

~~—No te quites el camisón, te puedes enfriar.~~

~~—No me importa.~~

~~Filo tiene todavía cierta hermosura.~~

~~El panadero llama a su mujer.~~

~~—Oye, Paulina, trae la palangana,~~

~~—¿Ya estamos?~~

~~—Ya. Anda, calla y tira para acá.~~

~~—¡Pues hijo, ni que tuvieras veinte años!~~

~~Martín baja por Alcántara hasta los hoteles, tuerce por Ayala y llama al sereno.~~

~~—No, esa no.~~

~~A la luz de una bombilla se lee [sic] «Villa Filo». Martín tiene vagos, imprecisos respetos familiares. Lo que pasó con la hermana... ¡Bien! Agua pasada no corre molino. Su hermana no es ningún pendón. El cariño es algo que no se [continúa en la página siguiente]~~

Paginado en tinta: 53, en lápiz: 65. Prosigue el monólogo de Martín Marco y más tarde se reproducen otros fragmentos que también serán censurados en su mayor parte. Se transcribe el texto por entero y se subraya la parte censurada.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo IV de *La colmena*, con ligeras variantes respecto de la edición impresa.

~~de evr. en algo y mandar todo al cuerno, ¡qué evr.!~~

Martín escupe con fuerza y se para, el cuerpo apoyado contra las casas.

El matrimonio se besa.

~~-Oye, Filo, pero, ¿has mirado el calendario?~~

~~-¡Qué importa el calendario, Roberto! Si vieras cómo te quiero... ¡Cada día más!~~

Don Roberto razona como un filósofo.

-Bueno, después de todo, donde comen cinco cachorros, bien pueden comer seis.

-Claro que sí, hijo, claro que sí. Que Dios nos dé salud y lo demás... pues mira. ¡Si no estamos un poco más anchos, estamos un poco más estrechos!

Don Roberto mete las gafas en el estuche que deja sobre la silla que tiene al lado de la cabecera.

~~-No te quites el casaca, te puedes enfriar.~~

~~-No me importa.~~

Filo tiene todavía cierta hermosura.

Martín saca el pañuelo y se lo pasa por la boca.

-El policía era un hombre bien amable. Me pidió la documentación debajo de un farol para que no me asustase y me dejó marchar enseguida. Seguramente habrá visto que yo tengo ábre de no meterme en nada, esta gente está muy acostumbrada a distinguir. Tenía un diente de oro y llevaba un abrigo magnífico. ¡Sí, no hay duda que debía ser un gran muchacho!

Siente como un temblor por todo el cuerpo y nota que el corazón le late, otra vez con más fuerza, dentro del pecho.

-Esto se me quitaba a mí con tres duros.

~~El pandero llama a su mujer.~~

~~-Oye, Paulina, trae la palangana.~~

~~-¿Ya estamos?~~

~~-Ya, Andú, chillo y tira para acá.~~

~~-¡Pues hijo, si que tuvieres veinte años!~~

~~Martín baja por Alcántara hasta los hoteles, tuerce por Ayala y llama al sereno.~~

~~-No, con NO.~~

~~A la luz de una bombilla se lee "Villa Filo". Martín tiene vago, incógnitos respetos familiares. Lo que pasó con la hermosa... ¡Bitch! Agua para un casto maluco. Su hermosa no es ningún pedón. El casto es sólo que no se~~

[sigue de la página anterior] ~~sabe donde [sic] termina. A un perro se le puede querer más que a una madre. Después de todo, cuando un hombre se calienta no distingue^{f40}.~~

~~—Usted perdone, voy a dar la vuelta a la Montesa.~~

~~—Como usted guste, señorito.~~

~~Martín piensa,~~

~~—Este sereno es un miserable. Si supiera que voy sin blanca me hubiera echado a patadas.~~

~~La Uruguaya es una hembra poderosa, alta, gruesa, con pelo por los muslos.~~

~~—¿Aún quieres pelea?~~

~~—No, déjalo ya. Mañana tengo que trabajar.~~

Ya en la cama, doña María, la señora del entresuelo, habla con su marido. Doña María es una mujer de cuarenta o cuarenta y dos años. Su marido representa unos seis años más.

—Oye, Pepe.

—Qué.

—Pues que estás un poco despegado conmigo.

—¡No, mujer!

—Sí, a mí me parece que sí.

—¡Qué cosas tienes!

~~En la calle de Montesa no hay más que empujar la verja del jardín y tocar dentro, con los nudillos sobre la puerta. Al timbre le falta el botón y el hierrito que queda suelta, a veces, corriente. Martín ya lo sabía de otras ocasiones.~~

~~—¡Hola, doña Jesusa! ¿Está Marujita?~~

~~—No, hijo. Esta noche no ha venido, ya me extraña. A lo mejor viene [sic] todavía. ¿Quieres esperarla?~~

~~—Sí, prefiero.~~

~~—Anda, pasa con nosotras a la cocina, tú eres de la familia.~~

~~—Sí.~~

~~Alrededor del hogar donde cuecen varios pucheros de agua, cinco o seis chicas dormitan, aburridas.~~

~~—¡Qué frío hace!~~

~~—Ya, ya. Aquí se está bien, ¿verdad?~~

~~—Sí, aquí se está muy bien.~~

~~Doña Jesusa se le acerca.~~

~~—Arrímate al fogón, vienes helado. ¿No tienes abrigo?~~

~~—No.~~

~~—¡Vaya por Dios!~~

Paginado en tinta: 54, en lápiz: 66. La mayor parte de los textos de esta página están marcados en rojo por la censura. Se reproduce entera y se subraya lo prohibido por esta.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo IV de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa. Por lo que respecta al segundo texto —el de la Uruguay— este no se incluye en la edición impresa de *La colmena*.

sabe donde termina. A un perro se le puede querer más que a una madre.
Después de todo, cuando un hombre se calienta lo destruye. 54

-Usted perdona, voy a dar la vuelta a Montesa.

-Como usted guste, señorito.

Martín piensa,

-Este sereno es un miserable. Si supiera que voy sin blanca me hubiera echado a patadas.

La Uruguaya es una hembra poderosa, alta, gruesa, con pelo por los muslos.

-¿Aún quieres pelear?

-No, déjalo ya. Mañana tengo que trabajar.

Ya en la casa, doña María, la señora del entresuelo, habla con su marido. Doña María es una mujer de cuarenta o cuarenta y dos años. Su marido representa unos seis años más.

-Oye, Pepe.

-Qué.

-Pues que estás un poco despegado conmigo.

-¡No, mujer!

-Sí, a mí me parece que sí.

-¡Qué cosas tienes!

En la calle de Montesa no hay más que empujar la verja del jardín y tocar dentro, con los nudillos sobre la puerta. Al timbre le falta el botón y el hierrito que queda suelta, a veces, corriente. Martín ya lo había de otras ocasiones.

-¡Hola, doña Jesusa! ¿Está Marujita?

-No, hijo. Esta noche no ha venido, ya me extraña. A lo mejor viene todavía. ¿Quieres esperarla?

-Sí, prefiero.

-Anda, pásas con nosotras a la cocina, tú eres de la familia.

-Sí.

Alrededor del hogar donde cuecen varios pucheros de agua, cinco o seis chicas dormitan, aburridas.

-¡Qué frío hace!

-Ya, ya. Aquí se está bien, ¿verdad?

-Sí, aquí se está muy bien.

Doña Jesusa se le acerca.

-Arrímate al fogón, vienes helado. ¿No tienes abrigo?

-No.

-¡Vaya por Dios!

~~—Oiga, doña Jesusa, ¿y la Uruguaya, tampoco está?~~

~~—Sí, está ocupada; vino con un señor y con él se encerró.~~

~~—¡Vaya!~~

~~—Oye, ¿para qué querías a la Marujita, para estar un rato con ella?~~

~~—No... Quería darle un recado.~~

~~—Anda, no seas bobo. ¿Es que... estás mal de fondos?~~

~~—Mal no, doña Jesusa, ¡peor!~~

~~—Tú eres tonto, hijo. ¿A estas alturas no vas a tener confianza conmigo, con lo que yo quería a tu pobre madre, que en Gloria esté? Oye, Pura, véte [sic] con este señor, ¿no dices que estás medio mala? No bajes ya y no te preocupes de nada, mañana ya te sacaré yo las castañas del fuego.~~

Don José Sierra le habló al oído a doña María.

~~—¿Has cogido XXXXXX [ilegible]...?~~

~~Pura, la muchacha que está medio mala, mira para Martín y le sonrío. Es una mujer joven, monísima, delgadita, un poco pálida, ojerosa. Tiene cierto aire de virgen viciosilla.~~

~~Martín coge una mano de doña Jesusa.~~

~~—Doña Jesusa, muchas gracias, usted siempre tan buena conmigo.~~

~~—Calla, mimoso, ya sabes que se te trata como a un hijo.~~

~~Tres pisos escaleras arriba y una habitación aguardillada. Una cama, un aguamanil, un perchero y una silla. Un hombre y una mujer. Cuando falta el cariño hay que buscar el calor. Echaron sobre la cama toda la ropa, para estar más abrigados. Apagaron la luz y («No, no. Estate quieta, muy quieta...») se durmieron en un abrazo, como dos recién casados.~~

~~Fuera se oía, de vez en vez, el «¡Va-» de los serenos.~~

~~A través del tabique de panderete se distingud [sic] el crujir de un somier, honesto como el canto de la cigarra.~~

La noche se cierra, el filo de la una y media de la madrugada, sobre el corazón de la ciudad.

Miles de hombres duermen abrazados a sus mujeres, olvidados del duro día que quizás les espera, dentro de tan pocas horas.

~~Cientos y cientos de bachilleres caen en el íntimo, delicadísimo vicio solitario.~~

Algunas decenas de muchachas esperan —¿qué esperan, Dios mío? ¿Por qué las tienes tan engañadas?— con la mente llena de dorados sueños...

Paginado en tinta: 55, en lápiz: 67. La inmensa mayoría de los textos de esta página están marcados en rojo por la censura. Se reproduce entera y se subraya lo prohibido por esta. Estos fragmentos pertenecen al capítulo IV de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa. Por lo que respecta al segundo —el de don José

Sierra—, este no se incluye en la edición impresa de *La colmena*.

-Oiga, doña Jesusa, ¿y la Uruguaya, tampoco está?
 -Sí, está ocupada; vino con un señor y con él se encerró.
 -¡Vaya!
 -Oye, ¿para qué querías a la Marujita, para estar un rato con ella?
 -No... Quería darle un recado.
 -Andá, no seas bobo. ¿Es que ... estás mal de fondos?
 -No, no, doña Jesusa, ¡peor!
 -¿Eres tonto, hijo. ¿A estas alturas no vas a tener confianza conmigo, con lo que yo quería a tu pobre madre, que en Gloria esté? Oye, Pura, váte con este señor, ¿no dices que estás medio mala? No bajas ya y no te preocupes de nada, mañana ya te sacaré yo las castañas del fuego.

Don José Sierra le habló al oído a doña María.

-¿Han cogido ... ?

Pura, la muchacha que está medio mala, mira para Martín y le sonríe. Es una mujer muy joven, monísima, delgadita, un poco pálida, ojerosa. Tiene cierto aire de virgen viejecilla.

Martín coge una mano de doña Jesusa.

-Doña Jesusa, muchas gracias, usted siempre tan buena conmigo.

-Calla, mimoso, ya sabes que se te trata como a un hijo.

Tres pisos escaleras arriba y una habitación aguardillada. Una cama, un aguamanil, un perchero y una silla. Un hombre y una mujer. Cuando falta el calor hay que buscar el calor. Echaron sobre la cama toda la ropa, para estar más abrigados. Apagaron la luz y ("No, no. Estate quieta, muy quieta...") se durmieron en un abrazo, como dos recién casados.

Fuera se oía, de vez en vez, el "¡Va-" de los serenos.

A través del tabique de panderete se distinguía el crujir de un somier, honesto como el canto de la cigarra.

La noche se cierra, el filo de la una y media de la madrugada, sobre el corazón de la ciudad.

Miles de hombre duermen abrazados a sus mujeres, olvidados del duro día que quizás les espera, dentro de tan pocas horas.

Cientos y cientos de buchilleros caen en el íntimo, ~~delicadísimo vicio solitario~~

Algunas docenas de muchachas esperan -¿qué esperan, Dios mío? ¿Por qué las tienes tan engañadas?- con la mente llena de dorados sueños...

Fidel es un muchacho joven que lleva bigotito y una corbata verde claro. En Zaragoza ganó, seis o siete meses atrás, un concurso de tangos, y aquella misma noche le presentaron a la chica que ahora es su mujer. ~~De adolescente tuvo algún trastorno en su organismo, por andarse de picos pardos sin ser ni listo ni limpio. Se lo guardó todo bien callado, para que no tomaran aprensión los clientes de la confitería, y se lo fué [sic] curando poco a poco con permanganato en el retrete del casino. Por aquellas fechas, al ver las tiernas cañas de hojaldre relleno de untuosa, amarillita crema, sentía unas náuseas que casi no podía contener.~~

El padre de Fidel, pastelero también, había sido un tío muy bruto que se purgaba con arena y que no hablaba más que de las joticas y de la Virgen del Pilar...

Paginado en tinta: 57, en lápiz: 69. Solo la parte final de la página está censurada. Se transcribe el párrafo con las señales y se subraya la parte marcada por la censura.

Este fragmento pertenece al inicio del capítulo V de *La colmena*. La parte censurada es la subrayada, y presenta ligeras variantes respecto de la edición impresa.

-Pues no he fumado, ya sabes de sobra que no fumo, que me parece poco femenino.

La madre ensaya un gesto severo.

-Entonces... ¿Te habrán besado?

-Por Dios, mamá, ¿por quién me tomas?

La mujer, la pobre mujer, coge a la hija de las dos manos.

-Perdóname, hijita, ¡es verdad! ¡Qué tonterías digo!

Se queda pensativa unos instantes y habla muy quedo, como consigo misma.

-Es que a una todo se le imagina peligro para su hijita mayor.

Julita deja escapar dos lágrimas.

-¡Es que dices unas cosas!

La madre sonrío, un poco a la fuerza, y acaricia el pelo de la muchacha.

-Anda, no seas chiquilla, no me hagas caso. Te lo decía de broma.

Julita está abstraída, parece que no oye.

-Mamá...

-Qué.

Don Pablo piensa que los sobrinos de su mujer le han venido a hacer la pascua, le han estropeado la tarde. A estas horas, estaba ya todos los días en el café de doña Rosa, tomándose su chocolate.

Los sobrinos de su mujer se llaman Anita y Fidel. Anita es hija de un hermano de doña Rosa, empleado del Ayuntamiento de Zaragoza, que tiene una cruz de Beneficencia porque una vez sacó del Ebro a una señora que resultó prima del Presidente de la Diputación. Fidel es su marido, un chico que tiene una confitería en Huesca. Están pasando unos días en Madrid, en viaje de novios.

Fidel es un muchacho joven que lleva bigotito y una corbata verde claro. En Zaragoza ganó, seis o siete meses atrás, un concurso de tangos, y aquella misma noche le presentaron a la chica que ahora es su mujer. Desde entonces tuvo algún trastorno en su organismo, por andar de picos pardos sin ser ni lirro ni limpio. Se lo guardó todo bien callado, para que no temieran a pransión los clientes de la confitería, y se lo fué curando poco a poco con pamaageneto en el retrete del casino. Por aquellas fechas, al ver las tiermas cañas de hojaldras rellenas de untuosos, amarillitas cress, sentís unas náuseas que casi no podía contener.

El padre de Fidel, pastelero también, había sido un tío muy bruto que se purgaba con arena y que no hablaba más que de las joticas y de la Virgen del Pilar. Presumía de culto y de emprendedor y usaba dos clases de tarjetas,

A Julita, allá en el fondo de su corazón, le remuerde un poco la conciencia. Las tardes en casa de doña Celia se le presentan de pronto, orladas de todas las maldiciones eternas.

Es sólo un momento, un mal momento; pronto vuelve a su ser. La lagrimita que, por poco, se le cae mejilla abajo, puede ser contenida.

~~La muchacha se mete en su cuarto y saca de la comodita un cuaderno forrado de hule negro donde lleva unas extrañas cuentas. Busca un lápiz, anota unos números [sic] y sonríe ante el espejo, la boca fruncida, los ojos entornados, las manos en la nuca, sueltos los botones de la blusa.~~

Está guapa Julita, muy guapa. Guiña un ojo al espejo...

~~—Hoy llegó Ventura al empate.~~

Julita sonríe mientras el labio de abajo se le estremece; hasta la barbilla tiembla un poquito.

Paginado en tinta: 63, en lápiz: 75. Sólo la parte final de la página está censurada. Se transcribe el párrafo final y se subraya la parte marcada por la censura.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo V de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa

El dependiente lo mira con un profundo desprecio. Lleva bata blanca y unos ridículos lentes de pinza.

-Eso lo encontraré en una droguería. Siento no poder servir al señor.

-Bueno, señor, usted perdona.

Secane se va parando en los escaparates de las droguerías. Algunas un poco más ilustradas, que se dedican también a revelar carretes de fotos, tienen, efectivamente, gafas de color en las vitrinas.

-¿Tienen gafas de tres duros?

La empleada es una chica mona, complaciente.

-Sí, señor, pero no se las recomiendo, son muy frágiles. Por poco más, podemos ofrecerle a usted un modelo que está bastante bien.

La muchacha rebusca en los cajones del mostrador y saca unas bandejas.

-Vea, veinticinco pesetas, veintidós, treinta cincuenta, diez y ocho -éstas son un poco peores-, veintisiete...

Secane sabe que en el bolsillo no lleva más que tres duros.

-Estas de diez y ocho, ¿dice usted que son malas?

-Sí, no compensa lo que se ahorra. Las de veintidós ya son otra cosa.

Secane sonríe a la muchacha.

-Bien, señorita, muchas gracias, lo pensaré y volveré por aquí. Siento haberla molestado.

-Por Dios, caballero, para eso estamos.

A Julita, allá en el fondo de su corazón, le remuerde un poco la conciencia. Las tardes en casa de doña Celia se le presentan de pronto, orladas de todas las maldiciones eternas.

Es sólo un momento, un mal momento; pronto vuelve a su ser. La lagrimita que, por poco, se le cae mejilla abajo, puede ser contenida.

~~La muchacha se mete en su cuarto y saca de la cómoda un cuaderno forrado de hule negro donde lleve unas extrañas cuentas. Busca un lápiz, anota unos números y sonríe ante el espejo, la boca fruncida, los ojos entornados, las manos en la nuca, sueltos los botones de la blusa.~~

Está guapa Julita, muy guapa. Guiña un ojo al espejo...

~~-Hoy llegó Ventura al empate.~~

Julita sonríe mientras el labio de abajo se le estremece; hasta la barbilla tiembla un poquito.

~~Ventura abre un poco la puerta del cuarto que ocupa.~~

~~—Señora.~~

~~—Va.~~

~~Ventura mete a doña Celia tres duros en la mano.~~

~~—Que salga antes la señorita.~~

~~Doña Celia dice a todo amén.~~

~~—Usted manda.~~

Solo paginado en lápiz: 78. Es apenas un trocito de folio, todo él marcado en rojo.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo V de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa.

Ventura abre un poco la puerta del cuarto que ocupa.

46

-Señora.

-Va.

Ventura mete a doña Celis tres duros en la mano.

-Que salga antes la señorita.

Doña Celis dice a todo amén.

-Usted manda.

Don Roque manda un aviso a Lola, la criada de la pensionista doña Matilde: «Pásate por Santa Engracia a las ocho. Tuyo, R.»

La hermana de Lola, Josefa López, había sido criada durante bastantes años en casa de doña Soledad Castro de Robles. De vez en cuando decía que se iba al pueblo y se metía en la Maternidad a pasar unos días. Llegó a tener cinco hijos que le criaban de caridad unas monjas de Chamartín de la Rosa: tres de don Roque, los tres mayores, uno del hijo mayor de don Francisco, el cuarto, y el último de don Francisco que fué [sic] el que más tardó en descubrir el filón. La paternidad de cada uno no ofrecía dudas.

—Yo seré lo que sea —solía decir la Josefa— pero a quien me da gusto no le pongo los cuernos. Cuando una se harta, se tarifa y en paz: pero mientras tanto como las palomas, uno con una.

La Josefa fué [sic] una mujer hermosa, un poco grande. Ahora tiene una pensión de estudiantes en la calle de Atocha y vive con los cinco hijos. Malas lenguas de la vecindad dicen que se entiende con el cobrador del gas y que un día puso muy colorado al chico del tendero que tiene catorce años. Lo que hay de cierto en todo esto es muy difícil de averiguar.

Su hermana Lola, es más joven pero también grande y pechugona. Don Roque la [sic] compra pulseras de bisutería y la [sic] convida a pasteles y ella está encantada. Es menos honesta que Josefa y parece ser que se entiende con algún pollo. Un día doña Matilde la cogió acostada con Ventura pero prefirió no decir nada.

La chica recibió el papelito de don Roque, se arregló y se fue para casa de doña Celia.

—¿No ha venido?

—No, todavía no, pasa aquí.

Paginado en tinta: 66, en lápiz: 79. Es solo medio folio, todo él marcado por la censura en rojo, de arriba abajo.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo V de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa.

Don Roque manda un aviso a Lola, la criada de la pensionista doña Matilde: "Pásate por Santa Engracia a las ocho. Tuyo, R."

La hermana de Lola, Josefa López, había sido criada durante bastantes años en casa de doña Soledad Castro de Robles. De vez en cuando decía que se iba al pueblo y se metía en la Maternidad a pasar unos días. Llegó a tener cinco hijos que le criaban de caridad unas monjas de Chamartín de la Rosa: tres de don Roque, los tres mayores, uno del hijo mayor de don Francisco, el cuarto, y el último de don Francisco que fué el que tardó más en descubrir el filón. La paternidad de cada uno no ofrecía dudas.

-Yo seere lo que sea -solía decir la Josefa- pero a quien me da gusto no le pongo los cuernos. Cuando una se harta, se tarifa y en paz: pero mientras tanto como las palomas, uno con una.

La Josefa fué una mujer hermosa, un poco grande. Ahora tiene una pensión de estudiantes en la calle de Atocha y vive con los cinco hijos. Malas lenguas de la vecindad dicen que se entiende con el cobrador del gas y que un día puso muy colorado al chico del tendero que tiene catorce años. Lo que hay de cierto en todo eso es muy difícil de averiguar.

Su hermana Lola, es más joven pero también grande y pechugona. Don Roque la compra pulseras de bisutería y la convida a pasteles y ella está encantada. Es menos honesta que Josefa y parece ser que se entiende con algún pollo. Un día doña Matilde la cogió acostada con Ventura pero prefirió no decir nada.

La chica recibió el papelito de don Roque, se arregló y se fué para casa de doña Celia.

-¿No ha venido?

-No, todavía no, pasa aquí.

~~Ventura pasa a un cuarto ropero, a hacer tiempo mientras enciende un cigarrillo y la muchacha se aleja, y la novia sale, mirando para el suelo, escaleras abajo.~~

~~—Adiós, hija.~~

~~—Adiós.~~

~~Doña Celia llama con los nudillos en la habitación donde aguarda⁴⁴⁴ Lola.~~

~~—¿Quieres pasar a la alcoba grande? Se ha desocupado.~~

~~—Bueno.~~

~~Julita, al llegar a la altura del entresuelo, se encuentra con don Roque.~~

~~—¡Hola, hija. ¿De dónde vienes?~~

~~Julita está pasada.~~

~~—De... de la fotografía. Y tú, ¿a dónde vas?~~

~~—Pues... a ver a un amigo enfermo, el pobre está muy malo.~~

~~A la hija le cuesta trabajo pensar que el padre vaya a casa de doña Celia, al padre le pasa lo mismo.~~

~~—No, ¡qué tonto soy! ¡A quién se le ocurre!~~

~~Cuando Ventura va a salir, doña Celia lo detiene.~~

~~—Espere un momentito, han llamado.~~

~~Don Roque llega, viene algo pálido.~~

~~—¡Hola! ¿Ha venido la Lola?~~

~~—Sí, está en la alcoba de delante.~~

~~Don Roque da dos ligeros golpes sobre la puerta.~~

~~—¿Quién?~~

~~—Yo.~~

~~—Pasa.~~

~~XX~~

[ilegible]

Ventura Aguado sigue hablando, casi elocuentemente, con el capitán.

—Mire usted, yo tengo ahora un asuntillo bastante arregladito con una chica, cuyo nombre no hace al caso, que cuando la ví [sic] por primera vez pensé: «Aquí no hay nada que hacer». Fuí [sic] hasta ella, por eso de que no me quedase la pena de verla pasar sin trastearla, le dije tres cosas y le pagué dos vermús con gambas, y ya ve usted, ahora la tengo como una corderita. Hace lo que yo quiero y ni se atreve a levantar la voz. La conocí en el Barceló el veintitantos de octubre pasado y, a la semana escasa, el día de mi cumpleaños, ¡zas! Si me hubiera estado como un gilí viendo como la camelaban los demás, a estas horas estaba como usted.

Paginado en tinta: 67, en lápiz: 80. Casi la totalidad de los textos de esta página están marcados en rojo por la censura. Se reproduce entera y se subraya lo prohibido por esta.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo V de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa.

Ventura pasa a un cuarto ropero, a hacer tiempo mientras enciende un cigarrillo y la muchacha se aleja, y la novia sale, mirando para el suelo, escaleras abajo.

-Adiós, hija.

-Adiós.

Doña Celia llama con los nudillos en la habitación donde agurada Lola.

-¿Quieres pasar a la alcoba grande? Se ha desocupado.

-Bueno.

Julita, al llegar a la altura del entresuelo, se encuentra con don Roque.

-¡Hola, hija. ¿De dónde vienes?

Julita está pasada.

-De... la fotografía. Y tú, ¿a dónde vas?

-Pues... a ver a un amigo enfermo, el pobre está muy malo.

A la hija le cuesta trabajo pensar que el padre vaya a casa de doña Celia, al padre le pasa lo mismo.

-No, ¡qué tonto soy! ¡A quién se le ocurre!

Cuando Ventura va a salir, doña Celia lo detiene.

-Espere un momentito, han llamado.

Don Roque llega, viene algo pálido.

-¡Hola! ¿Ha venido la Lola?

-Sí, está en la alcoba de delante.

Don Roque da dos ligeros golpes sobre la puerta.

-¿Quién?

-Yo.

-Pasa.

Ventura Aguado sigue hablando, casi elocuentemente, con el capitán.

-Mire usted, yo tengo ahora un asunto bastante arregladito con una chica, cuyo nombre no hace al caso, que cuando la ví por primera vez pensé: "Aquí no hay nada que hacer". Fui hasta ella, por eso de que no me quedase la pena de verla pasar sin trastearla, le dije tres cosas y le pagué dos vermis con gambas, y ya ve usted, ahora la tengo como una corderita. Hace lo que yo quiero y no se atreve ni a levantar la voz. La conocí en el Barceló el veintitantos de octubre pasado y, a la semana escasa, el día de ~~...~~, ¡Eso! si me hubiera estado como un gillí viando como la casaban los demás, a estas horas estaba como usted.

El señor José, después de merendar, lleva a Purita al cine, ~~le gusta darse el lote antes de irse a la cama.~~ Van al cine Ideal, enfrente del Calderón, donde ponen «Su hermano y él» de Antonio Vico, y «Un enredo de familia», de Mercedes Vecino, «toleradas» las dos. El cine Ideal tiene la ventaja de que es de sesión continua y muy grande, siempre hay sitio.

El acomodador los alumbró con la linterna.

—¿Dónde?

—Pues por aquí. Aquí estamos bien.

Purita y el señor José se sientan en la última fila. El señor José pasa una mano por el cuello a la muchacha.

—¿Qué me cuentas?

—Nada, ¡ya ves!

Purita mira para la pantalla. El señor José le coge las manos.

—Estás fría.

—Sí, hace mucho frío.

Están algunos instantes en silencio. El señor José no acaba de sentarse a gusto, se mueve constantemente en la butaca.

—Oye.

—Qué.

—¿En qué piensas?

—Psché...

—No le des más vueltas a eso, lo del Paquito yo te lo arreglo, yo tengo un amigo que manda mucho en Auxilio Social, es primo del gobernador civil de no sé dónde.

~~El señor José baja la mano hasta el escote de la chica.~~

—¡Ay, qué fría!

—No te apures, yo la calentaré.

~~El hombre pone la mano en la axila de Purita, por encima de la blusa.~~

—¿Qué caliente tienes el sobaco!

—Sí.

Purita tiene mucho calor debajo del brazo, parece como si estuviera mala.

—¿Y tú crees que el Paquito podrá entrar?

—Mujer, yo creo que sí, que a poco que pueda mi amigo ya entrará.

Paginado en tinta: 69, en lápiz: 82. Solo una línea del principio y la parte final de la página están marcadas en rojo. Se transcribe toda la página, a partir del párrafo inicial marcado por la censura.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo V de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa.

estudiantes y chaquets a los novios pobres.

-Métase ahí y pruébese, tiene donde elegir.

Efectivamente hay donde elegir: colgados de cientos de perchas, cientos de trajes esperan al cliente que los saque a tomar el aire.

Las prenderías están, una en la calle de los Estudios y otra, la más importante, en la calle de la Magdalena, hacia la mitad.

El señor José, después de merendar, lleva a Purita al cine, ~~le gusta darse el lote antes de irse a la cama.~~ Van al cine Ideal, enfrente del Calderón, donde ponen "Su hermano y él" de Antonio Vico, y "Un enredo de familia", de Mercedes Vecino, "toleradas" las dos. El cine Ideal tiene la ventaja de que es de sesión continua y muy grande, siempre hay sitio.

El acomodador los alumbra con la linterna.

-¿Dónde?

-Pues por aquí. Aquí estamos bien.

Purita y el señor José se sientan en la última fila. El señor José pasa una mano por el cuello a la muchacha.

-¿Qué me cuentas?

-Nada, ¡ya ves!

Purita mira para la pantalla. El señor José le coge las manos.

-Estás fría!

-Sí, hace mucho frío.

Están algunos instantes en silencio. El señor José no acaba de sentarse a gusto, se mueve constantemente en la butaca.

-Oye.

-Qué.

-¿En qué piensas?

-Pachá...

-No le des más vueltas a eso, lo del Paquito yo te lo arreglo, yo tengo un amigo que manda mucho en Auxilio Social, es primo del gobernador civil de no sé dónde.

~~El señor José baja la mano hasta el escote de la chica.~~

~~-¡Ay, qué fría!~~

~~-No te apures, yo la calentaré.~~

~~El hombre pone la mano en la axila de Purita, por encima de la blusa.~~

~~-¡Qué caliente tienen el sobaco!~~

~~-Sí.~~

Purita tiene mucho calor debajo del brazo, parece como si estuviera mala.

-¿Y tú crees que el Paquito podrá entrar?

-Mujer, yo creo que sí, que a poco que pueda mi amigo ya entrará.

—¿Quieres que nos vayamos?

—¡Si tú quieres!

El señor José ayuda a Purita a ponerse el abrigo de algodón.

—~~Sólo un ratito, ¿eh?, la parienta está con la mosca detrás de la oreja.~~

—~~Lo que tú quieras.~~

• • •

—Toma, para tí [sic].

El señor José mete cinco duros en el bolso de Purita, un bolso teñido de azul que mancha un poco las manos.

—Que Dios te lo pague.

Paginado en tinta: 70, en lápiz: 83. De la página, varias líneas están emborronadas en oscuro, de tal modo que resulta imposible leer lo que había debajo. Y solo dos líneas están marcadas en rojo. Se transcriben las líneas anteriores y posteriores.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo V de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa.

-¿Y tu amigo querrá hacerlo?

-El amigo hace lo que le mando, me debe muchos favores.

-¡Ojalá!

-Ya lo verás como sí.

La chica está pensando, tiene la mirada triste, perdida. ~~.....~~

-¡Con el Paquito en la guardería, ya es otra cosa!

El Paquito es el hermano pequeño de la chica. Son cinco hermanos y ella seis: Ramón, el mayor, tiene veintidós años y está haciendo el servicio en África; Mariana, que la pobre está enferma y no puede moverse de la cama, tiene diez y ocho; Julio, que trabaja de aprendiz en una imprenta, anda por los catorce; Rosita tiene once, y Paquito, el más chico, nueve. Purita es la segunda, tiene veinte años aunque quizás represente alguno más.

Los hermanos viven solos. Al padre lo fusilaron, por esas cosas que pasan y la madre murió tísica y desnutrida el año 41.

A Julio le dan cuatro pesetas en la imprenta. El resto se lo tiene que ganar Purita a pulso, callejeando todo el día, recalando después de la cena por casa de doña Jesús.

Los chicos viven en un rotabanco de la calle de la Ternera. Purita para en una pensión, así está más libre y puede recibir recados por teléfono. Purita va a verlos todas las mañanas, a eso de las doce o la una. A veces, cuando no tiene compromiso, también almuerza con ellos; en la pensión le guardan la comida para que se la tome a la cena, si quiere.

~~.....~~
-¿Quieres que nos vayamos?

-¡Si tú quieres!

El señor José ayuda a Purita a ponerse el abrigo de algodón.

~~-Sólo un ratito, ¿eh?, la pericota está con la mosca en la oreja.~~

~~-Lo que tú quieras.~~

.....
-Toma, para tí.

El señor José mete cinco duros en el bolso de Purita, un bolso tejido de azul que mancha un poco las manos.

-Que Dios te lo pague.

A doña Montserrat le han robado el bolso en la Reserva, ¡qué barbaridad!, ahora hay ladrones hasta en las iglesias! No llevaba más que tres pesetas y unas perras, pero el bolso estaba aún bastante bien, en bastante buen uso.

Se había entonado ya el Tantum ergo —que el irreverente de José María, el sobrino de doña Montserrat, cantaba con la música del himno alemán— y en los bancos no quedaban ya sino algunas señoras rezagadas, dedicadas a sus particulares devociones.

~~Doña Montserrat medita sobre lo que acaba de leer, una hojita suelta que guarda en «Las visitas al Santísimo» de D. Andrés Manjón: «Este jueves, consagrado a San Luis Gonzaga, trae al alma fragancia de azucenas y también dulce sabor de lágrimas de contrición perfecta. En la inocencia fué [sic] Luis un ángel, en la penitencia emuló las austeridades de la Tebaida. Santa María Magdalena de Pazzis, durante el éxtasis en que Dios le mostró la gloria de Gonzaga en el Paraíso, exclamó...»~~

Doña Montserrat vuelve un poco la cabeza y el bolso ya no está.

Al principio no se dió [sic] mucha cuenta, todo en su imaginación eran mutaciones, apariciones y desapariciones.

Paginado en tinta: 71, en lápiz: 84. Marcado en rojo un párrafo en la zona media de la página. Se transcriben también los párrafos anteriores y posteriores.

Este fragmento pertenece al capítulo V de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa, se subraya el párrafo censurado.

A la puerta de la habitación la pareja se despide.

-Oye, ¿cómo te llamas?

-Yo me llamo José Sans Madrid, ¿y tú?, ¿es verdad que te llamas Purita?

-Sí, ¿por qué te iba a mentir? Yo me llamo Pura Bartolomé Alonso.

Los dos se quedan un rato mirando para el paraguero.

-Bueno, ¡me voy!

-Adiós, Pepe, ¿no me das un beso?

-Sí, mujer.

-Oye, ¿cuando sepas algo de lo del Sequito, me llamarás?

-Sí, descuida, yo te llamaré a ese teléfono.

Doña Matilde llama a voces a sus huéspedes.

-¡Don Tesi! ¡Don Ventura! ¡La cena!

Cuando se encuentra con don Tesifonte, le dice,

-Para mañana he encargado hígado, ya veremos qué cara le pone.

El capitán ni la mira, va pensando en otras cosas.

-Sí, puede que tenga razón ese chico. Estándose aquí como un bobalicón, pocas conquistas se pueden hacer, esa es la verdad.

A doña Monserrat le han robado el bolso en la Reserva, ¡qué barbaridad!, ahora hay ladrones hasta en las iglesias! No llevaba más que tres pesetas y unas perras, pero el bolso estaba aún bastante bien, en bastante buen uso.

Se había entonado ya el Tantum ergo -que el irreverente de José María, el sobrino de doña Monserrat, cantaba con la música del himno alemán- y en los bancos no quedaban ya sino algunas señoras resagadas, dedicadas a sus particulares devociones.

Doña Monserrat medita sobre lo que acaba de leer, una hojita suelta que guarda en "Las visitas al Santísimo" de D. Andrés Manjón: "Este jueves, consagrado a San Luis Gonzaga, trae al alma fragancia de araucanas y también dulce sabor de lágrimas de contrición perfecta. En la inocencia fué Luis un ángel, en la penitencia emuló las austeridades de la Tebaida. Santa María Magdalena de Pazzi, durante el éxtasis en que Dios le mostró la gloria de Gonzaga en el Paraíso, exclamó..."

Doña Monserrat vuelve un poco la cabeza y el bolso ya no está.

Al principio no se dió mucha cuenta, todo en su imaginación eran mutaciones, apariciones y desapariciones.

En su casa, Julita guarda otra vez el cuaderno y, como los huéspedes de

Doña Visi eleva su mirada a las alturas. El cielo raso de la habitación tiene algunas manchas de humedad.

—La ilusión de toda mi vida, XXXXXXXXXXXXXXX [ilegible]

Doña Visi es en aquellos momentos la mujer más feliz de Madrid. Coge a la hija de la cintura —~~de una manera muy semejante a como la coge Ventura en casa de doña Celia~~— y la balancea como a un niño pequeño.

—A lo mejor XXXXXXXXXXXXXXX, [ilegible] chatita...

Las dos mujeres ríen, abrazadas, mimosas.

—¡Ay, ahora cómo deseo vivir!

Paginado en tinta: 73, en lápiz: 86. Marcada en rojo una frase en el centro de la página, junto a dos grandes borrones oscuros que no permiten leer el texto que había debajo. Se transcribe la frase censurada y unas cuantas más, anteriores y posteriores a la misma.

Este fragmento pertenece al capítulo V de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa.

Julita siente una sensación rara. A veces nota como un pesar, mientras que otras veces tiene que hacer esfuerzos para no sonreír [sic].

—La cabeza humana —piensa— es un aparato poco perfecto. ¡Si se pudiera leer como en un libro lo que pasa por dentro de las cabezas! No, no; es mejor que siga todo así, que no podamos leer nada, que nos entendamos los unos con los otros solo con lo que queramos decir, ¡qué e...! ¡Aunque sea mentira!

~~A julita [sic], de cuando en cuando, le gusta decir a solas algún taco.~~

~~Por la calle van cogidos de la mano, parecen un tío con una sobrina que saca de paseo.~~

~~La niña, al pasar por la portería, vuelve la cabeza para el otro lado. Va pensando y no ve el primer escalón.~~

~~—¡A ver si te desgracias!~~

~~—No.~~

~~Doña Celia les sale a abrir.~~

~~—¡Hola, don Francisco!~~

~~—¡Hola, amiga mía! Que pase la chica por ahí, quería hablar con usted.~~

~~—Muy bien. Pasa por aquí, hija, siéntate donde quieras.~~

~~La niña se sienta en el borde de una butaca forrada de verde. Tiene tre- [continúa en la página siguiente]~~

Paginado en tinta: 76, en lápiz: 89. Marcada en rojo casi toda la parte final de la página. Se subraya la parte censurada.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo V de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa.

-Pues mira, en veinte, te había dicho en veinticinco pero te lo dejo en veinte. A mí me costó quince y lleva ya en el estante cerca de un año. ¿Te hace en veinte?

-Venga, dáme un duro de vuelta.

Martín se lleva la mano al bolsillo. Se queda un instante parado, con las cejas fruncidas, como pensando. Saca el pañuelo que pone sobre las rodillas.

-Juraría que estabas aquí.

Martín se pone de pie.

-No me explico...

Busca en los bolsillos del pantalón, saca los forros fuera.

-¡Pues la he hecho buena!

-¿Qué te pasa?

-Nada, prefiero no pensarlo.

Mira en los bolsillos de la americana, saca la vieja, deshilachada cartera llena de tarjetas de amigos, de recortes de periódico.

-¡Lo que faltaba!

-¿Has perdido algo?

-Los cinco duros...

Julita siente una sensación rara. A veces nota como un pesar, mientras que otras veces tiene que hacer esfuerzos para no sonreír.

-La cabeza humana -piensa- es un aparato poco perfecto. ¡Si se pudiera leer como en un libro lo que pasa por dentro de las cabezas! Eso, no; es mejor que siga todo así, que no podamos leer nada, que nos entendamos los unos con los otros solo con lo que queramos decir, ~~que viva!~~ ¡Aunque sea mentira!

~~A julita, de cuando en cuando, le gusta decir esas cosas.~~

Por la calle van cogidos de la mano, parecen un tío con una sobrina que saca de paseo.

La niña, al pasar por la portería, vuelve la cabeza para el otro lado. Va pensando y no ve el primer escalón.

-¡A ver si te desgracias!

-No.

Doña Calia les sale a abrir.

-¡Hola, don Francisco!

-¡Hola, amiga mía! Que pase la chica por ahí, quería hablar con usted.

-Muy bien. Pasa por aquí, hija, siéntate donde quieras.

La niña se sienta en el borde de una butaca forrada de verde. Tiene tre-

[sigue de la página anterior] ce años y el pecho le apunta un poco, como una rosa pequeñita que vaya a abrir. Se llama Merceditas Olivar Vallejo, sus amigas le llaman Merche. La familia le desapareció con la guerra, unos muertos, otros emigrados. Merche vive con una cuñada de la abuela, una señora vieja llena de puntillas y pintada como una mona, que lleva peluquín y que se llama doña Carmen. En el barrio a doña Carmen la llaman, por mal nombre, «Pelo de muerta». Los chicos de la calla prefieren llamarla «Saltaprados».

Doña Carmen vendió a Merceditas por cien duros, se la compró don Francisco, el del consultorio.

Al hombre le dijo,

—¡Las primicias, don Francisco, las primicias! ¡Un clavelito!

Y a la niña,

—Mira, hija, don Francisco lo único que quiere es jugar, y además, ¡algún día tenía que ser! ¿No comprendes?

Paginado en tinta: 77, en lápiz: 90. Marcada en rojo la parte inicial de la página, casi hasta la mitad. Después viene un fragmento que ya no es censurado.

Este fragmento pertenece al capítulo V de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa.

ce años y el pecho le apunta un poco, como una rosa pequeñita que vaya a abrir. Se llama Mercedes Oliver Vallejo, sus amigas le llaman Merche. La familia le desapareció con la guerra, unos muertos, otros emigrados. Merche vive con una cuñada de la abuela, una señora vieja llena de puntillas y pintada como una mona, que lleva beluquín y que se llama doña Carmen. En el barrio a doña Carmen la llaman, por mal nombre, "Pelo de muerta". Los chicos de la calle prefieren llamarla "Saltaprados".

Doña Carmen vendió a Mercedes por cien duros, se la compró don Francisco, el del consultorio.

Al hombre le dijo,

-¡Las primicias, don Francisco, las primicias! ¡Un clavelito!

Y a la niña,

-Mira, hija, don Francisco lo único que quiere es jugar, y además, ¡algún día tenía que ser! ¿No comprendes?

La cena de la familia Moisés, fué alegre aquella noche. Doña Visi está radiante y Julita sonríe, casi ruborosa. La procesión va por dentro.

Don Roque y las otras dos hijas, están también contagiados, todavía sin saber por qué, de la alegría. Don Roque, en algunos momentos, piensa en aquello que le dijo Julita en las escaleras: "Pues... de la fotografía" y el tenedor le tiembla ligeramente en la mano; hasta que se le pasa, no se atreve a mirar a la hija.

.....

Ya en la cama, doña Visi tarda en dormirse, su cabeza no hace mas que dar vueltas alrededor de lo mismo.

-¿Sabes que a la niña le ha salido novio?

-¿A Julita?

-Sí, un estudiante de Notarías.

Don Roque da una vuelta entre las sábanas.

-Bueno, no eches las campanas a vuelo, tú eres muy aficionada a dar enseñanza tres cuartos al pregonero. Ya veremos en qué queda todo.

-¡Ay, hijo, tú siempre echándome jarros de agua fría!

Doña Visi se duerme llena de sueños felices. La vino a despertar, al cabo de las horas, la esquila de un convento de monjas pobres, tocando el alba.

Doña Visi tenía el ánimo dispuesto para ver en todo felices presagios, dichosos augurios, signos de bienaventuranza y de felicidad.

X

El jovencito del que antes, hace ya bastantes páginas, hablábamos, se llama Eugenio Montoro, tiene diez y siete años y se prepara para examen de Estado. Hace versos, por las tardes, en el Café de doña Rosa, a dónde [sic] suele ir a eso de las cinco para no marcharse hasta dadas ya las nueve y media. Se toma su corriente con leche, se fuma sus pitillos y se está callado, pensando en sus versos, sin meterse con nadie. Los dos poetas que más le gustan son Bécquer y Carrere, también le gusta Villaespesa y algo Rubén Darío, aunque lo encuentra poco íntimo.

El padre del chico se llamó don Adolfo y es viajante. Tiene un genio de mil demonios y nunca ha dicho, por lo menos a sus hijos, una sola palabra amable. A Eugenio le llama tonto, bestia y lila, según los días.

Viven encima de la mercería de Trini. La familia, a la hora del almuerzo, suele hablar a veces de Trini. Unos dicen que es muy hacendosa y trabajadora. Don Adolfo casi siempre calla, pero cuando habla es para decir que Trini, con esa cara no tiene más remedio que ser buena y hacendosa. A Eugenio la da un vuelco el corazón al oír decir estas cosas a su padre. Eugenio mira a la chica con una ternura profunda; si fuera algo más joven ya se le habría declarado, le hubiera enviado por correo un soneto que ya tenía hecho y que empezaba así: «No estás tan sola, Trinidad, te quiero – aunque mi amor por hoy sea imposible». Quiero lo hacía rimar con cielo, deseo y consuelo, e imposible con visible, terrible y audible; después venían los dos tercetos. El soneto se titulaba «A mi adorada» y estaba bastante bien. Uniendo las primeras letras de los versos se podía leer «Nadie ama como yo». Eugenio no se declaraba a la chica porque era algo mayor que él; el que no fuese muy agraciada no le importaba mucho, él sabía que Trini tenía otras bellezas más duraderas, incluso, que la de la cara.

Un día que estaba más inspirado, y también más valeroso, Eugenio trató de convencer a su familia.

—Vosotros no os dais cuenta, pero a mí estas tiendas pequeñas que se llaman «Trini» y que están limpias y cuidadas como una niña recién peinada, ¡me dan una pena!

El padre ni le contestó. Se limitó a decir, como pensando en alto,

—Este chico es tonto, no sé lo que va a ser de él el día que yo desaparezca.

X

Paginado a lápiz: 95. Texto manuscrito. A la izquierda, una A mayúscula en rojo rodeada de un círculo rojo. Este texto no está recogido en la edición impresa de *La colmena* a excepción de las frases finales (desde «Vosotros...» a «desaparezca», con variantes, en el capítulo V). Seguramente sería su germen.

[sigue de la página anterior: A Julita, allá en el fondo de su corazón, le remuerde un poco la conciencia. Las tardes en casa de doña Celia se le presentan de pronto, orladas de todas las maldiciones eternas.

Es sólo un momento, un mal momento; pronto vuelve a su ser. La] lagrimita que, por poco, se le cae mejilla abajo, puede ser contenida.

~~La muchacha se mete en su cuarto y saca de la comodita un cuaderno forrado de hule negro donde lleva unas extrañas cuentas. Busca un lápiz, anota unos números y sonríe ante el espejo, la boca fruncida, los ojos entornados, las manos en la nuca, sueltos los botones de la blusa.~~

Está guapa Julita, muy guapa. Guiña un ojo al espejo...

~~—Hoy llegó Ventura al empate.~~

Julita sonríe mientras el labio de abajo se le estremece; hasta la barbilla le tiembla un poquito.

~~—Joaquín, setenta y seis veces: mayo, junio, julio, agosto. Primera vez, ¡qué horror da, sólo pensarlo!, el 22 de mayo, Santa Rita, patrona de los imposibles; verdaderamente, pasé por momentos en los que parecía imposible que aquello saliera bien.~~

Julita tiene una graciosa cara de susto. Pronto se repone.

~~—Ventura, otras setenta y seis: setiembre, octubre, noviembre y lo que va de diciembre. La verdad es que no se hizo esperar demasiado.~~

Julita coge el lápiz de nuevo.

~~—Total, ciento cincuenta y dos veces, aquí está bien claro...~~

Tiene un momento de preocupación —«¡Qué horror! ¡Qué golfa!»— que dura tan poco como la alegría en casa del pobre.

Escribe aceleradamente, y luego piensa, con un dedo entre los dientes,

~~—Ciento cincuenta y dos veces por veinte centímetros, treinta metros y medio, ¡más que el pasillo de casa de tía Rosa! ¡Qué barbaridad!~~

La muchacha acaricia la suave media de gasa, le gusta mucho.

~~—Yo nací antes, seguramente, de que mamá llegara a los treinta metros...~~

Guarda su cuadernito, sopla un poco las tapas para quitarles el polvo.

~~—La verdad es que voy a una marcha que ya, ya...~~

Al tiempo de echar la llave, que lleva adornada con un lacito rosa, piensa, casi compungida,

~~—¡Este Ventura es insaciable!~~

Sin embargo —¡lo que son las cosas!— cuando va a salir de la alcoba, un chorro de optimismo le riega el alma.

~~—¡Es tan cachondo este repajolero catalán!~~

Paginado en tinta: 66, en lápiz: 100. Se reproducen las últimas líneas de la página anterior. El comienzo es igual que en la edición impresa de *La colmena*, así como el final. La parte central no se llegó a incluir nunca

(desde «Joaquín...» a «metros...»). Copio todo el fragmento y subrayo la parte tachada —a tinta oscura, no en rojo —).

Estos fragmentos pertenecen al capítulo V de *La colmena*, con obvias y numerosas variantes sobre la edición impresa.

lagrimita que, por poco, se le cae mejilla abajo, puede ser contentida.

La muchacha se mete en su cuarto y saca de la cómoda un cuaderno forrado de hule negro donde lleva unas extrañas cuentas. Busca un lápiz, anota unos números y sonrío ante el espejo, la boca fruncida, los ojos entornados, las manos en la nuca, susitos los botones de la blusa.

Está guapa Julita, muy guapa. Guifa un ojo al espejo...

~~Hay llegado Ventura al empate.~~

Julita sonrío mientras el labio de abajo se le ⁵extremece; hasta la barbilla le tiembla un poquito.

-~~¡Joaquín, setenta y seis veces: mayo, junio, julio, agosto. Primera vez, ¡qué horror! ¡sólo pensarlo!, el 22 de mayo, Santa Rita, patrona de los imposibles; verdaderamente, pasé por momentos en los que me parecía imposible que aquello saliera bien.~~

Julita tiene una graciosa cara de susto. Pronto se repona.

-Ventura, otras setenta y seis: setiembre, octubre, noviembre y lo que va de diciembre. La verdad es que no se hizo esperar demasiado.

Julita coge el lápiz de nuevo.

-Total, ciento cincuenta y dos veces, aquí está bien claro...

Tiene un momento de preocupación -"¡Qué horror! ¡Qué golfa!"- que dura tan poco como la alegría en casa del pobre.

Escribe aceleradamente, y luego piensa, con un dedo entre los dientes,

-Ciento cincuenta y dos veces por veinte centímetros, treinta metros y medio, ¡más que el pasillo de casa de tía Rosa! ¡Qué barbaridad!

La muchacha acaricia la suave media de gasa, le gusta mucho.

-Yo nací antes, seguramente, de que mamá llegara a los treinta metros...

Guarda su cuadernito, sopla un poco las tapas para quitarles el polvo.

-La verdad es que voy a una marcha que ya, ya...

Al tiempo de echar la llave, que lleva adornada con un lacete rosa, piensa, casi compungida,

-¡Este Ventura es insociable!

Sin embargo -¡lo que son las cosas!- cuando va a salir de la alcoba, un chorro de optimismo le riega el alma.

-¡Es tan cachondo este repajolero catalán!

X

Martín se despide de Nati Robles y va hacia el Café de donde le echaron el día anterior por no pagar.

-Me quedan ocho duros y pico -piensa-, yo no creo que sea robar comprarme unos pitillos y darle una lección a esa tía asquerosa del

Cuando Ventura va a salir, doña Celia le detiene.

—Espere un momento, han llamado.

Don Roque llega, viene algo pálido:

—¡Hola! ¿Ha venido la Lola?

—Sí, está en la alcoba de delante.

Don Roque dá [sic] dos ligeros golpes sobre la puerta.

—¿Quién?

—Yo.

—Pasa.

La criada lo espera de pie en el medio de la habitación, completamente desnuda. Tiene los muslos amplios y un ligero hilito de vello que le llega hasta el ombligo.

Paginado en tinta: 70, en lápiz: 104. La mitad superior de la página presenta dos tachaduras en negro de arriba abajo. La parte final del segundo fragmento —todo él tachado en tinta oscura— no aparece en la edición impresa de *La colmena*. La parte que no aparece en *La colmena* es la última frase: «La criada... ombligo».

Estos fragmentos pertenecen al capítulo V de *La colmena*, con variantes sobre la edición impresa.

-De... la fotografía. Y tú, ¿a dónde vas?
 -Pasa... a ver a un amigo enfermo, el pobre está muy malo.
 A la hija le cuesta trabajo pensar que el padre vaya a casa de doña Celia, el padre le pasa lo mismo.
 -No, ¡qué tonto soy! ¿A quién se le ocurre! -piensa don Roque.
 -Será cierto lo del amigo -piensa la niña-, papá tendrá sus planes pero, también sería mala uva que se viniera a meter aquí!

X

Quando Ventura va a salir, doña Celia le detiene.
 -Espere un momento, han llamado.
 Don Roque llega, viene algo pálido:
 -¡Hola! ¿Ha venido la Lola?
 -Sí, está en la ~~calle~~ de delante.
 Don Roque dá dos ligeros golpes sobre la puerta.
 -¿Quién?
 -Yo.
 -Pasa.
 [La criada la espera de pie en el medio de la habitación, completamente desnuda. Tiene los brazos amplios y un ligero hilite de vello que le llega hasta el ombligo.]

X

Ventura Aguado sigue hablando, casi elocuentemente, con el capitán.
 -Mire usted, yo tengo ahora un asunto bastante arregladito con una chica, cuyo nombre no hace al caso, que cuando la ví por primera vez pensé: "Aquí no hay nada que hacer". Fui hasta ella, por eso de que no se me quedase la pena de verla pasar sin trastearla, le dije tres cosas y le pagué dos verducos con gumbas, y ya ve usted, ahora la tengo como una corderita. Hace lo que yo quiero y no se atreve ni a levantar la voz. [La conocí en el Barceló el veintitantos de agosto pasado y, a la semana escasa, el día de mi cumpleaños, tras, al caer: Si me hubiera estado como un gilí viendo como la sacaban y como le metían mano los demás, a estas horas estaba como usted.]
 -Sí, eso está muy bien, pero a mí me da por pensar que eso no es más que cuestión de suerte.
 Ventura saltó en el asiento.
 -¿Suerte? ¡Ahí está el error! La suerte no existe, amigo mío, la suerte es como las mujeres, que se entregan a quienes la persiguen y no a quien las ve pasar por la calle sin decirles ni una palabra. Desde luego lo que no se puede es estar aquí metido todo el santo día como está usted, mirando para con usurera del niño lila y estudiando las en-

HISTORIA DE UNA FOTOGRAFÍA

Sentados en el sofá, Lola y don Roque hablan. Don Roque está con el abrigo puesto y el sombrero encima de las rodillas. Lola, desnuda, y con las piernas cruzadas. En la habitación arde un chubesqui, se está bastante caliente. Sobre la luna del armario se reflejan las dos figuras, hacen realmente una pareja extraña: don Roque de bufanda y con el gesto preocupado, Lola en cueros y de mal humor.

Don Roque está callado.

—Eso es todo.

Lola se rasca el ombligo y después se huele el dedo.

—¿Sabes lo que te digo?

—Qué.

—Pues que tu chica y yo no tenemos nada que echarnos en cara. Las dos podemos tratarnos de tú a tú.

Don Roque grita.

—¡Calla, te digo! ¡Que te calles!

—Pues [sic] me callo.

Los dos fuman. La Lola, gorda, desnuda y echando humo, parece una foca del Circo.

—Eso de la foto de la niña es como lo de tu amigo enfermo, ten cuidado no tengas que revelar la foto de Julita con permanganato^[12].

—¿Te quieres callar?

—¡Venga ya, hombre, venga ya, con tanto callar y tanta monserga! ¡Si parece que no tenéis ojos en la cara!

X

Ya dijimos, en otro lado, lo siguiente:

«Desde el marco dorado con purpurina, don Obdulio, enhiesto el bigote, dulce la mirada, protege, como un malévolo, picardeado diosecillo del amor, la clandestinidad que permite comer a su viuda».

Don Obdulio está a la derecha del armario, detrás de un macetero. A la izquierda, cuelga un retrato de la dueña, de joven, rodeada de perros lulús.

—Anda vístete, no estoy para nada.

—Bueno.

Lola piensa.

—La niña me la paga, ¡como hay Dios! ¡Vaya si me la paga!

Don Roque le pregunta.

—¿Sales tú antes?

—No, sal tú, yo mientras me iré vistiendo.

—Adiós, dame un beso.

—Tómalo, adiós.

Don Roque se va y Lola echa el pestillo de la puerta.

—Ahí donde está, nadie lo va a notar —piensa.

Descuelga a don Obdulio y lo guarda en el bolso. Se arregla el pelo un poco en el lavabo y enciende un tritón. Llama al timbre.

—¿Llamaba?

—Sí, doña Celia, espere que le abra.

La dueña la mira de arriba abajo.

—Pero qué golfa estás, Lola, así, paseando en pelota por la alcoba.

—¡Ya ve! Oiga, doña Celia, ¿quiere llamar a alguien de confianza? Yo no me voy así, a mí no me la juega ninguna niña litri.

—¿Qué dices?

—Pues que así no me voy, ¿me entiende?, que a mí no me la dá [sic] ninguna criatura. ¿Está claro?

—Pero ¿y don Roque?

—Con escrúpulos, el pobrecito. ¿Me busca alguien de confianza?

—¡Como no quieras que llame a «Pierrot»!

—¿El chucho? ¡Ande, no sea asquerosa!

Doña Celia pone el gesto grave.

—Yo te busco uno, el primero que llame a la puerta. Solo te pongo una condición.

—Cuál.

—Que me dejes mirar.

—¡Por mí!

X

En casa Julita, al día siguiente, llaman a la puerta a eso de la una de la tarde. Sale a abrir Tica, la criada. Es vieja y sucia y se llama Escolástica.

—Señora, una carta.

Doña Visi coge el sobre, que dice: «Señorita Julia Moisés, calle de Hartzzenbusch 57, Madrid».

—¿Qué será? Parece cartón...

Doña Visi mira al trasluz, no se ve nada.

—¡Qué curiosidad tengo!

Doña Visi piensa que la hija ya no tardará que pronto ha de salir de dudas. Sigue cosiendo.

—¿Qué podrá ser?

Vuelve a coger el sobre, color paja y algo más grande que los corrientes, vuelve a mirarlo por todas partes, vuelve a palparlo.

—Qué tonta soy... ¡La foto de la chica!

La mujer rasga el sobre y don Obdulio cae sobre el costurero. Por más que lo mira y por más vueltas que le da...

X

El timbre de la calle suena en la casa de doña Celia.

—Espere un poco.

Doña Celia va a la puerta.

—¿Quieren ajos?

—Aguarde voy a ver. Pase aquí, no se quede ahí fuera.

—Con permiso.

Doña Celia vuelve a la alcoba de delante.

—¡Ya hay uno!

—¿Quién?

—Un muchacho que vende ajos.

—¿Cómo es?

—No está mal, pero huele que apesta.

—Eso no importa, páselo usted.

Doña Celia titubea.

—Pero, ¿vas a estar así?

Revuelve en el armario y saca una bata.

—Anda, ponte esto, será mejor.

Lola se pone la bata y se mira en el espejo, está bastante bien. Doña Celia vá [sic] por el hombre de los ajos.

—Pase por aquí, la señorita quiere hablarle.

El hombre sigue a la mujer por el pasillo.

—Aquí está, señorita, ¿quiere usted algo?

—Nada muchas gracias, puede usted retirarse.

Doña Celia se queda detrás de las cortinas y cierra la puerta. El hombre está de pie, muy azarado, con las largas ristas de ajos colgándole de los hombros.

—¿De modo que vende ajos?

—Sí, señorita, ¡algo hay que hacer!

Lola busca qué decir.

—¡Claro, hombre, claro, naturalmente!

Mira para las cortinas que guardan a doña Celia, no se ve nada.

—¿Cómo te llamas?

—Julián, señorita, Julián Flores, para servirle.

—Muy bien.

Lola fija la vista en el techo.

—¿Un pitillo?

—Gracias, señorita, para luego.

—No, hombre, para ahora.

Lola lo mira con la cabeza echada hacia atrás y los ojos entornados. Las criadas,

cuando salen algo frescas, tienen un instinto tremendo.

—Luego tendrás otras cosas...

El hombre está pálido, se pasa la mano por la frente. Lo sabe lo que hacer y sonrío como un bobo. Es joven y hasta con cierto encanto, pero tiene la voz atiplada como un niño pequeño.

—Siéntate aquí.

—Pero...

—¿Es que te doy miedo? Anda y no seas tonto, nadie nos ve.

—Es que...

—Siéntate y calla. Escucha.

—Usted dirá.

—¿Tienes novia?

—No, señorita.

—¿Y eso?

—¡Pues ya ve usted, señorita!

—¿Y no la buscas?

—No, señorita, tampoco la busco ¿para qué?

—Pués [sic] hombre, para... ¡Qué sé yo! ¡Para salir con ella de paseo!

El hombre, en la butaca, está aún más azarado que de pie. A Lola se le ven las piernas hasta el muslo.

—Oye, acércate, te quiero decir un secreto.

El hombre se acerca con timidez. Lola le coge la cabeza y le habla al oído.

—¿Quieres... entrar?

El vendedor de ajos se echa atrás en el asiento.

—No, señorita, usted perdone, es que a mí...

—¿A tí [sic], qué?

—Pues... ¡Que no me gusta!

Lola se levanta como una furia. Tiene el pelo revuelto y los ojos le echan fuego. Se quita la bata y se queda plantada igual que una estatua, desnuda como su madre la echó al mundo.

—¡Anda de ahí! ¡Cerdo! ¡Marica!

El hombre se levanta también, está demudado.

—¡Por favor, señorita!

—¡Golfo! ¡Lila!

La mujer se lanza sobre él y lo derriba sobre el sofá. El hombre cae, ella tiene una fuerza tremenda. La cortina de doña Celia se mueve ligeramente. Las ristas de ajos ruedan por la alfombra, el hombre y la mujer también.

Lola le muerde la boca, le hace sangre. El otro se defiende.

—¡Déjeme! ¡Déjeme!

—No te dejes. ¡No me da la gana!

La mujer desnuda cabalga al hombre vestido que forcejea inútilmente, lo baba, lo

cubre de besos, le muerde la garganta.

Lola le salta de un tirón todos los botones de la bragueta. El vendedor jadea como un cerdo castrado, con los ojos en blanco, caído de espaldas.

—¡Golfo!

Lola descubre el sexo del hombre, pequeño y blando como el de una criatura.

—¿Te da gusto, dí [sic], marrano, te da gusto?

—¡Déjeme! ¡Déjeme!

El hombre habla con un hilo de voz, le tiembla todo el cuerpo, se estremece, se contorsiona. Respira violentamente con los ojos cerrados, la boca abierta y seca, la cabeza caída. Un temblor más fuerte le recorre el espinazo. Se queja, dice entre dientes algo que no se entiende, y se queda como muerto. Un sudor muy líquido le mana de la frente.

La mujer lo suelta y se tira sobre la cama, boca arriba, con los muslos muy separados, cogiéndose la entrepierna con las manos. Doña Celia sale, desnuda, de detrás de la cortina y se echa sobre Lola, le lame todo el cuerpo. Lola la deja hacer. Se tapa la cabeza con la almoaha [sic] y se mete un dedo por el culo. Sobre la habitación flota el respirar de las dos mujeres: el de Lola, agotado, ansioso el de doña Celia, que ha caído sobre los baldosines haciéndose una paja.

El hombre de los ajos, sucio, derrotado, con la cara sangrante y la ropa rasgada, gime tirado en el suelo.

«Pierrot» araña la puerta de la alcoba, nadie le hace caso.

X

... doña Visi no sale de su asombro.

—¿Quién será este tío?

Cuando Julita llega, la madre le sale al paso.

—Mira, Julita, hija, has tenido una carta. La he abierto porque ví [sic] que era una foto, creí que sería la tuya.

—¿Dónde está?

—Tómala, debe ser una broma.

Julita ve la foto y se queda blanca.

—Sí, ¡una broma de muy mal gusto!

—¿Lo conoces?

—No, ¿de qué le [sic] voy a conocer?

Julita guarda a don Obdulio y un papel que lo acompaña donde, con torpe letra de criada se leía: «¿Conoces a éste?».

X

También al día siguiente del robo de la foto, Ventura se encontró en la calle de Luchana con doña Celia.

—¡Adiós, doña Celia!

—¡Adiós, señor Aguado! Hombre, ¡a propósito! Me alegro de haberlo encontrado, tenía algo que decirle.

—¿A mí?

—Sí, algo que le interesa. Yo pierdo un buen cliente pero, ya sabe usted, a la fuerza ahorcan, no hay más remedio. Tengo que decírselo a usted, no quiero líos: por casa va el padre de la chica.

—¿Sí?

—Como lo oye.

—Pero...

—Nada, ¡como lo oye! ¡Andese [sic] con ojo!

—Sí, sí. Bueno... ¡Muchas gracias!

X

Cuando Julita ve a Ventura le dice,

—Mira lo que he recibido por Correo.

—¡El muerto!

—El mismo.

Ventura está un momento callado, con cara de conspirador.

—Oye, ¿sabes lo que te digo?

—Qué.

—Pues que va a ser mejor cambiar de nido, buscar otra guarida.

—Dámela, ya sé yo lo que voy a hacer con ella.

Ventura se guarda la foto.

—Eso pienso yo. Ayer me encontré a mi padre en la escalera.

—¿Te vió [sic]?

—¡Claro!

—¿Y qué le dijiste?

—Que venía de sacarme una foto.

Ventura se quedó pensativo.

—¿Has notado algo en tu casa?

—No, nada.

X

Ventura ha terminado su breve carta y pone el sobre: «Señor Don Roque Moisés, calle de Hartzzenbusch 57, Interior»

La carta, escrita a máquina, dice así:

«Muy señor mío: Ahí le mando la foto que en el valle de Josafat podrá hablar contra usted. Andese [sic] con tiento y no juegue, pudiera ser peligroso. Cien ojos le espían y más de una mano no titubearía en apretarle el pescuezo. Guárdese, ya

sabemos por quienes [sic] votó usted en el 36»

La carta iba sin firma.

Cuando don Roque la recibe se queda sin aliento. A don Obdulio no lo recuerda, pero la carta le encoge el ánimo.

—Esto debe ser obra de los masones —piensa—, la foto es para despistar. ¿Quién será este desgraciado?

Paginado en tinta: 81-87, en lápiz: 115-121. Se trata de la famosa «Historia de una fotografía», con cuatro versiones de la misma. De las cuatro, la primera es más completa, cruda y violentamente sexual. Sin embargo, las otras tres, muy recortadas, pacatas y similares a la versión final, la aparecida en la edición impresa, aunque en esta los fragmentos aparecen dispersos a lo largo del capítulo V, no van seguidos, como los encontramos aquí, presentan una variante muy interesante: los protagonistas de «Historia de una fotografía» no son sino personajes de una narración que Pablo Sobrino relata a instancias de don Ibrahim. Esto aparece en las otras tres versiones — que no en *La colmena* tal y como la conocemos—. Desde mi punto de vista habría que publicar la primera versión de «Historia de una fotografía» y añadir, en nota al pie, el marco narrativo que imagina Cela a fin de otorgarle un mayor halo de ficción. Nótese que esta «Historia de una fotografía», cuando Cela la recorta pasa a titularla «Breve historia de una fotografía».

Estos fragmentos, desordenados y dispersos, pertenecen al capítulo V de *La colmena*, con obvias y numerosas variantes sobre la edición impresa.

Don Roque le pregunta.

-¿Sales tú antes?

-No, sal tú, yo mientras me iré vistiendo.

-Adiós, dame un beso.

-Tómalo, adiós.

Don Roque se va y Lola echa el pestillo de la puerta.

-Ahí donde está, nadie lo va a notar -piensa.

Descuelga a don Obdulio y lo guarda en el bolso. Se arregla el pelo un poco en el lavabo y enciende un tritón. Llama al timbre.

-¿Llamaba?

-Sí, doña Celia, espere que la abre.

La dueña la mira de arriba abajo.

-Pero qué golfa estás, Lola, así, paseando en pelota por la alcaoba.

-¡Ya ve! Oiga doña Celia, ¿quiere llamar a alguien de confianza? Yo no me voy así, a mí no me la juega ninguna niña litri.

-¿Qué dices?

-Pues que así no me voy, ¿me entiende?, que a mí no me la dé ninguna criatura. ¿Está claro?

-Pero, ¿y don Roque?

-Con escrúpulos, el pobrecito. ¿Me busca alguien de confianza?

-¡Como no quieras que llame a ¡Pierrot!

-¿El chuchó? ¡Ande, no sea asquerosa!

Doña Celia pone el gesto grave.

-Yo te busco uno, al primero que llame a la puerta. Solo te pongo una condición.

-Cuál.

-Que me dejes mirar.

-¡Por mí!

X

En casa Julita, al día siguiente, llaman a la puerta a eso de la una de la tarde. Sale a abrir Tica, la criada. Es vieja y sucia y se llama Escolástica.

-Señora, una carta.

Doña Visi coge el sobre, que dice: "Señorita Julia Moisés, calle de Hartsenbusch 57, Madrid"

-¿Que será? Parece cartón...

Doña Visi mira al trasluz, no se ve nada.

-¿Qué curiosidad tengo!

"Doña Visi piensa que la hija ya no tardará, que pronto ha de salir de dudas. Sigue cosiendo.

-¿Qué podrá ser?

Vuelve a coger el sobre, color paja y algo más grande que los corrientes, vuelve a mirarlo por todas partes, vuelve a palparlo.
 -¿Qué tonta soy... ~~Da foto de la chica!~~
 La mujer rasga el sobre y don Obdulio cae sobre el costurero. Por más que lo mira y por más vueltas que le da...

X

El timbre de la calle suena en casa de doña Celia.
 -Espere un poco.
 Doña Celia va a la puerta.
 -¿Quieren ajos?
 -Aguarde voy a ver. Pase aquí, no se quede ahí fuera.
 -Con permiso.
 Doña Celia vuelve a la alcoba de delante.
 -¡Ya hay uno!
 -¿Quién?
 -Un muchacho que vende ajos.
 -¿Cómo es?
 -No está mal, pero huele que apesta.
 -Eso no importa, páselo usted.
 Doña Celia titubea.
 -Pero, ¿vas a estar así?
 Revuelve en el armario y saca una bata.
 -Anda, ponte esto, será mejor.
 Lola se pone la bata y se mira en el espejo, está bastante bien.
 Doña Celia vá por el hombre de los ajos.
 -Pase por aquí, la señorita quiere hablarle.
 El hombre sigue a la mujer por el pasillo.
 -Aquí está, señorita, ¿quiere usted algo?
 -Nada muchas gracias, puede usted retirarse.
 Doña Celia se queda detrás de las cortinas y cierra la puerta. El hombre está de pie, muy azarado, con las largas ristas de ajos colgándole de los hombros.
 -¿De modo que vende ajos?
 -Sí, señorita, ¡algo hay que hacer!
 Lola busca qué decir.
 -¡Claro, hombre, claro, naturalmente!
 Mira para las cortinas que guarda doña Celia, no se ve nada.
 -¿Cómo te llamas?
 -Julián, señorita, Julián Flores, para servirle.
 -Muy bien.
 Lola fija la vista en el techo.
 -¿Un pitillo?
 -Gracias, señorita, para luego.

-No, hombre, para ahora.

Lola lo mira con la cabeza echada hacia atrás y los ojos entornados. Las caídas, cuando salen algo frescas, tienen un instinto tremendo.

-Luego tendrás otras cosas...

El hombre está pálido, se pasa una mano por la frente. No sabe lo que hacer y sonríe como un bobo. Es joven y hasta con cierto encanto, pero tiene la voz atiplada como un niño pequeño.

-Siéntate aquí.

-Pero...

-¿Es que te doy miedo? Anda y no seas tonto, nadie nos ve.

-Es que...

-Siéntate y calla. Escucha.

-Usted dirá.

-¿Tienes novia?

-No, señorita.

-¿Y eso?

-¡Pues ya ve usted, señorita!

-¿Y no la buscas?

-No, señorita, tampoco la busco ¿para qué?

-Pues hombre, para... ¡qué se yo! ¡Para salir con ella de paseo!

El hombre, en la butaca, está aún más azarado que de pie. A Lola se le ven las piernas hasta el muslo.

-Oye, acércate, te quiero decir un secreto.

El hombre se acerca con timidez. Lola le coge la cabeza y le habla al oído.

-¿Quieres... entrar?

El vendedor de ajos se echa atrás en el asiento.

-No, señorita, usted perdona, es que a mí...

-¿A tí, qué?

-Pues... ¡que no me gusta!

Lola se levanta como una furia. Tiene el pelo revuelto y los ojos le echan fuego. Se quita la bata y se queda plantada igual que una estatua, desnuda como su madre la echó al mundo.

-¡Anda de ahí! ¡Cerdo! ¡Marica!

El hombre se levanta también, está demudado.

-¡Por favor, señorita!

-¡Golfo! ¡Idia!

La mujer se lanza sobre él y lo derriba sobre el sofá. El hombre cae, ella tiene una fuerza tremenda. La cortina de doña Celia se mueve ligeramente. Las ristas de ajos ruedan por la alfombra, el hombre y la mujer también.

Lola le muerde la boca, le hace sangre. El otro se defiende.

-¡Déjeme! ¡Déjeme!

-No te dejes, ¡No se da la gana!

La mujer desnuda cabalga al hombre vestido que forcejea inútilmente, lo babea, lo cubre de besos, le muerde la garganta.

Lola le salta de un tirón todos los botones de la braguita. El vendedor jadea como un cerdo castrado, con los ojos en blanco, caído de espaldas.

-¡Golfo!

Lola descubre el sexo del hombre, pequeño y blando como el de una criatura.

-¿Te dà gusto, dí, marrano, te dà gusto?

-¡Déjeme! ¡Déjeme!

El hombre habla con un hilo de voz, le tiembla todo el cuerpo, se estremece, se contorsiona. Respira violentamente con los ojos cerrados, la boca abierta y seca, la cabeza caída. Un temblor más fuerte le recorre el espinazo. Se queja, dice entre dientes algo que no se entiende, y se queda como muerto. Un sudor muy líquido le mana de la frente.

La mujer lo suelta y se tira sobre la cama, boca arriba, con los muslos muy separados, cogiéndose la entrepierna con las manos. Doña Celia sale, deamuda, de detrás de la cortina y se echa sobre Lola, le lame todo el cuerpo. Lola la deja hacer. Se tapa la cabeza con la almoha y se mete un dedo por el culo. Sobre la habitación flota el respirar de las dos mujeres: el de Lola, agotado, ansioso el de doña Celia, que ha caído sobre los baldosines haciéndose una paja.

El hombre de los ajos, sucio, derrotado, con la cara sangrante y la ropa rasgada, gime tirado en el suelo.

"Pierrot" araña la puerta de la alcoba, nadie le hace caso.

X

... doña Visi no sale de su asombro.

-¿Quién será este tío?

Cuando Julita llega, la madre le sale al paso.

-Mira, Julita, hija, has tenido una carta. La he abierto porque ví que era una foto, creí que sería ^{la} tuya.

-¿Dónde está?

-Tómala, debe ser una broma.

Julita ve la foto y se queda blanca.

-Sí, ¡una broma de muy mal gusto!

-¿Lo conoces?

-No, ¿de qué le voy a conocer?

Julita guarda a don Obdulio y un papel que lo acompañaba donde, con torpe letra de criada se leía: "¿Conoces a éste?".

X

También al día siguiente del robo de la foto, Ventura se encontró en la calle de Luchana con doña Celia.

-¡Adiós doña Celia!

-¡Adiós, señor Aguado! Hombre, ¡a propósito! Me alegro de haberlo encontrado, tenía algo que decirle.

-¿A mí?

-Sí, algo que le interesa. Yo pierdo un buen cliente pero, ya sabe usted, a la fuerza ahorcan, no hay más remedio. Tengo que decirse-lo a usted, no quiero líos: por casa va el padre de la chica.

-¿Sí?

-Como lo oye.

-Pero...

-Nada, ¡como lo oye! ¡Andese con ojo!

-Sí, sí. Bueno... ¡Muchas gracias!

X

Quando Julita ve a Ventura le dice,

-Mira lo que he recibido por Correo.

-¡El muerto!

-El mismo.

Ventura está un momento callado, con cara de conspirador.

3 -Oye, ¿sabes lo que te digo?

4 -~~ay.~~

5 -Pues que va a ser mejor cambiar de nido, buscar otra guarida.

1 -Dárgela, ya sé yo lo que hacer con ella.

2 -~~Ventura le guarda la foto~~

2 -Eso pienso yo. Ayer me encontré a mi padre en la escalera.

-¿Te vió?

-¡Claro!

-¿Y que le dijiste?

-Que venía de sacarme una foto.

Ventura ~~de~~ quedó pensativo.

-¿Has notado algo en tu casa?

-No, nada.

X

Ventura ha terminado su breve carta y pone el sobre: "Señor Don Roque Moisés, calle de Hartzembusch 57, Interior"

La carta, escrita a máquina, dice así:

"Muy señor mío: Ahí le mando la foto que en el valle de Josafat podrá hablar contra usted. Andese con tiento y no juegue, pudiera ser peligroso. Cien ojos le espían y más de una mano no titubearía en apretarle el pescuezo. Guárdese, ya sabemos por quienes votó usted en el

36"

La carta iba sin firma.

Quando don Roque la recibe se queda sin aliento. A don Obdulio no

no lo recuerda, pero la carta le encoge el ánimo.

-Esto debe ser obra de los masones -piensa-, la foto es para despistar. ¿Quién será este desgraciado?

BREVE HISTORIA DE UNA FOTOGRAFÍA

~~A don Ibrahim de Ostoleza y Bofarull, funcionario de Gobernación, jubilado, se le alegraban las barbas cuando el autor de este disparatado cuento, Pablo Sobrino, le leía las andanzas, correo arriba y correo abajo, de la foto del pobre don Obdulio.~~

~~Don Ibrahim, sujetándose la barriga con las dos manos, reía a carcajadas.~~

~~—¡El diablo! ¡El mismísimo diablo!~~

~~Pablo Sobrino le aseguraba,~~

~~—Pues le advierto a usted que es la pura verdad...~~

~~—Anda, ¡júralo!~~

~~—No, eso no, ¿para qué? Le puedo traer testigos.~~

~~—¡Anda allá, embustero!~~

~~—¡Como lo oye! Y no uno, ni dos, sino docenas enteras de testigos.~~

~~Don Ibrahim seguía riendo entre hipos, sollozos y toses.~~

~~Cuando Pablo Sobrino se lo contaba a sus amigos, les decía,~~

~~—Pues el don Ibrahim, ahí donde lo veis, con sus barbazas y su pinta de diputado, puesto en trance es la mismísima monda ¡Como lo oís!~~

~~Don Ibrahim, cuando se reponía un poco, decía a Pablo Sobrino, que en el fondo era un vaina:~~

~~—Anda, léelo otra vez.~~

~~—Para eso estoy.~~

~~Pablo Sobrino tendría sus defectos, pero lo cierto es que era complaciente y respetuoso con la vejez.~~

Sentados en el sofá, Lola y don Roque hablan, don Roque está con el abrigo puesto y el sombrero encima de las rodillas [...]

[...]

—Esto debe ser obra de los masones —piensa—, la foto es para despistar. ¿Quién será este desgraciado?

~~¡Pues también era bruto el tal don Roque! —decía don Ibrahim, cada vez que Pablo Sobrino le contaba la historia.~~

Paginado en tinta: 78, en lápiz: 122. En la parte superior de la página se indica, a lápiz y subrayado: «Nueva versión». Se trata de la «Breve historia de una fotografía», pero encuadrada en el marco narrativo de don Ibrahim y Pablo Sobrino, al principio y al final de la «Breve historia...». Curiosamente, todo este marco narrativo aparece mecanografiado subrayado por Cela, lo cual implicaría que, en el caso de que se publicase, esta introducción iría en cursiva, para diferenciarla de la narración, que aparece mecanografiada sin subrayar.

Me limitaré a transcribir —subrayando el texto, para que se advierta la diferencia— el marco narrativo de

don Ibrahim y Pablo Sobrino, al principio y al final de la «Breve historia...».

BREVE HISTORIA DE UNA FOTOGRAFÍA

A don Ibrahim de Ostolaza y Mofarall, funcionario de Gobernación, jubilado, se le alegraban las barbas cuando el autor de este disparatado cuento, Pablo Sobrino, le leía las andanzas, correo arriba y correo abajo, de la foto del sobre don Abdaló.

Don Ibrahim, quitándose la barriga con los dos puños, reía a carcajadas.

-¡El diablo! ¡El mismísimo diablo!

Pablo Sobrino le aseguraba,

-Pues le advierto a usted que es la pura verdad...

-Anda, líbralo!

-No, eso no, ¿para qué? Le puedo traer testigos.

-¡Anda allá, embustero!

-¡Como lo ovej y no uno, ni dos, sino docenas enteras de testigos.

Don Ibrahim seguía riendo entre hijos, volterras y ^{torcas}.

Quando Pablo Sobrino se lo contaba a sus amigos, les decía,

-Pues al don Ibrahim, así donde lo veis, con sus barbas y su cinta de diputado, puesto en trance en la mismísima ronda ¡como lo oje!

Don Ibrahim, cuando se raponía un poco, decía a Pablo Sobrino, que en el fondo era un veina.

-Anda, líbralo otra vez.

-Para eso estoy.

Pablo Sobrino tendría sus defectos, pero lo cierto es que era complaciente y respetuoso con la veina.

Sentados en el sofá, Lola y don Roque hablan, Don Roque está con el abrigo puesto y el sacbrero encima de las rodillas. Lola, con cara de pocos amigos. En la habitación arde un chubesquí, se está bastante caliente. Sobre la luna del armario se reflejan las dos figuras, hacen realmente una pareja extraña: don Roque de bufanda y con el gesto preocupado, Lola en bata y con aire de perro.

Don Roque está callado.

-Eso es todo.

Lola le mira con cierto cinismo, las cejas en arco, la frente arrugada.

-¿Sabes lo que te digo?

-Que.

-Pues que tu hija y yo no tenemos nada que echarnos en cara, los dos podemos tratarnos de tú a tú.

CAPÍTULO VI

La mañana.

Entre sueños, Martín oye la vida de la ciudad despierta. Se está agusto [sic] escuchando, desde debajo de las sábanas, con una mujer viva al lado, los ruidos de la ciudad, su alborotador latido: los carros de los traperos que bajan de Fuencarral y de Chamartín, que suben de las Ventas y de las Injurias, que vienen desde el triste, desolado paisaje del cementerio y que pasaron —caminando desde hace ya varias horas bajo el frío— al lento, entristecido remolque de un flaco caballo, de un burro gris y como preocupado. Y las voces de las vendedoras que madrugan, que van a levantar sus puestecillos de frutas en la calle del General Porlier. Y las lejanas, inciertas primeras bocinas. Y los gritos de los niños que van al colegio, con la cartera al hombro y la tierna^[13], olorosa merienda en el bolsillo...

En la casa, el trajín más próximo suena, amorosamente, dentro de la cabeza de Martín. Doña Jesusa, la madrugadora doña Jesusa, que después de comer duerme la siesta, para compensar, dispone la labor de las asistentas, viejas golfas en declive, las unas, amorosas, dulcísimas, domésticas madres de familia, las más. Doña Jesusa tiene por las mañanas siete asistentas. Sus dos criadas duermen hasta la hora del almuerzo, hasta las dos de la tarde, en la cama que pueden, en el lecho misterioso que más temprano se vació, quién sabe si como una tumba, dejando prisionero entre los hierros de la cabecera todo un hondo mar de desdicha, guardando entre la crin de su colchón el aullido del joven esposo que por primera vez, casi sin darse cuenta, engañó a su mujer, que era una muchacha encantadora, con cualquier furcia llena de granos: a su mujer que le esperaba de pié [sic], como todas las noches, haciendo calceta al casi muerto fuego del brasero.

Doña Jesusa, que es el orden en persona, reparte el trabajo entre sus asistentas. En casa de doña Jesusa se lava la ropa de cama todos los días; cada cama tiene dos juegos completos que, a veces, cuando algún cliente les hace, incluso a propósito, que de todo hay, algún jirón, se repasan con todo cuidado. Ahora no hay ropa de cama; se encuentran sábanas y tela para almohadas en el Rastro, pero a unos precios imposibles.

Doña Jesusa tiene cinco lavanderas y dos planchadoras desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde. Ganan tres pesetas cada una, pero el trabajo no mata. Las planchadoras tienen las manos más finas y se dan brillantina en el pelo, no se resignan a pasar. Están delicadas de salud y tempranamente envejecidas. Las dos se echaron, casi niñas, a la vida, y ninguna de las dos supo ahorrar. Ahora les toca pagar las consecuencias. Cantan, como las cigarras, mien- [continúa en la página siguiente]

Paginado en tinta: 85, en lápiz: 137 (aunque también aparece otra numeración a lápiz: «83, 84 y»). La página viene marcada con una enorme cruz roja que cubre todo el texto.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo VI de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa.

CAPITULO VI

La mañana.

Entre sueños, Martín oye la vida de la ciudad despierta. De está agusto escuchando, desde debajo de las sábanas, con una mujer viva al lado, los ruidos de la ciudad, su alborotador latido: los carros de los traperos que bajan de Fuencarral y de Chasmartín, que suben de las Ventas y de las Injurias, que vienen desde el triste, desolado paisaje del cementerio y que pasaron -caminando desde hace ya varias horas bajo el frío- al lento, entristecido remolque de un flaco caballo, de un burro gris y como preocupado. Y las voces de las vendedoras que madrugan, que van a levantar sus puestecillos de frutas en la calle del General Forlier. Y las lejanas, inciertas primeras bocinas. Y los gritos de los niños que van al colegio, con la cartera al hombro y la tierra, olorosa merienda en el bolsillo...

En la casa, el trajín más próximo suena, amorosamente, dentro de la cabeza de Martín. Doña Jesusa, la madrugadora doña Jesusa, que después de comer duerme la siesta, para compensar, dispone la labor de las asistentas, viejas golfas en declive, las unas, amorosas, dulcísimas, domésticas madres de familia, las más. Doña Jesusa tiene por las mañanas siete asistentas. Sus dos criadas duermen hasta la hora del almuerzo, hasta las dos de la tarde, en la cama que pueden, en el lecho misterioso que más temprano se vació, quién sabe si como una tumba, dejando prisionero entre los hierros de la cabecera todo un hondo mar de desdicha, guardando entre la orin de su colchón el aullido del joven esposo que por primera vez, sin casi darse cuenta, engañó a su mujer, que era una muchacha encantadora, con cualquier furcia llena de granos: a su mujer que le esperaba de pié, como todas las noches, haciendo calceta al casi muerto fuego del brasero.

Doña Jesusa, que es el orden en persona, reparte el trabajo entre sus asistentas. En casa de doña Jesusa se lava la ropa de cama todos los días; cada cama tiene dos juegos completos que, a veces, cuando algún cliente los hace, incluso a propósito, que de todo hay, algún jirón, se repasan con todo cuidado. Ahora no hay ropa de cama; se encuentran sábanas y tela para almohadas en el Rastro, pero a unos precios imposibles.

Doña Jesusa tiene cinco lavanderas y dos planchadoras desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde. Ganan tres pesetas cada una, pero el trabajo no mata. Las planchadoras tienen las manos más finas y se dan brillantina en el pelo, no se resignan a pasar. Están delicadas de salud y tempranamente envejecidas. Las dos se echaron, casi niñas, a la vida, y ninguna de las dos supo ahorrar. Ahora les toca pagar las consecuencias. Cantan, como la cigarre, mien

[sigue de la página anterior] tras trabajar, y beben sin tino, como sargentos de Caballería.

Una se llama Margarita. Es hija de un hombre que en vida fué [sic] baulero en la Estación de las Delicias y a los quince años tuvo un novio que se llamaba José, ella no sabe más. Era un bailón de los merenderos de la Bombilla; la llevó un domingo al monte del Pardo y después la dejó. Margarita empezó a golfear y acabó con un bolso por los bares de Antón Martín. Lo que vino después es ya muy vulgar, aún más vulgar todavía.

La otra se llama Dorita. La perdió un seminarista de su pueblo, en unas vacaciones. El seminarista, que ya murió, se llamaba Cojoncio Alba. El nombre había sido una broma pesada de su padre, que era muy bruto. Se apostó con los amigos a que llamaba Cojoncio al hijo, y ganó la apuesta. El día del bautizo del niño su padre, don Estanislao Alba, y sus amigos engancharon una borrachera tremenda. Daban mueras al Rey y vivas a la República Federal. La pobre madre, doña Conchita Ibáñez, que era una santa, lloraba y no hacía más que decir,

—¡Ay, qué desgracia! ¡Mi marido embriagado en un día tan feliz!

Al cabo de los años, en los aniversarios del bautizo, todavía se lamentaba,

—¡Ay, qué desgracia, qué desgracia! ¡Mi marido embriagado en tal día como hoy!

El seminarista, XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX [ilegible], la llevó, XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX (ilegible), hasta el Curueño y allí en un prado pasó todo lo que tenía que pasar. Dorita y el seminarista eran los dos de Valdeteja, por la provincia de León. La chica, cuando lo acompañaba, tenía el presentimiento de que no iba a nada bueno, pero se dejaba llevar.

Dorita tuvo un hijo y el seminarista, en otro permiso en que volvió por el pueblo, no quiso ni verla.

—Es una mala mujer —decía— un engendro del Enemigo, capaz de perder con sus arteras mañas al hombre más templado. ¡Apartemos la vista de ella!

A Dorita la echaron de su casa y anduvo una temporada vagando por los pueblos, con el niño colgado de los pechos. La criatura fué [sic] a morir una noche en unas cuevas que hay a orillas del Burejo, en la provincia de Palencia. La madre no dijo nada a nadie; le colgó unas piedras y lo tiró al río, a que se lo comieran las truchas. Después, cuando ya no había remedio, se echó a llorar y estuvo cinco días metida en la cueva, sin ver a nadie y sin comer.

Dorita tenía diez y seis años y un triste aire y soñador de perro sin dueño, de bestia errabunda. [continúa en la página siguiente]

Paginado en tinta: 86, en lápiz: 138. La página viene marcada por enormes trazos rojos que cubren todo el texto, de arriba abajo.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo VI de *La colmena*, con muy ligeras variantes sobre la edición

impresa.

[sigue de la página anterior] Anduvo algún tiempo tirada —como un mueble desportillado— por los burdeles de Valladolid y de Salamanca, hasta que ahorró para el viaje y se vino a la capital. Aquí estuvo en una casa de la calle de la Madera, bajando, a la izquierda, que le llamaban la Sociedad de las Naciones porque había mucha extranjera: francesas, polacas, italianas, una rusa, alguna portuguesa morena y bigotuda, pero sobre todo francesas, muchas francesas: fuertes alsacianas con aire de vaqueras, honestas normandas que se echaron a la vida para ahorrar para el traje de novias, enfermizas parisinas —algunas con un pasado esplendoroso— que despreciaban profundamente al chofer, al comerciante que sacaba sus buenas siete pesetas del bolsillo. De la casa la sacó don Nicolás de Pablos, un ricachón de Valdepeñas que se casó con ella por lo Civil.

—Lo que yo quiero —decía don Nicolás a su sobrino Pedrito, que hacía unos versos muy finos y estudiaba Filosofía y Letras— es una cachonda con arrobos que me haga gozar, ¿me entiendes?, una tía apretada que tenga a dónde agarrarse. Todo lo demás son monsergas y juegos florales.

Dorita dió [sic] tres hijos a su marido, pero los tres nacieron muertos. La pobre paría al revés; echaba los hijos de pié [sic] y, claro, se le ahogaban al salir.

Don Nicolás se marchó de España el año 39, porque decían que era masón, y no se volvió a saber nada de él. Dorita, que no se atrevía a ir al lado^[14] de la familia del marido, en cuanto se le acabaron unos cuartos que había en la casa, se echó otra vez a la busca pero tuvo poco éxito. Por más que tenía buena voluntad y procuraba ser simpática, no conseguía clientela fija. Esto era a principios del 40. Ya no era ninguna niña y había, además, muchas señoritas que lo hacían de balde, por divertirse, quitándole a otras el pan.

Dorita anduvo dando tumbos por Madrid hasta que conoció a doña Jesusa.

—Busco otra planchadora de confianza, vente conmigo. No hay más que secar las sábanas y alisarlas un poco. Te doy tres pesetas, pero eso es todos los días. Además tienes las tardes libres. Y las noches también.

Dorita, por las tardes, acompañaba a una señora impedida a dar una vuelta por Recoletos o a oír [sic] un poco de música en el María Cristina. La señora le daba dos pesetas y un corriente con leche; ella tomaba chocolate. La señora se llamaba doña Salvadora y había sido partera. Tenía malas pulgas y estaba siempre quejándose y gruñendo. Soltaba tacos constantemente y decía que al mundo había que quemarlo, que no servía para nada bueno. Dorita la aguantaba y le decía a todo que sí.

Por las noches, a veces, la pobre mujer hacía algún mimo, detrás de las tapias del Retiro, a los soldados y a los estudiantes de Bachillerato, y reunía [continúa en la página siguiente]

Paginado en tinta: 87, en lápiz: 139. La página viene marcada por enormes trazos rojos que cubren todo el texto, de arriba abajo.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo VI de *La colmena*, con muy ligeras variantes sobre la edición impresa.

Anduvo algun tiempo tirada -como un mueble desportillado- por los burdeles de Valladolid y de Salamanca, hasta que ahorró para el viaje y se vino a la capital. Aquí estuvo en una casa de la calle de la Madera, bajando, a la izquierda, que le llamaban la Sociedad de las Naciones porque había mucha extranjera: francesas, polacas, italianas, una rusa, alguna portuguesa morena y bigotuda, pero sobre todo francesas, muchas francesas: fuertes alsacianas con aire de vaqueras, honestas normandas que se echaron a la vida para ahorrar para el traje de novias, enfermas parisinas -algunas con un pasado esplendoroso- que despreciaban profundamente al chofer, al comerciante que sacaba sus buenas siete pesetas del boleillo. De la casa la sacó don Nicolás de Pablos, un richón de Valdepeñas que se casó con ella por lo civil.

-Lo que yo quiero -decía don Nicolás a su sobrino Pedrito, que hacía unos versos muy finos y estudiaba Filosofía y Letras- es una cachonda con arrobos que me haga gozar, ¿me entiendes?, una tía apretada que tenga a dónde agarrarse. Todo lo demás son monsergas y juegos florales.

Dorita dió tres hijos a su marido, pero los tres nacieron muertos. La pobre paría al revés; echaba los hijos de pié y, claro, se le ahogaban al salir.

Don Nicolás se marchó de España el año 39, porque decían que era masón, y no se volvió a saber nada de él. Dorita, que no se atrevía a ir lado de la familia del marido, en cuanto se le acabaron unos cuartos que había en la casa, se echó otra vez a la busca pero tuvo poco éxito. Por más que tenía buena voluntad y procuraba ser simpática, no conseguía clientela fija. Esto era a principios del 40. Ya no era ninguna niña y había, además, mucha competencia, muchas chicas jóvenes que estaban muy bien. Y muchas señoritas que lo hacían de balde, por divertirse, quitándole a otras el pan.

Dorita anduvo dando tumbos por Madrid hasta que conoció a doña Jesusa.

-Busco otra planchadora de confianza, vente conmigo. No hay más que secar las sábanas y alisarlas un poco. Te doy tres pesetas, pero eso es todos los días. Además tienes las tardes libres. Y las noches también.

Dorita, por las tardes, acompañaba a una señora impedida a dar una vuelta por Recoletos o a oír un poco de música en el María Cristina. La señora le daba dos pesetas y un corriente con leche; ella tomaba chocolate. La señora se llamaba doña Salvadora y había sido partera. Tenía malos pulgares y estaba siempre quejándose y gruñendo. Soltaba tacos constantemente y decía que al mundo había que quemarlo, que no servía para nada bueno. Dorita la aguantaba y le decía a todo que sí.

Por las noches, a veces, la pobre mujer hacía algún misa, detrás de las tapias del Retiro, a los soldados y a los estudiantes de Bachillerato, y reunía

[sigue de la página anterior] hasta tres o cuatro pesetas. Después se iba a dormir, dando un paseo hasta la calle de Marqués de Zafra, al otro lado del Paseo de Ronda, o tomando el Metro hasta Manuel Becerra, si hacía mucho frío.

Las dos planchadoras, cada una en su mesa, cantan, mientras trabajan, y dan golpes con la plancha, sobre las recosidas sábanas. Algunas veces hablan.

—Ayer he vendido el suministro. Ya no lo quiero. El cuarto de azúcar lo dí [sic] por cuatro cincuenta. El cuarto de aceite, por tres. Los doscientos gramos de judías, por dos; estaban llenas de gusanos. El café me lo quedo.

—Yo se lo dí [sic] a mi hija, yo le doy todo a mi hija. Me lleva a comer todas las semanas algún día.

Martín, desde su buhardilla, las oye hacer. No distingue lo que hablan. Oye sus desentonados cuplés, sus golpes sobre la tabla, lleva ya despierto mucho rato, pero no abre los ojos. Prefiere sentir a Pura, que le besa, con cuidado de vez en cuando, fingiendo dormir, para no tener que moverse. Nota el pelo de la muchacha sobre su cara, nota su cuerpo desnudo bajo las sábanas, nota su aliento que, a veces, ronca un poquito, de una manera que casi no se siente.

Así pasa un largo rato más: aquella es su única noche feliz desde hace ya muchos meses. Ahora se encuentra como nuevo, como si tuviera diez años menos, igual que si fuera un muchacho. Sonríe y abre un ojo, poquito a poco.

Pura, de codos sobre la almohada, le mira fijamente. Sonríe también, cuando lo ve despertar.

—¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, Purita, ¿y tú?

—Yo también. Con hombres como tú da gusto. No molestáis nada.

—Calla. Habla de otra cosa.

—Como quieras.

Se quedaron unos instantes en silencio. Pura le besó de nuevo.

—¿Quieres XXXXXXXXXXXX [ilegible]...?

—No. Es mejor que lo dejemos así. La primer noche...

—Eres un romántico.

Martín sonrío, casi con tristeza.

—No. Simplemente un sentimental.

Martín le acaricia la cara.

—Estás pálida, pareces una novia.

—No seas bobo.

—Sí, una recién casada...

Pura se puso seria.

—¡Pues no lo soy! [continúa en la página siguiente]

texto, de arriba abajo.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo VI de *La colmena*, con variantes sobre la edición impresa. Las dos líneas del diálogo entre Martín y Purita que van desde «Quieres...» a «La primer noche...» no están recogidas en la edición impresa de *La colmena*.

hasta tres o cuatro pesetas. Después se iba a dormir, dando un paseo hasta la calle de Marqués de Zafra, al otro lado del Paseo de Ronda, o tomando el Metro hasta Manuel Becerra, si hacía mucho frío.

Las dos planchadoras, cada una en su mesa, cantan, mientras trabajan, y dan golpes con la plancha, sobre las recosidas sábanas. Algunas veces hablan.

-Ayer he vendido el suministro. Yo no lo quiero. El cuarto de azúcar lo dí por cuatro cincuenta. El cuarto de aceite, por tres. Los doscientos granos de judías, por dos; estaban llenas de gusanos. El café me lo quedo.

-Yo se lo dí a mi hija, yo le doy todo a mi hija. Me lleva a comer todas las semanas algún día.

Martín, desde su buhardilla, las oye hacer. No distingue lo que hablan. Oye sus desentonados cuplés, sus golpes sobre la tabla. Lleva ya despierto mucho rato, pero no abre los ojos. Prefiere sentir a Pura, que le besa, con cuidado de vez en cuando, fingiendo dormir, para no tener que moverse. Note el pelo de la muchacha sobre su cara, nota su cuerpo desnudo bajo las sábanas, nota su aliento que, a veces, ronca un poquito, de una manera que casi no se siente.

Así pasa un largo rato más: aquella es su única noche feliz desde hace ya muchos meses. Ahora se encuentra como nuevo, como si tuviera diez años menos, igual que si fuera un muchacho. Sonríe y abre un ojo, poquito a poco.

Pura, de codos sobre la almohada, le mira fijamente. Sonríe también, cuando lo ve despertar.

-¿Qué tal has dormido?

-Muy bien, Purita, ¿y tú?

-Yo también. Con hombres como tú da gusto. No molestáis nada.

-Calla. Habla de otra cosa.

-Como quieras.

Se quedaron unos instantes en silencio. Pura le besó de nuevo.

-¿Quieres ...?

-No. Es mejor que lo dejemos así. La primer noche...

-Eres un romántico.

Martín sonríe, casi con tristeza.

-No. Simplemente un sentimental.

Martín le acaricia la cara.

-Estas pálida, pareces una novia.

-No seas bobo.

-Sí, una recién casada...

Pura se puso seria.

-¡Fues no lo soy!

[sigue de la página anterior] Martín le besa los ojos delicadamente, igual que un poeta de diez y seis años.

—¡Para mí, sí, Pura! ¡Ya lo creo que sí!

La muchacha, llena de agradecimiento, sonríe con una resignada melancolía.

—¡Si tú lo dices! ¡No sería malo!

Martín se sentó en la cama.

—¿Conoces un soneto de Juan Ramón que empieza «Imagen tierna y alta del consuelo»?

—No. ¿Quién es Juan Ramón?

—Un poeta.

—¿Hacía versos?

—Claro.

Martín mira a Pura, casi con rabia, un instante tan solo.

—Verás:

Imagen alta y tierna del consuelo.
aurora de mis mares de tristeza,
lis de paz con olores de pureza,
¡precio divino de mi largo duelo!

—¡Qué triste es, qué bonito!

—¿Te gusta?

—¡Ya lo creo que me gusta!

—Otro día te diré el resto.

Paginado en tinta: 89, en lápiz: 141. La página viene marcada por una enorme cruz roja que cubre todo el texto, de arriba abajo.

Estos fragmentos pertenecen al capítulo VI de *La colmena*, con ligeras variantes sobre la edición impresa.

Martín le besa los ojos delicadamente, igual que un poeta de diez y seis años.

-¡Para mí, sí, Pura! ¡Ya lo creo que sí!

La muchacha, llena de agradecimiento, sonríe con una resignada melancolía.

-¡Si tú lo dices! ¡No sería malo!

Martín se **sentó** en la cama.

-¿Conoces un soneto de Juan Ramón que empieza "Imagen alta y tierna del consuelo"?

-No. ¿Quién es Juan Ramón?

-Un poeta.

-¿Hacía versos?

-Claro.

Martín mira a Pura, casi con rabia, un instante tan solo.

-Verás:

Imagen alta y tierna del consuelo.

aurora de mis mares de tristeza,

lis de paz con olores de pureza,

¡precio divino de mi largo duelo!

-¡Qué triste es, qué bonito!

-¿Te gusta?

-¡Ya lo creo que me gusta!

-Otro día te diré el resto.

—¡Ja, ja! ¡Los pueblos del cinturón!

FIN DE «LA COLMENA», LIBRO PRIMERO DE
«CAMINOS INCIERTOS»

Paginado en tinta: 103, en lápiz: 157. Final de *La colmena*. Todo igual, únicamente copio la parte final, por la nota del autor.

Los suyos pensaban algo por el estilo.

Martín, que lleva ya largo rato andando, se para ante los escaparates de una bisutería.

-Cuando esté trabajando y gane dinero, le compraré unos pendientes a la Filo.

Se palpa el periódico y sonrío.

-¡Aquí puede haber una pista!

Martín, por un vago presentimiento, no quiere precipitarse... En el bolsillo lleva el periódico del que no ha leído, todavía, la sección de anuncios. Ni los edictos. Ni el racionamiento de los pueblos del cinturón.

-¡Ja, ja! ¡Los pueblos del cinturón!

FIN DE "LA COLMENA", LIBRO PRIMERO DE
"CAMINOS INCÓGNITOS"

—¡Já [sic], ja! ¡Los pueblos del cinturón!

Hay multitud de hombres, con el pecho lleno de microbios de Koch, que nada saben de lo que les espera...

Madrid, diciembre 1945.

Paginado en tinta: 100, en lápiz: 168. Es el final de *La colmena*, un final distinto, por dos elementos: añade una frase más, así como la fecha de «diciembre 1945».

-¡Já, ja! ¡Los pueblos del cinturón!

Hay multitud de hombres, con el pecho lleno de microbios de Koch, que nada saben de lo que les espera!...

Madrid, diciembre 1945.

TEXTO Y DISCURSOS DE *LA COLMENA*

ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ

EL MANUSCRITO DE *LA COLMENA* Y EDICIONES DEL ZODÍACO (1945-1946)

No voy a tratar aquí el tema del proceso creativo de *La colmena*, tomando como datos los diversos estados y variantes del haz de manuscritos que se conservan, trabajo en el que se entretuvo con precisión microscópica don Fernando Huarte, 2000], sino desde el tenaz afán («el que resiste gana») del joven narrador de colocar en el mercado editorial la que acabaría siendo su obra maestra^[15]. Y naturalmente tomo como eje vertebrador de estas páginas la luz que arroja sobre esta aventura y el proceso creativo de la novela de 1951 el manuscrito desconocido, fragmentario e incompleto, que Cela había prestado al hispanista Noël Salomon y que su hija legó, a comienzos de 2014, a la Biblioteca Nacional de España donde se custodia con la signatura RES/287. Al avisado lector no se le puede escapar que las líneas que siguen son complementarias del excelente estudio del maestro Darío Villanueva sobre la elucidación del proceso creativo de la novela, que abre la presente edición bajo el título de «*La colmena: principios y final*».

I

Empecemos por los recuerdos del novelista que, a menudo, suelen ser fiables *ma non troppo*. En el texto fechado en Palma de Mallorca el día de difuntos de 1965, que fue publicado en *Papeles de Son Armadans* en marzo del 66 y que es el pórtico de la novela en la edición de la *Obra completa* de 1969, Cela recuerda:

Este libro lo empecé en Madrid, en el año 1945, y lo medio rematé en Cebreros, en el verano del 48; es evidente que después volví sobre él (de ahí su fecha 1945-1950), corrigiendo y puliendo y sobando, quitando aquí, poniendo allá y sufriendo siempre, pero la novela bien hubiera podido quedar redonda en el trance a que ahora me refiero. Antes, en el 1946, empezó mi lucha con la censura, guerra en la que perdí todas las batallas menos la última (p. 4).

Durante ese tiempo Cela dio a su novela al menos cinco redacciones distintas, si bien los estados del texto conservados son muchos más y, desde luego, todo parece indicar que algunos pequeños borradores se han extraviado o no se han conservado.

Cuando ya está en la calle *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* (1944) y seguramente atisba —todavía con escasa nitidez— el proyecto que desembocará en la novela de 1951, Cela escribe a Saturnino Calleja, director de Ediciones La Nave donde acaba de ver la luz su palimpsesto del *Lazarillo* (8-11-1944):

La labor que llevo entre manos sigue cociéndose; cada vez me da más miedo la Novela, como género, y

cada vez me pesa más el minúsculo éxito conseguido. En fin... ¡Dios dirá!

A ciencia cierta no sabemos lo que se cuece en el dominio de la novela, pero todos los datos apuntan a que, tal y como anunciaban las solapas de la edición de *Nuevas andanzas*, Cela había apalabrado con Calleja —y cobrado un anticipo de siete mil quinientas pesetas (esto no consta en las solapas)— dos novelas que nunca vieron su redacción completa: *Un marino mercante* y *Las aguas tranquilas*.

Algunas, pocas, noticias públicas abonan la existencia de este proyecto. Así el semanario *Fotos* del 23 de octubre del 44 da a la luz una columna «Camilo José Cela está escribiendo una novela marinera», en la que se recoge la siguiente declaración del novelista:

En la actualidad trabajo en una novela —*Un marino mercante*— cuya acción transcurre, casi constantemente, en el mar o en su más próxima orilla. En ella relato las andanzas de mi tío don Evaristo Montenegro de Cela, elegante prosista y capitán mercante retirado, gran tipo familiar que murió, precisamente, el año que yo nací.^[16]

Más de medio año más tarde y cuando tenemos constancia de que ha iniciado la escritura de la futura novela de 1951, le escribe a Calleja desde Las Navas del Marqués (5-7-1945):

Aquí me tiene usted, dedicado a respirar y a coger algún problemático kilo, a vueltas —¡ya era hora!— con *Las aguas tranquilas* y con *Un marino mercante* que creo podré entregarle hacia fin del verano.

Ansias y afanes del joven escritor que nunca se cumplieron. Desde luego uno de los motivos de que ese proyecto (del que queda un breve manuscrito de los primeros compases de *Un marino mercante*) nunca se desarrollara y ultimara es que Camilo José Cela estaba trabajando en otra propuesta de novela. En una carta del 6 de enero del 45 a Carlos F. Maristany (1913-1985), el editor barcelonés de *Pisando la dudosa luz del día* (Ediciones del Zodíaco, 1945) y de la cuarta edición de *La familia de Pascual Duarte* (1946), además de intentar venderle la recopilación de artículos *Mesa revuelta*, que acabó publicando ese mismo año 45 Sagitario en Madrid, le comunica: «Ni que decir tiene que, sea cual fuese tu decisión, la tercera novela mía —las dos primeras, como sabes, las tengo apalabradas con La Nave— será para Zodíaco».

¿Cuál es la tercera novela? Bien, si no ando errado, se trata del borrador primero de la futura *La colmena*. Quince días después, el 23 de enero del 45, vuelve a escribir a Maristany despejando las dudas:

Te dije en carta anterior que con La Nave —que tan bien se portó conmigo a diferencia del cerdo de Afrodiseo Aguado— tengo dos compromisos: uno de orden legal y otro, que tanto monta, de orden cordial, una novela anunciada y otra cobrada en la colección. Trabajo en la actualidad en esas dos novelas, a las que título *Un marino mercante* y *Las aguas tranquilas*, y después de ellas, la primera será para vosotros. Tengo notas tomadas para una novela a la que quizás titule *La clientela de María Domingo*.

Conviene recordar, no obstante, que en los manuscritos conservados de *La colmena*

ninguno remite a *La clientela de María Domingo*, porque el primer estadio se llama *Café Europeo*, para ser corregido a renglón seguido por *Café La Delicia*, tal y como ha estudiado Fernando Huarte.

Para finales de la primavera del 45 la redacción de *La colmena* va a tener su primera presentación pública. Se produce en Madrid. Aprovechando la inauguración, el 19 de junio, en el Museo Nacional de Arte Moderno de una exposición de estampas del pintor madrileño Juan Esplandú, Cela lee los dos primeros capítulos el 28 de junio, y el 3 de agosto publica en *Arriba* un brillante artículo, «El alma de Madrid en 34 acuarelas», clave para entender el tejido novelesco que anda en el telar del joven escritor.

El episodio, la primera lectura pública de un texto que conforma el momento inicial de la futura obra maestra, ofrece datos decisivos. De un lado —y gracias a la correspondencia con el editor barcelonés Maristany— sabemos que Cela anda tejiendo una novela larga (le habla de cerca de mil páginas, que serían a buen seguro el conjunto del ciclo *Caminos inciertos*); que ese trabajo lo combina con la preparación de las dos novelas que apalabró (y en parte cobró) con Saturnino Calleja; que está preocupado por la dureza de la censura, dado que la novela que presentó en el Museo Nacional de Arte Moderno no es una novela rosa; que la presentación tuvo un notable éxito (según *Informaciones* del 29 de junio al acto «asistieron numerosísimos artistas y escritores»); y finalmente, que la futura obra maestra —que editará las Ediciones del Zodíaco de Maristany— se llama ahora —junio de 1945— *La ciudad llagada* y que forma parte del ciclo *Vagando por los caminos inciertos* (p. 409).

De otra parte, el artículo celiano sobre Juan Esplandú revela su abierta admiración por las acuarelas que «dan al visitante la cierta novela de Madrid, la tremenda, abigarrada, cómica novela de nuestra capital» [Cela, 1976b: 350]. Y a la par, el deseo implícito de convertirse en el complemento de Esplandú, el pintor que años después, 1966, ilustrará los textos de su libro *Madrid*. La simbiosis entre Cela y Esplandú la ha mostrado con delicadeza la profesora Marta Cristina en su artículo «Tres ventanas sobre Madrid» [Carbonell, 2011]. Por último sólo me cabe invocar el artículo de Cela de 1945: «El Madrid de nuestros días, que busca el novelista que escriba su novela, ha encontrado el pintor que lo supo retratar» [Cela, 1976b: 351].

Cela tenía una excelente información sobre los quehaceres de Esplandú, en la línea de Gutiérrez Solana, a quien dedicará su discurso de ingreso en la Real Academia Española en 1957, *La obra literaria del pintor Solana*. Ahora, en 1945, podría desdoblarse en la obra pictórica de Esplandú y la obra narrativa que estaba naciendo. Madrid había encontrado su novelista, se estaba gestando.

II

El año 1945 conoce otro momento relevante, el segundo, en la forja de *La colmena*. Se trata de la lectura de los dos primeros capítulos que Camilo José Cela ofrece en el

Ateneo barcelonés el 30 de octubre. *Solidaridad Nacional* (31-10) informaba de quienes presidieron el acto: Santa Marina (presidente), José Pardo (del Departamento de Propaganda), Luis Monreal (comisario del Patrimonio Artístico), José María Junyent (por el Ayuntamiento), Rodríguez Codolá (por las Reales Academias de Ciencias y Artes y de Bellas Artes de San Jorge), Martín de Riquer (por la Real Academia de Buenas Letras), Castro y Calvo (decano de la Facultad de Filosofía y Letras) y los miembros de la junta del Ateneo: Masoliver, Manuel Vela Jiménez, Ramón Julià y Luis de Caralt. De una presidencia tan nutrida y de una magnífica fotografía de Pérez de Rozas que acompañaba la información, se deduce el escenario politicosocial que albergó la primera lectura de *La colmena*. La nota informativa de *La Vanguardia* (31-10) recordaba que antes de la lectura de los capítulos I y II de la novela inédita, «Cela trazó un breve preámbulo en el que expuso su intención estética al confeccionar la novela, que ha sido escrita —dijo— con técnica de contrapunto. La obra se desarrolla en el Madrid actual, con acciones diversas y ágil movimiento de personajes». La información de *Solidaridad Nacional* (31-10) se extendía pormenorizando el argumento de los capítulos leídos de modo fragmentario: «El primer capítulo leído presenta el ambiente de un café popular de la calle de Fuencarral [...] En el segundo capítulo, usa Cela una técnica dinámica y original, en virtud de la cual presenta entremezcladas acciones diversas y simultáneas a través de las cuales se empieza a atar los cabos con los que se ha de tramar el argumento de la novela». No cabe ninguna duda de que Cela leyó, en Madrid y en Barcelona, de forma fragmentaria o completa los dos primeros capítulos del manuscrito que presentaría a la censura en enero del 46.

El Correo Catalán, *El Noticiero Universal* y *La Prensa* recogieron también las incidencias del acto del Ateneo. El semanario *Destino* —al que Cela estaría muy vinculado en los años venideros— consignaba en la sección anónima «Entre líneas» (3-11) que redactaba Masoliver: «Se sabe que *Caminos inciertos* será editado en su día —un día del año próximo— por Carlos Fernando Maristany, unos de los hombres que más alto han puesto el buen nombre de los editores barceloneses».

La primera relación y la más importante de los años cuarenta la establece con Carlos F. Maristany a mediados del año 1943. La relación, frecuente e intensa, será epistolar hasta que se conozcan personalmente en octubre de 1945, cuando el escritor visita Barcelona, financiado por el propio editor, a quien Cela le había escrito el 21 de septiembre: «Nuestras cosas en común han llegado a tal grado de complejidad que creo imprescindible de todo punto una entrevista. Si tuviera dinero no te pondría estas líneas y tomaría el tren para Barcelona. Pero el caso no es ese precisamente. ¿Quieres enviarme 800 o 1000 pesetas? Dos o tres días míos en Barcelona juzgo que serían de gran utilidad para Zodíaco, para ti y para mí». El viaje fue un éxito personal para Cela, quien leyó el 30 de octubre en el Ateneo barcelonés los dos primeros capítulos de un manuscrito de *La colmena* diferente, al menos en su estructura, del que se materializaría en la primera edición de 1951 en Buenos Aires, a tenor de las puntuales

crónicas de *La Vanguardia* y de *Solidaridad Nacional*.

Que el joven escritor tenía interés por el mundo editorial barcelonés lo revela su agradecimiento a Luis Miracle, a quien había conocido en mayo del 44 en Madrid, por suministrarle informaciones sobre las casas editoriales barcelonesas, si bien para esas fechas, de no haber sido por problemas del coste del libro («el precio del coste del libro es superior en Barcelona que en Madrid», escribe Maristany a Cela en enero del 44), *Pisando la dudosa luz del día* —el poemario que Cela había escrito durante los primeros asedios de Madrid en el otoño del 36— hubiese visto la luz. No lo hizo, en una preciosa edición prologada por Leopoldo Panero, hasta comienzos de abril de 1945. Durante los años 44 y 45 el escritor y el editor dialogan sobre varios proyectos: la idea obsesiva del primer Cela de una nonata *Antología de poetas españoles contemporáneos*, el libro de artículos *Mesa revuelta*, primeras colaboraciones del escritor en la prensa que a su juicio «pueden ayudar a aclarar un poco mi pensamiento sobre muchas cosas» (6-1-1945), la creación de unos «Cuadernos del Zodíaco» y, sobre todo, su producción novelesca. Creo que quien puso en contacto al escritor gallego con el editor barcelonés y con su colaborador Ramón Julià, no pudo ser otro que Carlos Martínez Barbeito (1913-1997), quien, además de incipiente crítico literario y narrador, en los primeros años cuarenta trabajaba en la Metro-Goldwyn-Mayer Ibérica, radicada en Barcelona. Barbeito fue uno de los primeros lectores del manuscrito de *Pisando la dudosa luz del día* y el destinatario de una carta de Cela (1-12-1941) en la que le confiesa y le pide: «¿Hay alguna posibilidad de ponerme a trabajar en algo que tenga una relación mayor o menor con lo mío, pero que no me atenace tan concretamente como el sindicalismo textil?». En las oficinas del Sindicato Nacional Textil Cela estaba escribiendo *Pascual Duarte*.

La aventura celiana con Zodíaco, que tenía como contrapartida la mediación del escritor ante la censura para las traducciones de la editorial («Siempre que tengas pegas de censura llámame a mí y no te andes por las ramas perdiendo el tiempo», le escribe en noviembre del 44), culminó en la cuarta edición de su primera novela, pero, en cambio, no pudo llevarse a término la gran empresa de *La colmena*, diseñada como la primera parte de *Caminos inciertos*, un *roman fleuve* en el que Maristany (26-6-1945) creía a pie juntillas: «te considero el único autor español actual capaz de escribir una novela de 1.000 páginas, buena y que se venda bien». La primera parte, *La colmena*, que tuvo a lo largo del 45 varios títulos (*La clientela de María Domingo*, *Café Europeo*, *Café La Delicia* y *La ciudad llagada*) era el principal horizonte de Cela y Maristany. En efecto, Carlos F. Maristany, de Ediciones del Zodíaco, es el editor en el que Camilo José Cela tiene depositada la confianza para la edición de *La colmena*. Nada más comenzar el año 46, Cela comunica a Maristany (2-1-1946) varias noticias acerca de la novela que tiene entre manos. La primera, es que ha decidido dar la novela *Caminos inciertos* «en dos, tres, cuatro o ene volúmenes independientes, autónomos y perfectamente escindidos». Y le confía lo más relevante: «El primer volumen —mejor sería decir, la primera novela de la serie— la

tengo ya terminada y a tu disposición. Se titula *La colmena* y quizás el lunes la presente ya en censura. Creo que tacharán algo pero que, en definitiva, la aprobarán».

La novela fue presentada a la censura el 7 de enero de 1946. En 1965, Cela recordaba:

La novela, en una primera versión ni dulcificada ni agriada pero sí incompleta, la presenté a la censura el 7 de enero de 1946. Los informes, como cabe suponer, fueron malos y mi novela, en recta lógica, prohibida (p. 12).

La segunda información de la carta del 2 de enero del 46 forma parte del núcleo duro de la biografía de Cela: su continuada, esforzada y tenaz pelea por conseguir editar sus libros en las mejores condiciones de rentabilidad posible. Al margen de otros datos complementarios, Cela le escribe a Maristany:

Lo que yo pido, con la conciencia tranquila porque, honradamente, sé que un libro de gran aceptación, es el 15% del precio fuerte en tapa, para 500 ejemplares y en el momento de la firma. El cálculo se podría hacer sobre un precio de venta de 25 pts., bien entendido que si fuera más, renunciaría al pico que me correspondiese. El contrato, claro es, no lo firmaríamos hasta que os pudiese dar la hoja de la Censura.

Aunque Cela redactó incluso el borrador de un posible contrato (por cierto, al dorso de unas hojas mecanografiadas del texto de la novela), no se alcanzó la meta. Paralelamente escribió a Calleja una carta nunca cursada, con fecha del 14 de enero, en la que le dice:

Creo que muy pronto —cosa de un par de meses, o quizás menos— podré devolverle a usted la cantidad de 7 500 pesetas que, en concepto de anticipo, le adeudo a la editorial de su digna dirección. He acabado una novela que titulo *La colmena* y que, dadas sus características, no encaja en «La Nave». Con lo que saque de ella pienso pagarle a usted. Ni que decir tiene que mis dos libros anunciados en «La Nave» —*Las aguas tranquilas* y *Un marino mercante*— serán suyas, si a usted le parecen bien, tan pronto como las termine.

Atendiendo a todos estos datos parece evidente que Camilo José Cela creía que *La colmena* iba a ocupar de inmediato un lugar destacado en las librerías de la época. Es más, Cela vuelve a citarse en público con su novela en una estrategia de última hora. Es el 17 de enero de 1946, jueves, mientras nieva abundantemente en Madrid, y se inaugura en la Galería Buchholz —librería y sala de exposiciones dirigida por Enrique Azcoaga— la exposición de pinturas de Juan Bautista Porcar, Cela lee los dos primeros capítulos de *La colmena*^[17].

Rafael Vázquez Zamora en un artículo publicado en el semanario *Destino* (26-1-1946) convierte su crónica «Alrededor de una colmena» en la primera tentativa de reseña crítica de la novela de la que Cela leyó «unos trozos». La crónica de Vázquez Zamora atiende a la personalidad del novelista, al contexto de la narrativa contemporánea y a la propia estructura y temática de la novela.

Cela es presentado como un «hombre muy delgado y muy alto, de unos treinta años (facciones de cirujano escéptico, aire mefistofélico y elegancia inglesa)».

Novelista «naturalista» que despierta en sus lectores sentimientos extremos:

[...] la animadversión más enconada o la admiración sin reservas. Las características de su novela son tan hirientes para un lector medio, que sacan de quicio a este y le nublan el entendimiento. Por ello, en vez de analizar sensatamente excelencias y defectos, la actitud del lector suele ser: celismo o anticelismo.

El contexto en el que Cela ha iniciado su andadura es de una continua «tormenta literaria», en la que sus protocolos y sus modos de actuación encuentran un escenario adecuado:

El novelista explica al auditorio, antes de empezar, cómo ha tenido que suprimir páginas enteras, demasiado «fuertes» a juicio de los editores. Y, a petición de la casa Buchholz, va a saltar ciertos pasajes.

La trayectoria de Camilo José Cela desde el «éxito clamoroso» de *La familia de Pascual Duarte* ha recorrido «rumbos insospechados», ahora con la nueva novela ha entrado en un camino seguro, ha hallado su propia certidumbre, que el crítico de *Destino* califica del modo siguiente:

Han surgido en el novelista nuevas fuentes: su observación se ha extendido y se ha hecho más minuciosa, y, cosa muy importante en él, se le ha colado la ternura por varios resquicios.

En realidad, Vázquez Zamora aludía a la estéril polémica del «tremendismo» y si bien seguía advirtiendo en el arte de novelar de Cela un esfuerzo por desnudar las cosas y quitarles la piel, consignaba la suficiencia estética (con ribetes de ternura) de la nueva novela. El correlato que emplea para perfilar el arte de Cela tiene mucho de premonitorio:

Usted no colgaría en el comedor de su casa un cuadro de Solana, pero usted no puede negar que Solana es un gran pintor.

Con respecto a la historia y al discurso de la novela, el crítico de *Destino* se da cuenta del protagonismo de Martín Marco al tiempo que no duda en señalar que «la acción de la novela se diversifica en acciones paralelas». Paralelamente indica a los lectores del prestigioso semanario el tema de la nonata novela:

Nos ha pintado personas del Madrid de 1942, cosas de la vida cotidiana, pero cosas desnudas y, a menudo, implacablemente despellejadas.

Todo inútil. La censura varó los primeros pasos de *La colmena*. Como ha mostrado Fernando Huarte, el texto presentado a la censura terminaba con la fecha «Madrid, diciembre, 1945» y se trata en efecto de una versión incompleta, de la que interesa destacar que la *historia* se data en 1943, momento acorde con la acción de la novela, pese a que con posterioridad Cela ha sostenido siempre que dicha *historia* discurría en el Madrid de 1942, tal y como afirmaba en la «Nota a la primera edición» que se incluyó en las solapas de la edición bonaerense de 1951: «Su acción discurre en

Madrid —en 1942— y entre un torrente, o una colmena, de gentes que a veces son felices, y a veces, no» (pp. 13-14).

De la censura religiosa de la novela se encargó Andrés de Lucas Casla, mientras que atendió a la censura laica Leopoldo Panero, buen amigo del novelista y prologuista de *Pisando la dudosa luz del día*. El censor eclesiástico tachó abundantemente la novela que, a su juicio, atacaba al dogma y a la moral y tenía un valor literario escaso. Cuando el censor da a conocer a Cela sus tachaduras, el novelista no las acepta y renuncia a la publicación, que, sin embargo, había intentado «salvar» Leopoldo Panero en atención al valor artístico y literario del texto [Martínez Cachero, 1997: 112-113].

Los primeros pasos de *La colmena* están a punto de finalizar. Los que nos llevan de comienzos del 46 a la edición bonaerense del 51 no son menos complejos. A modo de colofón cabe decir que Cela lo intentará unas semanas después con la compañía de Esplandíu y sus grabados, y desde las prensas de Ediciones del Zodíaco, en una edición de bibliófilo. En 1965 lo recordaba:

El 27 de febrero solicitó el editor el oportuno permiso para una tirada con características especiales, de lujo y reducida; fue también denegado, en oficio de 9 de marzo (p. 10).

Camilo José Cela a mediados del invierno del 46 está sumido en un mar de dudas. Se trata de una encrucijada que superará, pero de esa notoria incertidumbre habla una carta del 14 de febrero a Maristany, cuando se anda fraguando la posibilidad de la edición ilustrada. La carta de Cela habla por sí sola:

Sobre *La colmena*: a) no puede llamarse *La colmena*. José Antonio Giménez Arnáu acaba de publicar en Buenos Aires una novela con el mismo título. b) Pienso llamarla *Asfalto vagabundo* nombre, quizás, de novela social norteamericana, pero que a mí se me antoja hermoso e incluso intencionado. ¿Te parece bien? c) El Director General de Propaganda se negó a firmar la prohibición y la remitió de nuevo al cura —el Reverendo y Puñetero P. Andrés de Lucas— para que hiciese un segundo informe. Este segundo informe —no sé si por aquello de que nunca segundas partes fueron buenas— decía lo siguiente: ¿Ataca al Dogma o a la Moral? —Sí. ¿Ataca las Instituciones del Régimen? —No. Valor literario. —Escaso.

Maristany le contesta cuatro días después. Al margen de aconsejarle que no cambie el título, puesto que desvirtuaría la relación que guarda con «la forma literaria de tu libro», le anima a encontrar una solución posibilista para superar la censura y poder recorrer la aventura editorial que tenían prevista:

Al fin y al cabo, tú tienes el texto completo, y como ya te dije, puede ofrecerse en esa forma a ocho o diez países. España, tal como están las cosas, no puede considerarse un país civilizado. El que el libro salga aquí con taparrabos no tiene, pues, nada de particular. Mientras en tu novela no te hagan salir curas simpáticos, riete de todo lo demás. Y piensa que eres más joven que el Padre Lucas y que lo más probable es que se muera antes que tú.

Cela siguió intentando dar a la luz *La colmena* y poder fraguar la que creía una aventura editorial decisiva. Creo que ahí está la clave de la tercera lectura pública madrileña de *La colmena*, que tuvo lugar en la primavera del 46 (finales de marzo o

comienzos de abril) en Círculo Cultural Nosotros, que a tenor de las informaciones y noticias de Madrid que puntualmente publicaba *ABC* tuvo una intensa actividad (política, literatura y medios de comunicación, sobre todo) durante los años 45 y 46. Sin embargo, no he conseguido determinar la fecha exacta del acto que nos ocupa. El Círculo Cultural Nosotros estaba patrocinado directamente por Carlos María Rodríguez de Valcárcel, jefe nacional del SEU y a cuya vera trabajaba García Cernuda en esos años. Según David Jato, el móvil del Círculo Nosotros era:

No rendirse jamás. Si, como muchos auguraban, habrían de arriarse las banderas queridas y ahogarse los gritos gloriosos, o si, aún más, se necesitaba que otros hombres trataran de hacer frente a la avalancha extranjera para salvar a la Patria de los odios próximos y cercos tradicionales, las gentes del SEU no renunciaban a seguir en la brecha hasta después del final. Y el primer escalón previsto de la posible retirada era aquel círculo cultural [Jato, 1953: 339 y Ruiz Carnicer, 1996].

El gran interés de esta tercera lectura radica casi exclusivamente en los datos que García Cernuda —*alma mater* de Nosotros— ofrece de la juventud del escritor y que se pueden contrastar con los textos memorialistas del propio Cela [Sotelo, 2011].

José María García Cernuda (1917-2009), nieto del editor Saturnino Calleja, fue un destacado falangista. Se afilió a la Falange de Oviedo en 1933 y fue triunviro del primer Triunvirato Provincial del SEU de la Universidad de Oviedo. Como reconocía David Jato: «No es muy aventurado decir que el SEU nació el 29 de octubre de 1933. El SEU es inconcebible sin la Falange, y la Falange, si atendemos a su constitución humana, nacía con un inconfundible eco juvenil y universitario»^[18] [Jato, 1953: 62].

En los años inmediatamente posteriores a la Guerra Civil —antes del 47— García Cernuda desempeñó varios puestos ligados a la vida del SEU, escribiendo un opúsculo, *Sobre la revolución de la Falange*, «que apareció en las Ediciones para el Bolsillo de la Camisa Azul, del viejo SEU, allá por los primeros años cuarenta» [García Cernuda, 1985]. Así transitó por la Delegación de Prensa y Propaganda del SEU de Madrid, la Delegación Nacional del SEU, la Vicesecretaría Nacional de Educación y Propaganda del SEU y la jefatura de redacción del semanario *La Hora*, en su primera época (1945-1947), entre otros «puestos de servicio», según expresión del editor, Javier Onrubia, de la segunda edición del mencionado opúsculo.

En consecuencia, la tercera lectura madrileña de *La colmena* tiene lugar en un ámbito que seguía siendo familiar a Camilo José Cela, quien, en los días en que presentaba (para intentar vencer la censura) la que sería su obra maestra, tenía responsabilidades en la Dirección General de Cinematografía y Teatro de la Subsecretaría de Educación Popular, en la madrileña calle de Fernando el Santo.

No poseemos datos de la acogida de la lectura de *La colmena*, aunque no es aventurado asegurar que fue exitosa, porque como recuerda David Jato, a propósito del balance de las actividades del Círculo Nosotros, se apreciaba «cómo la desesperación se había adueñado de muchos corazones que deseaban “morir con los vencidos”, y las voces de que era preciso ganar, obtener la victoria a costa de lo que fuera, sonaban también, pero sonaban a actitud innoble» [Jato, 1953: 338]. Insólita

reflexión, que encontraba verdadera dimensión ética en el pulso narrativo de Camilo José Cela. *La colmena* rompía con su «pálido reflejo», su «humilde sombra de la cotidiana, áspera, entrañable y dolorosa realidad» (p. 13), algunos de los sueños tejidos con desbordados ardores juveniles. El escritor, radicalmente independiente, lo dejó dicho desde el caótico pensar de Martín Marco:

Ni Isabel la Católica, ni la vicesecretaría ni la permanencia espiritual de nadie. ¿Está claro? ¡Lo que yo quiero es comer! ¡Comer! ¿Es que hablo en latín? [...] ¡Este mundo es una mierda! ¡Aquí todo Dios anda a lo suyo! ¿Eh? ¡Todos! (pp. 233-234).

El intento fue baldío. El optimismo de Maristany pronto se desvaneció. La tenaz y anfibia batalla de Cela tampoco dio resultados inmediatos. *Caminos inciertos* nunca se completó, ni llegó a ser la gran aventura editorial de Maristany y Cela. *La colmena* tuvo que esperar (espera compleja) a 1951.

III

Tal y como hemos expuesto de modo muy sintético, Cela tenía preparado a finales de 1945 el manuscrito de *La colmena* para iniciar la aventura editorial de *Caminos inciertos*, contando con la confianza y la complicidad del editor Maristany. El manuscrito RES/287 merece, en consecuencia, una serie de consideraciones descriptivas y complementarias, que no deben olvidar su condición de versión incompleta de la novela.

Se trata de un manuscrito^[19] de 10 hojas numeradas por la BNE en números romanos, más algunas hojas complementarias en blanco y 172 hojas numeradas en arábigos, de las cuales las que llevan los números entre el 25 y el 48 son las mismas de dos en dos. Es decir, la 25 y la 26, y así sucesivamente hasta la 48, son idénticas (seguramente mediante una copia con papel carbón). Algunas otras del manuscrito de la BNE proceden de copias en papel carbón del haz de manuscritos conservados en la Fundación Camilo José Cela. Recordemos que tanto la primera edición (Buenos Aires, Emecé, 1951) como la edición definitiva (Barcelona, Destino, OC, t. 7, 1969) tienen seis capítulos y el breve «Final». Los capítulos más largos son los dos primeros. Muy breve es el capítulo VI.

El manuscrito es heterogéneo, incompleto y fragmentario. Así del capítulo I (edición príncipe) no hay constancia. Lo mismo sucede con otros fragmentos de la novela, si bien cabe indicar que los capítulos IV, V y VI más el «Final» (de la edición príncipe) están prácticamente completos y con algunos pasajes en doble versión. La mayoría de las hojas están mecanografiadas (algunas llevan correcciones de mano de Cela y tachaduras del propio escritor). Unas pocas son manuscritas.

Atendiendo a la aventura editorial y a los datos de la carpeta conservada en la BNE, el grueso del manuscrito es un amplísimo fragmento de la copia que Cela presentó a la censura el 7 de enero de 1946, con la intención de ceder el original a

Carlos F. Maristany de Ediciones del Zodíaco (donde editó la cuarta edición del *Pascual y Pisando la dudosa luz del día*) para su publicación. Lo confirman las tachaduras en rojo de muchos pasajes, la fecha final del manuscrito (p. 168 de la numeración en lápiz de la BNE: «Madrid, diciembre, 1945») y el sello de la oficina de la censura de libros que aparece en varias de sus hojas.

Por otra parte, queda confirmado por las hojas numeradas de I a X (más las blancas complementarias) que Cela había dispuesto con total pulcritud y rigor el texto y los paratextos para su publicación por Ediciones del Zodíaco, siguiendo un procedimiento idéntico a la edición de *Pisando la dudosa luz del día* (que he descrito en la edición del libro por Linteo, Ourense, 2008). Estas hojas no se encuentran en la Fundación Camilo José Cela, pese a que hay otras más lacónicas en la información que explicitan también el proceso.

A buen seguro algunas de las hojas que establecen «otra» versión de algunos fragmentos proceden de la copia que quería publicar Maristany en edición de lujo, y que un oficio administrativo del 9 de marzo del 46 denegó (por ejemplo, p. 172). Con lo cual la transcripción de los pasajes eliminados, que a continuación se reproduce, contiene fragmentos autocensurados antes y después del 7 de enero.

Conviene hacer hincapié en que los pasajes censurados del manuscrito RES/287, que se transcriben más adelante, proceden de dos manos. Las que suprimen con trazos de lápiz rojo son las de la censura, mientras que aquellas que se tachan en azul o en otras correcciones menores son de mano del escritor, quien, según la crónica de Vázquez Zamora en la revista *Destino* (26-1-2016), ya advirtió en su lectura madrileña de la obra del 17 de enero de 1946, que había tenido que suprimir páginas enteras por ser demasiado fuertes a juicio de los editores (Maristany y Julià). Como complemento a esta información, es necesario anotar que en la hoja numerada VIII, de las que conforman el espacio para los paratextos de la nonata edición, Cela había consignado con su propia letra lo siguiente:

A petición de los editores, el autor ha suprimido (prescindido de) algún que otro trozo del texto original.

Trozos que, a ciencia cierta, no sabemos si formaban parte del original presentado a la censura el 7 de enero, aunque lo más plausible es que compusieran el original presentado (dado que están numerados correlativamente), si bien con las marcas de autocensura que he mencionado.

Las primeras páginas del manuscrito (hasta la 18, manuscritas y a máquina) son versiones de fragmentos del capítulo III. Son interesantes porque al cotejarlas entre ellas y con las versiones de la Fundación Camilo José Cela se puede observar el trabajo de recreación del escritor.

Las páginas 19-24 es la versión de un fragmento del capítulo II, muy similar al de otras versiones de la Fundación Camilo José Cela.

Las páginas 25 a 67 pertenecen al capítulo IV. Son frecuentes las tachaduras en rojo de la censura. También breves tachaduras del propio Cela.

Las páginas 68-90 son del capítulo V. En la Fundación Camilo José Cela se conservan dos versiones paralelas, pero sin las tachaduras rojas de la censura.

Del capítulo V son también las páginas que van desde la 91 a la 114. Se trata de una versión corregida por el escritor con posterioridad al 7 de enero de 1945.

Las páginas 115-136 presentan cuatro versiones de «Historia de una fotografía». Uno de los fragmentos más interesantes del manuscrito. Las versiones se encabezan con el marbete «Capítulo VI», pero en la edición príncipe el texto se encuentra al final del capítulo V, suprimiendo varios pasajes. La primera versión (de la que no hay rastro en la Fundación Camilo José Cela) contiene párrafos de alto voltaje sexual y erótico, que nunca vieron la luz y que seguramente nunca se presentaron a la censura, porque el propio Cela anota a lápiz: «sustituir totalmente por la segunda versión»; mientras que la tercera versión contiene también una anotación a lápiz: «versión para la edición española». Presentan la cara de la sexualidad más descarnada de *La colmena*, y merecerían un análisis textual muy pormenorizado.

Las páginas 137-146 contienen sucesivamente dos versiones del comienzo del capítulo VI, totalmente tachadas por la censura. Son diferentes por el tipo de párrafo mecanográfico empleado.

Las páginas 147-168 presentan dos versiones del «Final» o «Epílogo», y van fechadas; la segunda fue presentada a la censura como lo acreditan los sellos.

Los paratextos de la novela conservados en la carpeta que contiene el manuscrito son muy precisos y significativos. Está indicada la forma de componer el lomo, la tapa «en tela azul como la de *Colonos de Georgia*»^[20], y naturalmente las hojas de créditos y de título de la novela. En la de créditos figura: «Es propiedad del autor. Derechos reservados para todos los países. Copyright by Camilo José Cela, 1946. Printed in Spain». También en la página de créditos figura la advertencia de la supresión de algunos pasajes, que he citado antes. El título de la novela se ofrece de la siguiente manera: «*La colmena* (Primera novela de la serie *Caminos inciertos*)». Nótese que *La colmena* es novela y *Caminos inciertos*, serie; marbetes que no coinciden con los que constan en la carpeta que guarda el manuscrito, como anotaré de inmediato. Además, consta la dedicatoria que llevan todas las ediciones de la novela: «A mi hermano Juan Carlos, guardia marina de la Armada española». Todos los paratextos son de puño y letra de Cela.

La carpeta que contiene el manuscrito presenta en la cubierta un «esqueleto» de la «novela» *Caminos inciertos*, que transcribo a continuación:

Libro primero. *La colmena*

Libro segundo. *La cesta de agua*

Libro tercero. *Un niño vaga por los caminos inciertos*

Libro cuarto. *El puente*

En el caso del Libro tercero, Cela anotó, a propósito de su historia, con letra muy menuda: «el niño es tonto y es hijo de Martín Marco y de su hermana Filo. Se escapa

cuando Filo se casa con don Roberto. Tiene 10 o 12 años».

Por último, quiero llamar la atención sobre una cita que Cela escribe en el eje horizontal de la carpeta, sobre el vertical que desarrolla el esqueleto de *Caminos inciertos*. Se trata de la reflexión de Stendhal procedente de *De l'amour* (capítulo «De l'Espagne»): «j'écrivais en langue française, mais non pas certes en littérature française». Cela utilizó esa cita del autor de *Le rouge et le noir* para definir su ética y su estética de novelista agraviado (por la censura de *La colmena*) en las «Notas para un prólogo», que preceden a *El bonito crimen del carabnero y otras invenciones* (Barcelona, José Janés, 1947) y que son, sin ningún tipo de dudas, la mejor poética de *La colmena* [Sotelo, 2015]. El trabajo riguroso del genial novelista gallego no necesita en este punto glosa alguna.

A modo de corolario quiero advertir que el presente manuscrito tiene un valor impagable para comprobar tres cuestiones. La primera, la naturaleza de los pasajes censurados; la segunda, para atestiguar —junto con las versiones depositadas en la Fundación Camilo José Cela— el esmerado trabajo de creación y reelaboración de sus textos por parte del escritor. Y por último, legitimar que la gestación lenta y laboriosa de *La colmena* se materializó en un haz de manuscritos.

Las Navas del Marqués, 29 de junio de 1945

Mi querido Carlos Maristany:

Aquí me tienes —¡Otro año, ya!— dispuesto a respirar durante un par de meses con una interrupción de veinticuatro horas en el bonito Purgatorio veraniego de Madrid.

Ayer recibí tu carta que te agradezco mucho, muchísimo. Tu ofrecimiento editorial me ilusiona —porque creo que nadie mejor que tú puede hacerlo en nuestro país— y me preocupa. La cosa, por ahora, yo creo que marcha bastante bien, pero aún hay mucha tela cortada. Desde luego como, cuando llegue el momento de la edición, no haya aflojado un poco la Censura, estoy perdido. Mi novela, que creo que puede llegar a ser un considerable éxito de público, no es —ciertamente— una novelita rosa. Ayer leí los dos primeros capítulos en el Museo Nacional de Arte Moderno, en la Exposición de estampas madrileñas de Juan Esplandú, ante un público tan selecto como heterogéneo, y tuve un éxito «de atención» muy satisfactorio; yo lo interpreto como un buen síntoma y que Dios me perdone si me equivoco.

Del texto no tengo aún nada en limpio «definitivo». Como la novela va concebida en cuatro partes —de 25 capítulos cada una—, cuando tenga lista la primera, haré una copia presentable y te la enviaré. Esto no creo que suceda antes de fin de verano. Trabajo deprisa, pero sin agobio. Como creo que el secreto de la Novela es contar y contar, cuando temo divagar, paro y espero.

El título —en principio— lo tengo ya resuelto. Mejor dicho, los dos títulos. Uno —en la parte superior y en letra más pequeña— dirá:

VAGANDO POR LOS CAMINOS INCIERTOS

El otro —más abajo y en letra mayor y que vendrá a ser algo así como lo específico ante la genérica incierta vagancia— dirá:

LA CIUDAD LLAGADA

Yo creo que entre los dos se puede dar una idea bastante honrada de lo que se va a leer.

A Calleja en ningún caso le interesaría una novela tan «gorda» como la mía. Sin embargo, y dado que todos los hermanos son algo así como los arquetipos el caballero, me parece muy prudente lo que tú me dices. Voy a dar a las dos novelas que para ellos preparo, un empujón que procuraré que sea el último. Con eso, además, ganamos algún tiempo a efectos de Censura. ¿No te parece?

Escíbeme a donde quieras. Yo bajo todas las semanas a Madrid. Si certificas es mejor que lo hagas aquí para evitar excesos de celo en los carteros.

Un abrazo para Ramón [Julià] y otro para ti de vuestro,

Camilo José Cela

DRU DOUGHERTY

LA COLMENA EN DOS DISCURSOS: NOVELA Y CINE

Hace tiempo que Claude Bremond recordó que las fábulas tienen una estructura independiente, aportando cada medio de expresión su propio discurso para contarlas [Bremond, 1964]. De ahí que podamos conocer una misma historia en versiones distintas según la encontremos en un libro, convertida en narrativa, o en un espectáculo, transformada en *ballet*, ópera, obra de teatro, película, etc. En cada versión, según esta óptica, la fábula se mantiene igual, con sus sucesos, personajes y escenarios, cambiándose solo la manera de presentarla de acuerdo con los recursos y exigencias del medio de expresión. La clásica historia de don Juan, por ejemplo, sobrevive en la ópera de Mozart y *Las galas del difunto* de Valle-Inclán, así como la fábula del corregidor y la molinera se narra íntegra en el cuento de Alarcón y el *ballet* de Manuel de Falla.

Que una misma fábula aparezca en versiones novelísticas y cinematográficas es un hecho corriente en la España actual donde la escritura de novelas y el rodaje de películas se asocian cada vez más. Las influencias y dependencias entre los dos medios de expresión son mutuas [Urrutia, 1984], pero aquí he de limitarme a recordar el paso de novelas de posguerra ya canónicas —*La familia de Pascual Duarte*, *Tiempo de silencio*, *La plaza del diamante*, *Si te dicen que caí*, etc.— y otras menos consagradas a la pantalla grande [Hopewell, 1986]. Desde luego las adaptaciones mencionadas presentan historias cuyo traslado al medio fílmico plantea todos los problemas inherentes en el cruce de discursos: el cambio de un lenguaje verbal a otro visual, de un tiempo pretérito a un presente inmediato, de una fábula mediada por una o varias voces narrativas a otra presentada directamente, etc. Pero son casos que parten de novelas cuyas historias tienen una configuración bien definida. Mas, ¿qué hacer con *La colmena* de Mario Camus (1982), película basada en una novela que insiste en negarnos su fábula? ¿Qué pensar de una película que pretende adaptar una novela, cuyos sucesos, personajes y ambientes se multiplican hasta formar un enjambre de vidas sin ninguna unidad aparente y, lo más problemático para una industria de estrellas, sin ningún protagonista señalado?

Lo primero que se puede pensar es que *La colmena* de Camus nos da una lectura más de la novela de Cela. Así como el director de escena, al montar una obra de teatro, concretiza su recepción del texto dramático en un montaje que la semiótica reconoce como una lectura del mismo [Bobes, 1987], el director de cine nos ofrece una representación del texto novelístico, que viene a ser así un pretexto fílmico. En el caso de *La colmena*, dicha lectura ha de enfrentarse con el problema ya apuntado —la falta de una fábula clara— y con otros no menos difíciles para el cine: un *dramatis personae* colectivo, una trama cuya secuencia temporal evita la sucesión cronológica, la multiplicación de breves enlaces entre vidas aparentemente desligadas conforme

avanza la lectura, los comentarios sarcásticos o tiernos de un narrador que no pretende la supuesta objetividad de la cámara. La respuesta de Camus a este reto consiste en dotar a la novela de una fábula cerrada, reducir los personajes a un círculo pequeño y recurrente, dar relieve a Martín Marco y servirse de unos escenarios ya tópicos —el café de doña Rosa, el prostíbulo de doña Josefa— como espacios cuya vuelta periódica establece un ritmo que presta unidad a una acción de otra manera difusa. Así, pues, descubrimos en la película un dato que el narrador calla sistemáticamente en el capítulo final de la novela, donde todos buscan a Martín a partir de una noticia en el periódico, cuyo contenido no sabemos nunca. Se aclara en la película que la policía anda detrás de Martín como presunto asesino de doña Margot, madre de la Fotógrafa. Si esa explicación ya está implícita en la novela, en la película se convierte en un suceso clave cuyo desenlace se nos proporciona como última aclaración del misterio: la policía acaba deteniendo a Martín pero poco después lo sueltan, tras comprobar que doña Margot se suicidó. El discurso fílmico parece pedir, pues, a diferencia del novelístico, una fábula con desenlace, lo mismo que insiste en concentrar nuestra visión, y nuestra compasión, en una figura particular (José Sacristán, que hace el papel de Martín con notable naturalidad). ¿Será esto una lectura que vuelve explícito el desenlace que todos intuíamos de todas maneras? ¿O será una exigencia del medio, que busca contar una historia coherente (aunque no exista) y descubrir en ella unos papeles destacados para sus estrellas?

La sospecha de que muchos cambios introducidos en la historia por el director responden a las estructuras del medio se acentúa en la transformación de Leonardo Meléndez, el sablista profesional, en verdadero gracioso de la película. Su protagonismo y la vis cómica que desprende se deben, seguramente, más a la fama y al estilo del conocidísimo actor José Luis López Vázquez que a un afán de ahondar en la interpretación de *La colmena*. Lo mismo cabe decir de la actuación de otras figuras famosas en el reparto —Ana Belén como Victorita, Agustín González en el papel del impresor Mario de la Vega, Charo López, que hace una Nati justísima, Victoria Abril en el papel de Julita, Luis Escobar como el eterno pretendiente a académico—. Si todos requieren la atención de la cámara con insistencia, el caso más notable de papel ensanchado es el de Francisco Rabal, un actor evidentemente apreciado por Mario Camus [Camus, 1984]. El personaje representado —Ricardo Sorbedo, bohemio y amigo de Martín Marco— aparece solo dos veces en la novela. En cambio, en la versión cinematográfica el personaje adquiere una importancia exagerada, siendo cabeza de la tertulia que reiteradamente centra nuestra visión en el paisaje familiar del café. Será este bohemio el que presenta a Cela (alias Matías Martí) en la escena que transforma al autor de *La colmena* en habitante del mundo de ficción inventado por él.

La segunda observación que se podría hacer respecto de la lectura presentada por *La colmena* de Camus es que esta vuelve inofensivos ciertos aspectos de la novela de Cela que todavía pueden dejar al lector desconcertado e incómodo, conduciéndole así

a vivir la lectura como una provocación. ¿Qué queda en la película de aquella densidad de historias casi anónimas cuyo conjunto, a primera vista tan revuelto como la vida misma, nos da la sensación de una masa opaca y muda que de repente está iluminada y dotada de voz? ¿Qué recursos fílmicos pueden sustituir aquella monotonía dentro de tanta diversidad, los secretos enlaces descubiertos en una segunda o tercera lectura, y aquel tejido de vidas que acaba reuniendo (¿reconciliando?) la superficie cruel de la vida con su matriz biológica, siempre vital? Y, ¿cómo se compensa la pérdida de aquella visión escéptica y compasiva del narrador cuyos comentarios nos aseguran que hay más en la vida que hambre, soledad, codicia y miedo? Así es que ninguna de las escenas eróticas de la película, por repetidas que sean, llega a la altura evocada por el narrador cuando Petrita, la criada de Filo, y el guardia descubren en el solar oscuro y abandonado «un paraíso directo donde no caben evasiones ni subterfugios [...] donde se ama noblemente, casi con dureza, sobre el suelo tierno». Dentro del discurso fílmico *La colmena* no abre camino, ya que se adhiere a las convenciones del género y se esfuerza por agradar y entretener al espectador por encima de todo. Muy distinto es el impacto de *La colmena*, cuyo discurso agrade la sensibilidad burguesa y desafía ciertos hábitos de lectura que acaban trazando una línea clara entre vida y literatura. Una lectura fílmica tan convencional no sirve bien a un texto cuyo discurso narrativo conscientemente va contra corriente.

Por otra parte, hay que reconocer que la adaptación de *La colmena* nos acerca a la realidad primaria que la novela procura evocar dentro de los límites del lenguaje verbal. Cela declara en la nota a la primera edición que su novela no aspira a ser más «que un trozo de vida narrado paso a paso, sin reticencias, sin extrañas tragedias, sin caridad, como la vida discurre, exactamente como la vida discurre». Pues aquella «vida» irrumpe en la película de una manera directa y desnuda —las prostitutas limpiando lentes en la cocina de doña Josefa, las palmadas y llamadas al sereno, el NO-DO con su reportaje sobre la Semana Santa en Zamora, el andar insinuante de Elvira y el lucky que don Tesifonte le ofrece, el piso inolvidable de la Fotógrafa— que el discurso novelístico no puede igualar. La sentencia de Goethe, citada en la nota a la tercera edición, «está fuera todo lo que está dentro», es casi un manifiesto cinematográfico, y visto desde aquella idea, el texto de *La colmena* tiene mucho de guion por cuanto tiende a evitar aquellas técnicas del discurso narrativo —el monólogo interior, los sueños, las voces narrativas superpuestas, etc.— donde el cine fácilmente fracasa. Tan comprometido con la historia, la biología, la vida no disfrazada «con la máscara loca de la literatura», el narrador de *La colmena* nos aleja, no obstante, de ella al insistir en callar lo que bien sabe, no dejar que otras voces compitan seriamente con la perfeccionada tanto más distanciada de la vida. La versión fílmica de la novela, en cambio, hace que esa vida vuelva a actualizarse a través de imágenes cargadas de recuerdos para gran parte del público: la corriente eléctrica que se va, los abrigo sin quitar en las casas mal calentadas, la máquina de

coser movida por el pie, etc. La radio de doña Rosa con su texto de rigor —«Gloriosos caídos por Dios y por España, ¡presentes! ¡Viva Franco! ¡Arriba España!»— inicia una verdadera sinfonía de sonidos que ningún texto, por evocador que fuera, podría alcanzar: pregones, campanadas, sirenas, los dados movidos en el cubilete del parchís, timbres, canciones de criadas, y la música que acompaña en todas partes, añadiendo su nota, a veces ramplona, de época. Así, pues, la pantalla no solo transmite signos y mensajes sino que recrea para nosotros el contexto —duro, cálido, todavía vivo— que los hacían inteligibles. En ese sentido, *La colmena* de Mario Camus puede ser más fiel que la novela a la materia prima evocada por Cela.

Al comienzo de la película, el poeta bohemio Ricardo Sorbedo hace las siguientes observaciones a sus contertulios sobre la forma de toda novela: «La novela debe constar de los tres elementos tradicionales, clásicos, esenciales [...]. Y esos tres elementos [...] dejémonos de gaitas y de modernismos, son [...] planteamiento, nudo y desenlace. Sin planteamiento, nudo y desenlace, por más vueltas que quiera usted darle, no hay novela. Hay [...] pues no hay nada, para que lo sepa, hay fraude y modernismo». Todo lector de *La colmena* reconocerá en estas palabras una ironía dirigida a los primeros críticos de la novela que echaban de menos en ella una construcción tradicional. Viene a ser, tal vez, un homenaje del adaptador José Luis Dibildos al autor de la novela, por cuanto se aventuraba, en los años cuarenta, a buscar un discurso original para alejarse de las representaciones «literarias» de la vida. Algunos dirán que el verdadero «fraude» aquí es la película, que no está a la altura de la novela ni de las circunstancias de 1983. Para muchos, no obstante, la película *La colmena* será la única (¿la definitiva?) versión conocida de la historia inventada por Cela, y les dejará en la boca un sabor de época inconfundible.

AMALIA BARBOZA
*LA COLMENA Y LA SOCIOLOGÍA URBANA. UNA
LECTURA SOCIOLÓGICA*

—No perdamos la perspectiva, yo ya estoy harta de decirlo, es lo único importante.

Doña Rosa en *La colmena*

A la hora de analizar una obra literaria nos vemos ante la necesidad de elegir una perspectiva de análisis. Dependiendo de esta perspectiva la obra estudiada toma diferentes contornos. El biógrafo o historiador de la vida de Camilo José Cela que vaya a estudiar su novela *La colmena* se interesará por aquellas anécdotas que informan sobre el proceso de creación y sobre el destino de la obra: por ejemplo sobre las peripecias que llevaron a Cela a querer quemar su obra o sobre la mano de la mujer que salvó los papeles del fuego o sobre los primeros éxitos de la obra tras ser publicada en Buenos Aires en 1951. El estudioso de la literatura, en cambio, centrará su interés en el análisis de la compleja estructura de la obra, en sus innovaciones formales. El estudioso de ciencias políticas, por su lado, se preguntará por la intención política del autor y verá en esta obra una crítica al ideal de sociedad del franquismo.

El estudio de *La colmena* se puede realizar, así pues, desde diferentes perspectivas. También desde la sociología una obra literaria puede ser objeto de diferentes análisis. La sociología de la literatura ha orientado muchas veces su tarea en la reconstrucción del contexto histórico y social en el que el escritor concibió su obra. Desde esta perspectiva no es tanto la obra, ni tampoco el escritor y su biografía, sino más bien el contexto social lo que llama la atención al sociólogo. A este tipo de sociología se le ha criticado el olvido de lo que es en sí la literatura, es decir, el estudio de las obras mismas. Por ello, se abrió otra línea de análisis. Una sociología que analiza las obras de arte y en la interpretación de estilos, géneros y formas literarias da cuenta de las tendencias sociales que se reflejan o documentan en las obras. En este caso el interés del sociólogo es también lo social, pero no únicamente el contexto social en el que fue escrita la obra, sino que se trata de analizar la información sobre la sociedad que la obra misma, en su forma y contenido, trae a relucir. Esta perspectiva supo, por ejemplo, ver en las diferentes corrientes literarias (como puede ser el realismo, el expresionismo o el tremendismo) expresiones características de la concepción del mundo de una época, de una generación o de una clase social determinada. Este método documental ha sido por ejemplo aplicado en el campo de la literatura entre otros por los sociólogos Georg Lukács y Lucien Goldman. El sociólogo Karl Mannheim, amigo en este tiempo de Georg Lukács, escribió un texto para sistematizar los pasos de este método: «Aportaciones sobre una teoría de la interpretación de concepciones del mundo» [Mannheim, 2009]. Se trata

de un texto que después fue central para el desarrollo del método de la iconología elaborado por Erwin Panofsky en el mundo de la historia del arte [Barboza, 2005]. Siguiendo el método documental el sociólogo se pregunta si determinados rasgos formales de la obra se pueden catalogar como típicos de la modernidad, de la cultura española o como característicos de una generación de escritores de la posguerra.

Otra posibilidad de tratar la literatura desde la perspectiva de la sociología es la de acercarse a las obras literarias como si estas fueran análisis de una sociedad que estamos interesados en investigar. Desde esta perspectiva tratamos al escritor no como objeto de estudio sino como analista de la sociedad, como un compañero o compañera de camino.

Si bien los personajes de la literatura suelen ser personajes ficticios, se sabe que los escritores normalmente toman como modelo para crear a sus protagonistas la realidad que les rodea. Así como el sociólogo al construir tipologías sabe que estas siempre serán modelos heurísticos, en sí inexistentes, pero que de forma representativa hacen referencia a existencias reales, de esta misma forma son los personajes de la literatura, personajes conjeturales, creaciones del escritor que se acercan a personas que bien existieron en el pasado, o que existen en el presente o incluso que están surgiendo o están por surgir. Este paralelismo entre el método del sociólogo de establecer tipos ideales y el método del escritor de crear personajes representativos de una sociedad, nos hace ver la importancia de este otro tipo de acercamiento a la literatura. La sociología se acerca a la literatura no para estudiar su contexto social o para analizar la concepción del mundo del escritor, sino para encontrar en ella formas de interpretación de la sociedad semejantes a los análisis sociológicos. Un ejemplo de este tipo de transferencia del campo de la literatura al campo de la sociología nos lo ofrece el sociólogo Émile Durkheim en su estudio sobre el suicidio. Se sabe que Durkheim utilizó los análisis de algunas novelas de crímenes y suicidios para establecer una tipología de asesinos. Desde esta perspectiva el sociólogo encuentra en la literatura, por decirlo así, una disciplina hermana.

El historiador de la sociología Wolf Lepenies ha analizado en su libro *Las tres culturas* [Lepenies, 1985] cómo la sociología desde sus orígenes ha estado relacionada con la literatura. A esta relación no le faltó conflicto. Como expone Lepenies, los escritores vieron en la aparición de aquellos personajes que empezaron a llamarse sociólogos más bien unos usurpadores del campo hasta ese momento reservado para la literatura. Los sociólogos no solamente se apoderaban de los temas de trabajo del escritor, sino que además lo hacían con la pretensión de objetividad científica. Algunos escritores vieron en la aparición de la sociología una degeneración moral, una ciencia distante y fría, que solo se limita a describir los procesos de cambio de la sociedad. Otros escritores, en cambio, supieron acercarse a estos nuevos métodos de la sociología y reivindicaron para su arte también el carácter neutral de la ciencia. El surgimiento del realismo literario puede verse como un acercamiento del escritor del siglo XIX a un análisis «científico» o neutral de la

sociedad. Este estilo de novela realista es el que caracteriza varias obras de Camilo José Cela.

En el prólogo de su libro *Viaje a la Alcarria*, Cela nos informa de que su «libro no es una novela, sino más bien una geografía»: aclarando que mientras «en la novela vale todo, en la geografía, ya no vale todo, y hay que decir siempre la verdad, porque es como una ciencia» [Cela, 1989: 16-17]. En el primer prólogo de *La colmena* también quiere Cela hacer consciente al lector de que su novela «no es otra cosa que un pálido reflejo, que una humilde sombra de la cotidiana, áspera, entrañable y dolorosa realidad». Así como con la «geografía» del *Viaje a la Alcarria*, pretende también Cela en *La colmena* acercarse a un estudio casi «científico» de la realidad del Madrid de la posguerra. Como él dice, no quiere «disfrazar» esta realidad «con la máscara loca de la literatura» y añade: «Esta novela mía no aspira a ser más —ni menos, ciertamente— que un trozo de vida narrado paso a paso, sin reticencias, sin extrañas tragedias, sin caridad, como la vida discurre, exactamente como la vida discurre». Años más tarde, en su nota a la cuarta edición, declara Cela que «este es un libro de historia, no una novela». Así pues, vemos aquí claramente un acercamiento intencional del escritor al estatus y al estilo de la ciencia.

En la historia de las relaciones entre la sociología y la literatura no solo encontramos aproximaciones de los escritores al campo de la ciencia, sino que también se puede encontrar acercamientos de los científicos sociales al mundo de la literatura. El padre de la sociología, Auguste Comte, quiso primeramente separar su análisis de la sociedad de todo experimento estético y narrativo. Su pretensión fue la de dar con una ciencia de la sociedad que siguiera el modelo de las ciencias naturales. Sin embargo Comte de vez en cuando dudaba de esta perspectiva objetiva de la ciencia. Sobre todo, como señala Wolf Lepenies, en aquellas situaciones en que las mujeres entraban en su vida. En estos momentos de enamoramiento el científico se daba cuenta de la imposibilidad de analizar de forma racional y sistemática los momentos irracionales de la vida del hombre. En estos momentos de duda sobre la eficacia de la racionalización es cuando Comte pudo ver en la literatura y en la lírica una forma más adecuada de entender la realidad social. Una realidad que muchas veces se escapa a las sistematizaciones racionales y a los conceptos.

En este pequeño apunte de la historia de un clásico de la sociología vemos que, aunque se haya tratado de separar la disciplina sociológica de todo aspecto literario y estético, muchas veces se ha sido consciente de las afinidades que existen o se pueden dar entre la literatura y la sociología. Ambos, el escritor y el sociólogo, comparten la misma curiosidad por el mundo social que les rodea y llegan muchas veces a hermanarse en sus métodos de análisis.

Siguiendo la búsqueda de las afinidades entre la literatura y la sociología me propongo en este texto realizar una lectura de *La colmena* viendo en esta una obra de valor para el sociólogo como análisis de la realidad urbana.

La ciudad nos ofrece un ejemplo claro de un objeto de estudio que tanto ha interesado a escritores como a sociólogos. El surgimiento de las sociedades modernas tras la Revolución Industrial trajo consigo un cambio no solo de la estructura social y de los espacios, sino también de las formas de vida. Estos cambios han sido tema de numerosas obras literarias. La tarea que se le presenta al escritor que quiera realizar una novela de lo urbano, como se propuso Cela en *La colmena*, no se reduce a la elección temática. El escritor aspira al mismo tiempo a dar con una forma literaria que se adecue a lo específico de esta realidad urbana. Escritores como John Dos Passos o Alfred Döblin han sabido plasmar la vida de grandes ciudades como Nueva York y Berlín adecuando el lenguaje literario al objeto de su narración. Para poder exponer la heterogeneidad propia de la realidad urbana utilizaron medios innovadores como el montaje y el *collage*.

Los sociólogos han visto también en la ciudad un laboratorio ideal para el estudio de la sociedad moderna. Si bien la sociología ha tendido en sus análisis a utilizar conceptos como «sistema» o «estructura» que atienden a una realidad estática, fueron muchas las voces que recalcaron la necesidad de obligar al pensamiento sociológico a abarcar lo dinámico de la realidad en proceso que caracteriza a la ciudad. Una reivindicación de una sociología de los procesos dinámicos surgió de corrientes como el historicismo o la filosofía de la vida. Sociólogos como Georg Simmel, Walter Benjamin o Siegfried Kracauer aplicaron una concepción dinámica de la sociología para poder estudiar la realidad urbana. Estos sociólogos vieron la necesidad de realizar un estudio de campo que se adecuase a la complejidad y a una sociedad en permanente movimiento. Aquí es donde el sociólogo puede ver en algunas obras literarias la posibilidad y el instrumental capaz de exponer esta realidad urbana. En este sentido la novela de Cela nos ofrece un ejemplo modélico para la sociología. Voy a centrarme en dos aspectos: por un lado la capacidad de Camilo José Cela para exponer la heterogeneidad y el movimiento característico de la ciudad y por otro lado la figura misma del escritor como cazador de lo heterogéneo.

LA CIUDAD Y SUS MÚLTIPLES HISTORIAS

La acción de *La colmena*, como nos revela el autor en el primer prólogo, discurre en Madrid, en 1942. Cela se propone retratar tres días de la vida de esta ciudad.

Como su título mismo indica, se trata de la historia de una colmena, o como Cela añade, de «un torrente» de personajes. Son más de trescientos personajes que, según el autor, no solo corren sino que bullen por las páginas de la novela. El primer personaje con el que Cela introduce al lector en su novela es la dueña de un café del centro de Madrid, doña Rosa. «—No perdamos la perspectiva» es la primera frase

con la que se abre la novela. Se trata del lema de doña Rosa, que más adelante en otros capítulos volverá a repetirse. A partir de este primer personaje Cela nos lleva de una figura a otra: primero de mesa en mesa, más tarde atravesando las calles y puertas del Madrid de la posguerra. No solo la perspectiva de doña Rosa, sino también la de todos sus clientes del café, la de los vecinos y habitantes de Madrid, pasa a ser tema y forma de esta novela. Si el lema de doña Rosa es «no perdamos la perspectiva», bien podríamos decir que el lema de *La colmena* es la multiplicidad de perspectivas.

El protagonista de *La colmena* no se encuentra en una persona, sino en todos los miembros de la ciudad. Esas caras anónimas, de diferentes orígenes y procedencias sociales, confluyen y entrecruzan en tres días sus itinerarios. Desde el comienzo el lector tiene la impresión de que el escritor es un detective sin rumbo o un detective que busca nuevas historias y conexiones entre ellas, pero que no puede seguir las hasta el final, pues siempre se interpone una historia nueva. La ciudad nos presenta miles de historias, desenlaces y amores, crímenes y encuentros. El lector va descubriendo los enlaces de parentesco y amistad que unen a los personajes, así como Sophie Calle, una artista francesa que, en su persecución fotográfica de personajes anónimos por las calles de París, va anotando las relaciones sociales de sus desconocidos sin tener un objetivo concreto [Calle, 2004]. Se trata del trabajo de un detective que no va buscando solucionar un caso. La búsqueda tiene como único objetivo dar cuenta de la mayor cantidad de personajes y cruces sociales posibles.

Es interesante que el sociólogo y periodista Siegfried Kracauer haya tratado el método del detective como un método ligado a la metodología científica: una metodología neutral, con un objetivo, el de solucionar un caso [Kracauer, 1979]. Pero este método del detective no es el que sigue Kracauer cuando estudia las ciudades. Como tampoco es, en realidad, el método de Camilo José Cela o de Sophie Calle. Pues todos ellos tienen el hábito de un detective, pero no buscan como el detective racional y científico solucionar un caso. Por eso Kracauer en su libro sobre Berlín, *Straßen in Berlin und anderswo* (1964), propone definir esta búsqueda de un detective sin objetivo y sin caso que solucionar, como la búsqueda de un *flâneur* que se deja llevar por las masas en un estado de embriaguez. Se trata de un detective que tenía un objetivo, pero lo ha olvidado y divaga. El único objetivo del «detective-*flâneur*», o del detective que se olvidó del caso que quiere solucionar, es acumular imágenes, situaciones y sensaciones y dejarse llevar por ellas. Kracauer es consciente de que las personas que lo han visto por las calles de Berlín deben haber pensado que su tarea es la de un paseante sin objetivo «*zielloser Schlenderer*». Sin embargo Kracauer hace saber al lector que en realidad sí que existe un objetivo: un objetivo que «desgraciadamente» (*zu meinem Unglück*) él había olvidado. Un objetivo que se esconde entre los diferentes movimientos de la ciudad y las diferentes perspectivas. Por eso el paseante no cesa de deambular.

Existen determinados lugares donde la afluencia de situaciones y personas que se

entrecruzan resulta patente: el bar y la casa de citas. Mientras en los bares los personajes se entrecruzan en el espacio público, en la casa de citas se dan las relaciones más inesperadas en los espacios cerrados de los cuartos. Determinadas camas son testigos de parejas que se encuentran y se esquivan. Las camas son espacios neutrales de encuentros. También Sophie Calle ha sabido darle a la cama un protagonismo especial en su obra. En su proyecto *Les dormeurs* (1981) invita Sophie Calle a gente desconocida que ella ha ido encontrando fortuitamente en la ciudad de París a que pasen una noche en su cama. Sophie Calle documenta con su cámara este cruce de personas anónimas ante el testigo siempre presente del lecho. También Cela utiliza los lechos como espacios de encuentros e historias entrecruzadas.

El ritmo de *La colmena* sigue estos entrecruzamientos ayudándose del movimiento de una cámara cinematográfica que pasa del interior de una habitación al exterior de la calle, de aquí continúa el paseo con una pareja, para dejar esta y adentrarse en la conversación en un bar, siguiendo los diálogos y pensamientos de las mesas cercanas, ofreciéndonos de vez en cuando un plano general, para seguidamente pasar a un plano cercano. Esta lógica cinematográfica le permite a Cela adiestrar el ojo al movimiento y a los cambios de enfoque. De la misma manera en la película de Wim Wenders, *Cielo sobre Berlín* (1987), los ángeles funcionan como las cámaras invisibles que pasan de un ciudadano a otro, siendo testigos de sus pensamientos y preocupaciones.

Cela nos ha revelado en un pequeño artículo que lo que él hizo en *La colmena* fue «echarme a la plazuela con mi maquinilla de fotógrafo y revelar después mi cuidadoso y modesto trabajito ambulante» [Cela, 1951: 1]. El trabajo del escritor consistió en deambular por las calles persiguiendo los caminos e historias de los habitantes de Madrid. La ciudad se transforma en una máquina de historias. La ciudad ofrece, como en la novela del escritor argentino Ricardo Piglia, *La ciudad ausente* (1992), una máquina de contar en un continuo procesar de nuevas historias. Siguiendo a esta máquina de contar Cela pudo hacer de su novela una obra interminable. Tal vez ese fue su plan, cuando concibió *La colmena* como el primer libro de un ciclo de novelas que debería haber llevado el título de *Caminos inciertos* (hasta finales de los setenta todas las ediciones de *La colmena* llevan este título principal).

EL VIAJERO, EL VAGABUNDO, EL PERIODISTA, EL HOMBRE URBANO, EL SOCIÓLOGO Y
EL ESCRITOR

Si hemos de elegir un protagonista en la novela de Camilo José Cela será la figura del hombre urbano, del vagabundo, aquel que entrelaza los caminos inciertos. Este personaje es la figura misma del escritor, el analista de la ciudad que se transforma en una figura en movimiento para poder captar la lógica de la ciudad. Esta realidad social de lo heterogéneo y en continuo movimiento hace que el investigador adecue

su método y hábito al objeto que va a ser investigado.

En los relatos de viajes de Camilo José Cela el cruce de los personajes va guiado por el camino del viajero. Este es a la vez personaje principal y escritor que toma la forma del peregrino para unir los caminos inciertos. En *La colmena* el escritor no se incluye como personaje de la novela, pero está presente como una figura ausente que va persiguiendo estos cruces de personas.

El personaje que más se asemeja al personaje del viajero en *La colmena* es el vagabundo y escritor Martín Marco. Por eso muchos autores han resaltado la importancia de este personaje [Ortega, 1965]. Martín Marco representa el hombre urbano por excelencia, aquel que no tiene vivienda estable y se encuentra en un continuo vagar. Es necesario aclarar que el hombre urbano lo interpreta la antropología y la sociología urbana no como el hombre de la ciudad, sino como el hombre en continuo estado de movilidad (véase, por ejemplo, el libro sobre *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos* de Manuel Delgado, 1999). Partiendo de esta definición, la «urbanidad» se puede dar no solo en la ciudad, sino en todo contexto que se caracterice por la movilidad y lo inconstante. Los lugares urbanos son las calles, los caminos, también las estaciones, los hoteles y los aeropuertos: lugares que tienen como función ser un espacio de encuentros anónimos de personas en permanente movimiento. Se trata de espacios donde lo diferente confluye en un punto espacial o temporal, como las heterotopías analizadas por Michel Foucault (1967). O se trata también de lugares abiertos y de transitoriedad que el antropólogo francés Marc Augé (2009) ha denominado «no-lugares». El hombre urbano se mueve en estos espacios y está siempre errando, el hombre que no tiene casa y vive en hoteles o siempre en nuevos lechos.

Podemos afirmar así que Camilo José Cela es un escritor de lo urbano, no solamente en su obra *La colmena*, sino también en sus famosos libros de viaje. En estas obras trata Cela los equilibrios precarios en las relaciones humanas, la constante formación de sociedades, cuyo destino es disolverse al poco tiempo de haberse generado (así como el destino del viajero es seguir el viaje y dejar detrás los vínculos realizados).

Otra figura que se asemeja al viajero es la figura del periodista. El periodista se encuentra también en continuo movimiento a la caza de nuevas noticias. El sociólogo de la ciudad, Robert Ezra Park, que estudió con Georg Simmel en Berlín, se dedicó primero a este oficio de cronista de la ciudad. Más tarde, como profesor de sociología en la Universidad de Chicago, supo enseñar a sus estudiantes que, como sociólogos de la ciudad, estos deben seguir el principio del periodismo: deambular (*nousin around*), salir a la calle y observar. El sociólogo alemán Rolf Lindner ha estudiado en la figura de Park cómo la sociología de la ciudad estaba en sus comienzos ligada a las experiencias del periodismo [Lindner, 1990]. Lindner hizo su doctorado con Wolf Lepenies y es interesante ver que mientras Lepenies ha estudiado las relaciones entre la literatura y la sociología, Lindner centra su objeto de interés en las relaciones entre

el periodismo y la sociología. El trabajo de campo del sociólogo de la ciudad es como el trabajo del periodista que deambula por la ciudad en busca de nuevas historias. Para eso tiene que habituarse al movimiento, para poder así captar las situaciones y la diversidad de perspectivas que constituye una ciudad.

También el filósofo y sociólogo Walter Benjamin concibió su *Libro de los pasajes* como una sociología de las ciudades en donde la investigación es el resultado de las experiencias fortuitas del viajero. Benjamin buscó el material para su libro en sus viajes por París, Berlín y Milán, recolectando material fotográfico, notas de observación y coleccionando objetos. Benjamin no pudo dar fin a su proyecto, ya que murió huyendo del nacionalsocialismo, llevando en su maleta una parte de su proyecto. El conjunto de citas y documentos que irían a constituir el *Passagen-Werk* ha sido editado póstumamente por Rolf Tiedemann [Benjamin, 1991]. Susan Buck-Morss ha estudiado en su libro *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes* (1995) la compleja estructura de *Los Pasajes*. La idea del proyecto de Benjamin tiene su origen, según Buck-Morss, en «el experimento» de «experiencia sensorial» que Benjamin y Asja Lacis, una actriz y directora de teatro para niños, realizaron en 1924 en la ciudad de Nápoles y que dio forma al artículo «Neapel» [Buck-Morss, 1995: 45]. Este método lo aplicó Benjamin primero en el libro de 1928 *Calle de sentido único (Einbahnstraße)*: ir coleccionando imágenes, sin mediación de teoría o concepto. De forma parecida quería concebir Benjamin el proyecto de *Los Pasajes*: una colección de imágenes y momentos recogidos por las ciudades de finales del siglo XIX. Una colección en la que los lectores pueden adentrarse, teniendo entonces la posibilidad de tomar parte de los viajes realizados por Benjamin.

Este mismo principio del viajar y deambular que siguieron Kracauer, Benjamin y la escuela de Park lo encontramos en el trabajo de Camilo José Cela. Como nos cuenta su hijo, la labor del escritor consistió en muchas de sus obras en un «ponerse a andar en busca de sitios y gentes para hablar con los campesinos, los vaqueros, los vagabundos y los mendigos e ir apuntando en un cuaderno de tapas negras y hojas cuadriculadas los apodos, refranes, las canciones y los nombres de los arroyos y las peñas» [Cela Conde, 1989: 65]. En *La colmena* siguió Cela también este método, valiéndose como él dice de la «maquinilla de fotógrafo» [Cela, 1951: 21], propia de todo caminante al acecho de situaciones, conversaciones y escenarios. En su trabajo ambulante encontró Cela la forma adecuada para fijar la vida de la ciudad, captando en su novela no solo la heterogeneidad y movilidad propia de las ciudades modernas, sino también adecuándose a este objeto de estudio, transformándose en un transeúnte en busca de cruces de perspectivas.

Como he expuesto al comienzo, la intención de este ensayo ha sido la de apuntar hacia un análisis de la literatura, en este caso de la obra de Camilo José Cela *La colmena*, viendo en esta un modelo de análisis de la realidad urbana. Para terminar

quiero remarcar que la obra de Camilo José Cela seguirá siendo objeto de estudio desde nuevas perspectivas. De la misma forma como los personajes ambulantes de Cela, cada uno con sus preocupaciones, biografías y destinos, no pierden su perspectiva, también va el científico siguiendo diferentes métodos, objetivos e intereses. Estas diferentes perspectivas y métodos de las ciencias se asemejan al movimiento de personajes heterogéneos que deambulan por la ciudad. No es una casualidad que la especialización en disciplinas sea un fenómeno que surge junto con el desarrollo de las ciudades modernas. En el estudio de estas sociedades la literatura y la sociología se encuentran hermanadas en un mismo objetivo y cruzan sus caminos.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones prologadas y anotadas de *La colmena*

1966, The complete novel edited with notes and vocabulary by José Ortega, Nueva York, Las Américas Publishing Co.

1969, edición considerada definitiva por el autor, *Obra completa*, 7, Barcelona, Destino.

1983, Introducción, notas y comentarios de Darío Villanueva, Barcelona, Noguer.

1989, edición de Jorge Urrutia, Madrid, Cátedra.

1990, edición, introducción y notas de Raquel Asún, Madrid, Castalia.

1992, prólogo de Gonzalo Sobejano, Madrid, Alianza Editorial.

1997, edición de Miguel Ángel Izquierdo y Mercedes Verde, Madrid, Acento.

1997, edición de Eduardo Alonso, Madrid, Espasa Calpe.

Bibliografía de referencia

Abuin [1990]: Abuin, Ángel, «No una vez, sino ciento: La frecuencia narrativa en *La colmena*», *Hispanística XX*, n.º 8, 1990, pp. 43-51.

Academia Venezolana [1955]: Academia Venezolana de la Lengua, *Boletín de la Academia Venezolana, correspondiente de la Española*, año XXIII, n.os 86 y 87, p. 88.

Alarcos [1990]: Alarcos Llorach, Emilio, «Al hilo de *La colmena*», *Ínsula*, n.os 518-519, 1990, pp. 3-4.

Albalá [1969]: Albalá, Alfonso, *Los días del odio*, Barcelona, Punto Omega, Ediciones Guadarrama, 1969.

Alonso [1950]: Alonso, Dámaso, *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Madrid, Gredos, 1950.

Alonso [1982]: Alonso, Eduardo, «Novela», en Arcadio López Casanova y Eduardo Alonso, *Poesía y novela. Teoría, método de análisis y práctica textual*, Valencia, Editorial Bello, 1982, pp. 583-586 y 589-600.

Alvar [1971]: Alvar, Manuel, *Estudios y ensayos de literatura contemporánea*, Madrid, Gredos, 1971.

Alvar [1976]: Alvar, Manuel, *De Galdós a Miguel Ángel Asturias*, Madrid,

Cátedra, 1976.

Álvarez de Miranda [1999]: Álvarez de Miranda, Pedro, «Unas cartas desconocidas entre Nicasio Álvarez de Cienfuegos y el misterioso Florián Coetanfao: nuevos datos sobre una intensa amistad», *Dieciocho*, 22.2, 1999, pp. 177-212.

Álvarez de Miranda [2008]: Álvarez de Miranda, Pedro, «Las discontinuidades en la historia del léxico», en C. Company Company y J. G. Moreno de Alba (eds.), *Actas del VII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española. Mérida (Yucatán), 4-8 de septiembre de 2006*, Madrid, Arco/Libros, 2008, I, pp. 1-44.

Álvarez de Miranda [2012]: Álvarez de Miranda, Pedro, «Las “palabras inusitadas”: el diccionario como granero léxico», en P. Botta (coord.), *Rumbos del hispanismo en el umbral del Cincuentenario de la AIH [Actas del XVII Congreso de la AIH, Roma, 19 al 24 de julio de 2010]*, Vol. I: *Institucional*, Roma, Bagatto Libri, 2012, pp. 34-46.

Amorós [1977]: Amorós, Andrés *et al.*, *Novela española actual*, Madrid, Fundación Juan March/Cátedra, 1977, pp. 235-274.

Arozamena [1972]: Arozamena, Joaquín, *Cela*, Madrid, Publicaciones Controladas, 1972.

Arquier [1973]: Arquier, Louis, «Réalisme et réalité dans *La colmena* de Camilo José Cela», *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines*, n.º 3, 1973, pp. 157-175.

Arquier [1977]: Arquier, Louis, «Personajes y estructura narrativa en *La colmena*», *Archivum*, tomos XXVII-XXVIII, 1977-1978, pp. 101-120.

Arroyo [1978]: Arroyo, Fernando, «La señorita Elvira a través de su sueño erótico en *La colmena*: ética y estética celianas», *The American Hispanist*, III, 26, abril de 1978, pp. 4-6.

Asenjo [1978]: Asenjo, José, *Conversaciones sobre la guerra*, Barcelona, Destino, 1978.

Asún [1982]: Asún, Raquel, «*La colmena*» de Camilo José Cela, Barcelona, Laia, 1982.

Augé [1993]: Augé, Marc, *Los no lugares. Espacios del anonimato. Antropología sobre la modernidad*, Barcelona, Gedisa, 1993.

Barboza [2005]: Barboza, Amalia, *Kunst und Wissen. Stilanalyse in der Soziologie Karl Mannheims*, Constanza, UVK Verlagsgesellschaft, 2005.

Barea [1953]: Barea, Arturo, «La obra de C. J. C.», *Cuadernos del Congreso para la libertad de la cultura*, n.º 7, julio-agosto de 1954, pp. 39-43. Traducción española del prólogo a la edición inglesa de la novela, *The Hive*, Nueva York, 1953, pp. 7-16.

Benjamin [1991]: Benjamin, Walter, *Das Passagen-Werk. Gesammelte Schriften*, Vol. V 1-2, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1991.

Bertrand [1981]: Bertrand de Muñoz, Maryse, «*La colmena* de Camilo José Cela, ¿novela behaviorista?, ¿objetivista?», *Actas del séptimo congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Roma, Bulzoni Editore, 1981, pp. 223-230.

Blanco [1991]: Blanco Vila, Luis, *Para leer a Camilo José Cela*, Madrid, Palas Atenea, 1991.

Bloom [1995]: Harold Bloom, *El canon occidental*, Barcelona, Anagrama, 1995.

Bobes [1987]: Bobes, M.^a del Carmen, *Semiología de la obra dramática*, Madrid, Taurus, 1987, pp. 13-77.

Boix [1990]: Boix, Christian, «Camilo José Cela: Enunciación y estilística. *La colmena*», *Hispanística XX*, n.º 8, 1990, pp. 25-42.

Breiner-Sanders [1990]: Breiner-Sanders, Karen E., «*La familia de Pascual Duarte*» a través de su imagería, Madrid, Editorial Pliegos, 1990.

Bremond [1964]: Bremond, Claude, «Le Message narratif», *Communications*, n.º 8, 1964, pp. 4-32.

Buck-Morss [1995]: Buck-Morss, Susan, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Madrid, Visor, 1995.

Bueno [1952]: Bueno, Gustavo, «*La colmena*, novela behaviorista», *Clavileño*, III, n.º 17, 1952, pp. 53-58.

Bueno [1990]: Bueno, Gustavo, «El significado filosófico de *La colmena* en los años 50», *Ínsula*, n.º 518-519, 1990, pp. 11-13.

Cabrera [1978a]: Cabrera, Vicente, «Vida y sueño de Elvira en *La colmena*», en Vicente Cabrera y Luis González del Valle, *Novela española contemporánea. Cela, Delibes, Homero y Hernández*, Madrid, SGEL, 1978, pp. 16-23.

Cabrera [1978b]: Cabrera, Vicente, «En busca de tres personajes perdidos en *La colmena*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.os 337-338, 1978, pp. 127-136.

Calle [2004]: Calle, Sophie, *Wahre Geschichten*, Múnich, Berlín, Londres, Nueva York, Prestel Verlag, 2004.

Camus [1984]: Camus, Mario, *Los santos inocentes*, película basada en la novela del mismo título de Miguel Delibes, 1984.

Cantos [1972]: Cantos Pérez, Antonio, *La personalidad de Cela y la estructura de su obra narrativa*, Granada, Universidad de Granada, 1972.

Carbonell [2011]: Carbonell Marta Cristina, «Tres ventanas sobre Madrid», *Anuario de Estudios Celianos 2011*, Universidad Camilo José Cela, 2011, pp. 53-67.

Carenas [1971]: Carenas, Francisco, «*La colmena*, novela de lo concreto», *Papeles de Son Armadans*, t. LXI, n.º CLXXXIII, junio de 1971, pp. 229-255.

Carrascosa [1990]: Carrascosa Miguel, Pablo, *La familia de Pascual Duarte*. Camilo J. Cela, Madrid, Ceac, 1990.

Castellet [1955]: Castellet, José María, «*La colmena*», en *Notas sobre literatura española contemporánea*, Barcelona, Laye, 1955, pp. 63-74.

Castellet [1957]: Castellet, José María, *La hora del lector*, Barcelona, Seix Barral, 1957.

Cela [1947]: Cela, Camilo José, «A vueltas con la novela», en Adolfo Sotelo, *La forja de un escritor (1943-1952)*, Madrid, Fundación Banco de Santander, Cuadernos de Obra Fundamental, 2015.

Cela [1951]: Cela, Camilo José, «La miel y la cera de *La colmena*», *Índice de Artes y Letras*, 15 de octubre de 1951, p. 21.

Cela [1953]: Cela, Camilo José, «Prólogo», en *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, Barcelona, Ancora y Delfín, Destino, 1953.

Cela [1962]: Cela, Camilo José, «Prólogo», *Obra completa*, I, Barcelona, Destino, 1962.

Cela [1963]: Cela, Camilo José, «¿Palabras válidas e inválidas?», *Papeles de Son Armadans*, t. XXVIII, n.º LXXXIV, marzo de 1963, pp. 227-232.

Cela [1965]: Cela, Camilo José, «Relativa teoría del carpetovetónismo», en *El gallego y su cuadrilla*, *Obra completa*, III, Barcelona, Destino, 1965, p. 788.

Cela [1966]: Cela, Camilo José, «Sobre los nombres de la nueva ropa clerical y los peligros de la jeriñaquización del castellano», *Papeles de Son Armadans*, t. XLIII, n.º CXXVIII, noviembre de 1966, pp. 155-165.

Cela [1967]: Cela, Camilo José, «Nota sobre la voz *correo*, para encabezar el libro de un amigo», *Papeles de Son Armadans*, t. XLVII, n.º CXXXIX, octubre de 1967, pp. 3-10.

Cela [1968]: Cela, Camilo José, «Baraja de papeletas léxico-gastronómicas», *Papeles de Son Armadans*, t. LI, n.º CLII, pp. 219-222.

Cela [1969]: Cela, Camilo José, «Noticia de algunas ediciones quizá no muy conocidas», *Papeles de Son Armadans*, t. LV, n.º CLXV, diciembre de 1969, pp. 227-246.

Cela [1970]: Cela, Camilo José, «La edición de 1764 de las *Reglas para la corrección y aumento del diccionario*», *Papeles de Son Armadans*, t. LVII, n.º CLXIX, abril de 1970, pp. 10-11.

Cela [1972a]: Cela, Camilo José, «Editorial», *Papeles de Son Armadans*, t. LXVI, n.º CXCVII, 1972, p. 117.

Cela [1972b]: Cela, Camilo José, «Salsa mahonesa», *Papeles de Son Armadans*, t. LXV, n.º CXCVIII, abril de 1972, pp. 3-17.

Cela [1973]: Cela, Camilo José, «Una edición no documentada del diccionario de la Academia», *Papeles de Son Armadans*, t. XXX, n.º LXXXIX, agosto de 1973, pp. 263-264.

Cela [1976a]: Cela, Camilo José, «El alma de Madrid en 34 acuarelas», en *Glosa del mundo en torno. Artículos, 1, Obra completa*, t. IX, Barcelona, Destino, 1976, p. 350.

Cela [1976b]: Cela, Camilo José, «Papeleta breve de la primera acepción de una voz repescada por la Academia», *Revista de Occidente*, Tercera época, n.º 4, febrero de 1976, pp. 11-20.

Cela [1978]: Cela, Camilo José, «Sobre dictados y sus formas», *Libro-homenaje a Antonio Pérez Gómez*, I, Cieza, 1978, pp. 193-209.

Cela [1989]: Cela, Camilo José, *Viaje a la Alcarria*, Barcelona, Destino, 1989.

Cela [2005]: Cela, Camilo José, «De la Real Academia Española. Campaña electoral», transcripción de Fernando Huarte Morton, *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, núm. XLIII, 2005, pp. 5-159.

Cela [2009]: Cela, Camilo José, *Correspondencia con el exilio*, Barcelona, Destino, 2009.

Cela Conde [1989]: Cela Conde, Camilo José, *Cela, mi padre*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1989.

Conte [2009]: Conte, Rafael, «Camilo José Cela en busca de la novela perdida», *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, n.º LVIII, 2009, pp. 153-170.

Costa [1990]: Costa Ferrandis, Jesús, «La difusión y recepción de Camilo José Cela en los años de la transición política española (El *Pascual Duarte* y *La colmena*)», *Hispanística XX*, n.º 8, 1990, pp. 229-240.

Cruz [2000-2001]: Cruz Herrera, M.^a del Pilar, «Diccionario de gentilicios y seudogentilicios de la provincia de Guadalajara», *Cuadernos de Etnología de Guadalajara*, 32-33, 2000-2001, pp. 9-110.

Cruz [2004]: Cruz Herrera, M.^a del Pilar, *Diccionario de gentilicios y seudogentilicios de la provincia de Albacete*, Albacete, 2004 (*Zahora. Revista de Tradiciones Populares*, núm. 42).

Cueto-Abad [1995]: Cueto, Juan y Pedro Abad Contreras [seudónimo de

Fernando González y Fernández-Corugedo], «Encuentro con Camilo José Cela», en *Retrato de Camilo José Cela*, Barcelona, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 1995, pp. 81-95.

Damrosch [2003]: Damrosch, David, *What is World Literature?*, Princeton University Press, 2003, p. 173. Citado por César Domínguez, Haun Saussy y Darío Vilanueva en *Lo que Borges enseñó a Cervantes*, Madrid, Taurus, 2016, p. 29.

Delgado [1999]: Delgado, Manuel, *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*, Barcelona, Anagrama, 1999.

Deveny [1991]: Deveny, Thomas, «Cela on Screen: *La colmena*», en Joaquín Roy (comp.), *Camilo José Cela: Homage to a Nobel Prize*, Coral Glabes, Universidad de Miami, 1991, pp. 90-96.

Díaz [1990]: Díaz Arenas, Ángel, *Teoría y práctica semiótica. II: Aproximación pragmática a la obra de Camilo José Cela*, Kassel, Edition Reichenberger, 1990.

Dos Passos [1941]: Dos Passos, John, «A note on Fitzgerald», *The New Republic*, 17 de febrero de 1941. Puede leerse en la dirección electrónica <fitzgerald.narod.ru/critics-eng/passos-noteonfitz.html>.

Dougherty [1976]: Dougherty, Dru, «Form and Structure in *La colmena*: From alienation to community», *Anales de la Novela de Posguerra*, I, 1976, pp. 7-23.

Dougherty [1990]: Dougherty, Dru, «*La colmena* en dos discursos: Novela y cine», *Ínsula*, n.os 518-519, 1990, pp. 19-21.

Durán [1960]: Durán, Manuel, «La estructura de *La colmena*», *Hispania*, vol. 43, n.º 1, marzo de 1960, pp. 19-24.

Fernández [1990]: Fernández Santander, Carlos, *Bibliografía básica de Camilo José, Premio Nobel de Literatura*, La Coruña, Librería Arenas, 1990.

Ferret [1989]: Ferret, Gabriel, y González, Fernando, *Cela en Mallorca*, Palma de Mallorca, Consell Insular de Mallorca/J. Olañeta, 1989.

Flascher [1959]: Flascher, John, «Aspects of Novelistic Technique in Cela's *La colmena*», *West Virginia University Philological Papers*, XII, serie 60, n.º 5, 1959, pp. 30-43.

Flórez [1991]: Flórez, Rafael, *Camilo de Camilos. Primera biografía completa*, San Fernando de Henares, Editorial Bitácora, 1991.

Forster [1967]: Forster, David W., «*La colmena* de C. J. C. y los informes de este sobre la novela», *Hispanófila*, 30, 1967, pp. 59-65.

Forster [1975]: Forster, David W., *Forms of the Novel in the Work of Camilo José Cela*, 3.ª ed., Columbia, University of Missouri Press, 1975.

Foucault [1967]: Foucault, Michel, «Des espaces autres», conferencia pronunciada en el Centre d'Études Architecturales el 14 de marzo de 1967 y publicada en *Architecture, Mouvement, Continuité*, n.º 5, octubre de 1984, pp. 46-49. Traducción al español por Luis Gayo Pérez Bueno, *Astrágalo*, n.º 7, septiembre de 1997.

García Barrios [1978]: García Barrios de Schulz, Josefina, *Semejanzas y diferencias entre «Doña Bárbara» y «La catira»*. *Inaugural-Dissertation zur Erlangung des Doktorgrades der Philosophischen Fakultät der Universität zu Köln*, Colonia, 1978.

García Cernuda [1985]: García Cernuda, José María, «Prólogo», en *Sobre la revolución de la Falange*, Oviedo, Nuevos Cauces, 1985, p. 7.

García de la Concha [2003]: García de la Concha, Víctor, «Camilo José Cela (1916-2002)», *Boletín de la Real Academia Española*, LXXXIII, 2003, pp. 161-168.

García Marquina [1991]: García Marquina, Francisco, *Cela: Masculino singular. Biografía íntima de C.J.C.*, Madrid, Plaza & Janés/Cambio 16, 1991.

Gil [1973]: Gil Casado, Pablo, *La novela social española (1920-1971)*, 2.a ed., Barcelona, Seix Barral, 1973, pp. 111-113.

Giménez-Frontín [1985]: Giménez-Frontín, José Luis, *Camilo José Cela. Texto y contexto*, Barcelona, Montesinos Editor, 1985.

Godoy [1972-1973]: Godoy Gallardo, Eduardo, «En torno a *La colmena*, de C. J. C.», *Boletín de Filología*, n.os 23-24, 1972-1973, pp. 129-143. Reproducido en el libro del autor *Estudios sobre literatura española*, Santiago de Chile, Nascimento, 1977, pp. 205-228.

Godoy [1979]: Godoy Gallardo, Eduardo, *La infancia narrativa española de postguerra*, Madrid, Colección Nova Scholar, Playor, 1979.

Godoy [1982]: Godoy Gallardo, Eduardo, «La infancia, aspecto olvidado en la caracterización de Pascual Duarte», *Signos*, n.º 19, 1982.

Gómez Santos [1958]: Gómez Santos, Marino, *Camilo José Cela*, Barcelona, Cliper, 1958.

González [1991]: González, Bernardo Antonio, «Reading *La colmena* Through the Lens: From Mario Camus to Camilo José Cela», en Joaquín Roy (comp.), *Camilo José Cela: Homage to a Nobel Prize*, Coral Gables, Universidad de Miami, 1991, pp. 97-103.

Guerrero [2008]: Guerrero Gustavo, *Historia de un encargo: «La catira» de Camilo José Cela. Literatura, ideología y diplomacia en tiempos de la Hispanidad*, Barcelona, Anagrama, 2008.

Gullón [1951]: Gullón, Ricardo, «Idealismo y técnica en C. J. C.», *Ínsula*, n.º 70, 1951, p. 3.

Gullón [1976]: Gullón, Germán, «Silencios y soledades en España: *La colmena*», *Ínsula*, n.º 359, 1976, pp. 1 y 14.

Gutiérrez [1990]: Gutiérrez, Domingo, *Claves de «La colmena»*. Camilo José Cela, 2.a ed., Madrid, Ciclo Editorial, 1990.

Henn [1971]: Henn, David, «Cela's portrayal of Martín Marco in *La colmena*», *Neophilologus*, n.º 2, abril de 1971, pp. 142-149.

Henn [1971-1972]: Henn, David, «*La colmena*. An Oversight on the Part of Cela», *Romance Notes*, n.º 13, 1971-1972, pp. 414-418.

Henn [1972]: Henn, David, «Theme and Structure in *La colmena*», *Forum for Modern Language Studies*, n.º 8, 1972, pp. 304-319.

Henn [1973]: Henn, David, «Time in *La colmena*», *Proceedings: Pacific Northwest Conference on Foreign Languages*, Corvallis, Oregon State University, 1973, pp. 288-291.

Henn [1974]: Henn, David, *Camilo José Cela. La colmena*, Londres, Grant & Cutler, 1974.

Hernando [1983]: Hernando Cuadrado, Luis Alberto, *Camilo José Cela y el lenguaje popular venezolano*, Madrid, Castalia, 1983.

Hopewell [1986]: Hopewell, John, *Out of the Past: Spanish Cinema after Franco*, Londres, British Film Institute, 1986.

Huarte [1994a]: Huarte Morton, Fernando, *La familia de Pascual Duarte de Camilo José Cela. Recuento del cincuentenario (1942-1992) y algunas papeletas más*, Iria Flavia, Fundación Camilo José Cela, 1994.

Huarte [1994b]: Huarte Morton, Fernando, *Pabellón de reposo y Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes de Camilo José Cela. Recuento del cincuentenario (1943-1993) (1944-1994)*, Iria Flavia, Fundación Camilo José Cela, 1994.

Huarte [2000]: Huarte Morton, Fernando, «El manuscrito de *La colmena*», *IV Curso de Verano: La obra literaria de Camilo José Cela*, Iria Flavia, Fundación Camilo José Cela, 2000.

Ilie [1971]: Ilie, Paul, *La novelística de Camilo José Cela*, 2.a ed., Madrid, Gredos, 1971.

Jato [1953]: Jato, David, *La rebelión de los estudiantes (Apuntes para una Historia del alegre SEU)*, Madrid, sin editorial, 1953, p. 339.

Kirsner [1963]: Kirsner, Robert, *The Novels and Travels of Camilo José Cela*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1963.

Kracauer [1964]: Kracauer, Siegfried, *Straßen in Berlin und anderswo*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1964.

Kracauer [1979]: Kracauer, Siegfried, *Der Detektiv-Roman-Ein philosophischer Traktat* (1925), Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1979.

Laín [1968]: Laín Entralgo, Pedro, *La libertad de C. J. C.*, Palma de Mallorca, s. n., 1968.

Laín [1978]: Laín Entralgo, Pedro, *Carta de un pedantón a un vagabundo por tierras de España*, Madrid, Cultura Hispánica, 1978.

Leite de Vasconcelos [1882]: Leite de Vasconcelos, José, *Dictados topicos de Portugal colligidos da tradição oral*, Barcelos, 1882.

Lepenies [1985]: Lepenies, Wolf, *Die Drei Kulturen. Soziologie zwischen Literatur und Wissenschaft*, Múnich/Viena, Hanser, 1985.

Lévy [2000]: Lévy, Bernard-Henri, *Le siècle de Sartre*, París, Grasset, 2000, pp. 83-95.

Lindner [1990]: Lindner, Rolf, *Die Entdeckung der Stadtkultur aus der Erfahrung der Reportage*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1990.

López [1986]: López, Francisco (comp.), *Mazurca para Camilo José Cela*, Madrid, Gráficas P. y Punto, 1986.

Magny [1958]: Magny, Claude Edmonde, *L'âge du roman américain*, París, Seuil, 1958.

Mainer [1990]: Mainer, José Carlos, «Camilo José Cela o la pelea de la literatura», *Revista de Economía*, n.º 4, 1990, pp. 108-112.

Mainer [1992]: Mainer, José-Carlos, «“Por un pensamiento que a lo mejor es mentira”: la guerra civil en la obra de Camilo José Cela», *Bulletin Hispanique*, 94, 1992, pp. 245-261.

Mandianes-Miguel [2002]: Mandianes, Manuel, y Miguel Reboles, María Teresa de, *En cueros vivos. La visión de Camilo José Cela sobre el hombre. Un estudio poético*, Madrid, Editorial Noesis, 2002.

Mannheim [2009] Mannheim, Karl, «Beiträge zur Theorie der Weltanschauungs-Interpretation» en Barboza Amalia y Lichtblau, Klaus (eds.), *Schriften zur Wirtschafts- und Kultursoziologie*, Wiesbaden, VS Verlag, 2009.

Marban [1973]: Marban, Jorge A., *Camus y Cela. El drama del antihéroe trágico*, Barcelona, Picazo, 1973.

Márquez [2009]: Márquez, Gemma, «Las colaboraciones de Camilo José Cela en *Solidaridad Nacional*, 1945-1948», *Anuario de Estudios Celianos 2008-2009*, Universidad Camilo José Cela, 2009, pp. 121-123.

Martínez Cachero [1979]: Martínez Cachero, José María, *Historia de la novela española entre 1936 y 1975*, Madrid, Castalia, 1979.

Martínez Cachero [1997]: Martínez Cachero, José María, *La novela española entre 1936 y el fin de siglo. Historia de una aventura*, Madrid, Castalia, 1997, pp. 112-113.

Marx-Engels [1969]: Marx, Karl y Friedrich Engels, *Escritos sobre arte*, ed. de Carlo Salinari, Barcelona, Península, 1969.

Matute [1966]: Matute, Ana María, «Discurso», en *El autor enjuicia su obra*, Madrid, Editora Nacional, 1966.

Phketers [1969]: Phketers, D. W., *Camilo José Cela*, Nueva York, Twayne Pub., 1969.

Morán [1958]: Morán, Fernando, *También se muere el mar*, Buenos Aires, Losada, 1958.

Nora [1970]: Nora, Eugenio G. de, *La novela española contemporánea (1939-1967)*, 2.ª ed., tomo III, Madrid, Gredos, 1970, pp. 75-79.

Ortega [1965]: Ortega, José, «Importancia del personaje Martín Marco en *La colmena* de Cela», *Romance Notes*, n.º 6, 1965, pp. 92-95.

Ortega [1966]: Ortega, José, «Símiles de animalidad en *La colmena*», *Romance Notes*, n.º 8, 1966, pp. 6-10.

Ortega [1967]: Ortega, José, «El humor de Cela en *La colmena*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 208, 1967, pp. 159-164. También en su libro *Ensayos de la novela española moderna*, pp. 40-47.

Ortega [1974]: Ortega, José, «El sentido temporal en *La colmena*», *Symposium*, n.º 2, 1965, pp. 115-120. Recogido en el libro del autor *Ensayos de la novela española moderna*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1974, pp. 29-39.

Palmes [1994]: Palmes, Gisela, *Literatur und Film: «La colmena» von Camilo José Cela*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1994.

Polo [1966-1967]: Polo, Victorino, «Un novelista español contemporáneo: Camilo José Cela», *Anales de la Universidad de Murcia*, vol. XXV, n.os 3-4, 1966-1967, pp. 107-129.

Prjevalinski [1960]: Prjevalinski, Olga, *El sistema estético de Cela*, Valencia, Castalia, 1960.

Ramiro [1992]: Ramiro Valderrama, Manuel, *Procedimientos sintácticos de énfasis en la prosa de C. J. Cela*, Madrid, Universidad Complutense, 1992.

Requeni [2002]: Requeni, Antonio, «Recuerdo de Camilo José Cela», *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, LXVII, n.os 263-264, enero-junio de 2002, pp. 101-105.

Ríos [1971]: Ríos, César Antonio de los, *Conversaciones con Miguel Delibes*, Madrid, EMESA, 1971.

Roy [1991]: Roy, Joaquín (comp.), *Camilo José Cela: Homage to a Nobel Prize*, Coral Gables, Universidad de Miami, 1991.

Ruiz Carnicer [1996]: Ruiz Carnicer, Miguel A., *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 183-184.

Sala [1990]: Sala Valldaura, Josep M.a, «*La colmena*. Algunas funciones de la modalización narrativa», *Ínsula*, n.os 518-519, 1990, pp. 63-65.

Sánchez Salas [2001]: Sánchez Salas, Gaspar, «Camilo José Cela y la dictadología tópica: conceptualización de una nueva disciplina», *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, n.º XXVII, 2001, pp. 89-108.

Sánchez Salas [2002]: Sánchez Salas, Gaspar, *Diccionario geográfico popular de Jaén*, Barcelona, Ediciones Carena, 2002.

Sánchez Salas [2010]: Sánchez Salas, Gaspar, *Diccionario geográfico popular de Madrid*, Madrid, Ediciones de La Librería, 2010.

Sánchez Salas [2011]: Sánchez Salas, Gaspar, *La formación de gentilicios, seudogentilicios y otros dictados tópicos en la provincia de Jaén*, Barcelona, Ediciones Carena, 2011.

Sanz Villanueva [1980]: Sanz Villanueva, Santos, *Historia de la novela social española (1942-1975)*, t. I, Madrid, Alhambra, 1980, pp. 266-282.

Sartre [2009]: Sartre, Jean-Paul, *Qu'est-ce que la littérature?*, París, Gallimard, 2009.

Sobejano [1975]: Sobejano, Gonzalo, *Novela española de nuestro tiempo*, 2.a ed., Madrid, Prensa Española, 1975, pp. 112-120.

Sobejano [1977]: Sobejano, Gonzalo, «*Cristo versus Arizona*: confesión, crónica, letanía», *El Extramundi*, n.º IX, 1997, pp. 139-162.

Sobejano [1978]: Sobejano, Gonzalo, «*La colmena*, olor a miseria», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.os 337-338, 1978, pp. 113-126.

Sobejano [2002]: Sobejano, Gonzalo, «Notas de un lector de *La colmena*», *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, n.º XXIX, 2002, pp. 51-66.

Soldevila [1980]: Soldevila Durante, Ignacio, *La novela desde 1936*, Madrid, Alhambra, 1980, pp. 108-117.

Sotelo [1995]: Sotelo, Adolfo, «Comentario», en Camilo José Cela, *La familia de Pascual Duarte*, Barcelona, Destino, 1995.

Sotelo [2011]: Sotelo Vázquez, Adolfo, «Camilo José Cela presenta *La colmena* en Madrid», *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, n.º LXV, 2011, pp. 158-163.

Sotelo [2015]: Sotelo Vázquez, Adolfo, «José Janés, editor de Camilo José Cela», *Revista de Occidente*, 404, 2015, pp. 57-73.

Spires [1970]: Spires, Robert C., «Camilo José Cela's *La colmena* and the Bergsonian Concept of Duration», *Papers on French-Spanish-Luso-Brazilian Literary Relations*, 1970.

Spires [1972]: Spires, Robert C., «Cela's *La colmena*. The Creative Process as Message», *Hispania*, vol. 55, n.º 4, diciembre de 1972, pp. 873-880.

Spires [1978]: Spires, Robert C., *La novela española de posguerra*, Madrid, Cupsa, 1978, pp. 94-131.

Suárez [1969]: Suárez Solís, Sara, *El léxico de Camilo José Cela*, Madrid, Alfaguara, 1969.

Suárez Solís [1969]: Suárez Solís, Sara, *El léxico de Camilo José Cela*, Madrid, Alfaguara, 1969.

Toquero-Barra [1982]: Toquero, Salvador, y Barra, Santiago, *Buscando a Cela en la Alcarria*, Guadalajara, Gráficas J. C. J., 1982.

Torrente [1951]: Torrente Ballester, Gonzalo, «*La colmena*, cuarta novela de C. J. C.», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 22, 1951, pp. 96-102.

Trives [1982]: Trives, Eduardo, *Una semana con Camilo José Cela*, Alicante, Gráficas Vidal, 1982.

Tudela [1970]: Tudela, Mariano, *Cela*, Madrid, Epesa, 1970.

Tudela [1991]: Tudela, Mariano, *Camilo José Cela*, Madrid, Grupo Libro, 1991.

Urrutia [1982]: Urrutia, Jorge, *Cela: «La familia de Pascual Duarte». Los contextos y el texto*, Madrid, SGEL, 1982.

Urrutia [1984]: Urrutia, Jorge, *Cela: Imago litterae: cine, literatura*, Sevilla, Alfar, 1984.

Urrutia [2002]: Urrutia, Jorge, *Cela: «Tarta de cumpleaños para *La colmena*», *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, n.º XXIX, primavera de 2002, pp. 87-108.*

Utrera [1951]: Utrera, Rafael, «Cela en la pantalla», *Ínsula*, n.os 518-519, 1990,

p. 69.

Villanueva [1983]: Villanueva, Darío, «Introducción», en Camilo José Cela, *La colmena*, Barcelona, Noguer, 1983.

Villanueva [1990]: Villanueva, Darío, «La génesis literaria de *La colmena*», *Ínsula*, n.os 518-519, 1990, pp. 73-75.

Villanueva [1991]: Villanueva, Darío (comp.), *Camilo José Cela: Páginas escogidas*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

Villanueva [1991]: Villanueva, Darío, *El polen de ideas. Teoría, crítica, historia y literatura contemporánea*, Madrid, PPU, 1991, pp. 7-9.

Villanueva [1992]: Villanueva, Darío, «Comentario cuarto: *La colmena* de Camilo José Cela», *El comentario de textos narrativos: La novela*, 2.^a ed. corregida, Gijón, Ediciones Júcar, 1992, pp. 143-158.

Villanueva [1994a]: Villanueva, Darío, *Estructura y tiempo reducido en la novela*, 2.a ed. revisada, Barcelona, Anthropos, 1994, pp. 219-227.

Villanueva [1994b]: Villanueva, Darío, «Narrativa literaria y narrativa fílmica en *La colmena*», *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, vol. IV, Madrid, Castalia, 1994, pp. 421-438.

Villanueva [1997]: Villanueva, Darío, «Leer los manuscritos de Cela», *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, n.º IX, 1997, pp. 63-92.

Villanueva [2002]: Villanueva, Darío, «El otro C. J. C.», *VI Curso de Verano. La obra literaria de C. J. C.*, Iria Flavia, Fundación Camilo José Cela, 2002, pp. 29-55.

Wasserman [1990]: Wasserman, Carol, *Camilo José Cela y su trayectoria literaria*, Madrid, Editorial Playor, 1990.

Zamora Vicente [1962]: Zamora Vicente, Alonso, *Camilo José Cela. (Acercamiento a un escritor)*, Madrid, Gredos, 1962.

Zamora Vicente-Cueto [1990]: Zamora Vicente, Alonso, y Cueto, Juan, *Retrato de Camilo José Cela*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1990.

Números monográficos de revistas

Revista Hispánica Moderna, año XXVIII, n.os 2-4, 1962. (Tirada aparte de este número monográfico: *Camilo José Cela: Vida y obra. Bibliografía-Antología*, Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1962.)

Papeles de Son Armadans, n.º CXLII, 1968.

Artesa. Cuadernos de poesía: Homenaje a Camilo José Cela, 1971.

Anales de la novela de posguerra, vol. I, 1976.
Bitzoc. Literatura, n.º I, 1976.
Cuadernos Hispanoamericanos, n.os 337-338, 1978.
Los Cuadernos del Norte, n.º 15, 1982.
The Review of Contemporary Fiction, vol. 4, n.º 3, 1984.
Ínsula, n.os 518-519, 1990.
Hispanística XX, n.º 8, 1990.
Antípodas, n.º IV, 1992.
El Extramundi, n.º XXIX, primavera de 2002.



GLOSARIO

Este glosario está concebido como una herramienta de consulta que sirva al lector para tener una idea clara del significado de las voces comunes que se emplean a lo largo de esta edición de *La colmena*. También se han incluido las voces del español general de difícil comprensión. Las pocas palabras procedentes de otras lenguas se han introducido marcándolas con cursiva.

En la gran mayoría de las acepciones, ofrecemos al lector definiciones glosadas, aunque también podrá encontrar palabras definidas por su correspondiente sinónimo en el español general.

Las entradas comienzan por el lema o expresión compleja en negritas, seguido después por la acepción correspondiente.

En el caso de entradas de lema simple, si este tiene más de un significado, las acepciones se presentan en el orden de aparición en la obra. Si la entrada contiene, además, expresiones complejas, estas se organizan en orden alfabético.

Cuando es necesario, se emplea la abreviatura V. para remitir a la entrada donde se presenta la definición de la palabra asociada, en cuyo caso la remisión se indica en versalitas. Las remisiones pueden ir separadas por punto y coma o por coma. En el primer caso, remiten a entradas distintas; en el segundo, a dos o más acepciones dentro de la misma entrada.

Las palabras derivadas (diminutivos, aumentativos, superlativos, etc.) merecen una entrada aparte bien cuando modifican el significado respecto a la base de la que provienen, bien cuando en la antología no aparece dicha base para poder deducir el derivado, o bien cuando el derivado respecto a la forma base resulta poco transparente.

agarrotar ‘ejecutar mediante garrote’. V. GARROTE.

aguamanil ‘palangana o pila destinada para lavarse las manos’

alcorque ‘hoyo que se hace al pie de las plantas para retener el agua en los riegos’

amadeo ‘moneda de plata de cinco pesetas con el busto del rey Amadeo’

andova ‘andoba, individuo o sujeto’

araña ‘lámpara de techo con varios brazos, de los que cuelgan piezas de cristal o porcelana de diversas formas’

arma: de armas tomar ‘decidido y de carácter fuerte’

artesiano, na: pozo artesiano ‘pozo por el que el agua asciende naturalmente a la superficie, por proceder la capa freática de un lugar más alto que el de la perforación’

asiento ‘anotación que se hace en los libros de cuentas para registrar una operación contable’; **de asiento** ‘de las nalgas y órganos genitales’

atiplado, da ‘agudo, en tono elevado’

azarado, da ‘avergonzado, ruborizado’

B. V. SERIE.

bandera: Fiesta de la Banderita ‘cuestación pública a favor de la Cruz Roja Española’

banderita. V. BANDERA.

baqueteado, da ‘experimentado, curtido’

barahúnda ‘confusión grande, con estrépito y notable desorden’

barba ‘borde desigual sin guillotinar’

barbián ‘individuo desenvuelto y apuesto’

barra ‘pieza de pan de forma alargada’

baulero ‘hombre que por oficio transporta equipajes’

blanco ‘vino de color dorado más o menos intenso’

bodoni ‘tipo de letra clásico, ancho y grueso, propio del impresor italiano Giambattista Bodoni’

bolas ‘juego infantil que se practica con canicas, normalmente impulsándolas con un dedo para que rueden, choquen o entren en un gua’

boletín ‘formulario impreso que sirve para cumplimentar una suscripción’

borgoña ‘vino de la región francesa de Borgoña’

braga: a bragas enjutas ‘sin comprometerse o sin correr peligro’

bubón ‘abultamiento en la piel debido a la hinchazón de un ganglio linfático’

bureo ‘juerga o diversión’

CNS Sigla de «Central Nacional Sindicalista». Sindicato único del franquismo desde 1938 hasta 1971.

cabrito ‘cabrón, hombre que consiente el adulterio de su mujer’

cacharra ‘vasija que sirve para transportar líquidos, en especial leche’

cala: a cala y a prueba ‘con derecho a comprobar la calidad y gusto de un artículo comestible, antes de efectuar la compra’

calandria ‘persona que se finge enferma para alojarse y comer gratis en un hospital’

camarón ‘crustáceo comestible semejante a una gamba diminuta’

camelar ‘convencer o engañar con adulaciones o halagos’

canonista ‘especializado en derecho canónico’

caña ‘cerveza servida en un vaso de forma cilíndrica o ligeramente cónica, alto y estrecho’

cañote ‘cañón, parte más recia, inmediata a la raíz, del pelo de la barba’

cascar ‘revelar, decir lo que se debe callar’

chalina ‘corbata ancha que se anuda en forma de lazo de caídas largas’

chamarilería ‘tienda del chamarilero’

chamarilero ‘persona que compra y vende objetos usados y trastos viejos’

chavea ‘chaval, muchacho’

chigre ‘taberna donde se despacha sidra’

chubesqui ‘estufa para calefacción, de dobles paredes y forma cilíndrica que, por lo general, funciona con carbón’

chuzazo ‘golpe dado con un chuzo’

chuzo ‘palo rematado con un pincho de hierro, que sirve de arma ofensiva y defensiva, y que era característico de los serenos’

cobista ‘adulador, que da coba’

cocotte ‘prostituta distinguida’

cocreta ‘croqueta, porción de masa hecha con un picadillo de jamón, carne, pescado, huevo, etc., que, ligado con besamel, se reboza en huevo y pan rallado y se fríe en aceite abundante’

componedor ‘persona que arregla enfrentamientos o conflictos’

concha: tener conchas ‘ser astuto y disimulado’

contra: qué contra ‘coño’ interjección para reforzar lo que se acaba de decir.

crencha ‘parte de las dos en que queda dividido el cabello por la raya’

cretona ‘tela de algodón, blanca o estampada, que se usa en decoración’

cuajo ‘valor, fuerza moral o atrevimiento’

cuarterón ‘paquete de tabaco picado cuyo contenido pesa un cuarto de libra’

cubo: más infeliz que un cubo construcción de sentido comparativo para ponderar la ingenuidad.

cubrir ‘cumplimentar una suscripción’

cucaña ‘palo largo, impregnado de una sustancia resbaladiza, que se fija en posición vertical u horizontal con un premio en su extremo para el que consigue llegar hasta este’

czarda ‘zarda, danza húngara de movimiento muy vivo’

dehesa. V. PELO.

denén ‘nada de nada’

descuidero ‘ladrón que roba aprovechando el descuido ajeno’

desecho: desecho de tienta ‘porción de ganado que no supera la tienta y se lidia en novilladas’

desgaire: al desgaire ‘con descuido o despreocupación’

despiporrio ‘despiporre, desbarajuste, desorden’

desportillado, da ‘mellado, deteriorado, roto por los bordes’

distingo ‘reparo, restricción, limitación que se pone con cierta sutileza, meticulosidad o malicia’

dos. V. TOMADOR.

echador ‘mozo de café encargado de llevar las cafeteras y echar el café y la leche en las tazas o vasos servidos por el camarero al consumidor’

embromar ‘gastar o decir bromas’

enganchar ‘conquistar, enamorar’

enjuto, ta. V. BRAGA.

espalda. V. SANTO.

esquila ‘campana pequeña para convocar a los actos de comunidad en los conventos’

estado: estado de merecer ‘edad de merecer, la adecuada para iniciar un noviazgo’

estraperlista ‘persona que practica el estraperlo’

estraperlo ‘comercio ilegal, clandestino y a precios superiores a los establecidos, de artículos sujetos a tasa o intervenidos por el Estado’; **de estraperlo** ‘ilegalmente, de manera clandestina’

familia. V. HIJO.

farmacopea ‘conjunto de medicamentos’

figón ‘casa de comidas de baja categoría’

finta ‘ademán o amago que se hace con intención de engañar’

flete ‘acto sexual’

flexible ‘sombbrero de fieltro sin apresto’

fox ‘foxtrot, baile estadounidense de pasos cortos y rápidos que estuvo de moda a principios del siglo XX’

fresquera ‘armario ventilado, por medio de una tela metálica, destinado a conservar frescos los alimentos’

frigio, gia ‘semejante al de los antiguos frigios, doblado hacia delante en su parte superior y que cubre también las orejas y la parte posterior del cuello, y usado como símbolo de la libertad por los revolucionarios franceses y luego por los republicanos españoles’

FUE Sigla de «Federación Universitaria Escolar». Organización universitaria y escolar de la etapa final de la dictadura de Primo de Rivera que contribuyó a su caída y sirvió como modelo al movimiento estudiantil antifranquista.

fuerza ‘ejército’

gaita: templar gaitas ‘actuar con miramientos para evitar enfados o disgustos’

garrote ‘procedimiento para ejecutar a un condenado comprimiéndole la garganta’

con una soga retorcida con un palo, con un aro metálico u oprimiéndole la nuca con un tornillo'

gaznápiro 'palurdo, simplón, torpe, que se queda embobado con cualquier cosa'

gilí 'tonto o idiota'

gordo, da. V. PERRA.

gotera 'achaque de salud propio de la vejez'

grande: grande de España 'persona de la alta nobleza española'

grullo 'paleta, bobalicón, ignorante'

guitarrillo 'guitarra pequeña de sonido agudo'

hebra 'tabaco picado en filamentos'; **pegar la hebra** 'trabar conversación'

hetaira 'prostituta'

hijo: hijo de familia 'que está bajo la autoridad paterna o tutelar, y sigue viviendo en casa de sus padres'

hombro. V. MANGA.

iguales 'cupones de la lotería de ciegos, que suelen venderse en series de un mismo número'

iluminado, da 'coloreado'

impertinentes 'juego de dos lentes, con armadura sin patillas, para sujetarlos sobre la nariz'

ingreso 'examen que daba paso de la enseñanza primaria al bachillerato'

jacarandoso, sa 'alegre, desenvuelto'

jefe: en jefe 'con mando supremo'

jeribeque 'gesto o mueca'; 'adorno complicado'

lámpara 'mancha de aceite o grasa que cae en la ropa'

lance: de lance 'de ocasión, de segunda mano o que se adquiere en condiciones ventajosas'

laus Deo 'alabado sea Dios'

lente: lentes de pinza 'juego de dos lentes para corregir defectos de visión, con armadura sin patillas, para sujetarlos sobre la nariz'

leñe interjección que expresa enfado, protesta o sorpresa.

leontina 'cadena para el reloj de bolsillo'

lerrouxista ‘adepto al lerrouxismo, partido radical republicano español creado por Alejandro Lerroux (1864-1949)’

Ley: ley Salmón. Ley promulgada por el ministro Federico Salmón Amorín, en la dictadura de Primo de Rivera, a cuyo amparo se construyeron en España varios miles de viviendas baratas.

lezna ‘instrumento que se compone de un hierro con punta muy fina y un mango de madera, que usan los zapateros y otros artesanos para agujerear, coser y pespuntar’

lila ‘homosexual’; ‘tonto o lelo’

limpia ‘limpiabotas, persona que tiene por oficio limpiar calzado’

lis ‘lirio’

listero ‘persona encargada de pasar lista a los trabajadores de una obra’

litri ‘curso o presumido’

lote: darse el lote ‘besuquearse y manosearse’

lucky ‘cigarrillo de la marca Lucky’

lulú ‘perro pequeño de pelo largo y abundante, cabeza triangular, hocico puntiagudo y orejas rectas’

macana ‘tontería o bobada’

manda ‘legado testamentario’

manga: mangas por hombro ‘en total abandono y desorden’

mangante ‘sinvergüenza y holgazán’

mano: sentar mano ‘establecer o fijar los principios o las bases sobre las que se consolida algo inmaterial’

manta: liarse la manta a la cabeza ‘tomar una decisión prescindiendo de cualquier consideración o duda’

maqueta ‘modelo previo de un texto o libro que se va a publicar, usado para determinar sus características definitivas’

marmota ‘criada o sirvienta’

marrano: pringar la marrana ‘fastidiar o molestar mucho’

mastuerzo ‘hombre torpe y necio’

matadura ‘llaga o herida’

medallar ‘premiar o condecorar con una medalla’

menear: meneársela ‘masturbarse’

menestral ‘que vive de un oficio en la pequeña industria o pequeño comercio’

merecer. V. ESTADO.

merengar: nos ha merengao interjección que expresa rechazo o asombro

michino ‘gato’

mirífico, ca ‘admirable o asombroso’

mitón ‘guante que deja al descubierto los dedos’

moaré ‘muaré, tela fuerte que forma aguas’

mojicón ‘bollo de bizcocho de forma troncocónica’

monserga ‘exposición o discurso fastidioso, pesado o repetitivo, y en ocasiones reprensivo’

morcilla: dar morcilla ‘matar con morcilla envenenada’

mosca: con la mosca en la oreja ‘con recelo o desconfianza’

muela: echar las muelas ‘estar muy irritado o furioso’

noctívago, ga ‘noctámbulo, que anda vagando por la noche’

noventa: de noventa ‘que valía noventa céntimos de peseta’

ojén ‘aguardiente anisado dulce, hecho originariamente en Ojén (Málaga)’

ordenancista ‘que cumple y aplica con rigor la ordenanza o reglamento’

oreja. V. MOSCA.

pailán ‘palurdo, paleta’

palomino ‘mancha de excremento en la ropa interior’

panderete. V. TABIQUE.

pañito ‘pañó de adorno, hecho de encaje, ganchillo, etc., que se usa para cubrir o embellecer bandejas, sillones, mesas y otros objetos’

papo ‘buche de las aves’

paralís ‘parálisis, pérdida de la capacidad de movimiento’

pasado, da ‘preocupado, angustiado o en apuros’

pasar ‘situación económica suficiente para vivir’

pascua: hacer la pascua ‘fastidiar, molestar’

pasiego, ga ‘del valle del Pas (Cantabria)’

pe: de pe a pa ‘desde el principio hasta el fin’

pechuga: pechuga villeroy ‘pechuga de pollo envuelta en bechamel y rebozada con huevo y pan rallado’

pécora ‘persona maligna o de malas intenciones’

pedrea ‘conjunto de premios menores de la lotería’

pegar. V. HEBRA.

pegar: pegársele ‘pasar a ser de su incumbencia sin corresponderle realmente’

pelado, da ‘pobre o de baja categoría social’

pelandusca ‘prostituta’

pelao. V. PELADO.

pelo: pelo de la dehesa ‘rusticidad o tosquedad’

pendolista ‘persona que escribe con muy buena letra’

pera ‘interruptor en forma de pera’

perendengue ‘adorno superfluo’

permanganato ‘compuesto de manganeso que se utiliza como desinfectante’

perra: perra gorda ‘moneda de diez céntimos de peseta’

petisú ‘pastelillo alargado, relleno de crema y cubierto de chocolate o de una pasta de azúcar’

pez ‘sustancia blanda y pegajosa, negruzca, que se obtiene de la destilación incompleta de la trementina o de maderas resinosas’

piar: piarlas ‘protestar o quejarse’

picado, da ‘ágil, veloz’

picota ‘parte superior, en punta, de una torre o montaña muy alta’

pie: sacar los pies del plato ‘insolentarse, o cometer algún exceso’

piernas ‘hombre insignificante’

pinacle ‘juego de naipes en el que se emplean dos barajas francesas y en el que gana quien se desprende antes de todas sus cartas haciendo grupos mínimos de tres’

pinza. V. LENTE.

piquete ‘grupo poco numeroso de soldados que se emplea en diferentes servicios extraordinarios’

plataforma ‘parte delantera y trasera del tranvía, en donde se viajaba de pie’

plato. V. PLATO.

pliego ‘romances, novelas cortas, comedias, vidas de santos, etc., que se imprimían en pliegos sueltos’

polaina ‘prenda de bebé, consistente en un pantalón que cubre también el pie’

pollito, ta ‘muchacho, joven adolescente’

prendería ‘tienda en que se compran y venden ropas y otros objetos usados’

prendero ‘persona que comercia en ropas y otros objetos usados’

principal ‘piso situado sobre el bajo o el entresuelo’

pringar: pringar(la) ‘echar a perder el asunto’; ‘morir’. V. MARRANO.

probar ‘tener buen efecto sobre la salud’

proporción ‘partido, persona interesante como posible consorte’

protestar ‘hacer el protesto’

protesto ‘diligencia notarial para hacer constar que una letra de cambio no ha sido aceptada o pagada’

prueba. V. CALA.

punto: punto (filipino) ‘persona poco fiable’

purgación ‘blenorragia, enfermedad venérea’

quinta ‘reemplazo anual para el ejército’

quintaesenciar ‘refinar, apurar’

quintal: entrar muchas en quintal ‘ser muy contadas o raras’

quinto ‘hombre llamado a filas para cumplir el servicio militar y que todavía no se ha incorporado’

R. I. P. Sigla de «Requiescat in pace», expresión en latín que significa «descansa en paz».

regato ‘arroyo pequeño’

repajolero, ra ‘pícaro o travieso’

repihia ‘repihi, afectada y pedante’

Reserva ‘acto litúrgico vespertino durante el cual se guarda solemnemente en el sagrario el Santísimo Sacramento expuesto’

rezongar ‘refunfuñar, manifestar enojo o desagrado hablando entre dientes’

riñón: tener riñones ‘tener valor o arrojo’

rojo, ja ‘republicano, izquierdista’

Romanones: ser un Romanones. Construcción de sentido comparativo para ponderar la riqueza.

rouge ‘pintalabios’

sable ‘habilidad para sacar dinero a otro o vivir a su costa’

sablista ‘que tiene por hábito sablear, vivir del sable’

sacramental ‘cementerio’

sangre: ‘intención o instintos’

santo: volverse el santo de espaldas ‘tener mala suerte’

sauternes ‘vino dulce francés de la región de Sauternes’

sensitivo ‘persona de sensibilidad fina y delicada’

sereno ‘hombre encargado de vigilar las calles durante la noche para seguridad del vecindario’

serie: de la serie B ‘de rango secundario, de baja calidad’

somanta ‘tunda o paliza’

soplar ‘tomar bebidas alcohólicas en cantidad’

sota ‘mujer insolente y desvergonzada’

sotabanco ‘piso habitable situado encima de la cornisa general de un edificio’

suministro ‘distribución racionada de alimentos mediante una cartilla personal con cupones que asignaba a cada ciudadano alimentos de primera necesidad’

tabique: tabique de panderete ‘tabique hecho con ladrillos puestos de canto’

tajo ‘trabajo o tarea’

tarambana ‘informal y de poco juicio’

tarifarse ‘enemistarse o reñir’

tela ‘dinero, caudal’

templar. V. GAITA.

terneza ‘asunto tierno’

tienta. V. DESECHO.

timar ‘coquetear intercambiando miradas o señas’

tirarse ‘poseer sexualmente’

tocaor ‘persona dedicada a tocar la guitarra flamenca’

tomador: tomador del dos ‘ladrón que roba aprovechando la habilidad de sus dedos’

tope ‘parachoques’

trapichero ‘persona dedicada al trapicheo, trato o negocio ilegal o poco claro’

trastear ‘enredar, o hacer travesuras’

trincher ‘aparador, mueble de comedor’

triple ‘anís triple seco, destilado tres veces’

tritón ‘cigarrillo de la marca Tritón’

tunda ‘paliza’

tupi ‘establecimiento público de carácter modesto donde se sirve café y bebidas, en mesas atendidas por camareros’

ultraísta ‘del ultraísmo, movimiento poético español e hispanoamericano, de carácter vanguardista y de reacción contra el modernismo’

ursulina ‘mujer excesivamente recatada’

usucapión ‘adquisición de un derecho mediante su ejercicio en las condiciones y durante el tiempo previstos por la ley’

vagarosamente ‘de manera imprecisa o falta de fijeza’

vasar ‘anaquel o estante, de yeso y ladrillo, destinado a la vajilla y otros utensilios de cocina’

velador ‘mesita de un solo pie’

verde: darse un verde ‘disfrutar mucho’

verter ‘eyacular’

villeroy. V. PECHUGA.

visaje ‘gesto del rostro’

zahorí ‘persona perspicaz y escudriñadora, que descubre o adivina fácilmente lo que otras personas piensan o sienten’

zorrupia ‘prostituta’



JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD CENSO DE PERSONAJES

Publicamos a continuación la lista de personajes elaborada por José Manuel Caballero Bonald para la primera edición española [Barcelona, 1957] adaptando mínimamente a la forma en que hemos publicado en la presente colección los índices onomásticos en el resto de los títulos y actualizando la paginación a la de nuestra edición. Respetamos su texto y las convenciones que utilizó. Los nombres de los personajes de ficción, intervengan o no directamente en la acción de la novela, aparecen en tipo normal. Los nombres de los personajes históricos o reales, van consignados en cursiva. Los números entre corchetes representan el orden dentro del recuento total de todos los personajes; en romanos, los personajes históricos o reales.

A

abuelo, la: Abuela de Elvirita, que pasaba el cepillo del pan de San Antonio en la parroquia de Villalón. [1]. Abuelo de Julita, Visitación y Esperanza Moisés. [2]. Abuelo de Paco, el amigo de Martín Marco. «El abuelo de Paco había sido general y marqués, y murió en un duelo de pistola en Burgos; lo mató un diputado progresista que se llamaba don Edmundo Páez Pacheco, hombre masón y de ideas disolventes». [3].

Aguado Despujols, don Ventura: Padre de Ventura, el novio de Julita Moisés. Es cosechero de almendra de Riudecols, en el campo de Tarragona. [4].

Aguado Sanz, Ventura: Estudiante de notarías, novio de Julita Moisés. [5].

Alba, duque de: Don Jacobo Fitz James Stuart Falcó, duque de Berwick y de Alba. [I].

Alba, Cojoncio: Seminarista que perdió a Dorita. [6].

Alba, Estanislao: Padre de Cojoncio Alba. [7].

Alcalá Zamora: Don Niceto Alcalá Zamora, presidente que fue de la Segunda República Española. [II].

alcalde (de Cork): Terencio Mac Swiney, muerto en Brixton, después de setenta días de ayuno voluntario, como protesta contra su encarcelamiento. [III].

Alfonsito: Niño de los recados del café de doña Rosa. «Alfonsito es un niño canijo, de doce o trece años, que tiene el pelo rubio y tose constantemente. Su padre, que era periodista, murió dos años atrás en el hospital del Rey. Su madre, que de soltera fue una señorita llena de remilgos, fregaba unos despachos de la Gran Vía y comía en Auxilio Social». [8].

Alfonso: Amigo de Pablo Alonso. [9].

Alonso, Pablo: «Pablo Alonso es un muchacho joven, con cierto aire deportivo de moderno hombre de negocios, que tiene desde hace quince días una querida que se llama Laurita». [10].

Álvarez Quintero, Hermanos: Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, autores dramáticos sevillanos. [IV].

amigo, ga: Amigas de Maribel Pérez, antigua novia de don Ricardo Sorbedo. [11]. Amigo de don José Sanz Madrid. [12]. Amigos de don José Rodríguez de Madrid, que juegan a las damas en el café de doña Rosa. [13].

Angelito: Niño de la vecindad de casa de doña Visi. [14].

Anguera, Bartolomé: Pintor que vive con Socorrito, una de las hijas de don

Francisco Robles. «Socorrito se escapó con un amigo de su hermano Paco, Bartolomé Anguera, que es pintor; llevan una vida de bohemios en un estudio de la calle de los Caños, donde se tienen que helar de frío, donde el día menos pensado van a amanecer tiesos como sorbetes». [15].

Angulo Echevarría, Alfredo: Estudiante de Medicina, novio de Visitación Moisés. [16].

Anita: Sobrina de doña Pura, la mujer de don Pablo. [17].

Arce, don Jaime: Cliente del café de doña Rosa. «Don Jaime Arce es, lo más seguro, un hombre honrado y de mala suerte, de mala pata en esto del dinero. Muy trabajador no es, esa es la verdad, pero tampoco tuvo nada de suerte...». «Ahora anda buscando un destino, pero no lo encuentra. Él se hubiera puesto a trabajar en cualquier cosa, en lo primero que saliese, pero no salía nada que mereciese la pena y se pasaba el día en el café, con la cabeza apoyada en el respaldo de peluche, mirando para los dorados del techo...». «Don Jaime Arce es hombre que habla muy bien, aunque dice, en medio de una frase bien cortada, palabras poco finas, como “la monda”, o “el despiporrio”, y otras por el estilo». [18].

asturiano: Asturiano con quien anduvo Elvira dos años, escapándose con él de Villalón. [19].

Asunción: Hija de doña Soledad de Castro y don Francisco Robles y mujer de don Fadrique Méndez. [20].

Asunción, doña: Pensionista asidua al café de doña Rosa. [21].

Ataulfo: Rey de los visigodos. [V].

B

bachiller. V. RUBIO ANTOFAGASTA, ELOY.

Bartolomé Alonso, Pura. V. PURITA.

basureros: Basureros que cogen a un perro moribundo en la calle de Torrijos. [22].

Bernabé: Uno de los niños que juegan al tren en el café de doña Rosa. «Son dos niños ordenancistas, consecuentes, dos niños que juegan al tren, aunque se aburren

como ostras, porque se han propuesto divertirse y, para divertirse, se han propuesto, pase lo que pase, jugar al tren durante toda la tarde». [23].

botones: Botones del restaurante donde comen Laurita y Pablo. [24].

Bragado, doña Ramona: Dueña de una lechería de la calle de Fuencarral. «Doña Matilde y doña Asunción se reúnen todas las tardes, nada más comer, en una lechería de la calle de Fuencarral, donde son amigas de la dueña, doña Ramona Bragado, una vieja teñida pero muy chistosa, que había sido artista allá en los tiempos del general Prim. Doña Ramona, que recibió, en medio de un escándalo mayúsculo, una manda de diez mil duros del testamento del marqués de Casa Peña Zurana —el que fue senador y dos veces subsecretario de hacienda—, que había sido querido suyo lo menos veinte años, tuvo cierto sentido común y en vez de gastarse los cuartos, tomó el traspaso de la lechería, que marchaba bastante bien y que tenía una clientela muy segura. Además, doña Ramona, que no se perdía, se dedicaba a todo lo que apareciese y era capaz de sacar pesetas de debajo de los adoquines». [25].

Burelos: Apodo con que designan en su tierra a la familia del marido de la hermana de Gumersindo Vega Calvo. [26].

Bustamante, Fidel. V. FIDEL.

Bustamante Valls, Joaquín: Padre de Fidel. «El padre de Fidel, pastelero también, había sido un tío muy bruto que se purgaba con arena y que no hablaba más que de las joticas y de la Virgen del Pilar. Presumía de culto y emprendedor y usaba dos clases de tarjetas, unas que decían: “Joaquín Bustamante – Del comercio” y otras, en letra gótica, donde se leía: “Joaquín Bustamante Valls – Autor del proyecto *Hay que doblar la producción agrícola en España*”. A su muerte dejó una cantidad tremenda de papeles de barba llenos de números y de planos; quería duplicar las cosechas con un sistema de su invención: unas tremendas pilas de terrazas rellenas de tierra fértil, que recibirían el agua por unos pozos artesianos y el sol por un juego de espejos». [27].

Byron: George Noel Gordon, Lord Byron, poeta inglés del siglo XIX. [VI].

C

camarero: Camarero de un café de la calle de San Bernardo. [28]. Camarero del bar

donde charlan Laurita y Pablo Alonso. [29]. Camarero del café de doña Rosa, que echa a Martín Marco. [30]. Camarero del restaurante donde comen Laurita y Pablo Alonso. [31].

Capra, Frank: Director de cine americano. [VII].

carabinero: Carabinero de la Casa de la Moneda. [32].

Carmen, doña: Cuñada de la abuela de Merceditas Olivares Vallejo. «Merche vive con una cuñada de la abuela, una señora vieja llena de puntillas y pintada como una mona, que lleva peluquín y que se llama doña Carmen. En el barrio a doña Carmen la llaman, por mal nombre, Pelo de Muerta. Los chicos de la calle prefieren llamarle Saltaprados». [33].

Carmen del Oro: Nombre artístico de María Angustias, la hija de doña Soledad y don Francisco Robles. V. MARÍA ANGUSTIAS.

Casa Peña Zurana, marqués de: Antiguo amante de doña Ramona Bragado, senador y dos veces subsecretario de hacienda. [34].

Cascajo, don Leonardo: Maestro nacional, que redactó el pie de la foto de don Obdulio Cortés López, difunto marido de doña Celia Vecino. [35].

Castillo, Jacinto del: Personaje de la historia popular, protagonista de pliegos de cordel y coplas de ciego. [VIII].

Castro de Robles, doña Soledad: Mujer de don Francisco Robles. Madre de Soledad, Piedad, Francisco, Amparo, Asunción, Trini, Nati, María Auxiliadora, Socorrito, María Angustias y Juan Ramón. «En la casa, en una habitación interior, doña Soledad [...] repasa calcetines mientras deja vagar la imaginación, una imaginación torpe, corta y maternal como el vuelo de una gallina. Doña Soledad no es feliz, puso toda su vida en los hijos, pero los hijos no han sabido, o no han querido, hacerla feliz». [36].

catedrático de psicología, lógica y ética. V. SAMAS, DON JOSÉ MARÍA DE.

Cazuela, don Fernando: Procurador de los tribunales, vecino de la difunta doña Margot. [37].

Celestino. V. ORTIZ, CELESTINO.

cerillero: Cerillero del café donde entran la Uruguaya, el señor Flores y Martín Marco. [38].

Cervantes: Miguel de Cervantes (1547-1616). [IX].

chico, ca: Chica que se cruza con Martín Marco cuando lo echan del café de doña Rosa. «Es jovencita y muy mona. No va bien vestida. Debe de ser una sombrerera; las sombrereras tienen todas un aire casi distinguido...». [47]. Chicas que miran a

Martín Marco por la plaza de toros. [48]. Chico de la taberna donde están Maribel Pérez y Ricardo Sorbedo. [49].

chóferes: Chóferes de taxi que beben en la taberna donde están Maribel Pérez y Ricardo Sorbedo. [50].

Churchill: Winston Churchill, primer ministro británico, en la época de la acción de la novela. [XII].

Chus: Vecino de Bernabé, uno de los niños que juegan al tren en el café de doña Rosa. [57].

ciclista: Ciclista que está a punto de atropellar a Martín Marco en la calle de Manuel Silvela. [39].

ciego: Ciego que se pasea entre las mesas de la taberna donde están Maribel Pérez y Ricardo Sorbedo. [40].

Clair, René: Director de cine francés. [X].

Contreras, Miguel: Subalterno del Ministerio de Obras Públicas, marido de una hija de doña Asunción. [41].

Cordel Esteban, Manuel: Estudiante de medicina, antiguo novio de Visitación Moisés. [42].

Corrales, doña Teresa: Vecina de doña Margot. [43].

Cortés López, don Obdulio: Difunto marido de doña Celia Vecino. «Don Obdulio había sido toda su vida un hombre ejemplar, recto, honrado, de intachable conducta, lo que se llama un modelo de caballeros. Fue siempre muy aficionado a las palomas mensajeras, y cuando murió, en una revista dedicada a estas cosas, le tributaron un sentido y cariñoso recuerdo: una foto suya, de joven todavía, con un pie donde podía leerse: “Don Obdulio Cortés López, ilustre prócer de la colombofilia hispana, autor de la letra del himno *Vuela sin cortapisas, paloma de la paz*, expresidente de la Real Sociedad Colombófila de Almería, y fundador y director de la que fue gran revista *Palomas y Palomares* (boletín mensual con información del mundo entero), a quien rendimos, con motivo de su óbito, el más ferviente tributo de admiración con nuestro dolor”». [44].

Cortés, Viuda de. V. VECINO, DOÑA CELIA.

Crawford, Joan: Actriz de cine americana. [XI].

Cuadrado de Ostolaza, doña Genoveva: Mujer de don Ibrahim de Ostolaza y Bofarull. [45].

cura: Cura bilbaíno que, según *El Querubín Misionero*, hacía milagros. [46].

D

dependiente: Dependiente de una óptica donde entra Seoane a comprar unas gafas. [52].

Díaz: Compañero de oficina de don Roberto González. [53].

Diego, Clemente de: Jurisconsulto español contemporáneo. [XIII].

doncella: Doncella de Pablo Alonso. [54].

Dorita: Planchadora de doña Jesusa. «La perdió un seminarista de su pueblo, en unas vacaciones. El seminarista, que ya murió, se llamaba Cojoncio Alba...». «A Dorita la echaron de su casa y anduvo una temporada vagando por los pueblos, con el niño colgado de los pechos...». «Dorita tenía dieciséis años y un aire triste y soñador de perro sin dueño, de bestia errabunda...». «Anduvo algún tiempo tirada —como un mueble desportillado— por los burdeles de Valladolid y de Salamanca, hasta que ahorró para el viaje y se vino a la capital. Aquí estuvo en una casa de la calle de la Madera, bajando, a la izquierda, que le llamaban la “Sociedad de las naciones”...». «De la casa la sacó don Nicolás de Pablos, un ricachón de Valdepeñas que se casó con ella por lo civil...». «Don Nicolás se marchó de España el año 39, porque decían si era masón, y no se volvió a saber nada más de él...». «Dorita anduvo dando tumbos por Madrid hasta que conoció a doña Jesusa». [55].

E

Echevarría de Cazuela, doña Lolita: Mujer de don Fernando Cazuela y tía de Alfredo Angulo Echevarría. [56].

Elvira, señorita: «La señorita Elvira lleva una vida perra, una vida que, bien mirado, ni merecería la pena vivirla. No hace nada, eso es cierto, pero por no hacer nada, ni come siquiera. Lee novelas, va al café, se fuma algún que otro tritón y está a lo que caiga. Lo malo es que lo que cae suele ser de Pascuas a Ramos, y para eso, casi siempre de desecho de tienda y defectuoso...». «La pobre es una sentimental que se echó a la vida para no morir de hambre, por lo menos, demasiado deprisa. Nunca supo hacer nada y, además, tampoco es guapa ni de modales finos. En su casa, de niña, no vio más que desprecio y calamidades. Elvirita era de Burgos, hija de un

punto de mucho cuidado, que se llamó, en vida, Fidel Hernández...». «Elvirita, cuando se quedó huérfana, tenía once o doce años y se fue a Villalón, a vivir con una abuela, que era la que pasaba el cepillo del pan de San Antonio en la parroquia...». «Elvirita, un día que ya no pudo aguantar más, se largó del pueblo con un asturiano que vino a vender peladillas por la función. Anduvo con él dos años largos, pero como le daba unas tundas tremendas que la deslomaba, un día, en Orense, lo mandó al cuerno y se metió de pupila en casa de la Pelona, en la calle del Villar...». «Desde entonces, para Elvirita todo fue rodar y coser y cantar, digámoslo así». [57].

Elvirita. V. ELVIRA, SEÑORITA.

Emilita: Prima de Paquito, uno de los niños que juegan al tren en el café de doña Rosa. [58].

empleado, da: Empleada de una droguería donde entra Seoane a comprar unas gafas. [59]. Empleado del cementerio. [60].

encargado: Encargado del café de doña Rosa. V. LÓPEZ, CONSORCIO.

Entrena, doña Juana: Viuda de Sisemón. Vecina de la difunta doña Margot. [61].

Escolástica: Criada de doña Visi. [62].

Esperanza de Granada: Nombre artístico que no llegó a usar María Angustias. V. MARÍA ANGUSTIAS.

Estrella: Amiga de Laurita. [63].

Estremera, don Exuperio: Sacerdote, vecino de doña Margot. [64].

Eudisia: Mujer de Fidel Hernández y madre de la señorita Elvira. [65].

Eulogia, La: Mujer de don Braulio Pérez. [66].

F

Fadrique: Hijo de Asunción y Fadrique Méndez. [67].

Fidel: Marido de Anita, la sobrina de doña Pura. «Fidel es un muchacho joven que lleva bigotito y una corbata verde claro. [...] En Zaragoza ganó, seis o siete meses atrás, un concurso de tangos, y aquella misma noche le presentaron a la chica que

ahora es su mujer». [68].

Filo: Hermana de Martín Marco, mujer de don Roberto González. «El matrimonio González vive al final de la calle de Ibiza, en un pisito de los de la ley Salmón, y lleva un apañado pasar, aunque bien sudado. Ella trabaja hasta caer rendida, con cinco niños pequeños y una criadita de dieciocho años para mirar por ellos». [69].

Flores, señor: Amigo de la Uruguaya. [70].

Fotógrafa, la. V. SUÁREZ, SEÑOR.

Francisco: Hijo de doña Soledad de Castro y don Francisco Robles. «El mayor de los dos únicos varones, Francisco, el tercero de los hijos, fue siempre el ojito derecho de la señora; ahora está de médico militar en Carabanchel, algunas noches viene a dormir a casa». [71].

Francisco Javier: Nombre con que bautizó a un chinito doña Visitación Leclerc de Moisés. [72].

Fructuosa, doña: Portera de la calle de Fernando VI, tía de Matildita, la novia de Macario. [73].

Führer. V. HITLER.

G

Gabriel: Camarero del café de doña Rosa. [74].

Galdácano, don Ignacio: Vecino de la difunta doña Margot. [75].

García Morrazo, Julio: Cliente y amigo de Celestino Ortiz. «El guardia Julio García Morrazo es gallego. Antes de la guerra no hacía nada, se dedicaba a llevar a su padre ciego de romería en romería cantando las alabanzas de San Sibrán y tocando el guitarrillo. A veces, cuando había vino por medio, Julio tocaba un poco la gaita, aunque, por lo común, prefería bailar y que la gaita la tocasen otros. Cuando vino la guerra y le llamaron a quintas, el guardia Julio García Morrazo era ya un hombre lleno de vida, como un ternero, con ganas de saltar y de brincar como un potro salvaje, y aficionado a las sardinas cabezudas, a las mozas tetonas y al vino del Ribeiro. En el frente de Asturias, un mal día le pegaron un tiro en un costado y desde entonces el Julio García Morrazo empezó a enflaquecer y ya no levantó cabeza; lo

peor de todo fue que el golpe no resultó lo bastante grande para que le diesen inútil y el hombre tuvo que volver a la guerra y no pudo reponerse bien. Cuando la guerra terminó, Julio García Morrazo se buscó una recomendación y se metió a guardia...». «En el cuartel lo querían bien todos los jefes porque era obediente y disciplinado y nunca había sacado los pies del plato, como otros guardias que se creían tenientes generales. El hombre hacía lo que le mandaban, no ponía mala cara a nada, y todo lo encontraba bien; él sabía que no le quedaba otra cosa que hacer, y no se le ocurría pensar en nada más». [76].

García Morrazo, Telmo: Difunto hermano del guardia Julio García Morrazo. [77].

García Sobrino, Trinidad: Prestamista, cliente del café de doña Rosa. «Don Trinidad tuvo una primera juventud turbulenta, llena de complicaciones y de veleidades, pero en cuanto murió su padre, se dijo: de ahora en adelante hay que tener cautela; si no, la pringas, Trinidad. Se dedicó a los negocios y al buen orden y acabó rico. La ilusión de toda su vida hubiera sido llegar a diputado; él pensaba que ser uno de quinientos entre veinticinco millones no estaba nada mal. Don Trinidad anduvo coqueteando varios años con algunos personajes de tercera fila del partido de Gil Robles, a ver si conseguía que lo sacasen diputado; a él el sitio le era igual; no tenía ninguna demarcación preferida. Se gastó algunos cuartos en convites, dio su dinero para propaganda, oyó buenas palabras, pero al final no presentaron su candidatura por lado alguno y ni siquiera lo llevaron a la tertulia del jefe. Don Trinidad pasó por momentos duros, de graves crisis de ánimo, y al final acabó haciéndose lerrouxista. En el Partido Radical parece que le iba bastante bien, pero en esto vino la Guerra y con ella el fin de su poco brillante, y no muy dilatada, carrera política. Ahora don Trinidad vivía apartado de la cosa pública, como aquel día memorable dijera don Alejandro, y se conformaba con que lo dejaran vivir tranquilo, sin recordarle tiempos pasados, mientras seguía dedicándose al lucrativo menester del préstamo a interés». [78].

Gascón: José Gascón y Marín, jurisconsulto español contemporáneo. [XIV].

Gil Robles: Político español, que fue jefe de la CEDA. [XV].

Giménez Figueras, José: Amigo del señor Suárez. «Su amigo era un barbián con aire achulado, corbata verde, zapatos color corinto y calcetines a rayas. Se llama José Giménez Figueras y aunque tiene un aspecto sobrecogedor, con su barba dura y su mirar de moro, le llaman, por mal nombre, Pepito el Astilla». [79].

gitana: Gitana que vende lotería en la calle de Goya. [80].

golfa: Borracha que le «arrea una coza» a un niño que canta flamenco. [81].

González, don Roberto: Marido de la Filo, la hermana de Martín Marco, «... hace todas las horas extraordinarias que puede y donde se tercié; esta temporada tiene suerte y lleva los libros en una perfumería, donde va dos veces al mes para que le den

cinco duros por las dos, y en una tahona de ciertos perendengues que hay en la calle de San Bernardo y donde le pagan treinta pesetas. Otras veces, cuando la suerte se le vuelve de espaldas y no encuentra un tajo para las horas de más, don Roberto se vuelve triste y ensimismado y le da el mal humor». [82].

González Blanco, Pedro: Escritor y traductor asturiano. Peleó al lado de Pancho Villa cuando la revolución mexicana. [XVI].

guardias: Guardias de un garaje, clientes del bar de Celestino Ortiz. [83].

Gutiérrez: Marido de Marujita Ranero, la antigua novia de Consorcio López. [84].

Gutiérrez, señora de. V. RANERO, MARUJITA.

Gutiérrez, Guadalupe: Nombre que aparece en *El Querubín Misionero*, en la lista de donantes, con la siguiente aclaración: «Guadalupe Gutiérrez (Ciudad Real), la curación de un niño de diecinueve meses de una herida producida al caerse del balcón de un entresuelo, 25 pesetas». [85].

H

Harlow, Jean: Actriz del cine americano. [XVII].

hermano, na: Hermana de Petrita, la criada de la Filo. [86]. Hermana de Rómulo. [87]. Hermano de Marujita. [88]. Hermano del padre de Fidel Bustamante. [89].

Hermida, Ramón: Nombre que aparece en *El Querubín Misionero*, con la siguiente nota: «Ramón Hermida (Lugo), por varios favores obtenidos en sus actividades comerciales, 10 pesetas». [90].

Hernández, Elvira. V. ELVIRA, SEÑORITA.

Hernández, Fidel: Padre de Elvira. «Elvirita era de Burgos, hija de un punto de mucho cuidado, que se llamó, en vida, Fidel Hernández. A Fidel Hernández, que mató a la Eudosa, su mujer, con una lezna de zapatero, lo condenaron a muerte y lo agarrotó Gregorio Mayoral en el año 1909. Lo que él decía: si la mato a sopas con sulfato, no se entera ni Dios». [91].

hijo, ja: Hija de doña Asunción, «casada con un subalterno del Ministerio de Obras Públicas, que se llama Miguel Contreras y es algo borracho». [92]^[21]. Hija de la

Marraca, amiga de Elvira. [93]. Hija de Margarita. [94]. Hijo de Dorita. [95]. Hijo de la señora Leocadia, la castañera. «A las once viene a buscarla su hijo, que quedó cojo en la guerra y está de listero en las obras de los nuevos ministerios. El hijo, que es muy bueno, le ayuda a recoger los bártulos y después se van, muy cogiditos del brazo, a dormir». [96]. Hijos de don Roberto González. [97]. Hijos de Josefa López. [98].

Hitler: Canciller del Tercer Reich. [XVIII].

Hölderlin: Friedrich Hölderlin, poeta alemán (1770-1843). [XIX].

hombre: Hombre que comenta en la calle la muerte de la madre del señor Suárez. [99]. Hombre que «se suicidó porque olía a cebolla». [100]. Hombres que hablan en un café de la plaza de Alonso Martínez. «Son dos hombres jóvenes, uno de veintitantos y otro de treinta y tantos años; el más viejo tiene aspecto de jurado de un concurso literario; el más joven tiene aire de ser novelista». [101]. Hombres que van por los solares de la plaza de toros. [1702].

I

Ibáñez, doña Conchita: Mujer de Estanislao Alba y madre de Cojuncio. [103].

Ibrahim, don. V. OSTOLAZA Y BOFARULL, DON IBRAHIM DE.

Ignacio: Nombre con que bautizó a un chinito doña Visitación Leclerc de Moisés. [104].

Isabel la Católica: Reina de España. [XX].

J

Jareño, don Antonio: Empleado de Wagons-Lits, vecino de la difunta doña Margot. [105].

Javier: Amigo de Pirula. [106].

Javierchu. V. JAVIER.

Javierín: Uno de los cinco hijos de la Filo y don Roberto González. [107].

Jesusa, doña: Dueña de un prostíbulo en la calle de Montesa. «Doña Jesusa es una mujer gruesa, amable, obsequiosa, con aire de haber sido guapetona, teñida de rubio, muy dispuesta y emprendedora». [108].

Jorquera, don Manuel: Vecino de doña Margot. [109].

José: Antiguo novio de Margarita, la planchadora de casa de doña Jesusa. «A los quince años tuvo un novio que se llamaba José, ella no sabe más. Era un bailón de los merenderos de la Bombilla; la llevó un domingo al monte del Pardo y después la dejó». [110].

José, don: Jefe de la oficina donde trabaja don Roberto González. [111].

José María: Sobrino de doña Montserrat. [112].

José María, don: De quien hablan Mauricio y Hermenegildo Segovia. [113].

Josefa, señora: A quien el señor Ramón, el panadero, presta siete pesetas. [114].

joven: Poeta a quien le da un mareo en el café de doña Rosa. V. MAELLO, RAMÓN.

Juan Ramón: Juan Ramón Jiménez, poeta español contemporáneo. [XXI].

Juan Ramón: El más pequeño de los hijos de doña Soledad de Castro y don Francisco Robles. «El pequeño, Juan Ramón, salió de la serie B y se pasaba el día mirándose al espejo y dándose cremas en la cara». [115].

Juanita: Hermana de Matildita, la novia de Macario. [116].

juez: Juez que interroga a los vecinos de la casa donde se encontró muerta a doña Margot. [117].

Julio: Hermano de Purita. [118].

Julita. V. MOISÉS LECLERC, JULITA.

K

Keats: John Keats, poeta inglés (1796-1821). [XXII].

L

Laurita: Querida de Pablo Alonso. «Laurita es guapa. Es hija de una portera de la calle de Lagasca. Tiene diecinueve años. Antes no tenía nunca un duro para divertirse y mucho menos cincuenta duros para un bolso. Con su novio, que era cartero, no se iba a ninguna parte. Laurita ya estaba harta de coger frío en Rosales, se le estaban llenando los dedos y las orejas de sabañones». [119].

Leciñena, don José: Propietario, vecino de la difunta doña Margot. [120].

Leclerc, doña Rosa. V. ROSA, DOÑA.

Leclerc de Moisés, doña Visitación. V. VISI, DOÑA.

Leocadia, señora: Castañera. [121].

Lerroux: Alejandro Lerroux, jefe del Partido Radical. [XXIII].

limpia: Limpiabotas del café de doña Rosa. «El limpia siente admiración por don Leonardo. El que don Leonardo le haya robado sus ahorros es, por lo visto, algo que le llena de pasmo y de lealtad. Hoy don Leonardo está locuaz con él, y él se aprovecha y retoza a su alrededor como un perrillo faldero. Hay días, sin embargo, en que tiene peor suerte y don Leonardo lo trata a patadas. En esos días desdichados, el limpia se le acerca sumiso y le habla humildemente, quedamente». [122].^[22]

Lola: Amiga de don Roque Moisés Vázquez. «Lola es hermana de Josefa López, una antigua criada de los señores de Robles con quien don Roque tuvo algo que ver, y que ahora, ya metida en carnes y en inviernos, ha sido desbancada por su hermana menor. Lola está para todo en casa de doña Matilde, la pensionista del niño imitador de estrellas». [123].

López, Consorcio: Encargado del café de doña Rosa. «El encargado se llama López, Consorcio López, y es natural de Tomelloso, en la provincia de Ciudad Real, un pueblo grande y hermoso y de mucha riqueza. López es un hombre joven, guapo,

incluso atildado, que tiene las manos grandes y la frente estrecha. Es un poco haragán y los malos humores de doña Rosa se los pasa por la entrepierna. A esta tía —suele decir— lo mejor es dejarla hablar; ella sola se para. Consorcio López es un filósofo práctico; la verdad es que su filosofía le da buen resultado». [124].

López, don Francisco: Dueño de la peluquería de señoras Cristi and Quico. Vecino de la difunta doña Margot. [125].

López, don Gumersindo: Empleado de la Campsa. Vecino de doña Margot. [126].

López, Josefa: «... antigua criada de los señores de Robles con quien don Roque tuvo algo que ver». [127].

López, Lola. V. LOLA.

López de Marco, Filomena: Difunta madre de la Filo y Martín Marco. [128].

López Ortega, Marina: Que aparece en la lista de donantes de *El Querubín Misionero*. «Marina López Ortega (Madrid), el que se amansase un animal doméstico, 5 pesetas». [129].

López Puente, Excmo. Sr. D. Ramiro: «Muchos de los mármoles de los veladores han sido antes lápidas en las sacramentales; en algunos, que todavía guardan las letras, un ciego podría leer, pasando las yemas de los dedos por debajo de la mesa: Aquí yacen los restos mortales de la señorita Esperanza Redondo, muerta en la flor de la juventud; o bien: R. I. P. El Excmo. Sr. D. Ramiro López Puente. Subsecretario de Fomento». [130].

Luis: Echador del café de doña Rosa. [131].

Luque, don Carlos: Del comercio. Vecino de doña Margot. [132].

M

Macario: Pianista del café de doña Rosa. «Macario es un sentimental mal alimentado que acaba, por aquellos días, de cumplir los cuarenta y tres años». [133].

madre: Madre de Agustín Rodríguez Silva. [134]. Madre de Alfonsito, el niño de los recados del café de doña Rosa. «Su madre, que de soltera fue una señorita llena de remilgos, fregaba unos despachos de la Gran Vía y comía en Auxilio Social». [135].

Madre de Celestino Ortiz. [136]. Madre de Matildita, la novia de Macario. [137]. Madre de Paco, el amigo de Martín Marco. «El hombre se vuelve y piensa, vagamente, en su madre, muerta hace ya años. Su madre llevaba una cinta de seda negra al cuello, para sujetar la papada, y tenía muy buen aire, enseguida se veía que era de una gran familia». [138]. Madre de Purita, que «murió, tísica y desnutrida, el año 41». [139]. Madre de un matrimonio que vive pared por medio del piso de don Ibrahim de Ostolaza y Bofarull. [140]. Madre de Victorita. «... su madre es un sargento de caballería que no hace más que gritar». [141].^[23]

Maello, Ramón: Poeta, vecino de la mercería de Trini Robles. «El poeta de la vecindad es un jovencito melenudo, pálido, que está siempre evadido, sin darse cuenta de nada, para que no se le escape la inspiración, que es algo así como una mariposita ciega y sorda pero llena de luz, una mariposita que vuela al buen tuntún, a veces dándose contra las paredes, a veces más alta que las estrellas. El poeta de la vecindad tiene dos rosetones en las mejillas. El poeta de la vecindad, [...] cuando está en vena, se desmaya en los cafés y tienen que llevarlo al retrete, a que se despeje un poco con el olor del desinfectante, que duerme en su jaulita de alambre, como un grillo». [142].

Maestre, Leoncio: Vecino de la difunta doña Margot, amigo de la señorita Elvira y de doña Lolita Echevarría de Cazuela. «Don Leoncio Maestre, en su juventud, se había llevado la flor natural en unos juegos florales que se celebraron en la isla de Menorca, su patria chica». [143].

Maluenda, don Julio: Vecino de la difunta doña Margot, «el marino mercante retirado del 2.º C, que tenía la casa que parecía una chamarilería, llena de mapas y de grabados y de maquetas de barcos...». [144].

Mallarmé: Stéphane Mallarmé, poeta francés (1842-1898). [XXIV].

Marco, Martín: «Es un hombrecillo desmedrado, paliducho, enclenque, con lentes de pobre alambre sobre la mirada. Lleva la americana raída y el pantalón desflecado. Se cubre con un flexible gris oscuro, con la cinta llena de grasa, y lleva un libro forrado de papel de periódico debajo del brazo...». «El hombre no es un cualquiera, no es uno de tantos, no es un hombre vulgar, un hombre del montón, un ser corriente y moliente; tiene un tatuaje en el brazo izquierdo y una cicatriz en la ingle. Ha hecho sus estudios y traduce algo el francés. Ha seguido con atención el ir y venir del movimiento intelectual y literario, y hay algunos folletos de *El Sol* que todavía podría repetirlos casi de memoria. De mozo tuvo una novia suiza y compuso poesías ultraístas». [145].

Marco Fernández, Sebastián: Difunto padre de la Filo y Martín Marco. [146].

Marco González, doña Filo. V. FILO.

Mare Nostrum, Florentino del: Nombre artístico del hijo de doña Matilde. «Doña

Matilde tiene un hijo imitador de estrellas, que vive en Valencia». «... le había salido un contrato muy ventajoso para Barcelona, para trabajar en un salón del Paralelo, en un espectáculo de postín que se llamaba *Melodías de la raza* y que, como tenía un fondo patriótico, esperaban que fuese patrocinado por las autoridades». [147].

Margarita: Planchadora de doña Jesusa. «Es hija de un hombre que en vida fue baulero en la estación de las Delicias. A los quince años tuvo un novio que se llamaba José, ella no sabe más...». «Margarita empezó a golpear y acabó con un bolso por los bares de Antón Martín. Lo que vino después es ya muy vulgar, aún más vulgar todavía». [148].

Margarita Gautier: Apodo que Mauricio Segovia da al señor Suárez. V. SUÁREZ SOBRÓN, JULIÁN.

Margot, doña: Madre de Julián Suárez Sobrón, a quien encontraron muerta en su casa. «El señor Suárez vivía con su madre, ya vieja, y se llevaban tan bien que, por las noches, antes de irse a la cama, la señora iba a taparlo y a darle su bendición». [149].

Mari Tere: Amiga de Alfonso y Pablo Alonso. [150].

María, doña: Amiga de doña Pura, «gruesa, cargada de bisutería, que se rasca los dientes de oro con un palillo». [151].

María Angustias: Una de las hijas de doña Soledad de Castro y don Francisco Robles. «La otra, María Angustias, al poco tiempo empezó con que quería dedicarse al cante y se puso de nombre Carmen del Oro. Pensó también en llamarse Rosario Giralda y Esperanza de Granada, pero un amigo suyo, periodista, le dijo que no, que el nombre más a propósito era Carmen del Oro. En esas andábamos cuando, sin dar tiempo a la madre a reponerse de lo de Socorrito, María Angustias se lio la manta a la cabeza y se largó con un banquero de Murcia que se llamaba don Estanislao Ramírez. La pobre madre se quedó tan seca que ya ni lloraba». [152].

María Auxiliadora: Una de las hijas de doña Soledad de Castro y Francisco Robles, que se metió monja. [153].

Mariana: Hermana de Purita. [154].

Marquesito: «tarambana y sin blanca que anduvo cortejando a doña Rosa, allá por el 905. El marquesito, que se llamaba Santiago y era grande de España, murió tísico en el Escorial, muy joven todavía...». [155].

Marraca, la: Leñadora de la pradera de Francelos, en Ribadavia, madre de una amiga de la señorita Elvira. [156].

Marujita. V. RANERO, MARUJITA.

Marujita: Pupila del prostíbulo de doña Jesusa. [157].

Masasana, don Rafael: Médico, vecino de la casa donde asesinaron a doña Margot. [158].

Matilde, doña: Pensionista, cliente del café de doña Rosa. «Es gorda, sucia y pretenciosa. Huele mal y tiene una barriga tremenda, toda llena de agua». [159].

Matildita: Novia de Macario, el pianista del café de doña Rosa. «Matildita tiene el pelo como la panocha y es algo corta de vista. Es pequeñita y graciosa, aunque feuchina, y da, cuando puede, alguna clase de piano. A las niñas les enseña tangos de memoria, que es de mucho efecto». «Matildita tiene treinta y nueve años». [160].

Mayoral, Gregorio: Verdugo de Burgos. [XXV].

Meléndez, don Leonardo: «Don Leonardo es un punto que vive del sable y de planear negocios que después nunca salen. No es que salgan mal, no; es que, simplemente, no salen, ni bien ni mal. Don Leonardo lleva unas corbatas muy lucidas y se da fijador en el pelo, un fijador muy perfumado que huele desde lejos. Tiene aires de gran señor y un aplomo inmenso, un aplomo de hombre muy corrido. A mí no me parece que la haya corrido demasiado, pero la verdad es que sus ademanes son los de un hombre a quien nunca faltaron cinco duros en la cartera. A los acreedores los trata a patadas y los acreedores le sonrían y le miran con aprecio, por lo menos por fuera». «Don Leonardo es un hombre culto, un hombre que denota saber muchas cosas. Juega siempre un par de partiditas de damas y no bebe nunca más que café con leche». «Don Leonardo es lo bastante ruin para levantar oleadas de admiración entre los imbéciles». [161].

Méndez, don Fadrique: Marido de Asunción Robles, «... es practicante en Guadalajara, hombre trabajador y mañoso que lo mismo sirve para un roto que para un descosido, que lo mismo pone unas inyecciones a un niño o unas lavativas a una vieja de buena posición, que arregla una radio o pone un parche a una bolsa de goma». [162].

Mera, Cipriano: Uno de los jefes del Ejército de la República en la Guerra Civil española. [XXVI].

Merche. V. OLIVAR VALLEJO, MERCEDITAS.

Moisés Leclerc, Esperanza: Hija de don Roque Moisés Vázquez y de doña Visitación Leclerc. «La pequeña se llama Esperanza. Tiene novio formal, que entra en casa y habla de política con el padre. Esperanza está ya preparando su equipo y acaba de cumplir los diecinueve años». [163].

Moisés Leclerc, Julita: Hija de don Roque Moisés Vázquez y de doña Visitación Leclerc. «La mayor se llama Julita, tiene veintidós años y lleva el pelo pintado de rubio. Con la melena suelta y ondulada, parece Jean Harlow». [164].

Moisés Leclerc, Visitación: Hija de don Roque Moisés Vázquez y de doña

Visitación Leclerc. «La del medio se llama Visitación, como la madre, tiene veinte años y es castaña, con los ojos profundos y soñadores». [165].

Moisés Vázquez, don Roque: Marido de doña Visitación Leclerc; amigo, primero de Josefa López y, después, de su hermana Lola. [166].

Montserrat, doña: Amiga de doña Visi, «alta, hombruna, huesuda, desgarbada, bigotuda, algo premiosa en el hablar y miope...». [167].

Montes, doña Isabel: «Es una señora aún de cierto buen ver, que lleva una capita algo raída. Tiene aire de ser de buena familia. En el café suelen respetar su silencio y solo muy de tarde en tarde alguna persona conocida, generalmente una mujer, de vuelta de los lavabos, se apoya en su mesa para preguntarle ¿qué?, ¿ya se va levantando ese espíritu?. Doña Isabel sonríe y no contesta casi nunca...». «Doña Isabel Montes, viuda de Sanz, anda como una reina. Con su raída capita de quiero y no puedo, doña Isabel parece una gastada hetaira de lujo que vivió como las cigarras y no guardó para la vejez. Cruza el salón en silencio y se cuele por la puerta. La gente la sigue con una mirada donde puede haber de todo menos indiferencia; donde puede haber admiración, o envidia, o simpatía, o desconfianza, o cariño, vaya usted a saber». [168].

Morales de Pérez, doña Clarita: Mujer de don Camilo Pérez. [169].

Morales de Sierra, doña María: Mujer de don José Sierra. [170].

mozo: Mozo de la taberna donde cena el niño que canta flamenco. [171].

muchacha: Muchacha que pidió fuego a don Leoncio Maestre en un bar. [172]. Muchacha que comenta la muerte de doña Margot. [173].

mujer: Mujer del hombre que «estaba enfermo y sin un real, pero se suicidó porque olía a cebolla». [174]. Mujer que habla en la calle, entre un grupo que comenta la muerte de doña Margot. [175]. Mujer que pide limosna en la calle de Goya. [176]. Mujeres que rebuscan entre unos montones de basura, por el camino del Este. [177].

Murillo: Bartolomé Murillo, pintor español. [XXVII].

N

Natacha. V. ROBLES, NATI.

Nati. V. ROBLES, NATI.

Navarrete: Uno de los encartados en el famoso crimen del expreso de Andalucía. [XXVIII].

Navas Pérez, don Pío: Interventor de los ferrocarriles, vecino de doña Visi. [178].

nieto: Nieto de don Trinidad García Sobrino. «... parece un gitanillo flaco y barrigón. Lleva un gorro de punto y unas polainas, también de punto; es un niño que va muy abrigado». [179].

Nietzsche: Friedrich Nietzsche, escritor y filósofo alemán (1844-1900). [XXIX].

niño, ña: Niña que pasea en bicicleta por el camino del cementerio. [180]. Niño que canta flamenco a la puerta de una taberna. «El niño es vivaracho como un insecto, morenillo, canijo. Va descalzo y con el pecho al aire, y representa tener unos seis años. Canta solo, animándose con sus propias palmas y moviendo el culito a compás». «El niño no tiene cara de persona, tiene cara de animal doméstico, de sucia bestia, de pervertida bestia de corral. Son muy pocos sus años para que el dolor haya marcado aún el navajazo del cinismo —o de la resignación— en su cara, y su cara tiene una bella e ingenua expresión estúpida, una expresión de no entender nada de lo que pasa». «El niño que canta flamenco se moja cuando llueve, se hiela si hace frío, se achicharra en el mes de agosto, mal guarecido a la escasa sombra del puente: es la vieja ley del Dios del Sinaí». [181]. Niños que juegan por el camino del Este. [182]. Niños que tiene recogidos doña Celia Vecino, hijos de una difunta sobrina. [183].

Noalejo, don Luis: Representante en Madrid de las Hilaturas Viuda e Hijos de Casimiro Pons. Vecino de la difunta doña Margot. [184].

novio: Novio de Laurita, que era cartero. [185].

O

Olivar Vallejo, Merceditas: «Tiene trece años y el pecho le apunta un poco, como una rosa pequeñita que vaya a abrir». «La familia le desapareció con la guerra, unos muertos, otros emigrados. Merche vive con una cuñada de la abuela, una señora vieja llena de puntillas y pintada como una mona, que lleva peluquín y que se llama doña Carmen». «Doña Carmen vendió a Merceditas por cien duros, se la compró don

Francisco, el del consultorio». [186].

Olvera, don José María: Capitán de Intendencia, vecino de la difunta doña Margot. [187].

Ortiz, Celestino: Dueño del bar Aurora – Vinos y Comidas. «... es un hombre más bien alto, delgado, cejijunto y con algunas marcas de viruela; en la mano derecha lleva una gruesa sortija de hierro, con un esmalte en colores que representa a León Tolstoi y que se había mandado hacer en la calle de la Colegiata, y usa dentadura postiza que, cuando le molesta mucho, deja sobre el mostrador. Celestino Ortiz guarda cuidadosamente, desde hace muchos años ya, un sucio y desbaratado ejemplar de la *Aurora* de Nietzsche, que es su libro de cabecera, su catecismo. Lo lee a cada paso y en él encuentra siempre solución a los problemas de su espíritu». [188].

Ostolaza y Bofarull, don Ibrahim: Vecino de la difunta doña Margot. «En el fondo —y en la superficie también— don Ibrahim era un hombre muy feliz. ¿Que no le hacían caso? ¡Qué más da! ¿Para qué estaba la historia?». [189].

Ovejero y Solana, don Tesifonte: Capitán veterinario, huésped de doña Matilde. «Don Tesifonte Ovejero y Solana, capitán veterinario, es un buen señorito de pueblo, un poco apocado, que lleva una sortija con una esmeralda». [190].

P

Pablo. V. ALONSO, PABLO.

Pablo, don: Marido de doña Pura, antiguo amante de la señorita Elvira. «A don Pablo le sube a la cara una sonrisa de beatitud. Si se le pudiese abrir el pecho, se le encontraría un corazón negro y pegajoso como la pez». [191].

Pablos, don Nicolás de: Casado por lo civil con Dorita, una de las planchadoras del burdel de doña Jesusa. «Don Nicolás se marchó de España el año 39, porque decían si era masón, y no se volvió a saber nada más de él». [192].

Paco: Amigo de Martín Marco. «Paco, el señorito Paco, encuentra guapas a todas las mujeres, no se sabe si es un cachondo o un sentimental». [193]. Hijo de doña Isabel Montes. «... estaba preparándose para correos. Al principio dijeron que le había dado un parálisis, pero después se vio que no, que lo que le dio fue la meningitis. Duró poco

y además perdió el sentido enseguida. Se sabía ya todos los pueblos de León, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva y parte de Valencia (Castellón y la mitad, sobre poco más o menos, de Alicante); fue una pena grande que se muriese. Paco había andado siempre malo desde una mojadura que se dio en invierno, siendo niño». [194]. Novio de Victorita. «La chica tenía un novio, a quien habían devuelto del cuartel porque estaba tuberculoso; el pobre no podía trabajar y se pasaba todo el día en la cama, sin fuerzas para nada, esperando que Victorita fuese a verlo, al salir del trabajo». [195].

Paco el Sardina: Guitarrista que se escapó con la Eulogia, la mujer de don Braulio Pérez. [196].

Padilla: Cerillero del café de doña Rosa. [197].

padre: Padre de Alfonsito, el niño de los recados del café de doña Rosa. «Su padre, que era periodista, murió dos años atrás en el hospital del Rey». [198]. Padre de Anita, la sobrina de doña Pura. «Anita es hija de un hermano de doña Pura, empleado del ayuntamiento de Zaragoza, que tiene una cruz de beneficencia porque una vez sacó del Ebro a una señora que resultó prima del presidente de la diputación». [199]. Padre de Margarita, «... en vida fue baulero en la estación de las Delicias». [200]. Padre de Navarrete, uno de los encartados en el crimen del expreso de Andalucía. [XXX]. Padre de Purita. [201]. Padre de Ramón Maello. [202]. Padre de Victorita. [203]. Padre del guardia Julio García Morrazo. [204].

Páez Pacheco, don Edmundo: Diputado progresista, que mató al abuelo de Paco, el amigo de Martín Marco, en un duelo a pistola. «... murió de unas viruelas, en Almería, el año del desastre». [205].

panadera: Panadera en cuyo establecimiento entra Marujita Ranero a telefonar. [206].

Papa, el: S. S. Pío XII. [XXXI].

Paquita: Hija de doña Asunción, «soltera, que salió de armas tomar y vive en Bilbao, con un catedrático». [207].

Paquito: Hermano de Purita. [208]. Uno de los niños que juegan al tren en el café de doña Rosa. [209].

pareja: Pareja que «se adoraba en silencio, mano sobre mano, un mirar fijo en el otro mirar». [210]. Parejas de novios que «se aman en medio del frío, contra viento y marea, muy cogiditos del brazo...». [211].

patrón: Dueño de la panadería donde trabaja don Roberto González. V. RAMÓN, SEÑOR.

Paulina: Mujer del señor Ramón. [212].

Pedrito: Sobrino de don Nicolás de Pablos, «que hacía unos versos muy finos y

estudiaba filosofía y letras». [213].

Pelo de Muerta: Mal nombre que dan, en su barrio, a doña Carmen. V. CARMEN, DOÑA.

Pelona, la: En cuya casa estuvo Elvira de pupila. [214].

Pelones, los: Apodo con el que se conoce en Covelo a la familia del sereno Gumersindo Vega Calvo. [215].

Peña Ruiz, Josefina de la: Nombre que aparece en una lápida del cementerio del Este. «La niña Josefina de la Peña Ruiz, subió al cielo el día 3 de mayo de 1941, a los once años de edad». [216].

Pepe: Camarero del café de doña Rosa. V. CAMARERO (del café de doña Rosa). Oficial de la tipografía El Porvenir, compañero de Victorita. [217].

Pepe el Astilla. V. GIMÉNEZ FIGUERAS, JOSÉ.

Peral, Isaac: Marino e inventor español (1851-1895). [XXXII].

Pérez, cabo: Héroe popular de los pliegos de cordel. [XXXIII].

Pérez, don Braulio: Padre de Maribel Pérez, la que fue novia de don Ricardo Sorbedo. «El padre de Maribel Pérez había tenido una corsetería modesta en la calle de la Colegiata, hacía ya bastantes años, corsetería que traspasó porque a su mujer, la Eulogia, se le metió entre ceja y ceja que lo mejor era poner un bar de camareras en la calle de la Aduana». [218].

Pérez, don Bruno: Hermano de don Braulio. [219].

Pérez, don Camilo: Callista, vecino de la difunta doña Margot. [220].

Pérez, Maribel. Antigua novia de don Ricardo Sorbedo. «La novia de don Ricardo Sorbedo era una golfita hambrienta, sentimental y un poco repipia...». [221].

Pérez Palenzuela, don Antonio: Empleado de Sindicatos, vecino de la difunta doña Margot. [222].

periodista: Amigo de María Angustias, la hija de doña Soledad de Castro y don Francisco Robles. [223].

Petrita: Criada de la Filo. «A la muchachita le apuntaban sus cosas debajo del abrigo de algodón. Los zapatos los llevaba un poco deformados ya. Tenía los ojos claritos, verdicastaños y algo achinados». [224].

Piedad: Una de las hijas de doña Soledad y don Francisco Robles, que se metió monja. [225].

Pilarín: Hija de Asunción Robles y Fadrique Méndez. [226].

Pimentón, Madame: Personaje callejero de Madrid, muy popular en su tiempo.

[XXXIV].

Pirula: Antigua compañera de Victoria. Querida de Javier. «La Pirula, ahora, vivía como una duquesa, la llamaba todo el mundo señorita, iba bien vestida y tenía un piso con radio...». «La señorita Pirula es una chica joven y con aire de ser muy fina y muy educadita, que aún no hace mucho más de un año decía denén, y leñe, y cocretas». [227].

Pito Tiñoso: Apodo de Telmo García Morrazo. V. GARCÍA MORRAZO, TELMO.

policía: Policía que pide la documentación a Martín Marco. [228]. Policías que detuvieron a Julián Suárez Sobrón, alias la Fotógrafa, y a José Giménez Figueras, alias Pepito el Astilla. [229].

pollito: Joven que está sentado junto a don Pablo, en el café de doña Rosa. [230].

Pons, Casimiro: Cuya viuda e hijos son dueños de unas hilaturas en las que trabaja, como representante en Madrid, don Luis Noalejo. [231].

Prim, general: Hombre de Estado español (1814-1870). [XXXV].

Primo de Rivera, don Miguel: Militar y político español (1870-1930). [XXXVI].

Pura, doña: Mujer de don Pablo. [232].

Purita: Pupila del prostíbulo de doña Jesusa, amiga de Martín Marco y de don José Sanz Madrid. «Pura es una mujer joven, muy mona, delgadita, un poco pálida, ojerosa, con cierto porte de virgen viciosilla». [233].

Q

Quesada, Rosario: Nombre que aparece en *El Querubín Misionero*. «Rosario Quesada (Jaén), la curación de una hermana suya de una fuerte colitis, 5 pesetas». [234].

R

Ramírez, don Estanislao: Banquero de Murcia, con quien se escapó María Angustias. [235].

Ramón: Difunto marido de doña Matilde. [236]. Hermano de Purita. «Ramón, el mayor, tiene veintidós años y está haciendo el servicio en África». [237].

Ramón, señor: Patrón de la panadería donde trabaja don Roberto González. «El señor Ramón anda por los cincuenta o cincuenta y dos años y es un hombre fornido, bigotudo, colorado, un hombre sano, por fuera y por dentro, que lleva una vida honesta de viejo menestral, levantándose al alba, bebiendo vino tinto y tirando pellizcos en el lomo a las criadas de servir. Cuando llegó a Madrid, a principios de siglo, traía las botas al hombro para no estropearlas. Su biografía es una biografía de cinco líneas. Llegó a la capital a los ocho o diez años, se colocó en una tahona y estuvo ahorrando hasta los veintiuno, que fue al servicio. Desde que llegó a la ciudad hasta que se fue quinto no gastó ni un céntimo, lo guardó todo. Comió pan y bebió agua, durmió debajo del mostrador y no conoció mujer. Cuando se fue a servir al rey dejó sus cuartos en la Caja Postal y, cuando lo licenciaron, retiró su dinero y se compró una panadería; en doce años había ahorrado veinticuatro mil reales, todo lo que ganó: algo más que una peseta diaria, unos tiempos con otros. En el servicio aprendió a leer, a escribir y a sumar, y perdió la inocencia. Abrió la tahona, se casó, tuvo doce hijos, compró un calendario y se sentó a ver pasar el tiempo. Los patriarcas antiguos debieron ser bastante parecidos al señor Ramón». [238].

Ramona, doña. V. BRAGADO, DOÑA RAMONA.

Ranero, Marujita: Antigua novia de Consorcio López, luego señora de Gutiérrez. «... alta y algo gruesa, no muy joven pero bien conservada, guapetona, un poco ostentosa...». «Marujita, con diez años más, se había convertido en una mujer espléndida, pletórica, rebosante, llena de salud y de poderío. En la calle, cualquiera que la viese la hubiera diagnosticado de lo que era, una rica de pueblo, bien casada, bien vestida y bien comida, y acostumbrada a mandar en jefe y a hacer siempre su santa voluntad». [239].

Raposos: Apodo que dan en su tierra a la familia del guardia Julio García Morrazo. [240].

Redondo, Esperanza: «Muchos de los mármoles de los veladores han sido antes lápidas en las sacramentales; en algunos, que todavía guardan las letras, un ciego podría leer, pasando las yemas de los dedos por debajo de la mesa: Aquí yacen los restos mortales de la señorita Esperanza Redondo, muerta en la flor de la juventud...». [241].

Ricote, don Arturo: Empleado del Banco Hispano Americano, vecino de la difunta doña Margot. [242].

Roberto, don. V. GONZÁLEZ, DON ROBERTO.

Robles, Amparo: Mujer de don Emilio Rodríguez Ronda. Una de las hijas de doña Soledad y don Francisco Robles. [243].

Robles, Nati: Antigua compañera de facultad de Martín Marco. Es hija de doña Soledad y don Francisco Robles. «Nati está desconocida, parece otra mujer. Aquella muchacha delgaducha, desaliñada, un poco con aire de sufragista, con zapato bajo y sin pintar, de la época de la facultad, era ahora una señorita esbelta, elegante, bien vestida y bien calzada, compuesta con coquetería e incluso con arte». «Nati tenía una voz bellísima, alta, musical, jolgoriosa, llena de alegría, una voz que parecía una campana finita». [244].

Robles y López Patón, don Francisco: Médico de enfermedades secretas, marido de doña Soledad de Castro. «Don Francisco tiene abierto un consultorio popular, que le deja sus buenas pesetas todos los meses. Ocupando los cuatro balcones de la calle, el consultorio de don Francisco exhibe un rótulo llamativo que dice: “Instituto Pasteur-Koch. Director-propietario, Dr. Francisco Robles. Tuberculosis, pulmón y corazón. Rayos X. Piel, venéreas, sífilis. Tratamientos de hemorroides por electrocoagulación, Consulta, 5 ptas”...». «Don Francisco es un poco tramposillo, el hombre tiene a sus espaldas un familión tremendo». [245].

Rodríguez Entrena: Catedrático de Cardenal Cisneros, a quien hace referencia Rómulo, el librero de viejo amigo de Martín Marco. [246].

Rodríguez de Madrid, don José: «Don José es escribiente de un juzgado y parece ser que tiene algunos ahorrillos. También dicen que se casó con una mujer rica, una moza manchega que se murió pronto, dejándole todo a don José, y que él se dio buena prisa en vender los cuatro viñedos y los dos olivares que había, porque aseguraba que los aires del campo le hacían mal a las vías respiratorias, y que lo primero de todo era cuidarse. Don José, en el café de doña Rosa, pide siempre copita; él no es un cursi ni un pobretón de esos de café con leche». [247].

Rodríguez Ronda, don Emilio: Ayudante de don Francisco Robles y casado con Amparo, una hija de este. [248].

Rodríguez Silva, Agustín: Novio de Esperanza Moisés. Dueño de una droguería de la calle Mayor. [249].

Romanones, conde de: Don Álvaro de Figueroa y Torres, historiador y político español (1863-1950). [XXXVII].

Rómulo: Librero de viejo, amigo de Martín Marco. [250].

Roosevelt: Franklin D. Roosevelt, Presidente de Estados Unidos, en el tiempo en que se desarrolla la novela. [XXXVIII].

Rosa, doña: Dueña del café La Delicia. «Para doña Rosa el mundo es su café y, alrededor de su café, todo lo demás. Hay quien dice que a doña Rosa le brillan los ojillos cuando viene la primavera y las muchachas empiezan a andar de manga corta. Yo creo que todo eso son habladurías: doña Rosa no hubiera soltado jamás un buen amadeo de plata por nada de este mundo. Ni con primavera ni sin ella. A doña Rosa lo que le gusta es arrastrar sus arrobos, sin más ni más, por entre las mesas. Fuma tabaco de noventa, cuando está a solas, y bebe ojén, buenas copas de ojén, desde que se levanta hasta que se acuesta. Después tose y sonríe. Cuando está de buenas, se sienta en la cocina, en una banqueta baja, y lee novelas y folletines, cuanto más sangrientos, mejor: todo alimenta». «Doña Rosa tiene la cara llena de manchas, parece que está siempre mudando la piel como un lagarto. Cuando está pensativa, se distrae y se saca virutas de la cara, largas a veces como tiras de serpentinas. Después vuelve a la realidad y se pasea otra vez, para arriba y para abajo, sonriendo a los clientes, a los que odia en el fondo, con sus dientecillos renegridos, llenos de basura». «Enlutada, nadie sabe por qué, desde que casi era una niña, hace ya muchos años, y sucia y llena de brillantes que valen un dineral, doña Rosa engorda y engorda todos los años un poco, casi tan deprisa como amontona los cuartos. La mujer es riquísima; la casa donde está el café es suya, y en las calles de Apodaca, de Churruca, de Campoamor, de Fuencarral, docenas de vecinos tiemblan como muchachos de la escuela todos los primeros de mes». «Doña Rosa es accionista de un banco donde trae de cabeza a todo el consejo y, según dicen por el barrio, guarda baúles enteros de oro tan bien escondidos que no se lo encontraron ni durante la Guerra Civil». [251].

Rosa, Leonor de la: Personaje popular, célebre en coplas de ciego y pliegos de cordel. [XXXIX].

Rosalía: Hermana del sereno Gumersindo Vega Calvo. [252].

Rosario Giralda: Nombre artístico que no llegó a usar María Angustias. V. MARÍA ANGUSTIAS.

Rosendo, don: A quien se refieren, en la conversación, Mauricio y Hermenegildo Segovia. [253].

Rosita: Hermana de Purita. [254].

Rubén: Rubén Darío, poeta nicaragüense (1867-1916). [XL].

Rubio Antofagasta, Eloy: Hombre «raqúitico y sonriente», a quien don Mario de la Vega coloca de corrector de pruebas en su imprenta. [255].

Rubio Antofagasta, Paco. V. PACO (novio de Victorita).

S

Sáez, Rafael: Aparejador, vecino de la difunta doña Margot. [256].

Saltaprados: Apodo que dan los chicos de la calle a doña Carmen. V. CARMEN, DOÑA.

Salvadora, doña: Señora impedida con quien está Dorita de señorita de compañía. «La señora se llamaba doña Salvadora y había sido partera. Tenía malas pulgas y estaba siempre quejándose y gruñendo. Soltaba tacos constantemente y decía que al mundo había que quemarlo, que no servía para nada bueno». [257].

Samas, don José María de: Catedrático de psicología, lógica y ética, querido de Paquita, una de las hijas de doña Asunción. [258].

Santiago. V. MARQUESITO.

Santiaguino: Primo del guardia Julio García Morrazo. [259].

Sanz, Viuda de. V. MONTES, DOÑA ISABEL.

Sanz Madrid, José: Chamarilero, amigo de Purita. «Tiene dos prenderías donde compra y vende ropas usadas y “objetos de arte”, donde alquila *smokings* a los estudiantes y chaqués a los novios pobres». [260].

Saturnino: Hijo de Asunción Robles y Fadrique Méndez. [267].

Segovia, Hermenegildo: Hermano de Mauricio, «que había venido a Madrid a ver si conseguía que lo hiciesen secretario de la CNS. de su pueblo». [262].

Segovia, Mauricio: Empleado de la Telefónica. «Tiene unos treinta y ocho o cuarenta años y el pelo rojo y la cara llena de pecas». «Mauricio Segovia es bondadoso, como todos los pelirrojos, y no puede aguantar las injusticias». [263].

señor, ra: Señor que da un recado a Alfonsito. [264]. Señor que llama la atención a los niños que juegan al tren en el café de doña Rosa. [265]. Señor que se acerca a Victorita por la calle. [266]. Señor que «se dedica a traer aceite» y que le puso un piso a Estrella, la amiga de Laurita. [267]. Señora de don José María de Samas. [268]. Señora de don Manuel Jorquera. [269].

señorito: Señorito a quien pregunta la hora que es la señora Leocadia, la castañera. [270].

Seoane, Alfonso: Músico del café de doña Rosa. «El violinista, que tiene los ojos grandes y saltones como un buey aburrido, la mira mientras lía un pitillo. Frunce la boca, casi con desprecio, y tiene el pulso tembloroso». «Seoane es un hombre que prefiere no pensar; lo que quiere es que el día pase corriendo, lo más deprisa posible, y a otra cosa». [271].

sereno: Sereno que habla con Martín Marco. [272].

Sierra, don José: Ayudante de Obras Públicas, marido de doña María Morales. [273].

Sigerico: Rey visigodo. [XLI].

Sisemón, don Gonzalo: Difunto marido de doña Juana Entrena. [274].

Sisemón, Viuda de. V. ENTRENA, DOÑA JUANA.

sobrinas: Sobrinas de doña Ramona Bragado. [275].

Sobrón de Suárez, doña Margot. V. MARGOT, DOÑA.

Socorrito: Hija de doña Soledad de Castro y don Francisco Robles. «Socorrito se escapó con un amigo de su hermano Paco, Bartolomé Anguera, que es pintor...». «La chica asegura a sus amigas que es feliz, que todo lo da por bien empleado con tal de estar al lado de Bartolo, de ayudarle a hacer su Obra. Lo de Obra lo dice con un énfasis tremendo de letra mayúscula, con un énfasis de jurado de las exposiciones nacionales». [276].

Sogueiro, don Lorenzo: Propietario del bar El Fonsagrado, vecino de la difunta doña Margot. [277].

Soledad: Una de las hijas monjas de doña Soledad de Castro y don Francisco Robles. [278].

Sonsoles: Mujer de Seoane, el violinista del café de doña Rosa. «Sonsoles tiene debilidad en la vista, tiene los párpados rojos; parece siempre que acaba de estar llorando. A la pobre, Madrid no le prueba. De recién casada estaba hermosa, gorda, reluciente, daba gusto verla, pero ahora, a pesar de no ser vieja aún, está ya hecha una ruina. A la mujer le salieron mal sus cálculos, creyó que en Madrid se ataban los perros con longanizas, se casó con un madrileño, y ahora que ya las cosas no tenían arreglo, se dio cuenta de que se había equivocado. En su pueblo, en Navarredondilla, provincia de Ávila, era una señorita y comía hasta hartarse; en Madrid era una desdichada que se iba a la cama sin cenar la mayor parte de los días». [279].

Sorbedo, don Ricardo: «Don Ricardo Sorbedo, con su larga melena enmarañada; su bufandilla descolorida y puesta un tanto al desgaire; su traje roto, deformado y lleno de lámparas; su trasnochada chalina de lunares y su seboso sombrero verde de ala ancha, es un extraño tipo, medio mendigo y medio artista, que malvive del sable, y del candor y de la caridad de los demás...». «Don Ricardo Sorbedo es un hombre pequeñito, de andares casi pizpiretos, de ademanes grandilocuentes y respetuosos, de hablar preciso y ponderado, que construye muy bien sus frases, con mucho esmero». [280].

Soria Bueno, Ilmo. Sr. D. Raúl: Nombre que aparece en una lápida para la que mira

Martín Marco, en el cementerio. [281].

Stalin: Iósif Stalin, dictador ruso en el tiempo de la acción de la novela. [XLII].

Suárez Sobrón, Julián: Hijo de la difunta doña Margot. «Anda cojeando, cojeando de arriba, no del pie. Lleva un traje a la moda, de un color clarito, y usa lentes de pinza. Representa tener unos cincuenta años y parece dentista o peluquero. También parece, fijándose bien, un viajante de productos químicos. El señor Suárez tiene todo el aire de ser un hombre muy atareado...». Por mal nombre, le llaman la Fotógrafa. [282].

T

Tauste, don Pedro Pablo: Dueño del taller de reparaciones de calzado La Clínica del Chapín. Era vecino de doña Margot. [283].

Teodoro: Rey visigodo. [XLIII].

Tesi, don. V. OVEJERO Y SOLANA, DON TESIFONTE.

Tica. V. ESCOLÁSTICA.

Tinín. V. RODRÍGUEZ SILVA, AGUSTÍN.

Tolstoi, León: Novelista ruso (1818-1875). [XLIV].

Trini: Hija de doña Soledad y don Francisco Robles, «... soltera, feúcha, que buscó unos cuartos y puso una mercería en la calle de Apodaca». [284].

Trinidad. V. URUGUAYA, LA.

Turismundo: Rey visigodo. [XLV].

U

Uruguaya, la: Amiga de Martín Marco, pupila del prostíbulo de doña Jesusa. [285].

usurero: Usurero que ofreció dinero a Victorita. [286].

Utrera, don Fidel: Practicante, vecino de la difunta doña Margot. [287].

V

Valery: Paul Valéry, poeta francés. [XLVI].

Valle, María Luisa del: Nombre que aparece en *El Querubín Misionero*. «María Luisa del Valle (Madrid), la desaparición de un bultito que tenía en un ojo sin necesidad de acudir al oculista, 5 pesetas». [288].

Vázquez Mella: Juan Vázquez de Mella, político español (1861-1928). [XLVII].

Vecino, doña Celia: Viuda de don Obdulio Cortés López, «... la pobre, se ayuda a malvivir alquilando a algunos amigos de confianza unos gabinetitos muy cursis, de estilo cubista y pintados de color naranja y azul, donde el no muy abundante confort es suplido, hasta donde pueda serlo, con buena voluntad, con discreción y con mucho deseo de agradar y servir». «Doña Celia, negocio aparte, es una mujer que coge cariño a las gentes en cuanto las conoce; doña Celia es muy sentimental, es una dueña de casa de citas muy sentimental». [289].

Vecino, Mercedes: Actriz del cine español. [XLVIII].

Vega, don Mario de la: Impresor, que coloca en su imprenta al bachiller Eloy Rubio Antofagasta. [290].

Vega Calvo, Gumersindo: Sereno. Paisano y amigo de Julio García Morrazo. [291].

Vico, Antonio: Actor español. [XLIX].

Victorita: «Victorita andaba por los dieciocho años, pero estaba muy desarrollada y parecía una mujer de veinte o veintidós. La chica tenía un novio, a quien habían devuelto del cuartel porque estaba tuberculoso...». [292].

violinista: Violinista a quien echaron del café de doña Rosa por un altercado que tuvo con don José Rodríguez de Madrid. [293]. Violinista de un salón donde están Laurita y Pablo. [294].

Visi, doña: Hermana de doña Rosa, mujer de don Roque Moisés Vázquez. [295].

Visitación, doña. V. VISI, DOÑA.

viuda: Devota, que aparece en *El Querubín Misionero*. «Una viuda gran devota (Bilbao), el haber hallado un pliego de valores que había perdido un empleado de casa, 25 pesetas». [296].

W

Walia: Rey visigodo. [L].

ESTA EDICIÓN DE *LA COLMENA*, CONMEMORATIVA DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE CAMILO JOSÉ CELA TRULOCK, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN OCTUBRE DE 2016, MES EN QUE SE CUMPLEN 27 AÑOS DE LA CONCESIÓN DEL PREMIO NOBEL DE LITERATURA AL AUTOR.



NOTAS

[1] Según explica Moñino, don Ramón le dijo en una carta del 9 de agosto de 1928: «Entre los títulos que Vd. propone para su publicación, me parece el mejor el de *Dictados Tópicos*, porque *Toponimia Folklórica* parece que trataría solamente de los nombres de lugar, y no es así, pues no trata de los nombres, sino de las propiedades de los pueblos o de sus habitantes» (*Dictados tópicos de Extremadura. Materiales para una colección folklórica*, Badajoz, 1931 [pero 1933], pp. 9-10; en el colofón de esta obra leemos: «Este libro se comenzó a escribir en 1925. El autor abandonó la tarea por otras más urgentes y por fin lo ha acabado en 1933»; nótese que en 1925 Moñino tenía... ¡quince años!). <<

[2] Cela había dado un adelanto de ella veinte años antes [Cela, 1978]. <<

[3] Recuérdese aquí la conocida carta escrita en abril de 1888 por Friedrich Engels a la novelista Margaret Harkness, donde afirma que considera «como uno de los mayores triunfos del realismo y como uno de los rasgos más grandiosos del viejo Balzac» que, en sus novelas, se haya visto obligado a actuar contra las simpatías de clase y sus prejuicios políticos. En esa carta, Engels da una famosa definición del realismo: «la reproducción fiel de caracteres típicos en circunstancias típicas», y advierte que «cuanto más escondidas se mantengan las opiniones [políticas] del autor, tanto mejor para la obra de arte» [Marx-Engels, 1969: 135-138]. [Corrijo en algún aspecto la traducción de las frases de Engels]. <<

[4] Se lo confesó expresamente Joyce a Frank Budgen, el autor de *James Joyce and the making of Ulysses*: «Me gustaría ofrecer una imagen tan completa de Dublín que, si un día, la ciudad desapareciese totalmente de la superficie de la tierra, se pudiera reconstruir gracias a mi libro» [Magny, 1958: 119, nota 2]. <<

[5] Por eso son dudosos los argumentos de Gustavo Bueno en su artículo «*La colmena*, novela behaviorista», *Clavileño*, n.º 17, Madrid, 1952, pp. 53-58. Cela rompe el principio básico del conductismo. <<

[6] ... fornicarios y de fácil negocio. En singular, *Libro de Alexandre*, verso 1063 d.

<<

[7] «Doña Visi, la pobre, sonríe siempre», manuscrito. <<

[8] Este párrafo es un fragmento manuscrito, en el original, inserto entre párrafos mecanografiados —todos ellos marcados por la censura—. Del párrafo manuscrito solo se salvó para ser incluido en la edición impresa la primera frase: «La amiga... pecador». El resto fue eliminado. <<

[9] En el original este breve fragmento es manuscrito, y esta palabra no es «tirada», sino «triada». Es evidente que Cela comete un error de metátesis, algo a lo que, por otro lado, nos tiene acostumbrados, tanto en sus textos manuscritos como en los mecanografiados. <<

[10] Desde «Lo que pasó con la hermana...» hasta «no distingue» es un añadido manuscrito de Cela al texto mecanografiado. <<

[11] En el texto mecanografiado ponía «agurada». Se trata de un nuevo caso de metátesis. <<

[12] El permanganato de potasio, introducido directamente en la cavidad uterina, se solía utilizar en los abortos clandestinos, pero resultaba un compuesto altamente peligroso, ya que podía producir quemaduras graves e incluso la muerte de la mujer que se sometía a la interrupción del embarazo. <<

[13] En el original se lee «tiera». En este caso, más que metátesis, se trata de una simple errata (pp. 297-298). <<

[14] En el original «no se atrevía a ir lado de la familia...», cuando debería ser «al lado»; se trata sin duda de una errata. <<

[15] A este tenaz afán responde el paratexto luliano de la edición definitiva de *La colmena*: «Paciència en lo començament plora, e riu en la fi». Siempre se ha reproducido erróneamente prescindiendo de la palabra *plora*, como comprobó la profesora Noemí Montetes. <<

[16] Para el itinerario literario de don Evaristo deben verse las atinadas notas de Gemma Márquez. <<

[17] La sección «Madrid al día» de *ABC* (18-i-1946) informaba: «Se inauguró la Exposición de Pinturas Porcar con 47 obras y el escritor Camilo José Cela leyó en la Exposición Facetas del Arte Moderno Español dos capítulos de su nueva novela *La colmena*». <<

[18] El curioso lector puede conocer algunos datos de las actividades de García Cernuda y otros miembros de la «quinta de SEU» (el marbete lo acuñó Juan Aparicio) en las siguientes páginas de este apasionante y desgarrador texto. <<

[19] Para la lectura y transcripción del manuscrito se han tenido muy en cuenta las sagaces indicaciones de Darío Villanueva, «Leer los manuscritos de Cela», *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, IX (1997), pp. 63-92. <<

[20] Se trata de la novela de Caroline Miller que había ganado el Premio Pulitzer. Maristany la publicó, en traducción de Juan G. de Luaces, en 1945. La tela azul también la emplearía Ediciones del Zodíaco para la cuarta edición de *La familia de Pascual Duarte*. <<

[21] Doña Asunción tiene dos hijas: «y otra, soltera, que salió de armas tomar y vive en Bilbao, con un catedrático». No consignada en este índice. <<

[22] El «limpia» de nombre Segundo Segura, Cela lo llama «el limpia prestamista». No aparece en este índice con su nombre porque Cela lo incorporó a la novela a partir de la cuarta edición española (pp. 30, 47, 52, y 76). <<

[23] No está consignado en el índice de Bonald la madre de Paco, novio tuberculoso de Victorita, «Victorita, en cuanto la madre de su novio salía de la alcoba, se acercaba a la cama y lo besaba». 166. <<